

DAVID BRIN

GENTE DE BARRO

«Ten cuidado con tus deseos:
estar en dos o más sitios
al mismo tiempo puede crear
más problemas de los que resuelve.»

David Brin, impasible y resuelto,
nos prepara un futuro vertiginoso,
bien elaborado y téticamente cómico.»

WIL McCARTHY

Lectulandia

Nova

Dentro de cincuenta años, las nuevas copadoras-horno permitirán hacer copias perecederas de las personas. Esas copias, los llamados «ídem», la gente de barro, tienen una vida prevista de un día, carecen de derechos legales o sociales, y son de perso color según su función. Se les encargan las ocupaciones menos interesantes o las más peligrosas, todas las que rechazan los seres humanos verdaderos. Al final de su existencia, si es posible, los ídem «descargan» en su personaje original, el arquetipo o «archi», las memorias recopiladas de ese día.

Gente de Barro narra las peripecias del detective Albert Morris y sus múltiples duplicados de barro en esa nueva sociedad. En el idemburgo se están haciendo copias pirata de una famosa cortesana, Gineen Wammaker, y Morris debe impedirlo. Un trabajo que no parece excesivamente difícil, pero que le llevará a descubrir una intrincada red de conspiraciones en esa sociedad del futuro donde los ídem carecen de derechos y de todo tipo de consideración.

David Brin, galardonado ya con diversos premios Nebula y Hugo, utiliza una narración detectivesca, del tipo Hard-boiled, para mostrar las complejidades de una sociedad en la que existe una curiosa versión de los «replicantes» del Blade Runner cinematográfico.

Novela finalista de los premios Hugo y Arthur C. Clarke 2003.

Lectulandia

David Brin

Gente de barro

ePub r1.0

Titivillus 08.02.16

Título original: *Kiln People*
David Brin, 2002
Traducción: Rafael Marín Trechera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Poul Anderson, que exploró por todos nosotros,
haciendo divertido el futuro...
Y a Greg Bear, que se enfrenta a cada sombra, con valor...
Y a Gregory Benford, que produce belleza absoluta en el
oscuro océano de la noche...
Todos ellos chamanes junto al fuego de la hoguera.

Indispensables.

Presentación

Desde que, en febrero de 1997, se supo de la clonación de la oveja Dolly, la idea de los posibles clones humanos ha generado diversos debates. Evidentemente, varios relatos y novelas de ciencia ficción que, todo hay que decirlo, precedieron en mucho a Dolly.

David Brin no se ha detenido aquí. Sin atender específicamente a los clones, ha analizado una nueva idea, afín, pero no exactamente igual: una especie de «piemos», seres hechos de barro fabricados en unas nuevas copiadoras-horno que, cincuenta años en el futuro, se hallan al alcance de todos y configuran un nuevo tipo de sociedad.

Esos «ídem» o gente de barro tienen una vida limitada (un día), no son seres biológicos como los humanos, sino que, como dice su nombre, están hechos de barro. Como era de esperar, carecen de derechos legales y sociales, e incluso son de diverso color según su función. Se les encargan las ocupaciones menos interesantes o las más peligrosas, todas las que rechazan los seres humanos verdaderos. Al final de su existencia, si es posible, los ídem «descargan» en su personaje original, el arquetipo o «archi», las memorias recogidas en ese día, un día que empezaron con la impronta de los recuerdos de su original o humano arquetipo.

Sobre esa idea, Brin imagina que, en un futuro cercano, todos podrán hacer esos ídem, esa «gente de barro» y, de manera coherente y muy bien analizada, nos describe una sociedad compleja, donde los seres humanos acaban viviendo un conjunto de vidas paralelas (la propia y la de los ídem que han podido, al final de su día de existencia, descargar sus recuerdos en el original).

Es el análisis social lo que realmente interesa a Brin que nos describe en su página web (www.davidbrin.com) un ejemplo de esa nueva sociedad:

Como ciudadano de un futuro cercano, te has duplicado a ti mismo zillones de veces y lo ves como algo normal, siendo a veces el original y a veces la copia. Vives la vida en paralelo, enviando costosos «golems de estudio» a la biblioteca, mientras que otros modelos más baratos limpian la casa y tu cuerpo real se ejercita en el gimnasio. Dos tercios de la población de la Tierra son seres temporales hechos de barro. La gente parece haberse adaptado a este nuevo tipo de vida, hasta que...

Y ese «hasta que...» desencadena la crisis en esa nueva sociedad del futuro con seres duplicados al alcance de todos.

Sin olvidar que toda reflexión social hecha en forma de novela de ciencia ficción ha de resultar amena, Brin ha usado en GENTE DE BARRO la forma de una narración de acción detectivesca, del tipo hardboiled, para mostrar las complejidades de una sociedad en la que existe una curiosa versión de los «replicantes» del BLADE RUNNER cinematográfico: seres derivados de los humanos, con «funcionalidades» parecidas, pero con fecha de caducidad, cual si se tratara de un yogur.

La novela nos narra las peripecias del detective Albert Morris y sus múltiples duplicados de barro en esa nueva sociedad. En el idemburgo se están haciendo copias pirata de una famosa cortesana, Gineen Wammaker, y Morris debe impedirlo. Un trabajo que no parece excesivamente difícil, pero que le llevará a descubrir una intrincada red de conspiraciones en esa sociedad del futuro donde los ídem carecen de derechos y de todo tipo de consideración.

Volviendo a la referencia a los «replicantes» de BLADE RUNNER o, si se quiere, a los «androides» de que hablaba Philip K. Dick en su novela ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES CON OVEJAS ELÉCTRICAS?, lo cierto es que los años no parecen haber pasado en balde por la ciencia ficción. En Dick se trataba de un esquema muy sencillo basado en dos grandes puntos centrales: a) ¿quién es la máquina (el androide) y quién el humano?; y b) el sentimiento de los androides como humanos que deberían tener plenos derechos legales y sociales, aunque dichos derechos no se les reconozcan.

Aquí, en cierta forma eso se repite pero en el seno de muchas más consideraciones: la ciencia ficción se ha hecho adulta y cuando analiza un futuro posible, algunos autores por lo menos (y Brin es, seguro, uno de ellos) contemplan la sociedad como el ente complejo que realmente es y analizan diversos puntos de vista. En GENTE DE BARRO, hay aspectos de crítica al esclavismo en la forma en que se usa (y abusa) de los ídems; hay reflexión en torno a lo que significa ser humano y los derechos que un ser humano o un simulacro debería tener; hay diversas maneras de usar la nueva tecnología de las copadoras-horno (la imaginación social parece no tener fin...) y un largo etcétera. Brin no parece escatimar esfuerzos.

Y, si me permiten, finalizaré con una triste digresión. Los pobres replicantes de BLADE RUNNER tenían una vida posible de unos pocos años, los ídems de GENTE DE BARRO deben conformarse con un día o poco más porque, como el de los replicantes, su cuerpo se deteriora. A veces me pregunto si el hecho de una duración u otra cambia realmente el concepto. Al fin y al cabo, nuestro cuerpo humano se deteriora hasta el cese del funcionamiento correcto en menos de un centenar de años. ¿Es ese número de años suficiente para que tengamos derecho a sentirnos, en ese aspecto, mucho mejor que los replicantes de BLADE RUNNER o los ídem de GENTE DE BARRO? A mí me parece que, en lo que realmente importa, somos como los replicantes o los ídem...

Sic transit gloria mundi, como decía el pensador.

En cualquier caso, no se dejen engañar por esta última reflexión: GENTE DE BARRO es una novela entretenida que desarrolla un nuevo tipo de sociedad basada, en el más puro estilo Campbelliano, en un nuevo descubrimiento tecnológico, las copadoras-horno, que, como suele ocurrir con la tecnología, transforma profundamente la sociedad. Y David Brin es un pensador metódico y reflexivo, su

sociedad es coherente aunque sorprendente, al tiempo que su multi-detective (Albert Morris y sus ídem) nos llevan de la mano para contemplar diversos puntos de vista sobre esa sociedad del futuro cercano. Justo lo que uno necesita para conocer una nueva sociedad que, como siempre en la ciencia ficción, no es tampoco tan distinta de la nuestra.

Pasen, diviértanse y reflexionen. En definitiva: que ustedes lo disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

PRIMERA PARTE

¡Adiós! Una vez más a la fiera disputa
entre la maldición y el barro apasionado
he de enfrentarme...

Pero cuando sea consumido por el Fuego,
dadme nuevas alas de Fénix para volar a mi antojo.

JOHN KEATS.

«Al sentarme a leer El rey Lear una vez más».

1

Buena cabeza para el vino
... o de cómo el ídem verde del lunes trae
a casa bellos recuerdos del río...

Es duro ser amable mientras luchas por tu vida, incluso cuando tu vida no vale gran cosa.

Incluso cuando no eres más que un trozo de barro.

Algún tipo de proyectil (una piedra, supongo) golpeó la pared de ladrillo a pocos centímetros de distancia y me ensució la cara de molesta arenilla. No había otro sitio donde guarecerme que un contenedor de basura repleto. Agarré la tapa y le di la vuelta.

Justo a tiempo. Otra piedra se estampó en la tapa y quebró el plástico en vez de lastimarme el pecho. Alguien me la tenía jurada.

Unos momentos antes, el callejón parecía un buen sitio para esconderse y recuperar el aliento. Pero ahora su fría oscuridad me traicionaba. Incluso un ídem desprende algo de calor corporal. Beta y su banda no llevan armas en esta parte de la ciudad (no se atreverían), pero sus hondas están equipadas con visores infrarrojos.

Tenía que huir de la traicionera oscuridad. Así que mientras el tirador recargaba, alcé mi improvisado escudo y corrí hacia las brillantes luces del Distrito Odeón.

Fue un movimiento arriesgado.

El lugar estaba atestado de archis cenando en los cafés o paseando por los alrededores de los teatros de buen gusto. Las parejas caminaban tomadas del brazo por el embarcadero, disfrutando de la brisa de la ribera del río. Sólo se podía ver a unos cuantos coloreados como yo, la mayoría sirviendo a sus superiores de piel blanda en mesas bajo toldos.

No iba a ser bienvenido en esta zona, donde acuden los propietarios a disfrutar de sus largas y sensuales vidas. Pero si me quedaba en los callejones me convertiría en comida para peces por obra y gracia de mi propia especie. Así que corrí el riesgo.

«Maldición, está abarrotado», pensé mientras atravesaba la plaza, evitando rozarme con alguno de los archis.

Aunque mi expresión era seria (como si tuviera un motivo legítimo para estar allí), debía destacar como un pato entre cisnes, y no sólo por el color de mi piel. Mi ropa de papel rasgada llamaba la atención. En cualquier caso, es difícil moverse delicadamente mientras colocas la tapa de un contenedor de basura entre tus órganos vitales y el callejón que tienes a la espalda.

Un brusco golpe alcanzó de nuevo el plástico. Al mirar atrás, vi a una figura amarillenta bajar su honda para cargar otra piedra. Formas furtivas asomaban desde las sombras, debatiendo cómo alcanzarme.

Me interné en la multitud. ¿Seguirían disparando y se arriesgarían a alcanzar a una persona real?

Un instinto ancestral (impreso en mi cuerpo de barro por aquel que me creó) me gritaba que corriera. Pero ahora me enfrentaba a otros peligros, surgidos de los seres humanos arquetipo que me rodeaban. Así que traté de comportarme con toda la cortesía estándar, inclinándome y dejando paso a las parejas que no querían apartarse o aminorar el paso para un simple ídem.

Tuve un minuto o dos de falsas esperanzas. Las mujeres, sobre todo, miraban más allá de mí, como si no existiera. La mayoría de los hombres se mostraban más asombrados que hostiles. Un tipo sorprendido incluso me dejó paso, como si yo fuera real. Le devolví la sonrisa. «Haré lo mismo por tu ídem algún día, amigo».

Pero el tipo siguiente no se quedó satisfecho cuando le di prioridad de paso. Su codo me golpeó con fuerza, al pasar, y sus ojos claros chispearon, desafiándome a quejarme.

Encogiéndome, forcé una sonrisa de disculpa y me aparté para que el archi continuara su camino mientras intentaba concentrarme en un recuerdo agradable. «Piensa en el desayuno, Albea». Los agradables aromas del café y los panecillos recién horneados. Simples placeres que tal vez volviera a disfrutar, si sobrevivía a la noche.

«Los volveré a probar —dijo una voz interior—. Aunque este cuerpo no lo consiga».

«Sí —fue la respuesta—. Pero ése no seré yo. No exactamente». Me sacudí la vieja duda existencial. De todas formas, un rox utilitario barato como yo no tiene olfato. En ese momento, apenas podía comprender el concepto.

El tipo de los ojos azules se encogió de hombros y se dio la vuelta. Pero un segundo después, algo golpeó el pavimento cerca de mi pie izquierdo y rebotó por toda la plaza.

¡Beta tenía que estar desesperado para lanzarme piedras en medio de una multitud de ciudadanos reales! La gente miró. Algunos ojos se centraron en mí.

«Y pensar que esta mañana empezó tan bien».

Traté de darme prisa, y conseguí avanzar unos cuantos metros más antes de que me detuviera un trío de archis jóvenes y bien vestidos que me bloquearon adrede el paso.

—¿Habéis visto a este mulo? —dijo el alto.

Otro, con piel translúcida a la moda y ojos rojizos, me señaló con un dedo.

—¡Eh, ídem! ¿A qué tanta prisa? ¡No puedes seguir creyendo todavía en la otra vida! ¿Quién va a querer que vuelvas, con esa pinta que llevas?

Sabía el aspecto que debía tener. La banda de Beta me había dado una buena antes de que consiguiera escapar. De todas formas, sólo me quedaban una hora o dos para la expiración y mi pseudocarne resquebrajada mostraba claros signos de deterioro enzimático. El albino se rió de la tapa que yo usaba como escudo. Olisqueó

con fuerza, arrugando la nariz.

—Además huele mal. Como a basura. Me está quitando el apetito. ¡Eh! A lo mejor tenemos motivos suficientes para presentar una demanda civil, ¿no os parece?

—Sí. ¿Qué te parece, golem? —se mofó el alto—. Danos el código de tu dueño. ¡Nos va a pagar la cena!

Yo alcé una mano, intentando aplacarlos.

—Vamos, amigos. Estoy haciendo un recado urgente para mi original. Tengo que llegar a casa, de verdad. Estoy seguro de que os fastidia que vuestros ídems estén lejos de vosotros.

Más allá del trío, pude ver el bullicio y el ruido de la calle Upas. Si conseguía llegar a la parada de taxis, o incluso al puesto de policía de la avenida Defense... Por una pequeña tarifa proporcionaban asilo refrigerado, hasta que mi dueño viniera por mí.

—Urgente, ¿eh? —dijo el alto—. Si tu amo todavía te quiere en este estado, apuesto a que pagará por recuperarte, ¿eh?

El último adolescente, un tipo fornido de piel marrón oscuro y el pelo muy corto, parecía más compasivo.

—Ah, dejad en paz al pobre verde. Se le notan las ganas que tiene de llegar a casa y desembuchar. Si lo detenemos, su dueño puede demandarnos a nosotros.

Una amenaza inquietante. Incluso el albino vaciló, como si estuviera a punto de echarse atrás.

Entonces el tirador de Beta volvió a disparar desde el callejón, golpeándome en el muslo por debajo de la tapa de plástico.

Todo el que ha duplado y cargado sabe que la pseudocarne puede sentir dolor. Una feroz agonía me hizo chocar contra uno de los jóvenes, que me empujó a su vez, gritando.

¡Apártate, cosa apestosa! ¿Habéis visto eso? ¡Me ha tocado!

Ahora lo pagarás, trozo de barro —añadió el alto—. Veamos tu placa.

Todavía temblando, conseguí darme la vuelta para colocarlo entre el callejón y yo. Mis perseguidores no se atreverían a disparar ahora y arriesgarse a darle a un archi.

—Idiota —dije—. ¿No ves que me han disparado?

—¿Y qué? —Las aletas de la nariz del albino se abrieron—. Mis ídems acaban destrozados en guerras-orga constantemente. No me verás llorar por eso. ¡Ni llevar una pelea al Odeón, nada menos! Vamos a ver esa placa.

Extendió una mano, e instintivamente me toqué el punto de la frente donde estaba el implante de identidad. Un duplicado-golem tiene que enseñar su placa a una persona real, si se lo pide. Aquel incidente iba a costarme... bueno, le costaría a mi creador. La diferencia semántica dependía de si conseguía llegar a casa en la siguiente hora.

Bien. Llamad a un poli o a un árbitro —dije, tocando la tapa de pseudopiel—.

Veremos quién paga la multa, basura. No estoy jugando a ningún simbat. Estáis molestando al doble de un investigador con licencia. Los que me disparan son criminales...

Atisbé unas figuras que salían del callejón. Miembros de piel amarilla de la banda de Beta, alisándose sus atuendos de papel y tratando de no parecer sospechosos entre la multitud de archis que paseaban, inclinándose y dando paso como respetuosos chicos que cumplieran sus encargos y en los que no mereciera la pena fijarse. Pero con prisa.

¡Maldición! Nunca había visto a Beta tan desesperado.

Y mi cerebro contiene pruebas que pueden ser cruciales para resolver un caso importante. ¿Queréis ser responsables de haberlo impedido?

Dos de los adolescentes se apartaron, con aspecto inseguro. Aumenté la presión.

—¡Si no me dejáis seguir con el negocio de mi propietario, cursará una demanda por obstrucción a un comercio legal!

Estábamos atrayendo a una multitud. Eso podría refrenar al grupo de Beta, pero el tiempo no corría de mi parte.

Lástima, el tercer chico (el de la piel artificialmente translúcida) no se dejó amilanar. Golpeó su pantalla de muñeca.

—Giga. Tengo suficiente zumo en el banco para cubrir una multa de sangre. Si vamos a pagarle al dueño de este id, démonos el gusto de desconectarlo a lo grande.

Me agarró por el brazo, retorciéndolo con la fuerza de músculos bien desarrollados: músculos de verdad, no mis anémicas imitaciones. La presa dolió, pero peor fue saber que me había pasado de listo. Si me hubiera callado la boca, tal vez me habrían dejado marchar. Ahora los datos de mi cerebro se perderían y Beta ganaría de todos modos.

El joven cerró el puño dramáticamente, luciéndose ante la multitud. Pretendía romperme el cuello de un golpe.

—¡Suelta a esa pobre cosa! —murmuró alguien. Pero un contingente mucho más ruidoso le animó.

Justo entonces un estruendo sacudió la plaza. Unas voces maldijeron con fuerza. Los peatones se volvieron a mirar un restaurante cercano, donde los comensales de una mesa al aire libre se apartaban de un estropicio de líquido derramado y vasos rotos. Un camarero de piel verde soltó su bandeja y murmuró unas disculpas, usando una bayeta para quitar los brillantes añicos de los indignados clientes. Entonces resbaló, llevándose consigo a uno de los furiosos parroquianos en una espectacular caída. La multitud estalló en carcajadas mientras el idmaitre del restaurante salía corriendo, echaba una bronca al verde y pretendía pedir disculpas a los manchados clientes.

Durante un instante no me miró nadie excepto el albino, que parecía molesto por haber perdido a su público.

El camarero se levantó, y siguió frotando a los archis con un trapo empapado.

Durante un momento la cabeza del verde miró brevemente en mi dirección. Su rápido gesto significaba: «Aprovecha tu oportunidad y lárgate de aquí».

No me hizo falta nada más. Me metí la mano libre en el bolsillo y saqué una fina tarjeta, en apariencia un disco de crédito estándar. Pero apretándola así una luz plateada surgía por uno de los bordes, emitiendo un zumbido estridente.

Los ojos rosáceos del albino se abrieron como platos. Se supone que los ídems no pueden llevar armas, sobre todo armas ilegales. Pero lo que vio no lo asustó. Me apretó con más fuerza y supe que estaba en manos de un deportista, un jugador, dispuesto incluso a arriesgar su carnerreal a cambio de algo nuevo. Una experiencia.

La presa sobre mi brazo se intensificó. «Te desafío», decía su mirada de rata.

Así que lo complací, golpeando con fuerza. La chisporroteante hoja cortó sin resistencia la piel.

Durante un instante, el dolor y la furia parecieron llenar el espacio entre nosotros. ¿Su dolor o el mío? Su furia y su sorpresa, desde luego... y sin embargo hubo una fracción de segundo en que me sentí unido al duro joven por una oleada de empatía. Una abrumadora conexión con mi angst adolescente. Con el orgullo herido. La agonía de ser un alma aislada entre miles de millones de almas solitarias.

La vacilación podría haberme costado cara si hubiera durado más de un segundo. Pero mientras él abría la boca para gritar, yo me giré y escapé, abriéndome paso por entre la multitud, seguido por los gritos de furia del joven, que agitaba un muñón ensangrentado.

Mi muñón ensangrentado. Mi mano desmembrada se agitó espasmódicamente ante su rostro hasta que él retrocedió y la dejó caer, lleno de repugnancia.

Al mirar hacia atrás vi también a dos de los amarillos de Beta que se internaban entre los perturbados archis, empujando impertinentemente a algunos mientras cargaban piedras en sus catapultas de muñeca, preparándose para dispararme. Con toda aquella confusión no les preocupaban los testigos, ni las multas por desobediencia civil. Tenían que impedirme que entregara lo que sabía.

Impedirme que vaciara el contenido de mi cerebro en descomposición.

Debí de ser todo un espectáculo, corriendo envuelto en una túnica hecha jirones con un brazo amputado goteando y gritándoles como un loco a los sorprendidos archis que se apartaran. No estaba seguro en ese momento de lo que podría conseguir. La senilidad expiratoria debía de haber empezado ya, empeorada por el pseudoshock y la fatiga de los órganos.

Alertado por la conmoción, un poli llegó a la plaza desde la calle Cuarta, cubierto por una armadura corporal, mientras sus ídems de piel azul se desplegaban, ágiles y sin protección, sin necesitar órdenes porque cada uno conocía los deseos del proto más perfectamente que un pelotón de infantería bien entrenado. Su única arma (dedos terminados en punta de aguja con aceite aturdidor) detendría en seco a cualquier humano o golem.

Me aparté de ellos, sopesando mis opciones.

Físicamente, mi ídem no le había hecho daño a nadie. Con todo, las cosas se estaban poniendo feas. Se había molestado, incluso perturbado, a personas de verdad. Suponiendo que escapara de los hampones amarillos de Beta y consiguiera llegar a un congelador policial, mi original podría acabar acusado de suficientes infracciones menores como para perder la recompensa por localizar a Beta. A los polis incluso podría traerles al paio congelarme a tiempo o no. Lo estaban haciendo mucho últimamente.

Seguro que varias cámaras privadas y públicas me estaban enfocando. ¿Pero lo suficiente como para hacer una identificación válida? La cara de este verde era demasiado blanda, y aún más deformada por los puños de la banda de Beta, así que no sería fácil reconocerla. Eso dejaba una posibilidad. Llevar esta carcasa estropeada a un lugar donde nadie pudiera recuperarla o identificarla. Que se devanaran los sesos intentando adivinar quién había empezado aquel tumulto.

Me dirigí tambaleándome hacia el río, gritando y haciendo señas a la gente para que se apartase.

Cerca del embarcadero, oí una voz severa y amplificadora gritar:

—¡Alto!

Los poligolems llevan altavoces donde la mayoría de nosotros tenemos órganos sexuales sintéticos... una substitución pavorosa que llama la atención.

A mi izquierda sonaron varios impactos agudos. Una piedra golpeó mi deteriorada carne mientras otra rebotaba por la acera, resbalando hacia el policía real. Tal vez ahora los azules se concentraran en los amarillos de Beta. Cojonudo.

Entonces ya no tuve más tiempo para pensar, porque mis pies se quedaron sin superficie de apoyo. Siguieron agitándose en el vacío, por costumbre, supongo... hasta que golpeé las aguas sucias con gran estruendo.

Supongo que hay un gran problema con esto de contarles esta historia en primera persona: el oyente sabe que conseguí llegar a casa de una pieza. O al menos en algún estado que me permitió contarlo. Entonces, ¿dónde está el suspense?

Muy bien, así que no acabé allí, con la caída al río, aunque tal vez debería haberlo hecho. Algunos golems están diseñados para el combate, como los que los hobbistas envían a los campos de batalla gladiatoriales... o los modelos secretos que se rumorea que tienen en las Fuerzas Especiales. Otros ídems, fabricados para el hedonismo, sacrifican parte de su élan vital por la carga de células de placer hiperactivas y la memoria hi-fi. Se puede pagar más por un modelo con miembros de más o ultrasentidos... o que sepa nadar.

Yo soy demasiado agarrado para permitirme todas esas opciones a la moda. Pero una característica que siempre incluyo es la hiperoxigenación: mis ídems pueden contener mucho tiempo la respiración. Viene bien para un trabajo en el que nunca sabes si alguien va a gasearte, o a meterte en el maletero estanco de un coche, o a enterrarte vivo. He absorbido recuerdos de todas estas cosas. Recuerdos que no tendría hoy si el cerebro del ídem hubiera muerto demasiado pronto.

Afortunado de mí.

El río, frío como el hielo lunar, corría ante mí como una vida desperdiciada. Una vocecita habló mientras me hundía cada vez más en las turbias aguas, una voz que había oído en otras ocasiones.

«Ríndete ahora. Descansa. Esto no es la muerte. El tú verdadero continuará. Hará realidad tus sueños. Los pocos que te quedan».

Bastante cierto. Filosóficamente hablando, mi original era yo. Nuestros recuerdos diferían sólo en un horrible día. Un día que había pasado descalzo, en calzoncillos, haciendo trabajo de oficina en casa mientras yo investigaba por los bajos fondos de la ciudad, donde la vida vale menos que en una novela de Dumas. Mi continuidad presente importaba muy poco en la gran escala de las cosas.

Respondí a la vocecita como de costumbre.

«Al carajo el existencialismo».

Cada vez que entro en la copiadora, mi nuevo ídem absorbe instintos de supervivencia que tienen un billón de años.

«Quiero mi otra vida».

Para cuando mis pies tocaron el resbaladizo fondo del río, estaba decidido a darle una oportunidad. Casi no tenía ninguna posibilidad, por supuesto, pero tal vez la fortuna estaba dispuesta a estrenar un nuevo mazo de cartas. Además, otro motivo me impulsaba.

No dejes que ganen los malos. Nunca les dejes salirse con la suya. Tal vez yo no tenía que respirar, pero moverse seguía siendo difícil mientras luchaba por plantar los pies, de cabeza en el lodo, donde todo era resbaladizo y viscoso al mismo tiempo. Habría sido difícil conseguir avanzar con un cuerpo entero, y el reloj de éste se estaba agotando.

¿Visibilidad? Casi ninguna, así que maniobré basándome en la memoria y en el sentido del tacto. Pensé en abrirme camino río arriba hasta los puntos de atraque de los transbordadores, pero recordé que el barco vivienda de Clara estaba atracado a un kilómetro más o menos, corriente abajo, desde la plaza Odeón. Así que dejé de luchar contra la fuerte corriente y me dejé llevar por ella, dedicando todos mis esfuerzos a permanecer cerca de la orilla.

No me habría venido mal ir equipado con sensores de dolor de control variable. Como carecía de ese rasgo opcional (y mientras maldecía mi propia tacañería), contuve una mueca de agonía mientras avanzaba paso a paso por el absorbente lodo. El duro fango me dio poco tiempo para pensar en el angst fenomenológico al que se enfrentan las criaturas de mi especie.

«Yo soy yo. Por poca vida que me quede, sigo considerándola preciosa. Sin embargo renuncié a lo que queda al saltar al río para ahorrarle a otro tipo unos pocos créditos.

»Un tipo que le hará el amor a mi chica y se aprovechará de mis logros.

»Un tipo que comparte todos mis recuerdos, hasta el momento en que él (o yo) se

tumbó en la copiadora, anoche. Sólo que él se quedó en casa en el cuerpo original, mientras que yo fui a hacerle el trabajo sucio.

»Un tipo que nunca sabrá qué día de perros he tenido».

Es como lanzar una moneda al aire, cada vez que usas una copiadora-y-horno. Cuando se termina, ¿serás el rig... la persona original? ¿O el rox, el golem, el mulo, el ídem-por-un-día?

A menudo apenas importa, si reabsorbes los recuerdos como se supone que tienes que hacer, antes de que la copia expire. Entonces es sólo como dos partes de ti que se vuelven a fundir. ¿Pero y si el ídem sufría o lo pasaba mal, como me había pasado a mí?

Me resultaba difícil mantener mis pensamientos unidos. Después de todo, mi cuerpo verde no había sido construido para un intelecto. Así que me concentré en la tarea que tenía por delante, arrastrando un pie tras otro, y avancé por el lodo.

Hay sitios ante los que pasas cada día, y sin embargo apenas piensas en ellos porque no esperas adentrarte en ellos nunca. Como este lugar. Todo el mundo sabe que el Gorta está lleno de basura. Yo no paraba de tropezar con cosas que los rastreadores-limpiadores habían pasado por alto: una bici oxidada, un acondicionador de aire roto, varios viejos monitores de ordenador que me miraban como ojos de zombi. Cuando yo era niño, solían sacar del río automóviles enteros, a veces con pasajeros dentro y todo. Gente real que no tenía copia de repuesto en aquella época para continuar su vida una vez destrozada.

En tiempos del abuelo, el Gorta apestaba a contaminación. Las ecolejes devolvieron la vida al río. Ahora la gente pesca desde el embarcadero. Y los peces acuden cada vez que la ciudad arroja algo comestible.

Como yo.

La carne real es obediente. No empieza a descomponerse a las veinticuatro horas. El protoplasma es tan tenaz y duradero que incluso un cadáver ahogado tarda días en descomponerse.

Pero mi piel ya se estaba cuarteando incluso antes de caer al río. La desintegración puede retrasarse a fuerza de voluntad durante un rato, pero las cadenas orgánicas sincronizadas en mi cuerpo artificial se desintegraban y se desgajaban a desconcertante velocidad. El olor era fuerte y atraía a los oportunistas que acudían corriendo de todas partes para comer, llevándose los trozos que parecían a punto de desprenderse. Al principio traté de espantarlos con la mano que me quedaba, pero eso sólo me retrasó sin molestar mucho a los carroñeros. Así que continué avanzando, dando un respingo cada vez que un receptor de dolor recibía el mordisco de un pez ansioso.

Me harté cuando empezaron a dirigirse a los ojos. Iba a necesitar la visión todavía un rato.

En un momento dado una fuerte corriente de agua caliente llegó de repente de la izquierda, desviándome de mi rumbo. Espantó a los carroñeros un minuto y me dio la

oportunidad de concentrarme.

«Debe de ser el canal de la calle Hahn.

»Veamos. El barco de Clara está anclado en Little Venice. Debe de ser la segunda abertura después de ésta... ¿O es la siguiente?».

Tuve que abrirme paso a la fuerza para dejar atrás el canal sin ser empujado a aguas más profundas, y de algún modo conseguí por fin llegar al embarcadero de piedra del otro lado. Por desgracia, los bancos de peces que me perseguían volvieron a congregarse en ese punto (peces desde arriba y cangrejos desde abajo), atraídos por mis heridas rezumantes, mordisqueando y pellizcando mi piel, que se deterioraba rápidamente.

Lo que siguió es borroso: un continuo avance a trompicones por el lodo, entre escombros y nubes de torturadores que mordían.

Se dice que al menos un rasgo de la personalidad se mantiene siempre que se copia un ídem de su arquetipo. No importa en qué más varíe, algo de tu naturaleza básica se transmite de un facsímil al siguiente. Una persona que es sincera o pesimista o charlatana en carne real creará un golem de cualidades similares.

Clara dice que mi característica más persistente es la tozudez. «Maldito sea quien diga que no puedo hacer esto».

Esa frase rodaba una y otra vez por mi deteriorado cerebro, repitiéndose un millar de veces. Un millón. Gritaba cada vez que daba un doloroso paso o un pez volvía a morderme. La frase evolucionó más allá de las meras palabras. Se convirtió en mi encantamiento. Mi foco. Un mantra de tozudez destilada que me impulsaba a seguir adelante, arrastrándome, paso a paso... hasta el momento en que me encontré bloqueado por un estrecho obstáculo.

Lo contemplé un momento. Una cadena cubierta de moho que se extendía, tensa y casi vertical, desde un ancla enterrada hasta un objeto plano hecho de tablones de madera.

Un muelle flotante.

Y atracado a su lado había un barco, su amplia quilla cubierta de lapas. No tenía ni idea de a quién pertenecía el barco, sólo sabía que mi tiempo estaba a punto de agotarse. El río acabaría conmigo si me quedaba allí.

Usando la única mano que me quedaba, me agarré a la cadena y me esforcé por liberar ambos pies del absorbente barro, y luego continué aupándome a trompicones, alzándome de manera implacable hacia la luz chispeante.

Los peces debieron de darse cuenta de que era su última oportunidad. Atacaron, por todas partes, agarrando todos los trozos y pliegues colgantes que podían, incluso después de que mi cabeza asomara a la superficie. Alcancé con el brazo el muelle, y entonces tuve que recurrir a la memoria para saber qué hacer a continuación.

«Respira. Eso es. Necesitas aire. ¡Respira!».

Mi estremecida inhalación no se pareció a un jadeo humano. Más bien al golpe que hace un trozo de carne cuando se la lanza contra una tabla y luego se la corta,

dejando que escape una bolsa de aire. Con todo, algo de oxígeno corrió a sustituir el agua que caía de mi boca sin labios. Ofreció la suficiente fuerza renovada para que pudiera pasar una pierna al muelle.

Me aupé con todas mis fuerzas, y por fin salí completamente del río, fastidiando a los carroñeros, que salpicaron decepcionados.

Los temblores sacudieron mi cuerpogolem de arriba abajo. Algo, una parte de mí, se soltó y cayó al agua con un golpe. Los peces se alegraron y se congregaron alrededor, fuera lo que fuese, y comieron ruidosamente.

Todos mis sentidos se iban apagando, momento a momento. Con desapego, advertí que me faltaba un ojo... y que el otro casi se había salido de su cuenca. Lo volví a colocar en su sitio, luego intenté levantarme.

Todo parecía torcido, desequilibrado. La mayoría de las señales que envié, exigiendo movimiento a músculos y miembros, no recibieron respuesta. Con todo, mi atormentada carcasa de algún modo consiguió levantarse, apoyándome primero en las rodillas... y luego en muñones que podían apenas considerarse piernas.

Apoyándome en un pasamanos de madera, subí un corto tramo de escaleras que conducía a la casa flotante atracada de costado. Las luces brillaban y una vibración se hizo discernible.

Una música convulsa sonaba cerca.

Mientras mi cabeza llegaba a lo alto, capté una imagen difusa: llamas fluctuando en finas columnas blancas. Velas de adorno. Su suave luz destellaba en la cubertería y las copas de cristal. Y más allá, figuras esbeltas moviéndose junto a la amura de estribor.

Gente real. Elegantemente vestida para una cena de fiesta. Contemplaban el río.

Abrí la boca, intentando dar voz a una disculpa amable por interrumpir: ¿querría alguien por favor llamar a mi propietario antes de que mi cerebro se convirtiera en gelatina?

Lo que surgió fue un gemido ahogado.

Una mujer se volvió, me vio avanzando hacia ellos desde la oscuridad y soltó un gritito, como si yo fuera una horrible criatura no-muerta, surgida de las profundidades. Bastante exacto.

Extendí el brazo, gimiendo.

—Oh, dulce madre Gaia —su voz indicó rápidamente que comprendía—. ¡Jameson! ¿Quieres por favor telefonar a Clara Gonzales, del Catalina Baby? ¡Dile que su maldito novio ha perdido otro de sus ídems... y será mejor que venga a recogerlo pronto!

Traté de sonreír y darle las gracias, pero el plazo de expiración previsto no podía retrasarse más. Mis pseudoligamentos escogieron ese momento para disolverse, de inmediato.

Hora de hacerse pedazos.

No recuerdo nada posterior a eso, pero me han dicho que mi cabeza rodó hasta

detenerse junto a la nevera donde estaba en fresco el champán. Un invitado a la cena fue lo bastante amable para meterla dentro, junto a una botella muy bonita de Dom Pérignon del 38.

2

Amos de ítems
... o de cómo realAlbert se enfrenta a un día duro...

Muy bien, así que ese verde no consiguió llegar a casa de una pieza. Para cuando fui a recogerlo, sólo quedaba el cráneo congelado... más bien una masa de pseudocarne que se evaporaba y manchaba la cubierta de la casa flotante de madame Frenkel.

(Nota para mí: comprar a madame Frenkel un regalo bonito, o Clara me lo hará pagar).

Naturalmente, recuperé el cerebro a tiempo... o no tendría el dudoso placer de revivir el día miserable que «yo» pasé recorriendo el inframundo del idemburgo, arrastrándome por las alcantarillas para penetrar en el cubil de Beta, para luego ser capturado y golpeado por sus matones amarillos y, después, escapar frenéticamente por la ciudad hasta culminar en esa horrible experiencia bajo el agua hasta la perdición.

Sabía, incluso antes de conectar aquel cerebro saturado en el perceptrón, que no iba a saborear la inminente comida de recuerdos acres.

«Te damos las gracias por los alimentos que estamos a punto de recibir».

La mayoría de la gente se niega a cargar si sospecha que su ídem ha tenido experiencias desagradables. Un rig puede elegir no saber o no recordar por lo que ha pasado el rox. Es un aspecto conveniente más de la moderna tecnología de duplicación: es como si se hiciera desaparecer un mal día.

Pero yo considero que si fabricas una criatura, eres responsable de ella.

Ese ídem quería importar. Luchó como un león para continuar. Y ahora es parte de mí, como varios otros centenares que llegaron a casa para descargar, desde la primera vez que usé un horno, a los dieciséis años.

De todas formas, necesitaba el conocimiento de ese cerebro, o no habría tenido nada que mostrarle a mi cliente... una cliente que no tiene fama de paciente.

Incluso podría encontrar una ventaja a mi desgracia. Beta vio a mi copia de piel verde caer al río y no volver a salir. Todo el mundo supondría que se había ahogado, o que había sido arrastrada hasta el mar, o se había disuelto convertida en alimento para peces. Si Beta estaba seguro de eso, tal vez no cambiara de escondite. Podría ser la oportunidad para pillar a sus piratas con la guardia baja.

Me levanté de la mesa acolchada, combatiendo oleadas de confusión sensorial. Sentía raras mis piernas reales: carnosas y sustanciosas, aunque un poco distantes, ya que parecía que hacía apenas unos momentos que me apoyaba en muñones que se desmoronaban. La imagen de un tipo fornido y moreno en el espejo cercano parecía extraña. Demasiado saludable para ser real.

«El festival de rostros de ídem del lunes», pensé, inspeccionando las arrugas que se hundían gradualmente alrededor de tus ojos reales. Incluso una carga sin nada que destacar te deja desorientado mientras un día entero de recuerdos frescos se agita y busca colocarse entre noventa mil millones de neuronas, asentándose en casa en unos pocos minutos.

En comparación, la descarga parece poca cosa. La copiadora suavemente agita tu cerebro orgánico para grabar la Onda Establecida en un molde fresco hecho de barro especial, que se cuece en el horno. Pronto un nuevo ídem sale al mundo para realizar encargos mientras tú te tomas el desayuno. Ni siquiera hace falta decirle lo que tiene que hacer.

Ya lo sabe.

Eres tú.

Lástima que no haya tiempo para hacer uno ahora mismo. Los asuntos urgentes tienen prioridad.

—¡Teléfono! —dije, apretándome las sienes con los dedos, apartando los desagradables recuerdos del viaje por el fondo del río. Intenté concentrarme en lo que mi didtective había descubierto sobre el cubil de Beta.

—Nombre o número —dijo una suave voz desde la pared más cercana.

—Ponme con el inspector Blane de la AST. Codifica y envíalo a su emplazamiento real. Si está bloqueado, córtalo con un urgente. A Nell, mi ordenador doméstico, no le gustó esto.

—Son las tres de la madrugada —comentó—. El inspector Blane no está de servicio ni tiene ningún facsímil ídem en estatus activo. ¿Debo recordar la última vez que lo despertaste con un urgente? Te puso una multa por invasión de intimidad civil de quinientos...

—Que más tarde retiró, después de enfriarse. Envíalo, ¿quieres? Tengo un dolor de cabeza terrible.

Previendo mi necesidad, el armario de las medicinas ya borboteaba con organosíntesis, y dispensó un vaso lleno de un combinado efervescente que engullí mientras Nell hacía la llamada. La oí discutir con tono apagado las prioridades con el reacio ordenador doméstico de Blane. Naturalmente, esa máquina quería tomar el mensaje en vez de despertar a su jefe.

Yo ya me estaba cambiando de ropa, poniéndome un grueso mono antibalas, cuando el inspector de la Asociación de Subcontratas de Trabajo respondió en persona, adormilado y fastidiado. Le dije a Blane que cerrara el pico y se reuniera conmigo cerca del viejo edificio Teller al cabo de veinte minutos. Es decir, si quería tener una oportunidad para cerrar de una vez el caso Wammaker.

—Y será mejor que lleve un equipo de detención de primera clase —añadí—. Uno grande, si no quiere otro jaleo desagradable. Recuerde cuántos contribuyentes cursaron demandas por molestias la última vez.

Él volvió a maldecir, de manera pintoresca y repetitiva, pero yo había atraído su

atención. Pude oír un claro zumbido al fondo: su horno de tamaño industrial que se calentaba para producir tres ídems clase-bruto a la vez. Blane era un bocazas, pero se movía rápidamente cuando hacía falta.

Igual que yo. Mi puerta principal se abrió obediente y la voz de Blane pasó a mi cinturón portátil, y luego a la unidad de mi coche. Para cuando se calmó lo suficiente para cortar la comunicación, yo conducía ya a través de la bruma previa al amanecer, dirigiéndome al centro.

Me subí el cuello de la gabardina, asegurándome de que el sombrero se ajustara sobre mis ojos. Clara había cosido a mano mi atuendo de detective privado, usando telas high-tech tomadas de su unidad de la Reserva del Ejército. Un material excelente. Sin embargo las capas protectoras no eran demasiado tranquilizadoras. Muchas armas modernas pueden atravesar las armaduras textiles. Lo sensato, como siempre, habría sido enviar una copia. Pero mi casa está demasiado lejos del edificio Teller. El pequeño horno de mi hogar no podría descongelar y fabricar lo bastante rápido para ir al encuentro de Blane.

Siempre hace que me sienta extraño y vulnerable si voy a realizar un rescate o una detención en persona. Un ser de carnerreal no está hecho para riesgos. Pero esta vez, ¿qué otra opción tenía?

La gente real todavía ocupa algunos de los edificios más altos, donde los ojos orgánicos aprecian las panorámicas prestigiosas. Pero el resto de la Ciudad Vieja se ha convertido en una tierra de fantasmas y de golems que van al trabajo cada mañana recién salidos de los hornos de sus propietarios. Es un reino austero, a la vez cascado y pintoresco; los trabajadores fotocopiados salen de tranvías, camionetas y autobuses, sus cuerpos de vivos colores envueltos en ropa de papel igualmente colorista e igualmente desechable.

Teníamos que terminar nuestra redada antes de que llegara el flujo diario de gente de barro, así que Blane organizó rápidamente sus tropas alquiladas a la luz del inminente amanecer, a dos manzanas del edificio Teller. Mientras formaba escuadrones y repartía disfraces, su golem-abogado ébano discutía con una poli acorazada que tenía el visor alzado mientras negociaba un permiso de refuerzo privado.

Yo no tenía otra cosa que hacer excepto mordisquearme una uña y contemplar el día asomar entre la neblina. Ya se podían ver gigantes oscuros deambulando por los desfiladeros de la metrópoli, formas de pesadilla que habrían aterrorizado a nuestros antepasados urbanos. Una silueta sinuosa pasó tras una farola lejana, proyectando sombras serpentina de varios pisos de altura. Un gemido grave resonó cerca de donde estábamos y temblores triásicos estremecieron mis pies.

Teníamos que terminar nuestro trabajo antes de que llegara aquella bestia.

Vi un envoltorio de caramelos que ensuciaba la acera, algo extraño aquí. Me lo guardé en el bolsillo. Las calles del idemburgo están normalmente inmaculadas, ya que la mayoría de los golems nunca comen ni escupen. Aunque se ven muchos más

cadáveres, pudriéndose en las aceras, que cuando yo era niño.

La principal preocupación del jefe de policía era asegurarse de que ninguno de los cuerpos de hoy fuera real. La copia negra de Blane argumentaba inútilmente solicitando un permiso completo, y luego se encogió de hombros y aceptó los términos de la ciudad. Nuestras fuerzas estaban preparadas. Dos docenas de reforzadores púrpura, esbeltos y sin sexo, algunos de ellos disfrazados, se pusieron en marcha siguiendo el plan.

Miré de nuevo bulevar Alameda abajo. La silueta gigantesca había desaparecido Pero habría otras. Sería mejor que nos diéramos prisa o corriamos el riesgo de que nos pillara la hora punta.

Los mercenarios contratados de Blane, para gran alegría de éste, pillaron a los piratas desprevenidos.

Nuestras tropas burlaron sus detectores externos en furgonetas comerciales, disfrazados de ids de mantenimiento y golem-correo que hacían el reparto al amanecer, y consiguieron llegar a los escalones de entrada antes de que sus armas ocultas dispararan las alarmas.

Una docena de amarillos de Beta salieron disparando. Una melé a gran escala se produjo cuando los humanoides de barro se enzarzaron unos contra otros, perdiendo miembros en el fuego cruzado o explotando chillones en la acera cuando chorros de agujas incendiarias alcanzaban la pseudocarne, prendiendo las células catalizadoras de hidrógeno con espectaculares minibolas de fuego.

En cuanto empezaron los disparos, la policía blindada de la ciudad avanzó con sus duplicados de piel azul, que inflaron rápido-barricadas y anotaron las infracciones cometidas por cada bando: todo aquello que pudiera acabar en un jugoso juicio. Por lo demás, ambos bandos ignoraron a la policía. Aquello era un asunto comercial y no del Estado, siempre y cuando ninguna persona orgánica resultara herida.

Yo esperaba que continuara así, mientras me parapetaba tras un coche aparcado con realBlane mientras sus duplicados-brutos corrían de un lado a otro, azuzando a los púrpuras. Rápidos y burdos, sus ídems de creación rápida no eran unos colosos mentales, pero compartían su sentido de la urgencia. No teníamos más que unos minutos para entrar y recuperar los moldes robados antes de que Beta pudiera destruir toda prueba de su piratería.

—¿Qué hay de las alcantarillas? —pregunté, recordando cómo mi reciente idverde se abrió paso por su interior el día anterior... una excursión tan desagradable de recordar como el viaje posterior por el fondo del río.

El ancho rostro de Blane se contorsionó detrás de un visor semitransparente que destellaba con símbolos y mapas superpuestos. (Es demasiado anticuado para ponerse implantes retinales. O tal vez le gusta el efecto chillón).

—Tengo un robot ahí dentro —gruñó.

—Los robots pueden ser hackeados.

—Sólo si son lo bastante listos para oír nuevos datos. Éste es un zángano por

cable del Departamento Sanitario. Tonto como una piedra. Está intentando meter una fibra de banda ancha por las tuberías hasta el sótano, y se dirige al cuarto de baño de Beta, testarudo como él solo. Nadie lo va a engañar, lo prometo.

Gruñí, escéptico. De todas formas, nuestro mayor problema no era escapar, sino llegar al escondite antes de que nuestras pruebas se volatilizaran.

Cualquier otro comentario quedó cortado por una nueva visión. ¡La mujer policía envió a una de sus copias azules directamente al centro de la batalla! Ignorando el silbido de las balas, hurgó entre los combatientes caídos, asegurándose de que estaban fuera de combate, y luego les cortó la cabeza para guardarlas todas en una bolsa en previsión de interrogatorios posteriores.

No había muchas posibilidades de eso. Beta era notoriamente cuidadoso con sus ids, y usaba falsas placas de identificación y programaba sus cerebros para autodestruirse si los capturaban. Haría falta una suerte fantástica para descubrir su nombre real hoy. ¿Yo? Me contentaría con realizar un rescate completo y poner fuera de juego esta operación en concreto.

Unas ruidosas explosiones sacudieron Alameda mientras el humo envolvía todas las entradas del edificio Teller, extendiéndose hasta el coche donde nos ocultábamos Blane y yo. Algo me hizo perder el sombrero, dando un fuerte tirón de mi cuello. Me agaché más, jadeando, antes de buscar mi fibroscopio en el bolsillo: una forma mucho más segura de mirar. Se cernió sobre el techo del coche en el extremo de un tallo casi invisible, hinchándose automáticamente para apuntar con una diminuta gellente a la lucha, y transmitiendo imágenes entrecortadas al implante de mi ojo izquierdo.

(Nota para mí: este implante tiene ya cinco años. Obsoleto. ¿Hora de ponerlo al día? ¿O te da reparo después de la última vez?).

La polid azul estaba todavía allí, comprobando los cadáveres y haciendo recuento de los daños, mientras nuestros reforzadores púrpura aumentaban su ataque, atravesando todas las aberturas convenientes con el intrépido abandono de soldados de asalto fanáticos. Mientras seguía mirando, varias balas perdidas impactaron en la policía-golem, haciéndola girar, y clavando trozos de carne fofa en una pared cercana. La azul se tambaleó y se dobló por la mitad, temblando. Se notaba que sus enlaces de dolor funcionaban. Los mercenarios púrpura pueden operar sin células de contacto, ignorando las heridas mientras se abren paso con pistolas en ambas manos. Pero el trabajo de un azul es aumentar los sentidos de un poli real. Se nota.

«Uf —pensé—. Eso tiene que dpler».

Todos los que veían sufrir a la cosa mutilada esperaban que se auto-disolviera. Pero el golem se enderezó, tembló, y volvió cojeando al trabajo. Hace un siglo, eso habría parecido bastante heroico. Pero todos sabemos qué tipo de personalidad contratan las autoridades hoy en día. La poli real probablemente cargaría los recuerdos de este ídem... y disfrutaría.

Mi teléfono sonó, un ritmo de alta pri, así que Nell quería que respondiera. Tres

golpecitos en mi canino superior derecho le indicaron que sí. Una cara se hinchó para llenar la visión de mi ojo izquierdo. Una mujer de rasgos marrón claro y pelo dorado reconocibles en todo el continente.

—Señor Morris, estoy recibiendo informes de una redada en el idemburgo... y veo que la AST ha registrado un permiso de intervención. ¿Es cosa de usted? ¿Ha encontrado mi propiedad robada?

—¿Informes?

Alcé la cabeza y vi varias flotacams gravitando sobre la zona de batalla, con los logotipos de las redes olisqueadoras. Desde luego, los buitres no tardaron mucho.

Contuve un comentario cáustico. Tienes que contestar a un cliente, incluso cuando está interfiriendo.

—Mm... todavía no, Maestra. Puede que los hayamos pillado por sorpresa, pero...

Blane me agarró el brazo. Presté atención.

No más explosiones. Los disparos restantes eran apagados, pues procedían de las profundidades del edificio.

Alcé la cabeza, todavía tenso. La poli acorazada pasó ante nosotros, acompañada por sus duplicados azules desnudos.

—¿Señor Morris? ¿Estaba usted diciendo algo? —El hermoso rostro fruncía el ceño dentro de mi ojo izquierdo, y parpadear no proporcionaba ningún alivio—. Espero ser informada...

Un escuadrón de limpiadores llegó a continuación, modelos a vetas verde y rosa, con escobas y liquivacs para despejar la zona antes de que la hora punta trajera a los trabajadores de la mañana. Desechables o no, los id-limpiadores no entrarían en un sitio donde hubiera pelea.

—¡Señor Morris!

—Lo siento, Maestra —respondí—. No puedo hablar ahora. La llamaré cuando sepa más.

Antes de que ella pudiera poner pegas, mordí con un molar y acabé con la llamada. Mi ojo izquierdo se despejó.

—¿Bien? —le pregunté a Blane.

Su visor se llenó de colores que yo podría haber interpretado de haber estado en forma de ciberid. Como mero orgánico, esperé.

—Estamos dentro.

—¿Y el molde?

Blane sonrió.

¡Lo tenemos! La están sacando.

Mis esperanzas aumentaron por primera vez. Crucé agachado la acera para recoger el sombrero y coloqué su armadura elástica sobre mi cabeza. De todas formas, a Clara no le haría gracia que lo perdiera.

Dejamos atrás los limpiadores y subimos los veinte escalones hasta la entrada principal. Cuerpos rotos y trozos de pseudocarne se fundían en una bruma multicolor; el campo de batalla daba una extraña sensación de irrealidad. Pronto los muertos habrían desaparecido y quedarían sólo unas cuantas paredes marcadas de balazos y unas ventanas que sanarían rápidamente. Y astillas de una puerta enorme que los púrpuras redujeron a pedazos cuando irrumpieron en el interior.

Los notibots nos asaltaron, acosándonos a preguntas. La publicidad puede ser valiosa en mi trabajo, pero sólo si hay buenas noticias de las que informar. Así que mantuve la boca cerrada hasta que un par de brutos de Blane de la AST salieron del sótano, sujetando a una figura mucho más pequeña entre ambos.

El resbaladizo fluido conservador goteaba de la carne desnuda que brillaba como nieve resplandeciente, completamente blanca excepto donde las magulladuras lívidas marcaban la cabeza afeitada. Sin embargo, aunque estaba calva, magullada y teñida a lo ídem, el rostro y la figura eran inconfundibles. Yo acababa de hablar con el original. La Princesa de Hielo. La maestra de Estudio Neo: Gineen Wammaker.

Blane les dijo a sus púrpuras que corrieran a llevar el molde a un preservatanque, para que no expirara antes de declarar. Pero la pálida figura me localizó y se detuvo. La voz, aunque seca y cansada, seguía siendo aquel famoso contralto hosco.

Se-señor Morris... veo que no ha escatimado con su cuenta de gastos. —Miró las ventanas, muchas de las cuales estaban destrozadas sin posibilidad de autorrepararse, y la puerta principal astillada—. ¿Se supone que tengo que pagar este caos?

Aprendí varias cosas de la observación de la marfil. Primero, debía de haber sido sidcuestrada después de que Gineen Wammaker me contratara, o la ídem no habría sabido quién era yo.

Además, a pesar de haber estado varios días conservada en solución WD-90, ningún abuso físico podía suprimir la arrogante sensualidad que Gineen imbuía a cada réplica que hacía. Sin pelo, magullada y chorreando, aquella golem seguía teniendo el porte de una diosa. Y ni siquiera ser liberada del tormento a manos de Beta le había enseñado gratitud.

«Bueno, ¿qué esperabas? —pensé—. Los clientes de Wammaker son pirados. No es de extrañar que haya tantos que compren las copias pirata baratas de Beta».

Blane le respondió a la réplica de Wammaker como si fuera real. Su presencia era así de abrumadora.

—Naturalmente, la Asociación de Subcontratas de Trabajo espera algún tipo de remuneración. Hemos invertido recursos considerables para llevar a cabo este rescate...

—No es un rescate —corrigió el modelo de marfil—. No tengo ninguna continuidad. No pensaré que mi original va a cargarme después de esta experiencia, ¿no? Han recuperado ustedes su propiedad robada, eso es todo.

Beta estaba secuestrando sus ídems en la calle, usándolos como moldes para hacer facsímiles pirata...

Violando mi copyright. Y ustedes lo han detenido. Bien. Para eso pago mi tasa a la AST. Para capturar a los violadores de licencias. En cuanto a usted, señor Morris... será bien recompensado. Pero no se crea que es algo heroico.

Un temblor sacudió el esbelto cuerpo. En su piel apareció una red de grietas finas como cabellos que se volvían más profundas a cada segundo. Miró a los púrpuras.

—¿Bien? ¿Van a sumergirme ahora? ¿O esperaremos a que me derrita?

No pude sino maravillarme. La ídem sabía que no iba a ser cargada de nuevo en la hermosa cabeza de Gineen. Su vida, tal como era, acabaría dolorosamente mientras que su pseudocerebro sería analizado en busca de pruebas. Sin embargo se comportaba con dignidad clásica. Con típica arrogancia.

Blane puso a los púrpuras en marcha; condujeron a su pequeña carga más allá de los limpiadores a rayas, los polids de piel azul y los jirones que se evaporaban de aquellos cuerpos que apenas unos minutos antes estaban enzarzados en un furioso combate. Por la forma en que sus ojos observaron el marfil de Wammaker, me pregunté si Blane era uno de sus fans. ¿Tal vez un alquilador de cabinas?

Pero no. Hizo una mueca de disgusto.

—No merece la pena. Todo este gasto y este riesgo porque una prima donna no se molesta en salvaguardar sus ids. No tendríamos que hacer nada de esto si llevaran un simple autodestructor.

No discutí. Blane es una de esas personas que se toma con completa indiferencia la tecnología de hornos. Trata a sus propios ídems como herramientas útiles, nada más. Pero yo comprendía por qué Gineen Wammaker no quería implantar a sus copias bombas por control remoto.

Cuando soy un ídem, me gusta fingir que soy inmortal. Me ayuda a soportar un día de perros.

Las barreras policiales se suprimieron justo a tiempo para la hora punta, cuando los grandes dinobuses y los trolis voladores empezaban a escupir sus cargas: grises golems de oficina; trabajadores de fábrica verdes y naranja, más baratos; enjambres de desechables a rayas, como caramelos, y un puñado de otros tipos. Los que entraron en el Teller Plaza contemplaron boquiabiertos las paredes dañadas. Los grises llamaron a sus servicios de noticias para que les dieran resúmenes de la lucha. Varios nos señalaron a Blane y a mí, almacenando algunos recuerdos poco habituales para llevárselos a casa a sus archis al final del día.

La mujer policía acorazada se acercó a Blane con una valoración preliminar de los costes. Wammaker tenía razón en lo de los deberes y responsabilidades. La AST tendría que pagar la mayor parte de la factura... al menos hasta el día en que finalmente pillemos a Beta y lo obliguemos a un reconocimiento. Cuando eso suceda, Blane sólo puede esperar que Beta tenga unos bolsillos bien grandes para hacer frente a sus obligaciones. Lo suficientemente grandes para que la AST pueda hacer frente a

los gastos punitivos.

Blane me invitó a bajar al sótano e inspeccionar las instalaciones de copias pirata. Pero yo ya había visto el lugar. Hacía tan sólo unas horas que «yo» había estado allí abajo soportando que mi piel de cerámica recibiera los golpes de algunos de los soldados de terracota de Beta. De cualquier manera, la AST tenía contratados a una docena de analistas ébano que estaban mucho mejor equipados para encargarse del fino rastreo, usando sentidos especializados para buscar pistas en cada hueco y partícula, con la esperanza de descubrir el nombre real y el paradero de Beta.

«Como si fuera a servir para algo —pensé, saliendo a tomar un poco de aire fresco—. Beta es un marrullero hijo de puta. Llevo años persiguiéndolo y siempre se escapa».

La policía no era de mucha ayuda, desde luego. El sidcuestro y la violación de copyright son agravios civiles desde la Gran Desregulación. Sería una cuestión puramente comercial mientras Beta evitara cuidadosamente dañar a ninguna persona real. Lo cual convertía su conducta de la noche anterior en algo bastante sorprendente. Perseguir a mi verde por la plaza Odeón, disparar piedras con hondas y estar a punto de alcanzar a varios archis mientras paseaban... indicaba algo parecido a la desesperación.

En el exterior, caminé entre un puñado de tipos que iban y venían. Todos eran ídems, así que un archi como yo tenía derecho de paso. Me marché, sumido en mis pensamientos, mientras los cuerpogolems todavía se derretían emitiendo humos desagradables.

«Beta parecía inquieto anoche. ¡Me ha capturado antes, sin interrogarme jamás tan ferozmente! Normalmente me mata y nada más, sin malicia ni resquemor. Al menos que yo sepa».

La misma desazón que impulsó a los amarillos de Beta a torturar a mi verde anoche también los volvió descuidados. Poco después de golpearme, se marcharon todos, dejándome atado en la fábrica del sótano entre dos autohornos que producían a toda máquina copias baratas de Wammaker, imprimiendo sus personalidades especializadas a partir de aquella pequeña marfil que habían sidcuestrado. ¡Descuidadamente, los amarillos nunca se molestaron siquiera en comprobar qué herramientas podía yo llevar en mi pseudocarne! Escapar resultó mucho más fácil que entrar en aquel sitio (¿demasiado fácil?), aunque Beta se recuperó pronto y me persiguió.

Ahora había vuelto y había vencido, ¿no? Acabar con aquella operación debía de haber sido un auténtico golpe a la empresa pirata de Beta. ¿Entonces por qué me sentía tan incompleto?

Mientras me alejaba del ruido del tráfico (una tortuosa cacofonía de cláxones de buses y dinos rugiendo), me encontré ante un callejón marcado con lazos de cinta aleteante, especialmente sintonizada para irritar a cualquier ojo humano natural.

—¡Apártese! —tartamudeó la cinta ondulante—. ¡Peligro estructural! ¡Apártese!

Ese tipo de advertencias (visibles solo para la gente real) se están volviendo comunes, ya que los edificios de esta parte de la ciudad empiezan a acusar el deterioro. ¿Por qué molestarse en su mantenimiento cuando los únicos habitantes son gente de barro desechable, que se sustituyen cada día? Oh, es un barrio interesante, cierto. Limpieza combinada con deterioro. Sólo otra más de las ironías desreguladas que dan ese encanto a los idemburgos.

Desviando la mirada, dejé atrás la brillante advertencia. ¡Nadie me dice adónde puedo ir o no! En cualquier caso, el sombrero me protegería contra la caída de escombros.

Gigantescas cubas de reciclado llenaban el callejón, alimentadas por tubos de acordeón, que aceptaban residuos de pseudocarne de los edificios situados a ambos lados. No todos los ídems vuelven a casa para cargar recuerdos al final de un día de trabajo de veinticuatro horas. Los que están hechos para trabajos aburridos y repetitivos se quedan, programados para estar contentos, hasta que sienten esa llamada especial que los atrae al descanso final en una de estas tinas de suspensión.

Lo que yo sentí que me llamaba, en ese justo momento, era mi cama. Después de un largo día y medio (que parecía mucho más tiempo) me vendría bien hacer las copias de hoy y luego sumergirme en un dulce sueño.

«Veamos —reflexioné—. ¿Qué cuerpos necesito? Aparte de este asunto con Beta, hay media docena de casos más pequeños pendientes. La mayoría necesitan sólo investigación en la red. Me encargaré de ellos desde casa, como ébano. Un poco caro, pero eficaz.

»Tiene que haber un verde, por supuesto. Llevo tiempo posponiendo tareas. La compra, la lavandería. Hay que limpiar el cuarto de baño. Y hay que cortar el césped».

El resto del trabajo de jardinería (podar y replantar un poco) entraba en la categoría de tiempo de hobby/placer. Me encargaría de hacer eso en persona, tal vez al día siguiente.

«¿Serán suficientes dos ídems? No me hará falta ningún gris, a menos que surja algo».

Más allá de las tinas de reciclado había otra abertura entre edificios: un callejón orientado al sur, con rampas que conducían a un viejo aparcamiento. Sobre el estrecho callejón, había una maraña de cables y tendederos donde un puñado de ropa barata ondeaba con la brisa de la mañana. Gritos y una música estridente flotaban por las escalerillas de incendios abajo.

Hoy en día, todo el mundo necesita un hobby. Para algunas personas es una segunda vida, enviar un ídem al día aquí a ciudadgolem, unirse a otros en familias fingidas, dedicarse a negocios de pega, dramas, incluso discusiones con los vecinos. «Culebrones de barro», creo que los llaman. Bloques desahuciados enteros han sido ocupados para reproducir la Italia renacentista o Londres durante el Blitz. De pie en aquel callejón, bajo los tendederos y la estentórea música, sólo tenía que entornar los

ojos e imaginarme que estaba en un gueto vecinal de hace más de un siglo.

El atractivo romántico de este escenario en concreto se me escapaba. La gente real ya no vive así. Por otro lado, ¿qué más me da cómo pase la gente su tiempo libre? Ser un golem es siempre cuestión de elección.

Bueno, casi siempre.

Por eso seguía trabajando en el caso Beta, a pesar de las interminables molestias y las palizas... y de los yoes que se desvanecen, para no volver a ser vistos nunca jamás. El estilo de robo industrial de Beta tenía mucho que ver con la antigua esclavitud. Una psicopatología preocupante subyacía en su empresa criminal. El tipo necesitaba ayuda.

Muy bien, así que el idemburgo tiene todo tipo de rincones excéntricos, desde fábricas dickensianas a centros de diversión propios de cuento de hadas a zonas de guerra abierta. ¿Eran relevantes para mi caso algunos de los curiosos rasgos de este barrio? Antes de la incursión de aquella mañana, la zona había sido rastreada por algunos de los ojos flotantes de la AST. Pero la visión humana puede advertir cosas que las cámaras no. Como marcas de balas en algunos de los ladrillos. Recientes. Noté la argamasa alisada fresca entre los dedos.

¿Y qué? No había nada de extraño en eso en el idemburgo. No me gustan las coincidencias, pero mi principal prioridad en ese momento era despedirme de Blane y regresar a casa.

Al darme la vuelta, entré de nuevo en el callejón de las tinas de reciclado, sólo para detenerme cuando un siseo llegó desde lo alto. Sonaba vagamente como mi nombre.

Me aparté rápidamente y rebusqué bajo mi chaleco mientras miraba hacia arriba.

Un segundo siseo concentró mi atención en uno de los tubos de acordeón que desembocaban en una tina de suspensión, procedente de los pisos superiores del edificio Teller. Entornando los ojos, vi una silueta agitarse dentro del tubo flexitranslúcido, arañando una pequeña grieta en su tejido. La forma humanoide se había atascado, abriendo ambas piernas para impedir caer los dos últimos metros en el tanque.

El esfuerzo era inútil, por supuesto. Los vapores devorarían el escaso tiempo de vida que le quedara al pobre tipo. ¡De todas formas, el siguiente ídem en saltar al tubo aterrizaría con fuerza suficiente para descoyuntar los miembros deteriorados de este tipo, y acabar con ambos en la sopa!

Es algo que sucede de vez en cuando, sobre todo a los adolescentes que no se han acostumbrado al nuevo ciclo secundario de muerte sin importancia y renacimiento trivial de la vida. A veces se dejan llevar por el pánico en la etapa de reciclado. Es natural. Cuando grabas recuerdos y copias tu alma en un muñeco de barro, te llevas contigo mucho más que una lista de cosas por hacer durante el día. También das los talentos para sobrevivir heredados de la larga época en que la gente sólo conocía un tipo de muerte. La muerte que hay que temer.

Todo se reduce a la personalidad. Te lo dicen en el colegio: no hagas ídems desechables hasta que puedas desprenderte de ellos.

Alcé mi pistola.

—Dime, amigo, ¿te gustaría que acabara con tu...?

Entonces fue cuando volví a oírlo. Una sola palabra susurrada.

—¡Mo-o-r-r-r-isssss!

Parpadeando varias veces, sentí ese extraño escalofrío correrme por la espalda. Una sensación que sólo puedes experimentar plenamente en tu cuerpo real y en tu alma original, con el mismo sistema nervioso que reaccionaba a las sombras en la oscuridad cuando tenías seis años.

—Mm... ¿te conozco? —pregunté.

—No tan bien... como yo te conozco a ti...

Guardé el arma y de un salto me agarré al borde superior del tanque de reciclado, y luego me aupé hasta lo alto. Sin esfuerzo. Una de las principales tareas de cada día, cuando descubres que eres el real, es mantener en forma el viejo cuerpo.

Ponerme de pie sobre la tapa me acercó mucho más a las emanaciones... un aroma que encuentras hasta atractivo cuando eres un golem en su última hora. En forma orgánica, me pareció apestoso. Pero ahora pude ver el rostro que asomaba a través del plástico rasgado, desmoronándose ya por el agotamiento péptido y el deterioro diurno, las mejillas y el entrecejo moldeado aflojándose, su antiguo color banana brillante convirtiéndose en una ictericia repugnante. Con todo, reconocí uno de los disfraces blandos favoritos de Beta.

—Parece que estás atrapado —comenté, mirando con más atención. ¿Era uno de los amarillos que me torturaron la noche anterior, cuando yo era un verde cautivo? ¿Me lanzó piedras, cuando corría por la plaza Odeón? Debía de haber escapado a la redada de la mañana huyendo escaleras arriba por delante de los reforzadores púrpura de Blane, y luego saltado al tubo acordeón con la vana esperanza de librarse.

Todavía tenía vívida en la memoria a un Beta amarillo, sonriente mientras estimulaba con pericia los receptores de dolor que incluso mis verdes consideraban realistas. (Hay pegas en ser un coprador de primera fila). Recuerdo que en ese momento me pregunté por qué. ¿Qué conseguía con la tortura? ¡La mitad de las preguntas que me hacía ni siquiera tenían sentido!

De cualquier forma, una profunda seguridad me ayudó a ignorar el dolor. No importa, me dije una y otra vez, durante el cautiverio de esa noche. Y no importó. No mucho.

—¿Así que por qué debía sentir piedad por el sufrimiento de ese golem? —Llevo aquí mucho tiempo— me dijo—. ¡Vine a saber por qué no había habido contacto con esta operación...

—¿Mucho tiempo? —Comprobé el reloj. Había pasado menos de una hora desde que atacaron los púrpuras de Blane.

—... y descubrí que se habían apoderado de ella, como de las otras! Me

persiguieron... me metí en este tubo... sellé la tapa... Supuse...

—¡Espera! ¿«Apoderado», has dicho? Te refieres a ahora mismo, ¿no? Nuestra redada...

La cara se desmoronaba rápidamente. Cada vez era más difícil entender los sonidos que escapaban por su boca. Parecían menos palabras que sacudidas borboteantes.

—Al principio pensé... que tú podrías ser el responsable. Después de perseguirme durante años... Pero ahora sé... que tienes tan pocas pistas... como de costumbre... Morrissss.

Yo no estaba allí de pie, inhalando gases desagradables, para que me insultaran.

—Bueno, pues sin pistas o no, he quitado de la circulación esta operación tuya. Y acabaré con las otras...

—¡Demasiado tarde! —El amarillo se sacudió con una tos entrecortada al reírse amargamente—. Ya han sido tomadas... por...

Me acerqué, casi atragantándome con la peste a deterioro que emanaba de las grietas de la piel del golem. Tenían que haber pasado horas desde su plazo final y aguantaba sólo a fuerza de voluntad.

—¿Tomadas, dices? ¿Por quién? ¿Otro pirata de copyrights? ¡Dame un nombre!

Sonreír hizo que la boca se partiera, separando capas de piel pseudoamarilla y descubriendo el cráneo de cerámica que se desmoronaba.

—Ve a Alfa... ¡Dile a Betzalet que proteja el emet!

—¿Qué? ¿Que vaya a quién?

—¡La fuente! Dile a Ri...

Antes de que pudiera decir nada más, algo chasqueó. Una de las piernas de Beta, supongo. La expresión petulante desapareció, sustituida en aquel rostro esquelético por una expresión de súbito temor. Durante un breve instante, me pareció que podía ver la Onda Establecida del Alma a través de los vidriosos ojos de barro de Beta.

Gimiendo, el ídem se perdió de vista...

... seguido de una salpicadura. Mientras las emanaciones borboteaban, ofrecí una débil bendición.

—Adiós.

Y salté de vuelta al callejón. ¡Una cosa que no necesitaba en aquel momento era dejar que entrara en mi cabeza otro de los perversos jueguecitos paranoicos de Beta! De todas formas, el breve encuentro había sido grabado por el implante de mi ojo. Mi golem ébano, tan analítico él, podría reflexionar sobre las palabras más tarde.

Un trabajo como el mío requiere concentración. Y habilidad para juzgar qué es relevante.

Así que aparté el incidente de mi mente.

«Hasta la próxima vez», pensé.

De vuelta en Alameda, decidí no esperar a que Blane terminara en el sótano. Que me idenviara un informe. El trabajo estaba hecho. Mi parte, al menos. Regresaba ami

coche cuando una voz femenina me llamó.

—¿Señor Morris?

Durante un breve instante pensé que Gineen Wammaker, la real, había venido a felicitarme. Sí, lo sé. Qué iluso.

Me volví para ver a una morena. Más alta que la maestra, menos voluptuosa, con el rostro algo más estrecho y una voz algo más aguda. Con todo, merecía la pena mirarla. Su piel tenía uno de los diez mil tonos de auténtico marrón humano.

—Sí, soy yo.

Ella me tendió una tarjeta cubierta de garabatos fractales que automáticamente pusieron en marcha los ópticos de mi ojo izquierdo, pero las pautas eran demasiado complejas o recientes para que mi obsoleto sistema de imágenes las descodificara. Irritado, mordí un incisivo para almacenar la imagen. Nell podría resolver el acertijo más tarde.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita?

—Tal vez era una olisqueadora de noticias, o una perver de la acción.

—Primero, déjeme que lo felicite por el éxito de esta mañana. Es usted famoso, señor Morris.

—Mis quince segundos —respondí automáticamente.

—Oh, más que eso, creo. Sus habilidades ya habían llamado nuestra atención, antes de este golpe. ¿Puedo pedirle que nos atienda un momento? Alguien quiere conocerlo.

Indicó la calle, donde había aparcada una enorme limusina, un poco más abajo. Un Yugo de aspecto caro.

Me lo pensé. La maestra esperaba que lo llamara para confirmarle que los juguetes Wammaker de tercera mano ya no seguirían inundando el mercado. Pero demonios, soy humano. Por dentro, me sentía como si ya hubiera informado a la única Gineen, la ídem blanca. ¿Por qué debería tener nadie que hacer eso dos veces? Absurdo, lo sé. Pero la señorita Fractal me dio una excusa para posponer aquel desagradable deber.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no?

Ella sonrió y me tomó del brazo, al estilo de los antiguos años treinta, mientras yo me preguntaba qué quería. A algunos titis de la prensa les encanta olisquear detectives después de un buen espectáculo... aunque los periodistas rara vez conducen Yugos.

La puerta de la limusina se abrió y el escalón bajó, así que apenas tuve que agachar la cabeza para entrar. El interior estaba en penumbra. Y era lujoso. Huecos bioluminiscentes y molduras de madera real. Cojines de pseudocarne, agitándose voluptuosamente, como regazos de bienvenida, me llamaban. En el bar brillaban escanciadores y copas de cristal. Bonito. Llamativo.

Y allí, sentado cruzado de piernas en el asiento trasero, como si fuera el dueño de

todo, había un golem gris claro.

Es un poco extraño ver a un rox viajando con estilo con una atractiva rig de ayudante, ¿pero qué mejor manera de alardear de tu riqueza? De hecho, mi anfitrión parecía como si hubiera nacido gris. Pelo plateado y piel como de metal, todo ángulos y pómulos altos... no era gris, advertí, sino una especie de platino.

«Me resulta familiar». Intenté enviar una imagen a Nell, pero la limusina estaba protegida. El golem de platino sonrió, como si supiera exactamente qué había sucedido.

Me sentí un poco más cómodo sabiendo que aquella criatura no tenía derechos legales. «¿Y qué? Todavía podría comprarte y venderte en un segundo», me dije, tomando asiento frente a él mientras la señorita Fractal ocupaba un cojín vivo entre nosotros. Tras abrir la nevera de la limusina, sacó una botella de Tuborg y me sirvió un vaso. Hospitalidad básica. Mi copita de la mañana es cuestión de archivos públicos. No hay puntos por investigar.

Señor Morris, permítame que le presente a Vic Eneas Kaolin.

Conseguí no demostrar sorpresa. ¡No era extraño que me resultara familiar! Uno de los fundadores de Hornos Universales, Kaolin era uno de los hombres más ricos de toda la costa del Pacífico. Estrictamente hablando, el «Vic» honorífico (como el «señor») sólo debería ser empleado con la persona real, el original que puede votar. Pero desde luego yo no iba a ponerme quisquilloso si aquel tipo quería que su elegante zángano fuera llamado Vic... o Lord Patata, si se le antojaba.

Es un placer conocerlo, Vic Kaolin. ¿Hay algún servicio que pueda ofrecerle?

El brillante ídem de metal me dirigió una sonrisa e indicó a través de la ventanilla a los limpiadores, que todavía retiraban los restos de la batalla.

—Enhorabuena por su éxito al acorralar a un delincuente, señor Morris. Aunque no estoy tan seguro del resultado final. Toda esta violencia parece poco sutil. Extravagante.

—¿Era Kaolin dueño del edificio Teller? ¿No tenía un multibillonario tareas más importantes para sus duplicados que entregarle en persona una demanda de daños a un detective privado?

—Yo sólo me encargué de la investigación —dije—. La puesta en práctica fue cosa de la Asociación de Subcontratas de Trabajo.

—La AST quiere ser vista como parte activa en el problema de los sidcuestros y la piratería de copyrights... —comentó la joven.

Se detuvo cuando la copia de Kaolin alzó una mano que tenía una textura tan sutil como la carnerreal, con venas y tendones simulados.

—La puesta en práctica no es el tema. Creo que el asunto que queremos discutir es una investigación —dijo suavemente.

Me pregunté... Sin duda Kaolin tenía empleados y subordinados para encargarse de los asuntos de seguridad. Contratar a un extraño sugería algo fuera de lo común.

—Entonces no han venido aquí simplemente por impulso, a causa de todo esto —

indicó la sucia escena exterior.

—Por supuesto que no —dijo la joven ayudante—. Llevamos algún tiempo discutiendo sobre usted.

—¿Ah, sí? —El ídem de Kaolin parpadeó, y luego sacudió su cabeza plateada—. No importa. ¿Está interesado, señor Morris?

—Naturalmente.

—Bien. Entonces nos acompañará ahora. —Alzó de nuevo una mano, sin aceptar ninguna discusión—. Ya que está aquí en persona, le pagaré su tarifa máxima por consulta hasta que decida aceptar o rechazar el caso. Bajo un sello de confidencialidad, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Su teléfono de cinturón y el mío reconocieron las palabras clave «sello de confidencialidad». Eliminarían los últimos minutos de conversación de la memoria latente, cubriéndolos con un sello de fecha y hora que serviría como contrato, por el momento.

La limusina de Kaolin arrancó.

—Mi coche... —empecé a decir.

La joven hizo un gesto complejo, uniendo rápidamente las yemas de sus dedos. Un instante después, en mi ojo izquierdo destelló un breve mensaje de texto de mi Volvo, pidiendo permiso para esclavizar su automoción al gran Yugo. Nos seguiría de cerca, si yo daba mi conformidad.

Lo hice con un golpe de incisivos. La ayudante de Kaolin era muy buena. Tal vez incluso merecía la pena contratarla lujosamente en carne. Deseé haberme quedado con su nombre.

Miré hacia delante y capté la sombra de un conductor tras el panel ahumado. ¿Era real también ese servidor? Bueno, los ricos son distintos a ustedes y a mí.

Todavía era la hora punta de la mañana y la limo tuvo que abrirse paso lentamente entre los enormes dinobuses que descargaban pasajeros golem desde los bastidores que colgaban de sus sinuosos flancos. Los autobuses rezongaban y gruñían, haciendo ondular graciosamente sus largos cuellos, y doblaban sus cabezas como humanos para chismorrear entre sí mientras el tráfico avanzaba. Desde su impresionante altura, los pilotos imprintados tenían una bella visión del edificio Teller herido. Incluso podían asomarse a las ventanas altas y más allá de las esquinas.

Todos los niños sueñan con ser conductores de autobús cuando crezcan.

Pronto dejamos la Ciudad Vieja con su mezcla de deterioro y colorido chillón, sus edificios abandonados tomados por una nueva raza de seres desechables, construidos para trabajar duro o jugar duro. Tras cruzar el río, hicimos un buen promedio incluso con mi coche siguiéndonos, remolcado por invisibles rayos de control. La arquitectura se hizo más brillante y más moderna, mientras que la gente se volvía de

aspecto más blando, equipada solamente con la sosa pigmentación de la naturaleza, que oscilaba desde pálido casi blanco a marrón chocolate. Los trolis y los dinobuses daban paso a las bicis y los tipos que practicaban jogging, lo que hizo que me sintiera perezoso y descuidado en comparación. Te lo dicen en el colegio: cuida tu cuerpo orgánico. Un rig es todo lo que tienes.

El duplicado de Eneas Kaolin continuó hablando.

—He estado siguiendo su impresionante historial de escapadas por los pelos de ayer. Parece que está usted lleno de recursos, señor Morris.

—Parte del trabajo —me encogí de hombros—. ¿Puede decirme ahora de qué va todo esto?

Una vez más, la sonrisita.

—Que lo explique Ritu. —Señaló a su ayudante viva.

«Ritu», anoté el nombre.

—Ha habido un secuestro, señor Morris —dijo la mujer de pelo oscuro en voz baja y tensa.

—Hum. Ya veo. Bueno, recuperar propiedades robadas es una de mis especialidades. Dígame, ¿tenía el ídem un localizador? Aunque se lo quiten, es posible que podamos localizar dónde...

Ella negó con la cabeza.

—No lo entiende, señor. No se trata de un mero robo. No fue un idladrón, como dicen en la calle. La víctima es una persona real. De hecho, es mi padre.

Parpadeé un par de veces.

—Pero...

—Es más que sólo una persona —intervino Kaolin—. El doctor Yosil Maharal es un brillante investigador, cofundador de Hornos Universales y un importante dueño de patentes en el reino de la duplicación corpórea. Y mi íntimo amigo, debo añadir.

Por primera vez, advertí que la cabeza de platino temblaba. ¿Por la emoción? Difícil de decir.

—¿Pero por qué no acuden a la policía? —pregunté—. Ellos se encargan de los delitos contra la gente real. ¿Amenazaron los secuestradores con matar a Maharal si los avisaban? Estoy seguro de que saben que hay formas de notificar a las autoridades especiales sin...

—Ya hemos discutido el asunto con las gendarmerías estatales y nacionales. No ha sido de ninguna ayuda.

Reflexioné unos segundos.

Bueno... no sé cómo podría hacerlo yo mejor. En una situación como ésta, los polis pueden recurrir a los archivos de todas las cámaras públicas y privadas de la ciudad. Para un delito capital, incluso pueden soltar olfateadores de ADN.

—Sólo con una orden legal importante, señor Morris. No se cursó ninguna orden.

—¿Por qué no?

—Falta de causa suficiente —replicó Ritu—. La policía dice que no cursará

ninguna solicitud sin pruebas claras de que se ha cometido un delito.

Sacudí la cabeza, tratando de ajustar mis percepciones. La joven que tenía enfrente no era sólo la eficaz ayudante de Eneas Kaolin. Debía de ser una persona bastante rica por derecho propio, quizás un alto cargo en la compañía que su eminente padre había contribuido a fundar... una compañía que transformó la manera en que la gente moderna desarrollaba su vida.

—Perdónenme —dije, sacudiendo la cabeza—. Estoy confundido. La policía dice que no hay pruebas de ningún delito... ¿pero usted dice que su padre fue secuestrado?

—Ésa es nuestra teoría. Pero no hay testigos ni notas de rescate. Un motivacionista de la División de Protección Humana piensa que papá simplemente se largó por propia voluntad. Como adulto libre, tiene ese derecho.

—El derecho a intentarlo. No muchos tienen la habilidad para escapar limpiamente, dejando atrás deliberadamente la Aldea Global. Aunque excluyas todas las lentes privadas y los myob-ojos, eso deja un enorme montón de publicámaras que evitar.

—Y hemos repasado miles sin encontrar ni rastro de mi padre, se lo aseguro, señor Morris.

—Albert —corregí.

Ella parpadeó, dubitativa. Su expresión fue compleja, amarga un instante, luego brevemente hermosa cuando sonrió.

—Albert —corrigió con un gracioso gesto con la cabeza. Me pregunté si Clara la consideraría atractiva.

La limusina dejaba atrás la plaza Odeón. Los recuerdos de la noche anterior me hicieron cosquillas en los dedos de los pies... sensaciones recordadas de los mordiscos de los cangrejos durante aquel infernal viaje bajo el agua.

Vi el restaurante donde el idcamarero me salvó distraendo a la multitud. Naturalmente, estaba cerrado, tan temprano. Me prometí pasarme por allí y ver si el tipo todavía tenía un contrato de trabajo. Se lo debía.

—Bueno, podemos descartar que su padre hiciera alguna jugada. Si pretendía quitarse de en medio, tendría que haber signos de preparativos en casa, o en el último lugar donde fue visto. Si no ha sido limpiado. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que vio a su padre, Ritu?

—Casi un mes.

Tuve que controlar la tos. ¡Un mes! La pista no sólo estaría ya fría, sino petrificada. Hice todo lo que pude para no mostrar ninguna expresión en la cara y no insultar a los clientes.

—Eso es... mucho tiempo.

—Como puede imaginar, primero intenté utilizar a mis propios empleados —explicó el ídem de Kaolin—. Sólo más tarde nos dimos cuenta de que la situación requiere a un verdadero experto.

Acepté el cumplido con un gesto de cabeza, aunque me preocupaba que quisiera o necesitara hacerme la pelota. Algunas personas son simpáticas por naturaleza, pero tenía la sensación de que aquel tipo hacía pocas cosas sin calcularlas antes. Recibir halagos de los ricos puede ser una señal de peligro.

—Necesitaré escanear la casa y el lugar de trabajo del doctor Maharal. Y permiso para interrogar a sus asociados. Si las pistas conducen a su trabajo, tendré que estar enterado también de eso.

El rostro carísimo y realista de Kaolin no pareció contento.

—Hay... asuntos delicados de por medio, señor Morris. Tecnologías punta y logros potencialmente cruciales.

—Puedo colocar un lazo de confidencialidad fuerte, si quiere. ¿Valdrían los ingresos de medio año?

Él reflexionó unos segundos. Los duplicados a menudo tienen poderes para hablar por sus originales... y los grises más caros pueden pensar tan bien como su arquetipo, con algún coste metabólico. Con todo, esperaba que éste retrasara cualquier solución final hasta que yo hablara con el Vic real.

—Una solución ideal —sugirió—, sería que usted entrara a formar parte del servicio doméstico de Kaolin.

«Nada ideal para mí», pensé. Los juramentos de fidelidad están de moda entre los aristos, a quienes les gusta la imagen feudal de señores y vasallos leales. Pero yo no estaba dispuesto a renunciar a mi individualidad.

—Y una solución aún mejor sería que aceptaran la palabra de un profesional que vive de su reputación. Es una garantía mejor que ningún juramento.

Yo sólo estaba haciendo una contrapropuesta, parte de una negociación que terminaría con el original de Kaolin. Pero el ídem gris me sorprendió con un firme gesto con la cabeza.

—Entonces es todo lo que requeriremos, señor Morris. De todas formas, parece que hemos llegado ya.

Me volví para ver que la limusina se acercaba a una alta verja hecha de metal azul que tintineaba con un aura de ionización. Más allá de la verja protegida, los terrenos se extendían hasta tres enormes burbocúpulas que espejeaban bajo el sol. La central se alzaba a más de veinte pisos de altura. No hacía falta ningún logotipo ni emblema de la compañía. Todo el mundo conocía ese lugar: la sede mundial de Hornos Universales.

Otra indicación era la muchedumbre de manifestantes que gritaban y agitaban pancartas mientras los vehículos entraban por la puerta principal: una protesta que había tenido sus altibajos desde hacía más de treinta años. Además de las pancartas de rigor, unos cuantos apuntaban con holoproyectores, manchando las ventanillas de los coches (y algunos rostros desprevenidos) con pintorescos comentarios airados en 3-D. Naturalmente, la limusina de Kaolin filtraba esas intrusiones. Pero yo llegué a ver unos cuantos carteles pintados:

¡SÓLO HAY UN CREADOR!

EL MARRÓN ES HERMOSO

¡LA «VIDA» CREADA POR EL HOMBRE

ES UNA BURLA AL CIELO Y LA NATURALEZA!

Y, por supuesto:

UNA PERSONA, UN ALMA

Naturalmente, esos manifestantes eran todos archis que continuaban una batalla que se había perdido en los tribunales y el mercado laboral antes de que muchos de ellos nacieran. Sin embargo, insistían, denunciando lo que consideraban una apropiación tecnológica de las prerrogativas de Dios, condenando la creación diaria de criaturas manufacturadas. Millones de personas desechables.

Al principio, al mirar a la derecha, vi sólo a los de Vida Verdadera gritando y manifestándose. Luego advertí que varios gritaban epítetos a otra multitud: un grupo más joven y de aspecto más moderno situado al lado izquierdo de la entrada, equipado con hololanzadores y menos pancartas. El segundo grupo tenía un mensaje diferente:

¡ACABAD CON LA ESCLAVITUD DE LA GENTE DE BARRO!

«SINTÉTICO» ES UNA MANCHA SOCIAL

¡HU SIRVE A LA CLASE GOBERNANTE «REAL»!

¡DERECHOS PARA LOS ROXES!

TODOS LOS SERES PENSANTES TIENEN ALMA

—Mancis —dijo Kaolin en voz baja, mirando esa segunda muchedumbre, mezclada con la cual había montones de ídems de piel brillante. Contrariamente a los de Vida Verdadera, que eran un espectáculo familiar, el Movimiento por la Emancipación había surgido mucho más recientemente; una cruzada que aún hacía que mucha gente se rascara la cabeza.

Los dos grupos de protesta se despreciaban mutuamente. Pero coincidían en su

odio hacia Hornos Universales.

Me pregunté si dejarían a un lado sus diferencias y unirían sus fuerzas si supieran que el presidente de la compañía, Vic Eneas Kaolin en persona, estaba cerca.

Bueno, «en persona» no. Pero casi.

Como si supiera lo que yo estaba pensando, Kaolin se echó a reír.

—Si éstos fueran mis únicos enemigos, no tendría una preocupación en el mundo. Los moralistas hacen mucho ruido... y a veces envían por correo una bomba patética o dos... pero suelen ser predecibles y fáciles de esquivar. Me molestan mucho más los hombres prácticos.

¿A qué oponentes concretos se refería? La tecnología de hornos perturbó tantas cosas fundamentales de la antigua forma de vida que todavía me pregunto por qué no la cortaron de raíz nada más nacer.

Además de cargarse a todos los sindicatos y dejar a millones sin trabajo, la roxización casi provocó una docena de guerras que sólo se aplacaron tras intensas labores diplomáticas por parte de líderes mundiales de primera fila.

¡Y algunos dicen que no existe el progreso! Oh, claro que existe el progreso. Si sabes manejarlo.

Los escaneos de seguridad dieron paso libre a la limusina y dejamos atrás a los manifestantes y pasamos por una entrada principal donde los autobuses descargaban a los trabajadores ídem de bastidores correosos. Pero la mayoría de los empleados que llegaban eran humanos orgánicos que harían sus copias allí dentro. Unos pocos archis venían en bicicleta, acalorados por el ejercicio, y anhelando una sauna y un masaje antes de ponerse a trabajar. Las compañías como HU cuidan bien de los suyos. Los juramentos de fidelidad tienen sus beneficios.

Atravesamos el portal principal, y luego seguimos hasta dejar atrás zonas de carga protegidas, envíos de maquinaria como congeladoras, unidades imprimadoras y hornos. La mayoría de los repuestos ídems que la gente compra se hacen en otra parte, pero llegué a ver algunos artículos especializados al pasar: figuras rígidas tenuemente visibles dentro de cajas de envasado translúcidas, algunas de ellas increíblemente altas, o larguiruchas, o con formas de animales de leyenda. No todo el mundo puede permitirse imprimir una forma humana no-estándar, pero he oído que es una moda creciente entre los entendidos.

La limusina se acercó a una entrada elegante, y evidentemente diseñada para recibir a los VIPs. Sirvientes con librea y piel esmeralda, el mismo color de sus uniformes, corrieron a abrirnos las puertas y salimos a un lugar lleno de árboles artificiales. Las flores dejaban caer sus fragantes pétalos en profusión de colores, como lluvia suave, que se disolvía en dulce vapor pigmentado antes de tocar el suelo.

Miré alrededor y no vi ni rastro de mi Volvo. Debían de haberlo desviado a un aparcamiento más plebeyo. Los guardabarros abollados no habrían encajado en aquel ambiente.

—¿Y ahora adónde? —le pregunté a la réplica gris de Kaolin—. Tendré que ver a

su original y terminar...

Su expresión neutra me detuvo.

—Creí que lo sabía —explicó Ritu—. Vic Kaolin no recibe a ningún visitante en persona. Realiza todos sus negocios por medio de facsímiles.

Lo había oído. No era el único ermitaño rico que se retiraba a un santuario esterilizado para tratar con el mundo a través de subrogados electrónicos o de pseudocarne. Pero en la mayoría de los casos era afectación, una pose, una manera de limitar el acceso, con excepciones para los asuntos importantes. La desaparición de un científico famoso podría valer.

Iba a decirlo pero vi que Ritu ya no me prestaba atención. Sus ojos claros miraban más allá de mi hombro derecho; las pupilas se le dilataron mientras su barbilla temblaba de sorpresa. Casi simultáneamente, la copia de Kaolin emitió un jadeo por reflejo.

Ritu exclamó una sola palabra mientras yo me giraba.

—¡Papid!

Una persona de barro se acercó a nosotros desde detrás de los adornos florales. Su piel era de un tono mucho más oscuro que el de la elegante unidad platino de Kaolin. Este ídem estaba hecho para parecer un hombre delgado de unos sesenta años, que caminaba con una ligera cojera que parecía más costumbre que una aflicción corriente. La cara, estrecha y angulosa, tenía cierto parecido a Ritu, sobre todo cuando dio forma a una débil sonrisa.

La ropa de papel estaba pegada en varios sitios, pero una brillante placa de identificación de Hornos Universales decía YOSIL MAHARAL. —Te estaba esperando— dijo.

Ritu no saltó a sus brazos. Su uso del saludo paterno-mimético indicaba que la familia Maharal debía tratar a reales y simulados por igual, incluso en privado. Con todo, su voz tembló mientras agarraba una mano gris oscura.

—Estábamos muy preocupados. ¡Me alegro de que estés bien!

«Al menos cabe suponer que estaba bien en las últimas veinticuatro horas», me dije tranquilamente, advirtiendo la ropa rasgada y la pseudopiel resquebrajada. No faltaban muchas horas para la expiración. Copos de alguna cobertura externa, tal vez restos de un disfraz, se desgajaban en los bordes de la cara del idMaharal. La voz del ídem denotó a la vez ternura y cansancio.

—Lamento haberte preocupado, nena —le dijo a Ritu, y luego se volvió hacia Kaolin—. Y a ti, viejo amigo. Nunca pretendí preocuparos a ambos.

—¿Qué está pasando, Yosil? ¿Dónde estás?

—Tuve que retirarme durante un tiempo y resolver unas cosas del Proyecto Zoroastro y sus implicaciones. —El idMaharal sacudió la cabeza—. De todas formas, me siento mejor. Tendré una buena apreciación de las cosas dentro de unos días.

Kaolin dio un ansioso paso adelante.

—Te refieres a la solución a...

—¿Por qué no te pusiste en contacto? —interrumpió Ritu—. ¿O nos hiciste saber...?

—Quise hacerlo, pero estaba chapoteando en un mar de celos, y no me fiaba de teléfonos ni redes. —idMaharal dejó escapar una risita triste Supongo que todavía conservo parte de la paranoia. Pero quería asegurarnos a ambos que las cosas van mucho mejor.

Yo retrocedí unos cuantos pasos pues no quería entrometerme mientras Ritu y Kaolin murmuraban, evidentemente alegres y aliviados. Naturalmente, lamenté perder un caso lucrativo. Pero los finales felices, nunca son mala cosa.

Excepto que de algún modo me sentía incómodo, inseguro de que estuviera sucediendo nada «feliz». A pesar de la perspectiva de volver a casa con un grueso cheque por media mañana de asesoramiento, tenía aquella extraña sensación de vacío. La que siempre me asalta cuando un trabajo no parece terminado.

3

Algo en el frigorífico
... o de cómo realAl decide que necesita dormir un poco...

Aparqué junto al canal Little Venice y subí a bordo del barco vivienda de Clara, esperando encontrarla en casa.

A Clara le gustaba vivir en el agua. En una época en que la mayoría de la gente (incluso los pobres) parece fervientemente decidida a acumular casas, maximizando espacio de adorno y posesiones, ella prefería una sencillez espartana.

La marea del estuario, su inestable movimiento, le recordaban la inestabilidad del mundo... cosa que de algún modo encontraba tranquilizadora.

Como aquellos agujeros de bala en el mamparo norte, por donde los rayos del sol iluminaban el diminuto salón del barco. «Mis nuevas claraboyas», los llamó Clara, poco después de que consiguiéramos quitarle a Pal la pistola de las manos, en aquella ocasión en que se desmoronó delante de nosotros, la primera y única vez que he visto a nuestro amigo llorar por su mala suerte. El mismo día en que lo dieron de alta del hospital (a la mitad que quedaba) con su brillante silla nueva de soporte vital.

Más tarde, cuando estábamos a punto de llevar a Pal a casa, Clara no le dio importancia a sus disculpas. Y desde ese momento decidió dejar intactos los agujeros, considerándolos valiosas «mejoras».

Comprenderás por qué siempre vuelvo al barco, cada vez que me siento deprimido o abandonado.

Sólo que esta vez Clara no estaba en casa.

En cambio, encontré una nota para mí en la encimera de la cocina.

HE IDO A LA GUERRA. ¡NO ESPERES!

Murmuré amargamente. ¿Era su forma de pagar la manera en que mi yo-zombie había interrumpido la cena de la señora F la noche anterior? Las relaciones con sus vecinos le importaban mucho a Clara.

Entonces lo recordé, «Oh, sí, una guerra». Hace algún tiempo que mencionó algo así, diciendo que requerían a su unidad de reserva para servicio de combate. Para una batalla contra la India, creo. ¿O era Indiana?

Maldición, ese tipo de cosas podían durar una semana entera. A veces más. Yo quería de verdad hablar con ella, no pasarme todo el tiempo preocupado por dónde estaba y por qué podría estar haciendo allá en el desierto.

La nota continuaba:

POR FAVOR, DEJA EN PAZ A MI TRABAJADORA

Miré hacia su estudio, apenas iluminado. Vi luz bajo la puerta. Así que, antes de marcharse, Clara debía de haber hecho un duplicado, programado para terminar alguna tarea. Sin duda encontraría allí dentro una versión gris o ébano de mi novia, envuelta en un chador de virtualidad, trabajando para cumplir algún requerimiento académico de su último máster (tal vez en lingüística bantú o en historia militar china). Yo no podía entender la forma en que sus intereses iban cambiando, como los de cien millones de otros estudiantes permanentes sólo en este continente.

En cuanto a mí, yo era de una raza en extinción: los empleados. Mi filosofía es: ¿por qué quedarte estudiando cuando tienes una habilidad que puedes poner en el mercado? Nunca se sabe cuando se volverá obsoleta.

El cierre magnético se soltó silenciosamente cuando lo toqué, abriendo la puerta del estudio. Ciertamente, su nota me pedía que me quedara fuera, pero a veces me siento inseguro. Tal vez estaba comprobando que mis biomedidas seguían teniendo acceso pleno por todo el barco.

Lo tenían. Y sí, allí estaba su gris, estudiando ante una mesa diminuta repleta de papeles y placas de datos. Sólo se veían las piernas, de textura de barro moldeado pero de forma realista. De la cintura para arriba todo estaba envuelto en un tejido holointeractivo que no paraba de hincharse y agitarse mientras la ídem se movía, señalaba y tecleaba con manos nerviosas. De las capas silenciadoras surgían algunas palabras entre murmullos.

—¡No, no! No quiero una simulación hobbycomercial de la guerra de las Burbujas. ¡Necesito información sobre el hecho real! No libros de historia sino transcripciones de informes pelados que tengan datos relacionados con biocrímenes como TARP... Sí, eso es. Daño real causado a gente real cuando la guerra estaba...

»¡Ya sé que los archivos de los juicios tienen cuarenta años! ¿Y qué? Entonces adapta los protocolos de los datos antiguos y... Oh, pobre excusa de... ¿y llaman a esto inteligencia artificial?

Tuve que sonreír. Duplicado o no, era Clara hasta las trancas: fría en una crisis aunque capaz todavía de gran afecto. Y quisquillosa con la incompetencia de los extraños, sobre todo de las máquinas. No servía de nada indicarle que los avatares de software no pueden ser abroncados como los reclutas de infantería.

Me resultaba curioso (y tal vez un poco extraño) que Clara pudiera asignar a una duplicada que hiciera su trabajo de clase y, sin embargo, nunca se molestara en cargar los recuerdos del golem. ¿Cómo te ayuda eso a aprender nada? De acuerdo, soy un anticuado (una de mis cualidades «enternedoras», según ella). O tal vez me cuesta imaginar qué mantiene motivado a un golem, sin ninguna promesa de reunirse con su original al final del día.

«Bueno, tú también lo haces, a veces —pensé—. ¿No le dejaste a Clara un ébano la semana pasada, para ayudarla con un trabajo para este trimestre? Nunca volvió,

que yo recuerde. No es que me importe.

»Espero que tuviéramos una buena diversión intelectual».

Aunque me sentí tentado, decidí no molestar a la ídem estudiosa. A Clara le gustaban las especialistas. Esta sería todo impulso e intelecto, y se esforzaría hasta que su efímero cerebro expirara. Una vez más, todo es cuestión de personalidad. Centrada monotemáticamente en cada tarea inmediata, ésa es mi Clara.

El barco vivienda reflejaba esto. En una época en que la gente gasta el tiempo que le sobra amueblando lujosamente sus casas o acumulando hobbies, su hogar era severamente eficiente, como si esperara marcharse de un momento a otro a una costa lejana, o tal vez a una época distinta.

Saltaban a la vista las herramientas, muchas con toques improvisados, como un sistema de navegación para todo tipo de clima introducido en el grano de un bastón de caoba o un juego de formidables boleadoras de autoblanco forjadas con hierro-níquel de origen meteórico. O los chadores blindados masculinos y femeninos que colgaban de una percha cercana. Capas externas decorativas de cota de malla de titanio cubrían el aparato real: una capucha flexible de emisores de contacto que podían transportarte a cualquier sitio al que quisieras ir en espacio RV. Suponiendo que tuvieras algún motivo para visitar ese estéril reino digital.

Nuestros chadores a juego estaban allí, en el barco: lo más parecido a una firme expresión de compromiso que había conseguido hasta ahora de ella. Eso y un par de sólido-muñecos nuestros paseando juntos por Denali, el pelo castaño liso de ella muy corto, casi como un casco, alrededor de un rostro que Clara siempre consideraba demasiado alargado para ser bonito, aunque yo no tenía quejas. A mí ella me parecía adulta, una mujer real, mientras que mis rasgos demasiado juveniles parecen siempre anclados en un sombrío tono adolescente. Tal vez por eso lo compenso, y trabajo duro y mantengo un trabajo serio, mientras que Clara se siente más libre para explorar.

¿Por lo demás? Ningún amasijo de coleccionables. Ningún trofeo de un centenar de campos de batalla donde sus idemyoes combatientes se arrastraran bajo el fuego, atacando posiciones láser en los enfrentamientos más famosos de su equipo.

A un nivel, estaba relacionada con una estudiante universitaria. A otro nivel, con una guerrera y una celebridad internacional. ¿Y qué? ¿Quién no se ha acostumbrado a vivir varias vidas en paralelo? Si la humanidad tiene un talento destacado, es la capacidad casi infinita para acostumbrarse a lo Próximo Grande... y luego dejar de darle importancia.

Miré de nuevo la nota que me había dejado Clara. Su huella digital, bioesculpida para parecer una sonrisa picarona familiar, marcaba el final, señalando un segundo papel debajo:

Su máquina duplicadora (un estilizado modelo de Fabrique Gabon) ocupaba una cuarta parte del pequeño salón del barco. El compartimento de almacenamiento, translúcido de escarcha, revelaba una figura humanoide, del tamaño y la forma de Clara, presumiblemente imprimada y dispuesta para cocer al horno.

Mientras contemplaba la proporcionada silueta, me sentí como un marido a quien su esposa ausente deja una cena lista para calentar en el frigorífico. Una idea extraña, dada la actitud de Clara hacia el matrimonio. Y, sí, a Clara le gusta hacer especialistas. Esta marfil no destacaría por su intelecto o su conversación.

Bueno, aprovecharé lo que pueda.

Pero ahora no. Entre una emergencia y otra, llevaba despierto cuarenta horas y necesitaba dormir más que sexo subrogado. De todas formas, una vaga sensación de intranquilidad se apoderó de mí mientras regresaba conduciendo a casa.

—¿Comprobaste lo del camarero de La Tour Vanadium? —le pregunté a Nell, mientras aparcaba el Volvo en su pequeño garaje. Mi ordenador doméstico respondió con su habitual tono.

—Lo hice. Según el restaurante, uno de sus camareros perdió su contrato de servicio anoche, por molestar a los clientes. A partir de esta noche van a contratar a ídem cualificados procedentes de otra fuente.

—Maldición.

Eso significaba que yo estaba en deuda con el tipo. Los contratos de trabajo manual no son fáciles de conseguir, sobre todo en los restaurantes de lujo, donde los propietarios exigen perfección uniforme al personal. Los camareros idénticos son más predecibles, y los empleados que salen del mismo molde no se pelean por las propinas.

—¿Te dieron su nombre?

—Hay un bloqueo de intimidad. Pero trabajaré en ello. Mientras tanto, tienes casos en marcha. ¿Los repasamos mientras imprimamos los duplicados de hoy?

El tono de Nell era regañón. Nuestra rutina normal se había ido por completo al garete. Habitualmente, a esa hora yo ya había enviado a las copias a hacer encargos y pesquisas mientras el rig se iba a dormir para conservar preciosas células cerebrales para la parte creativa del negocio.

En vez de desplomarme en la cama, me dirigí al horno y me tumbé mientras Nell descongelaba varios repuestos de cuerpos para imprimirlos. Aparté la mirada mientras se deslizaban en las bandejas de calentamiento, carne parecida a pasta que se hinchaba y coloreaba mientras millones de diminutas células de catálisis iniciaban sus breves y vigorosas pseudovidas. Los chicos de hoy no dan importancia a nada de esto, pero la gente de mi edad todavía lo encuentra un poco enervante, como ver

despertarse a un cadáver.

—Adelante —le dije a Nell, mientras las sondas neurales revoloteaban sobre mi cabeza para la fase crítica de la imprintación.

—Primero, llevo dándole largas a Gineen Wammaker toda la mañana. Está ansiosa por hablar contigo.

Di un respingo cuando las sensaciones cosquilleantes empezaron a bailar por mi cuero cabelludo, cotejando la Onda Establecida de mi Alma con el estado básico almacenado en memoria.

—El asunto Wammaker está cerrado. Completé el contrato. Si va a quejarse por los gastos...

—La maestra ya ha pagado nuestra factura. No hay quejas. Parpadeando sorprendido, estuve a punto de incorporarme. —Eso no es propio de ella.

—Tal vez la señorita Wammaker advirtió que fuiste brusco con ella esta mañana y que desde entonces no respondes a sus llamadas. Eso podría haberte colocado al margen, psicológicamente hablando. Puede que esté preocupada por haberte provocado demasiado a menudo, quizá perdiendo tus servicios para siempre.

La teoría de Nell tenía su mérito. Yo no sentía ninguna necesidad desesperada de seguir trabajando para la maestra.

Relajándome de nuevo, sentí intensificarse el barrido del tetragamatrón, que copiaba mis perfiles simpáticos y parasimpáticos para la imprintación.

—¿Qué servicios? He dicho que el trabajo está terminado.

—Al parecer tiene otro en mente. Su oferta es nuestra máxima tarifa estándar, más el diez por ciento por una consulta confidencial a primeras horas de esta tarde.

Reflexioné sobre el asunto... aunque en realidad se supone que no debes tomar decisiones cruciales mientras imprantas. Demasiadas corrientes aleatorias surgiendo en tu cerebro.

—Bueno, si hacerse el duro funciona, haz una contraoferta. La máxima tarifa estándar más el treinta. Que lo tome o lo deje. Enviaremos un gris si acepta.

—El gris se está descongelando mientras hablamos. ¿Sigo preparando también un ébano?

—Mm. Un poco caro, si voy a hacer un gris de todas formas. Tal vez podamos terminar con Wammaker pronto y volver a casa a tiempo de echar una mano.

—Eso debería ser suficiente para el trabajo con los casos. Pero seguimos necesitando un verde...

Nell hizo una pausa bruscamente.

—Estoy recibiendo una llamada. Urgente. De alguien llamado Ritu Lizabetha Maharal. ¿Conoces a esa mujer?

Una vez más, apenas conseguí controlarme y no incorporarme, estropeando la transferencia.

—La he conocido esta mañana.

Podrías habérmelo dicho.

—Pásamela, anda, Nell.

Una pantalla de pared se iluminó, mostrando el rostro delgado de la joven ayudante de Vic Kaolin. Su piel real estaba tensa y arrebolada por la emoción, nada que ver con la expresión aliviada que había visto por última vez hacía una hora.

Señor Morris... Quiero decir, Albert...

Parpadeó al darse cuenta de que yo estaba tumbado en el horno. Mucha gente considera que imprimir es algo privado, como vestirse por la mañana.

—Perdone que no me levante, señorita Maharal. Puedo interrumpirlo si es urgente, o llamarla dentro de unos...

—No. Lamento interrumpirlo mientras está usted... Es que... tengo noticias terribles.

Cualquiera podría decirlo por su expresión, sombría y apenada. Aventuré una deducción.

—¿Es su padre?

Ella asintió, los ojos inundados de lágrimas.

—Encontraron su cuerpo en... —Se detuvo, incapaz de continuar—. ¿Su rig? —pregunté, conmocionado—. No el ídem gris que vimos, sino el real... ¿Ha muerto su padre?

Ritu asintió.

—¿Po-podría por favor enviar un usted aquí, de todas formas? Envíelo a la mansión Kaolin. Dicen que es un accidente. ¡Pero yo estoy segura de que han asesinado a mi padre!

Asuntos grises

... o de cómo el primer ídem del martes sufre un contratiempo...

Iniciando comentario subvocal.

«Notas-sobre-la-marcha».

Si este cuerpo mío fuera real, un transeúnte podría verme mover los labios, u oír un suave susurro mientras grabo esto. Pero hablar a un micrófono es irritante e inconveniente. La gente puede escucharte. Así que doto a todos mis repuestos ídem grises de una característica de grabación silenciosa y la compulsión por recitar.

Ahora soy uno de ellos.

¡Maldición!

Oh, no importa.

Siempre estoy un poco protestón cuando salgo de la bandeja, descuelgo la ropa de papel de la percha y me la pongo sobre unos miembros que todavía brillan con las enzimas de ignición, sabiendo que soy la copia-por-un-día.

Naturalmente, recuerdo haber hecho esto miles de veces. Parte de la vida moderna, eso es todo. De todas formas, me recuerda cuando mis padres me daban una larga lista de tareas, diciendo que hoy tocaba trabajar y nada de divertirse... con el toque añadido de que los golems de Albert Morris tienen muchas probabilidades de ser eliminados mientras corren riesgos que nunca correría su cuerpo real.

Una muerte menor. Apenas advertida. No llorada por nadie. ¡Uf! ¿Qué me ha puesto de este humor?

Tal vez la noticia de Ritu. Un recordatorio de que la muerte verdadera todavía nos acecha a todos.

¡Bueno, espabila! No tiene sentido ponerse sentimental. La vida es fundamentalmente la misma. A veces eres la cigarra. A veces la hormiga. La diferencia es que ahora puedes ser ambas, el mismo día.

Mientras me ponía el mono gris, mi yo real se levantó de la cama de escaneos acolchada y miró en mi dirección. Nuestras miradas se encontraron.

Si este yo vuelve para descargar esta noche, recordaré ese breve momento de contacto entre ambos lados, peor que mirarse profundamente en un espejo o un mal *déjà vu*, un motivo por el que rara vez lo hacemos. Algunos se lo toman tan a mal que nunca intentan encontrarse y usan pantallas para separarse de los golems que fabrican. A otros no podría importarles menos. ¡De hecho, les resulta encantadora su propia compañía! La gente es muy diversa. La gran fuerza de la humanidad, he oído.

Fresco de la imprimación, sabía exactamente qué estaba pensando mi arquetipo

orgánico en el momento del contacto ocular. Un raro pellizco de envidia. Deseaba ser él quien pudiera ir a ver a la hermosa Ritu Maharal en persona. Tal vez ofrecerle alguna ayuda o consuelo.

Bueno, Albert, ya sabes. Para eso estoy yo. Ella pidió un ídem, después de todo. Un gris de alta calidad.

No te preocupes, jefe. Todo lo que tienes que hacer es cargarme más tarde. Te proporcionaré continuidad y recordarás cada detalle. Un intercambio justo. Cambiar la experiencia del día de hoy por la otra vida.

El transporte es siempre problemático los días laborables. Sólo tenemos un coche, y archi se lo queda, por si tiene que salir. Tiene que mantener el cuerpo rig a salvo de la lluvia y los objetos duros. Como los accidentes de tráfico. O las balas.

Es una lástima, ya que él suele quedarse en casa en bata y zapatillas de felpa, «investigando» casos en la Red, pagando por escaneos con un parpaident de nuestra retina. Así que el Volvo se queda siempre en el garaje. Los ídems viajamos en bus o en motocicleta.

Sólo quedan dos motos, y hoy hicimos tres golems. Así que he tenido que compartir la pequeña Vespa con un verde barato que va al centro a hacer recados.

Yo conduzco, por supuesto. El verde va detrás, callado como un sapo, mientras nos dirigimos al punto de encuentro donde Ritu va a enviar un coche a recogerme. Hay un parquecito a la salida de la avenida Chávez. Lo suficientemente protegido del sol para que un ídem espere sin derretirse.

Detengo la moto, dejando el motor en marcha. El verde pasa delante para tomar el manillar mientras desmonto. Una maniobra perfecta. La hemos hecho montones de veces. Se marcha sin mirar atrás. Mañana recordaré lo que está pensando el verde ahora mismo. Si llega a casa. Lo cual parece dudoso por la forma en que lo veo internarse en el tráfico, esquivando una furgoneta de reparto. ¡Ah, se puede perder una moto perfectamente buena de esa forma! La verdad es que tendría que conducir con más cuidado.

Aquí de pie, mientras espero el coche de Hornos Universales, cierro los ojos y siento la cálida caricia del verano. Mis grises necesitan buenos sentidos, así que ahora mismo puedo oler el pimentero cercano mientras niños con pantalones largos escalan por las duras ramas, desgajando la corteza mustia y gritándose unos a otros con la sobria intensidad que los niños le prestan a los juegos. Y las rosas y las gardenias... inhalo complejas fragancias a través de las membranas con sensores-esponja, sintiéndome casi vivo.

No muy lejos se puede ver a una docena de hobbistas, agachados con sus anchos sombreros para protegerse del sol y dando rienda suelta a su pasión por la jardinería... otra forma más de pasar el tiempo en un mundo sin suficientes empleos. Es uno de los motivos por los que elegí este sitio como punto de recogida. El club de

horticultura local es soberbio, a diferencia de mi barrio, donde a nadie le importa un rábano.

Miro alrededor para asegurarme de que no entorpezco el camino de nadie. Los parques son principalmente para los archis. Los niños son todos reales, por supuesto. La mayoría de la gente sólo copia a un niño para enseñarle lecciones básicas... o para enviar un ocasional yo-grama a la abuela. Algunos padres se muestran reacios a hacer incluso eso, pues temen que se produzcan daños sutiles en los cerebros en desarrollo. Ese conservadurismo puede que desaparezca a medida que nos vayamos acostumbrando a la tecnología, como a cualquier otro milagro rutinario.

(He oído que algunas parejas divorciadas son pioneras en un nuevo estilo de visitas. Mamá deja que papá lleve al ídem del crío al zoo, y luego se niega a descargar el recuerdo feliz del chaval, por rencor. ¡Puaff!).

La mayoría de los cuidadores adultos del parque son también rigs. ¿Por qué no? Puedes preparar una copia de barro y enviarla a la oficina, pero cuando se trata de abrazos y achuchones, la carne no tiene sustituto. De todas formas, hace que uno se sienta mal si envías a tu hijo al cuidado de un púrpura o un verde. Es decir, a menos que alquiles a una poppins de una de las Niñeras Maestras: un símbolo de estatus que pocos pueden permitirse en esta zona de la ciudad.

«Espera un momento...». El teléfono acaba de sonar. Uso mi móvil para escuchar la respuesta de Nell. Pasa la llamada a mi yo real.

«Es Pal». Puedo verlo en la diminuta pantalla, sentado en su gran silla de ruedas, su cara medio paralizada rodeada de sensores de deseo. Quiere que me pase a verlo. Algo sucede. Demasiado delicado para explicarlo por las redes públicas.

Mi rig responde con voz gruñona. Lleva dos días despierto (pobrecillo). No puede ir en persona y está demasiado cansado para otra imprintación.

—Tengo tres ids actuando —oigo decirle a Pal—. Uno de ellos me se pasará por tu casa, si le da tiempo.

Ja. Pal vive en el centro. A sólo unas manzanas del edificio Teller. ¿No podría haber pedido esa visita antes?

¿Tres ids? El verde no estará preparado para tratar con Pal, y no puedo imaginarme a Guiñen Wammaker dejando escapar temprano al otro gris, así que probablemente me tocará a mí. Tengo que ir a consolar y asesorar a la pobre Ritu Maharal (mientras los polis miran con mala cara y murmuran sobre los «detectives entrometidos»), tomar un bus que me lleve al centro para escuchar a Pal largar sobre su última teoría conspiradora hasta que esté listo para expirar. Magnífico.

Ah. Ahí viene el coche de HU. No es la Yugolimo, pero es bonito. El conductor es un púrpura de aspecto recio: todo concentración y reflejos. Bueno para llevarte a salvo. No alguien a quien pedirías consejo sobre tus relaciones personales.

Subo.

Conduce.

Las calles de la ciudad pasan.

Sacando una placa barata, marco algo para leer. El Diario de Tendencias Antisociales. Siempre hay nuevas cosas sobre las que ponerse al día, si quieres seguir trabajando en tu campo. Mi cerebro real siempre se queda dormido cuando intento leer este tipo de cosas. Es bueno para captar los conceptos, pero la Onda Establecida divaga. Así que pago un extra por tener repuestos grises con buen foco de atención.

Nunca habría conseguido terminar la carrera sin esos ídems que envié a la biblioteca.

Espera un segundo.

Levanto la mirada del artículo cuando las tres cúpulas de Hornos Universales pasan a la derecha y luego quedan atrás. Debemos estar dirigiéndonos a otro sitio. Pero yo pensaba...

Ah, sí. Ritu no llegó a mencionar HU. Dijo «la mansión Kaolin». Así que me han invitado al santuario del gran Kaolin, después de todo. Bueno, la-la-la.

Sigo leyendo sobre el uso del pseudoencarcelamiento en Sumatra, donde parece que están utilizando multiídems para cumplir una sentencia de veinte años de cárcel en sólo dos. Ahorra dinero y castiga al malvado, o eso dicen. ¡Puaf!

La siguiente vez que levanto la cabeza, estamos atravesando un barrio exclusivo. Grandes casas tras altas vallas. Mansiones encaramadas en lo alto de largos caminos de acceso, cada una más grande, más impresionante y mejor protegida que la anterior. Los sensores de mi ojo izquierdo rastrean los campos protectores que cubren las cimas de las murallas. Las puntas de lanza decorativas enmascaran chorros de gas somnífero. Hurones de pega se agazapan en los árboles, en guardia contra los intrusos. Por supuesto, nada de todo eso mantendría a raya aun verdadero profesional.

La entrada a la mansión Kaolin llama poco la atención. No tiene protecciones llamativas. Las mejores son invisibles. Entramos directamente y luego subimos por un camino curvo.

Es un gran castillo de piedra rodeado de prados y árboles viejos. Unos cuantos edificios exteriores modestos, jardines y casitas protegidas por setos pueden verse a un lado. Los jardines son decepcionantes. Nada especial. Pocos de los raros especímenes que yo plantaría, si fuera rico. Entonces diviso una anomalía arquitectónica: una cúpula de espejo que cubre el techo de un ala entera. El santuario al que se retiró un recluso famoso, hace años, dejando el resto de la mansión para los sirvientes, invitados y golems. Al parecer, Eneas Kaolin se toma muy en serio lo de ser un ermitaño.

Hay una furgoneta blanca de hospital aparcada delante de la casa principal. Yo me esperaba vehículos oficiales. Inspectores de policía. Laboratorios forenses portátiles. El procedimiento normal cuando se trata de un asesinato.

Evidentemente, las autoridades no comparten la teoría de Ritu de luego sucio. Bueno, por eso me ha llamado.

Un mayordomo envía su duplicado de color cobre a abrirme la puerta. Otro me escolta al interior. Bonito tratamiento, ya que no soy real.

Ahora estoy dentro, bajo un atrio abovedado. Hermosos paneles de madera. Lindos toques decorativos: montones de cascos en las paredes, escudos y armas puntiagudas de otras épocas. A Clara le encantaría esto, así que congeló unas cuantas imágenes para mostrárselas más tarde.

Oigo conversaciones mientras me conducen a una biblioteca llena de libros que ahora sirve para una función más sombría. La espléndida mesa de roble sostiene un ataúd de madera de fresno con la tapa abierta. Un ser querido de cuerpo presente. Una docena de figuras humanas a la vista, aunque sólo dos son reales: el cadáver y la apenada hija.

Yo debería dirigirme hacia Ritu, ya que es quien me ha llamado. Pero es un idKaolin platino quien domina la escena. ¿Es el mismo que vi antes esta mañana? Debe de serlo, ya que asiente al reconocermme antes de dirigir su atención a una llamada vid; consulta con servidores y consejeros, supongo. Todas las imágenes en pantalla parecen preocupadas. Yosil Maharal era un miembro vital de su organización. Algún proyecto importante debe de tener grandes problemas.

Maldición. Casi me esperaba que Kaolin en persona apareciera para esta trágica escena, dándose un paseíto desde esa cúpula plateada. Tal vez sea un recluso auténtico, después de todo.

Un técnico especialista negro total termina de agitar sus instrumentos sobre el ataúd, sometiendo al cadáver a cascadas de luz brillante. El experto se vuelve hacia Ritu Maharal.

—He repetido todos los exámenes, señorita. Una vez más, no hay nada que indique que el accidente de su padre haya tenido nada que ver con un crimen. No hay toxinas ni drogas debilitadoras. No hay marcas de aguja ni magulladuras de infusión. No hay rastros de interferencia orgánica. Su química corporal muestra signos de extrema fatiga, lo cual encaja con que se quedara dormido al volante antes de saltar inadvertidamente al viaducto de la autopista donde lo encontraron. Esto coincide con la conclusión de las investigaciones policiales, que examinaron el vehículo siniestrado y no encontraron signos de que hubiera sido manipulado. Y no hay huellas de otras personas, ni en el coche ni cerca de él. Lamento que la noticia no la deje satisfecha. Pero el diagnóstico correcto parece ser muerte accidental.

El rostro de Ritu parece tallado en piedra, su coloración casi blanco ídem. Permanece en silencio, mientras un algo gris se acerca y la rodea con un brazo. Es un duplicado de su padre (el que conocí hace unas pocas horas), con una cara que se parece a la del cadáver cercano. Naturalmente, ningún proceso creado por el hombre puede imitar la textura de la piel real, capaz de durar décadas, aunque se gaste y arrugue después de más de medio siglo de preocupaciones.

El ídem Maharal contempla a su verdadero yo, sabiendo que una segunda muerte menor vendrá pronto. Los duplicados sólo pueden descargar recuerdos al original que los fabricó. El Efecto Molde. Así que ahora es un huérfano sin hogar, sin ningún cerebro real al que regresar. Sólo un reloj que se encamina hacia su expiración y unas

pseudocélulas que se quedan rápidamente sin élan vital.

En cierto sentido, Yosil Maharal sigue vivo, y puede contemplar su propia muerte. Pero su fantasma gris se desvanecerá dentro de unas cuantas horas más.

Como si sintiera esto, Ritu rodea con ambos brazos a su papid, apretando con fuerza... pero brevemente. Después de unos segundos, suelta los brazos y deja que una verde maternal se la lleve. Quizás es una antigua niñera o una amiga de la familia. Al marcharse, Ritu baja la mirada, evitando a ambos padres, el muerto y el vivo.

No me ve. ¿Qué hago? ¿La sigo?

—Dele un momento —dice una voz.

Me vuelvo y encuentro a idMaharal, muy cerca.

No se preocupe, señor Morris. Mi hija es fuerte. Estará mejor dentro de media hora o así. Sé que Ritu quiere hablar con usted.

Yo asentí. Bien. Me pagan por horas. Con todo, la curiosidad es mi impulsora, ya vaya por la vida en carne o en barro.

Cree que lo asesinaron a usted, doc. ¿Fue así?

El gris se encoge de hombros, con aspecto triste.

—Debo de haber parecido un poco raro esta mañana, cuando nos conocimos. Tal vez un poco paranoico.

—Usted no le dio importancia. Pero me pareció...

—¿Que debía de haber algo? ¿Donde hay humo hay fuego? —idMaharal asintió, extendiendo las manos—. Ya me estaba recuperando del pánico cuando hice esta copia. Sin embargo, me parecía... y me parece, que salía de un hechizo.

—¿Un hechizo?

—Una fantasía de la tecnología enloquecida, señor Morris. El mismo miedo, tal vez, que Fermi y Oppenheimer experimentaron cuando vieron el primer hongo nuclear en Trinity Site. O algo como la maldición de Frankenstein, largamente retrasada, pero que ahora se hace real con una venganza.

Esas palabras habrían provocado escalofríos a mi original. Incluso siendo gris, experimento cierto temor visceral.

—¿Ya no siente lo mismo?

Maharal sonríe.

—¿No acabo de decir que es una fantasía? La humanidad consiguió evitar ser destruida por las bombas atómicas y los gérmenes de diseño. Tal vez es mejor confiar en que la gente se enfrentará a los desafíos futuros con sentido común.

«Se está haciendo el tonto», pienso.

—¿Entonces podría explicarme por qué se escondió en primer lugar? ¿Considero que alguien le perseguía? ¿Por qué cambió de opinión? Tal vez su rig tuvo una recaída después de fabricarlo. El accidente sugiere ansiedad por falta de sueño, tal vez pánico.

El idfantasma de Maharal reflexiona un momento, me mira a los ojos... de un gris

a otro. Pero antes de que pueda responder, Vic Eneas Kaolin se acerca con una expresión severa en su rostro de platino.

—Viejo amigo —le dice a idMaharal—. Sé que es un momento difícil para ti. Pero tenemos que pensar en salvar lo que se pueda. Tus últimas horas deben ser dedicadas a un buen uso.

—¿Qué quieres decir?

—Un informe de vaciado, por supuesto. Para salvaguardar tu trabajo para la posteridad.

—Ah. Ya veo. Inyectar a presión mi cerebro con un millón de meshtrodos, zapearme con rayos gamma para hacer una ultratomografía y luego cribar todas las pseudoneuronas por un tensiómetro molecular. No parece una manera agradable de pasar mis últimos momentos. —Maharal reflexiona, moviendo la mandíbula con una expresión realista de tensión—. Pero supongo que tienes razón. Si se puede conservar algo.

La reluctancia de idMaharal es comprensible. Desde luego yo odiaría pasar por una cosa así. ¿Pero cómo si no se puede recuperar algo? Sólo el molde humano original puede cargar toda la memoria del duplicado. Ninguna otra persona u ordenador puede sustituirlo. Si el molde ha desaparecido o está muerto, lo único que se puede hacer es cribar físicamente el cerebro de la copia para sacar burdas imágenes sepia... los únicos datos que las máquinas pueden leer de la golemcarne.

El resto (tu Onda Establecida consciente, la sensación nuclear del yo que algunos llaman alma) es poco más que estática inútil.

Antes había una cancioncilla: «¿Son los colores que tú ves los mismos que veo yo? Cuando hueles una rosa, ¿experimentas las mismas sensaciones embriagadoras que yo cuando huelo la misma flor?».

Hoy sabemos la respuesta.

No.

Puede que usemos términos similares para describir una puesta de sol. Nuestros mundos subjetivos a menudo se corresponden, se correlacionan y encajan unos con otros. Eso hace posibles la cooperación y las relaciones, incluso una civilización compleja. Sin embargo las sensaciones y sentimientos de una persona siguen siendo siempre únicos. Porque un cerebro no es un ordenador y las neuronas no son transistores.

Por eso no existe la telepatía. Somos singulares, cada uno de nosotros, extraños para siempre.

—Haré que un coche te lleve al laboratorio —le dice idKaolin a idMaharal, palmeando el brazo de su amigo, como si los dos fueran reales.

—Quiero estar presente durante el informe —intervengo, dando un paso adelante.

A Kaolin no le hace ninguna gracia. Una vez más, detecto un temblor en sus manos elegantemente esculpidas mientras frunce el ceño.

—Trataremos asuntos delicados de la compañía...

—Y algunas de las imágenes recuperadas puede que arrojen luz a lo que le ha sucedido a ese pobre hombre. —Señalo hacia realMaharal, frío en su ataúd. No llego a mencionar el detalle de que he sido contratado por la única heredera legal del cadáver. Ritu podría demandarme por incompetencia si no asisto a la criba. Legalmente, ella podría impedir que se diseccionara al fantasma de su padre.

Kaolin sopesa la idea, luego asiente.

—Muy bien. Yosil, ¿quieres adelantarte? El señor Morris y yo iremos al laboratorio cuando hayas sido preparado.

idMaharal no responde al principio. Su expresión parece lejana, mira la puerta por donde se marchó Ritu, hace unos minutos.

—¿Hum, sí? Oh, de acuerdo. Por el bien del proyecto. Y de los miembros de nuestro equipo.

Estrecha brevemente la elegante mano de Kaolin y me saluda con un gesto cortante. La próxima vez que nos veamos, su cabeza estará bajo cristal y bajo presión.

Ahora el fantasma de Maharal parte hacia el gran atrio y la puerta principal. Me vuelvo hacia Kaolin.

—El doctor Maharal mencionó que había tenido miedo, que huía, como si alguien pudiera haber estado persiguiéndolo.

—También dijo que el temor era injustificado —replica Kaolin—. Yosil se estaba recuperando de esa paranoia cuando hizo al ídem.

—A menos que tuviera una recaída más tarde... lo cual contribuirá a explicar el fatal accidente. Si Maharal se sintió obligado a huir de algo, o de alguien... De hecho, el ídem no llegó a negar que alguien lo estuviera persiguiendo. Sólo dijo que el peligro parecía menos aterrador cuando lo fabricaron. ¿Se le ocurre algún motivo...?

—¿Por el que alguien quisiera hacerle daño a Yosil? Bueno, en nuestro negocio siempre hay peligros. Fanáticos que piensan que Hornos Universales es una empresa del diablo. De vez en cuando, algún chalado intenta descargar una venganza santa —hace una mueca de desdén—. Por fortuna, hay una famosa relación inversa entre el fanatismo y la incompetencia.

—Esa correlación es estadística —señalo yo. La conducta antisocial es mi campo, después de todo—. Hay excepciones. En una población grande y educada, tendrá al menos unos cuantos Puerters, Mc-Veighs y Kaufmanns genuinos... a la vez diabólicos e inteligentes, que pueden resultar lo suficientemente competentes para causar...

Mi voz se apaga, súbitamente distraída. Kaolin responde, pero mi atención está en otra parte.

Algo va mal.

Miro a la izquierda, hacia el gran pasillo, siguiendo una pista... algo preocupante que ha llamado mi atención de refilón.

«¿Qué es?».

El gran pasillo abovedado no parece haber cambiado; sigue lleno de armas antiguas y trofeos de conflictos históricos. Sin embargo, falta algo. «Piensa».

Había estado dividiendo mi atención, como siempre hago, real o rox. El ídem de Maharal acababa de marcharse en esa dirección, hacia el atrio... Un giro a la derecha lo llevaría a la puerta principal para ese viaje final a Hornos Universal.

Sólo que no ha girado a la derecha. Creo que ha girado a la izquierda. Ha sido sólo un atisbo, pero estoy seguro.

«¿Está intentando ver a Ritu por última vez?».

No. Ella salió de la biblioteca en la dirección opuesta, con su acompañante verde. ¿Entonces adónde se dirige el ídem?

En cierto modo, esto no es asunto mío.

«Anda que no».

El magnate está explicando por qué no le preocupan los fanáticos. Parece un discurso enlatado. Interrumpo.

—Discúlpeme, Vic Kaolin. Tengo que comprobar algo. Volveré a tiempo para acompañarle al laboratorio.

Él parece desconcertado, quizás anonadado, mientras me vuelvo para marcharme.

El suelo de mármol chirría bajo mis zapatos baratos mientras corro pasillo abajo, deteniéndome sólo un momento para mirar una vez más las armas y los estandartes antiguos. Clara me matará si no memorizo lo suficiente para un buen tour de imágenes.

En el atrio, miro a la derecha. El mayordomo y sus tres copias me miran, interrumpiendo su conversación. (¿De qué pueden tener que hablar unos duplicados? Mis yoes casi nunca tienen nada que decirse).

—¿Han visto pasar por aquí a idMaharal?

—Sí señor. Hace un momento.

—¿Por dónde se fue?

El mayordomo señala detrás de mí, hacia el fondo de la mansión.

—¿Hay algo que pueda hacer por...?

Corro en la dirección indicada. Puede que sea un impulso tonto dedicarme a perseguir a nadie, en vez de interrogar a Vic Kaolin mientras tengo la oportunidad. Si Maharal fuera real, su desvío no me molestaría. Daría por supuesto que había ido al cuarto de baño. A echar una meada antes del último viaje. Nada más natural.

Pero él no es natural. Es una cosa, sin vejiga ni derechos, y le han pedido que vaya a una sala donde le esperan un agónico interrogatorio y la muerte. Cualquiera querría desviarse de ese rumbo. Sé que yo lo he hecho, al menos en tres ocasiones.

Dejo atrás la gran escalera y me meto en un pasillo lleno de armarios y roperos. Más allá de un par de puertas dobles, ruido de platos entre el murmullo de los cocineros. El gris puede que haya pasado por aquí. Pero los sensores de mi ojo izquierdo no disciernen ninguna vibración. Las grandes puertas oscilantes no se han tocado desde hace al menos varios minutos.

Dejo atrás la cocina y detecto un leve olor que la mayoría de los humanos apenas advierten o que evitan por completo. Un aroma agrídulce de redención definitiva.

La Reciclería.

La mayoría de nosotros ponemos a nuestros ídems expirados (o sus partes sobrantes) en un contenedor sellado, en la calle, para la recogida semanal. Pero los grandes negocios necesitan sus propias plantas de reciclado para comprimir y filtrar los restos. Al fondo de un pasillo corto y sin ventanas se encuentra una puerta que pocos ídems atraviesan dos veces. ¿Fue Maharal en esa dirección, prefiriendo un final rápido en las tinas a la agonía de la criba cerebral? No parecía de los que se suicidan por miedo al dolor. Con todo, hay otras razones posibles... como morir por guardar un secreto.

Buscando alternativas, giro a la izquierda para contemplar un pasillo más amplio. Por delante hay un porche acristalado con muebles de bambú que da a un prado y un bosque privados.

Una puerta de pantalla está siseando todavía, cerrándose gradualmente contra un tope neumático. Decidiéndome rápido, corro y la atravieso, y salgo a un balcón de parqué. A la izquierda hay un gran aviario cubierto lleno de verdor y arrullos. Kaolin es famoso por su cría de pájaros, sobre todo de palomas mejoradas genéticamente.

Por ahí no. A la derecha, unas escaleras conducen al jardín. Siguiendo mi corazonada, pronto recibo la recompensa de un ruidito. Pisadas, por delante.

Comprendo que el fantasma de Maharal no quiera pasar por el tormento de la criba de imágenes. Que prefiera pasear bajo el cielo azul durante su último par de horas. Pero trabajo para su heredera y propietaria legal. De todas formas, si alguien asesinó a su original, hay que pedirles cuentas a los culpables. Quiero conocer las pistas que pueda haber ocultas en su cráneo de cerámica.

Un camino de piedras atraviesa un amplio prado en dirección a un bosquecillo de viejos árboles. Sicómoros y ciruelos púrpura, en su mayoría. La naturaleza es bonita, cuando puedes permitirte.

¡Allí! Veo una figura moverse. idMaharal, en efecto. Se inclina hacia delante, los hombros encogidos, corriendo. Antes no era más que intuición. Ahora estoy seguro: el golem trama algo.

¿Pero qué? El sendero pasa junto a una colina baja que se asoma a un grupito de casas pequeñas al otro lado, alineadas a lo largo de una calle compacta, con aceras y jardines... un barrio suburbano antiguo, trasplantado a los cuarenta acres de Vic Eneas Kaolin. Aquí debe de ser donde viven sus empleados. Cuanto más rico eres, más beneficios tienes que proporcionar para mantener a sirvientes reales.

Tío, sí que es rico.

Ni rastro de Maharal. Mi preocupación inmediata, ¿siguió el camino? Puede que se haya desviado entre las casas.

Me vuelvo, escrutando.

¡Allí! Medio agazapado tras un seto, intenta abrir la verja de un patio trasero.

Mejor no asustarlo. En vez de echar a correr, me meto dentro del bosquecillo y permanezco a cubierto mientras me acerco.

Sólo hay unas cuantas personas por aquí, a esta hora del día. Un jardinero naranja corta el césped de alguien con una máquina ruidosa. Una mujer cuelga la ropa en un tendedero, algo que nunca llegué a ver en los días anteriores a los hornos, cuando el tiempo era tan precioso que nunca tenías suficiente. Ahora el aire es mejor y alguna gente piensa que secar la ropa al sol merece una hora de ídem.

La piel de la mujer es rosa, quemada por el sol, un tono humano.

Bueno, tal vez le gusta la sensación táctil de colgar ropa mojada con la brisa. Y envía a sus ídems a hacer otras cosas. Una suave música retro llega desde una ventana abierta en un extremo del pequeño vecindario, compitiendo con dos fuertes voces que se alzan en una discusión en una casa del centro. La misma donde las manos de Maharal juegan con la verja trasera y finalmente encuentran el cierre. Las bisagras chirrían mientras él pasa, y yo echo a correr, resbalando por la pendiente del bosque, esquivando árboles y acercándome tan rápido que apenas puedo pararme a tiempo para evitar golpear la verja. El acelerón enzimático calienta mis miembros, gastando la energía acumulada a un ritmo cuádruple. Muy bien, así que expiraré un poco antes. ¡A la porra!

Maharal cerró la verja al pasar, así que debo extender la mano como él hizo, buscando el cierre. No es la forma ideal de realizar un escalo moderno. Normalmente comprobaría si hay alarmas y cosas así. Pero este pequeño vecindario está dentro del cordón de ultra-seguridad de Kaolin, así que, ¿por qué molestarse? Además, tengo prisa.

La madera está cascada y podrida, el cierre es sólo un gancho oxidado. Me cuelo en el patio, observando el césped salpicado de cagadas de perro... una gastada pelota de béisbol y un guante... unos cuantos soldados de juguete medio derretidos tirados al sol. Todo es casero y anticuado, hasta el hombre y la mujer que gritan en la casa de estuco.

—Estoy harta de dejar que todo el mundo me pase por encima. ¡Me las pagarás, sádico hijo de puta!

—¿El qué? Tengo el mismo plazo de entrega todas las semanas, igual que todo el mundo.

—Cualquier excusa vale para dejarme aquí, volviéndome loca con los niños gritando...

—Hablando de locas...

Esa inoportuna respuesta provocó un alarido. A través de una ventana veo a una figura de matrona con el pelo naranja y la piel clara, lanzando platos contra un hombre que se agacha. Parecen reales; la gente rara vez asigna una pelea doméstica a los ídems, ahorrando esa plena pasión para la carne que sabe que soportará diez mil amargos mañanas, lo suficiente para vengar cada daño, real o imaginado.

Veo al fantasma de Maharal caminando junto a tres niños pequeños, de entre

cuatro y nueve años, que están sentados a la sombra de un porche ajado mientras la puerta de pantalla amplifica cada triste golpe y chillido. Me sorprende que algún roboabogado no haya sido atraído ya, y aparezca para ofrecer a los niños un folleto sobre descuidos paternos.

idMaharal se lleva un delgado dedo a los labios, y el niño mayor asiente. Debe de conocer a Maharal, o bien la nube de miseria es demasiado densa para que pueda hablar mientras el gris pasa de largo, camino del callejón. Es la única salida, así que lo sigo segundos después, imitando el gesto de silencio.

Los niños parecen más sorprendidos esta vez. El mediano se dispone a hablar... entonces el mayor lo agarra por el brazo, usando ambas manos para retorcer en ambas direcciones, provocando gritos de dolor. Al instante, los tres se enzarzan en una pelea a puñetazos, imitando la violencia de puertas adentro de la casa.

Mis grises impriman la conciencia de Albert, así que vacilo, preguntándome si debería intervenir... Entonces advierto algo extraño y a la vez tranquilizador sobre los dos que están más cerca. ¡Ambos son ídems! Apesar de la coloración beis caucásico, la textura de la piel es artificial. ¿Pero por qué hacer pasar a niños duplicados por una tarde de verano cruelmente simulada? Sin duda los recuerdos no serán cargados.

Parece una perversión. Tomo nota mental para estudiar aquello más tarde. Pero eso me da una excusa para marcharme. Echo a correr por un estrecho camino dejando atrás a alguien que se entretiene restaurando un viejo Pontiac. ¿Por qué querría el fantasma de un científico pasar sus últimas horas merodeando por un enclave de esclavos, repleto de melodramas en miniatura? Mi concentración queda rota por el agradecimiento por mi propia infancia mientras rodeo la esquina de un alto seto, sólo para encontrar a... ¡Maharal!

El gris está delante de mí... sonriendo... apuntando un arma con boca de trompeta.

No hay tiempo para pensar. ¡Inspira hondo! ¡Agacha la cabeza y ataca! Un rugido llena mi universo.

Lo que suceda a continuación depende de con qué acaba de dispararme...

Estación de barro

... o de cómo el segundo gris del martes empieza un día duro...

¡Maldición!

Siempre estoy un poco protestón cuando salgo de la bandeja, descuelgo la ropa de papel de la percha y me la pongo sobre unos miembros que todavía brillan con las encimas de ignición, sabiendo que soy la copia-por-un-día.

Naturalmente, recuerdo haber hecho esto miles de veces. De todas formas, es como recibir una larga lista de tareas desagradables, corriendo riesgos que nunca correría tu protocuerpo. Empiezo esta pseudovida lleno de premoniciones de una muerte menos, oscura y no llorada por nadie.

¡Uf! ¿Qué me ha puesto de este humor? ¿Podría ser la noticia de Ritu? ¿Un recordatorio dé que la muerte verdadera todavía nos acecha a todos?

¡Bueno, espabila! La vida sigue siendo igual que en los viejos tiempos.

A veces eres la cigarra, a veces una hormiga.

Vi cómo el gris número uno se marchaba para reunirse con la señorita Maharal. Se subió a la Vespa, con el verde de hoy que iba montado detrás.

Eso dejaba una moto para mí solo. Parece justo.

El número uno tiene la oportunidad de ver a Ritu y fisgar en los asuntos de un multibillonario. Mientras tanto, yo debo visitar a la gran bruja del Estudio Neo. Bueno, al menos tengo mi propio medio de transporte.

RealAlbert se da la vuelta, saliendo de la sala del horno sin apenas mirar atrás. Bueno, necesita acostarse. Descansar el cuerpo. Mantenerlo en forma para que nosotros los duplos podamos cargar algo esta noche. No me siento utilizado. No mucho. Si tienes que ser de barro, es bueno ser gris. Al menos hay placeres realistas que disfrutar...

Como esquivar el tráfico, sorprendiendo a los estoicos conductores de vetas amarillas mientras me planto delante de ellos, siempre alerta al zumbido delator de mi detector de polis y asegurándome de no molestar a ninguna persona real. Picar a ids puede ser divertido, mientras cada violación esté por debajo del umbral de cinco puntos programado en las publicams que flanquean todas las calles. (El umbral donde acaban las restricciones a la intimidad y forman un gran pelotón). ¡Una vez llegué a cosechar once cuatro puntos en un día, sin ganarme ni una sola multa!

Esta pequeña moto Turkomen no tiene tanta potencia como la Vespa, pero es ágil y duradera. Barata, también. Tomo nota para pedir tres más. De todas formas, es arriesgado tener sólo dos motocicletas a mano. ¿Y si de repente necesito un ejército, como pasó el mayo pasado? ¿Cómo llevaré a una docena de copias rojas o púrpuras de mí mismo donde hagan falta? ¿En dinobús?

Nell apunta obediente mi nota, pero no cursará una orden de compra hasta que realAlbert se despierte. Las neuronas dan el visto bueno a todas las grandes compras. El barro sólo puede sugerirlas.

Bueno, seré Albert mañana. Si descargo. Si vuelvo a casa. Lo cual no debería ser demasiado problemático, supongo. Las reuniones con la maestra son agotadoras, pero rara vez fatales.

Me acerco a un semáforo. Me detengo. Me tomo un instante para mirar al oeste, hacia la plaza Odeón. Recuerdos frescos de la desesperada huida por los pelos de anoche todavía perturban mi Onda Establecida, aunque sólo fuera un verde quien lo sufrió.

Me pregunto quién sería el camarero. El que me ayudó a escapar. El semáforo ha cambiado. ¡Adelante! La maestra odia que llegues tarde.

Estudio Neo, justo delante. Un lugar encantador. Ocupa lo que solía ser un enorme mercado urbano sin ventanas. Hoy día comprar ya no es una tarea (le pides a la Casa que se encargue de los repartos) o bien lo haces por placer, y paseas en persona por avenidas flanqueadas por árboles, como el paseo Genterreal, donde una brisa suave te acaricia todo el año. Sea como sea, es difícil imaginar cómo se las apañaban nuestros padres en grutas sin sol. Una catacumba iluminada por fluorescentes no es un mundo adecuado para los seres humanos.

Ahora los mercados son algo aparte para la nueva clase obrera. Nosotros los de barro.

Furgonetas y motocicletas recorren la vasta estructura del aparcamiento, llevando ídems frescos a clientes de toda la ciudad. Y no ídems cualesquiera. La mayoría lucen colores de especialización. Blanco nieve para la sensualidad. Ébano para intelectos sin diluir. Un escarlata concreto que es inmune al dolor... y otro que lo experimenta todo con feroz intensidad. Pocas de estas criaturas vuelven a su punto de origen cuando las células élan se agotan. Sus rigs no esperan que vuelvan para cargar recuerdos.

La mayoría de los clientes de Neo sí que devuelven las motocicletas. Para reclamar el depósito.

Aparco la Turkomen en un espacio codificado reservado para gente como yo, intermediarios ídem en viaje de negocios, transmitiendo información importante entre gente real. Los grises tienen prioridad, así que los colores inferiores se hacen a un lado cuando atravieso la arcada principal. La mayoría lo hacen instintivamente, y me abren las puertas, como si fueran humanos. Pero unos cuantos me ceden el paso a regañadientes, con miradas impertinentes.

Bueno, ¿qué se puede esperar de los blancos? El placer es en parte una cuestión de ego. Su clase necesita darse importancia para poder funcionar.

El Estudio Neo ocupa las cuatro plantas del antiguo centro comercial, llenando el gran atrio con una miríada de brillos holográficos. Es un emporio de esfuerzo creativo, iluminado por los chillones logotipos de un centenar de compañías

productoras en alza, cada una de ellas aspirando a la posición superior en este hormiguero... un puesto en lo alto de la pirámide, a donde me encamino ahora mismo.

Los productores más ansiosos y ambiciosos colocan idemartículos junto a las escaleras mecánicas, ofreciendo muestras gratis.

—Pruébeme ahora y llévese a casa un recuerdo especial... —Arrulla una forma pálida con una túnica diáfana, sus formas tan realzadas que el tejido real no habría podido contenerlas—. Luego encárguenos un reparto domiciliario. ¡Su rig podría disfrutar de mí en persona mañana!

Mañana, ella será lodo en un tanque. Pero no lo digo. Los modales, heredados de los días más sencillos de la juventud, me hacen decir «No, gracias», gastando aliento en una criatura que no podría interesarme menos.

—¿Ha tenido un mal día? —canturrea otra, esta vez exageradamente masculina, flexionando los músculos allí donde ningún hombre natural los flexionaría jamás; a no ser en las páginas de un cómic, claro—. Tal vez su rig lo cargará de todas formas, si lo soborna con algo único para recordar. ¡Pruébeme y verá lo bueno que es!

O lo extraño que es. No hay forma de saber, por supuesto, de qué clase de carne procede el alma imprimada de esta criatura, ya sea cortesano o gigoló. Los más agresivos o complacientes de cada clase tienden a ser cruces, que compensan su falta de educación con deleite.

Esta vez consigo pasar sin hacer ningún comentario, y subo por las escaleras mecánicas hasta zonas mejores.

Alguien de las firmas de la segunda planta me ofrece repuestos golem especializados. Ponga su mente en un reptil dentado o en una forma de delfín para sumergirse en las profundidades. O vaya de fiesta en un cuerpo con partes a la carta. ¿Quiere manos como navajas del Ejército suizo? A veces compro accesorios a una discreta boutique técnica, eligiendo ampliaciones para los ídems que envío a misiones peligrosas. Pal también compra aquí, experimentando con golems cada vez más pasados. Preferiría que todos sus recuerdos fueran así, y ninguno de lo que queda de su cuerpo natural.

La siguiente que se me acerca no vende sexo. Una gris como yo, vestida con un conservador papel de lino, a la usanza de los médicos televisivos, incluido el endoscopio que cuelga de su esbelto cuello.

—Perdone la intrusión, señor. ¿Puedo preguntarle si ha estado practicando imprintación prudente?

Tengo que parpadear; me resulta familiar.

—Oh, ya. Se refiere a proteger mi yo real de las enfermedades que un ídem...

—Podría traer a casa y transmitir a través de la carga. Sí, señor. ¿Ha pensado alguna vez en lo peligroso que puede ser reclamar un golem que ha estado quién sabe

dónde en el transcurso dei? ¿Expuesto a todo, desde virus a toxinas mémicas?

Me ofrece un delgado panfleto y, de repente, recuerdo una historia aparecida en las noticias hace poco, bastante cómica, sobre gente que evidentemente cree que estamos viviendo en los viejos días de plaga de la guerra de las Burbujas.

—Intento permanecer limpio. Si hay alguna duda, cargo sin tocar a mi rig.

—Las toxinas mémicas no requieren contacto físico —insiste la doctora de imitación—. Pueden pasar a través de los recuerdos cargados.

Niego con la cabeza.

—Nos lo habrían dicho si esas cosas fueran...

—Ha habido brotes en más de una docena de ciudades de todo el inundo —su conducta profesional se esfuma y blande el panfleto—. ¡Nos están ocultando la verdad!

¿Quiénes? Una fan de las conspiraciones, entonces. ¡Y habla de toxinas mémicas! ¿Podrían todas las agencias responsables de la seguridad pública (y todos sus empleados) conchabarse para impedir que el público se enterara de la existencia de una nueva epidemia? Ni siquiera eso sería suficiente hoy en día, con tantos aficionados listos sueltos. Luego están los Premios Secuaz, creados para arrancar confesiones a los lugartenientes de más confianza.

—Una hipótesis interesante —murmuro, retrocediendo—. Pero entonces, por qué las redes libres no...

—Los diseñadores de toxinas son listos. ¡Los síntomas varían de una ciudad a otra! Las redes libres correlacionan incidentes, rumores, anécdotas. Sin embargo...

Sigo apartándome y, agradecido, dejo que la escalera me pille el talón, subiéndome a bordo de los escalones móviles mientras finjo una amable sonrisa de disculpa. La «doctora» se me queda mirando un momento, y luego se da media vuelta para acercarse a otro viandante.

Tal vez más tarde le pida a Nell que haga una búsqueda de «epidemias mémicas». Hasta entonces, considéralo otro entretenimiento aberrante servido por Estudio Neo.

Ahora estoy pasando por los establecimientos con verdadera clase. «Escenarios Ilimitados» te enviará a un experto entrevistador, un ébano, dedicado exclusivamente a crear un guión que encaje con tu presupuesto y tu fantasía favorita. Luego regresará con los escenarios y un reparto completo de personajes para representar cualquier escena, desde alta literatura a tus más oscuros sueños.

«Aventuras Proxy» llevará a tu copia imprimada-pero-sin-cocer a algún lejano rincón del planeta donde la hornoactivarán y le harán pasar un día de frenéticas huidas. Luego devolverán el cráneo rápido-congelado en perfecto estado, para que lo recuerdes todo. Una aventura de veinticuatro horas, lista para servir.

También hay especialistas que ofrecen servicios inimaginables antes de la golemtecnología. Casi todo lo que para un humano en carne y hueso es ilegal se puede hacer con un ídem... aunque a menudo acarrea multas y el pago de un impuesto por perversión.

No es extraño que el inspector Blane odie este lugar. Una cosa es crear a tus duplicados para un trabajo honrado. Los sindicatos lucha, ron y perdieron, y ahora millones se ganan la vida en varios lugares a la vez, haciendo aquello para lo que son buenos, desde servicio de porteros a mantenimiento de reactores nucleares. Un mercado justo ofrece máxima experiencia para todos, a precios asequibles.

Pero ¿experiencia en entretenimiento? Arrancada de la pantalla plateada, liberada de la caja tonta, saltando de las páginas de las novelas románticas y rocamboleras, convertida en algo que se puede tocar... Dicen que cuando empezó la Red, se empleaba principalmente para el porno. Lo mismo aquí. Sólo que ahora anda y te responde. Puede hacer lo que tú quieras.

Espera un momento... Es el teléfono. Lo atiendo a tiempo de escuchar a Nell pasar la llamada a mi yo real.

La cara medio paralizada de Pal llena la pantallita, rodeado de sus sensores de deseo para controlar su silla de ruedas mágica. Quiere que me pase a verlo.

Mi rig parece malhumorado y cansado. No hará otra imprintación.

—Tengo tres ids actuando —le dice a Pal—. Uno de ellos se pasará por tu casa, si le da tiempo.

¿Tres? El verde no estará preparado para tratar con Pal. Y el gris número uno tiene que ver a Ritu Maharal para hablar de su padre asesinado. Existe la posibilidad de que incluso pueda ver e interrogar al Vic Kaolin real... algo que merecerá la pena contarle a Clara, cuando regrese de su guerra.

Así que es cosa mía. Si Wammaker me deja escapar temprano, iré a escuchar a Pal largar sobre su última teoría o plan conspiratorio. Mierda. Ya casi puedo sentir que mi corta «vida» se está agotando.

Piso superior, donde los helipuertos del tejado dan rápido acceso a los clientes ricos. Donde los selectos productores sirven buen café y sabrosos entremeses, ¡incluso a los grises visitantes! Aquí, las tiendas elegantes te dejan contratar a actores de primera fila para interpretar papeles convincentes en cuerpos moldeados para parecerse a cualquiera de todos los tiempos. Hay una penalización cuando un ídem no se parece a su rig, pero es pequeña cuando no hay por medio ningún fraude. No es que los productores se nieguen a un pequeño fraude, de vez en cuando.

Los clientes ricos también vienen aquí para concertar cosas extravagantes. Una vez, alguien contrató a los miembros del pelotón de infantería de reserva de Clara, que estaban fuera de servicio, para actuar como extras en una sangrienta recreación de la última orgía-masacre de Calígula. Ella me coló para ver la actuación desde detrás de una cortina púrpura. La recreación fue realista, espeluznante, y tal vez incluso educativa por su fidelidad a los detalles históricos. Las luchas a espada fueron soberbias. El golem de Clara murió espectacularmente bien.

Con todo, no me gustó el espectáculo.

—Me alegro de que pienses así —reconoció ella. De hecho, ningún miembro de su equipo cargó recuerdos de la brutal masacre de esa tarde. Es algo que hace que te

sientas orgulloso de nuestros chicos y chicas de caqui.

Faltan todavía más de veinte metros hasta el elegante pórtico de la oficina de Wammaker cuando una figura encapuchada llama mi atención, haciendo gestos desde las sombras.

—Señor Morris. Me alegro de que haya venido.

Acercándome un paso más, reconozco a la ídem cubierta con la capucha. La ayudante ejecutiva de la maestra, con el rostro de un conservador tono gris que combina perfectamente con su atuendo.

—¿Quiere seguirme, por favor?

Me llama y yo la sigo... apartándome de la oficina de Wammaker.

—En nuestra reunión trataremos asuntos delicados que será mejor discutir en otra parte —explica, tendiéndome una túnica con capucha como la suya—. Por favor, póngase esto.

Si yo fuera real, me preocuparía. ¿Podría estar la maestra planeando alguna rebuscada venganza por mi pasada actitud con ella? Pero bueno, ¿y qué? No soy más que un ídem.

Me pongo la túnica y la sigo.

Un pequeño ascensor de servicio nos lleva hacia abajo, hacia las plantas de renta inferior del viejo centro comercial. Las puertas se abren y mi guía se encamina directamente hacia una tienda vulgar de ventanas opacas que lleva el nombre de ASOCIADOS RENOVACIÓN. La sigo aun reino de tejidos colgantes que titilan con piezoluminiscencia, llenos de brisas preparadas. Incluso han dedicado esfuerzos a cultivar plantas de interior que proporcionan una atmósfera de bienvenida. Principalmente ficus y abetos sencillos. Pero la atención se ve atraída hacia otra parte, hacia los holopósters de Gineen y sus mejores afiliados, hombres y mujeres cuyas copias ofrecen placeres sibaríticos a los que están cansados del mero sexo.

Ante la sala de espera hay cabinas oscuras donde los clientes pueden consultar en privado con sus consejeros especiales. A pesar de todo, no es tan elegante como la oficina de Wammaker. La maestra debe de estar ampliando el negocio; pasando al mercado de masas.

—Por favor, espere —dice la ayudante, señalando una silla de madera de respaldo plano... sin duda una preciosa antigüedad, e incómoda también. Me vuelvo a poner de pie en cuanto se marcha. Mis repuestos golem tienen articulaciones de relax. Sentarse es redundante.

Naturalmente me harán esperar, así que saco una placa lectora barata y marco el Diario de Tendencias Antisociales. Como Ritu Maharal asegura que su padre fue asesinado, me dispongo a buscar sobre homicidios (me pregunto cómo le irá al gris número uno. ¿He llegado ya a alguna conclusión?). Pero después de pasar por el Estudio Neo, mis pensamientos se dirigen a otro problema. La decadencia.

¿Tienen razón los nuevos puritanos? ¿Está endureciendo nuestros corazones la golemtecnología?

Clara llama a este lugar un «callo-de-almas».

—Hoy podemos hundirnos en la depravación sin pagar por ello con enfermedades o resacas —dijo la semana pasada, sin ir más lejos—. La profesión más antigua del mundo ha sido puesta al día para una nueva era, sin prisiones, discreción ni ninguna necesidad de empatía. Vaya avance.

Yo soy normalmente menos cínico. La vida es mejor de un montón de formas. Más sana. Más tolerante. A nadie le importa qué tono de marrón tiene tu piel real.

Pero mis grises varían un poco de unos a otros y éste siente el amargo recelo de que Clara pueda tener razón.

Parpadeando, advierto que la placa de lectura ya brilla con un artículo seleccionado. Debo de haber hecho un escaneo de interés de dilatación de iris mientras reflexionaba sobre mis sombríos pensamientos (¿quién dice que los ídems no tienen subconsciente?).

SUBLIMACIÓN DEL IMPULSO DE INMORTALIDAD:
¿UN RETORNO A LA NECROMANCIA?

¡Uf! ¡Vaya título para un artículo científico! No es mi plato habitual. Sin embargo me resulta intrigante. Me pregunto...

—¿Señor Morris?

Es el ayudante. Esperaba tener que aguardar más tiempo. Tal vez Wammaker está realmente preocupada por algo esta vez.

Al alzar la cabeza, veo que el idcuerpo gris de la ayudante tiene los azules.

—La maestra lo verá ahora.

6

No es fácil ser verde
... o de cómo el tercer ídem del martes descubre
la rivalidad entre hermanos...

Odio levantarme de la bandeja, ponerme sobre los miembros ropa de papel que aún brilla con enzimas de ignición.

No sólo soy una copia hoy, soy la verde. ¡Maldición!

Después de un millar de veces, me sigue pareciendo que me están castigando. Me dan una larga lista de tareas desagradables. Me envían a correr todo tipo de riesgos por los que nunca pasaría Lord Protocuerpo.

Empiezo esta pseudovida lleno de oscuros sentimientos. ¡Uf! Qué ánimos.

Archie debe de estar realmente cansado para ponerme en marcha con una Onda Establecida tan sombría como ésta. Un poco peor y podría haber sido un frankie...

¡Bueno, espabila! Hoy eres una hormiga.

Y verde, además. Deja la filosofía para tus superiores.

Bueno, anoche otro verde se enfrentó a los idmatones de Beta, y venció. Un héroe-duplicado, que se arrastró por un infierno para traer noticias vitales. ¡Así que un verde puede importar! Aunque el trabajo de hoy sea hacer la compra, limpiar retretes, cortar el césped y otros horrores.

Los grises tienen bonitos grabadores en tiemporeal. Pero yo tengo que hacer rápidos vaciados en un viejo anillo de microcintas. Post hoc. No sé por qué me molesto. Si Archie quiere saber qué he hecho hoy, puede cargar y averiguarlo.

Me dirigí a la ciudad haciendo de paquete del gris número uno, manteniendo los dos ojos bien cerrados mientras él conducía como un maníaco, arriesgando nuestras carcasas y a punto de estropear nuestra última Vespa. Capullo.

Lo dejé en un parque, esperando que lo recogiera la limusina de HU que iban a enviarle. Él verá pronto a la hermosa Ritu y hablará con Vic Kaolin y posiblemente investigue un asesinato.

Y más tarde, quizás esta noche, realAlbert se sentirá solo. Irá a descongelar a la sibarita que Clara dejó para nosotros en el congelador. Sentí una oleada de celos irracionales al respecto. ¡La tentación de llegarme al barco vivienda y usarla yo mismo!

Naturalmente, no lo hice. La id me echaría un vistazo y se negaría a desperdiciarse con los burdos sentidos de un verde. De todas formas, ¿qué sentido tiene? Si cargo, me reuniré con Albert y lo compartiré todo en carnerreal. Y cuando Clara regrese del frente, compartiré también esa reunión.

Así que me puse a hacer mis tareas. Visité el mercado, añadiendo algunos artículos frescos al reparto normal: frutas y esas cosas, más un plato de gourmet o

dos. Debería llegar para cuando Archie se despierte de la siesta. Espero que me guste el arenque. Es danés.

Me pasé por el banco y puse al día mis códigos de nivel tres. Todo el mundo hace una puesta al día mensual en persona, con escaneos biométricos y químicos para verificar que tú eres tú. Pero para las semanales un ídem basta. Nadie puede falsificar una Onda Establecida. Además, han pasado años desde el Gran Golpe. Algunos analistas piensan que el cibercrimen ya está pasado de moda.

Puede ser. Pero la delincuencia todavía preocupa a los ciudadanos. En todas las elecciones aparece como una de las prioridades principales. Debe de haber casi un centenar de polis reales sólo en esta ciudad. Si Yosil Maharal fue asesinado, con éste serán ya doce homicidios en el Estado este año. Y el verano apenas está a la mitad.

No temo quedarme sin empleo pronto.

Oh, el teléfono sonó mientras estaba de compras. Era Pallie, que necesitaba otra vez un poco de atención.

Albert gruñó.

—Tengo tres ids actuando. Uno de ellos se pasará por tu casa, si le da tiempo.

—¿Tres ids?

El gris número uno está ocupado con Ritu Maharal y Vic Kaolin; un gran caso, quizás un auténtico filón para ganar dinero. Gineen Wammaker puede entretener al gris número dos todo el día.

—¿Te apuestas a que me enviarán a mí a oír la última teoría conspiradora de Pal? Mierda. ¿Para qué sirve un verde?

Tuve que recoger la cortadora de césped de la tienda de reparaciones. Costó ocho cincuenta, más las tarifas de recargo por el viejo motor de gas. La amarré para asegurarla a la parte trasera de la Vespa, pero eso fastidió el equilibrio de la moto. Me gané una violación de cinco puntos también. Mierda.

Al menos la cortadora arrancó a la primera (Mitch, el tipo de las reparaciones, conoce su oficio. Estaba allí en persona, esta vez). Pronto tuve el césped mejor recortado que ese «jardinero» a rayas naranja que contrata todo el mundo en el barrio. En mi minúsculo trozo de tierra crecen plantas. Rosas. Zanahorias y bayas frescas. Me gusta cultivar cosas, igual que a Clara le gusta oír el agua lamer la quilla de su barco vivienda.

A continuación, la pila de platos del fregadero. Luego, los cuartos de baño. Bien podría limpiar también toda la maldita casa ya que estoy en ello. Excepto pasar la aspiradora. Lord Archie tiene que dormir.

Ejem.

Algunos días sopeso asuntos existenciales. Sencillos, como los que puede comprender un verde. Como, por ejemplo, ¿debería sugerir NO cargar esta noche? Quiero decir, ¿por qué recordar esta banalidad? Albert ya ha experimentado casi un

centenar de años subjetivos, contando los recuerdos golem. Algunos expertos ponen un máximo teórico de cinco siglos. ¿Entonces por qué no ahorrar?

He debatido esto conmigo mismo montones de veces, y recuerdo que siempre decidí cargar. Bueno, vale. Sólo los ídems que eligen la continuidad se convierten en parte de la memoria continuada. Pero Nell dice que más de ciento ochenta de mis copias eligieron en cambio el olvido. Abatidos yoes-delegados que soportaron días aburridos que hago mejor en olvidar.

Demonios, hay días que he pasado en persona que borraría si pudiera. Un antiguo problema, supongo. Al menos hoy en día tienes alguna opción en la materia.

Tras detenerme ante la pantalla de trabajo de Archie, miré nuestros casos en marcha: una docena de investigaciones rutinarias, marcadas por mapas de progresos y prioridades. La mayoría pueden hacerse con la Red por medio de interrogatorios remotos, sacando datos de fuentes públicas o persuadiendo a los propietarios de callecámaras privadas para que compartan sus archivos con una orden judicial. A veces envío mis propias avispas-espía a seguir a sospechosos por la ciudad. No podría permitirme seguir en el negocio si todo tuviera que hacerse en persona, o incluso por duplicado-golem.

La mitad de los casos se refieren a mi especialidad: atrapar a violadores de copyrights. Profesionales como Beta cometen delitos sin tregua. Por fortuna la mayoría de los robos los llevan a cabo aficionados. Lo mismo pasa con los ladrones de rostros, que envían ídems con rasgos ilegalmente forjados, fingiendo haber sido roxados a partir de otra gente. Chicos problemáticos, en su mayoría. Se los pilla. Se los multa.

Se les enseña a comportarse.

Luego están los cónyuges celosos: una especialidad de los detectives privados desde la época del ragtime.

Algunos matrimonios modernos son complejos, y admiten nuevos socios por consentimiento mutuo. La mayoría de la gente prefiere la anticuada monogamia. ¿Pero qué significa eso hoy en día? Si un marido envía a un ídem a tontear mientras está ocupado en el trabajo, ¿constituye eso una fantasía, un flirteo, o una infidelidad declarada? Si una esposa alquila a un blanquito para pasar una tarde solitaria, ¿es prostitución, o un poco de jugueteo inofensivo con un aparato doméstico?

La mayoría de la gente piensa que lo mejor sigue siendo la carne contra la carne. Pero el barro no puede quedarse embarazado ni transmitir enfermedades. Te permite racionalizar, además. Algunas parejas trazan la línea en la carga de recuerdos después de un lío con idsexo. Si no se recuerda, no sucedió. No hay memoria, no hay pecado.

Pero si no puedes recordarlo, ¿para qué sirve?

Todas las complicaciones pueden resultar confusas para criaturas con celos caprichosos que se formaron en la Edad de Piedra. De cualquier forma, los sentimientos heridos no son mi preocupación, sólo son hechos. El caso es que la civilización cae sin responsabilidad. Lo que hace la gente con ella es cosa suya.

Contemplando la pantalla, veo que necesitaré cuatro ids mañana.

Dos sólo para misiones de seguimiento y observación.

El congelador está bien repleto de repuestos, pero nuestras motocicletas son escasas.

En pantalla veo que el gris número dos acaba de solicitar más Turkomens. Yo prefiero las Vespas, ¿pero quién escucha a un verde? Al recorrer la casa, veo más limpieza por hacer. Lápices que afilar y notas que cursar. Más tareas aburridas, para que el yo real pueda pasar su precioso tiempo siendo creativo.

Dejaría escapar un largo suspiro... si este cuerpo estuviera equipado para eso.

Al demonio con todo esto. ¡Me voy a la playa!

El precio de la perfección
... el gris número dos recibe una oferta que no puede rechazar...

La maestra tiene invitados.

Cuatro de ellos son mujeres, idénticas, con pelo rosa rizado y piel rojo tierra tan oscura que es casi parda. Una mira constantemente una pantalla-vid, asintiendo y gruñendo. Una tira de carne con aspecto de babosa parece manar de un lado de su cabeza, conectando un pseudópodo aun pad sensor electrónico.

¡Está enchufada, nada menos!

Envía y recibe directamente de su cerebro de barro a la Red (enlace directo, digital a neuroanalógico), un proceso feo y desagradable que te puede dejar tonto.

El otro invitado es varón, modelado sobre un arquetipo que debe de ser dolorosamente delgado en persona. Siguiendo la moda, este ídem evita los viejos colores estándar que fueron prescritos durante la primera generación de horneados.

Su piel es a cuadros.

¡Uf! Apenas distingo su cara entre el ruido visual. En vez de ropa de papel, lleva prendas de tela lujosa. Y los estampados de su camisa y sus pantalones hacen juego con el tinte de la piel. ¡Moda cara para un ídem!

Gineen Wammaker se adelanta en saboreable persona, su carne real casi tan pálida como la de una de sus roxies de placer. Sólo sus brillantes ojos verdes revelan su naturaleza interna de fiera mujer de negocios que destruye a sus competidores sin piedad. Toma la mano de mi facsímil entre las suyas de verdad.

—Me alegra que enviara un gris tan rápidamente, señor Morris. Sé lo ocupado que está, y cuánta concentración le exige su profesión.

En otras palabras, me perdona, aunque debería haber venido en persona. De todas maneras, el sarcasmo de Wammaker es más leve que de costumbre. Algo huele mal, en efecto.

—Espero que la bonificación que envié demuestre adecuadamente mi gratitud por su contribución al cierre de esas instalaciones de copias pirata.

No he visto ninguna bonificación. Tal vez la envió mientras yo esperaba fuera. Típico. Cualquier cosa con tal de pillarte desprevenido.

—Es un placer serle útil, Maestra. —Me inclino y ella baja levemente la cabeza, dejando que sus rizos dorados caigan sobre sus hombros desnudos. No nos engañamos ni pizca. Irónicamente, ésa es la base del respeto.

—Pero qué descortés soy. Déjeme que le presente a mis asociados. Vic Manuel Collins y Reina Irene.

El varón está más cerca. Nos estrechamos la mano y me doy cuenta de que sus

adornos chillones enmascaran la textura de un ídem gris estándar. En cuanto a su título... «Vic» solía significar algo. Pero el término se ha vaciado de contenido debido a que los ricos ociosos, la mayoría de los cuales nunca fueron capitalistas aventureros, ni nada útil, han abusado de él.

Sólo una de las mujeres de color pardo se adelanta, reconociendo mi presencia pero sin ninguna sonrisa, ni una mano que estrechar.

«Reina» es otra ambigüedad moderna. Esperaré a ver si mis sospechas se confirman.

Gineen ofrece asientos, cómodos y reconfortantes para el cuerpo.

Un servid a rayas como de caramelo (a media escala) ofrece refrescos. Siendo gris, puedo probar una trufa zaireña que explota en polvo aromático en el fondo de mi garganta. Un regalo para que Albert recuerde cuando cargue. Con todo, Wammaker está alardeando, mostrándose espléndida con los duplos de visita. Parte de su atractivo, supongo.

Sentado, puedo ver más allá del hombro de la rox parda que está conectada, la atención fija en una pictopantalla en la que se ve una gran sala donde un montón de ídems rojos vienen y van rápidamente: todos son copias de la misma persona-imagen básica, aunque algunos están reducidos a un tercio o menos de su escala. Al menos una docena se congregan alrededor de una figura central, difícil de distinguir entre la multitud. Hay un montón de maquinaria: hornos y aparatos de soporte vital.

—Le he pedido que venga, señor Morris, para discutir un pequeño asunto de tecnología y espionaje industrial. Me vuelvo hacia Wammaker.

—¿Maestra? Estoy especializado en el seguimiento de gente, tanto de barro como de carne, principalmente para descubrir violaciones de copyright y...

Mi anfitriona levanta una mano.

—Sospechamos que se han logrado ciertas innovaciones tecnológicas. Logros significativos, que amenazan con dejar obsoletos los copyrights, están siendo monopolizados clandestinamente.

—Ya veo. Eso parece ilegal.

—Sin duda lo sería. Las tecnologías son más peligrosas cuando se exploran en secreto.

Mis pensamientos dan vueltas. Puede que sea ilegal, ¿pero por qué decírmelo a mí? No soy poli ni tecnosabueso.

—¿De quién sospecha?

—De Hornos Universales Sociedad Anónima.

—Pero... fueron pioneros en el campo de la almística.

—Eso ya lo sé, señor Morris —su sonrisa es indulgente—. También son quienes más se benefician de un mercado abierto y ordenado.

—Naturalmente. De hecho, HU continúa realizando una investigación comercial normal y ofrece mejoras graduales en las copiadoras que vende. Los detalles técnicos sobre estas mejoras pueden ser mantenidos confidencialmente de manera temporal,

hasta que se cursan las patentes. Incluso así, tienen el deber legal de advertir a la gente si alguna innovación importante amenaza con alterar fundamentalmente nuestra cultura, nuestra economía o nuestro mundo.

«¿Alterar fundamentalmente?». Palabras misteriosas que hacen que sienta una curiosidad malsana. Y sin embargo, un hecho destaca: yo no tendría que estar manteniendo esta conversación.

—Es posible, Maestra. Pero ahora mismo tengo que decirle...

El varón de piel a cuadros interrumpe con una voz bastante grave para un armazón tan delgado.

—Hemos estado recibiendo información filtrada desde dentro de esas cúpulas brillantes de HU. Están preparando algo, probablemente un gran cambio en la forma en que la gente fabrica y maneja los golems.

La curiosidad me puede.

—¿Qué clase de cambio?

Vic Collins adopta una expresión astuta en su cara afilada y chillona.

—¿Puede imaginarlo, señor Morris? ¿Qué cree usted que podría transformar la manera en que la gente usa esta moderna comodidad?

—Yo... se me ocurren varias posibilidades, pero...

—Por favor. Esfuércese. Denos un ejemplo o dos.

Nuestros ojos se encuentran y me pregunto qué está tramando.

Se sabe que alguna gente imprime grises imaginativos, capaces de pensamiento creativo. ¿De eso va todo esto? ¿Un test de razonamiento rápido, fuera de mi cerebro orgánico? Si es así, allá voy.

—Bueno... supongamos que la gente pudiera absorber de algún modo los recuerdos de otro. En vez de sólo imprimir y cargar entre diferentes versiones de ti mismo, podrías intercambiar días, semanas, o incluso una vida entera de conocimiento y experiencia con otra persona. Supongo que podría acabar siendo como la telepatía; permitiría una mayor comprensión mutua... El don de vernos a nosotros mismos como nos ven los demás. Es un viejo sueño que...

—Que es además imposible —interviene la mujerid rojo oscuro—. La Onda Establecida de cada cerebro es única, y su complejidad hiperfractal está más allá de todo modelado digital. Sólo el mismo molde neural que creó una onda duplicada concreta puede reabsorber más tarde esa copia. Un rox sólo puede volver con su propio rig.

Naturalmente, eso es de conocimiento común. Sin embargo, me siento decepcionado. Es difícil renunciar al sueño de la perfecta comprensión.

—Continúe, por favor —me insta Gineen Wammaker con voz suave—. Inténtelo de nuevo, Albert.

—Hum. Bueno, durante años la gente ha deseado un medio de imprimir a larga distancia. Sentarte en casa y copiar tu Onda Establecida en un repuesto ídem que esté muy lejos. Hoy día, ambos cuerpos tienen que estar tendidos el uno al lado del otro,

enlazados con gigantescos criocables. Algo relacionado con las ratios de ruido y longitud de onda...

—Sí, es una queja común —musita Gineen—. Digamos que tienes asuntos urgentes que hacer en Australia. Lo mejor que puedes hacer es tomar un ídem fresco, meterlo en un cohete correo exprés y esperar que llegue a su objetivo. Incluso el viaje de vuelta más rápido, devolver el cráneo del ídem empaquetado en hielo, puede tardar un día entero. ¡Cuánto mejor sería si pudieras transmitir tu onda principal por un cable fotónico, imprimir un repuesto que ya esté en el lugar, husmear un ratito y luego recuperar la onda alterada!

—Suenan a teletransporte. Podrías ir a cualquier parte, incluso a la Luna, casi instantáneamente... suponiendo que enviaras algunos repuestos por adelantado. ¿Pero es realmente necesario? Ya tenemos telepresencia robótica en la Red...

Reina Irene se echa a reír.

—¡Telepresencia! ¿Usar gafas para mirar por unos ojos de lata lejanos? ¿Manipular una maquina ruidosa para que camine por ti? Incluso con pleno feedback retinal y táctil, apenas puede calificarse como una entrega. Y los retrasos de la velocidad de la luz son terribles. Esta «reina» y su sarcasmo están empezando a molestarme.

—¿Es eso? ¿Ha conseguido Hornos Universales la improntación a larga distancia? A las líneas aéreas no les hará ninguna gracia. Ni a lo que queda de los sindicatos.

Demonios, veo aspectos odiosos también para mí. Tal vez puedas teletransportarte a cualquier parte en minutos, pero las ciudades perderían su encanto individual. En vez de expertos locales y artesanos destacados, todas las ciudades acabarían teniendo los mismos camareros, porteros, peluqueros y demás. Lo mejor de cada habilidad y profesión, duplicado un millón de veces y extendido por todo el mundo.

¡Nadie más tendría trabajo!

(Imagino a un poderoso detective privado de Nueva York abriendo una sucursal aquí, dotándola cada día de perfectos duplicados grises, cobrando jugosas tarifas mientras él se sienta en su ático a contemplar Central Park. Yo tendría que ir a la cola púrpura. Conseguir algún hobby para matar el tiempo. O volver a estudiar. Uf).

Obviamente, la maestra no teme la competencia.

—Ojalá fuera ése el logro —comenta tristemente—. El teletransporte me ofrecería un montón de oportunidades comerciales a escala mundial. Lástima, no es la innovación de la que estamos hablando. O al menos no la más preocupante. Inténtelo otra vez.

Maldición, vaya zorra. Los acertijos son el tipo de delicioso tormento en los que está especializada Wammaker. Incluso sabiéndolo, me siento tentado a seguirle el juego. Pero primero hay una cuestión de ética profesional que zanjar.

—Mire, lo cierto es que debería informarla de que...

—Lapso vital —dice Vic Collins.

—¿Usted perdone?

—¿Y si un cuerpo ídem —indica el suyo propio— pudiera durar mas de un día? Posiblemente mucho más.

Pausa. Reflexión. Esta posibilidad no se me había ocurrido. Elijo las palabras cuidadosamente.

—La... base entera de la tecnología de los hornos... su motivo práctico, es que un golemcuerpo contiene su propia energía desde el principio.

—Almacenada como supermoléculas en un sustrato coloidal de barro. Sí, continúe.

—Así no hay necesidad de duplicar lo complejo de la vida real. Ingestión, digestión, circulación, metabolismo, eliminación de residuos y todo eso. La ciencia está a siglos de distancia de duplicar lo que la evolución tardó mil millones de años en crear: los sutiles sistemas de reparación, la redundancia y durabilidad de los órganos genuinos...

—Nada de eso hace falta para una duración superior —responde Collins—. Sólo un modo de recargar las supermoléculas en cada pseudocélula, restaurando energía suficiente para otro día... y luego para otro, y así sucesivamente.

Reacio, asiento. Clara decía que los ídems militares vienen preparados con implantes de fuel, lo que permite que unas cuantas versiones duren varios días. Pero eso es seguir viviendo a partir de lo almacenado. Recargar sería otra cuestión. Un logro, en efecto.

—¿Cuántas veces... cuánto tiempo puede un ídem...?

—¿Ser renovado? Bueno, depende del desgaste y el deterioro. Como usted dice, incluso los repuestos más caros tienen poca capacidad para autorrepararse. La entropía pasa factura a los desprevenidos. Pero el principal problema de la escasez de tiempo, cómo mantener a un roxcuerpo en marcha más de un día, puede ser resuelto.

—Una solución dudosa —murmura la parda Reina Irene—. Los ídems de larga duración podrían divergir de su prototipo humano, haciendo que sea más difícil cargar recuerdos. Los objetivos pueden variar. Podrían incluso empezar a preocuparse más por su propia supervivencia que a servir al ser de continuidad que los creó.

Parpadeo, confuso por su terminología. ¿Ser de continuidad?

Miro a la izquierda y veo a su idéntica idhermana, que sigue conectada a un terminal remoto, contemplando una pantalla plana. En ella veo una docena de trabajadores intercambiables, todos del mismo tono carmesí, rodeando a una enorme figura pálida, como abejas obreras en torno a...

¡Ah! Ya lo pillo. Reina Irene. Pallie me habló de esto, de llevar la idcreación a su siguiente paso lógico. A pesar de todo, ser testigo de ello me hace estremecer.

—Podría haber otras repercusiones —añade Vic Collins—. Todo el contrato social podría alterarse si nuestras sospechas resultan ciertas.

—Eso es lo que queremos que usted investigue, señor Morris —concluye Gineen Wammaker.

—¿Me están proponiendo un espionaje industrial? —pregunto, alerta.

—No —niega ella con la cabeza—. No pretendemos robar ninguna tecnología, sólo verificar su existencia. Eso es perfectamente legal. Con confirmación, podremos entonces demandar a Hornos Universales basándonos en una de las leyes de transparencia. Por ocultación, como mínimo.

La miro. Esto es escandaloso, en una docena de aspectos.

—Me honra con su confianza, Maestra. Pero como le dije, la tecnoinvestigación es sólo una parte colateral de mi trabajo. Hay auténticos expertos.

—A quienes encontramos menos adecuados que usted.

»Apuesto a que sí. Lo que estás pidiendo está a un pelo de lo ilegal. Un experto sabría cómo mantenerse a salvo. Yo podría cometer un error y acabar en deuda con HU, pagando una fortuna por acciones criminales hasta la siguiente glaciación.

»Por fortuna, hay una salida fácil a todo esto».

—Me siento halagado, Maestra. Pero el principal motivo por el que no puedo aceptar esta misión es un posible conflicto de intereses. Verá, mientras hablamos, otro gris mío está en Hornos Universales trabajando en otro asunto.

Me esperaba decepción o ira, y sólo veo diversión en los ojos de Wammaker.

—Ya somos conscientes de eso. Había noticámaras y otros ojos-espía por todo el edificio Teller esta mañana, ¿recuerda? Vi a Ritu Maharal recogerlo en una limusina de HU. Sumando eso a los informes públicos de la inesperada muerte de su padre, me resulta sencillo imaginar qué está discutiendo su otro gris, ahora mismo, en la mansión Kaolin.

«¿En la mansión Kaolin? Creía que el gris número uno iba a ir a la sede de HU. ¡Esta gente sabe más sobre mi trabajo que yo!».

—idMorris, hay un modo de aislarlo a usted y a su rig de los riesgos legales causados por un conflicto de intereses. Hoy en día, es posible que la mano izquierda no sepa qué está haciendo la mano derecha, si entiende lo que quiero decir.

Por desgracia, creo que lo entiendo.

Se acabó mi esperanza de otra vida.

—En realidad es bastante sencillo —dice Vic Collins—. Todo lo que tenemos que hacer es...

Se para, interrumpido por un teléfono que suena.

Es mi teléfono, que suena a ritmo urgente.

La maestra parece molesta, y con motivo. Nell sabe que estoy en una reunión. Si mi ordenador doméstico piensa que la llamada es tan importante, debería despertar a Archie.

Gruño una disculpa, acercando la placa de muñeca a una oreja.

—¿Sí?

—¿Albert? Soy Ritu Maharal. Yo... no puedo verle. ¿No tiene vid? Un segundo de pausa. Pero ninguno de mis otros yoes contestará, así que debo hacerlo yo.

Este teléfono es un aplique barato. Sólo soy un gris, Ritu. De todas formas, ¿no tiene ya a uno de mis...?

—¿Dónde está? —Exige ella. Algo en su voz hace que me envare. Parece preocupación, y da paso al pánico.

Eneas está esperando en el coche, impacientándose. Esperaba que usted y mi... y el ídem de mi padre se reunieran con él. ¡Pero han desaparecido ambos!

—¿Desaparecido? ¿Qué quiere decir? ¿Cómo pueden...?

Ahora me doy cuenta... ¡ella cree que soy ese gris! La confusión podría despejarse con unas palabras, pero no quiero dar ninguna pista a Gineen, ni a sus extraños amigos. Entonces, ¿qué puedo decir?

Justo a tiempo, otra voz interviene, un poco aturrullada. Es Archie, despierto otra vez de su siesta.

—¿Ritu? Soy yo, Albert Morris. ¿Está diciendo que mi gris ha desaparecido? ¿Y el de su padre también?

Cierro el teléfono. Mi primera prioridad debe ser para los clientes que tengo delante... aunque ya no trabaje para ellos dentro de un par de minutos.

Reina el silencio. Finalmente, Wammaker se inclina hacia delante, su pelo dorado desparramándose desde sus pálidos hombros hasta su famoso escote.

—¿Bien, señor Morris? Respecto a nuestra oferta. Necesitamos saber qué está pensando.

Tomo aire, sabiendo que eso acelerará el metabolismo de mis pseudocélulas, acercándome un poco más a una extinción que sólo podrá ser impedida si llego a casa esta noche. A casa, para regalar a mi original lo que aprenda hoy. Y sin embargo, ya conozco el plan de Wammaker, una manera en que podría espiar legalmente para ella sin entrar en un conflicto de intereses. Eso requiere que yo, este doppelganger gris, sacrifique toda esperanza de supervivencia por el bien de seres más importantes.

No, es aún peor que eso. ¿Y si me niego? ¿Puede ella dejar que me marche, sabiendo que podría informar de esta reunión a Vic Kaolin? Ciertamente, colocó un lazo de confidencialidad IP en todos los clientes. Nunca quebrantaría la confianza de uno. Pero la paranoica maestra podría decidir no arriesgarse, ya que HU puede comprar mi lazo con calderilla.

Para estar a salvo, ella destruirá este cuerpo mío y se contentará con pagar a Albert por triples daños.

Y él aceptará el dinero claro. ¿Quién se molesta en vengar a un id?

Wammaker y sus invitados me observan, esperando una respuesta.

Más allá de ellos busco el consuelo visual en algo verde que crece: las plantas de interior que la Maestra de Estudio Neo ha repartido casualmente por su sala de reunión, para darle un toque hogareño.

—Creo...

—¿Sí?

Su famosa sonrisa indecente tira de algo oscuro en tu interior. Incluso dentro del

barro.

Inspiro otra vez profundamente.

—Creo que su ficus parece un poco seco. ¿Ha intentado regarlo un poco más?

Hazañas y barro
... el verde del martes encuentra su fe...

La playa Moonlight es uno de mis lugares favoritos. Voy allí con Clara cada vez que la multitud lo permite, sobre todo si tenemos cupones de turismo a punto de caducar.

Naturalmente, es exclusivo para los archis. Todas las mejores playas lo son.

Nunca he estado aquí como verde... a menos que alguno de mis ídems desaparecidos se perdiera del mismo modo que yo hoy. Renunciando a toda esperanza y haciendo trampas.

Tras aparcar la moto en una barra pública, caminé hasta el borde del malecón para echar un vistazo, esperando encontrar el lugar medio vacío. Es allí donde las reglas se relajan, los archis se sienten menos territoriales y los coloreados como yo podemos ir de visita sin problemas.

El martes es día laborable. Eso solía tener alguna importancia cuando yo era un chaval. Pero no hubo suerte. La gente ocupaba cada centímetro con toallas, sombrillas y juguetes playeros. Divisé a unos cuantos salvavidas naranja brillante, caminando con pies y brazos palmípedos, hinchando sus enormes sacos de aire mientras patrullaban en previsión de peligros. Todos los demás tenían algún tono de marrón humano, desde chocolate oscuro a claro como la arena.

Si pusiera el pie ahí abajo, destacaría como un dedo hinchado.

Al sur, más allá de un lejano marcador, vi la punta rocosa que se reserva para los de mi propia clase. Una muchedumbre de brillantes colores apretujada en el lugar donde las olas y las rocas dificultan las cosas para la carne real. Allí no se aventuraban los salvavidas, sólo unos cuantos limpiadores a rayas amarillas, equipados con ganchos para eliminar a los desafortunados. De todas formas, ¿quién quiere perder tiempo de playa con una imitación? Ya es bastante difícil conseguir una reserva para venir en persona.

De repente, siento rechazo hacia todas las reglas... las listas de espera y las concesiones de turismo, sólo por pasar un ratito en la costa. Hace un siglo, podías hacerlo que quisieras e ir adonde se te antojara.

«Es decir, si eras blanco y rico —me recordó una vocecita interior—. Los blanco-amarronados de una elite gobernante».

La simple idea del racismo parece extraña hoy en día. Sin embargo, cada generación tiene problemas. De niño, soporté el racionamiento de comida. Se libraban guerras por el agua. Ahora sufrimos las aflicciones del bienestar. Desempleo, el salario púrpura, el frenesí por los hobbies subvencionado por el Estado y el aburrimiento suicida. Ya no hay más aldeas arcaicas ni nativos empobrecidos. Pero

eso significa tener que compartir todos los bellos lugares de la Tierra con nueve mil millones de turistas más... y entre diez y veinte mil millones de golems.

—Adelante, hermano. Habla.

La voz me sacó de mis cavilaciones. Me volví para ver a otro verde, de pie a un lado del camino. Los archis y sus familias lo ignoraban al pasar, aunque sostenía una pancarta que ondulaba con letras brillantes:

LA COMPASIÓN ES DALTÓNICA MIRADME. EXISTO. SIENTO

El ídem sonrió, me miró a los ojos y señaló hacia la playa Moonlight.

—Ve allí abajo —me instó—. Sé que quieres conseguir que te vean. ¡Aprovecha el día!

Últimamente veo cada vez más a estas criaturas. Agitadores de una causa que deja indiferente a la mayoría de la gente: reflejando a la vez luchas por los derechos pasadas y trivializándolas. Me siento dividido entre el disgusto y el deseo de asaltarlo a preguntas. Como, ¿por qué fabrica ídems, si odia ser discriminado cuando es uno?

¿Les daría igualdad de derechos a unas entidades que no duran más que flores de mayo? ¿Debemos dar el derecho a voto a copias que pueden ser producidas en masa a capricho... sobre todo por los ricos?

¿Y por qué no va él a la playa ahora mismo? Para agitar a los humanos reales, intentando sacudir sus conciencias, hasta que uno de ellos se irrite lo suficiente como para exigirle su placa de identificación y curse una denuncia contra su propietario por algún insulto menor. O hasta que uno de ellos decida pagar una multa por el placer de cortarlo en trocitos.

Naturalmente por eso está en ese malecón, sujetando una pancarta, pero, por lo demás, apartándose del camino. Este tipo es probablemente un idhermano de alguno de los manifestantes que vi esta mañana, ante Hornos Universales. Alguien cuya pasión es enviar a proxies que se manifiestan todo el día. Una afición cara... y una forma efectiva de protestar.

Es decir, ¡si su causa no fuera absurda! Una nueva prueba de que la gente tiene demasiado tiempo libre hoy en día.

De repente, me pregunté qué demonios estaba haciendo yo allí. Empecé el día teniendo fantasías para quedarme para mí la id de placer de Clara, me puse a reflexionar sobre temas filosóficos que están fuera del alcance de un mero verde y, luego, abandoné las tareas para las que había sido fabricado y me vine a perder el tiempo a la playa en un cuerpo que no puede disfrutar de la textura de la arena ni del sabor salobre del mar.

«¿Qué me pasa hoy?».

Entonces me di cuenta, tuve una sensación extrañamente acuciante. «¡Debo de ser un frankie!».

Un caso límite, seguro. No voy por ahí con los brazos extendidos, haciendo uhhhhnh como Boris Karloff. De todas formas, te advierten que las neuronas cansadas son receta segura para tener problemas cuando imprintas, y el pobre Albert debía de estar agotado cuando me hizo.

«Soy una falsa copia. ¡Un Frankenstein!».

Al darme cuenta de esto, una extraña sensación de aceptación se apoderó de mí. La playa perdió su atractivo y la retórica del agitador perdió el sabor. Recuperé mi motocicleta y me dirigí al centro. Si este rox frankie carece de paciencia suficiente para las tareas del hogar, tal vez lo llevaré a casa de Pal para escucharlo un rato.

Si alguien puede comprender mi estado, ése es Pal.

Actualización. Postgrabado aproximadamente una hora más tarde. Acabo de tener mala suerte. Mala y extraña.

Camino de casa de Pallie, de repente me vi atrapado entre unos cazadores y su presa.

Tal vez estaba preocupado, iba descuidado y conducía demasiado rápido. Sea lo que sea, no vi las señales de advertencia. Destellos máser de los cascos de un grupo de idiotas urbanos, que ladraban y aullaban mientras perseguían a su presa por los cañones de acero y piedra de la ciudad Vieja.

Otros ídems se apartaron. Los lentos dinobuses se agacharon y encogieron sus flancos escamosos. Pero vi que el tráfico se reducía y consideré que era una oportunidad y me lancé a la abertura. Pronto, los rayos máser me rodearon, me atravesaron la ropa y picotearon mi pseudocarne. Resuenan cuando tocan piel real, advirtiéndome a los cazadores de que no disparen. Pero ya no quedan muchos archis en el centro, así que sirve de gran campo de batalla recreativo... para los capullos.

Vinieron doblando la siguiente esquina, barriendo la intersección con sensores y armas de alta tecnología. Un cazador gritó, alzando su bulboso cañón en dirección a mí.

«¿Por qué a mí? —me lamenté—. ¿Qué os he hecho?».

El tirador disparó y un calor intenso pasó tras mi oreja izquierda. Un mal disparo, si me apuntaba a mí.

¡Giré la moto para correr en la otra dirección, y frené justo a tiempo para evitar chocar con un humanoide larguirucho y desnudo! Amarillo brillante pero manchado con los círculos rojos concéntricos de una diana en el pecho y la espalda, se plantó delante de la Vespa mirando más allá de mí, los ojos desorbitados, y luego se dio media vuelta para huir.

Los perseguidores gritaron de júbilo, cabezas de cieno buscando un subidón de adrenalina para pasar la tarde. Sus armas chispearon, disparando de nuevo más allá de mí, arriesgándose alegremente a una multa si freían mi corpus en el proceso.

¡Y tal vez debería haberme dejado freír! ¡Recibir las armas con los brazos

abiertos! Albert obtendría el doble de pasta por un mero frankie. Un buen negocio.

En cambio, me encogí sobre el manillar y giré el puño. La Vespa respondió con un fuerte gemido, alzándose como un poni encabritado. En su punto más alto, algo alcanzó la rueda delantera. Hubo otros impactos, en la máquina y en mi cuerpo, mientras la moto caía y huía.

La idpresa era rápida: jadeaba, corría y esquivaba enloquecida. A pesar de todo me dirigió una breve mirada cuando pasé por su lado, Y me di cuenta de dos cosas.

Una: tenía la misma cara que uno de los cazadores.

Dos: ¡habría jurado que se lo estaba pasando bien!

Bueno, el mundo está lleno de toda clase de tipos raros y de gente con demasiado tiempo libre. Pero yo estaba muy ocupado controlando la Vespa herida. Para cuando doblé la esquina, más allá de la línea de fuego, tosía y echaba humo, luego murió.

Me quedé de pie junto a mi pobre moto, lamentando sus fatales heridas, cuando el teléfono sonó a ritmo urgente.

Por reflejo, me golpeé la oreja izquierda, con su implante barato, a tiempo para oír responder a uno de los otros yoes de Albert.

—¿Sí?

—¿Albert? Soy Ritu Maharal. Yo... no puedo verlo. ¿No tiene vid?

Las palabras zumbaron mientras yo examinaba la moto. Una especie de sustancia gomosa salpicaba el motor híbrido, cortocircuitándolo. No me atreví a tocarlo, pues estaba claramente diseñado para incapacitar a los ídems.

—Sólo soy un gris, Ritu —respondió una voz—. De todas formas, ¿no tiene ya uno de mis...?

—¿Dónde está? Eneas está esperando en el coche, impacientándose. Esperaba que usted y mi... y el ídem de mi padre se reunieran con él. ¡Pero han desaparecido ambos!

Encontré la misma goma en la pernera derecha de mi ropa de papel. Rápidamente me arranqué y arrojé lejos los pantalones rotos, y luego busqué más.

—¿Desaparecido? ¿Qué quiere decir? ¿Cómo pueden...?

—¿Ritu? Soy yo, Albert Morris. ¿Está diciendo que mi gris ha desaparecido? ¿Y el de su padre también?

Aturdidas sensaciones de dolor atrajeron mi atención hacia un lugar de mi espalda donde estaba ocurriendo algo realmente preocupante. Al volverme a mirarme la espalda en el espejo de la Vespa, vi un agujero, de la mitad del tamaño de mi puño, en su parte inferior izquierda... ¡y estaba creciendo! Si hubiera sido humano, ya estaría lisiado o muerto. Tal como estaban las cosas, no podía quedarme mucho tiempo.

Divisé la intersección de la Cuarta y Main... todavía estaba demasiado lejos de la casa de Pal para llegar allí a pie. Había camionetas y autobuses en Main. O podía extender mi talentoso pulgar verde y tratar de hacer autoestop. ¿Pero adónde ir?

Entonces lo recordé. ¡El Templo de los Efímeros se encontraba en la calle Upas, a sólo dos manzanas de distancia!

Me di la vuelta y empecé a correr hacia el este, mientras mi arquetipo seguía hablando con la atractiva Ritu Maharal.

—Así que mi gris fue visto por última vez siguiendo al de su padre... por la puerta trasera de la mansión. Después de eso, nadie ha visto ni oído nada de ninguno de los ídems... Oh, no. Eneas acaba de entrar. Parece furioso. Está ordenando una búsqueda concienzuda por el terreno.

—¿Quiere que vaya a ayudar?

—Yo... no lo sé. ¿Está seguro de que el gris no ha informado?

El dolor de mi espalda empeoró mientras me dirigía a la Cuarta. ¡Algo me estaba royendo desde dentro! Todavía tenía suficiente sentido para apartarme y ceder el paso ante cualquiera que pareciera real. Todos los demás se quitaron de en medio mientras yo gruñía y gritaba, corriendo hacia el único lugar que podía ofrecerme cobijo.

Un edificio de oscura piedra se alzaba delante. Antes era una iglesia presbiteriana, pero todos los parroquianos reales abandonaron esta parte de la ciudad hace mucho tiempo, dejando que se vuelva a llenar cada día con una nueva clase servil. Una clase supuestamente sin almas que salvar.

Fue entonces cuando entraron en liza los Efímeros. Bajo el símbolo de una roseta multicolor, el tablón de anuncios de cristal anunciaba un nuevo sermón. «La cultura puede ser continuidad —decía un críptico mensaje con letras irregulares—. La inmortalidad es algo más que cargar».

Subí tambaleándome los escalones, pasé ante un grupo de ídems (de todas las formas y colores) que deambulaban por allí, fumando y charlando como si ninguno de ellos tuviera tareas que hacer. Muchos estaban dañados o desfigurados, e incluso les faltaban los brazos o las piernas. Pasé de largo, internándome en el sombrío frescor del vestíbulo.

No fue difícil localizar a la responsable (marrón oscuro y real), sentada en un banco junto a una mesa llena hasta arriba de papeles y suministros. Vendaba el brazo de un verde cuyo costado izquierdo entero parecía gravemente quemado. En lo alto, otro de los símbolos de roseta giraba gradualmente, como un mandala circular o una flor cuyos pétalos terminarían en anchas puntas.

—Abre la boca e inhala esto —le dijo la voluntaria a su paciente, colocando un inhalador en la cara del pobre roxie. Al apretarlo, soltó una nube compacta de densos humos que el verde absorbió agradecido.

—Aturdirá tus centros de dolor. Luego debes tener cuidado. Cualquier golpe o herida menor podría...

La interrumpí.

—Discúlpeme. Nunca había estado aquí, pero...

Ella señaló con el pulgar.

—Por favor, póngase en la cola y espere su turno.

Vi una cola bastante larga de ídems heridos que esperaban pacientemente. Fuera cual fuese la desgracia que había traído a cada uno de ellos a este lugar, estaba claro

que sus propietarios no iban a cargar esos recuerdos. Ni estos golems estaban preparados para ser reciclados. No con antiguos instintos gritándoles todavía que siguieran luchando. El imperativo más antiguo de la Onda Establecida es aguantar. Por eso venían aquí.

Como yo.

Pero no podía permitirme ser paciente. Me di la vuelta e insistí.

—Por favor, señora. Si quiere mirar esto.

Ella alzó los ojos, cansada y quizá de mal humor después de largas horas en esa clínica improvisada. La enfermera voluntaria empezó a murmurar una negativa cortante, pero ésta murió en sus labios. Parpadeó y se puso en pie de un salto.

—¡Que alguien me ayude, rápido! ¡Tenemos un comedor!

Lo que sucedió a continuación fue extraño, algo enloquecido y terrorífico. Como una escena salida de un viejo drama hospitalario de tiempos de guerra al que se sumara la prisa de un equipo de mantenimiento de una carrera de coches. Me tendí boca abajo en una sucia camilla, escuchando a través de una bruma mientras otros hurgaban en mi espalda con herramientas improvisadas, sin esterilizar.

—¡Es una devorabarro! ¡Maldición, mira cómo se mueve la hija de puta!

—Cuidado, es grande. Agarra esas pinzas de nariz de aguja. —Intenta pillarla entera. Las comedoras son ilegales en este estado.

—¡Puede que le saquemos un mes de alquiler al cabrón que utilizó ésta! —Agarra al pequeño diablo antes de que engulla algo vital. Eh, se dirige a los ganglios centrales...

—Mierda. Oh, espera. Creo... ¡La tengo!

—Oh, tío, mira a la gran cabrona. ¿Y si a estas cosas les diera por probar carne real?

—¿Cómo sabes que no lo han hecho, en algún laboratorio secreto?

—No seas paranoico. La Ley Secuaz asegura...

—Cierra el pico y mete ese bicho en un frasco, ¿quieres? Que alguien me traiga ahora un poco de yeso. Los ganglios están intactos. Creo que podremos hacer un remiendo.

—No sé. La herida parece bastante profunda y este verde es joven. Tal vez deberíamos hacerle un repaso rápido a los motivadores.

Yo escuchaba desde cierta distancia. El inhalador detenía el dolor, sí, un aspecto piadoso del diseño de ídems, requerido por la ley. También explica por qué hay pocas clínicas libres. Ésta era la primera vez que yo usaba una... que yo sepa, claro está. Qué idea tan inútil, después de todo: dedicar tus esfuerzos a salvar criaturas que desaparecerán de todas formas al cabo de unas pocas horas. Como la emancipación de los ídems, la mayoría de la gente no lo comprende.

Sin embargo, allí estaba yo, luchando por sobrevivir, y agradecido por la ayuda.

Como dije antes, la personalidad de un ídem está casi siempre basada en su arquetipo. Casi siempre. Tal vez vine a pedir ayuda aquí hoy porque soy un frankie. Porque ya no comparto el firme estoicismo de Albert. Al menos no del todo.

De todas formas, la operación fue más corta que una visita a un hospital de personas reales. No había que preocuparse por la recuperación ni las infecciones ni las demandas por negligencia. No podía sino admirar al personal voluntario, que se las apañaba con equipo improvisado y componentes sacados del mercado negro.

Minutos más tarde estaba sentado entre otros derelictos y pacientes de brillantes colores en los bancos de madera de la antigua iglesia, bebiendo Néctar Moxie mientras los antídotos reforzaban el analgésico. Bajo un cartel tallado a mano que decía «Ayudando a los amasados», una púrpura lisiada hablaba desde el antiguo púlpito, recitándonos algo de una hoja de papel que sostenía en la mano buena.

—No es tarea del Hombre fijar límites, ni definir los límites del alma.

»Una vez, los seres humanos fueron como niños que necesitaban historias sencillas y visiones ingenuas de la verdad pura. Pero en las generaciones recientes el Gran Creador nos ha dejado recoger Sus herramientas y descifrar Sus planes, como aprendices que se preparan para trabajar por su cuenta. Por algún motivo, Él nos ha permitido aprender las reglas fundamentales de la naturaleza y empezar a manipular Su obra. Ése es un hecho tan crucial como cualquier revelación.

»Oh, es difícil, este aprendizaje y los poderes que lo acompañan. Quizás, a la larga, resulte ser algo bueno.

»Pero no nos hace omniscientes. Todavía no.

»La mayoría de las religiones sostienen que la esencia inmortal se queda dentro de un ser humano real, el cuerpo original, cuando se hacen las copias. El duplicado-golem es sólo una máquina, una especie de robot. Sus pensamientos son proyecciones, ensoñaciones, enviadas a un cascarón temporal para realizar encargos. Para ayudar a que tus ambiciones se hagan realidad.

»Para un rox, la otra vida sólo se produce reuniéndose con su rig... igual que un rig la conseguirá algún día al reunirse con Dios. Así es como las antiguas religiones descartan la ambigüedad, el límite ético, la problemática moral de crear nuevos seres inteligentes a partir del barro.

»¿Pero no se transfiere un poco de esencia inmortal, cada vez que copiamos? ¿No sentimos todavía pasión y dolor, mientras llevamos estas breves formas? ¿No tiene el cielo un lugar para nosotros también?

»Si no lo tiene, bueno, tal vez debería tenerlo.

El sermón continuó mientras yo reordenaba mis pensamientos. Una vez más, vi el símbolo de la roseta del techo, esta vez en una vidriera a medio terminar. Varios ídems lisiados trabajaban en una esquina, creando otro trozo para la flor. Sólo que aquel pétalo parecía más bien una especie de pez.

Siempre pensé que la gente que dirigía este lugar, el Templo de los Efímeros, estaba relacionada con los pirados que se manifiestan delante de Hornos Universales,

como aquel verde de la playa. Los llamados mancis que quieren la ciudadanía para los ídems. O tal vez el aspecto religioso quería decir que eran afines a aquellos otros manifestantes... conservadores, que consideraban la roxización una afrenta a Dios.

Pero ninguna de las dos cosas parece verdad. No están pidiendo igualdad de derechos, sólo compasión. Y salvar unas cuantas almas, aquí y allá.

Muy bien, así que tal vez son pirados sinceros. Le pediré a Nell que envíe un donativo a los Efímeros. Si realAlbert no se opone.

Con todo, salí de allí en cuanto pude ponerme en pie, en busca de un lugar tranquilo donde hacer esta grabación. Tal vez Al y Clara la escuchen juntos y reflexionen sobre un par de ideas.

Ésa es suficiente inmortalidad para mí. Para un frankenstein mutante.

Mientras tanto, es hora de ponerse a trabajar. Tal vez no soy un duplicado fiel de mi original, pero todavía compartimos algunos intereses. Cosa que me gustaría saber antes de desaparecer.

9

El Durmiente despierta
... o de cómo realAlbert descubre que sólo puede
contar consigo mismo...

Incluso en los viejos tiempos era normal preguntarse, de vez en cuando, si eras real. Al menos era normal para los maestros zen y los estudiantes universitarios de primer curso.

Ahora, la idea puede asaltarte en mitad de un día ocupado. Mientras haces recados y negocios, de repente ya no sabes de qué mesa te levantaste por la mañana. No puedes evitar comprobarlo, alzando una mano para comprobar el color o dándole a la carne un pellizquito.

Lo peor es soñar.

Los ídems casi nunca sueñan. Así que el mero hecho de que estés soñando debería tranquilizarte.

Debería. Pero las pesadillas tienen su propia lógica. Puedes agitarte en la cama, preocupándote de que tú no seas realmente tú... sino alguien igual que tú.

Sentía el cerebro todavía embotado cuando la segunda llamada de Ritu Maharal me despertó del todo. Clara diría que me está bien empleado.

—Únicamente los ciberpedos anticuados creen que pueden ignorar el sol.

Es fácil decirlo, para alguien de su profesión. Las guerras se recuerdan, y hoy en día son asuntos de nueve a cinco. Pero en mi línea de trabajo es fácil perder la pista. Bueno, cuatro horas de descanso (más una botella de burbujeante Sueño Líquido) tendrían que servir. De todas formas, las noticias de Ritu me dejaron preocupado.

Entré en mi oficina dando tumbos y comprobé el indicador de ídems para ver cómo les iba a mis copias. Si el gris número uno había desaparecido, debía haber alguna pista clara en la pantalla. O tal vez podría enviar a otro de mis yoes a la mansión Kaolin.

Parpadeé mirando los brillantes emblemas, incapaz de dar crédito a mis ojos. ¡Las tres luces de estatus brillaban en ámbar, indicando inaccesible/incomunicado!

—Nell, ¿puedes explicar esto?

—No del todo. El gris número uno desapareció hace menos de una hora, en la mansión de Vic Eneas Kaolin.

—Eso ya lo sé.

—¿Entonces sabes también que acaban de encontrar la placa de identidad de ese gris tirada en el suelo en una zona prohibida, restringida al personal de servicio de Kaolin? El abogado del Vic quiere saber qué estaba haciendo allí tu ídem.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —«Y pensar que este día empezó tan bien»—. Déjalo por ahora. ¿Qué está pasando con mi gris número dos?

—Acaba de llegar un mensaje en código. Ese gris se ha ido para no regresar, modo autónomo.

Parpadeé, sorprendido.

—¿Eso ha hecho? ¿Sin consultarme?

—Siempre ha sido tu política dar a los grises ese privilegio.

—Sí, pero...

—Ofrecieron a esa copia un trabajo rápido y bien remunerado con un consorcio dirigido por Gineen Wammaker. Para evitar un conflicto de intereses con tus otros casos, la investigación debe tener lugar bajo condiciones de competencia secuestrada.

—¿Bajo condiciones de qué? —Sacudí la cabeza—. Oh, quieres decir sin autodecírmelo. No puedo cargar al id ni averiguar siquiera qué hace.

No era la primera vez que una copia mía tomaba un encargo sellado y se iba por su cuenta a obtener beneficios rápidos para el yo real. Me han pagado bien por investigaciones que nunca recordaré, aunque el cliente quedara satisfecho.

¿Qué pasa por mi mente, cuando decido aceptar esos casos? Sentado aquí en mi cuerpo real, no puedo imaginarme haciendo el sacrificio. Pero supongo que algo en mi carácter lo hace posible, incluso probable, en las circunstancias adecuadas.

Pero sólo oírlo hace que me sienta un poco extraño.

—Será mejor que ese gris tenga cuidado —digo en voz baja—. No me fío de la maestra.

El ídem sabe que Wammaker puede ser retorcida. ¿Quieres que te reproduzca su mensaje? Los perfiles de voz oscilan de lo cauto a lo paranoico.

¿Debo considerar que es un alivio? Mis grises son excepcionalmente buenos. De hecho, hace algunos años me invitaron a unirme a una investigación que estudiaba a gente que imprime golems de alta fidelidad especial.

De cualquier manera, ¿qué podía hacer sino encogerme de hombros y aceptar la situación? Si no puedes confiar en tu propio gris, ¿en quién puedes confiar?

—Muy bien, entonces dime qué le ha pasado al verde. Esta casa está hecha una pocilga. Platos amontonados en el fregadero, los cubos de basura llenos. ¿Adónde ha ido?

Por respuesta, Nell proyectó una imagen telefónica en la pared. Una versión blanda de mi propio rostro, brillante como un molde de escayola, manchada de un color que recordaba la clorofila seca.

—Hola, yo —saludó el rostro contra un fondo destartado, evidentemente algún lugar del idemburgo—. Acabo de dictar un informe completo, que enviaré dentro de un minuto. Pero aquí tienes la versión resumida.

»¡La cagaste, Albert! No deberías imprimir cuando estás agotado como esta mañana. Siempre has tenido suerte, pero esta vez creaste por fin un frankie.

La cara verde hizo una pausa para dejar que la noticia calara en mí, sonriendo con irónica resignación que, en cierto modo, me resultaba a la vez familiar y extraña. No

puedo decir con seguridad que yo haya sonreído alguna vez de esa forma.

—¿Cómo es ser una copia mutante? Sé que sientes curiosidad, así que déjame que te lo diga. Se siente uno rarísimo. Como si yo fuera Yo... y no fuera yo... al mismo tiempo. ¿Sabes qué quiero decir?

»Claro que no. De todas formas, la pega es que no te lavaré los platos ni te limpiaré la casa hoy. ¡Pero no te preocupes! No tienes que llamar a los polis ni al servicio de recogida. No soy ningún peligro público... no estoy loco. Sólo tengo unos cuantos intereses propios, eso es todo.

»Si tengo la oportunidad, te enviaré un último informe antes de expirar. Supongo que le debo eso a mi creador.

»Gracias por hacerme. Supongo que ya te veré.

El ídem verde parpadeó y desconectó. Me quedé contemplando la pared vacía hasta que Nell intervino.

—Que yo sepa es tu primer duplicado Frankenstein. ¿Te pido cita para que te hagan un chequeo médico rutinario? Vida Enforma tiene rebajas en los chequeos esta semana.

Negué con la cabeza.

—Ya lo has oído. Yo estaba cansado, eso es todo.

—Entonces, ¿debo poner una nota renunciando a la placa del verde?

—¿Y dejar que todos los locos cazadores de fetiches vayan por él? El pobrecillo parece inofensivo. Pero me pregunto...

¿Podría el mismo efecto haber afectado a los grises imprimados esa mañana? Estaban hechos con repuestos más caros, y los tiempos de escaneo fueron más largos. De todas formas, con ambos incomunicados, ¿qué podía yo hacer sino esperar lo mejor?

Había poca cosa más en el informe dictado del verde, sólo algunos incidentes pintorescos en la playa Moonlight y esa iglesia del idemburgo donde reparan golems: interesante y dramático, pero no arrojaba ninguna luz.

Nell intervino.

—Ahora que hemos puesto al día el estatus de los ídems, hay trabajo que hacer. Varios casos en marcha necesitan atención. Y Ritu Maharal espera que la llames con conjeturas sobre el fatal accidente de su padre.

Asentí. Siempre había demasiadas cosas que hacer para encargarme de todas yo solo.

—Saca un especialista —ordené—. Un ébano. El mejor de la lista. Será mejor que empiece a imprimir ahora mismo.

—Un ébano ya está preparado.

La unidad de almacenamiento siseó, emitiendo niebla aceitosa mientras un nuevo repuesto de goleen se deslizaba hacia la bandeja calentadora; llevaba una capa negra brillante, como de espejo. Más caro que un gris de calidad, venía presintonizado para concentrarse intensamente, amplificando altos niveles de concentración profesional

durante veinticuatro horas completas... suponiendo que tu original ya tuviera esas cualidades. Lo cual puede explicar por qué no se ven tantos ébanos como blancos sibaritas. Un día entero de intenso placer puede ser tan cansado de cargar como un día de duro trabajo, pero muchísima más gente tiene aptitudes para el placer.

El horno estaba preparado. Los tentáculos traspasadores de alma esperaban mi cabeza. Pero primero necesitaba un momento para calmarme.

Perder contacto con dos grises ya era bastante malo, pero que uno de mis verdes se convirtiera en un frankie... Aquel hecho sin precedentestenía preocupado. ¿Estaba lo suficientemente descansado para impedir que volviera a suceder?

Dando la espalda a la copiadora, abrí la puerta trasera de mi casita y salí al jardín. El calor del sol sobre mi rostro me ayudó. Igual que la vida creciendo. Tras acercarme a mi limonero zen, arranqué uno de los pequeños frutos y usé una navaja para abrir una punta y me froté las muñecas con el zumo. El aroma llenó mis senos nasales y cerré los ojos, despejando mis pensamientos.

Pronto recuperé la confianza. De vuelta al trabajo.

Tras colocar la cabeza entre los recogealmas, di la orden mental para empezar. Sería un escaneo largo y cuidadoso que tardaría posiblemente diez minutos, así que intenté permanecer relajado e inmóvil mientras dedos delicados empezaban a acariciar, principalmente el cerebro pero también el corazón, el hígado y la espina dorsal, copiando del molde de ini Onda Establecida, imprimiendo su imagen en la figura de barro cercana. Todo era familiar, como cientos de otras veces. Sin embargo en esta ocasión fui consciente de la subcorriente, oleadas de emoción y recuerdos semialeatorios que impriman evocaciones a un nivel por debajo de la conciencia clara. Vagas sensaciones oceánicas de conexión me surcaron, sensaciones que William James llamó «la experiencia religiosa», antes de que a la humanidad le diera por transformar el reino espiritual y convertirlo en otra zona de experiencia tecnológica.

Era natural que mis vagos pensamientos se centraran en el verde... en todo el tiempo que según él había pasado en el Templo de los Efímeros. Al parecer los voluntarios eran algo más que un puñado de Airados que malgastaban sus impulsos altruistas en flores de mayo heridas. Me hizo reflexionar.

¿Qué le pasa al alma de un ídem que pierde su salvación, que nunca llega a descargar en el yo «real» que lo fabricó? Siempre me había parecido una cuestión metafísica y bastante fútil... pero tres de mis yoes se enfrentaban a esa situación aquel día.

Y ya puestos, ¿qué ocurre cuando tu original muere? Según algunas religiones, hay una transferencia final y descargas toda la corriente de tu vida en Dios, igual que tus golems vierten sus recuerdos en ti al final de cada día. Pero a pesar de las fervientes ansias (y la investigación privada bien subvencionada) nadie ha encontrado jamás pruebas de semejante transferencia ante algún ser arquetipo de nivel superior.

Pensamientos inquietantes. Intenté dejarme llevar y calmarme, dejando que la

unidad hiciera su trabajo. Pero momentos después, Nell me interrumpió con otra llamada de alta prioridad.

—Es de Vic Eneas Kaolin —dijo mi ordenador doméstico—. No tienes ninguna autocopia operativa que lo atienda. ¿Respondo con un avatar?

¿Usar una burda simulación de software para saludar a un multimillonario? Me estremecí sólo de pensarlo. Bien podía insultarlo con una voz grabada que dijera: «Ahora mismo no estoy, deja un mensaje».

—Pásamelo —ordené. Éste iba a ser uno de esos días.

La imagen surgió ante mí. Vi el rostro familiar del magnate (delgado y de cejas pobladas) sentado en una elegante oficina con una fuente-escultura borboteando al fondo. ¡Casi me senté de la sorpresa cuando vi que era marrón! Uno de los tonos pálidos del norte de Europa. Merecía la pena interrumpir el escaneo para manifestar respeto a este rig.

Entonces advertí un destello... un breve reflejo especular en su mejilla. Un profano se habría dejado engañar por el disfraz, pero yo me di cuenta de que se trataba de otro golem, cocido en tonos humanos. Ni siquiera era ilegal, ya que puedes llevar el color que quieras en la intimidad de tu propio hogar, mientras no implique ningún fraude.

Permanecí tumbado, dejando que el tetragamatrón continuara repasando e imprimando un duplicado de mi alma.

Señor Morris.

—idKaolin —respondí, para indicar que no se me escapaba el disfraz. El hizo una pausa y luego inclinó levemente la cabeza. Después de todo, yo era la persona real en esa conversación.

—Veo que está usted imprimando, señor. ¿Lo vuelvo a llamar dentro de una hora?

Como antes, me pareció que su forma de hablar era un poco anticuada. Pero puedes permitirte afectaciones cuando eres rico.

Es un escaneo profundo, pero no necesitaré una hora entera —sonreí, mientras mantenía la cabeza inmóvil entre los tentáculos—. Puedo volver a llamarlo dentro de diez...

—Esto sólo requiere un minuto —me interrumpió el ídem—. Quiero que venga a trabajar para mí. Ahora mismo. Por el doble de su tarifa normal.

Parecía felizmente confiado en que yo me pondría en pie de un salto y aceptaría sin vacilación. Extraño. ¿Era éste el mismo tipo cuyos abogados habían enviado notas amenazadoras hacía un rato por haber encontrado la placa de mi gris desaparecido en una zona restringida?

—¿El mismo Kaolin que no me dejaba enviar una copia por mi cuenta para investigar la desaparición?

—Si tiene que ver con la trágica muerte del doctor Maharal, ya sabe que he sido contratado por su hija, Ritu. Aceptar su oferta ahora mismo causaría un conflicto de intereses, a menos que se hagan acuerdos especiales.

«Acuerdos especiales» podía significar enviar a más grises que nunca volvieran a casa. Esa idea, mezclada con las turbias sensaciones de la imprintación, me hizo sentirme un poco incómodo.

El ídem de Kaolin parpadeó, y luego miró fuera de la pantalla. Tal vez estaba recibiendo instrucciones de su arquetipo, el auténtico potentado-ermitaño. Ardía de curiosidad. Había todo tipo de rumores sobre el magnate. Algunas de las historias más escandalosas lo describían como horriblemente deformado por una rara plaga de diseño desarrollada en sus propios laboratorios. Me aseguré de que aquella conversación se grabara en alta fidelidad. Clara quería detalles cuando volviera a casa de su guerra.

El golem marrón descartó mis objeciones.

—Eso es un mero tecnicismo. Realizará usted la misma investigación, pero yo puedo pagarle por sus servicios exclusivos, ahorrando a la pobre Ritu el gasto durante su momento de pesar.

Eso de los «servicios exclusivos» se parecía a lo del Juramento de Lealtad de esa mañana, un poco reestructurado. Cierto, siempre me vendría bien el dinero. Pero el mundo es más que dinero.

—¿Se lo ha explicado a Ritu?

El ídem de color de carne hizo una pausa, comprobando de nuevo con su fuente de información fuera de pantalla. Debido a una reciente transferencia de memoria, éste no tendría ningún conocimiento personal de mí, sólo lo que le habían dicho.

—No, pero estoy seguro de que ella encontrará mi oferta...

—De todas formas, ella ya ha pagado por hoy, por adelantado. ¿Por qué no esperar a ver qué encuentro? Podremos comparar notas mañana. Ponerlo todo sobre la mesa. ¿Le parece justo?

A Kaolin estaba claro que no le hacía gracia que le dieran largas. —Señor Morris, hay... complicaciones que Ritu no conoce—. Mm. ¿Quiere decir complicaciones referidas a la muerte de su padre? ¿O al secuestro de mi gris?

Con una mueca, el ídem de platino se dio cuenta de su error. Estaba a punto de darme una causa probable para demandarlo, si quería. —Hasta mañana, pues— dijo, con un gesto cortante. La imagen desapareció y yo me eché a reír, y luego cerré los ojos con un suspiro. Tal vez ahora podría terminar de imprimir en paz.

Pero sin la distracción de las llamadas telefónicas, una vez más me sentí inmerso en la turbulencia del cambio de almas. Agitaciones de emoción y destellos de memoria, la mayoría demasiado breves para reconocerlos, seguían surgiendo de oscuros e inconscientes almacenes. Algunos de ellos parecían anticipar el pasado, otros eran como recordar el futuro. Se hacía molesto, sobre todo cuando los tentáculos de percepción entraron por la nariz para la última y más profunda fase de imprimación: la fase llamada «aliento de vida».

Nell interrumpió.

—Tengo otra llamada, de Malachai Montmorillin.

Era la gota que colmaba el vaso. Casi ahogándome con los tentáculos, gruñí:

—No puedo ocuparme de los exabruptos de Pal, ahora. —Parece bastante insisten...

—¡I le dicho que no! Usa ese avatar repelente con él. Cualquier cosa. ¡Pero mantenlo apartado hasta que termine el trabajo esta noche!

Tal vez no tendría que haber sido tan vehemente. La misma intensidad de sentimientos podría transmitirse al ébano. De todas formas, el pobre Pal no podía evitar ser como era.

Pero yo no tenía tiempo para sus locos jueguecitos. A veces hay que concentrarse en el trabajo que tienes entre manos.

Hogar Golem

... o de cómo el gris número dos obtiene más diversión de la que realmente quiere...

El Salón Arco Iris tiene un nombre retro y una clientela retro. Una vez que pasas un aleteocartel que dice NO SE PERMITE GENTERREAL, parece que has entrado en una demencial película de ci-fi del SigloVein, llena de mutantes ansiosos y androides sonrientes.

Naturalmente, muchas más cosas que un cartel de advertencia mantienen a los archis a raya. La carnerreal no soporta esos ritmos que sacuden los huesos y se transmiten por medio de una pista de baile vibratoria. Los conos-stacatto lanzan arcos de luz que pondrían histéricas las neuronas orgánicas. La atmósfera, llena del hollín de un centenar de tubos de ceniza, podría llenar tus pulmones nativos de tumores. El hedor (levemente intoxicante para los ídems) tiene que ser filtrado antes de sacarlo al exterior.

En los días de un solo cuerpo, la noche del sábado era lo importante. Ahora, sitios como el Arco Iris están funcionando a todas horas, incluso un martes por la tarde, cada vez que pueden llegar ídems frescos, cocidos para duro placer en los hornos de sus propietarios, decorados con todo tipo de cosas, desde espirales de Paisley a pinceladas moiré que convierten la piel en un arte borroso. Algunos vienen moldeados como chillonas caricaturas sexuales o con accesorios para deportes de riesgo, como talones de cuchilla o mandíbulas que gotean ácido.

—¿Le apetece un chequeo de cabeza? —La camarera roja de la barra me ofrece una placa brillante. Junto a los percheros hay varios cubículos refrigerados. Una placa para almacenamiento craneal puede asegurar que los recuerdos violentos serán recuperados más tarde.

—No, gracias —le digo. Y, sí, admito que solía frecuentar garitos como éste. Eh, ¿quién deja atrás la adolescencia hoy en día sin saborear profundidades de hedonismo que avergonzarían a Nerón? ¿Por qué no, si lo único que conservas son recuerdos? E incluso eso es opcional. Nada de lo que le suceda a tu ídem puede dañar al tú real, ¿no?

Es decir, si ignoras ciertos rumores...

Para muchos, la dosis intensa es adictiva: cargar experiencias demasiado fuertes para el mero protoplasma. Sobre todo los parados, que gastan su salario púrpura en combatir el aburrimiento de la vida moderna.

—Por favor, espere aquí, idMorris. Ahora vengo por usted.

Miro a mi guía, otra idmujer de color rojo. Su mensaje llega a través del alboroto con notable claridad. Absorbedores de interferencia sónica, imbuidos en las paredes, forman un canal para que sus palabras lleguen a mis oídos. Una tecnomaravilla que puedes dar por hecha si eres la dueña del lugar.

—¿Perdone? ¿Dónde debo esperar?

El golem rojo de Reina frene señala de nuevo, más allá de la pista de baile, detrás del Pozo de Rencor. Esta vez veo una mesa vacía con una parpadeante luz de RESERVADO.

—¿Tardará esto mucho? No tengo todo el día.

Esa expresión tiene especial sentido para una criatura como yo, autosentenciado al olvido por el bien de mi hacedor Pero mi guía únicamente se encoge de hombros, y luego se interna entre la multitud para informar a sus hermanas de que el espía contratado ha llegado ya.

¿Por qué debería pasarme mis últimas dieciocho horas trabajando para gente que no me gusta, haciendo un trabajo que no comprendo? ¡Por qué no escapar! La calle está sólo a unos metros de distancia.

Pero si escapara, ¿adónde podría ir? RealAlbert me obligaría a pasar el resto de mi vida en un tribunal-rápido, enfrentándome al pleito por ruptura de contrato de la maestra. De cualquier manera, probablemente me están vigilando ahora mismo, por medio de un rayo localizador.

Puedo ver más copias de la misma mujer de color pardo sirviendo bebidas, barriendo y cepillando trozos de clientes rotos. Algunas de las rojas me miran. Sabrán si intento escapar.

Me encamino hacia la mesa, abriéndome paso entre un torbellino de ruido. Música viva que agarra tu cuerpo como una amante tenaz, lastrando cada movimiento. No me gusta esta «música», pero a los chillones bailarines sí, y se arrojan unos contra otros en frenéticas colisiones que pocos podrían remedar en carne. Trozos de barro vuelan, como escapados de la rueda de un alfarero.

Los marchosos tienen un dicho: si tu ídem vuelve a casa de una pieza, no te lo pasaste bien.

Los reservados se alinean en las paredes. Otra gente se encuentra en mesas descubiertas que proyectan chillonas holoimágenes: abstracciones giratorias, vertigoefigies o strippers contoneantes. Algunas atraen tu mirada contra tu voluntad.

Sorteando la multitud, atravieso un margen mínimo donde los absorbedores sónicos se solapan convirtiéndolo todo en un susurro, como si estuviera dentro de un ataúd acolchado. Fragmentos dispersos de conversaciones convergen procedentes de

todo el club.

—... y allí está ese reptat-trepa, subiéndome por la pierna. ¡Miro y veo que lleva la cara de Josie, sonriendo desde la punta! Así que tengo posiblemente unos tres segundos para decidir si lo ha enviado como regalito envenenado o como disculpa. ¿Captas el pixerama?

—... el comité finalmente aceptó mi tesis, sólo que cargaron una tasa de perversión, por «temas sádicos». Qué cara. ¡Apuesto a que ninguno de esos capullos ha leído jamás los evangelios de de Sade!

... uh... prueba esto... ¿no crees que están aguando el benceno?

Otro paso, y dejo atrás el tranquilo margen mínimo para entrar bruscamente en un rugido doblemente reforzado. Llegan gritos desde el Pozo de Rencor, donde algunos bravucones se abalanzan unos contra otros mientras otros clientes se ofrecen como premio para los ganadores. El último vencedor se alza sobre su víctima humeante, cruzando ambas muñecas con armas alzadas que giran como guadañas giratorias, lanzando porquería cargada de enzimas a los alegres espectadores. Las apuestas se pagan con brillantes ojopics o con fajos de manchados billetes púrpura. Bajo las chillonas decoraciones de la piel, se adivina qué ídems desmembrados fueron comprados en un horno público por veinte dólares de bienestar.

El giro triunfal del vencedor hace que nos miremos a los ojos un instante, y su sonrisa se congela... ¿al reconocerme? No recuerdo haber visto antes su peudorrostro concreto. La conexión no dura más que un instante, y luego él se vuelve hacia la multitud de admiradores.

Una victoria similar podría haberle ganado una jefatura en alguna tribu antigua. Ahora, bueno, al menos tiene un momento para pretenderlo. Naturalmente, una profesional real como mi Clara podría comerse a basurillas como éste para desayunar. Pero ella tiene cosas mejores que hacer ahora mismo, en el frente, a doscientos kilómetros de distancia, defendiendo a su país.

La luz de RESERVADO se apaga cuando me siento donde me han dicho, preguntándome cómo irá la guerra de Clara. Una parte de mí siente el dolor de que nunca volveré a verla. Aunque por supuesto «yo» lo haré, en cuanto gane un ejército u otro... o bien cuando el combate se interrumpa para la tradicional tregua de fin de semana. ¡Será mejor que realAlbert sea bueno con ella o volveré de dondequiera que vayan los golems y perseguiré al afortunado hijo de puta!

—¿Qué va a ser? —pregunta una camarera, un modelo especial. Es parecida a las otras copias-Irene, pero voluptuosa, con manos grandes para llevar bandejas.

—Una Pepsode. Con hielo.

Mis grises son autosuficientes, pero hace calor aquí dentro y un subidón electrolítico no hará daño. Para la lista de gastos de Watmnalcer.

Resulta que estoy cerca de otro margen sónico. Si me inclino a un lado, puedo meter la cabeza en un cono de relativo silencio, apagando la música machacona y los gritos de batalla, dejando sólo trocitos de conversación de los reservados.

... ¿Qué estás fumando? ¿Eso es bolaloca-black? ¿Puedo olerlo?

... ¿Te enteraste de que cerraron el Péndulo Medular? Los inspectores sanitarios encontraron un virus zimmer en los filtros. Tu ídem infectado llega a casa y ¡zas! A continuación, tu rig está babeando en un pabellón psiquiátrico...

¡Me encantan esos ojos saltones! ¿Son funcionales?

También llegan sonidos inarticulados de pasión substitutiva. A través de la bruma, veo parejas y tríos rebulléndose en las alcobas. Y si la hechura de tu cuerpo no encaja con el de tu compañera, la dirección alquila adaptadores.

Silencio —le digo a la mesa, que levanta un telón de ruido blanco, anulando el clamor que me rodea—. Dame noticias del frente.

—¿Qué guerra? Zumba una voz basada en el silicio, no en el barro. Hay que especificar. —Cinco encuentros importantes y noventa y siete eventos de la liga menor están actualmente en proceso por todo el mundo.

Ah. ¿Y contra quién lucha Clara esta semana? Tendría que prestar más atención a las tablas. Si éste fuera un bar de deportes, la competición estaría las veinticuatro horas en pantalla grande.

—Mm, intenta con los campos de combate más cercanos a la ciudad.

—El Campo de Combate Internacional Jesse Helms se encuentra a doscientos cincuenta y cuatro kilómetros sur-sureste. Esta semana, el Campo Helms se enorgullece de presentar la revancha entre la Zona Ecológica del Pacífico de Estados Unidos de América y el Consorcio Reforestador Indonesio. En juego están los derechos de cosecha de icebergs en la Antártida...

—Ésa es. ¿Cómo le va al equipo de la ZEP?

Una holoimagen se extiende sobre la mesa, ampliando un terreno montañoso quemado por el sol y demarcado por claras fronteras. Fuera, más allá de un oasis de palmeras, hay un paisaje protegido de mesetas desiertas. Dentro: un parche agujereado y atormentado de Madre Gaia que ha sido sacrificado por el bien de los demás. Un primo enorme del Salón Arco Iris, donde se canalizan los impulsos humanos, con mucho más en juego.

—Las fuerzas del Pacífico hicieron significativos avances territoriales durante la acción inicial del lunes. Las bajas fueron escasas. Pero los tribunales del CRI descargaron un número de penalizaciones capaz de anular esas ganancias...

Unas chispas estallan ante mí mientras la cámara se acerca a la Tierra. Chispas que parecen bastante alegres, hasta que reconoces las descargas de artillería y los terribles disparos láser. Clara trabaja en un reino de horribles máquinas asesinas que podrían provocar el horror si alguna vez se vaciaran más allá de los campos de combate del mundo. Dudo entre continuar hacia las líneas del frente o girar hacia aquel oasis de palmeras, en la frontera. Sólo que...

Alguien atraviesa de pronto la pantalla de intimidad, bloqueando la mitad de la holoimagen.

—Así que eres tú. —Una figura se alza ante mí, alta y con piel de serpiente—.

Qué conveniente.

Es el gladiador que vi hace unos minutos en el Pozo de Rencor, exultante ante su víctima humeante. Se acerca más, las manos púrpura todavía bañadas en barro húmedo y sucio, como un alfarero brutal.

—¿Cómo conseguiste salir del río? —pregunta.

De inmediato me doy cuenta de que es el tipejo queme bloqueó el paso anoche en la calle Odeón. Sólo que se trataba de su archi cuando yo era verde e intentaba desesperadamente escapar de los idamarillos de Beta.

—¿Río? —Me hago el inocente—. ¿Qué le hace pensar que fui a nadar? ¿O que lo recordaría a usted?

Su idluchador no está hecho para expresiones sutiles. La cara se vuelve rígida al darse cuenta de lo que acaba de descubrir. Entonces se encoge de hombros, decidiendo no importarle lo que revelan sus palabras.

—Me recuerdas, sí —gruñe—. Te vi saltar. Y sé que lograste volver a casa para descargar.

¿Saber? ¿Cómo puede saberlo? No importa. La sabiduría moderna dice que nunca te sorprendas si se filtra conocimiento oculto. A la larga, ningún secreto es eterno.

Veamos si capta el sarcasmo:

—¡Un golem caminando por un río! Vaya vaya. ¡Quien consiga algo así sería la comidilla de la ciudad! Tal vez deberías intentar saltar en persona alguna vez.

La sugerencia no le hace gracia.

—Me quedé con tu maldito brazo. Lo horneé bien duro. ¿Quieres recuperarlo?

No puedo dejar de sonreír mientras recuerdo su expresión aturdida cuando lo dejé en la plaza con mi muñeca cortada en la mano. Un raro recuerdo feliz de un iddía de perros.

—Quédatelo. Haz una bonita urna.

El frunce el ceño.

—Levántate.

En lugar de obedecer, bostezo y me desperezó, para chulear y ganar tiempo. El valor es condicional. Si este cuerpo mío estuviera hecho para el jaleo, podría intentar dársela a este tipo. RealAlbert, con vida suficiente por delante, huiría a toda prisa sin avergonzarse. Mis opciones son más sombrías. Soy gris y huérfano, sin ninguna posibilidad de continuidad pero con algunos acertijos queme gustaría resolver en las horas que me restan. En fin, que preferiría que la dirección viniera a quitármelo de encima. Lástima, no hay ni una sola Irenc roja ala vista.

—¡He dicho que te levantes! —Ruge el matón, preparándose para golpear.

—¿Puedo elegir las armas? —pregunto bruscamente.

Vacilación. No puede cortarme en rodajas cuando yo he convertido el asunto en una cuestión de honor. Los duelos tienen reglas, ya sabes. Y hay gente mirando.

—Claro. Después de ti —señala hacia el Pozo de Rencor, insistiendo en que lo preceda.

Necesito una salida antes de que lleguemos allí. Tengo unas cuantas herramientas en el bolsillo (un pequeño cortador y un ciperscopio), pero él no cometerá el mismo error que anoche, dejándome que golpee primero por sorpresa.

¿Dónde demonios están mis anfitriones? ¡Si hubiera sabido que son tan laxos, me habría largado antes! Correr a la calle. Tal vez dirigirme a casa de Pal. Aconsejar a Albert que evite a la maestra en el futuro, como a la peste.

Dejamos atrás las mesas, la mayoría con bolas de luz que iluminan rostros chillones. Nadie de la joven multitud me resulta familiar. De todas formas, este personaje es probablemente un asiduo. Encogiendo un poco las rodillas a cada paso, pienso-preparo un subidón de adrenalina mientras aminoro el ritmo, como si de pronto me sintiera reacio a continuar.

Como esperaba, mi némesis planta una mano carnosa en mi espalda. Me empuja.

—¡Avanza! La armería está justo ahí de...

No tendré ninguna oportunidad contra sus reflejos hiperestimulados. En vez de girar hacia él tras un falso tropezón, salto de lado y hacia arriba y aterrizo en una mesa cercana, pateando vasos que se deslizan entre los holos proyectados de dos bailarinas que frotan sus caderas aun ritmo erótico.

Me parece que él grita, pero los clientes, molestos, hacen demasiado ruido. Se lanzan hacia mí, así que vuelvo a saltar.

Como una piedra lanzada entre las bailarinas giratorias, vuelo de una mesa a otra, aterrizando esta vez en un remolino de guadañas virtuales que giran y giran como el tornado personal de la muerte. Es tan realista que doy un respingo, como si pudieran hacerme papilla. Pero mi cuerpo atraviesa la ilusión, aunque más clientes gritan airados y los vasos se aplastan bajo mis pies. Unas manos me agarran por el tobillo, así que me giro y pataleo, apartándolas.

Naturalmente la tormenta de luz me ciega también. Apenas puedo ver mi siguiente objetivo, una mesa donde un globo terrestre gira suavemente. Me preparo...

Pero una súbita fuerza derriba la plataforma donde estoy, estropeando mi salto. Choco con el borde de la siguiente mesa, giro lleno de dolor entre sillas, pies que patalean y botellas rotas.

Los golpes arrecian desde mi costado izquierdo, arrancándome un quejido. ¿Mi asaltante, o un cliente irritado? En vez de mirar, me escurro como un cangrejo mientras rebusco en el bolsillo de mi pantalón el cortador... de alcance demasiado corto para servir gran cosa como arma.

Oh-oh. Botas delante. Muchas. Ha llamado a sus amigos. Se agachan y miran bajo las mesas. En unos instantes...

Mi mano se apoya en la base de la mesa, sujeta al suelo por tres gruesos tornillos.

¿Los corto? ¿Por qué no? Allá va...

La mesa tiembla... se inclina...

La agarro. ¡Arriba!

Ellos retroceden de un salto, alarmados. ¡No es una gran arma, pero con el globo

todavía brillando parece que empuño algo más que una frágil mesa de cóctel! Las imágenes que se rebullen se extienden otros dos metros, como serpientes retorciéndose. Un látigo hecho de luz ardiente.

Sólo luz, aunque ellos retroceden. Imprintados con almas de cavernícolas apenas alterados, no soportan ver una antorcha llameante. Pronto me encuentro en una zona de respeto, hasta donde alcanza el bolo. Y ahora, las voces de algunos espectadores me animan ami.

Localizo al matón, con sus amigos, todos vestidos de negro como si hubieran inventado esa moda. Patético.

Cierran los puños y aprietan los dientes. En unos momentos, la evaluación racional ganará la partida y se impondrá a los reflejos cavernícolas. Cargarán a través de la fría luz. Pero, rodeado de mirones, qué puedo hacer...

De inmediato el sonido cambia. La atronadora música de baile se desvanece. Los gritos de furia se apagan. Más allá del silbido de mi hiperrespiración, penetra una voz amplificada.

—idMorris, si es tan amable...

Girando de nuevo, hago una finta ante los bravos. Ellos se apartan, tal vez por última vez mientras entornan sus ojos furiosos.

Luego, bruscamente, retroceden, empujados por un grupo de recién llegados, pequeños pero fuertes, que usan varas de sonido para abrirse paso. Hembras rojas que devuelven el orden a su club.

Ya era hora.

Retrocediendo hacia el Pozo de Rencor, el jefe de los matones me dirige una última mirada, sorprendentemente carente de pasión, ni siquiera divertida o agradecida. La vibrante «música» regresa. El Arco Iris no tarda en volver a la normalidad.

Una de las Irenes, sin pedir disculpas, agita su dedo rojizo.

—¡IdMorris, suelte por favor esa mesa!

Me cuesta un instante obedecer. El instinto, ya sabes.

—Por favor, basta de retrasos. Le esperan. La colmena espera.

La holoimagen se apaga y yo suelto mi arma improvisada. ¿Ya está? ¿Ninguna disculpa por dejarme a merced de unos idiotas?

Oh, guárdate las quejas, Albea. No es que tu vida estuviera en peligro, ni nada importante.

Sacudiendo la cabeza carmesí, mi guía me indica que la siga hacia el fondo del club, y luego a través de una lujosa cortina. De repente se hace un bendito silencio, mientras la gruesa cortina cae tras nosotros. Silencio tan de agradecer que me tambaleo. No consigo pensar hasta pasados varios segundos. Entonces...

«Espera... ya había visto esta habitación».

Durante la reunión en el Estudio Neo, una Irene de barro rojo estaba conectada a una pantalla que mostraba montones de duplicados pardos congregados alrededor de

una figura pálida, tumbada en un cómodo sofá de mantenimiento vital. Ahora, de cerca, veo a la mujer real tendida entre el bullicio, mirando ciegamente mientras la atienden duplicados a escala de un tercio. En su boca gotea un fluido. Brazos mecánicos masajean sus miembros. La cara, aunque flácida y distante, es claramente el modelo de todas las rojas que he visto en este lugar. En la cabeza afeitada lleva una medusa de cables retorcidos, conectados a congeladores y hornos de potencia industrial.

Una copia recién cocida emerge del horno, todavía brillante. Se despereza durante un lánguido instante antes de aceptar unas prendas de papel, y luego se marcha, dispuesta a hacer alguna tarea sin consejo ni instrucciones. Mientras tanto, otra llega del mundo exterior, con sus células claramente agotadas. Sin más ceremonias, dos hermanas cortan limpiamente la cabeza de un día de edad, vaciándola en un aparato de transferencia de recuerdos.

El pálido rostro de la archi da un leve respingo durante la carga. El cuerpo descartado rueda para ser reciclado.

«Algunos predicen que éste es nuestro futuro —me digo—. Cuando puedas crear incontables copias para realizar cualquier tarea, tu cuerpo orgánico duradero tendrá una sola función, la de depósito y transmisor de recuerdos; será un prisionero sagrado como la hormiga reina, mientras las obreras realizan las actividades reales de la vida y la saborean».

La perspectiva me parece repugnante. Pero mis abuelos pensaban lo mismo de la imprintación básica. Las palabras «golem» e «ídem» eran epítetos, hasta que nos acostumbramos a ellas. ¿Quién soy yo para juzgar qué considerarán normal las generaciones futuras?

—idMorris, bienvenido.

Me doy la vuelta. La Irene que está frente a mí tiene la textura de piel de un gris de alta calidad, teñida con su tono pardo característico.

Cerca está el otro rox que conocí en el Estudio Neo, «Vic». Manuel Codios, con la piel a cuadros que lastima la vista.

—¿Llama a esto una bienvenida? Me gustaría saber por qué me dejó ahí fuera para que...

Collins levanta una mano.

—Las preguntas más tarde. Primero, déjenos encargarnos de sus reparaciones.

¿Reparaciones?

Al mirar hacia abajo, recibo malas noticias. ¡Tajos profundos en mi lado izquierdo! Un corte en la pierna de más de la mitad de su longitud que rezuma feamente. Excitado por las enzimas de acción, apenas lo siento.

Estoy perdido.

—¿Pueden reparar esto? —Mi emoción dominante es una curiosidad atónita.

—Venga— dice la Irene más cercana. —Lo arreglaremos en un momento.

«¿Un momento?», reflexiono aturdido mientras la sigo. Para un ídem, un

«momento» representa mucho.

Fantasmas en el viento ... de cómo realAlbert hace un poco de trabajo de investigación moderna...

Por lo visto poco podía hacer yo respecto a mis duplicados desaparecidos.

El gris número dos estaba en modo autónomo, incapacitado legalmente para contactar conmigo, y la maestra podía incluso impedirsele si quería. El verde había enviado una extraña declaración de independencia antes de largarse por su cuenta. Y no había ni rastro del gris número uno, esfumado en la mansión Kaolin junto con el fantasma de Yosil Maharal. El personal de seguridad de Hornos Universales se había hecho cargo de ese misterio poniendo patas arriba la mansión en busca de los dos ítems desaparecidos. Hasta ahora sin resultado.

No esperaba que consiguieran gran cosa. Es fácil meter a un rox en una casa. Millones de ellos, almacenados como momias en CeramWrap, son enviados por toda la ciudad cada día en camión, por mensajero o tubo neumático. Y es incluso más fácil deshacerse de uno muerto: sólo hay que tirar los restos a un reciclador. Sin su placa, una hornada de masa de golem no se diferencia de cualquier otra.

De cualquier forma, yo tenía investigaciones de las que ocuparme, incluida una para una clienta dispuesta a pagar la tarifa máxima. Ritu Maharal quería que investigara la misteriosa muerte de su padre. Como heredera legal, podía acceder ahora a sus archivos, desde las compras a crédito hasta las llamadas de su teléfono de muñeca. Los movimientos de Maharal durante la época que pasó trabajando para HU eran otra cuestión. Pero cuando Ritu le pidió a Vie Eneas Kaolin esas crónicas, el magnate asintió, a regañadientes, para que ella no hiciera públicas «historias descabelladas» sobre el asesinato de su padre.

Los permisos llegaron poco después de que yo terminara un especialista ébano, perfeccionado para concentrarse totalmente en habilidades profesionales. Ese duplicado se puso de inmediato a trabajar, agitando los brazos y parloteando rápidamente bajo los pliegues de un chador de realidad virtual, inmerso en un mundo de datos globales y zoomimágenes de fuego rápido. Todo lógica y concentración, el ébano podía manejar el resto de mis casos por el momento, dejándome a mí concentrarme en una tarea: descubrir dónde pasó Yosil Maharal las últimas semanas.

No importa lo que digan los cibervendedores sobre sus bonitos programas de búsqueda autónoma. Buscar datos es un arte. Puede que vivamos en una sociedad «transparente», pero la ventana de cristal está empañada y llena de escarcha en incontables lugares. Asomarse a esos huecos requiere habilidad.

Empecé emplazando un avatar digital (una sencilla representación de mí mismo en software) y lanzándolo a través de las redes de cámaras públicas. Aunque menos inteligente y flexible que una criatura con Onda Establecida, tenía parte de mi experiencia combinada con un implacable impulso por cazar cualquier imagen que Yosil pudiera haber dejado mientras recorría las calles de la ciudad. Ritu me dio unos sesenta lugares sólidos para ir empezando, lugares donde se había confirmado que había estado su padre en momentos exactos. El avatar se lanzó a esas coordenadas de espacio-tiempo, y luego intentó seguir al científico mientras pasaba de una escena grabada a otra. Gradualmente, empezó a formarse un mapa que detallaba sus movimientos durante los meses anteriores a su muerte.

A menudo, ese tipo de búsqueda es suficiente. Pocas personas tienen capacidad para esquivar la red de publicaras.

Lástima, Maharal debía de ser una de ellas. De hecho, era capaz de ocultarse casi a voluntad. ¡La búsqueda de mi avatar dejó una tabla con muchos agujeros, algunos de una semana o más!

Los bolsillos de Ritu eran profundos y quería respuestas rápidamente. Así que pujé por imágenes de cámaras privadas, que son mucho más numerosas que las cámaras públicas. Escáneres de seguridad de restaurantes, creadoras de alféizar, non bugs, sociólogos aficionados, incluso de amantes de la naturaleza y clubes deportivos urbanos... cualquiera cuyos sensores pudieran haber detectado a Yosil cuando estaba fuera del alcance de las publicaras. Como Ritu poseía ahora el copyright de su padre, ni siquiera hubo que pagar una tasa de voyeur.

Empezaron a llegar ofertas baratas. Dejé que el avatar las repasara y escogiera suficientes para completar la pista de seguimiento de Yosil. Mientras tanto, yo me concentré en el escenario de su muerte.

Fuera de la ciudad, es como otro mundo. Un reino primitivo de inmensas áreas donde la visión es borrosa, casi inexistente... a menos que estés allí en persona, usando tus propios ojos.

Adulto: Si cae un árbol en el bosque y no hay nadie cerca para oírlo, ¿hace ruido?

Niño moderno: Depende. Déjeme comprobar si alguna de las cámaras locales tenía receptores sónicos o de vibración.

Gracioso. ¡Pero de hecho, la mayoría de los lugares de la Tierra no están cubiertos todavía por ninguna cántara! Es mucho más fácil desaparecer en el campo, más allá de cualquier rastro de habitantes.

Por desgracia, ahí fue donde Maharal pasó sus últimas horas, y posiblemente sus últimos días.

Empecé con imágenes policiales del lugar del accidente que ofrecían

sorprendentes detalles holográficos de los doscientos metros que rodeaban el vehículo siniestrado de Maharal, un gran Chevford Cazador con un extravagante motor de metano. Yacía abollado y medio quemado en el fondo de un barranco. El río estaba seco en esta época del año, pero gigantescos peñascos de granito daban testimonio de la erosión producida por el torrente que cubría el lecho algunos inviernos.

«El desierto —pensé, sombrío—. ¿Por qué tenía que ser en el maldito desierto?».

En lo alto, salvando el barranco, se encontraba el viaducto de la autopista desde donde el vehículo de Maharal había iniciado su fatal caída, con la valla de protección convertida en una retorcida serpiente de metal roto.

Pasé un rato husmeando, pasando e interpolando de una policámara a la siguiente. Mientras los vehículos de emergencia iban y venían, musculosos ídems trabajaban en el accidente (a veces con herramientas útiles, pero a veces aplicando la fuerza bruta), esforzándose por liberar el cadáver del científico.

La carretera describía un brusco giro justo antes de llegar a ese punto solitario. Había marcas de frenada cruzando la barrera rota... como si el conductor se hubiera dado cuenta del peligro súbitamente, aunque demasiado tarde. Esto, combinado con los resultados de la autopsia de Maharal, convenció a las autoridades de que simplemente debió de quedarse dormido al volante.

La tragedia nunca habría tenido lugar si hubiera usado el sistema de autonavegación del coche. ¿Por qué querría alguien conducir de noche, en un desierto sin luz, con todas las prestaciones de seguridad desconectadas?

«Bueno —me respondí a mí mismo—, la roboconducción deja huellas. No usas la autonave cuando te preocupa que te estén siguiendo». El ídem gris de Maharal había admitido que el buen doctor se había pasado sus últimos días cayendo una y otra vez en la paranoia. Esto apoyaba la teoría.

Invirtiéndolo el flujo de las imágenes, vi cómo los vehículos de emergencia retrocedían y luego volvían a dispersarse, uno a uno, hasta que sólo una camaravisión solitaria quedó disponible: una imagen borrosa del primer vehículo de la oficina del sheriff en llegar a la escena. Cuando intenté remontarme más atrás, el fatal tramo de desierto no sólo se oscureció, sino que desapareció de la memoria, como un punto ciego al que ni siquiera puedes mirar. Aparecía solo en los mapas. Una abstracción. Por lo que nadie sabía con seguridad si existió siquiera durante el tiempo en cuestión.

En los territorios de las granjas habría sido más fácil. Los agricultores usan un montón de cámaras para observar las cosechas. Todo lo que es irregular, como un desconocido, aparece. Pero la hectárea en cuestión contaba únicamente con un simple detector de toxicidad EPA que vigilaba los vertidos ilegales.

La lente real más cercana estaba a más de cinco kilómetros de distancia: un escáner de hábitat programado para contar las tortugas del desierto que migraban y cosas así.

A pesar de todo, no me rendí.

Hay diez mil espisatélites comerciales y privados orbitando este planeta, e incluso más aparatos robot sobrevolando la estratosfera, sirviendo de reté telefónico y noticámara. Uno de ellos podría haberse fijado en aquel oscuro lugar en el instante del accidente, y grabado una buena imagen de los faros de Maharal, del volantazo y la caída que precipitó el coche a su perdición.

Lo comprobé... y no hubo suerte. Todas las lentes de alta resolución estaban ocupadas en otra parte esa noche, enfocando ciudades más bulliciosas. Los técnicos siguen prometiendo que tendremos visión MundOmnisciente dentro de unos pocos años, con primeros planos de toda la Tierra disponibles para todo el mundo, en cualquier momento. Pero, hoy por hoy, eso no es más que ciencia ficción.

Lo mejor que pude hacer fue intentar un truquito propio, usando los burdos datos de un orbitador de microclima. No se trataba de una cámara auténtica, pues el satélite meteorológico está asignado al seguimiento de los vientos en el suroeste con un radar Doppler.

El tráfico agita el aire, sobre todo en terreno despejado. Hace mucho tiempo descubrí que puedes localizar el paso de un solo vehículo, si las condiciones son adecuadas. Y si tienes suerte.

Usando software de procesado especial, conseguí la grabación del satélite meteorológico de la zona cercana al viaducto, momentos antes del accidente. Buscando pautas muy pequeñas, sondeé y palpé los elementos Doppler hasta que fluctuaron granulosos al borde del caos.

Al principio, me pareció una simple tormenta de ruido multicolor. Luego empecé a captar pautas. ¡Allí!

Parecía una huella de miniciclones que giraban a ambos lados de la carretera desértica: una estela fantasmal, apenas perceptible, contra un fondo de píxeles limpios de ruido. Retrocediendo lentamente desde el momento del accidente, seguí aquel rastro espectral mientras se rebullía hacia el sur a lo largo de la carretera, para desaparecer y reaparecer luego como una serpiente fantasmagórica, moviéndose a la velocidad de un coche a la carrera.

«Esto podría funcionar —pensé—, siempre y cuando Maharal no adelantara a ningún otro coche... y suponiendo que el aire estuviera tranquilo esa noche solitaria».

Casi cualquier perturbación externa podía borrar el rastro fantasmal.

Comparando escalas de distancia y tiempo, advertí una cosa sobre el estado de Maharal esa noche mientras corría hacia su encuentro con la muerte: ¡el científico de Hornos Universales desde luego tenía una avispa en los calzoncillos! Tomó aquella curva a más de ciento veinte kilómetros por hora. El tío iba buscándose problemas.

¿Podrían haber estado siguiéndolo? ¿Persiguiéndolo? La pauta de perturbaciones ciclónicas era demasiado entrecortada y borrosa para determinar si estaba formada por un vehículo o por dos.

Le pedí a Nell que rastreara en el tiempo la leve pauta hasta donde pudiera.

—De acuerdo —respondió mi ordenador doméstico, en tono casi humano—. Si

no estás demasiado ocupado, hay otros asuntos que han surgido mientras estabas inmerso en el trabajo. Tu colega Malachai Montmorillin ha llamado varias veces más. Le di largas, siguiendo tus instrucciones.

Me sentí un poco culpable. Pobre Pal.

—Lo visitaré esta noche. La orden sigue en pie.

—Muy bien. También he recibido un envío neumático de Hornos Universales. Cinco nuevos repuestos de ídem.

—Guárdalos. Y por favor, deja de molestarme con tonterías.

Nell guardó silencio. Pude ver en un monitor que se estaba concentrando en seguir la pista desértica de Maharal. Así queme volví para comprobar el ciberavatar que había soltado en la red de cámaras de la ciudad.

¡Los resultados eran prometedores!

Estaban llegando imágenes compradas e informes de cámaras que proporcionaban una idea de dónde había pasado Yosil Maharal los últimos meses, al menos cuando estaba en la ciudad. Revisé la película resultante a alta velocidad, siguiendo al difunto investigador mientras pasaba de una cámara a otra... comprando en un centro de moda, por ejemplo, o visitando a su higienista para una rutinaria puesta al día simbiotoral. De la mezcla resultante sólo se obtenía una media de un par de horas al día. Pero después de todo, Maharal se pasaba la mayor parte del tiempo trabajando en el laboratorio de Hornos Universales, o en casa.

Si se exceptuaban aquellos misteriosos viajes al campo, claro. Era esencial establecer un vínculo entre su pista en la ciudad y aquellas crípticas escapaditas.

A pesar de todo me sentía satisfecho con los progresos realizados hasta el momento. Si la red de la ciudad seguía dando datos a ese ritmo, tendría algo digno con lo que informar a Ritu.

Un agudo retortijón hizo que me llevara la mano a la sien derecha. Un efecto secundario de todo aquel trabajo eran los dolores de cabeza. Las neuronas reales sólo soportan un input de holovideo limitado. En cualquier caso, era hora de levantarse a echar una meada.

Al regresar, me detuve en mi unidad de quemisint, donde ordené un remedio contra la tensión: algo que aliviara el nudo en mi cuello, pero sin ninguna endorfina que me embotara el cerebro. Me llevé el burbujeante mejunje al estudio... ¡sólo para encontrar a alguien en mi lugar! Alguien como yo, pero con dedos más largos y una expresión de desdén que apenas nuestro. Al menos eso espero.

La brillante piel simulada era del color del espacio profundo. Ágiles manos danzaban sobre los controles.

—¿Qué estás haciendo? —exigí saber. El ídem tenía su propio cubículo.

—Arreglando este lío mientras esperaba a que salieras del lavabo. Tu avatar de búsqueda piensa que ha localizado la mayoría de los movimientos de Maharal en la ciudad.

Miré la pantalla.

—¿Sí? Una cobertura del ochenta y siete por ciento no está mal... para el tiempo en que Maharal no estuvo en casa ni en el laboratorio. ¿Adónde quieres llegar?

De nuevo, una sonrisa sardónica.

—Oh, a nada, tal vez. Excepto que algunos de esos supuestos avistamientos puede que no sean del doctor Yosil Maharal en absoluto.

Le dirigí al ídem una mirada vacía, lo que sólo me valió más desdén.

—¿Hace una apuesta, jefe-yo? Apuesto mi carga a que Maharal te ha engañado. De hecho, ha estado engañando a todo el mundo desde hace mucho tiempo.

Suelta mi eco
... o de cómo un frankie verde busca la luz...

Por cortesía, esperé a que la lisiada predicadora púrpura terminara su sermón antes de levantarme para dejar a los Efímeros. Por desgracia, el tono levemente inspirador quedó lastrado por un altercado que estalló en el vestíbulo cuando salía. Un hombre cuyo tono de piel oscilaba entre el beisgolem y el marrónhumano gritaba mientras agitaba una pancarta con el texto en cursiva:

***NO ENTENDÉIS NADA.
SE APROXIMA EL SIGUIENTE PASO...***

Los furiosos feligreses lo rodearon, intentando expulsar al intruso sin empujado, por si acaso era real. La incertidumbre que creaba su ambigua coloración aumentaba debido a las gafas de sol, el pelo rojo encendido y la barba, que podían ser falsos o auténticos. Aquel tipo estaba cometiendo media docena de delitos sólo por tener ese aspecto, como si fuera una especie de cruce ídem-humano, un efecto que debía de estar persiguiendo.

—¡Sois todos un puñado de maricas! —gritaba, mientras una docena de Efímeros lo conducían hacia una puerta lateral—. ¡Coloreados por fuera, pero de carne sosa por dentro! ¿Sabéis que hace falta sangre para provocar una revolución? La elite de protoplasma nunca dará paso a la Nueva Raza sin violencia. ¡Se aferrarán al dominio hasta que hayan sido borrados de la faz de la Tierra! ¡Sólo entonces podremos pasar al siguiente nivel!

Tuve que admitir que a veces hay que admirar la pasión de los verdaderamente locos, una pasión que supera toda razón. Quiero decir, ¿estaba realmente sugiriendo que los ídems pueden existir, de algún modo, independientemente de los originales orgánicos nacidos-de-mujer? ¿Cómo era eso ni remotamente lógico? La variedad de ideas (e ideologías) originales que se le ocurren a la gente nunca deja de sorprenderme, sobre todo cuando están espoleadas por la droga definitiva, el fariseísmo.

Tras darme la vuelta y salir por la puerta principal, descendí los anchos escalones de piedra hasta la calle mientras las palabras del fanático todavía resonaban en mis oídos.

—¡Preparaos! —aullaba el pirado con una voz fervorosa que parecía aferrarse a mí mientras me alejaba—. ¡Una nueva era se acerca para los idfranquiados... si os preparáis!

En La Tour Vanadium nadie quería hablar del camarero que causó un breve estropicio anoche.

Cuando he llegado, la mayor parte del personal del restaurante (especialistas contratados, desde pinches a maftres), trabajaban sin hablar, retirando el almuerzo y preparando las mesas para la cena. Unos pocos clientes se retrasaban mientras camareros gemelos esperaban cerca. A los pies de los archis había bolsas de deportes. Un buen Chardonnay es ideal después del ejercicio: empapa las cálidas neuronas de un brillo feliz.

Los optimistas predicen que algún día un cuerpo real podrá durar tantas décadas como horas un ídem. Bueno, me queda un poco lejos para tener envidia.

Vestido con ropa de papel barata de una máquina expendedora y sintiendo aún la espalda dolorida tras el rápido remiendo de los Efímeros, sabía que no impresionaría a la dirección. Un ojo color de cobre se entornó tras un monóculo-spot, escrutándome para verificar mi borrosa copia del permiso de investigador de Albert Morris. Sabría en segundos si mi propietario me había repudiado.

¿Lo haría Albert, sólo porque me había negado a limpiar sus cuartos de baño? ¿Estaría ya en la lista de blancos de algún club de caza pervo? Peor, él podía haberme declarado un «peligro para la sociedad». Tal vez un exterminador policial estuviera al acecho en aquel preciso momento, como un halcón vengador...

Yo estaba apostando mi vida a la ternura de corazón de Albert, incapaz de renunciar a su primer frankie.

El encargado se subió el monóculo tras devolverme el manchado carné de identidad.

—Como le dije a su ordenador doméstico, no hay nada que investigar. ¡No puede estar interesado en serio en el pequeño accidente de ayer! ¿Desde cuándo es delito derramar unas cuantas bebidas y romper unos vasos? Ningún cliente le dio importancia, y les ofrecimos la comida gratis en recompensa.

—Generoso, pero...

—¿Alguien se ha vuelto atrás? ¿Por eso está usted aquí? Podemos llamar aun jurado online para que vea las grabaciones. Cualquier panel razonable...

—Por favor. No estoy aquí para presentar ninguna demanda. Sólo quiero al camarero.

—No hay nada que sacar. Nuestro seguro lo cubrió, hasta que terminó su contrato.

—Entonces fue despedido. ¿Trabajó aquí mucho tiempo?

—Dos años. Esta mañana tuvo el valor de decir que el incidente de anoche no fue culpa suya. ¡Su ídem nunca llegó a casa, así que debió de ser asaltado y sustituido por un impostor! —El encargado hizo una mueca de desdén. Pero si yo tenía un presentimiento, ahora había cobrado fuerza.

—Deme una información de contacto y no lo volveré a molestar. Él se me quedó

mirando. Sería sencillo despedir a un verde utilitario. Pero ¿y si el propio Albert aparecía?

—Oh... muy bien. —Su monocular parpadeó mientras daba órdenes. Luego, con un gruñido de desdén, se dio la vuelta.

Maldición. ¡En vez de escribir o pronunciar el nombre, envió un infoblip a Nell!

Podía llamarla por teléfono, pero entonces tal vez tuviera que hablar con Albert, como un adolescente que vuelve a casa de papá con el rabo entre las piernas. Doble maldición. Mientras iba hacia la puerta, me interrogué acerca de aquella obsesión por resolver ese pequeño acertijo antes de expirar. La cuestión no parecía importante. ¿Por qué preocuparme por ella?

Me detuve en la puerta, mis baratos sentidos verdes ajustándose a la luz del día, cuando algo captó mi atención. Literalmente, como un mosquito que volara cerca, llegó zumbando junto a mi cara. Di un manotazo y aparté brevemente al molesto bicho, que regresó.

El deterioro prematuro de los ídem puede atraer a los carroñeros, y había bastante pseudocarne dañada colgando de mi espalda. Volví a espantarlo. Vaciló... ¡y luego se abalanzó de nuevo hacia mí a sorprendente velocidad!

Caí contra una pared, sujetándome el ojo. ¡Peor que el dolor eran las explosiones de color! Destellos como cohetes convergieron, dibujando formas. Formando letras:

NO HAY TIEMPO.

TOMA UN TAXI HASTA EL PARQUE FAIRPAX.

PAL

Haciendo su trabajo de ídem
... o de cómo el segundo gris del martes empieza a volverse paranoico...

Estar inconsciente puede ser preocupante para una personarreal. Para un ídem, es como la muerte. Y despertar después es como volver a nacer.

¿Dónde estoy?

Una mirada de reojo me dice que sigo en la colmena de Irene. Al otro lado de una amplia sala, veo la enorme figura pálida de su cuerpo arquetipo (la reina), atendida por más de una docena de minicopias rojizas. Versiones de tamaño real vienen y van rápidamente cumpliendo encargos. Nadie dice una palabra. Nadie tiene que hacerlo.

Mientras las observo embobado, imagino el núcleo de un átomo y la niebla de partículas virtuales que lo rodean. Los duplicados de Irene siguen saliendo de la masa de color marrón para realizar misiones para la colmena. Otras (con más edad y experiencia) llegan trayendo el moderno néctar: conocimiento que acumular y compartir con más copias. Y en el centro, una personarreal cuyo papel es absorber y redistribuir ese conocimiento, usando cuerpos de imitación para hacer todo lo demás.

Tengo que admitir que Irene es impresionante. Suyo es muy grande.

Vamos, Albert, concéntrate.

¿Cuánto tiempo he estado sin sentido? Parece que unos instantes. Iban a repararme... a arreglar el horrible daño causado por esos gladiadores enfurecidos del Salón Arco Iris.

¿Funcionó? No siento dolor, pero eso no significa nada. Los brazos y las manos parecen funcionar. Me toco el costado ahora... la pierna.

En lugar de heridas abiertas, siento bordes protuberantes, como duro tejido cicatrizado. Debajo, grandes zonas aturdidas, insensibles.

Pero flexiono y estiro todos los miembros satisfactoriamente. Un trabajo espléndido, para un remiendo rápido. Pero claro, si alguien dispone de tecnología de reparación avanzada, ésa es la Reina Irene.

Al sentarme, advierto que estoy vestido con generosa tela gris.

—¿Cómo se siente?

—Es la Irene de alta calidad (teñida de gris), que está junto a su asociado, el golem masculino de la piel a cuadros. Vic Collins. —Sorprendentemente bien. ¿Qué hora es?

—Casi las dos y media.

—Mm. No tardó mucho.

—Hemos automatizado considerablemente el proceso de reparación. Sin mucha

ayuda de Hornos Universales, debo añadir.

—¿Entonces sospechan que también están controlando la difusión de esta tecnología?

—Como puede imaginar, la compañía prefiere que la gente compre montones de nuevos repuestos. Naturalmente, arreglar ídems dañados sería económico, ecológico, piadoso...

—¿Tiene este asunto algo que ver con su otra preocupación? Vic Collins asiente.

—Están relacionados. No es de esperar que HU esté ansiosa por compartir tecnologías que perjudican su mercado. Pero la ley dice que deben patentar y publicar sus avances o los perderán.

De ahí la ansiedad de este pequeño consorcio por hacer un poco de espionaje cuasilegal. Si pueden echarle mano a un caso de tecnología oculta o suprimida, el beneficio será sustancioso. Hasta el treinta por ciento de las patentes resultantes. En el presente caso, eso los convertiría en magnates. Me siento tentado a continuar hablando del asunto, pero el tiempo aprieta cuando lo que te queda en la Tierra se mide por horas. Al contrario que Irene, no tengo ningún rig al que regresar. No si cumplo el acuerdo al que hemos llegado.

—Hablando de HU —digo.

—Sí, deberíamos ponernos en marcha, sise siente con fuerzas. Me bajo de la mesa de un salto. A excepción de la desagradable sensación de aturdimiento bajo mis cicatrices, las cosas parecen estar bien.

—¿Han traído el material?

—Recogimos las muestras y la información que necesita para penetrar en Hornos Universales.

—Penetrar no. Accedí a explorar por ustedes, de una manera estrictamente legal.

—Perdone mi falta de exactitud. Por favor, venga por aquí.

No siento dolor, pero cojeo un poco mientras sigo a Irene y Collins hasta el fondo del edificio Arco Iris. Una silenciosa conductora ocre espera en el callejón cubierto, sosteniendo la puerta de una furgoneta con ventanillas opacas. Me detengo, pues quiero zanjar unas cuantas cosas antes de entrar.

—Todavía no me han explicado exactamente qué he de buscar.

—Le informaremos sobre la marcha. Hay asuntos importantes que esperamos que descubra con su famosa habilidad investigadora.

—Haré lo que pueda —y reitero para la grabadora que llevo en mi interior—: dentro de la ley.

—Naturalmente, idMorris. No le pediríamos que hicieran nada ilegal.

«Bien», pienso, tratando de descifrar su mirada. Pero es inútil. Los ojos hechos de barro no son las ventanas del alma. Sigue siendo cuestión de debate si hay «alma» o no dentro de criaturas como nosotros.

Al entrar en la furgoneta, encuentro al cuarto miembro de nuestro grupo, sonriendo con una célebre mezcla de distancia y seducción, cruzando unas piernas de

nieve blanca que brillan con su propia capa de lustrosa y extravagante seda.

—Saludos, señor Morris —saluda la voluptuosa ídem de placer—. Maestra —respondo, sorprendido.

«¿Por qué envía Gineen Wammaker un modelo perla de calidad superior para acompañarnos? Una simple gris sería suficiente para escuchar mi informe. ¿O por qué enviar a una rox? Toda información útil se puede enviar a través de la Red».

Mis grises tienen un buen conjunto de reacciones masculinas normales. Así que su arte me afecta: me atrae y me repele a la vez, pues llega a algunos de los rincones más enfermizos y hostiles de la sexualidad. Su famosa y perversa especialidad seductora.

Como cualquier adulto decente, puedo reprimir esas reacciones (sobre todo pensando en la honrada y autorrespetuosa Clara). Sin dudala Wammaker lo sabe, así que su pretensión no puede ser influirme.

«Entonces, ¿qué hace aquí? Sobre todo como perla, una criatura de enorme sensualidad... A menos que esta misión represente otra oportunidad para disfrutar de algún placer depravado».

Mis preocupaciones, ya al borde de la paranoia, florecen de nuevo.

—Vamos —le dice ella a la conductora. Está claro que a Gineen no le importa que la mire. Tal vez incluso sabe qué pienso.

Estoy deseando tener una clientela mejor.

Bajo falsos colores
... o de cómo realAlbert se engaña otra vez...

—¿Qué estás diciendo? —le pregunté al azabache—. ¿Que mis avistamientos en la red pueden no haber sido de Maharal?

Con gestos de los dedos y señales parpadeadas, mi duplicado ébano capturaba datos y ponía imágenes en movimiento en la pantalla. Vi un colage de grabaciones hechas semanas atrás mientras YosilMaharal deambulaba por una avenida llena de peatones y girociclistas. Uno de esos centros de moda donde puedes probar montones de productos, seleccionar lo que te gusta y hacer que te envíen los artículos por correo-id antes de llegar a casa.

De lejos, Maharal parecía disfrutar de los escaparates, pasando de una tienda a otra. Un distrito como éste tiene más cámaras que una calle típica, lo que permitía que el avatar de software de Nell tejiera un mosaico retrospectivo casi libre de huecos mientras nuestro objetivo se movía de una lente a otra, con los indicativos de tiempo brillando en una esquina inferior.

—¿Has visto lo que acaba de pasar? —preguntó el ébano.

—¿Qué hay que notar? —repliqué, sintiéndome torpe bajo aquella mirada fija, sabiendo el desdén que suelo sentir hacia mi yo real cada vez que soy negro.

Él chasqueó la lengua. La imagen en pantalla se detuvo y volvió atrás. Las cuadrículas ampliadas se dirigieron hacia el momento en que Maharal se unía a una pequeña multitud para ver a un artista callejero hacer esculturas con humogel. Los frágiles artefactos crecían y florecían como delicadas apariciones, alzadas y formadas por las bocanadas de aire que el virtuoso exhalaba. Cuando un niño dio una palmada, las reverberaciones hicieron que la creación se estremeciera y se inclinara hacia él, antes de alzarse de nuevo cuando el artista sopló nuevas capas.

Trabajando con habilidad similar, mi golem especializado produjo rápidamente una imagen compuesta a partir de tres cámaras repartidas por la plaza. La imagen de Maharal se hizo más granulosa mientras nos centrábamos en su cara.

El científico de HU sonreía. Todo parecía normal, hasta que tuve una terrible sospecha.

—Acércate más —dije, con recelo—. La textura de la piel... ¡por Dios, no es real!

—Ahora lo veo —comentó Nell—. Mira la frente del sujeto. El bultito de la placa está cubierto con maquillaje.

Me desplomé. Estábamos contemplando un ídem.

Mm —expresó el ébano—. Parece que nuestro buen doctor cometió una infracción punto-mueve. Esos tonos de piel son marrónhumano. Sombra noventa y

cuatro X, para ser exactos. Es decididamente ilegal que los duplicados lo lleven en público.

Aquello no tenía nada que ver con el engaño de Kaolin cuando me telefoneó. Su disfraz de arquetipo era propio de un aficionado y casi legal, ya que estaba en casa en ese momento. Pero Maharal, con su paranoia incipiente, debía de haber considerado que merecía la pena arriesgarse a una dura penalización para poder salir de la ciudad-aldea sin dejar rastro.

Miré la franja horaria. Doce minutos desde la última vez que Maharal pasó cerca de una publicara de alta resolución que permitía una buena comprobación de la realidad. Debía de haber hecho el cambio durante ese intervalo. Pero, exactamente, ¿cuándo? El margen era tremendamente estrecho.

—Por favor, vuelve atrás, Nell. Muestra la mayor falta de cobertura desde las catorce treinta y seis.

Desde la plaza, la imagen del fantasma de Maharal empezó a escurrirse en sentido inverso hasta que desapareció en una tienda de abrigo para hombre. Mi avatar llevó a cabo una rápida negociación con el sistema de seguridad interna del establecimiento... que se negó a compartir imágenes debido a una rara política de intimidad. Nada pudo convencer al testarudo programa, ni siquiera el certificado de defunción de Maharal ni el permiso de Ritu. Tal vez tuviera que ir a hablar con el encargado en persona.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí? —pregunté.

—Poco más de dos minutos.

Tiempo más que suficiente para que Maharal cambiara de lugar con un ídem que le estuviera esperando. Pero era un movimiento arriesgado. A pesar de los escáneres detectores de lentes que venden hoy en día, nunca puedes garantizar absolutamente que no te estén observando. Ni siquiera dentro de un barril de petróleo enterrado (lo sé por propia experiencia). Con todo, Maharal debía de sentirse muy seguro.

Ahora debo asignar un nuevo avatar de software para que haga un escaneo inverso con cuidado y descubra cuándo entró el ídem en la tienda. Debe de haberlo hecho disfrazado, y luego haberse pasado horas allí, agazapado tras las perchas o algo. Después del cambio, realMaharal habría esperado un rato para ponerse otro disfraz antes de salir de nuevo, seguro de que su señuelo había engañado a todas las rutinas normales de búsqueda.

Yo mismo he usado el mismo truco, algunas veces.

—Puede que contara con la complicidad del dueño de la tienda —señaló mi especialista ébano—. El ídem podría haber llegado en una caja de embalaje y realMaharal haberse marchado de la misma forma.

Suspiré. Menudo trabajo que nos esperaba, inspeccionando y analizando incontables imágenes.

—No te preocupes. Yo me encargaré desde mi cubículo —me aseguró el especialista—. Ya tengo nuestros otros casos bajo control. Además, creo que querrás

ver qué han descubierto tus otras investigaciones en el lugar del accidente.

Se levantó y se dirigió hacia el pequeño hueco donde recuerdo haber pasado muchas horas felices, un estrecho cubículo que me parece acogedor cada vez que soy ébano, concentrado solamente en la pura alegría de la habilidad profesional. Al ver marchar mi copia, me sentí un poco envidioso... y agradecido a Maharal y Kaolin por haber inventado la tecnoid.

Es un avance magnífico, si tienes una habilidad comercial.

El ébano tenía razón. La investigación del lugar del accidente había llegado a un nuevo punto.

En pantalla, la imagen mostraba una enorme extensión de desierto al sureste de la ciudad... un extraño reino donde las imágenes en tiempo real dignas de confianza eran tan escasas como el agua potable y donde hacía falta mucha sofisticación para seguir la pista de un coche en marcha. Obedeciendo mis instrucciones, Nell había seguido una mancha espectral de ciclones giratorios durante toda la noche, moviéndose antes y después del lugar donde Maharal se había encontrado con la muerte. La superposición mostraba una línea de puntos que se dirigía hacia una cordillera de montañas bajas cerca de la frontera mexicana, no lejos del Campo Internacional de Combate. Una vez dentro de estas colinas, yo sabía que la pista de minitornados se desvanecería entre un remolino de turbulencias en los desfiladeros.

Pero había visto lo suficiente para sentir un extraño escalofrío. Conocía este territorio.

—Meseta Urraca —susurré.

—¿Cómo dices? —preguntó Nell.

Yo sacudí la cabeza.

—Llama a Ritu Mallará —ordené—. Tenemos que hablar.

Copiones

... donde un monstruo de Frankenstein descubre
por qué no debería existir...

Por fortuna, el permiso de gastos de mi verde estaba aún activo (Albert no me había desposeído todavía), así que pude contratar un microtaxi en la plaza Odeón que me llevó por toda Ciudadreal en una única girorrueda con dos asientos ajados. Puede que fuera rápido, pero el viaje fue también agotador porque el conductor no paraba de hablar y hablar sobre la guerra.

Al parecer, la batalla en el desierto había empezado mal para nuestro bando.

El taxista echaba la culpa al mando, ilustrando su argumento recuperando los momentos álgidos de acciones recientes en una burbovisión que me envolvió, atrapado en el asiento trasero, entre escenas de violenta carnicería de bombas y metralla, rayos cortadores y desmembramiento cuerpo a cuerpo, todo amorosamente comentado por aquel ávido aficionado.

Albert había aprendido mucho gracias a Clara a lo largo de los años, lo suficiente para saber que no merecía la pena llevar la contraria a las opiniones de salón. El tipo tenía una franquicia de taxis con once duplicados amarillos y a cuadros negros conduciendo, presumiblemente dándole todos la tabarra a los acorralados clientes. ¿Cómo conservaba un índice de satisfacción lo suficientemente alto para merecer tantos taxis?

La respuesta era la velocidad. Tenía que reconocerle eso. La llegada me ofreció la mayor oleada de placer del día. Le pagué al taxista y escapé al laberinto de cemento del parque Fairfax.

Al gran Al no le gusta el sitio. No hay hierbajos. Demasiado espacio con rampas de hormigón, espirales y placas, de la época en que los niños reales podían pasarse cada momento libre de su vida haciendo cabriolas en bicis, monopatines y motos ruidosas, arriesgándose a romperse el cuello por pura diversión. Es decir, hasta que los nuevos pasatiempos los barrieron dejando tras de sí un laberinto de paredes de metal reforzado y torres como murallas olvidadas, algunas de tres pisos de altura, demasiado costosas de demoler.

A Pallie le encanta el lugar. Todo ese retar enterrado actúa como tina Jaula de Faraday parcial, bloqueando transmisiones de radio, y frustrando mosquitos espía y escuchadores, mientras que la caliente superficie de hormigón ciega los sensores visuales y de IR. Tampoco está por encima de arrebatos de nostalgia, y surca las viejas pendientes con su última silla de ruedas, saltando por bordes y pendientes, aullando y sacudiéndose mientras los catéteres y las intravenosas se agitan a su

alrededor como estandartes de guerra. Algunas diversiones hay que experimentarlas en carne, supongo. Incluso carne tan maltrecha como la suya.

Albert más o menos se lleva bien con Pal... en parte debido a la culpa. Piensa que tendría que haber intentado disuadir con más fuerza a este tipo para que no saliera aquella noche en que lo asaltaron, le quemaron medio cuerpo y dejaron el resto por muerto. Pero, sinceramente, ¿cómo «disuades» aun mercenario adicto a la acción que se mete de cabeza en una trampa, pidiendo que le arranquen las pelotas? Demonios, yo soy más cauteloso en barro que Pal en persona.

Lo encontré esperando a la sombra del Terror de Mami, la mayor rampa de patines, con una pendiente tan vertical que te mareas sólo con mirarla. Tenía compañía. Dos hombres. Hombres reales, que se miraban el uno al otro con cautela, separados por la silla de ruedas biotrófica de Pal.

Me sentí incómodo siendo el único ídem, y la sensación empeoró cuando uno de ellos (un rubio fornido) se volvió y miró a través de mí como si yo no estuviera presente. El otro sonrió, amistoso. Alto y un poco delgado, me pareció familiar.

—Hola, verde, ¿dónde está tu alma? —bromeó Pal, alzando un puño cerrado.

Le di un toque.

—En el mismo sitio que tus pies. Pero los dos vamos tirando. —Vamos tirando. ¿Qué te pareció ese mensaje avispa que te he enviado? Chuli, ¿eh?

—Un poco ciberretro, ¿no te parece? Un montón de trabajo para una simple llamada. Dolió un montón cuando me taladró el ojo. —Tonterías— dijo él, pidiendo disculpas con un gesto de la mano—. ¡Bueno, me he enterado de que te has soltado!

—Bah. ¿De qué le sirve a Albert un Albert que no es Al? —Cierto. No me imaginaba que Sobrio Morris pudiera crear un frankie. De todas formas, algunos de mis mejores amigos son mutantes, reales y de los otros.

—Típico de un verdadero pervertido. ¿Sabes si Al está planeando desposeerme?

—No. Demasiado blando. Pero puso un límite de crédito. Puedes cargar doscientos, nada más.

—¿Tanto? No limpié ni un solo cuarto de baño. ¿Está cabreado?

—No lo sé. Me cortó. Tiene otros problemas. Parece que ha perdido los dos grises de esta mañana.

—¡Uf! Me enteré de lo del primero, pero... maldición. El número dos se llevó la Turkomen. Era una buena moto. —Reflexioné un segundo. No era extraño que mi deserción levantara tan poco polvo—. Dos grises perdidos. Huir. ¿Coincidencia? ¿Casualidad?

Pallie se rascó una cicatriz que corría desde su pelo negro hasta la barbilla sin afeitarse.

—Creo que no. Por eso te envié la avispa.

El rubio grandote gruñó.

—¿Queréis dejar la cháchara inútil? Sólo preguntale a la cosa repugnante si nos

recuerda.

¿Cosa repugnante? Traté de mirar al tipo a los ojos. Evité el contacto visual.

Pal se echó a reír.

—Éste es el señor James Gadarene. Cree que podrías reconocerlo.

¿Cierto?

Miré al tipo de arriba abajo.

—No lo recuerdo... señor —añadir alguna formalidad podía ser una buena idea. Ambos desconocidos gruñeron, como si medio esperaran esto. Me apresuré—. Naturalmente, eso no es ninguna garantía. El propio Albert se olvida de las caras. Incluso de las de algunos tipos que conoció en la facultad. Depende de cuánto tiempo haga que nos conocimos. Y además, soy un frank...

—Ese recuerdo debería tener menos de veinticuatro horas —me interrumpió Gadarene sin mirarme—. Anoche a última hora, uno de sus grises llamó a mi puerta, me mostró unas credenciales de detective privado y exigió una reunión urgente. El alboroto incluso despertó a algunos de mis colegas de la puerta de al lado. Accedí, reacio, a ver al gris, a solas. Pero en privado la maldita cosa se limitó a caminar de un lado para otro, diciendo tonterías incomprensibles de cabo a rabo. Finalmente, mi ayudante llegó de la habitación de al lado con noticias. El gris llevaba un generador estático. ¡Estaba torpedeando deliberadamente mi grabador de entrevistas!

—¿Entonces no tiene ninguna crónica del encuentro?

—Nada útil. Entonces fue cuando me harté y expulsé a la maldita cosa.

—Yo... no recuerdo nada ni remotamente parecido. Lo que significa que el Albert Morris real tampoco. O no lo recordaba a las diez de esta mañana. Antes de eso, todos nuestros ídems estaban contados, por lo menos hasta hace un mes. Todos trajeron a casa una carga completa... aunque algunos estaban bastante maltrechos. —Di un respingo al recordar el horrible viaje nocturno por el fondo del río—. Demonios, ni siquiera sé de qué «oficina» está usted hablando.

—El señor Gadarene dirige una organización llamada Defensores de la Vida —explicó Pallie.

De inmediato comprendí la hostilidad del tipo. Su grupo se opone ferozmente a la tecnoid por cuestiones puramente morales, una postura que requiere gran tenacidad hoy en día, cuando la genterreal vive rodeada y superada en número por incontables criaturas de barro servil. Si una de las copias de Albert se hubiera comportado de la manera que decía, sería un acto de grandísima rudeza y una provocación deliberada.

Por la amarga expresión de Gadarene, adiviné que sentía una ira especial contra mí. Como frankie yo había declarado mi independencia, profesando ser una forma de vida libre y automotivada... aunque era un pseudoser con pocos derechos y menos expectativas aún. Al menos otros ídems podían ser considerados como extensiones o apéndices de alguna persona real. Pero yo constituía el peor insulto a la autoridad celestial. Un producto sin altea que se atreve a decir «yo soy».

En el mejor de los casos, seguro que su gente nunca hacía donativos al templo de

los Efímeros.

—Lo mismo nos sucedió, esta mañana temprano —dijo el otro tipo, el hombre alto que inc resultaba vagamente familiar.

—Creo que le reconozco —murmuré—. Sí... el verde con el queme encontré, manifestándose en la playa Moonlight. Su cara era una copia de la suya.

Por su sonrisa triste, me di cuenta de que el hombre ya conocía mi encuentro con su idmanifestante barato. El verde tal vez había cargado ya. O tal vez telefoneó a casa para informar sobre mi parecido con su visitante madrugador.

—El señor Farshid Lum —dijo Pal, terminando las presentaciones.

—¿Amigos de lo Irreal? —aventuré. La mayor organización de manis de la que había oído hablar.

—Tolerancia Ilimitada —corrigió él con el ceño fruncido—. El manifiesto de los ADLI no llega a exigir la emancipación de los seres sintéticos. Nosotros pensamos que las personas de vida corta son tan reales como cualquier otra que piense y sienta.

Eso provocó un bufido del rubio. Y sin embargo, a pesar del abismo filosófico que existía entre ellos, advertí un objetivo común. Por ahora.

—Dice usted que una copia de Morris también lo visitó...

—Dio la lata un rato y luego se marchó, sí —intervino Pallie—. Sólo que esta vez conseguimos algunas imágenes claras a través de la estática. Era uno de tus idhermanos o, desde luego, lo parecía.

Me tendió una pic plana. Aunque borrosa, se parecía a Albert, tanto como cualquier gris se parece a su rig.

—Las apariencias se pueden falsear. Igual que las credenciales. La estática indica que alguien no quería una inspección demasiado meticulosa...

Estoy de acuerdo —interrumpió Gadarene—. Es más, cuando telefoneamos al señor Morris esta mañana para pedir una explicación, su ordenador doméstico...

—Nell...

Descartó todo el asunto considerándolo imposible, ya que no tenían ningún duplicado en activo en el momento en que fuimos molestados. La casa se negó incluso a despertar a Albert Morris para comentárselo.

—Curioso —comenté yo.

De hecho, su rig tiene a nuestros dos grupos catalogados como organizaciones de chalados —dijo Lum, con expresión ufana, como si llevara la pulla con orgullo—. Como la casa filtró y rechazó mis peticiones, fui al perfil público de Albert Morris en la Red, buscando a uno de sus amigos. Alguien que hablara con nosotros.

—Yo —dijo Pal—. No me molestan los chalados. ¡Me gustan! —Los iguales se atraen— murmuré, ganándome un breve pero airado contacto ocular por parte de Gadarene.

—Sí, bueno, mi vaso rebosó cuando me encontré con dos solicitudes, de grupos que normalmente se desprecian entre sí. Oliendo a chamusquina, traté de llamar a Al, pero me dio largas. Demasiado ocupado para el viejo Pal, hoy. Así que me puse a

buscar a alguien que pudiera arrojar luz sobre la cuestión... y te encontré a ti.

—¿A mí? Ya he dicho que estas historias no encajan con nada que yo recuerde.

—Y te creo. ¿Pero tienes alguna idea? ¿Qué se te ocurre?

—¿Por qué me lo preguntas? No soy más que un verde, no equipado exactamente para pensamiento analítico.

—¡Oh, pero no dejes que eso te detenga! —rió Pallie.

Le miré con el ceño fruncido, sabiendo que tenía razón. No podía negarme a hurgar en aquello, aunque estuviera hecho de material barato.

Me volví hacia Gadarene y Lum.

—Mirándolo desde su punto de vista, se me ocurren varias posibilidades. —Alcé un dedo—. Primero, puede que yo esté mintiendo. Al puede haber tenido algún motivo válido para querer investigar a dos airados grupos públicos, sacudirlos un poco, y luego decir que no fue él quien lo hizo.

—Por favor. —Pallie negó con la cabeza—. Es el tipo de cosa que yo podría intentar. Pero Albert es tan divertido como un juez.

Por algún motivo, el insulto me hizo sonreír. Sí, el pobre Albert el Sobrio.

—Bueno, entonces alguien está intentando jugársela.

Antiguamente, el crimen y su persecución giraban en torno a establecer y desmontar coartadas. Si podías demostrar que estabas en otra parte en el momento de un crimen, eso significaba que no lo habías cometido. Así de sencillo.

La excusa de las coartadas empezó a desvanecerse en la era ciber, una época en que incontables golpes grandes y pequeños empezaron a redistribuir dinero por miles de millones mientras sus perpetradores estaban sentados ante sus ordenadores bebiendo cafeína y enviando a sicarios electrónicos a robar en supuesto anonimato. Durante algún tiempo, pareció que la sociedad se desangraría hasta morir por un montón de cortes... hasta que la posibilidad de localizarte se restauró y la mayoría de los ciberpedos supervivientes fueron a la cárcel o crecieron.

Hoy, el paradero de tu yo protoplásmico apenas importa. La culpabilidad es cuestión de oportunidad y voluntad. Es difícil encontrar coartadas efectivas.

—Qué interesante que señales esa idea —comentó Pallie—. Lo mismo se me ocurrió mientras veía la redada de esta mañana contra el escondite de Beta... Fue un buen trabajo, por cierto. Vi a Albert reunirse con Ritu Maharal... y más tarde me enteré de la muerte de su padre. Pero lo que realmente me llamó la atención fue la maestra.

—¿Gineen Wammaker? ¿Qué pasa con ella?

—Bueno, para empezar, sé que el segundo gris de Al se quitó de en medio para hacerle un trabajo cerrado-cógnito.

Vacilé. No me resultaría difícil confirmar que existía ese contrato. Le debía a Albert cierta lealtad, ya que no me había declarado proscrito. El capullo.

—Muy bien, ambas mujeres le pidieron a Al que enviara un gris. Y ambos grises desaparecieron. ¿Y qué? Probablemente es una coincidencia. De todas formas, esos

grises fueron cocidos e imprimados horas después de que los ídems misteriosos fueran a molestar a estos dos caballeros. ¿Cuál es la conexión?

—Eso me llamó también la atención. Así que llamé a Wammaker.

—¡Cómo te envidio! ¿Y qué dijo la Princesa de Hielo?

—¡Que nunca había pedido un idMorris! Al menos, no desde que terminó el asunto Beta. De hecho, me dijo que el detective Morris es demasiado rudo para ser un consultor digno de confianza en el futuro, y aún más, que...

—¿Podemos seguir con esto?

A James Gadarene, evidentemente, no le gustaba hablar de la maestra del Estudio Neo, cuyas perversas especialidades llegaban a hacer papilla la moralidad de los viejos tiempos. El rubio se agitó incómodo, y un poco ominosamente. Me pareció de esos que a veces desmiembran ídems (y pagan luego las multas) por el puro placer de castigar el mal con sus manos desnudas.

—Muy bien —continuó Pal alegremente—. Así que me dije que averiguaría lo que pudiera sobre tu segundo gris. Para ver si Wammaker estaba mintiendo. Eso implicó acceder a la red de cámaras y seguir algunas rutas.

—¿Tú? —Me reí al imaginar a Pallie asignando cuidadosamente avatares de búsqueda y rebuscando entre un billón de imágenes entremezcladas—. Nunca has tenido paciencia.

Él negó tristemente con la cabeza.

—No, sólo soy un anticuado tipo de acción. Sin embargo, conozco a unos cuantos grises digitales que me deben favores. Lo único que tuvieron que hacer fue localizar una serie de infracciones de tráfico sub-myob cuando el gris salió de tu casa para ir al centro comercial. Una vez dentro, el ídem estuvo a la vista de las publicams gran parte del tiempo. Aparcó la moto y tomó las escaleras mecánicas... pero no llegó a la oficina de Wammaker.

—¿No?

—Fue desviado por la ayudante de la maestra... al menos eso es lo que parecía, apenas visible bajo una capucha. Juntos bajaron dos plantas hasta una tienda alquilada... y desaparecieron.

—¿Y? Tal vez Gineen quería mantener a cierta distancia a sus clientes habituales. Sobre todo si el asunto es delicado.

—Podría ser. O... ¿Y si alguien más quiere usar al gris de Albert, mientras todo el mundo piensa que lo contrató Gineen?

Traté de captar esa idea.

—Te refieres a que alguien falsificó la llamada inicial de Gineen a Albert esta mañana, y luego lo preparó todo para que montones de cámaras vieran al gris acercarse a la oficina de Wammaker... Pero entonces... —Sacudí la cabeza—, haría falta muchísima habilidad. Una falsa Gineen para hacer la llamada. Y luego una ayudante falsa.

—Y falsos Albeas, enviados antes para molestar a estos buenos ciudadanos. —

Pallie indicó con la cabeza a Gadarene y Lum. El grandote gruñó.

—Nada de esto tenía ningún sentido cuando me lo explicó usted hace una hora, y desde luego no ha mejorado. Algunos de nosotros sólo tenemos una vida, ¿sabe? Será mejor que resuelvan esto pronto.

—Lo he estado intentando —respondió Pal, un poco molesto—. La verdad es que este tipo de trabajo deductivo es más bien cosa de Albert. ¿Qué piensas, Verdecito?

Me rasqué la cabeza. Puramente por costumbre, ya que no hay folículos ni parásitos en mi coronilla de porcelana.

—Muy bien. Digamos que todas esas charadas tenían por destino públicos distintos. Veamos esos ídems que invadieron sus casas anoche... ¿dicen que no dijeron nada significativo?

—Sólo cháchara, que yo sepa.

—Pero se tomaron la molestia de impedir ser grabados. Así que no puede usted demostrar que eran tonterías, ¿no?

—¿A qué se refiere? ¿Qué otra cosa podría haber sido? —Podría parecer que estaban ustedes conspirando juntos.

—¿Con... conspirando?

—Mírelo desde el punto de vista de alguien de fuera, señor Gadarene. Ven a un gris entrar en su establecimiento, y luego marcharse, rápida y furtivamente, una lloira más tarde. Podría llegarse a la conclusión de que discutieron asuntos sustanciosos. Todo esto podría haber sido preparado para establecer una relación plausible entre su grupo y Albert Monis.

—Entonces sucede lo mismo en mi caso —dijo Lum.

—Y en el del Estudio Neo. Sólo que esta vez el gris es real pero la visita es falsificada—intervino Pal—. ¿También fue preparado para consumo público?

—En parte —asen—. Pero apuesto que el público principal para ese teatro fue el propio gris. Recuerda que adoptó modo despegado después de la reunión, ¿no? Debe de estar convencido, incluso ahora, de que está trabajando para la maestra real. No es la persona más agradable... —Gadarene bufó con fuerza—. Pero es una mujer de negocios de peso, con gran credibilidad en lo referente a cumplir contratos y acatar la ley a rajatabla. El gris podría despreciarla y desconfiar de ella. Pero aceptaría un caso interesante por una buena tarifa.

—Déjeme ver si entiendo bien —dijo Farshid Lum—. Cree usted que alguien fingió ser Wammalcer para contratar a su gris para una tarea...

—Una tarea que puede ser una tapadera de algo a lo que Al no accedería nunca —sugirió Pal.

—Y que un poco antes, en Tolerancia Ilimitada...

—Y en los Defensores —cortó Gadarene—, se intentó que pareciera que nosotros estamos implicados en algún asunto diabólico... —Gruñó—. Sigo confundido. ¡No estamos llegando a ninguna parte!

Oh, sí que llegamos. —Pal me miró—. Tienes una idea, ¿verdad, mi verde

amigo?

Desgraciadamente, la tenía.

—Mira, no estoy diseñado para esto. No soy un ébano cerebral ni un gris de clase alta. Todo lo que puedo ofrecer son conjeturas. Lum descartó mis resquemores.

—He comprobado su perfil, señor Morris. Su reputación a la hora de crear magníficos yoes analíticos no tiene rival. Por favor, continúe.

Podría haberme quejado en ese momento de que no soy uno de los «yoes» de Albert. Pero no habría servido de nada.

—Mire, todavía no tenemos muchos datos —empecé por decir—. Pero si esta cadena de descabelladas deducciones se tiene en pie, aventuraré unas cuantas cosas.

»Una: la persona o grupo que está detrás de esto tiene una sofisticada habilidad para crear ídems, sobre todo para el arte de dar aun golem una cara que supuestamente no puede tener. Como eso es ilegal, ya estamos en territorio peligroso.

»Dos: al parecer hace falta conseguir la participación voluntaria de uno de los grises de Albea, que aparente hacerlo no sirve. El gris debe estar de verdad convencido de prestar su apoyo, para actuar con la habilidad que ha dado a Al su reputación. La misión tiene que parecer legal... o al menos merecer la pena y no ser demasiado horrible... para que el gris colabore.

—Sí, continúame instó Pal.

—Tres: hay un esfuerzo múltiple para repartir la culpa por lo que va a suceder. Culpabilidad por asociación. Llamadas falsas de la maestra. Una aparente reunión en el Estudio Neo...

—Y nosotros —comentó Lum, súbitamente serio—. La charada de despertarme de madrugada tenía como objetivo simular una reunión a escondidas de conspiradores. Pero ¿por qué yo? ¿Y por qué usar el mismo truco con el grupo de espíritus confundidos del señor Gadarene?

Pal se rió tan fuerte que el rubio le dirigió un gruñido.

¡Eso es lo mejor de todo! En apariencia, sus dos grupos nunca se unirían. Parecen estar en polos opuestos. Paradójicamente, eso hace plausible una conspiración.

Cuando se lo quedaron mirando, Pal extendió las manos, haciendo girar la silla de ruedas.

—¡Piensen! ¿Hay alguien a quien ustedes dos odien? ¿Alguna persona, grupo u organización que ambos grupos desprecien tan profundamente, que podrían sumar fuerzas en su contra?

Vi a los dos hombres calibrar la idea. Acostumbrados a demonizarse mutuamente, les resultaba difícil concebir que compartieran ningún interés común.

Yo sabía ya la respuesta, y me sentía helado hasta mi substrato de barro. Pero no les di ninguna pista.

Se darían cuenta de un momento a otro.

Que entren los clones
... cómo el gris número dos del martes emplea su arte...

Continúa el recitado en tiempo real. Hora de entrar en el Embudo. Es una de mis partes favoritas de este trabajo. Tener una oportunidad de demostrar que puedo engañar a un mundo que está lleno de ojos.

—Trajimos los artículos que solicitó.

La Irene-golem de color rojo me tiende una sencilla mochila. Inspecciono el contenido. Está todo.

—¿Enviaron una lente olfateadora a la ruta que indiqué?

—Lo hicimos, siguiendo sus instrucciones. La olfateadora verificó los huecos de vigilancia en los lugares que usted predijo. Están anotados los detalles corrientes — me tiende una placa de datos.

—¿Corrientes? ¿De cuándo?

—De hace aproximadamente una hora, mientras lo estaban reparando a usted.

—Mm.

Una hora puede ser una eternidad. Pero soy optimista mientras escruto el mapa con sus brillantes iconos y sus conos de visión superpuestos. Sí, la ciudad rebosa de ojos, igual que una jungla repleta de insectos.

Los huecos de cobertura son preciosos en mi línea de trabajo. Lo más difícil de hoy será cubrir mis huellas antes de llegar a Hornos Universales. Necesitaré varios cambios por el camino, huecos lo bastante grandes para permitir un rápido cambio de aspecto sin ser advertido, preferiblemente cerca de locales con montones de ídems entrando y saliendo.

Lene puede tener fe en sus olfateadores (programados para detectar el reflejo delator de la lente de una cámara de cristal), pero ni siquiera los escáneres militares detectan todos los spex de cabeza de alfiler que pueden acechar en cualquier grieta o en cualquier tronco de árbol. Desde la última vez que utilicé esta ruta Embudo pueden haber instalado un número indeterminado de espías-aguja. Por fortuna, la mayoría son de baja resolución. No captarán una transformación verdaderamente artística.

Tengo sentimientos encontrados respecto a revelarles este camino (uno de los últimos favoritos de Albert) a Gineen y sus compañeros. Ciertamente, casi todos los Embudos tienen un período útil limitado, ya que incontables aficionados dan con ellos continuamente y los inutilizan. Y mi paga por este trabajo hace que el sacrificio merezca la pena. A pesar de todo, sería más feliz si tuviera días para prepararme, con múltiples ídems trabajando en tándem. Todo sería más seguro.

«No te amargues. No he ofrecido ninguna garantía por un trabajo tan apresurado, y Albert se llevará el cincuenta por ciento sólo por intentarlo. En el peor de los casos, son ellos quienes se arriesgan a ser descubiertos».

Y sin embargo, mi mente da vueltas a potenciales modos de fracaso. Uno se acerca.

Pasamos despacio bajo un puente de la autopista y nos detenemos tras una furgoneta idéntica que acelera rápidamente, toma nuestro antiguo rumbo y a la misma velocidad y nos deja aparcar en su sitio. La conductora, que atisbo fugazmente, es otra Irene-golem inherentemente leal.

Es el viejo cambio de coches, usado por primera vez hace más de cien años, pero modificado últimamente con chasis reconfigurables y estirapiel camaleónica para que esta furgoneta parezca distinta cuando Gineen y su grupo se marchen de nuevo.

Observando las paredes de hormigón que sostienen el túnel, diviso una traficara, su lente recién cubierta de cagadas de pájaro. De verdad, por si hay análisis posteriores.

Hasta ahora, bien. A pesar de todo me siento triste, porque me parece burdo y poco profesional. Estas medidas pueden engañar alas espicámaras y a los mirones, posiblemente incluso a los fisgones privados contratados por Hornos Universales. Pero hace falta algo más que unos cuantos trucos para engañar a los polis de verdad. Esto sólo funcionará si nuestra pequeña aventura no se vuelve ilegal.

—Salga, espere exactamente ocho minutos y luego continúe hacia ese bosquecillo —explica Vic Collins, señalando con uno de sus dedos teñidos a cuadros hacia un grupo de árboles geniformados—. Controlamos, o hemos desconectado, todas las cámaras, desde aquí hasta allí.

—¿Está seguro de eso? —La falta de tiempo de preparación requiere una política de fuerza bruta que preferiría haber supervisado yo mismo.

Él asiente.

A menos que se reestructure algún ojo-en-el-cielo en los próximos minutos. En el bosquecillo haga usted su primer cambio, deje la bolsa con la ropa que lleva y salga como un idnaranja utilitario. Enviaremos un perro más tarde, para recogerla bolsa.

Asegúrese de hacerlo. Si me siguen hasta el bosquecillo, un examinador experto deducirá el truquito del cambio de coches.

—Entonces no debe dejar que nadie lo siga hasta el bosquecillo —concluye Vic Collins—. Contamos con su habilidad.

Oh, hermano.

—La estación de autobuses es clave. Me escabulliré allí, entre la multitud de ídems. ¿Hay más suministros esperando en la taquilla que especifiqué?

—Encontrará usted otra bolsa con una muda de ropa y tinte para la piel. —Collins alza una mano, adivinando mi siguiente pregunta—. Y sí, el tinte es una variante de gris: perfectamente legal. Podremos decirle a la poli que es su prerrogativa.

—Prerrogativas antes que rogativas —contesto—. Si sospecho siquiera que estoy

implicado en algo más que una infracción de Clase Seis, lo dejo. No importa lo elevada que sea la suma de responsabilidad que hayan fijado.

—Tranquilo, idMorris —me calma frene—. No tememos a la ley. Nuestro único objetivo con este subterfugio es impedir que HU nos relacione...

—O sospeche del pequeño reconocimiento de hoy, sí. Podrían hacer que las cosas fueran desagradables, aunque nos ciñamos a lo legal.

—Estas precauciones son para la protección de su rig tanto como para la nuestra, idMorris. Con lo que usted descubra hoy, podremos estrechar nuestro cerco y luego cursar denuncias concretas contra Hornos Universales, basándonos en las leyes de las revelaciones técnicas. Lo bonito de todo esto es que nunca tendrán un motivo para relacionarle a usted con nuestro pleito.

Tiene sentido. Es decir, ¡suponiendo que yo no decida contárselo todo a Eneas Kaolin en cuanto entre en Hornos Universales!

Cierto, rompería mi vínculo y perdería buena parte de la credibilidad tan duramente ganada por Albert, pero habría compensaciones. Tal vez Kaolin me convierta en sujeto de sus experimentos de extensión de vida de ídems. ¡Podría tener más de otras doce horas, tal vez muchísimas más!

Ja. ¿De dónde he sacado esa idea? Era casi... bueno, frankie... confundiendo el «Yo» más importante con el yo trivial que tiene estos pensamientos.

¡Qué extraño!

De todas maneras, para qué soñar con cosas que nunca haré. O con un futuro de pega que nunca conseguiré.

—¿Y después de la estación de autobuses? —me pregunta Vic Collins.

—Tomaré el dino 330 hasta la calle Riverside y la sede de HU. Me encaminaré directamente a la entrada de empleados, mostraré mi identificación, y tengo la esperanza de que su IA de seguridad sea tan laxa como ustedes esperan. Una vez más, sise equivocan en eso, si hacen alguna pregunta inconveniente, me daré la vuelta y me marcharé.

—Comprendemos —dijo la ídem roja, asintiendo—. Pero confiamos en que le dejen pasar.

Irene y compañía, de algún modo, saben que Ritu Maharal contrató a uno de los grises de Albert Uno que desapareció hace unas cuantas horas. Con todo, los guardias de HU puede que me dejen pasar, al suponer que estoy trabajando para una accionista importante. El truco puede funcionar en la puerta de entrada, donde cientos de personas reales e ídems pasan cada hora.

Demonios, hordas de turistas forman cola para obtener pases de visita y forman grupos guiados para ver la fábrica donde se crean sus cuerpos desechables.

¡Pero Wammaker y sus amigos esperan que yo pase por varios controles más, cada uno más seguro que el anterior, observando con atención a medida que avanzo, ojo avizor a los tecnoindicios sin llegar a cometer nunca fraude ni mentir descaradamente!

(¿Ha preparado Vic Collins un fallo de seguridad de antemano? ¿Algún soborno interno para facilitar las cosas? Parece de los que saben cómo hacerlo, con sus modales furtivos de superioridad. Es buena cosa tener grabadas nuestras conversaciones en la grabadora para la que estoy subvocalizando ahora mismo).

Y desde luego han pagado por adelantado. Criptopasta, codificada en una de las cuentas de Albert. Sólo tengo que intentarlo. Hacer un modesto esfuerzo. Una tarifa del setenta y cinco por ciento por entrar.

Ojalá me dejaran ir con mi moto a Universal, en vez de hacerme pasar por toda esta charada. Aficionados. El resto de mi «vida» dedicada a ellos. Haciéndolo todo lo mejor posible para que este trabajo de espías de medio pelo funcione.

Pero ¿y si sus sospechas son ciertas y contribuyo a demostrarlo?

Si Hornos Universales está frenando deliberadamente mejoras importantes en tecnología, la noticia podría ser gorda. La reputación de Albert subiría como la espuma.

Y yo le habré creado un nuevo enemigo. Una de las más grandes corporaciones de la Tierra.

Gris gracioso
 ... RealAl decide acerca de una expedición,
 una compañía y un disfraz...

Ritu Maharal parecía reacia a acompañarme en un viaje de último minuto al desierto. ¿Pero cómo iba a negarse? Casi ninguno de los motivos que podría haber alegado su madre (desde el pudor hasta el estar muy ocupada) significa nada hoy en día.

Es mucha distancia por carreteras serpenteantes —dijo, evidentemente poniendo una excusa—. Podría haber retrasos. Si estamos fuera más de un día, ¿cómo volveremos a casa?

Yo tenía preparada una respuesta.

Si parece que estamos a punto de expirar, podemos parar en un merca-id hacer que nos congelen la cabeza.

—¿Ha enviado alguna vez su cabeza desde un merca-id? —En la pantalla su rostro oval frunció el ceño—. El idcopo puede tardar días en llegar, y nunca está tan fresco como dicen los anuncios.

—No tendremos que enviar nada. Copiaré otro gris y lo llevaré en el coche, para descongelarlo si nos quedarnos cortos de tiempo. Así podré terminar mi exploración y traer las cabezas de vuelta en una nevera.

Al menos, eso es lo que le dije a Ritu. De hecho, tenía otros planes. Planes de los que ella no tenía que enterarse.

NEAS. No era asunto suyo.

—¿Está seguro de que esto es importante? —preguntó ella, agitando sus brillantes rizos negros de manera un poco petulante. Me pregunté si aquella importante accionista de HU se preocupaba por el coste de un goleen.

—Dígame usted, Ritu. Dice que quiere resolver la muerte de su padre, pero nunca se ha molestado en decirme que su familia tiene una cabaña junto a la frontera, a poca distancia del sitio del accidente.

Ella dio un respingo.

—Tendría que haberlo mencionado. Pero, sinceramente, creía que papá se había deshecho de ese lugar hace tiempo, antes de que yo cumpliera los dieciséis años. ¿Cree que podría estar relacionado con su... accidente?

—Por experiencia sé que no se puede descartar nada en las primeras etapas de una investigación. Así que por favor, recopile todos los datos que encuentre referidos a esa propiedad. Y antes de imprimir, piense un ratito en sus viajes de infancia a la cabaña, para que su gris no tenga problemas de memoria.

Suelo hacer eso: pedirle al cliente que se concentre en un tema antes de que

envíen un golem para ser interrogado. Por algún motivo, la mayoría de la gente no imprima del todo su Onda Establecida: es el efecto de la copia floja, una especie de amnesia «queso suizo»; el ídem trata de acceder a los recuerdos más antiguos. A mí nunca me pasa. Mis grises incluso recuerdan algunas cosas que yo no consigo recordar en carne y hueso. Me pregunto por qué.

Tras vacilar otro momento, Ritu finalmente accedió con un gesto entrecortado.

—Muy bien. Si piensa usted que es importante.

—Espero que ayude a resolver el caso.

Ella tamborileó con sus largos y elegantes dedos sobre la mesa que tenía delante de la pantalla.

Ahora mismo estoy en Hornos Universales. Arreglando papeleo para mantenerme ocupada... aunque Eneas me ha dado permiso indefinido.

Nada de eso era relevante para mis necesidades actuales, al menos no en el plano práctico. Sin embargo, advertí de repente lo poco sensible que había sido. Después de todo, se trataba de la muerte reciente de su padre.

Sí, bien, sé lo duro que es para usted. Dígame, ¿han llegado a encontrar...? —Hice una pausa, pero no había palabras mejores—. ¿Han llegado a encontrar al fantasma del doctor Maharal?

—No. —Ritu miró el monitor, con aspecto apenado y un poco confuso. Sus labios temblaron—. No hay ni rastro del ídem. Encas está bastante molesto. Piensa que su gris desaparecido tiene algo que ver.

«Más bien al revés», pensé, recordando las molestias que Yosil Maharal se tomó, cuando estaba vivo, para desaparecer de la vista. ¿La principal teoría en ese momento? Mi gris debió de pillar al fantasma de Maharal escabulléndose. Al perseguirlo, habré caído en una trampa.

Hago eso a veces: subestimar la presa. Nadie es perfecto... y uno puede volverse perezoso cuando esos errores no son nunca permaletales. Hace que te sorprendan aquellos detectives de los viejos tiempos, que se enfrentaban y confundían a malos implacables equipados con una sola vida. Esos tipos sí que los tenían bien puestos.

Así que el gris número uno podía ser ahora mismo un charco de materia en disolución, hundiéndose en la hierba en algún lugar de los terrenos de la mansión Kaolin. Y a estas alturas el fantasma de Maharal podía estar... ¿qué? ¿Disfrutando de su última hora en reclusión en alguna parte? Tal vez pasándola con una copia Wammaker alquilada, por lo que yo sabía.

O, más bien, ejecutando alguna tarea final para su enigmático hacedor. Algo profundo, complejo, y posiblemente nefando. No podía desprenderme de esa sensación.

—Estoy dispuesto a enviar a otro gris a la mansión, y a colaborar en la investigación —ofrecí.

—Puede que no sea una buena idea —respondió Ritu, vacilante—. Eneas quiere que su gente se encargue del asunto. Pero usted y yo podemos investigar otros. De

hecho, este viaje al desierto puede ser útil, después de todo. ¿Cuándo empezamos?

Asombrado de su cambio de tono, asentí.

—Bueno, podría hacer usted una copia allí mismo en HU... —Prefiero hacerla en casa... y empaquetar unas cuantas cosas. Además, puede que haya alguna foto de la cabaña en mis álbumes—. Eso ayudaría.

Ritu hizo una mueca.

—¿Está seguro de que esto no puede esperar hasta mañana?

De hecho, esperar habría sido aconsejable. Y sin embargo, yo sentía una acuciante sensación de urgencia. Una necesidad de continuar adelante con la parte del plan que Ritu Maharal no tenía motivos para conocer.

—Pasaré a recogerla a las seis. De esa forma, cruzaremos el desierto de noche y llegaremos al territorio de las mesetas al amanecer. Ritu se encogió de hombros, resignada.

—Muy bien. Mi dirección es...

—No —negué con la cabeza—. Nos veremos mejor en casa de su padre. Quiero echarle un vistazo. Podremos hacerlo antes de ponernos en marcha.

Tuve que hacer las maletas rápidamente. El Volvo tiene un compartimento extensible atrás, diseñado para cargar tres repuestos golem imprimados en un vac-pac, o sólo uno con un hornillo de cocción rápida. Incluso hay sitio de sobra para llevar algunos utensilios forenses. Ya había preparado un idcubo gris para el maletero. Tenía tiempo suficiente para un cambio.

Me desnudé, me metí en la ducha, y le pedí a Nell que me griseara. —Primero protégete los ojos— me recordó.

—Oh, sí. —Tomé un contenedor del estante y me puse un par de lentes de contacto oscuras, de orbe completo. Hacía tiempo que no lo hacía, así que me picó un poco.

—Listo.

Una sensación cosquilleante empezó a subir desde los dedos de mis pies hacia arriba.

—Abre las piernas y levanta los brazos —dijo Nell.

Obedecí, sintiéndome un poco extraño mientras ella pasaba un láser de resonancia por mi piel, quemando vello y células epiteliales muertas en un billón de explosiones proteínicas microscópicas, un apurado mejor de lo que nunca podría conseguir una cuchilla. Chorros de aire apartaban ceniza y suciedad, seguidos por gotas fónicas de una solución especial, para sellar y nutrir mis poros durante las horas que pasarían aislados del aire.

A continuación vino el trabajo de pintura, siguiendo mi propia fórmula secreta. En cuestión de minutos, a falta de algunos retoques, pasaría por un golem de alta calidad. Si no se me inspeccionaba de cerca. Pospuse meterme la pieza en la boca un rato todavía. Resulta un poco incómodo.

El procedimiento no es exactamente ilegal; no es lo mismo que disfrazar un

golem para que parezca real en público. Pero se desaconseja vivamente.

Alguien podría matarme de un disparo cuando estoy así, y escapar con una simple multa. No me extraña que no se haga mucho. Irónicamente, por eso un aficionado dotado como Yosil Maharal casi logró colar una versión inversa del mismo truco hace unas pocas semanas. Al estudiar aquellas imágenes grabadas mi especialista ébano había tenido la suerte de divisar algunas discrepancias delatoras en la textura de la piel. Discrepancias que yo examiné cuidadosamente en mi habitación.

Naturalmente, podría mencionar otra diferencia entre el difunto padre de Ritu y yo.

Cuando él intentó este subterfugio, pretendía ocultar algún oscuro secreto. Pero mis motivos eran más sencillos. Lo hacía por amor.

Bueno, eso parecía en ese momento. Ébano-yo se quejó de lo impulsivo de mi decisión de hacer aquel viaje en persona.

—Estás actuando emocionalmente. Clara te dejó un marfil en el frigorífico. Eso debería saciar tus impulsos animales hasta que regrese el fin de semana.

—Un marfil no es lo mismo. ¡De todas formas, la cabaña de Maharal está casualmente cerca del campo de batalla! No puedo dejar pasar esta oportunidad de pasarme por allí y sorprenderla.

—Entonces envía tu propio marfil. No hay ninguna necesidad de ir en persona.

No respondí. El ébano estaba celoso. Sabía que Clara y yo podemos tomar o dejar el idexo casual, incluso con gente de fuera de vez en cuando, porque no importa. No más que una fantasía de paso.

Porque no hay ningún sustituto real para lo que es de verdad. No para nosotros.

—Esto no es un uso productivo del tiempo —dijo mi doppelganger hiperlógico, probando una táctica diferente mientras yo metía algunas prendas en una maleta.

—Para eso te tengo a ti —repliqué—. ¡Sé productivo! ¿Debo suponer que nuestros otros casos están en marcha?

Lo están —mi versión negro brillante asintió—. ¿Pero qué pasará cuando expire, dentro de menos de dieciocho horas?

—Mete la cabeza en el congelador, por supuesto. He imprimado otro negro, junto con un gris y un verde, por si necesitas que se hagan cargo de algo.

Ébano-yo suspiró, como de costumbre, considerando que mi yo real era infantil e impulsivo.

—Ninguno de los nuevos ídems tendrá mis recuerdos recientes. La continuidad se romperá.

Entonces descongela a tu sustituto una hora antes y ponlo al día.

—¿Con palabras? Ya sabes lo ineficaz...

Nell te ayudará. De todas formas, yo debería estar de vuelta antes de que el ébano del miércoles se desvanezca. Entonces cargaré sus recuerdos, y los tuyos, del

congelador.

—Eso dices ahora. Pero te has distraído antes y has dejado cerebros estropeándose en el frigorífico. Además, ¿y si te matan con ese tonto disfraz?

Dedos largos, del color del espacio, se extendieron para pellizcar mi falsa piel gris.

—Tomaré todas las precauciones para no permitir que eso suceda —prometí, apartándome para esquivar aquellos ojos oscuros. Es duro mentirte a ti mismo, sobre todo cuando estás de pie delante de ti.

—Asegúrate de hacerlo —murmuró ébano—. Seré un fantasma malísimo.

Camino de casa de Maharal, desconecté el hipercauteloso auto-piloto del Volvo y conduje manualmente. Internarme en el tráfico me calmó los nervios... aunque algunos peatones verdes gritaron obscenidades cuando pasé zumbando. Muy bien, podía conducir mejor. Eché la culpa a mi disfraz de influirme subconscientemente. O podrían haber sido las noticias de la guerra.

Los recientes reveses en el campo de batalla y el gran número de bajas han obligado a retirarse a las fuerzas ZEP-USA a un espacio cerrado, de espaldas a las montañas Cordillera de la Muerte. Aunque la posición parece fuerte para tácticas defensivas, los corredores de apuestas ya han empezado a ofrecer compensaciones anticipándose al final, con la convicción de que la batalla está perdida.

»Si es así, y los icebergs en disputa van a parar a Indonesia, esta debacle proyectará dudas sobre el plan del presidente Bickson para permanecer apartados de la Columna Acuífera Ecotóxica del Suroeste.

»Ante un revés de los votantes relacionado con la CAECTS, los líderes del Congreso han empezado a recoger e-firmas para una petición de demarquía, exigiendo que Bickson ofrezca una negociación y corte las pérdidas de la ZEP antes de que sus Fuerzas Armadas sean aniquiladas por completo.

»Pero un portagolem de la Casa de Cristal descartó esa opción, insistiendo en que confía en la victoria en el campo de batalla. “Es todo o nada —dijo el idBickson—. Cuando se trata de combatir la CAECTS, medio iceberg es igual que ninguno”.

Maldiciendo, le dije a la radio que se callara. Luego le pedí a Nell que me hiciera un recordatorio-sumario de la biografía de Yosil Maharal.

A pesar de haber tenido doce horas enteras para investigar, Nell no había podido encontrar gran cosa sobre su infancia antes de su llegada como refugiado de una de esas desagradables guerras étnicas que solían tener lugar en el sur de Asia, a principios de siglo.

Adoptado por parientes lejanos, el tímido niño se esforzó en sus estudios, poco interesado en las relaciones sociales. Más tarde, siendo ya un prometedor científico, Yosil ignoró las modas ciber y nanotec, ya condenadas, concentrándose en cambio en el campo virgen de la nenrocerámica. Después de que Jefty Annonas resolviera la

misteriosa maravilla flotante de la Onda Establecida del Alma (más intrincada que el genoma), Maharal se unió a una nueva compañía liderada por el mayor Vic de nuestro tiempo, Eneas Kaolin.

Nunca se casó. La mezcla de genes y el acuerdo de nutrición con la madre de Ritu implicaba en un principio unos cuantos esquemas de responsabilidad; en un momento hubo incluso una pareja gay; la gestión del estado de cuentas y un primo desheredado. Pero todos aquellos senil-padres y adjuntos desaparecieron años antes de que la madre de Rita muriera en un accidente de helicóptero, cuando ésta tenía doce años.

«Ah. Y ahora el reloj de papá también se ha parado. La vida no es justa. Pobre chica».

Me sentí un poco culpable de obligarla a hacer aquel viaje. Pero tenía una corazonada respecto a la «cabaña» de su padre, y la ayuda de Ritu podía ser vital. De todas formas, si su gris encontraba traumático el viaje, realRitu podría tirar la cabeza sin cargarla. No hay memoria, no hay pecado. Nuestros antepasados, que sufrían mucho más que nosotros, nunca tuvieron esa opción.

Una limusina negra todoterreno esperaba delante de la dirección que Ritu me dio. Le envié a Nell un escaneo de la matrícula y me respondió que pertenecía a Hornos Universales.

»Vaya. El bueno de Kaolin le ha prestado una limusina —pensé. Pero claro, no pierdes todos los días un amigo íntimo y tu ayudante un padre».

Aparqué mi desvencijado coche detrás del brillante Yugo y me acerqué a la casa: una verdadera casa, más grande que la media, sin mucho patio pero cubierta por paneles solares inclinados para atrapar cada rapo de luz, placas oscuras para energía fotovoltaica y verdes para reciclar residuos domésticos. Había suficientes celdas de alcantarillado para una familia activa, pero sólo unas cuantas tenían cultivos de algas. De hecho, la mayoría parecían completamente abandonadas.

Un pisito de soltero, entonces. Y el soltero se pasaba largos períodos fuera de casa.

Subí catorce escalones, pasando entre loquots decorativos que merecían más atención. Al detenerme ante los pobrecillos, me sentí tentado de sacar mi cortador y cortar algunas ramas entrecruzadas. Después de todo, era temprano.

Entonces advertí que la puerta estaba entornada.

Bueno, me estaban esperando. A pesar de todo, tuve mis dudas. Como detective privado con licencia y cuasiagente del cuerpo civil, no podía entrar sin más. Según la ley, tenía que anunciarme.

—¿Ritu? Soy yo, Albert —evité el modo de hablar ídem gramáticamente correcto, aunque iba disfrazado de golem. La mayoría de la gente es lenta con esos detalles, al fin y al cabo.

El suelo del recibidor estaba moteado por una claraboya mosaico de elementos activos que ofrecía colores aleatorios y producía efectos de luz y sombra. Ante mí, unas escaleras subían dos rellanos antes de llegar al piso superior. Al mirar a la izquierda, vi un salón despejado, amueblado con un estilo cyberpunk algo falso.

Un leve ruido (más bien un roce apresurado) me llegó desde la derecha, más allá de un conjunto de puertas dobles de madera tallada con cristales esmerilados. No había ninguna luz dentro de esa habitación, pero se distinguía una sombra que se movía furtivamente al otro lado.

Un murmullo... unas cuantas palabras que no podía oír bien, algo así como: «... dónde habrá escondido Betty...».

Un escalofrío me recorrió la espalda. Toqué una de las puertas. El cristal era a la vez áspero y frío: sensaciones perfectas que me recordaron el detalle principal que no debía olvidar.

»Eres real. Así que ten cuidado».

¡Como si necesitara que me lo dijeran! Los celos tamborilearon en mi Onda Establecida, corriendo de un lado a otro entre el único corazón orgánico y el único cerebro que tendré jamás. Como ídem, podría entrar a saco en la habitación de al lado, sólo para ver qué pasaba. Pero como heredero orgánico de cavernícolas paranoicos, me contenté con dar un empujoncito a una puerta y luego mantenerme apartado del umbral mientras se abría.

Hablé más fuerte.

—¿Hola, Ritu?

Allí estaba el despacho de Yosil Maharal, con una mesa y una estantería llena de anticuados tomos de papel y folios impresoláseres. Un estante contenía sus premios y menciones. En otros había extraños trofeos, como uno hecho con manos montadas, de varios tamaños y colores. Algunos estaban abiertos para mostrar sus partes metálicas, reliquias de una época en que el barroid tenía que ser esparcido sobre armazones robóticos, cuando rechinantes duplicados eran tecnojugetes para los ricos, a la vez burdos y asombrosos, y permitían que los miembros de la elite dividieran sus vidas y estuvieran en dos lugares a la vez.

Una época en que los ídems era llamados «representantes», y los que podían permitírseles parecían destinados a tener vidas mucho más grandes que el resto de la humanidad. Antes de que Eneas Kaolin diera a las masas la posibilidad de autocopiarse.

Era toda una exposición. Pero en aquel preciso momento mi principal preocupación era la parte de la habitación que no podía ver, lejos de la ventana, envuelta en sombras.

—Luces —probé desde la puerta. Pero el ordenador de la casa funcionaba con una voz concreta, impidiendo a los invitados desconocidos ni siquiera el control de cortesía. Yosil era todo un anfitrión.

Podría transmitir la orden a través de Nell, presentando mi contrato de

investigación con la hija y heredera de Maharal. Pero la cadena de apretones de manos y regateos probados podía tardar minutos, distrayéndome todo el tiempo.

Sin duda tenía que haber a mano un interruptor convencional... al alcance también de alguien que acechara en la oscuridad armado con todas las armas que mi ansiosa imaginación podía proporcionar.

—¿Estaba siendo paranoico? Bien.

—Ritu, si es usted, dígame que entre... o que espere fuera.

Oí un suave ruido en el interior. No respiración, sino otro roce. Sentí tensión tras la puerta. Algo como energía acumulada.

—¿Es usted, idAlhert?

La voz llegó desde las escaleras, detrás de mí. Ritu me llamaba, sin ningún atisbo de sospecha.

—¡Sí! Soy yo —respondí sin volverme—. ¿Tiene... tiene compañía?

A través del cristal esmerilado, divisé otro movimiento. Esta vez se enderezaba, quizá con resignación. Me aparté varios pasos, dejando espacio a quien quisiera salir.

También busqué rutas de escape, por si acaso.

—¿Qué ha dicho? —gritó de nuevo Ritu desde arriba—. No le esperaba hasta dentro de una hora. ¿Puede esperar?

Una silueta cruzó la mitad cerrada de la doble puerta esmerilada. Alta, angulosa... y gris. Se acercó más.

¡Por un instante, creí que lo tenía! ¿Un gris furtivo, en esta casa? ¿Quién podía ser sino el fantasma? ¡El fantasma de Maharal! El que no quería pasar sus últimos momentos en un laboratorio, siendo diseccionado en busca de recuerdos. Ahora sería un espectro hecho despojos, sobreviviendo por pura fuerza de voluntad, quemando su reserva inicial de élan vital antes de derretirse.

Me dispuse a saltar, exigiendo respuestas. ¡Como qué había pasado con mi propio ídem! El que envié a la mansión esa mañana...

Entonces parpadeé sorprendido. La figura que salió no era el fantasma de Maharal. Ni tampoco era gris, estrictamente hablando.

Un brillante platino salió a la luz moteada. El golem-sigil de su frente brillaba como una joya.

—Vic Kaolin —dije.

—Sí —asintió el ídem, disimulando su agitación con antipatía—. ¿Y quién es usted? ¿Qué asunto le trae a esta casa?

Sorprendido, alcé una ceja pintada.

—Vaya, el trabajo para el que usted me contrató, señor.

Eso no era estrictamente cierto. Quería sondear el grado de ignorancia de aquel ídem. Su brillante expresión se congeló, transformando rápidamente la antipatía en protección.

—Ah... sí. Albert. Me alegra volver a verlo.

A pesar de su débil esfuerzo por recuperarse, aquél era claramente un idKaolin

distinto al que yo había visto esa mañana temprano, cuando el amanecer iluminaba las ventanas cubiertas del edificio Teller. Tampoco compartía ningún recuerdo reciente con el que telefoneó a mi casa a eso de mediodía, molestándome mientras imprimaba al ébano. Éste no me recordaba en absoluto.

Bueno, en sí mismo, eso significaba poca cosa. Podría haber sido imprimado horas antes. ¿Pero entonces, por qué fingir que me conocía? ¿Por qué no admitir simplemente ignorancia? Podía enviar una solicitud a su rig pidiendo una puesta al día al Kaolin real.

Aquí había una lección de la vida: no molestes al poderoso. Que conserven la dignidad. Siempre dales una salida.

Señalé el despacho de Yosil Maharal.

—¿Ha encontrado algo útil?

La expresión de alerta aumentó.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que está usted aquí por el mismo motivo que yo, ¿no? Buscando pistas. Algo que explique por qué su amigo escapó de la ciudad y eludió el Ojo Mundial que todo lo ve durante semanas seguidas. Y sobre todo qué hacía anoche, cruzando el desierto a toda velocidad y estrellándose en el viaducto de la autopista.

Antes de que él pudiera responder, Ritu volvió a llamar.

—¿Albert? ¿Con quién está hablando?

Los ojos oscuros de idKaolin encontraron los míos. Siguiendo un impulso, le di una salida.

—¡Me he encontrado con un nuevo Eneas subiendo por el camino! —grité—. Entramos juntos.

El ídem platino asintió. Reconocía una deuda. Habría preferido pasar inadvertido, pero mi tapadera valdría.

¡Oh, Eneas, no tienes que molestarte tanto! Estoy bien, de verdad —ella parecía exasperada—. Pero ya que estás aquí, ¿quieres atender a Albert?

—Por supuesto, querida —respondió idKaolin, mirando brevemente escaleras arriba—. Tómame tu tiempo.

Cuando se volvió de nuevo hacia mí, no había ni astro de agitación ni de belicosidad. Sólo calma serena.

—¿De qué estábamos hablando? —preguntó.

«¡Mierda! —pensé—. Lo más normal es esperar que un rico hijo de puta pudiera comprarse repuestos ídem que se concentren mejor». En voz alta, le insté:

Pistas, seña.

—Ah, sí. Pistas. Busqué algunas, pero... —La cabeza platino se sacudió a izquierda y derecha—. Tal vez un profesional como usted pueda hacerlo mejor.

«A pesar de todo, Kaolin está sólo suponiendo que soy un didetective —pensé—. ¿Por qué no lo pregunta sin más?».

—Después de usted —indiqué amablemente, insistiendo en que volviera a entrar

en el despacho delante de mí.

El se volvió, pronunció una orden, y la luz inundó la habitación. Así que Maharal debía de haber concedido autorización vocal a su jefe. O bien...

Sentí otro vago recelo titilar en la parte de mi cráneo donde encadeno esa bestia loca pero creativa, la paranoia. Manteniendo al ídem a la vista, sin darle nunca completamente la espalda, me acerqué a una de las panoplias mientras cifrocodificaba con mis dientes.

«Nell. Verifica que Kaolin envió a este id. Confirma que es legítimo».

Ella reconoció la orden, destellando en mi ojo izquierdo. Pero incluso con mi prioridad como tipo real, la solicitud llevaría tiempo, dejándome lleno de dudas.

El doctor Maharal era experto en la tecnología de duplicación, y un hobbista dotado en el arcano arte del disfraz. También parecía burlarse de meros inconvenientes como la ley. Con su acceso de Hornos Universales podía tomar prestados todo tipo de moldes... incluyendo posiblemente el de Eneas Kaolin.

¿Entonces, podría este platino ser otro fantasma Maharal, disfrazado como el Vic?

Pero eso no tenía sentido. El cadáver de realMaharal llevaba frío casi un día, pero el platino parecía mucho más nuevo. De ninguna manera podía ser el papid de Ritu disfrazado.

«Bueno, la imaginación orgánica no tiene que tener sentido —recordé—. Ni la paranoia que ser razonable. Es una bestia que ladra a la nada... hasta el día en que acierta».

Había una forma sencilla de verificar la identidad del platino. Como persona real, yo podía volverme y exigirle su placa... al coste de revelar mi propio disfraz. Decidí no hacerlo. Nell respondería pronto, de todas formas. Así que fijé mi atención en la casa de Maharal.

El despacho mostraba signos de haber sido registrado por un aficionado. Las patas de las mesas no coincidían con las viejas marcas de la alfombra. El contenido de los libros y los expositores había sido cambiado levantando polvo mientras alguien buscaba algo, tal vez paneles ocultos.

Aprendí un montón sólo con mirar los folios impresoláseres. Apenas los habían tocado, así que Kaolin no debía de estar buscando datos o software robados.

¿Entonces qué?

«¿Y por qué está intentando buscar él solo? Tiene gente de seguridad. Puede contratar a expertos forenses o incluso una unidad policial en tiempo libre».

Al principio pensé que el problema podría ser Ritu, que estaba con su jefe e impedía a Kaolin acceder a la casa de su padre. Eso podía explicar aquella entrada furtiva (tratar de registrar el lugar sin alterarla), lo cual implicaba alguna necesidad de mantenerla en la oscuridad.

Excepto que la actitud tranquila de Ritu de hacía unos momentos, al darnos permiso a ambos para echar un vistazo, no encajaba con la imagen de una discusión entre Kaolin y la hija de Maharal. Al menos no una discusión abierta.

Al mirar al Vic, vi que había recuperado su famosa compostura propia de esfinge. Sus ojos oscuros me seguían; tal vez estaba molesto todavía porque lo había encontrado allí. Sin embargo, parecía dispuesto a sacar el mejor partido. Supervisar a un experto en su trabajo era más propio de su estilo.

Había fotos en las paredes, tanto en el despacho como en el vestíbulo exterior. En algunas se veía a Yosil posando con gente que no reconocí; usé mi arcaico pero servicial implante ocular para tomar instantáneas de algunas, para que Nell las identificara. Pero la mayoría de las imágenes mostraban a una Ritu más joven en acontecimientos diversos, como la graduación, una competición de natación, montando a caballo y esas cosas.

Tal vez debería haberle dado al lugar un repaso importante, una búsqueda de las sustancias que aparecen en la Lista Internacional de Peligro requeriría minutos con un buen escáner. Pero fuera lo que fuese que pretendía Maharal, sospeché que no sería algo obvio.

Una transect inercial sería más reveladora. Pasando de una habitación a otra, abrí cajones y armarios, asomándomelo suficiente para tomar una perspectiva completa y transmitirla a Nell, y luego pasando a la siguiente. Ella no necesitaría color, sólo ángulos múltiples y sellos de posición, hasta medio centímetro, usando principios de investigación que habría entendido George Washington. Cualquier cámara o compartimento secreto aparecería en la geodésica resultante.

Kaolin expresó su aprobación. Pero una vez más, si quería hacer este tipo de trabajo, ¿por qué no contratar a todo un equipo de investigación que hiciera un rastreo a conciencia?

Tal vez el asunto era tan delicado que sólo podía confiar en sus propios duplicados.

Si era así, mi presencia debía de causarle sentimientos encontrados. Yo había dejado de trabajar para Kaolin cuando encontraron el cuerpo de Yosil Maharal aplastado en su coche... cuando el caso pasó de sospecha de secuestro de un empleado valioso a los vagos resquemores de una hija que se temía un asesinato. Tomé nota mentalmente para preguntarle a Rin por la relación de su padre con el jefe de HU. Si se trataba de asesinato, podía imaginarme escenarios en los que el Vic formaba parte de una corta lista de sospechosos.

Pongamos por caso lo que le pasó al fantasma de Maharal (y a mi gris) hacía unas pocas horas. ¿Podría haber preparado Kaolin que ambos desaparecieran en su propiedad? Tal vez el gris se acercó demasiado a la verdad. Tal vez el fantasma tenía buenos motivos para huir.

Pronto la transect de la planta baja quedó completa. El análisis preliminar de Nell no mostró ninguna cámara secreta. Al menos ninguna más grande que una rebanada de pan. Pero sí que citó una anomalía.

Faltaban dos fotografías. Colgaban cerca del pie de las escaleras cuando yo llegué. ¡Ahora, mi ordenador doméstico me informaba de que habían desaparecido!

Sus sombras todavía aparecían en infrarrojo, un poco más frescas que la pared.

Me volví en busca de Vic Kaolin... y lo vi saliendo del cuarto de baño. Al fondo sonaba el borboteo de tina cisterna. ¡Acababa de deshacerse de algo tirándolo por el desagüe! El ídem platino me miró, la viva imagen de la inocencia, y yo maldije entre dientes.

Si hubiera venido como especialista ébano, afinado y equipado para hacer un análisis forense sobre el terreno, podría haberlo vigilado literalmente con un ojo en la nuca. Ahora, poco podía hacer. Interrogar a Kaolin sólo lo molestaría y no explicaría lo de las fotos.

Decidí que era mejor esperar. Que pensara que no me había dado cuenta. Tal vez le preguntara a Ritu por las fotos más tarde.

Fui a mi Volvo, abrí el maletero y saqué un cascador con recogida sísmica. Tras volver a subir las escaleras con el equipo, planté detectores por toda la casa. En unos momentos sabría si había cámaras secretas subterráneas. Era improbable, pero merecía la pena comprobarlo.

Mientras esperaba a que llegaran los datos, hurgué en la unidad recicladora de la parte trasera, con sus múltiples entradas para metales, plásticos, materiales orgánicos y electrónicos. Y barro. Todos los contenedores tendrían que haber estado vacíos, ya que Yosil Maharal se pasó las últimas semanas fuera de casa. Pero según los indicadores había masa en la unidad de eliminación de golems. Suficiente para pertenecer a una forma humanoide de tamaño normal.

Abrí el panel de acceso... sólo para ser testigo de cómo una tenue figura gris se desmoronaba ante el súbito asalto del aire, convirtiéndose rápidamente en pasta.

El olfato es un sentido poderoso. Por los vapores que emanaban de la forma desmoronada, podía deducir muchas cosas. Murió antes de su expiración... y no hacía más de una llora. Actuando rápidamente, metí la mano dentro para buscar el lugar donde antes estaba el cráneo, y palpé a través de la materia que se disolvía hasta encontrar un objeto pequeño y duro: la placa de identificación. Más tarde, en privado, podría hacerle un rápido examen y averiguar si eso significaba algo... o si un vecino simplemente había arrojado un ídem de más en el Contenedor Maharal para ahorrarse la tarifa de reciclado.

Secándome las manos en una toallita, volví a verificar las lecturas sísmicas. Naturalmente, no mostraban ninguna cámara oculta. No sé por qué me molesto. Tal vez el espíritu romántico que hay en mí sigue esperando las catacumbas de la Isla del Tesoro, algo más allá de la rutina normal de las huellas de las citicams, perseguir a violadores de copyrights y esposas infieles. Al menos ése era el diagnóstico de Clara. En algún lugar dentro de Albert Morris se hallaba el alma de Tom Sawyer.

Mi corazón latió más rápido cuando pensé en ella y en la dirección hacia la que me dirigiría al cabo de un ratito. Tal vez, después de un duro día de trabajo en el desierto, después de que el ídem de Ritu expirara, podría pasarme por el campo de batalla y sorprenderla...

Fue entonces cuando advertí un cambio. Algo faltaba. Una presencia, como una sombra, ahora desaparecida.

La silenciosa y ominosa presencia de idEneas Kaolin.

Busqué la limusina y sólo vi un hueco en la acera. La limusina se había ido.

Tal vez el golem se había marchado para evitar a la gris de Ritu, a quien pude oír ahora bajando las escaleras. Pero eso no tenía sentido ninguno, ¿no?

Nada lo tenía.

Unos momentos después, Ritu salió de la casa, con una maletita, y cerró la puerta tras ella.

—Estoy preparada —anunció algo distante, aunque amistosa. En su caso, si había alguna tendencia característica que hubiera pasado claramente del original a la copia, era la sensación de tensión que yo había detectado antes. Una protección nerviosa que en cierto modo te mantenía a raya pero que aumentaba su severa belleza.

Me apresuré a recoger mis cascadores y demás aparatos y los metí en el maletero, junto al horno portátil. Nos dirigimos al sureste, envueltos en el crepúsculo. Hacia el desierto, donde todavía acechan los misterios y la naturaleza puede arrancar todas las máscaras civilizadas, revelando la dura pugna que siempre ha sido la vida.

¿No te alegras de ser naranja?
... mientras Frankie se pone colorado...

No es que Pallie no sea capaz de hacer ídems. Está bastante dotado, con una autoimagen flexible que puede crear casi cualquier formagolem, desde cuadrúpedo a ornítropo o centípedo. La rara habilidad de imprimir formas no humanas le habría permitido ser astronauta, prospector oceanográfico, incluso conductor de autobús. Pero los ídems de Pal no soportan la inacción, amplificando su inquietud nuclear. Un didetective debería ser paciente y concienzudo (digamos durante una vigilancia larga), pero sus copias no pueden serlo. Con gran inteligencia e imaginación, racionalizarán cualquier excusa para transformar la inercia en movimiento.

Por eso acudió en persona esa noche, ahora hace tres años, a un encuentro con unos tipos traicioneros. La forma de Pal de ser cauteloso, supongo.

Tuvimos que meter con nosotros a su yo real en la furgoneta de Lum. La silla de ruedas de Pal en la parte trasera mientras el líder manci saltaba al asiento del conductor. Luego, con una sonrisa diabólica, Lum me ofreció el lugar del copiloto... un claro insulto a Gadarene, que gruñó ominosamente. Como no quería problemas entre los dos reacios aliados, le dejé paso al grandullón conservador con una respetuosa inclinación de cabeza. De todas formas, prefería viajar con Pal, acurrucado entre la carcasa de la furgoneta y un ajado horno portátil.

Noté el horno caliente cuando me senté encima. Alguien se estaba cociendo. Como carecía de sentido del olfato, no supe quién.

Partimos y nos mezclamos con el tráfico. El casco de cerametal ópticamente activo percibía la dirección de mi mirada de milisegundo en milisegundo, transformando automáticamente un estrecho sendero de opaco a transparente cada vez que yo miraba, forzando esa microventana a encajar con mi cambiante cono de atención. Quien estuviera fuera de la furgoneta vería cuatro circulitos oscuros moviéndose, como diminutas luces maniáticas, una por cada ocupante, revelando poca cosa a los extraños. Pero para cada uno de nosotros, en el interior, la furgoneta parecía de cristal.

Lum captó un rayo de navegación, que detectó cuatro pasajeros (tres de ellos reales) y nos dio prioridad, impulsándonos. Al norte, hacia el distrito de alta tecnología, siguiendo mi corazonada de dónde encontrar problemas. Era curioso cómo Lum y Gadarene estaban dispuestos a confiar en los instintos de un frankie. Como si yo supiera de lo que estaba hablando.

Los fluidos que goteaban a través de una intravenosa y las luces de diagnóstico parpadearon cuando comprobé la medconsola de Pallie. La unidad estaba cabreada con él por usar estimulantes, cosa que hizo cuando alardeó ante nosotros en el parque

de patinaje abandonado.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh? —Dijo, guiñándome un ojo—. Tú, Clara y yo, enfrentándonos juntos a las fuerzas del mal: Cerebro, belleza y físico.

—Bueno, eso describe a Clara. ¿Dónde encajamos tú y yo? Él se echó a reír, flexionando un brazo flacucho.

—Oh, no estaba tan eral en cuestión de músculos. Pero sobre todo yo proporcionaba color. Algo de lo que tristemente carece el mundo moderno.

—¿Eh, no soy yo verde?

—Sí, y de un precioso tono viridiano falso, Gumby. Pero no me refiero a eso.

Sabía exactamente a qué se refería: el color que supuestamente tenían nuestros abuelos, allá en el sabroso siglo xx y principios del xxi, cuando la gente corría cada día riesgos a los que pocos modernos se les ocurriría hoy exponer su preciosa carnerreal. Es extraño cómo la vida parece mucho más valiosa si tienes mucho más a lo que aferrarte.

¿A mí? Me quedaban unas dieciséis horas o así. No mucho tiempo para ambiciones o planes a largo plazo. Bien podía arriesgarlo todo.

Me volví hacia Gadarene, cuya atención estaba enfocada en un portal de Ojo Mundial que tenía sobre el regazo.

—¿Alguna suerte siguiendo al gris?

El grandullón hizo una mueca.

—Mi gente ha hecho una proclama. Ofrecemos las pujas más altas por una pixhuella, pero no hay pistas. No hay nada desde la Última vez que vieron al gris, en el Estudio Neo.

—No las habrá —dije yo—. Albert sabe cómo desaparecer cuando quiere. Gadarene se ruborizó.

—Entonces contacte con su rig. ¡Dígale que llame a su ídem!

El líder organochauvinista estaba frenético. No quise provocarlo.

—Señor, ya hemos hablado de esto. Ese gris está en modo autónomo. No se comunicará con realAlbert, porque eso constituiría una violación de contrato. Si está siendo engañado por expertos, tomarán medidas para asegurarse de que sigue engañado.

—Apuesto a que lo primero que le hicieron al gris fue desconectar la prestación de llamada de su placa —dijo Pallie.

—Pondrán olisqueadores en la casa de Al —añadí yo—. Nell se dará cuenta tarde o temprano, pero seguirá funcionando un rato. Así que no podemos contactar con Morris directamente. Si los conspiradores se dan cuenta, puede que se asusten o cambien de planes. —Sigo sin comprenderlo— murmuró Gadarene. —¿Qué planes?

—Hacer que parezcamos malos —dijo Lum, olvidando su habitual buen humor—. Su grupo y el mío. Nos la están jugando. Apuesto a que Hornos Universales está detrás de esto. Si logran convencer al mundo de que somos terroristas, pueden

conseguir un edicto de la demarquía que elimine los piquetes y las manifestaciones. Se acabaron las leyes de divulgación y acoso en la red por parte de grupos que se oponen a su política inmoral.

—¿Quiere decir que se sabotearían así mismos, para echarnos la culpa a nosotros?

—¿Por qué no? ¡Si el truco despierta la simpatía pública, tanto mejor! Puede que incluso acabe con esas leyes antimonopolio que siguen saliendo, intentando invertir la Gran Desregulación.

Pal volvió a reírse.

—¿Qué tiene tanta gracia? —Ladró Gadarene.

—Oh, estaba pensando en lo inocentes que parecen ustedes dos ahora mismo. ¿Están ensayando para las cámaras?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lum.

—Quiero decir que ustedes los manifestantes no violentos se han tragado sus propios cuentos. Una forma llamativa de demostrar su desaprobación de Hornos Universales. Los moralistas siempre pueden justificar apartarse de la ley cuando encaja con su sentido de lo adecuado.

Gadarenc miró a Pal, hosco. —Esto es diferente— dijo Lum.

—¿Sí? No importa. No me interesan las racionalizaciones en lata. Dígame hasta dónde han llegado sus preparativos.

No veo por qué...

—¡Porque están ustedes jugando en una liga que no es la suya, caballeros! —intervine, demasiado fuerte para un respetuoso verde. Pero había pillado la insinuación de Pal y tenía sentido—. Tenemos a profesionales trabajando, poniendo en marcha un plan que llevan mucho tiempo preparando. Ahora mismo no importa si el jefazo secreto es Hornos Universales, o algún enemigo suyo. Sea lo que sea que pretenden hacer en las próximas horas, lo han preparado para que la culpa recaiga sobre ustedes.

Pero tal vez podamos ayudarlos, si son sinceros —ofreció Palie—. No me digan que no han soñado y planeado con descargar un golpe contra HU. ¡Dígannos, ahora mismo, si han hecho algo más que soñar! ¿Han tramado algo que pueda ser utilizado en su contra? ¿Algo que pudiera relacionarlos con un crimen?

Ambos hombres nos miraron a Pal y a mí... y se miraron de reojo el uno al otro. Casi pude saborear su mutuo desagrado. Su pugna interna por una salida.

Gadarene habló primero; tal vez estaba más acostumbrado a las confesiones amargas.

Nosotros... hemos estado excavando un túnel.

Lum miró a su adversario.

¿Eso han hecho? Vaya, ya ves tú.

Parpadeó unas cuantas veces y luego se encogió de hombros y soltó una risita triste.

Nosotros también.

Las cúpulas triples de la sede central de Hornos Universales titilaban, encendidas en sus flancos occidentales por el sol de la tarde. No pude dejar de pensar en tres perlas gigantescas, plantadas en lo alto de un hormiguero, ya que aquellas ajardinadas pendientes protegían una planta industrial subterránea aún más grande. Pero con su cobertura vegetal, la fábrica parecía más bien un campus universitario, plácido y tranquilizador, rodeado de un seto de aspecto engañosamente inocente.

Para los ciudadanos modernos, el lugar era legendario, incluso prometeico. Una cornucopia que escupía tesoros, raramente un motivo de ira. Pero no todo el mundo pensaba igual. Ante la verja principal, más allá de una pantalla de árboles, había un campamento emplazado hacía años bajo el amparo de la Ley de Disidencia Abierta, cuando Eneas Kaolin trasladó por primera vez aquí su sede. Todos los grupos radicales o rebeldes tenían su propia zona (un puñado de doseles y expandofurgonetas) para hacer sus manifestaciones.

¿Por qué seguir agitando una causa perdida desde hacía tanto tiempo? Porque los ídems baratos hacían que fuera fácil. Una ironía que la mayoría de los radicales se negaban a advertir en su soberbia.

LAS PERSONAS ARTIFICIALES SON PERSONAS

Eso proclamaba la pancarta más grande, que identificaba la comunidad de Lum, los fanáticos de la tolerancia, aunque otros carteles, más pequeños, pertenecían a subsectas apasionadas, cada una con unos planes más extraños que la anterior. Quiero decir, vale, me gustaría no tener que inclinarme ante Gadarene sólo porque soy verde. Pero soy un frankie. Para todo el mundo, ¿no es cuestión de aguardar su turno? A veces cigarra, a veces hormiga. Incluso después de haber conocido a los Efímeros me resultaba difícil comprender qué tipo de sociedad tenía esta gente en mente.

Fuera como fuese, procedían de una tradición que había salvado al mundo. El reflejo de tolerancia-e-inclusión era fuerte por un buen motivo: porque para adquirirlo hicieron falta siglos de dolor. Confundidos o no, esos tipos pisaban un terreno moral elevado.

No muy lejos, otro cartel de hololetras brillantes expresaba una exigencia más clara:

¡COMPARTO LAS PATENTES!

El movimiento «fuente abierta» quería que todas las tecnologías y secretos comerciales de HU fueran hechos públicos, para que todos los hobbistas pudieran experimentar nuevas técnicas de idemización y variantes de goletas descabellados: un estallido de creatividad. Algunos imaginan una era en que imprimirás tu Onda

Establecida del Alma en todo lo que te rodea: tu coche, tu tostadora, las paredes de tu casa. ¿Eh, por qué no de unos a otros? Para ese tipo de entusiastas (ansiosos, educados en exceso y aburridos) todo límite del yo y el otro era espúreo. Un pequeño paso: de estar en varios lugares a la vez a estar siempre en todas partes.

Esos tecnotrascendentalistas estaban apartados de otro campamento cuyos habitantes expresaban una queja distinta: que en el mundo había ya demasiada gente sin necesidad de doblar o triplicar la población de la Tierra cada día con hornadas frescas de consumidores temporales. Vestidos con las túnicas verdes de la Iglesia de Gaia, querían que la humanidad echara el freno, no que creciera de manera exponencial. Los ídems puede que no coman ni excreten, pero consumen otros recursos.

Gruñendo de placer, Palme agarró el brazo y señaló.

¡Una sola figura caminaba frente el gran campamento, manifestándose ante los manifestantes!

«¡EL FARISEÍSMO ES UNA ENFERMEDAD ADICTIVA, BUSCAOS UNA VIDA!», los acusaba la pancarta que empuñaba una criatura de brazos extremadamente largos, con cabeza de chacal. Tal vez el aspecto del ídem tenía intención satírica. Si era así, no lo entendí.

«Alguna gente, la mayoría, tiene demasiado tiempo libren, pensé.

Una vez, hace años, ese lugar rebosaba de un raza de manifestantes mucho más pragmáticos y furiosos. Los sindicatos laborales, preocupados por el convulso estado del mercado de trabajo, atacaron los movimientos luditas de todo el mundo. Se produjeron enfrentamientos. Las fábricas ardieron. Lincharon a obreros-golem. Los gobiernos se tambalearon...

Hasta que, de la mañana a la noche, las pasiones se enfriaron. ¿Cómo se suprime una tecnología que permite a la gente hacer cuanto quiere, todo al mismo tiempo?

Mientras nuestra furgoneta entraba en el complejo, vi una última pancarta, empuñada por un hombre barbudo que sonreía feliz mientras caminaba, aunque todos los demás parecían evitarlo y ni siquiera lo miraban. Su mensaje (escrito con bella y fluida caligrafía) era el que yo había visto una hora o dos antes.

NO ENTENDÉIS NADA. SE APROXIMA FL SIGUIENTE PASO.

El grupo de Gadarene acampaba a un lado, separado de los otros grupos por un abismo de hostilidad mutua. En vez de enviar ídems baratos al lugar cada día, sus seguidores eran gente real. Todos y cada uno de ellos.

Mientras aparcábamos, una docena de hombres y mujeres salieron de grandes remolques, acompañados por hordas de jóvenes. Su ropa tenía aspecto (pintoresco pero barato) de haber sido comprada con el salario púrpura.

Había visto abstencionismo antes, pero nunca en tan gran número. Así que no

pude dejar de mirar. Eran personas que se negaban a copiarse a sí mismas. Nunca.

Fue como mirar a gente de otra época, cuando el destino obligaba cruelmente a todos los hombres a vivir vidas miserables. ¡Y estos tipos vivían así deliberadamente!

Al ver a Lum salir del vehículo, los miembros del grupo gruñeron amenazadores. Pero Gadarene los hizo callar con un gesto cortante. Ordenó a dos jóvenes fornidos que sacaran a Pal de la parte trasera. Otros se llevaron el horno portátil mientras lo seguíamos al remolque más grande.

—Todavía no estoy seguro de que deba enseñarles esto —gruñó—. Es el trabajo de años.

Pal sofocó un bostezo.

—Tómese su tiempo. Tenemos días y días para decidir.

El sarcasmo puede ser eficaz. Sin embargo, a menudo me preguntaba cómo había conseguido mi amigo vivir tanto tiempo.

—¿Cómo sabemos que no es ya demasiado tarde? —preguntó hura.

—Lo más lógico es que el enemigo no actúe hasta el anochecer —repuse—. Si es una bomba, querrán sacar el máximo partido a los efectos visuales minimizando las bajas humanas reales.

—¿Por qué?

—Que se mate a archis suele molestar a la gente —dijo Pal—. Los crímenes contra la propiedad son diferentes. Desregulados. Además, las conspiraciones tienden a descubrirse cuando se llega al asesinato de masas. Los matones se convierten en soplones. No, esperarán hasta el segundo turno, cuando sólo haya ídems trabajando, para producir montones de desmembramientos chillones sin culpabilidad criminal.

»Lo cual significa que todavía estaríamos a tiempo de actuar —concluyó Pal—, si deja de perderlo y nos enseña lo que tiene.

Gadarenc siguió vacilando.

—¿Por qué no se lo pregunta a Lum primero? También él tiene un túnel.

—Yo usaré ése —asintió Pal—. Pero el pasadizo del señor Lum es demasiado pequeño para Albert aquí presente... quiero decir, Frankie. Su túnel tiene que ser más grande, ¿no, Gadarene? Tamaño humano.

El grandullón conservador se encogió de hombros, cediendo por fin.

—Lo excavamos a mano. Tardamos años.

—¿Cómo evitaron los detectores sísmicos? —pregunté.

—Con un puente activo. Toda onda sónica o de tierra que golpea un lado de la vaina es rerradiada a la otra. Usamos un molino de cuatro varas en la superficie de excavación que apaga el ruido más allá de unos pocos metros.

Astuto —dije yo—. ¿Y cuánto les falta para terminarlo? Gadarene evitó mirarme a los ojos. Murmuró, en voz casi demasiado baja para poder oírla:

—Lo terminamos... hace un par de años.

Pallie soltó una carcajada.

¡Bueno, el colmo! Tanta pasión, cavando como topes para llegar al odiado

enemigo. ¡Y luego nada! ¿Qué pasó? ¿Perdieron el valor?

Si las miradas mataran... Pero Pal ya había sobrevivido a cosas peores.

—No pudimos ponernos de acuerdo en qué acción sería... la adecuada.

Lo comprendí.

Una cosa es trabajar con un vago/distante objetivo para castigar a los malvados. Otra cosa es hacerlo de manera que enseñe algo al mundo, obtener el apoyo público y, a la vez, mantenga tu precioso pellejo fuera de la cárcel. Los tipos de Liberación Gaia lo aprendieron por la tremenda, durante su larga guerra contra los genetecnos.

—¿Fue ése también su problema? —le pregunté a Lum. El líder manci negó con la cabeza.

—Nuestro túnel se desvió, y acabamos de construirlo. De todas formas, nuestros objetivos son diferentes. Queremos liberar esclavos, no sabotear su lugar de nacimiento.

Pal se encogió de hombros.

—Bien, eso explica lo que está sucediendo ahora mismo. Ustedes tienen, ambos, filtraciones o han sido espiados. O detectaron sus excavaciones, después de todo. Sea lo que sea, alguien lo sabe. Usarán sus túneles para desviar la culpa por lo que va a suceder. La charada de anoche, enviar idMorris falsos a visitarlos, era sólo la guinda del pastel en el que los están cociendo.

No añadí que Albert, mi hacedor, parecía estar destinado a ser cocido en el mayor pastel de todos.

Un silencio triste se apoderó de todos, hasta que Lum habló.

—Estoy confuso. ¿No quieren ustedes usar nuestros túneles para entrar y buscar al gris desaparecido?

—Así es.

—Pero si el enemigo ya sabe de la existencia de los túneles, ¿no habrá trampas esperándolos?

Ira mueca sanguínea de Pal es la más infecciosa que conozco. Puede convencerte realmente de que sabe lo que está haciendo.

—Confíen en mí —dijo, volviendo ambas palmas hacia arriba—. Están en buenas manos.

Diez minutos más tarde su ídem irradiaba el mismo aire de confiado aplomo, mientras yo contemplaba un estrecho agujero en el suelo y reflexionaba sobre lo rápidamente que terminaría mi corta vida en un lugar semejante.

—No te apures, Frank —dijo el minigolem con voz aguda, imitando perfectamente la forma de hablar de Pal—. Yo me encargaré de ir delante. Tú sigue mi brillante culo.

La criatura parecía un hurón grande, con una cabeza alargada y semihumana. Pero lo más extraño de todo era su piel, brillante, con bultos diminutos que se movían

por todas partes, como si estuviera infestada de parásitos o algo parecido.

—¿Y si hay una trampa ahí dentro?

—Oh, apuesto a que la habrá —respondió el Pequeño Pallie—. Deja que yo me preocupe por eso. ¡Estoy preparado para todo!

Y eso lo decía alguien cuyos ídems casi nunca volvían a casa de una pieza. Deseé que realPal estuviera aún presente, para poder replicarle una última vez. Pero había ido al campamento de los Emancipadores con su horno portátil, preparado para lanzar más copias suyas por su estrecho túnel especializado, diseñado astutamente para parecer una red de inofensivos agujeros hechos por animales que se abrían paso de manera casi aleatoria hacia el gigantesco complejo industrial. La providencia es amable con los medio locos, supongo. Pallie podría enviar felizmente una docena o más de ídems kamikazes, cada uno de ellos encantado de tomar parte en una misión suicida. Todo era diversión para él-y-ellos. Si mi cuerpo hubiera sido construido para algún placer decente, me habría dado la vuelta y habría salido por piernas, en aquel mismo instante, dejando aquel lugar atrás. O tal vez no.

—Vamos, Gumbv —me dijo el pseudohurón con una sonrisa dentada—, no te cabrees conmigo. Además, ya está decidido. ¿Adónde podrías ir con ese color?

Me miré los brazos, ahora teñidos (como el resto) de un tono conocido como Naranja I-IU. Un color de la casa, registrado por Eneas Kaolin hace años. Si aquella incursión no salía bien, la violación de copyright sería la menor de mis preocupaciones.

Bueno, al menos ya no soy verde».

¡Tally-ho! —grita el diminuto ídem de Pal—. ¡Nadie vive eternamente!

Con ese alegre lema, el idPal se zambulló en el hoyo.

«No —pensé—. Eternamente no. Pero unas cuantas horas más no estaría mal».

Comprobé de nuevo los patines de fricción de mis muñecas, codos, caderas, rodillas y pies. Luego me arrodillé para entrar. Sin mirar atrás, sentí la figura maciza y nerviosa de Gadarene, que observaba cerca.

Entonces sucedió algo que me conmovió, de una manera extraña. Ya había entrado un par de metros en el horrible pasadizo cuando oí al gran fanático murmurar una especie de bendición.

Se supone que no tendría que haberlo oído. Pero, a menos que esté equivocado, Gadarene le pidió a su Dios que me acompañara.

En todo el tiempo que he caminado sobre la Tierra, es una de las cosas más bonitas que he oído decir a nadie.

Falsos hornos

... donde el gris número dos recibe un segundo impulso...

La tarde del martes se desvanece y un enorme complejo industrial se prepara para el cambio de turno.

El portal de entrada/salida bulle de bípedos móviles, todos ellos humanos, de una forma u otra.

En los viejos tiempos, toda la población de una fábrica (miles de trabajadores) se ponía en movimiento al sonido de un silbato. La mitad se iban a casa, cansados por las ocho o diez (u once o doce) horas de trabajo; el mismo número ocupaba su puesto ante las máquinas, transformando el sudor y la habilidad y la irremplazable vida humana en la economía de naciones.

El flujo de hoy es más suave. Unos pocos cientos de empleados archis, muchos de ellos con ropa de ejercicio, charlan amistosamente mientras se marchan hacia sus motos y bicis; un grupo más numeroso y colorido de ídems vestidos de papel llega en dinobuses, marchando en dirección contraria.

Algunos ídems mayores también se marchan a casa, para descargar los recuerdos del día. Pero la mayoría se quedan trabajando hasta que llegue el momento de caer en la cubeta de reciclaje: ejércitos de brillantes siervos naranja, trabajando con concentración y sin resentimiento, porque algún otro yo disfrutará de gruesos salarios y opciones de compra. Da un poco de miedo si te paras a pensarlo. No me extraña que yo nunca trabajara en una fábrica. No tengo la personalidad adecuada para ello. En absoluto.

Incluso la entrada para los golems está decorada en tonos suaves, con música sensorresonante de fondo. Espero para firmar. También hay una leve vibración que sube por las plantas de mis pies. En algún lugar más profundo, bajo las pendientes cubiertas de hierba, máquinas gigantescas mezclan el barro preenergizado, amasándolo con fibras sintonizadas para vibrar con los ritmos ultra-complejos de un alma extraída, y luego lo amasan y lo moldean en muñecos que se levantarán, caminarán y hablarán como personas reales.

Como yo.

¿Debo sentir que vuelvo a casa? Mi actual cuerpo preanimado fue creado aquí, hace apenas unos días, antes de ser enviado al refrigerador de Albert Si la expedición de hoy me lleva a esa parte de la fábrica, ¿reconoceré a mi madre?

«Oh, basta ya, Al». Soy yo, sea gris o marrón. Cigarra u hormiga. La única diferencia práctica es lo amable que tengo que ser.

Eso... y mi naturaleza desechable. En cierto sentido, soy más libre cuando soy

gris. Puedo correr riesgos.

Como el que voy a correr dentro de unos momentos, cuando intente fichar. ¿Será la seguridad de HU tan laxa como predice la maestra?

Casi espero que no. Si me detienen (o incluso si los guardias hacen preguntas inconvenientes), me daré la vuelta y me marcharé. Les pediré disculpas a Gineen y sus amigos. Enviaré mi media-tarifa a casa con Nell y me pasaré el resto de mi vida haciendo... ¿qué? Tengo prohibido por contrato descargar recuerdos, e incluso volver a ver de nuevo a mi rig, así que supongo que tendré que encontrar otra forma de pasar el tiempo. Tal vez me vaya al teatro. O me quede en una esquina entreteniendo a los padres y los niños con trucos de manos. Hace tiempo que no hago eso.

O tal vez visite a Pal. Para averiguar qué lo tenía tan nervioso esta mañana.

—Muy bien, lo admito. Me decepcionaría haber llegado hasta tan lejos y tener que darme la vuelta. Mi semivida tiene ahora un objetivo. Tengo una misión, un propósito: ayudar a mis clientes a averiguar si Hornos Universales está violando la ley de descubrimientos. Eso parece un objetivo digno, y bien pagado.

Al acercarme a la garita de entrada, descubro que estoy nervioso y espero que esto funcione.

¿Sinceramente? Fue divertido durante un par de horas, escabullirme entre multitudes, colarme por huecos atestados, teñirme y cambiarme rápidamente de ropa, aparecer y desaparecer para engañar a las omniscientes cámaras. De hecho, ha sido el principal logro del día hasta ahora. Hacer algo en lo que eres bueno; ¿qué otra cosa puede hacer que te sientas genuinamente humano?

Muy bien, es mi turno. Allá va.

El gran golem, amarillo de guardia en la puerta tiene una expresión tan enorme de aburrimiento que me pregunto si es fingida. Supongo que incluso un ídem sintonizado para vigilancia puede aburrirse. Pero tal vez lo han sobornado. Warmnaker y Collins nunca me contaron los detalles, de ahí mi inquietud...

Un rayo acaricia la placa que cubre el bultito de mi frente. El guardia me mira a mí, luego a la pantalla. Su mandíbula se mueve, abriéndose un poco para subvocalizar un breve comentario, inaudible para mí pero no para el receptor infrasónico que tiene insertado en la garganta.

Dos artículos salen de una ranura en la garita, una pequeña placa de visitante y un papel, un mapa con flechas verdes que indica adónde debo ir. La flecha señala hacia arriba, hacia las suites de los ejecutivos, donde una copia diferente de Albert Morris tenía una cita hace horas. Ese yo nunca apareció, pero el fallo no es asunto mío. Mis intereses están en otra parte.

Murmuro las gracias al guardia, por reflejo, una amabilidad innecesaria que traiciona mi educación y mi edad, y luego me dirijo a las escaleras mecánicas para bajar.

¿De quién es la culpa si el entramado de Hornos Universales recibe dos de nosotros mezclados, confundiendo este yo con un yo completamente diferente?

Normalmente, en este punto de una misión, trataría de informar. Encontrar una conexión de teléfono pública (veo una al otro lado del vestíbulo) y cargar una copia codificada del informe que he estado dictando casi sin parar desde esta mañana. Para que Nell sepa dónde estoy. Para que Albert se entere de lo que se ha hecho.

Pero esto me está prohibido esta vez, por contrato. Gineen Wammaker ni siquiera quiere que la llame a ella. Nada que pueda relacionarse con el Estudio Neo o sus extraños camaradas. El resultado es una sensación de frustración mientras sigo escupiendo contenidos en mi grabadora insertada, como el impulso de un penitente por confesar.

Bueno, añade eso a todas las otras irritantes tendencias de esta extraña misión. Ahora estoy bajando por las escaleras, para llegar a un enorme complejo parecido a un hormiguero bajo las resplandecientes cúpulas corporativas, preocupado por la siguiente fase: buscar pistas de que Vic Eneas Kaolin está reteniendo ilegalmente logros científicos.

Muy bien, supongamos (como sospechan la maestra y la Reina Irene), que Hornos Universales ha resuelto un problema acuciante de nuestra época, como transmitir la Onda Establecida de la conciencia humana a distancias superiores a un metro. ¿Habrán pistas o signos que un profano como yo pueda entender? ¿Parejas de antenas gigantescas, una frente a la otra, en una cámara cavernosa? ¿Cables de tierra hiperconductores, gruesos como troncos de árboles, enlazando un original humano con el distante trozo de barro que planea animar?

¿O puede que los ejecutivos de HU hayan perfeccionado ya la tecnología? ¿Podrían estar usándola ahora mismo, en secreto, para «enviar» copias de sí mismos por todo el planeta?

Mis clientes quieren que busque pruebas, pero la otra mitad de mi trabajo es igual de urgente: no hacer nada ilegal. Lo que llegue a ver deambulando por ahí puede achacarse a la mala seguridad de HU. Pero no abriré ningún cerrojo para Gimén y sus amigos.

Podría perder mi licencia.

Maldición. Algo me ha estado incordiando toda la tarde. Como un picor que no logro localizar. Normalmente seguiría mi intuición, pero hay tantas cosas tan poco convencionales en este trabajo: el contrato de no revelación, la prohibición de cargar, eso unido al hecho de que estoy trabajando para la maestra, cosa que juré no volver a hacer. Añadamos ese violento episodio en el Salón Arco Iris y ahora este número en la cuerda floja, tratando de espiar a una corporación importante sin quebrantar la ley. Cualquiera de estas cosas haría que un tipo se sintiera inquieto.

Así que es extrañamente fácil descartar mis incómodos sentimientos. Atribuyámoslos a esta mezcla de irritaciones conocidas... no a algo aún peor, que bula al borde de la conciencia...

Aquí es donde debo bajarme. Primer subnivel. DIVISIÓN DE INVESTIGACIÓN, dice en brillantes letras sobre un amistoso portal de aspecto universitario. Más allá de otra sencilla garita veo ídems grises y negros de alta calidad, incluso algunos blancos de alta sensibilidad, moviéndose con animación, frenéticamente ocupados y, al parecer, disfrutándolo. A los científicos y técnicos normalmente les encanta copiar, ya que les permite experimentar a todas horas. Es como crear ejércitos enteros de ti mismo para saquear el almacén de la naturaleza, día y noche, cosechando datos mientras tu cerebro real descansa y se dedica a teorizar.

Irene dijo que sería fácil sortear la seguridad aquí también. Yosil Maharal era jefe de investigación y un Albea gris fue contratado para investigar la muerte del pobre hombre, así que estos tipos deberían esperar visita. Demonios, aunque me echen, puedo dar un vistazo desde la entrada...

«¿Qué estás haciendo?».

¡Maldición, no me bajé!

¡Me quedé en el camino móvil, dejando que me llevara más allá del portal de entrada, dejando atrás el Subnivel Uno, hacia más abajo! Esto no estaba en el plan...

Pero tiene sentido, ¿no? Creo ver qué impulso inconsciente me hizo continuar. ¿No tendrá el Departamento de Investigación sus propias rutas traseras a las cavernas más profundas, donde pueden realizar experimentos a gran escala? Los tecnos odian la seguridad, así que esas rutas traseras serán menos estrictas, estarán menos guardadas que el pozo central. De hecho, apuesto a que no habrá puestos de guardia allá abajo. Y además, mi tapadera parecerá más plausible si deambulo por la planta industrial, después de haberme «perdido» por el camino.

Parece razonable. Pero ¿explica por qué mis piernas se quedaron inmóviles hace unos momentos, impidiéndome bajarme? Maldición. La tecnoid sería mucho más conveniente y racional si copiar almas no requiriera arrastrar contigo tu subconsciente entero, todo el tiempo.

Más plantas pasan lentamente de largo mientras yo debato la cuestión. Un amplio portal que indica PRUEBAS ofrece un atisbo de una especie de infierno: cubiles de cámaras experimentales donde nuevos modelos golem realizan tortuosas hazañas, como los muñecos de prueba de antaño, pero conscientes, capaces de informar de los efectos de cada destrozo o indignidad. Y ninguna de las mutilaciones deliberadas puede ser considerada inmoral, ya que hoy en día se encuentran voluntarios ansiosos para cualquier cosa.

¡Ay, la diversidad!

Todavía bajando por el ascensor, descubro que me estoy frotando el costado: la larga cicatriz abultada de la herida que recibí durante la pelea en el Salón Arco Iris. No noto ningún dolor, pero cada vez me molesta más. ¿Es la irritación psicocerámica?

Compro grises hipersintonizados para concentrarse, obligados a recitar y analizar mientras exploran el terreno. Todo lo que deducen está en el quisquilloso

subconsciente de Al: la parte de mí que se preocupa, que coteja, que se preocupa luego aún más. Al recordarlo ahora, me parece horriblemente extraño cómo me atacó ese tipo en el club de Irene... casualmente el mismo matón que se encontró anoche el verde del lunes, en la plaza Odeón, antes de dar ese paseo por el fondo del río.

Y es extraño que la Reina Irene, ansiosa por verme y con muchos yoes de sobra, me dejara esperando en ese violento club, donde me encontraron los problemas.

¿Estaba previsto que me encontrarán?

He llegado hasta el primer nivel industrial. Enormes tanques de acero inoxidable se pierden en la distancia como regimientos de recios gigantes brillantes.

El aire se llena de fuertes aromas terrosos de barro bañado en péptidos. Sólo una fracción procede de material nuevo. El resto se recicla, entregado cada día en grandes tubos traídos de los puntos de recolección de toda la ciudad, un puré espumoso que hace tan sólo unas horas componía seres humanoides individuales, que hablaban y caminaban, cumpliendo ambiciones e incontables ansias distintivas. Ahora su sustancia física los reúne, mezclándolos de nuevo en estos tanques... la reunión democrática definitiva.

Las paletas de mezcla se agitan mientras polvos chispeantes caen en el mejunje, sembrando sitios nanocoalescentes que se convertirán en células rox, preenergizadas para un frenético día de actividad efímera. Mis miembros se retuercen. No puedo evitar imaginar la entropía calando firmemente en mis propias células mientras consumen rápidamente el dan vital que absorbieron en estos mismos tanques.

Dentro de unas horas ese agotamiento llevará al retortijón. Un deseo de regresar, como un salmón viejo, con quien me imprimó. Para descargar, la única oportunidad que tiene un ídem de otra vida, antes de que este cuerpo se una de nuevo al eterno río de barro reciclado.

Sólo que no habrá descarga esta vez. Ninguna continuidad. No para mí.

El suelo se eleva ante mí, conduciéndome a otro nivel subterráneo, más grande y más ruidoso que el anterior. Esos tanques gigantescos que vi (y que ahora están encima) devuelven sus espumosos mejunjes a máquinas titánicas y sibilantes que gruñen y giran implacablemente. Robots tractores empujan grandes canillas por las vías del techo, repartiendo acres de malla finamente tejida que titila de maneras que ningún ojo natural podría mirar: el espectro de difracción de la cruda materia del alma. O lo más parecido según ha diseñado la ciencia.

El barro reticulado y preparado se mezcla bajo las enormes prensas giratorias, amasándose y formando una pasta de la que se extrae el líquido sobrante, y luego otra forma humanoide pasa a los transportadores mecánicos. Vienen continuamente, preteñidos según su coste y sus habilidades internas. Algunos continúan su marcha hacia las instalaciones de prestaciones de serie. Otros modelos básicos, subvencionados por el Estado, son tan baratos que incluso los pobres pueden permitirse duplicar, viviendo vidas más grandes de lo que sus antepasados podrían haber imaginado. En todo el mundo, fábricas similares abastecen a la mitad de la

población humana, enviando golems a corto plazo a millones de refrigeradores, copiadoras y hornos domésticos.

Un milagro deja de llamar la atención cuando se lo ofreces a todo el mundo.

Al contemplar las titánicas prensas escupir repuestos de ídem (cientos por minuto) me doy cuenta de un absurdo.

Irene y Gincen dicen que debo buscar logros industriales ocultos aquí en Hornos Universales. ¡Pero ése no puede ser el motivo real por el que me enviaron!

Piensa, Albert. HU tiene competidores. Tetragam Limited. Megi-Ilar-Ahima'az del Yemen. Fabrique Chelm. Compañías que contrataron las patentes originales de Kaolin, hasta que expiraran. ¿No se preocuparían ellas por innovaciones ocultas, más que la maestra y sus amigos? Con mayores recursos, podrían descubrir docenas de medios... como ofrecer trabajos importantes a los empleados de HU. ¿Cómo podría esperar Hornos Universales ocultar descubrimientos impactantes como los que mencionó Vic Collins?

Sí, el mal se nutre del secreto. Es lo que impulsa a Albert. Descubrir la maldad. Encontrar la verdad. Tachón. ¿Pero es eso lo que estoy haciendo ahora? Demonios, nadie puede montar una conspiración realmente grande hoy en día, cuando la delación seduce a tus empleados con dinero y fama. Incontables delitos menores florecen, lo cual me permite dedicarme a mi trabajo. ¿Pero podría alguien ocultar secretos tan importantes como los que describieron mis clientes?

¿Por qué iba a molestarse nadie?

De repente, está claro de qué iba todo aquello de los «logros ocultos». ¡Estaban apelando a mi vanidad! Me distrajeron con atisbos de excitante tecnología nueva. Con enigmas intelectuales. Y con sus excéntricas personalidades. Con todo tipo de digresiones irritantes, para que mi inquietud general pudiera ser explicada por la excitación, o los nervios, o el disgusto personal.

El suelo pasa de nuevo de largo, ofreciendo ala vista una nueva capa de la fábrica. Al principio parece la misma enorme cadena de montaje, pero estas prensas están más especializadas. Modelos policiales azules pasan a un cinturón transportador, preequipados con Espolones de la Paz y altavoces. Otras unidades producen diseños de tamaño enorme, con grandes músculos y piel blindada, teñidos cort el tono de camuflaje militar. Me recuerdan a Clara, que está librando su guerra en el desierto.

Ése es un dolor que debo reprimir. «Nunca volverá a preocuparte chico ídem. Concéntrate en tus propios problemas. Como por qué te contrataron la maestra y sus amigos».

No para penetrar en Hornos Universales, claramente. Eso fue patéticamente fácil (¡Albero debería ofrecerle a Eneas Kaolin una propuesta para mejorar la seguridad aquí!). Wammaker y compañía no tenían que pagarle a un tipo como yo una tarifa triple sólo por venir aquí a echar un vistazo. Collins e Irene podrían haber enviado a cualquiera. Podrían haber venido ellos mismos.

No, yo ya hice la parte dura (la parte para la que Inc contrataron) antes de llegar a

la puerta principal. Esquivar todas las cámaras públicas ahí fuera, cambiar de aspecto una docena de veces, cubriendo hábilmente mi rastro para que nadie me relacionara con mis clientes.

¿Podrían tener un motivo, mucho más importante que el que inc contaron?

Al mirar a la pared más cercana, veo una grabacam. Un absorbedor, de los baratos, que inserta un encuadre en un cubo polímero cada pocos segundos hasta que se llena y hay que sustituirlo cada mes. Debo de haber pasado ante centenares desde que llegué. Y leyeron mi placa de identidad en la garita de entrada. Así que ha habido un registro desde el momento en que llegué. Si alguien se molesta en comprobarlo, sabrán que un Albea Morris gris estuvo por aquí. Pero HU no puede quejarse si me ciño a lo legal. Mientras todo lo que haga sea «perderme» y mirar alrededor.

Pero ¿y si hago algo malo? Tal vez sin pretenderlo...

¡Maldición! ¿Qué es esto?

Un bichito, como una especie de mosquito, revolotea ante mí. Esquiva una palmada y se lanza hacia mi cara. No puedo permitirme distracciones, así que uso un arrebato de energía para agarrarlo en el aire y lo aplasto en la mano.

¿Dónde estaba? Preguntándome si Gimen y los demás tenían algún plan oculto. ¿Como que tal vez suceda algo más mientras estoy en Hornos Universales? El camino móvil me lleva a otro nivel más bajo donde oigo el rumor de más máquinas. Una vez más, me estoy frotando la herida... y ahora me pregunto si el bultito brillante de mi costado puede contener algo más que tejido cicatrizado.

¿Podría ser por eso por lo que el matón-gladiador me atacó, en el Salón Arco Iris? No una coincidencia, sino algo preparado... para que yo aceptara un intervalo en blanco durante las «reparaciones», cuando en realidad...

¡Otro maldito mosquito aletea ante mí, y luego se lanza en plan kamikaze contra mi cara!

Otro arrebato muscular y chisporrotea en mi mano. No puedo dejar que me distraigan. Lo que necesito es un modo de comprobar estas locas sospechas.

Salto del camino móvil y corro junto a una cinta sin fin que transporta diversos ítems industriales frescos. Largiruchos limpiacristales, recogedores de fruta de brazos largos, estilizados granjeros acuáticos y fornidos peones de la construcción, todos hechos para trabajos cuya mecanización es demasiado inflexible o costosa, inertes como muñecos, carentes de ningún espíritu humano que los impulse. Puede que descubra lo que necesito más adelante, donde estos repuestos especializados son envueltos en crisálidas de airgel CeramWrap endurecido para ser distribuidos.

¡Allí! Un trabajador naranja de HU está junto a la cinta, observando un tablerovid cubierto de símbolos destellantes. «Control de Calidad», dice un logo bordado en su ancha espalda. Avanzo y sonrío amistoso mientras aparto otro de esos molestos e irritantes mosquitos. (¿Una plaga industrial local?).

—¡Hola!

—¿Puedo ayudarlo, señor? —pregunta él, asombrado. Los pocos grises que

vienen aquí abajo llevan insignias de HU.

—Me temo que me he perdido. ¿Es éste el Departamento de Investigación?

Una risa.

—¡Amigo, sí que está perdido! Pero todo lo que tiene que hacer es volver por donde ha venido y...

—Vaya, sí que tiene un puesto de diagnóstico chulo aquí —interrumpo, tratando de parecer desenfadado—. ¿Le importa si lo uso un segundo?

El asombro del técnico se vuelve cautela.

—Es para asuntos de la compañía.

—Vamos. No costará nada más que electricidad.

Sus cejas de imitación se fruncen.

—Lo necesito cada vez que el sistema detecta un repuesto defectuoso.

—¿Y eso sucede con qué frecuencia? —Espantando a un mosquito insistente, advierto que al tipo naranja no lo atacan los zumbantes bichos.

—Tal vez uno ala hora, pero...

—Esto requerirá un minuto. Vamos. Hablaré bien de usted arriba. ¿Mensaje? Que soy un visitante VIP. Sé cortés y añadiré puntos a tu expediente.

—Bueno... —decide él—. ¿Ha usado alguna vez un Xaminador tipo-ocho? Será mejor que yo maneje los controles. ¿Qué vamos a buscar?

Avanzo hacia la pantalla fluorescente y me levanto la túnica para mostrarla gran cicatriz. El se queda mirando.

—Vaya, mira eso —curioso, el técnico empieza a leer el escáner. Sólo que ahora yo estoy distraído con dos de los malditos mosquitos. ¿Qué demonios son, y por qué me atacan sólo a mí?

Con sorprendente coordinación, se lanzan en el mismo instante, uno hacia cada ojo. ¡Mi mano derecha agarra uno, pero el otro hace una finta, esquiva, y luego me ataca la oreja!

¡Maldición, duele cuando se mete dentro!

—Deme unos segundos —dice el tipo naranja, manejando los controles—. Estoy acostumbrado a inspeccionar repuestos vacíos. Tengo que cancelar la interferencia de su campo-alma imprimado.

Mientras me llevo la mano a la cabeza, me detengo cuando una voz bruscamente explota en el interior, resonando como un dios despierto.

—Hola, Albert. Cálmate. Soy yo, Pal.

—¿P-Pal?

Aturdido, bajo la mano. ¿Puede oírme el bicho cuando hablo en voz alta?

—¿Pero qué...?

—Estás metido en un buen lío, ídem mío. Pero tengo tu situación. Estoy aquí mismo, con uno de tus verdes. Te sacaremos de este jaleo.

—¿Qué jaleo? —exijo—. ¿Sabes qué está pasando?

—Te lo explicaré dentro de poco. ¡No hagas nada!

El técnico mira desde su puesto.

—¿Ha dicho algo? Ya casi estarnos listos.

—Estoy haciéndome un estanco de diagnóstico —le digo al bicho en mi oído—. Aquí mismo, junto a una de las cadenas de mon...

—¡No hagas eso! —grita la voz de Pal—. Lo que llevas puede estar preparado para estallar cuando pases por un escáner de seguridad. —Pero ya he pasado por uno, en la entrada principal...— Entonces un segundo escaneo podría ser la señal de activación. Bruscamente, todo tiene sentido. Si Ginen e Irene plantaron algo letal dentro de mí, aumentarían los daños retrasando la ignición, bien con un reloj o preparándolo para que se dispare cuando pase por un segundo escaneo, en algún lugar de las profundidades... digamos que al entrar en el ala de investigación, cosa que estuve a punto de hacer hace unos minutos.

—¡Alto! —grito, mientras el técnico tira de un interruptor.

... cosas... sucediendo muy rápido...

... aplica subida de energía... cambia tiempo subjetivo... cambio lapso de vida por pensamientos rápidos...

Mientras salto a un lado para evitar el rayo, sé que es ya demasiado tarde. El cosquilleo del escáner me alcanza. El bulto en mi costado reacciona. Me preparo para una explosión.

—¡Vaya, tiene usted razón! —dice el técnico—. Tiene algo dentro, pero... ¿adónde va?

Echo a correr. Un arrebato de acción.

No es una bomba simple, o sería ya un millón de piezas ardientes. Pero algo se está rebullendo en mi interior y, no me gusta ni pizca. El mosquito de Pal zumba en mi oído.

—¡Dirígete a la bodega de carga! —grita—. Nos reuniremos contigo allí.

Por delante, más allá de las máquinas gigantescas que envuelven los repuestos de ídems en crisálidas de airgel, veo faros de camiones internándose en la noche. Al imaginar el montículo del hormiguero del cuartel general de HU, me atrevo a esperar... ¿si puedo salir de aquí, estropeará eso el plan de la maestra? Las explosiones al aire libre causan menos daños.

Pero no es una bomba. Siento el calor burbujeante. El escáner disparó complejas reacciones químicas. Síntesis programada, quizás está creando un nanoparásito de diseño o un prión destructor. ¡Salir al exterior podría salvar a HU sólo para poner la ciudad en peligro!

Pal me grita en el oído que gire a la izquierda. Así lo hago.

Puedo sentir las cámaras de las paredes, sus pasivos ojos grabando. No hay tiempo para detenerse y gritar mi inocencia: ¡Yo no lo sabía! Sólo las acciones pueden hablar ahora en favor de Albert Monis. Para salvarlo a él de la cárcel, yo

agoto mis reservas.

Por delante, las zonas de descarga. Repuestos de ídem envueltos en gel se deslizan al interior de tubos neumáticos, partiendo para sus lejanos clientes con un absorbente woosh. Palas gigantescas, resoplando y zumbando, trasladan a los camiones los modelos más grandes.

—¡Por aquí!

El grito hace eco, tanto en mi oído como en la zona de carga. Veo una versión de mí mismo, teñido de Naranja HU, con una criatura parecida a una comadreja al hombro. Ambos ídems están heridos, y afín humean por haber combatido hace poco.

—¡Nos alegramos de verte! —grita el miniPal de cuatro patas—. Tuvimos que luchar para entrar en este sitio y dejar atrás a unos desagradables... ¡Eh!

No hay tiempo de pararse a comparar notas. Echamos a correr y comparto durante una décima de segundo una mirada con mi otro yo y reconozco al verde de esta mañana. Parece que he encontrado algo más interesante que hacer hoy que limpiar retretes. Bien por ti, Verde.

La abrasión en mi estómago está alcanzando algún tipo de clímax, provocando en mis rudos órgano-golems un frenesí químico. Un infierno está a punto de estallar. Necesito algo enorme para contenerlo.

¿Debo zambullirme en la máquina de empaquetado? No. El airgel no valdrá.

Así que escojo una pala cercana, que gruñe y resopla mientras quema combustible al cargar las grandes cajas en el camión. Su cabeza de diplodocus se vuelve, parecida al humano que la imprimó.

—¿Qué puedo hacer por usted? —Ruge la grave voz, hasta queme meto entre sus patas—. Eh, tío, ¿qué está...?

Bajo la cola, un repelente tubo de escape escupe humos de alto octanaje, una titilante flatulencia de enzimas de humedad del esforzado cuerpo de barro. Ignorando todo instinto, meto ambos brazos entre los labios de pseudocarne, obligando al esfínter de residuos a abrirse para...

... para poder meterme dentro.

La pala grita. La comprendo pero aguanto mientras salta y se agita, tratando de expulsarme del peor lugar en el que he estado jamás.

Que yo sepa, claro está. Algunos de mis otros ids puede que se hayan visto en situaciones peores. Los que nunca volvieron a casa... aunque de algún modo, lo dudo.

Mientras me introduzco cada vez más, espero que mi grabadora insertada sobreviva. Tal vez este acto final de sacrificio libre a Albees de la culpa. Menos mal que no cargará nada de todo esto. Me quedaría traumatizado para los restos.

La pobre pala se rebulle. Latidos de gas apestoso tratan de expulsándome. Pero aguanto, golpeando y sujetándome ferozmente. ¡Una gran contorsión termina en una penetrante agonía cuando mi pie derecho se desprende! Mordido por el frenético golem.

No puedo reprochárselo, pero sólo me impulsa más adentro, apretando los dientes contra el hedor, usando un estallido final de élan de emergencia para subir por la mareante cloaca y dirigirme a su pesado centro.

Mientras tanto, me estoy consumiendo desde dentro. Usado como detonante para una horrible reacción mientras los contenidos fulminantes de mi torso se preparan para estallar.

¿Estoy lo bastante dentro? ¿Contendrá el enorme cuerpo de barro lo que quiera que sea?

Tío, vaya diíta que lle...

Demasiada realidad

... donde realAlbert descubre que no se puede volver a casa...

El extrarradio.

Amigo, qué desierto.

A media hora de casa de Ritu Maharal, cuando tornábamos el tramo de autopista que sale de la ciudad, nos alcanzó un rayo guía que se apoderó del Volvo, esclavizando su motor, y nos hizo pasar a un Anaxíficos paso por una zona de tráfico de alta densidad. Los ciclistas nos adelantaron casi todo el tiempo, dada la prioridad que los ordenadores otorgan sabiamente a la energía humana real en vez de a los meros ídems en coche.

Más allá y por debajo de la autopista, fueron pasando una serie de barrios, cada uno chillón con su pintoresca moda arquitectónica: desde castillos de cuento *a kitsch* siglo xx. La rivalidad entre zonas ayuda a distraer a la gente de dos generaciones de desempleo, así que los lugareños y sus ídems se esfuerzan como maníacos por crear espectáculos llamativos, a menudo concentrándose en un tema étnico: el orgullo de alguna comunidad emigrante que hace mucho tiempo se convirtió en un batiburrillo cultura.

Algunos consideran que el tramo de carbonita elevado, la Cielo-pista Diez, es una versión ampliada de *It's a Small World*, que se extiende a lo largo de más de cien kilómetros. La globalización nunca terminó con la diversidad humana, pero transformó lo étnico en otro hobby más. Otra forma para que la gente encuentre valor en sí misma, donde sólo los que tienen auténtico talento pueden conseguir trabajos auténticos. Eh, todo el mundo sabe que es falso, como el salario púrpura. Pero es mejor que la alternativa: aburrimiento, pobreza y guerrarreal.

Me sentí aliviado cuando por fin dejamos atrás el último cinturón verde de la ciudad y nos internamos en el aire seco y natural del paisaje real.

La gris de Ritu no hablaba mucho. Debía de estar triste cuando imprimó. No era en absoluto sorprendente, ya que el cadáver de su padre ni siquiera estaba frío todavía. De todas formas, ese viaje no había sido idea suya.

Para iniciar la conversación, le pregunté por Vic Eneas Kaolin.

Ritu conocía al magnate desde que su padre se había unido a Hornos Universales hacía veintiséis años. De niña veía con frecuencia al potentado, hasta que se volvió ermitaño, uno de los primeros aristos en dejar de reunirse con gente en carne y hueso. Ni siquiera sus amigos íntimos habían visto al hombre en carne y hueso desde hacía una década. No es que a la mayoría les importara. ¿Por qué? El Vic seguía dando citas, asistiendo a fiestas, incluso jugando al golf. Y todos aquellos ídem platino

suyos eran tan buenos que bien podrían haber sido reales.

Ritu también debía usar sus conexiones en HU para conseguir repuestos de alta calidad. Incluso con la falta de luz, yo notaba que su gris era soberbio, realista y de buena textura. Bueno, después de todo, yo le había pedido que enviara una copia de primera categoría para que me ayudara en mi investigación.

—No estoy segura de a qué fotos se refiere usted —respondió ella cuando le pregunté por las fotos desaparecidas en la casa de su padre, las que el ídem de Kaolin robó de la pared. Ritu se encogió de hombros—. Ya sabe cómo es. Las cosas familiares se vuelven parte del paisaje de fondo.

—A pesar de eso, le agradecería que se esforzara en recordar.

Ella cerró los párpados, cubriendo el azul uniforme de sus golemglobos.

—Creo... puede que haya sido una foto de Eneas y su familia, cuando era joven. Otra los mostraba a mi padre y a él junto a su primer modelo no humanoide... uno de esos recogedores de frutas de brazos largos, si no recuerdo mal. —Ritu sacudió la cabeza—. Lo siento. Mi original podría serle de más ayuda. Puede hacer que su rig se lo pregunte.

—Tal vez —asentí. No hacía falta decirle que tenía al Albea Morris original sentado a su lado—. ¿Puede decirme cómo se llevaban últimamente Kaolin y su padre? Sobre todo justo antes de que Yosil desapareciera.

—¿Cómo se llevaban? Siempre fueron grandes amigos y colaboradores. Eneas daba a papá cancha libre para su idiosincrásica conducta y sus largas desapariciones, y una exención permanente para las sesiones de detectores de mentiras a las que todos los demás nos sometemos, dos veces al año.

—¿Dos veces al año? Debe de ser desagradable.

Ritu se encogió de hombros.

—Parte del Sistema de Nueva Lealtad. Normalmente sólo preguntan: «¿Guardas algún gran secreto que pudiera perjudicar a la compañía?». Seguridad básica, sin ser molesta, y los sistemas se aplican del mismo modo a todos los niveles de la compañía.

—¿A todos los niveles?

—Bueno —reconoció la grisid de Ritu—. No recuerdo que nadie sintiera en que el propio Eneas pasara por un escáner en persona.

—¿Por miedo?

—¡Cortesía! Es un buen jefe. Si Eneas no quiere ver a otras personas en carne y hueso, ¿por qué va nadie en la familia HU a cuestionar sus motivos?

«¿Por qué, en efecto? —me pregunté—. No hay ningún motivo... ¡excepto anticuada y acuciante curiosidad! Está claro que es otro caso de personalidad que marca el rumbo de tu carrera. La gente como yo no está hecha para este nuevo mundo de juramentos de lealtad y grandes “familias” industriales».

Guardamos silencio después de eso, y no me importó. De hecho, necesitaba una excusa para desconectarme... es decir, fingir pasar a modo durmiente. El coche

conduciría solo hacia la distante meseta donde se hallaba la cabaña del padre de ella. Durante esas horas, yo podría disfrutar de un poco de sueño orgánico.

Afortunadamente, la propia Ritu me proporcionó un pretexto.

—Le encargué a esta ídem que hiciera un poco de investigación en la red durante el camino. ¿Le importa si la realizo ahora?

En el regazo tenía un chador de estación de trabajo portátil, sin duda muy sofisticado, con una capucha opaca que podía colocarse sobre la cabeza, los hombros y los brazos.

—Muy bien —dije—. ¿Quiere una pantalla de intimidad, además del chador?

Ella asintió, dirigiéndome la misma atrayente mirada que la primera vez que nos vimos.

—Espero que no le importe.

Algunas personas piensan que es una tontería desperdiciar galantería con los ídems, pero nunca he entendido su razonamiento. Yo la aprecio cuando soy de barro, o cuando finjo serlo. De todas formas, sus necesidades coincidían con las mías.

—Claro. Programaré la pantalla *para* seis horas. Ya estaremos cerca de la cabaña a esa hora, al amanecer.

—Gracias... Albert.

Su sonrisa adquirió un voltaje superior, haciendo que me ruborizara. No quería que se notara, así que sin más ceremonia que un gesto amistoso con la cabeza, toqué el botón de la PI entre nuestros asientos, liberando una capa de nanohilos desde lo alto y creando un telón negro que rápidamente se solidificó en una barrera palpable, separando a los ocupantes del coche. Me quedé mirándola un minuto, olvidando brevemente el motivo real por el que había decidido por impulso hacer aquel viaje en persona. Entonces lo recordé.

«Clara. Oh, sí».

Saqué un gorro de dormir de la maleta y me lo coloqué sobre las sienes. Con su ayuda, unas pocas horas serían más que suficientes. Además, idRitu no lo sabría nunca.

La llamada de interrupción me arrancó del sueño. Una auténtica pesadilla de carne donde un ejército de oscuras figuras avanzaba sobre un arrasado paisaje lunar, demasiado yermo para albergar ninguna vida. Sin embargo allí estaba yo, clavado en mi sitio como un árbol moribundo, incapaz de moverme mientras altas formas metálicas pisoteaban a mi alrededor, alzando garras manchadas de sangre.

Una parte de mí se encogía aterrorizada, completamente sumergida en el espejismo. Mientras tanto, una porción más despegada se apartaba, como hacemos a veces en los sueños, reconociendo en abstracto la escena de un holofilm de ci-fi, que me asustó de muerte cuando tenía siete años. Una de las pocas cosas deliberadamente crueles que me hizo mi hermana, cuando éramos jóvenes, fue ponerme aquella pelid de miedo una noche tarde, a pesar del cartelito de advertencia: «TÓXICO PARA PREADOLESCENTES».

Me desperté, con la breve desorientación que produce salir de un sueño REM, preguntándome dónde estaba y cómo había llegado allí.

—¿Qué...?

El gorro de inducción cayó mientras me incorporaba, el corazón desbocado.

Al mirar a la izquierda, vi pasar el paisaje desértico iluminado por la luna, mientras el Volvo recorría una carretera de dos carriles, sin otro vehículo a la vista. Espinosas yucas proyectaban sombras fantasmales por aquel árido reino de serpientes de cascabel, escorpiones y tal vez, unas cuantas tortugas. A mi derecha, la pantalla de intimidad continuaba intacta, engullendo luz y sonido. Por suerte. Impedía a Ritu ser testigo de mi indigno despertar, tan poco propio de un ídem.

—¿Bien? ¿Estás despierto?

La voz (baja y direccional) procedía del panel de control del coche. Un homúnculo me miraba con una cara como la mía, sólo que negro brillante, con una expresión de claro desdén insolente.

—Uh, sí —me froté los ojos—. ¿Qué hora es?

—Veintitrés cuarenta y seis.

Vaya. Unas tres horas y media desde que me dispuse a echar una cabezada. Sería mejor que esto fuera importante.

—¿Qué pasa? —Croé con la boca seca.

—Asuntos urgentes.

Tras el duplicado ébano vi mi cuarto de trabajo. Todas las pantallas encendidas, algunas sintonizadas con fuentes de noticias.

—Ha habido un accidente en Hornos Universales. Parece sabotaje industrial. Alguien hizo estallar una bomba catalizadora de priones.

—¿Una... qué?

—Una nube de replicadores orgánicos diseñada para extenderse y permear las instalaciones, estropeando todas las almamallas sintéticas del lugar.

Parpadeando sorprendido, debí de parecer idiota.

—¿Por qué querría nadie...?

—El por qué no es nuestra principal preocupación ahora mismo —me interrumpió mi golem azabache, brusco como de costumbre—. Parece que dos de nuestros duplicados estaban dentro de la sede de HU en ese momento. «Comportándose de manera sospechosa», es la frase que encontré en un informe policial. Ahora mismo están preparando órdenes judiciales para venir y apoderarse de nuestros archivos.

No pude creerlo.

—¿Dos de ellos? ¿Dos de nuestros ids?

—Más un par de Pat.

—¿P-Pal? Pero... no he hablado con él desde... debe de haber algún error.

—Tal vez. Pero tengo un mal presentimiento. La lógica y la intuición sugieren que nos han tendido una trampa. Sugiero que dejes tus actuales preocupaciones y

vuelvas de inmediato.

Escandalizado y anonadado, sólo podía estar de acuerdo. Aquello tenía mucha más prioridad que husmear en la vieja cabaña de Yosil Maharal, o que mis otros impulsos para este viaje.

—Voy a dar la vuelta —dije, extendiendo la mano hacia los controles—. A máxima velocidad debería estar de regreso en...

El azabache me cortó bruscamente, alzando una mano brillante.

—Estoy captando GuardiaCiudad... una alerta en tiempo real.

Cohete sin autorización, a cinco kilómetros al este de aquí... Una pausa terrible, y entonces:

—Un lanzamiento de misil. El espectro encaja con Vengador Seis. Están siguiendo...

Sus ojos oscuros se encontraron con los míos.

—Viene hacia aquí. Tiempo de llegada estimado, diez segundos. —P-pero...— parpadeé.

Con calma inefable, los dedos de ébano bailaron.

—Voy a guardarlo todo en el depósito externo doce. Tú concéntrate en salvar tu piel. Luego averigua quién hizo esto y haz que el hijo de pu...

Como un espejo condenado, mi oscuro reflejo se rompió bruscamente en millones de añicos brillantes que revolotearon brevemente delante de mí. Entonces, uno a uno, se apagaron rápidamente hasta que sólo quedó un leve movimiento de aire.

El Volvo habló con el aburrido tono de voz del silencio:

—PIDIÓ QUE LE AVISARA DE CUALQUIER NOTICIA QUE SUPERARA EL NIVEL DE PRIORIDAD CINCO QUE AFECTA A SU VECINDARIO. ESTOY DETECTANDO INFORMES DE UNA EMERGENCIA DE NIVEL NUEVE EN SU BLOQUE, CENTRADOS EN SU DIRECCIÓN.

Cómo envidié a nuestros antepasados, que a veces evitaban las malas noticias durante unas cuantas horas o días, allá en las épocas tecnológicamente benditas, cuando las noticias viajaban mucho más despacio que la luz y se canalizaban a través de periodistas y burócratas. Realmente, no quería verlo. Conseguí decir con voz ahogada:

—Muéstramelo.

Una serie de holoimágenes surgieron, mostrando instanoticias de media docenas de publicams y *voyeurs* flotantes privados, programados para cernirse como buitres sobre todo lo que fuera inusitado y vender directamente sus imágenes a la Red. En este caso, la atractiva novedad era una explosión. Una casa (mi casa) ardiendo incontrolablemente y con tanta intensidad que va se había formado un embudo en las llamas que absorbía todas las cámaras desprevenidas que se acercaban demasiado.

Tal vez lo sabía y prefería mantener el telón corrido. Los rumores, que se extendían por la Red, ya me mencionaban como principal sospechoso en el sabotaje de Hornos Universales. Decidí si disolver o no la pantalla de intimidad desde mi lado y tratar de explicarme. Ensayar mi alegación de inocencia antes de intentarlo con la

policía...

Justo entonces un par de reflejos llamaron mi atención. Faros. Reacio, reduje la velocidad endemoniada del Volvo... y luego un poco más. Algo me chocó con respecto a las luces. Su posición en la carretera era extraña. Tal vez la autopista giraba un poco ala derecha, más adelante...

Sólo que no lo parecía. Seguí acercándome ala derecha, planeando por instinto adelantar las luces por ese lado, ¡pero inesperadamente la carretera giró hacia el otro lado, ligeramente a la izquierda! Pulsando el freno, reduje la velocidad un poco más, esperando consultar el ordenador de navegación.

¡El otro coche estaba cerca!

Con idea de evitarlo por fin por la derecha, casi choqué con el otro tipo antes de comprender la situación. ¡El imbécil había virado hacia mi lado, apuntando sus luces hacia el tráfico! ¡Sólo un giro de último segundo me hizo volver a la carretera, sin alcanzar al idiota por cuestión de pulgadas!

El volantazo se convirtió en un giro, los neumáticos chirriaron y humearon mientras el mundo daba vueltas. Tuve tiempo de lamentar una vida gastada ignorando las reglas básicas de seguridad de tráfico. No era de extrañar que Clara insistiera en conducir ella cada vez que íbamos juntos a alguna parte. Mi maravillosa, feroz Clara... y ningún fantasma mío para consolarla.

Me imaginé terminando como Yosil Maharal, aplastado en el fondo de un barranco... hasta que los giros terminaron con el Volvo detenido y a salvo en medio de la autopista de dos carriles, apuntando con sus luces gemelas al idiota que casi había causado un accidente.

Una figura oscura salió del otro coche, difícil de distinguir entre el resplandor de los faros. Yo estaba a punto de salir también para tener unas palabritas con el tipo. Entonces vi que llevaba algo largo y pesado. Protegiéndome los ojos del resplandor, vi que se llevaba a la cara aquella cosa gruesa y en forma de tubo.

—¡Joder! —maldije, metiendo la segunda y pisando el acelerador. ¡El instinto me impulsaba a girar el volante y dar frenéticamente media vuelta para escapar de aquella arma, fuera cual *fuese!* Sólo que el cerebro de Albea sabía que no.

Aturdido, actué durante un rato por puro reflejo, pagando las tarifas más altas por compuestos panespectrales hasta que una imagen clara brotó de la oscuridad y las llamas.

—¡Maldición! —murmuré, odiando a quienquiera que hubiera hecho aquello—. También se han cargado mi jardín.

Desvié el coche del rayo tractor y di la vuelta, dirigiéndome de nuevo a la ciudad. Si conducía a treinta por encima del límite de velocidad, supuse que podría purgar todas las micromultas con un descargo de necesidad pública. Ya saben, corría a casa para ayudar a las autoridades a aclarar aquel lío. De todas formas, un acto de buena fe

podría ayudar a convencer a alguien de que me escuchara cuando proclaman mi inocencia.

¿Inocente de qué? Todavía no tenía una imagen clara de lo que había pasado en Hornos Universales.

Dos copias más... y varias de Pallie. Pero ¿qué copias? La que desapareció en la mansión Kaolin, presumiblemente. ¿Y la gris que cortó la comunicación después de aceptar un contrato cerrado? Fuera cual fuese ese trabajo, las cosas debían de haberse torcido a lo grande.

Empezaron a llegar noticias de la sede de HU. Una bomba de priones había estallado, en efecto, *pero* los informes preliminares eran optimistas. Los empleados comentaban que se trataba de un excepcional golpe de suerte. La zona afectada era pequeña, porque un valiente operador de pala se sentó sobre el saboteador en el último instante, reduciendo la explosión con su enorme golemcuerpo y limitando la dispersión del veneno.

«Magnífico —pensé—. Pero ¿qué tiene todo esto que ver conmigo?»

No recibí respuesta en el teléfono de Pallie, ni en nuestro buzón secreto. Ninguno de mis cuatro ídems del martes respondió a mi llamada ultraurgente. Sólo podía explicar qué había sido de uno de ellos: el leal azabache que permaneció en su puesto, esforzándose hasta que el infierno se desencadenó sobre su cabeza, convirtiendo su cuerpo de barro húmedo en volátiles copos de cerámica.

Miré a la pantalla de intimidad, el telón que me separaba de la celda del asiento de pasajero. ¿Debería disolverla e informar a la gris de Ritu? Pero, sin duda, como directiva de HU, ella debía de haber recibido una alerta sobre lo sucedido en su compañía. ¿O estaba tan concentrada en su proyecto que había prohibido todo tipo de distracciones, como las noticias?

Clara me lo explicó hace mucho tiempo: un principio militar básico, A veces tu única esperanza es gritar un desafío y atacar, y esperar lo mejor.

Evidentemente. La táctica desde luego sorprendió a mi atacante, que dio un salto atrás, chocando con la capota de su coche antes de intentar apuntar mejor. Yo aullé, pisé con fuerza, poniendo el motor del Volvo en un estallido de potencia de emergencia.

En esa décima de segundo, entre el resplandor de los dos grupos de faros encontrados, supe varias cosas a la vez.

«¡Santo Dios, es Eneas Kaolin!».

Y: «Va a disparar antes de que lo alcance».

Y: «No importa el arma que tenga, todavía tendré la satisfacción de convertir su lamentable culo de barro en fragmentos de cerámica».

No me sirvió de mucho consuelo cuando un rayo de luz horrible surgió del arma de Kaolin, envolviendo mi coche en fuegos artificiales. El dolor siguió poco después.

Con todo, a través del cegador ataque, llegué a ver el ídem platino alzar ambos brazos y dejar escapar un último quejido de desesperación espontánea.

SEGUNDA PARTE

Recuerda, te lo ruego, que me has amasado como
al barro, ¿me devolverás de nuevo al polvo?

Libro de Job.

Duplicidad

... el miércoles, el primer gris del martes protesta
por lo injusto de la vida...

Lo primero que advierto, cuando me despierto, no es el estrecho tubo donde me encuentro confinado. Me han emboscado, asaltado, atrapado y encerrado tantas veces que apenas lo noto ya. No, mi primer pensamiento es que no debería haber estado durmiendo. Soy un ídem, después de todo. Con sólo un reloj enzimático corriendo, no tengo tiempo para frivolidades.

Entonces lo recuerdo todo de sopetón...

Corría junto aun seto de un anticuado enclave suburbano, creado para los servidores de Eneas Kaolin. Tropecé con una bici y me pregunté... ¿adónde ha ido el fantasma de Maharal? ¿Por qué el último golem del inventor salió corriendo, en vez de ayudar a resolver la muerte de su hacedor?

Rodeé el seto, sólo para encontrar...

¡idMaharal!

El gris estaba allí, sonriendo, apuntándome con un arma con boca de trompeta...

El recuerdo es inquietante. Peor, tengo la extraña impresión de que ha pasado bastante tiempo desde entonces. Horas. Más de las que puedo permitirme.

Es buena cosa que pague para que mis repuestos ídem tengan bloqueo de fobia, o estaría sufriendo un ataque ahora mismo, atrapado dentro de un estrecho cilindro en un jarabe de pringoso fluido sostenedor. Muy bien, Albert... idAlbert... deja de golpear las paredes. Nunca saldrás de aquí por la fuerza. ¡Concéntrate!

Recuerdo haber corrido para alcanzar al fantasma de Maharal, rodear la esquina de un alto seto, sólo para descubrir que mi presa se había dado media vuelta, y me apuntaba con una pistola de chorro. Salté a un lado para esquivarlo, esperando que los reflejos frescos fueran más rápidos que su cuerpo viejo de todo un día.

No debe de haber funcionado.

¿Cuánto tiempo he estado desconectado? Envío una solicitud de tiempo a mi placa rastreadora y la respuesta es un dolor agudo: alguien debe de haberla arrancado de mi frente. Un agujero latente se abre cuando alzo una mano para hurgar en la herida.

En los países con leyes estrictas, quitar la placa mata automáticamente al ídem. En la ZEP se abandonaron las viejas precauciones hasta convertirla en un contestador barato y un chip de datos. Puedo vivir sin ella. Pero a mi archi le costará trabajo recuperar su propiedad perdida, y por eso los tipos malos quitan las placas.

¿También se les ocurrió quitarme el resto de mis implantes? No puedo saber si mi autograbador todavía funciona. Por lo que sé, la narración subvocálica puede ser

inútil, palabras desvaneciéndose en la entropía, como mis pensamientos. Pero no puedo dejar de recitar compulsivamente. Estoy construido para seguir haciéndolo hasta que este patético cerebro de barro se disuelva.

Espera. La mayoría de los suspensotanques vienen equipados con una ventanita, para que los propietarios puedan ver sus adquisiciones. No veo otra cosa que metal pelado, pero hay luz procedente de alguna parte.

Detrás de mí. Presionando con ambas palmas contra la pared interna del tanque, giro lentamente... y allí está. Tras una gruesa capa de cristal, veo una habitación que recuerda el laboratorio de un científico loco.

El mío no es el único cilindro de conservación. Hay docenas apoyados al azar sobre ásperas paredes de piedra. Más allá, veo congeladores de almacenamiento para repuestos, varias unidades de imprimación y un gran horno para cocer duplicados frescos. Cada pieza de equipo tiene el mismo logotipo: una H seguida de una U, y cada letra rodeada por su propio círculo. Juntos, los círculos parecen formar algo parecido al símbolo de infinito. En todo el mundo, es un marchamo de calidad. El artículo genuino. Fetén. Lo verdadero.

¿Podría estar dentro del brillante cuartel general de Hornos Universales? Algo en la pared de roca me dice que no. Cables superconductores de longitud de banda ancha rodean bancos de trabajo atestados. Las capas de polvo muestran que ningún servicio de limpieza manda aquí sus golems a rayas. Dondequiera que sea «aquí».

A primera vista, yo diría que el leal doctor Maharal estuvo sisando suministros de oficina, y posiblemente muchas cosas más, antes de su muerte.

Aparte del grupo normal de equipo idemizador, varias máquinas parecen extrañas, con el aspecto de andamio descubierto que tienen los prototipos. Un grupo de tanques de alta presión, oscurecidos por una bruma multicolor, siseaban y humeaban hasta hace unos segundos, antes de alcanzar su clímax y guardar bruscamente silencio.

Un panel horizontal gira y nubes de vapor se apartan de una figura desnuda, tendida sobre una plataforma acolchada, con ese aspecto fresco y pastoso que siempre tiene uno cuando emerge del horno. Los rasgos son los de Yosil Maharal, parecidos al cadáver que vi en la mansión Kaolin, aunque sin pelo y de un gris metálico, arrebolado con brillantes tonos rojizos.

Un súbito estertor y un jadeo; empieza a respirar, sorbiendo aire para alimentar las células catalizadores. Los ojos se abren de golpe, oscuros, sin pupilas. Se vuelven, como si sintieran mi atención.

Hay frialdad en su mirada. Helada, agónica. Bueno, si se puede leer algo en los ojos de un ídem.

Tras sentarse y girar para plantar ambos pies en el suelo, el golem de Maharal echa a andar hacia mí. Cojeando. El mismo paso incierto que una vez atribuí a una herida reciente. Pero ésa era una copia distinta. Tenía que serlo. Este ídem es nuevo.

Su paso irregular debe de tener otra explicación. Costumbre, tal vez.

¿Nuevo? ¿Cómo podría ser nuevo? ¡Maharal está muerto! No hay molde del que seguir copiando. No hay ningún alma que deje su impresión en este barro. A menos que tuviera unas cuantas copias imprimadas, almacenadas en un congelador. Pero la máquina de la que acaba de salir esta criatura no se parece a ningún frigorífico ni ningún horno que yo haya visto antes.

Incluso antes de que hable, me pregunto: ¿Estoy contemplando algún tipo de maravilla tecnológica? ¿Un logro? ¿El Proyecto Zoroastro?

Todavía desnudo, idMaharal se asoma a la ventanita de mi contenedor, como inspeccionando una valiosa adquisición.

—Parece que te las estás apañando bastante bien —las palabras entran a través de un pequeño diafragma, haciendo vibrar el grasiento líquido interior—. Espero que te encuentres cómodo, Albert.

¿Cómo puedo responder? Me encojo de hombros, indefenso.

—Hay un tubo para hablar —explica el golem gris—. Bajo la ventanilla.

Miro hacia abajo, tanteando, y lo encuentro. Un tubo flexible con una máscara para la nariz y la boca. En cuanto me la pongo, empieza la succión, inundando mi garganta de agua, luego de aire, y provocando un ataque de tos espasmódica. A pesar de todo, es un alivio empezar a respirar de nuevo. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

También significa que el reloj enzimático vuelve a correr.

—Así que —toso otra vez—, así que su otro gris sacó un recambio del frigorífico y le dijo quién soy antes de expirar. Vaya.

El Maharalduplicado sonrío.

—No hizo falta que me lo dijera. Soy el mismo gris. El que habló con tu arquetipo el martes por la mañana. El que estuvo junto a mi propio cadáver a mediodía. El mismo «fantasma» que te disparó el martes por la tarde.

¿Cómo es posible? Entonces recuerdo la máquina de extraño aspecto. Al mirar de nuevo a los parches que fluctúan bajo una tez que brilla como si fuera nueva... creo que lo entiendo.

—idem rejuvenecimiento. ¿De eso se trata? —Después de una breve pausa, añado —: Y Hornos Universales quiere acabar con su descubrimiento para mantener las ventas.

La sonrisa de idMaharal aumenta.

—Una buena suposición. Si sólo fuera eso, habría interrupciones. Consecuencias económicas. Pero nada que la sociedad no pudiera manejar.

Concentrándome, trato de captar qué está dando a entender. ¿Algo más serio que una interrupción económica?

¿Cuánto... cuánto tiempo puede seguir un ídem adquiriendo recuerdos antes de que le resulte difícil cargar?

Mi captor asiente.

—La respuesta depende de la personalidad imprintadora original. Pero estás en el

buen camino. Con tiempo suficiente, el campo-alma de un golem empieza a divagar, transformándose en algo nuevo.

—Una nueva persona —murmuro—. Algo que puede preocupar a mucha gente.

idMaharal me está observando, como si evaluara mis reacciones. ¿Pero evaluándome para qué?

Reflexionando sobre mi estado actual, sólo siento calma y aceptación.

—Ha puesto algo en el fluido sostenedor. ¿Un sedante?

—Un agente relajante. Tenemos cosas que hacer, tú y yo. No ayuda que estés inquieto. Tiendes a volverte impredecible cuando estás agitado.

Ja. Clara me dice lo mismo. Lo acepto de ella, pero no de este payaso. Con sedante o no, me «agitaré» cuando me venga en gana.

—Habla como si hubiera hecho esto antes.

—Oh, sí. No es que tú lo recuerdes. La primera vez que nos vimos fue hace mucho tiempo y no en este laboratorio. Todas las otras veces... eliminé los recuerdos.

¿Cómo puedo reaccionar a esa noticia, excepto mirándolo con mala cara? Esto implica que no soy el primer Albert Morris que Maharal ha sidcuestrado. Debe de haberse apoderado de otras copias, algunas de esas que desaparecieron misteriosamente a lo largo de los años, para luego eliminarlas una vez hubo terminado...

¿Una vez hubo terminado de hacer qué? Las perversiones habituales no parecen el estilo de Maharal.

Aventuro una suposición.

—Experimentos. Ha estado capturando a mis ids y ha experimentado con ellos. Pero ¿por qué? ¿Por qué yo?

Los ojos de Maharal son vidriosos. Puedo ver mi propio rostro gris reflejado en ellos.

—Por muchos motivos. Uno es tu profesión. Pierdes regularmente golems de alta calidad sin preocuparte mucho al respecto. Mientras tu misión salga bien, los villanos sean capturados y el cliente pague, aceptas unas cuantas pérdidas inexplicadas aquí y allá como parte del oficio. Ni siquiera informas a las compañías de seguros.

—Pero...

—Naturalmente, hay más.

Lo dice de una forma que indica que sabe lo que voy a decir y está harto, como si me hubiera dado la misma explicación muchas veces ya. Es una idea que me deja helado.

El silencio se prolonga. ¿Está esperando? ¿Me pone a prueba? ¿Se supone que he de deducir algo a partir de las pruebas que tengo ante los ojos?

El rubor inicial de la cocción ha desaparecido. Maharal está ante mí con su tono gris estándar, con aspecto moderadamente fresco... pero no del todo. Algunas de aquellas manchas bajo la piel no han desaparecido. El proceso que usa para restaurar *el élan vital* debe de ser irregular. Imperfecto, como una actriz de cinc con su último

lifting facial. Debajo hay signos de irreversible desgaste y deterioro.

—Tiene... que haber un límite. Un límite al número de veces que se pueden renovar las células.

Él asiente.

—Siempre ha sido un error buscar la salvación solamente por la continuidad del cuerpo. Incluso los antiguos lo sabían, cuando el espíritu humano sólo tenía un hogar.

»Incluso ellos sabían que la perpetuidad no se consigue con el cuerpo, sino con el alma.

A pesar del tono profético, me doy cuenta de que lo dice en sentido tecnológico y espiritual.

—Con el alma... Se refiere de un cuerpo a otro —parpadeo—. ¿De un ídem a algún otro cuerpo distinto del original? —Entonces comprendo—. Ha hecho otro logro. Algo aún más trascendental que ampliar el límite de expiración de un golem.

—Continúa —dice él.

Me siento reacio a pronunciar las palabras.

—Piensa... piensa que puede continuar indefinidamente, sin su yo real.

Una sonrisa se extiende por el rostro gris acero, mostrando placer por mi deducción, como un maestro que contempla a su alumno favorito. Sin embargo, hay algo gélido en su mueca de golem.

—La realidad es cuestión de opinión. Yo soy el verdadero Yosil Maharal.

Mímica es la palabra
... donde el verde del martes adquiere otro tono más...

Esta es mi primera oportunidad para recitar un informe desde que escapé por los pelos de ese jaleo en Hornos Universales.

Hablar a un anticuado autoscriba parece un uso pobre de un tiempo precioso, sobre todo cuando estoy huyendo. ¡Cuánto más fácil lo tienen los grises modelos especial didtective de Albert, que están equipados con adecuados grabadores subvocálicos y compulsiones insertadas para describir todo lo que ven o piensan, en tiemporeal presente! Pero yo sólo soy un verde utilitario, incluso después de haberme teñido varias veces. Un producto barato. Si tiene que haber una explicación de mi miserable participación en todo esto, debo darla por la tremenda.

Lo cual trae a colación la pregunta del millón. ¿Una explicación para quién? No para realAlbert, mi hacedor, que seguramente está muerto. Ni para los polis, que me diseccionarían nada más ponerme la vista encima. En cuanto a mis hermanos grises... Demonios, me da escalofríos tan sólo de pensar en ellos.

Entonces, ¿por qué molestarme en recitar nada? ¿A quién le importará?

Puede que sea un frankie, pero no puedo dejar de imaginar a Clara librando su guerra en el desierto, sin saber que su amante real ha sido eliminado por un misil. Se merece el consuelo moderno: oírlo de boca de su fantasma. Eso quiere decir yo, ya que soy el único ídem que queda. Aunque en realidad no me siento para nada como Albert Monis. Así que aquí está, querida Clara. Una carta escrita por un fantasma para ayudarte a pasar la primera etapa de dolor. El pobre Albert tenía sus defectos, pero al menos te quería. Y tenía un trabajo.

Yo estaba allí cuando se produjo... el «ataque» a Hornos Universales, quiero decir.

Estaba en la planta de la fábrica a menos de treinta metros de distancia, mirando asombrado al gris número dos pasar corriendo, todo hinchado y descolorido por algo horrible que se agitaba en sus tripas, preparado para estallar. ¡Pasó de largo, sin apenas mirarme, ni al pequeño idemhurón de Pal que llevaba al hombro, aunque habíamos pasado por un infierno para llegar hasta aquí y rescatarlo!

Ignorando nuestros gritos, el gris buscó frenéticamente, y entonces encontró lo que estaba buscando: un lugar donde morir sin perjudicar a nadie.

Bueno, a nadie excepto a aquel pobre trabajador-pala, que nunca comprendió por qué un desconocido de pronto quiso meterse por su cloaca. Y ésa fue sólo la primera sorpresa desagradable del tipo. El gigantesco idobrero dejó escapar un grito, y luego empezó a expandirse hasta alcanzar varias veces su antiguo tamaño, como un globo hinchado... como un personaje de dibujos animados que sopla demasiado fuerte su

propio pulgar. ¡Me pareció que la desafortunada pala estaba a punto de explotar! Entonces todos habríamos terminado. Yo, con seguridad. Todo el mundo en la fábrica. Hornos Universales. ¿Tal vez todos los ídems de la ciudad?

(¡Imagina a todos los archis teniendo que hacerlo todo ellos solos! Sabrían cómo, por supuesto. Pero todo el mundo está tan acostumbrado a ser muchos... a vivir varias vidas en paralelo. Verse limitados a uno a la vez volvería a la gente loca).

Por fortuna para nosotros, la infortunada pala dejó de expandirse en el último momento. Como un sorprendido pez globo, miró en derredor con ojos saltones, como pensando que aquello no estaba en mi contrato. Entonces el brillogolem se extinguió. El cuerpo de barro se estremeció, se endureció, y se quedó quieto.

Chico, vaya forma de irse.

Se produjo luego un torbellino de caos y alarmas ruidosas. Las máquinas de producción se pararon. Los obreros-golem dejaron todas las tareas y la enorme fábrica se llenó de equipos de emergencia que corrían a reparar los daños. Vi muestras de intrépido valor... o habría sido valor si las cuadrillas no hubieran estado compuestas por duplicados sacrificables. Incluso así, hizo falta valor para acercarse a aquella carcasa hinchada. Débiles chorros brotaban del cuerpo ensanchado y rezumante. Todo ídem que rozaba siquiera una gota caía convulso de agonía.

Pero la mayor parte del veneno estaba controlado dentro de la enorme y temblorosa pala. Cuando empezó a derrumbarse y a desintegrarse desde dentro, limpiadores a rayas púrpura llegaron con largas mangueras y rociaron la zona con espuma antipriónica.

A continuación llegaron los directivos de la compañía. No los humanos reales aún, sino montones de atareados grises científicos con bata blanca, y luego algunos brillantes polids azules y un procurador de Seguridad Pública dorado-plateado. Finalmente, un duplicado platino del mismísimo jefe de HU, Vic Eneas Kaolin, apareció en escena exigiendo respuestas.

—Vamos —dijo el, pequeño idhurón de Pallie desde mi hombro—. Larguémonos. Ahora eres naranja, pero el jefazo podría reconocer tu cara.

A pesar de eso, estuve tentado de quedarme y averiguar qué sucedía. Ayudar tal vez a limpiar el nombre de Alberti De todas formas, ¿qué me esperaba ahí fuera en el mundo? ¿Diez horas de rascarme inútilmente la cabeza, escuchando las quejas y recriminaciones de Gadarene y Lum hasta que mi reloj se agotara y me tocara el turno de derretirme?

La espuma todavía fluía, borboteando, siseando y esparciéndose por todo el suelo de la fábrica. Los instintos de supervivencia imprintados parecen de verdad, y me uní a los otros mirones que se alejaban de la sustancia.

—Muy bien —suspiré por fin—. Salgamos de aquí.

Me di la vuelta... sólo para encontrarme con varios tipos hoscos de seguridad, vestidos de naranja claro con franjas azules, y con músculos triples que mostraron

amenazadores.

—Por favor, vengan con nosotros —dijo uno de ellos con voz aumentada de autoridad, ejerciendo sobre mi brazo una presa inflexible. Inmediatamente comprendí que eso era una buena señal.

Lo de «por favor», quiero decir.

Nos metieron en un vehículo sellado con los costados de metal sencillo, cuya opacidad no disminuía aunque miráramos con la máxima atención, cosa que el id de Pal consideró bastante desagradable.

—Al menos podrían dejarnos ver el panorama antes de empezar a diseccionar nuestros cerebros —gruñó el hurón con la cara de Pal, enfrentándose a los guardias a su manera típica—. ¡Eh, los de delante! ¿Y si dejamos a la gente consultar con su programa-abogado, eh? ¿Quieren ser personalmente responsables cuando megademande a toda la compañía por sidcuestro? ¿Son conscientes de la reciente sentencia idAddison contra Hughes? Ya no es una excusa que un golem diga que «me limitaba a seguir órdenes». Recuerden la Ley Secuaz. ¡Si cambian de bando ahora mismo, podrán ayudarme a demandar a su jefe y acabar nadando en dinero!

«El bueno de Pal, un encanto le echen lo que le echen. Tanto daba. Que estuviéramos abajo arresto» en sentido estrictamente legal no importaba.

Como meras propiedades (y posibles partícipes en un sabotaje industrial) no íbamos a inspirar a ningún empleado de HU para que se chivara de que habían abusado de nuestros derechos.

Al menos el conductor había dejado mi reposabrazos conectado, así que pedí noticias. El espacio ante mí se hinchó con burbujas de horrorred, la mayoría dedicadas a un «fracasado ataque terrorista fanático» en HU. No daban mucha información. De todas formas, poco después otra noticia copó la atención cuando un globo estandarte estalló, apartando a los otros holos.

¡CASA DE LA ZONA NORTE DESTRUIDA POR UN MISIL HOODOO!

Al principio no reconocí el lugar del ardiente infierno. Pero los locutores de noticias pronto añadieron la dirección alcanzada por un cohete asesino clandestino.

—Rayos —murmuró Pallie cerca de mi oído—. Es duro, Albert.

Era mi casa. O el lugar donde este cuerpo mío fue imprimado con recuerdos, antes de ser soltado en un día largo y lamentable. «Maldición, incluso se han cargado el jardín», pensé, viendo las llamas consumir la estructura y todo lo de dentro.

En cierto sentido, parecía un favor. Los rumores en la Red ya habían empezado a mencionar a Albert Morris como principal sospechoso del ataque a HU. Estaría en un verdadero aprieto si aún viviera. Pobre tipo. Era predecible, supongo, mientras siguiera actuando como un romántico y anticuado cruzado contra el mal. Tarde o temprano iba a irritar a alguien mucho más grande y más fuerte y meterse en verdaderos problemas. Quien había hecho todo aquello estaba siendo

devastadoramente concienzudo.

Los problemas no habían empezado siquiera a resolverse cuando el vehículo se detuvo. La puerta trasera empezó a abrirse y el pequeño idhurón de Pal se preparó para saltar. Pero los guardias estaban vigilando y fueron rápidos. Uno agarró a idPal por el cuello con una tenaza de tornillo. El otro me asió por un codo, suavemente pero con suficiente energía para demostrar lo inútil que sería resistirse.

Salimos junto al pórtico a oscuras de una gran mansión de piedra, bajamos una escalera en penumbra ocultas en parte por unos crisantemos verdaderamente destacables. Podría haberme resistido al guardia el tiempo suficiente para tratar de oler las flores, si hubiera tenido nariz.

¡Ah, qué le vamos a hacer!

En el fondo, una puerta abierta conducía a una especie de saloncito donde media docena de figuras se relajaban ante mesas y sillas, fumando, hablando y bebiendo. Al principio los tomé por reales, ya que todos eran de diversos tonos de marrón-humano y llevaban ropa de tela duradera de estilo bastante anticuado. Pero tras una mirada experta vi que sus tonos de carne eran teñidos. Sus rostros acababan de delatarlos: tenían la típica cara de irremisible aburrimiento. Aquellos Menas se encontraban al final de un largo día de trabajo, y esperaban pacientemente el momento de expirar.

Dos de ellos, sentados ante costosas pantallas interfaz, hablaban con avatares IA generados por ordenador de rostros similares a los suyos. Uno era un pequeño golem de aspecto infantil, con ropa vaquera gastada. No entendí nada de lo que dijo. Pero la otra, una mujer pechugona de cabello rojizo, vestida con ropa de matrona que le sentaba bastante mal, hablaba lo suficientemente alto para que yo pudiera oírla mientras los guardias Inc hacían pasar de largo.

... con el divorcio al caer, va a haber un montón de cambios —le decía a la cara en pantalla—. Mi parte se complicará más a medida que las submotivaciones de estrés inducido se vuelvan más sutiles. Si no podemos tener mejor continuidad día-a-día, me gustaría al menos tener mejores datos sobre los índices de miseria original. Sobre todo ya que tengo que empezar casi desde cero cada día. Por fortuna, la situación era tan caótica que el sujeto no requiere mucha consistencia, ni la espera siquiera...

Su voz era pura profesionalidad, las palabras no tenían relación con ninguna preocupación mía. Estaba claro que Albert Morris no era el único trabajador cualificado contratado para oscuros proyectos por un multimillonario excéntrico.

Nuestros fornidos escoltas nos llevaron más allá del vestíbulo/sala de espera. Un rayo visible escaneó las frentes veteadas de azul y abrió la puerta, revelando una enorme cámara dividida por hileras de gruesas columnas de sostén de la mansión. Atravesamos rápidamente ese bosque de hormigón y vimos varios laboratorios. A mi izquierda, el equipo era para idemización, como cabía esperar: congeladores, unidades imprimadoras, hornos y cosas así, además de unas cuantas máquinas que no reconocí. A mi derecha, aparatos relacionados con la biología y la medicina humanas,

casi un hospital de gente real en miniatura, equipado además con los últimos analizadores/escáneres cerebrales.

Es decir, supuse que eran los últimos. Albert es (o era) un aficionado que lee estudiosamente artículos sobre la psicopatología cerebral de los malhechores. Una fascinación que yo, como frankie, por lo visto no comparto.

Los guardias nos escoltaron hasta otra sala de espera, ante una puerta cerrada. Por una estrecha ventana vi a un individuo que caminaba nerviosamente, ladrando bruscas preguntas a alguien que no llegaba a ver. La piel del interrogador era brillante, pulida, y sus caros tendones sintéticos se hinchaban, *casi* como los de un hombre. Pocos podían permitirse un cuerpo como ése, y mucho menos utilizarlos en grandes cantidades. Era el segundo idKaolin de alta calidad que veía en una lora. No paraba de mirar a la pared cercana, donde múltiples burbujas flotaban y revoloteaban, reaccionando a su mirada, mostrando acontecimientos de muchos husos horarios.

Advertí que la fábrica de HU destacaba en varias burbujas; los equipos de emergencia todavía estaban trabajando, pero menos frenéticamente que antes, pues al parecer habían conseguido acotar el ataque priónico.

Aposté a que la producción continuaría antes del amanecer en las secciones alejadas de la fábrica.

Otra burbovisión mostró las ruinas humeantes de una casita... el hogar de Albert, y probablemente su crematorio. Lástima.

—Apártese de ahí, por favor dijo uno de mis escoltas, en un tono suave que implicaba que una segunda advertencia sería menos cortés. Me aparté de la ventana y me reuní con idPal, que estaba tendido en el fino colchón de una camilla de hospital cercana. El pequeño hurón-golem de Pal se estaba lamiendo algunas de las heridas recibidas en nuestra breve batalla para acceder a Hornos Universales.

Como realPal esperaba, los túneles trabajosamente excavados por los grupos de fanáticos manifestantes (el de Lum y el de Gadarene) ya habían sido descubiertos por alguien. Guardianes mecánicos ocultos, vigilantes y mucho más duraderos que el barro, nos atacaron cuando aparecimos. Pero el barro es versátil. ¡Y los roboguardianes nunca se habían enfrentado a un escuadrón de miniPals a la carga! Cuando lo seguí, la batalla casi había terminado. Encontré a un idPal entre los aristas de sus camaradas y los fragmentos fundidos de los guardias mecánicos. Su piel refractaria humeaba y la mayoría de los diminutos escarabajos de combate que llevaba habían desaparecido. Pero los centinelas enemigos ya no existían y nuestro camino quedó despejado hasta la fábrica misma, donde buscamos a mi hermano gris antes de que lo engañaran para cometer un crimen.

Resultó que nuestra advertencia llegó demasiado tarde. A pesar de todo, el gris debió de darse cuenta de algo por sí mismo. Su zambullida de último minuto en el apestoso vientre de una pala fue valiente y original. Al menos, yo esperaba que las autoridades lo juzgaran de esa forma. Si no se les escatimaba parte de la historia completa.

Mientras esperaba en la antesala subterránea, el pequeño golem de Pal empezó con las quejas.

—¡Eh! ¿Qué hace falta para recibir un poco de atención médica aquí? ¿Nadie ha advertido que estoy dañado? ¿Qué tal una enfermera guapa? ¿O un bote de tintura y una navajita?

Un guardia se lo quedó mirando y luego murmuró algo a un micro de muñeca. No tardó en aparecer un rox utilitario naranja, desprovisto de ningún rasgo que indicara el sexo de su original, y empezó a aplicar varios esprais a las heridas del idPal. Yo también había sufrido una quemadura o dos peleando cerca de los túneles, ¿pero me viste quejarme?

Pasaron los minutos. Un montón. Advertí que ya debía de ser miércoles. Magnífico. Tendría que haber pasado el día anterior en la playa, después de todo.

Mientras esperábamos, un idmensajero llegó corriendo de la mansión propiamente dicha, usando a fondo sus largas piernas y cargado con un pequeño contenedor de teflón. El hurón arrugó su nariz húmeda, olisqueando con disgusto.

—Sea lo que sea lo que hay en esa caja, ha sido desinfectada de unas cincuenta formas distintas —comentó—. Huele a una mezcla de alcohol, benceno, bactina y a esa espuma que estaban usando en HU.

El mensajero llamó a la puerta y entró. Oí al Kaolin platino exclamar «¡Por fin!» antes de que nos quedáramos de nuevo enfriándonos los talones, deteriorándonos a cada minuto que pasaba. En cuanto el enfermero terminó de reparar al idPal, mi pequeño amigo empezó de nuevo a parlotear, exigiendo otro favor.

—Eh, amigo, ¿y si me traes una lectora, eh? Tengo que estar productivo, ¿no? Mi rig se unió hace poco a un club de lectura. Quiere ponerse al día con *Moby-id* para su próxima reunión. Bien podría leerme algunos capítulos mientras estoy aquí sentado.

¡El valor del tipo! Suponiendo que llegara a leer unas cuantas páginas, ¿de verdad esperaba poder descargar algo a realPal? «Sí, claro —pensé—. Como si fuéramos a salir alguna vez de este lugar».

Para mi sorpresa, el guardia se encogió de hombros, se acercó a un armarito, sacó una ajada placa-red y la lanzó a la camilla de Pal. Pronto el pequeño golem se abrió paso por el índice de ficción online, buscando el último éxito de ventas sobre un goleta marino tan grande que sus células de energía tardaban décadas en agotarse... un monstruoid imprimado con el alma atormentada de un sabio medio loco que debía perseguir a su creación mientras recorría los siete mares, aplastando barcos y esquivando a su inflexible perseguidor durante unas mil páginas. Ha habido una oleada de historias y películas como ésa últimamente, de ídems en conflicto con sus arquetipos originales. He oído decir que éste está bien escrito y cargado de angustia existencial. Pero Albea Morris nunca supo saborear la buena literatura.

De hecho, me sorprendió un poco descubrir que Pal tenía debilidad por esas cosas. ¡Un club de lectura, por mi culo de cerámica! Seguro que preparaba algo.

—Vengan —dijo uno de nuestros guardias, respondiendo a alguna señal oculta—.

Los quieren ahora.

—Y es un gran honor ser queridos —trinó Pal, siempre con una frasecita a punto. Soltando la placa se subió a mi hombro, y yo entré en la sala de conferencias por la puerta, ahora abierta.

Un solemne Kaolin-golem nos esperaba.

—Siéntense —ordenó. Me desplomé en la silla que me indicaba, más cómoda de lo que necesitaba mi barato culo—. Estoy muy ocupado —declaró el duplicado del magnate—. Les doy diez minutos para que se expliquen. Sean exactos.

No hubo amenazas ni persuasiones. Ni amenazas de que no mintiéramos. Casi con toda certeza nos estarían escuchando sofisticados programas de neurored. Aunque esos sistemas no son inteligentes (en ningún sentido estricto de la palabra), hace falta concentración y suerte para engañarlos. Albea tenía esa habilidad, y supongo que eso significa que yo también. Pero allí sentado me faltaban las ganas de intentarlo.

De todas formas, la verdad era bastante entretenida. Pallie se lanzó directamente a ella.

—Supongo que podríamos decir que empezó el lunes, cuando dos grupos distintos de fanáticos acudieron a mí, quejándose de que aquí mi amigo —una zarpa de hurón me señalo—, los estaba acosando con visitas nocturnas...

Continuó contando toda la historia, incluyendo nuestras sospechas de que alguien estaba planeando acusar a los desventurados fanáticos, Lum y Gadarene, y a realAlbert, preparándolo todo para que se llevaran la culpa del sabotaje de esa tarde a HU.

No podía reprochar la decisión de idPal de cooperar y contarlo todo. Cuanto antes fueran puestos los investigadores sobre la pista correcta, mejor; una forma de limpiar el nombre de Albert, aunque ahora no le fuera a servir de nada. (Advertí que el pequeño hurón diestramente evitaba nombrar a su propio rig. RealPal estaba a salvo, por ahora).

Y sin embargo mi cerebro de barro hervía de recelo. El propio Kaolin no estaba libre de sospecha. Cierro, no podía imaginarme a un multibillonario saboteando su propia compañía. Pero todo tipo de retorcidas conspiraciones pueden parecer plausibles después de un día como el que acababa de tener. ¿No había sido allí mismo, en la mansión Kaolin, donde desapareció el gris número uno del martes? En cualquier caso, Kaolin era uno de los pocos que poseían los medios, técnicos y financieros, para idear algo tan retorcido y diabólico.

Pero lo que más me llamaba la atención era que no hubiera policías presentes. Aquel interrogatorio tendría que haber sido realizado por profesionales.

Eso implicaba que Kaolin tenía algo que ocultar. Incluso a riesgo de desafiar la ley.

«Podría meterse en verdaderos problemas por esto —pensé—, si una sola persona real hubiera resultado herida en el ataque de esta noche. Cierro, las únicas personas

que vi heridas en RO fueron ídems...». El pensamiento se quedó colgado, inacabado, insatisfactorio.

—Bien, bien —dijo nuestro anfitrión platino después de que el id-hurón terminara su sorprendente recital sobre visitantes nocturnos, fanáticos religiosos, locos por los derechos civiles y túneles secretos. El Vic sacudió la cabeza—. Es toda una historia.

—¡Gracias! —jadeó idPal, agitando su apéndice trasero por el cumplido. Estuve a punto de golpearlo.

—Normalmente, su historia Inc parecería ridícula, por supuesto. Un montón de fantasías descabelladas y mentiras evidentes —hizo una pausa—. Por otro lado, encaja con la información adicional que he recibido hace poco.

Indicó al mensajero, que había permanecido pacientemente en pie en un rincón, que se acercase. El golem amarillo usó guantes desechables para meter la mano en su caja y sacar un cilindro diminuto (el tipo de archivo audio más pequeño y simple, sin energía), y lo insertó en una unidad reproductora en la mesa de conferencias de Kaolin. El sonido que emitió no era lo que nuestros abuelos habrían llamado una voz, sino más bien un murmullo de chasquidos y semitonos que se convirtió en un gemido cuando el mensajero pulsó la unidad rebobinadora a mayor velocidad. Y sin embargo, yo conocía aquel lenguaje muy bien. Capté cada palabra perfectamente.

Siempre me siento un poco protestón cuando salgo de la bandeja, descuelgo la ropa de papel de la percha... sabiendo que soy la copia por-un-día.

Uf. ¿Qué me ha puesto de este humor?

Tal vez la noticia de Ritu. Un recordatorio de que la muerte verdadera todavía nos acecha a todos.

... A veces eres la cigarra. A veces la hormiga.

El reconocimiento fue algo más que oír ritmos y frases familiares. No, los mismos pensamientos me golpearon con una acuciante sensación de repetición. La persona que había subvocalizado aquella grabación empezó su parodia de vida apenas minutos antes que yo empezara la mía. Cada uno de nosotros inició su existencia el martes por la mañana pensando de modos similares, aunque yo no estaba equipado con las prestaciones de un gris. Hecho de materia más burda, yo rápidamente me desvié por una extraña frontera y no tardé en darme cuenta de que era un frankie. El primero que creaba Albert Montás.

El tipo que grabó aquel diario era evidentemente más convencional. Otro leal Albert gris. Dedicado. Un verdadero profesional. Lo bastante listo para adelantarse a los planes de tu malhechor habitual, variedad-jardín.

Pero también lo bastante predecible para que alguna mente realmente tortuosa pudiera tenderle una trampa maligna.

... Estoy en el Estudio Neo, que ofrece servicios que nadie imaginó antes de que la técnica de hornos apareciera...

Espera un momento.

Es el teléfono... Pal... Nell decide pasarle la llamada a n pero escucho. Quiere que me pase por su casa...

—¿Ves? —exclamó el pequeño hurón-golem en mi hombro—. ¡Traté de advertirte, Albert!

—Ya te he dicho que no soy Albert —respondo.

Los dos estamos nerviosos e irritados escuchando el superrápido *playback* describir un encuentro fatal.

La ayudante ejecutiva de la maestra... me aparta de la oficina de Wammaker...

—En nuestra reunión trataremos ternas delicados...

Escuchamos embobados mientras los «clientes» (una dice ser la maestra misma) explicaban su necesidad de un investigador imposible de localizar para que metiera la nariz en HU de una manera subrepticia aunque legal, buscando pistas de tecnologías secuestradas. ¡Justo el tipo de cosa necesaria para azuzar la vanidad y la curiosidad de Albert! Me pareció especialmente curiosa la manera en que cada uno de sus nuevos clientes se aseguró de parecer irritante o desagradable a su propia manera. Conociendo ami arquetipo, lo sublimaría e impediría que el disgusto influyera en su decisión. Perseveraría. Sufriría lo insufrible por pura obstinación. (Llámalo «profesionalidad»).

Estaban jugando con él como con un niño.

Poco después llegó su aventura en el Salón Arco Iris, donde apenas sobrevivió a un casual encuentro con algunos gladiadores. Un encuentro que le hizo necesarias reparaciones urgentes... convenientemente proporcionadas por los zánganos de la colmena de la Reina Irene. ¡La narración en tiempo presente del gris te hacía querer levantarte y gritarle, exigiendo que se despertara y se diera cuenta de cómo lo estaban utilizando!

Bueno, a toro pasado es fácil reconocer un truco diabólico (¿lo habría visto yo en las mismas circunstancias?).

Pero todas las partes cometieron errores. El enemigo (fuera quien fuese el que ideó ese retorcido plan) no advirtió el grabador en tiemporeal del Albert gris, escondido entre el puñado de fibralmas de alta densidad de su laringe. Ni siquiera cuando lo tendieron, inconsciente, con el pretexto de «repararlo» para instalarle una peligrosa bomba de priones. Sin duda buscaron aparatos de seguimiento y comunicación más sofisticados, pero el diminuto archivero no usaba ninguna fuente de energía, sólo diminutas flexiones en la garganta para grabar en audio con roces minúsculos. Un sistema de grabación anticuado pero virtualmente indetectable... por eso Albert siempre lo instalaba en sus grises.

¡No era extraño que el mensajero de Kaolin tornara tantas precauciones para no tocar el diminuto artefacto! Aunque desinfectado, había sido recuperado de una repugnante masa envenenada de priones, desparramada por el suelo de la fábrica de

HU... de los restos mezclados de una desdichada pala y un detective privado condenado. El archivo todavía podía contener unas cuantas moléculas catalizadoras letales para seres como nosotros, que carecemos de auténticos sistemas inmunológicos.

De todas formas, era una pista útil, chispeando entre los restos fundidos. Una prueba vital. Tal vez suficiente para limpiar el nombre de mi difunto hacedor.

Pero ¿por qué nos ponía Kaolin esa grabación a nosotros, a idPal y a mí, en vez de a la policía?

La aguda narración pronto nos llevó a la mejor parte del día del gris: cuando evitó hábilmente el Omnipresente Ojo Urbano, engañando a las legiones de cámaras públicas y privadas que cubrían casi todos los ángulos del moderno paisaje ciudadano. Lo había disfrutado. Pero luego, tras haber borrado su pista, entró en Hornos Universales.

Dos artículos salen de una ranura en la garita, una pequeña placa de visitante y un mapa... me dirijo a las escaleras mecánicas para bajar... un enorme complejo parecido a un hormiguero bajo las resplandecientes cúpulas corporativas, preocupado por la siguiente fase: buscar pistas de que Vu Eneas Kaolin está reteniendo ilegalmente logros científicos...

Muy bien, supongamos que Hornos Universales ha resuelto cómo transmitir la Onda Establecida de la conciencia humana a distancias superiores a un metro o. ¿Habrá pistas o signos que un profano como yo pueda entender? ¿Podrían los ejecutivos de HU «enviarse» ya a todo el planeta?

Pal y yo intercambiamos una mirada.

—Guau —murmuró el pequeño golem.

¿Podría ser ése el logro? La idemización remota sacudiría la forma de vida a la que por fin hemos empezado a acostumbrarnos, después de todos estos años difíciles.

Los dos nos volvimos a mirar a idKaolin. Su reacción no reveló nada, pero ¿y la primera vez que había oído estas palabras, hacía sólo unos minutos? ¿Se ruborizó la tez platino de furia y desazón?

Una vibración abajo... máquinas gigantescas mezclan barro orgánico, amasándolo con fibras sintonizadas para vibrar con los ritmos de un alma extraída... muñecos moldeados que caminan y hablan... y nosotros lo damos todo por hecho...

Maldición. Algo me está molestando. Piensa... ¿cómo podría Hornos Universales ocultar algo tan grande?

Sí, el mal se nutre del secreto. Es lo que impulsa a Albert. Descubrir la maldad. Encontrarla verdad. Pero ¿es eso lo que hago?

—Por fin —murmuré yo, mientras el gris empezaba a hacerse las preguntas adecuadas.

En justicia, expresó sus dudas antes. Pero eso hacía que la transcripción fuera aún

más frustrante: escuchar mientras avanzaba a pesar de todos sus recelos.

Tal vez el gris era defectuoso, como yo: una copia de mala calidad hecha por un original agotado, no por Albert en su mejor momento. Por otro lado, había sido manipulado por expertos. Tal vez nunca tuvo una oportunidad.

Un especie de mosquito esquivaba una palmada y se lanza hacia mi cara. Uso un arrebato de energía para agarrarlo... lo aplasto en la mano.

El miniPal clava sus garras en mi pseudocarne.

—Maldición, Albert. Me gasté mi buen dinero en esos bichos diminutos.

Sus ojos de hurón chispeaban, como si de algún modo la obstinación del gris fuera culpa mía. Yo podría haber reaccionado quitándolo de encima de mi hombro. Pero la grabación se acercaba a su mortífero clímax.

Tiene sentido... Aumentarían los daños retrasando la ignición, bien con un reloj o preparándolo para que se dispare cuando pase por un segundo escaneo de seguridad...

—¡Alto! —grito...

A partir de ese punto, la narración se convirtió en un rápido gemido entrecortado, mucho más indescifrable, como los murmullos de un corredor apurado o de alguien que tratara de concentrarse en una tarea desesperada.

Intentando salvar mucho más que su propia vida miserable.

Veo una versión de irá mismo con una comadreja-golem... Parece que el verde de hoy encontró algo mejor que hacer que limpiar retretes. Bien por ti, Verde...

Eso me hizo sentirme un poco avergonzado por las cosas sardónicas que había pensado de aquel gris. ¿Podría haber intentado salvarlo con más insistencia? ¿Podría realAl estar vivo ahora, si hubiéramos tenido éxito?

Lamentarse parecía fuera de lugar, con mi propio reloj marcando rápidamente el tiempo. ¿Por qué nos estaba poniendo Kaolin esa cinta? ¿Para burlarse de nuestro fracaso?

La pobre pala se rebulle... No puedo reprochárselo, pero me impulsa más adentro, contengo la respiración...

Me estoy consumiendo...

¿Estoy lo bastante dentro? ¿Contendrá el enorme cuerpo de barro...?

La narración terminó con un agudo chirrido.

idPal y yo nos volvimos al mismo tiempo para contemplar los estoicos y casi humanos rasgos de idEneas Kaolin, quien nos observó un buen rato mientras una de sus manos temblaba levemente. Finalmente, habló en voz baja, más fatigada de lo que parecía propio de un golem de mediana edad.

—Bien. ¿Quieren tener una oportunidad para encontrar a los pervertidos que hicieron todo esto?

El ídem de Pal y yo compartimos una mirada de sorpresa. —Pretende usted decir... ¿Pretende decir que quiere contratarnos?— pregunté.

¿Qué, exactamente, esperaba Kaolin que consiguiéramos en las diez horas (o menos) que nos quedaban?

Tendidos al sol

... de cómo Albert descubre, en tiempo real, cuán real puede ser...

El desierto es muchísimo más brillante al natural que en el holocine. Algunos dicen que su resplandor incluso puede penetrar en tu cerebro y afectar la glándula pineal, ese «tercer ojo» profundamente enterrado que los antiguos místicos consideraban un enlace directo con el alma.

Se dice que la luz cegadora revela verdades ocultas. O hace que delires tanto que encuentras significados cósmicos en lo más simple. No es de extrañar que los desiertos sean el tradicional refugio de ascetas de ojos desorbitados que buscan el rostro de Dios.

No me importaría encontrarme con un asceta ahora mismo. Le pediría que me prestara su teléfono.

¿Está funcionando este trasto? Me he pasado el último par de horas toqueteando un diminuto archivador de sonido de potencia muscular, probándolo con el relato de lo que sucedió anoche. Primero tuve que sacarlo del golem gris que llevaba almacenado en la parte trasera del Volvo destrozado. Una tarea asquerosa, pero el ídem se estropeó de todas formas, como todos los componentes electrónicos del coche, cuando el Kaolin platino nos disparó con su extraña arma en la carretera.

Un archivador subvocal no necesita electricidad ninguna, un motivo por el que lo instalo en todos mis grises. Imprime espirales microscópicas en un cilindro de dolomita de densidad neutral. Yo no sé narrar con gruñidos a alta velocidad, como hago cuando soy de barro. A pesar de todo, la pequeña unidad debería detectar los sonidos ambientales, como una voz hablada, mientras esté insertada en la piel, bajo mi mandíbula. Con pequeños gestos suministro *energía*. Ritu creerá que tengo un tic nervioso después de todo lo que hemos pasado. Ella ha salido de nuestra cueva (un hueco al socaire entre los peñascos) para beber de una pequeña charca que encontramos. Incluso los ídems necesitan agua aquí, a menos que quieras convertirte en porcelana. Eso me da una excusa para hacer mis propios viajes a la charca. Soy real, después de todo. Llevo encima la marca de Adán, cubierta de maquillaje y ropa.

¿Por qué seguir fingiendo que soy artificial? Por amabilidad. El golem de Ritu no tiene muchas posibilidades de volver a casa para descargar. Como si su rig quisiera estos recuerdos. Yo, por otro lado, tengo bastantes probabilidades de salir de aquí. Esperaré a la noche, y luego caminaré hacia el oeste a la luz de la luna hasta que llegue a una carretera, una casa, o alguna webcam de algún grupo eco. Cualquier cosa que Inc sirva para lanzar un SOS. La civilización es simplemente demasiado grande

para perderse hoy en día, y un cuerpo orgánico sano puede soportar pérdidas, si no haces ninguna estupidez.

Supongamos que encuentro un teléfono. ¿Debería utilizarlo? Ahora mismo mi enemigo (¿Vic Kaolin?) debe de *creer* que estoy muerto. Muerto de verdad por el ataque con el misil a mi casa. Y ahora todos mis ídems también lo están. Se han tomado muchas molestias para negar a Albert Morris ninguna continuidad. Reapareciendo únicamente lograría volver a llamar la atención.

Antes necesito información. Un plan. Y será mejor que me mantenga apartado de los polis también. Hasta que pueda demostrar que me tendieron una trampa. Un poco de sufrimiento extra (una marcha a través del desierto evitando cámaras por el canino) podría merecer la pena si consigo llegar a la ciudad sin ser detectado.

¿Estoy preparado para ello? Oh, he soportado un millar de heridas que habrían acabado con cualquiera de mis antepasados, desde incineraciones a ahogamientos o decapitaciones. He muerto más veces de las que puedo contar ¡Pero una persona moderna nunca hace nada de eso en forma orgánica! El cuerpo *real* está para hacer ejercicio, no para angustiarse.

Mi duro abuelo del siglo xx lanzó su cuerpo (su única vida) por un puente una vez, sujeto a una banda elástica. Sufrió increíbles tormentos en las primitivas clínicas dentales. Viajó cada día por autopistas sin rayos-guía, confiando toda su existencia a las inciertas habilidades para conducir de completos desconocidos que pasaban zumbando junto a él en burdos vehículos impulsados por explosivos líquidos.

Puede que el abuelo se encogiera de hombros ante estos desafíos, y fuera capaz de llegar caminando a la ciudad atravesando sin quejarse el desierto. Yo probablemente gimotearé cuando se me meta una piedrecita en el zapato. A pesar de todo, estoy decidido a intentarlo. Esta noche, después de que la golem de Ritu *vaya* a donde van los golems sin esperanza.

Le haré compañía hasta entonces.

Ahí vuelve, así que basta de hablar. Todo lo demás que se grabe tendrá que ser captado de nuestra conversación.

—Albert, has vuelto. ¿Recuperaste algo del *coche*?

—No mucho. Todo está frito: mis aparatos forenses, la radio, los localizadores... Supongo que nadie sabe que estarnos aquí.

—¿Tienes alguna idea de cómo llegamos aquí?

—Una suposición descabellada. Esa arma que disparó idKaolin se cargó todos los componentes electrónicos y debía de tener intención de destruir el barro imprimado.

—Entonces, ¿por qué seguimos en pie?

—Ese viejo Volvo tiene más metal que la mayoría de los coches de hoy en día. Estábamos mejor protegidos que el pobre gris almacenado en la trasera. Además, sorprendí a Kaolin al lanzarme contra él, con lo cual falló la puntería. Por eso puede ser que nos desmayáramos nada más.

—¡Pero después! ¿Cómo llegamos al fondo de este barranco, rodeados de

kilómetros de cactus y porquería? ¿Dónde está la carretera?

—Buena pregunta. Esta vez he visto algo en el lugar del accidente que no advertí antes, un charco cerca de la puerta del conductor.

—¿Un charco?

—Pasta golem. Los restos de nuestro asesino, supongo.

—Yo... sigo sin poder creer que sea Eneas. ¿Por qué nos querría muertos?

—Yo también siento curiosidad por eso. Pero ahora viene lo interesante, Ritu. El charco parecía... ¿de la mitad del tamaño normal? —La mitad... debe de haber quedado cortado por la mitad cuando lo embestiste. Pero ¿cómo se perdieron los restos?

—¿Mi suposición? Aunque destrozado por la colisión, Kaolin habrá arrastrado lo que quedaba de él hasta el coche y se habrá subido por la ventanilla entreabierta. Nosotros estábamos dentro, inconscientes. El motor estaba en marcha, pero las puertas y las ventanas estaban cerradas. No pudo meterse del todo para acabar con nosotros con sus manos desnudas. Así que...

—Así que estiró la mano para agarrar tu controlador lateral, la palanca de cambios... y nos sacó de la carretera, nos hizo cruzar el desierto, con medio cuerpo colgando.

—Tenía que ocultarnos, para que no nos localizaran y rescataran. En algún lugar rodeado de zonas calientes que ningún ídem pueda cruzar de día. Estaríamos atrapados si nos despertábamos. Entonces, cumplida su misión, idKaolin terminó su tormento dejándose caer y fundiéndose.

—Pero ¿qué nos impide echar a andar después del ocaso? Oh. Cierto. La expiración. ¿A qué hora del martes fuiste imprimado, Albea?

—Uh... antes que tú, espero. Kaolin tenía motivos para creer que no podemos durar más allá de medianoche. Nos vio a ambos en tu casa, ¿recuerdas?

—¿Estás seguro de que era la misma copia-Eneas que nos disparó?

—¿Importa?

—Tal vez. Si ésta fue hecha para que se le pareciera.

—Es posible. Pero esos platinos anatómicamente correctos son caros y difíciles de manufacturar en secreto. Míralo de esta forma, Ritu. Si tuvieras un teléfono que funcionara, ¿sería Kaolin el primer tipo al que llamarías?

—Yo... supongo que no. De todas formas, si tuviéramos alguna idea de por qué...

—Apuesto a que está relacionado con todas las cosas raras que pasaron ayer. El «accidente» fatal de tu padre no lejos de aquí. La desaparición de su fantasma en la mansión Kaolin, junto con uno de mis grises. Kaolin debe de haber pensado que el fantasma de Maharal y mi gris estaban conchabados.

—¿Para qué?

—Luego está el ataque a HU. Otro de mis ídems estuvo implicado de algún modo, según el canal de escándalos. Parece algo preparado para desacreditarme.

—¿Entonces todo gira a tu alrededor? ¿No es un poco solipsista? —No hay nada solipsista en que hayan hecho volar mi casa por los aires, Ritu.

—Oh, cierto. Tu archi. Tu real... lo había olvidado.

—No importa.

—¿Cómo he podido? Ahora eres un fantasma. Es terrible. Y yo te he metido en todo esto...

—No tenías manera de saber...

—A pesar de todo, me gustaría poder hacer algo.

—Olvídalo. De todas formas, no podemos resolver el misterio atrapados aquí, en el desierto.

—Y eso te molesta, Albert. Aparte de saber que tu vida está acabada. Más allá de la injusticia, siento frustración... deseo de resolver un acertijo más.

—Bueno, soy detective. Descubrir la verdad...

—¿Te impulsa, incluso ahora?

—Sobre todo ahora.

—Entonces... te envidio.

—¡A mí! Tu rig sigue vivo. No corre ningún peligro aparente. Kaolin parecía mucho más interesado en...

—No, Albert. Lo que envidio es tu pasión. Tu propósito. Hace tiempo que lo admiro.

—No sé si...

—De verdad. Imagino que eso añade un toque especial a morir, a ser un fantasma, sin saber nunca por qué.

—Nunca es una palabra fuerte. Puedo tener esperanza.

—¡Ahí lo tienes, Albert! Optimista, incluso después de la muerte. Esperando que algún avión o satélite advierta ese SOS hecho con la tapicería del coche que has extendido en la arena. Al menos permitiría que se lo cuenten todo al próximo detective.

—Algo así.

—¿Incluso ahora que el sol se está poniendo y no hay ningún helicóptero de rescate a la vista?

—Un defecto de personalidad, supongo.

—Un defecto espléndido. Ojalá lo tuviera yo.

—Tú continuarás, Ritu.

—Sí, mañana habrá una Ritu Maharal y ningún Albert Morris. Sé que debería ser más sensible al decirlo...

—No importa.

—¿Puedo decirte algo, Albert? ¿Un secreto?

—Bueno, Ritu, confiar en ti puede que no sea la mejor...

—La verdad es que... siempre he tenido problemas con los ídems. Los míos suelen acabar de formas que no me espero. No quería crear a éste.

—Lo siento.

—Y ahora, enfrentarme a la muerte en el desierto. Aunque sólo sea uno de nosotros el que...

—¿Podemos hablar de otra cosa que no sea la muerte inminente, Ritu?

—Lo siento, Albert. Vuelvo compulsivamente al mismo tópico insensible. ¿De qué te gustaría hablar?

—¿Qué tal del trabajo que estaba haciendo tu padre antes de morir?

—Albert... tu contrato te excluye de investigar ese tema. —De eso se trata, entonces.

—Comprendo a qué te refieres. De todas formas, ¿a quién podrías decírselo? Muy bien. Durante años Eneas Kaolin insistió a papá para que trabajara en una de las cuestiones más difíciles de la almística: el problema de la imprintación nohomóloga.

—¿El qué?

—Transferir la Onda Establecida de un golem, sus recuerdos y experiencia, a un depositario distinto al humano original que lo creó.

—¿Te refieres a descargar los recuerdos de un día en otra persona distinta?

—No te rías. Se ha hecho. Toma a un centenar de parejas de gemelos idénticos. Cinco o seis pueden compartir recuerdos parciales intercambiando ídems. ¡La mayoría sienten dolores de cabeza brutales y desorientación, pero unos cuantos consiguen cargas perfectas! Usando intermediarios golem para compartir todos los recuerdos de sus vidas, los hermanos se vuelven, de hecho, una persona con dos cuerpos orgánicos, dos lapsos de vida reales sumados a todas las copias paralelas que quieren.

—He oído hablar de eso. Creí que *era* una fantasmada.

—Nadie quiere esa publicidad. El potencial de disrupción...

—¿Tu padre estaba intentando hacerlo posible entre personas que no fueran gemelas? ¿Personas que no estén emparentadas? Puaf.

—No te sorprendas tanto. La idea ha estado rondando desde que empezó la idemización, inspirando incontables novelas malas y pelids.

—Hay tantas, de aficionados y metastudios, que no trato de seguirles la pista.

—Eso es porque tienes trabajo. Un trabajo real. Pero las artes son todo lo que alguna gente tiene.

—Mm, Rima. ¿Qué tiene eso que ver con...?

—Espera. ¿Viste la parasensi llamada *Retorcido*? Fue un gran éxito, hace unos pocos años.

—Alguien me obligó a soportar hasta la mitad.

—Recuerda cómo los malos iban por ahí secuestrando ídems de científicos importantes y directivos...

—Porque tenían un medio para cargar recuerdos en un ordenador. Una idea simpática para una pelid de espionaje, aunque imposible. Transistor contra neurona. Matemática contra metáfora. ¿No demostró alguien que los dos mundos no pueden

encontrarse nunca?

—Bevvisov y Leow demostraron que somos seres análogos. Bits y bytes físicos, no de software. Pero las almas pueden copiarse, como cualquier otra cosa.

—¿No estudió tu padre con Bevvisov?

—Su equipo imprimió por primera vez una Onda Establecida en un muñeco en Kaolin Barranimación. Y sí, el argumento *de Retorcido* era tonto. Un ordenador del tamaño de Florida no podría absorber un alma humana.

—No creo que todas las historias sobre descargas en otros estén relacionadas con ordenadores.

—Cierto. En algunos dramas sidcuestran a un golem y vierten sus recuerdos en un voluntario, para apoderarse de secretos. ¡A veces la personalidad cargada se impone a la otra! Una idea terrorífica que impresiona al público. Pero de verdad, ¿qué pasaría si aprendiéramos a intercambiar recuerdos entre personas, borrando el límite entre las almas humanas?

Nota subvocal para mí Al ver hablar a Ritu, me doy cuenta... Está hablando de banalidades, pero a una velocidad que indica un estrés que la gris reproduce de una manera convincente. El tema la preocupa profundamente.

¡Si tuviera mi equipo analítico mientras seguimos con esto!

—Bien, Ritu. Si la gente pudiera intercambiar recuerdos, los hombres y las mujeres no serían enigmas mutuos. Comprenderíamos al sexo opuesto.

—Mm. Eso tendría sus pegas. Piensa en cómo la tensión sexual aporta sal a... ¡Oh!

—¿Qué pasa?

¡Albert, mira al horizonte!

—La puesta de sol, sí. Bonito.

—Había olvidado lo especial que es este momento del día, en el desierto.

—Parte de esa luminosidad anaranjada procede de SWETAP. Supongo que vamos a tener que acostumbrarnos a beber agua que brilla... Eh, ¿tienes frío? Podríamos generar calor caminando. Ahora es seguro.

—¿Para qué? Te fabricaron antes de la puesta de sol de ayer, ¿recuerdas? Será mejor que ahorres el poco *élan* que te queda. A menos que se te ocurra algo mejor que hacer.

—Bueno...

—Entonces sentémonos cerca y compartamos el calor.

—Muy bien. ¿Así está mejor? Hum... creo que estabas diciendo que todas esas pelids malas tenían algo que ver con el último proyecto de tu padre.

—En cierto modo. Los argumentos de las holohistorias siempre se centran en las formas más estúpidas en que se puede abusar de la tecnología. Pero mi padre tuvo que tener en cuenta todas las posibilidades. La carga en otro tiene serias implicaciones morales. Y sin embargo...

¿Sí?

—Por algún motivo, me pareció que mi padre ya sabía mucho sobre el asunto. Más de lo que dejaba entrever.

—Continúa, Ritu.

—¿Estás seguro de que quieres que lo haga? ¿Importa, con el fin acercándose a cada minuto que pasa? Otra de las cosas que siempre me han parecido extrañas de la idemización. El reloj corriendo... Sería mejor encontrar alguna distracción antes de la fusión final.

—Distracción. Vale. ¿Cómo te gustaría pasar el tiempo que queda, Ritu?

—Yo... bueno... ¿Cuál es tu filosofía personal sobre romper macetas?

—¿Cómo dices?

—Barrer barro. Amasar masa. ¿Tengo que deletrearlo, Albert?

—Oh... idemsexo. Ritu, me sorprendes.

—¿Porque soy directa? ¿Es impropio de una dama? No tenemos tiempo que perder, Albert. ¿O sigues algún credo neocélibe? —No, pero...

—La mayoría de los hombres que conozco, y montones de mujeres, se suscribieron a *Playid o Barromate Mensual* en su segundolencia, y recibían ese paquetito sin marca una vez a la semana con un «experto». Incluso cuando son mayores...

—Rita tengo novia fija.

—Sí, leí tu perfil. Una guerrera. Impresionante. ¿Habéis intercambiado votos completos o parciales?

—Clara no es mojígata. Reservamos el contacto verdadero-verdadero el uno para el otro...

—Eso está muy bien. Y es prudente. Pero no has respondido a mi pregunta.

—idemsexo. Sí, bueno. Depende mucho de si lo cargas luego o no.

—Cosa que ninguno de los dos parece probable que vaya a hacer esta noche.

—Comprendo.

—En cuanto ala distracción. Quiero decir, ¿qué sentido tiene inhibirse cuando el mundo terminará dentro de una hora o así? La vida que puede ser salvada...

—¡Muy bien! Admito la propuesta. Ven acá.

—Oh, vaya.

—¿Qué?

—¡Albert, no escatimas en tus grises!

—Tú tampoco.

—HU ofrece amplificación supertáctil con descuento de empleado... Eso está bien...

—Sí. Vamos...

—Uh, espera, tengo una piedra debajo... Ya. Mejor. Ahora déjame sentir tu peso. Muy bien, Albert. Olvídalo todo.

—Muy bien. Es tan...

—Tan real. Casi como si...

—Como si... ¡Ah... ch-chíis!

—¿Qué ha sido eso? ¿Acabas de... estornudar?

—Creía que habías sido tú. El polvo...

—¡Has sido tú! ¡Eres real, maldición! ¡Lo noto!

—Rita, déjame explicar...

—Quítate de encima, cabrón.

—Claro. Pero... ¿qué es ese tinte que se te borra del cuello? —Cállate.

—Y las lentes de contacto de tus ojos se han caído. Ya me pareció que tu textura era demasiado perfecta. ¡Tú también eres real!

—Creí que estabas muerto. Un fantasma, a punto de fundirse. Estaba intentando consolarte.

—¡Yo te estaba consolando a ti! ¿Qué era toda esa cháchara sobre la necesidad de distracción?

—Estaba hablando de ti, idiota.

—Parecía que estabas hablando de ti misma.

—Una buena excusa.

—¡Eh! ¿Crees que te habría tocado si lo hubiera sabido? Ya te he dicho que Clara y yo...

—Maldito seas.

—¿Por qué? Ambos mentimos, ¿no? Te diré mi razón para venir disfrazado, sí tú me dices la tuya. ¿Vale?

—¡Vete al infierno!

—¿No te alegras de que no estuviera en mi casa cuando la alcanzó ese misil? ¿Preferirías que estuviera muerto?

—Claro que no. Es que...

—Podría haber empezado a andar hace horas. Me quedé para...

—¡Para aprovecharte!

—Ritu, cada uno de nosotros pensó... oh, ¿qué sentido tiene?

—¡Es *verdad!*

—¿Qué? —¿Qué?

—¿Has murmurado algo?

—¡No! Es que...

—¿Sí?

—Sólo he dicho que... fue bonito... mientras duró.

—Sí... lo fue. ¿Y ahora de qué *te ríes?*

—Nos estaba imaginando, tumbados después, satisfechos por habernos «consolado» mutuamente... y luego esperando a que el otro empezara a derretirse. Y luego esperando un poco más...

—Je. Es gracioso. Lástima que lo descubriéramos demasiado pronto.

—Sí. Pero ¿Albert?

—¿Sí, Ritu?

—Me alegro de que estés vivo.

—Gracias. Eres muy amable.

—Y ahora, ¿qué?

—¿Ahora? Supongo que echamos a andar. Sacamos una garrafa de plástico del coche, la llenamos con el agua de la charca y nos dirigimos al oeste.

—De vuelta a la ciudad. ¿Seguro que no quieres decir al sureste?

—¿Al sureste?

—A la cabaña de mi padre.

—Meseta Urraca. No sé, Ritu. Tengo un montón de problemas en casa.

—Y tienes que descubrir un montón de cosas antes de intentar resolverlos. La cabaña es privada, con enlaces-red protegidos. Podrías enviar palpadores, averiguar qué pasa antes de salir para enfrentarte a Eneas... o a quienquiera que esté detrás de todo esto.

Ya veo lo que quieres decir. ¿Podremos llegar a pie?

—Sólo hay una manera de averiguarlo.

—Bueno...

—Y pasaremos *cerca* del campo de batalla. ¿Fue por eso por lo que viniste en persona, en vez de enviar a un ídem?

¿Tan transparente soy, Ritu?

Soy lo bastante realista para saber, y envidiar, cuando alguien está enamorado.

—Bueno, Clara y yo... a los dos nos da reparo comprometernos, Pero...

—Muy bien, pues. Hagamos de tu amiga-soldado nuestro objetivo. Está oscureciendo, *pero* la luna ha salido y tengo un amplificador de luz en mi ojo izquierdo.

Yo también.

Podemos hacerlo al trote. Nuestros antepasados cruzaron este desierto hace mucho tiempo. Todo lo que ellos pudieron hacer lo podemos hacer nosotros, ¿no?

—Si tú lo dices, Ritu. Sé por experiencia que la gente puede convencerse de todo.

Psicocerámica

... el gris superviviente del martes produce una impresión...

Nunca imaginé que ser el conejillo de indias de un científico loco fuese tan interesante.

Han pasado unas diez horas desde que mi reloj proteínico empezó a correr, disparando el reflejo salmón: la conocida prisa por nadar o correr o volar de vuelta a casa, salvando cualquier obstáculo, para vaciar los recuerdos de esta minivida en el copioso almacén de un cerebro humano real. Pero ese acuciante reflejo pronto remitió. Todos los reflejos-golem prensados en mi pseudocarne, allá en la fábrica, habían sido agotados por tina paliza física y química.

—Te acostumbrarás a los tratamientos de renovación —explicó idMaharal después de someterme a tormentos de vapor, chorros calientes y rayos cosquilleantes, dejando mi torso y mis miembros hinchados, temblando como en los primeros momentos en que sales del horno—. Sólo duele las primeras veces.

—¿Con cuánta frecuencia se puede hacer esto, antes de que...?

—¿Antes de que el deterioro inevitable lo haga inútil? El barro sigue siendo menos duradero que la carne. Este prototipo ha hecho hasta treinta renovaciones. Mi antiguo equipo en Universal tal vez haya superado ya esa cifra. Si Eneas no ha eliminado el proyecto... cosa que parece bastante probable a estas alturas.

«Treinta renovaciones», reflexioné.

Treinta veces el tiempo ídem normal. Una minucia en comparación con las muchas decenas de miles de días a los que tienes derecho en una vida moderna y múltiple. Pero con el *élan* fresco recorriendo mi cuerpo de barro, le respondí sinceramente a Maharal.

—Tendrías mi agradecimiento, sino fuera tu forma de prolongar mi cautiverio.

—Oh, vamos. Donde hay continuidad, hay esperanza. Piénsalo: ¡Treinta días para esperar y planear la huida!

—Tal vez. Pero dices que he estado aquí antes. Sidcustrado y sometido a experimentos. ¿Escapó alguno de esos otros Albert?

—De hecho, tres encontraron astutas maneras de escapar. A uno lo detuvieron mis perros, ahí fuera. Otro se derritió al cruzar el desierto. ¡Y uno consiguió llegar hasta un teléfono! Pero ya habías anulado el código de crédito del pobre ídem, al cabo de una semana de su desaparición. Mi cazador robótico lo capturó antes de que consiguiera formatear un mensaje a través de una de las redes libres.

—Me aseguraré y dejaré los códigos activos mucho más tiempo en el futuro.

—¡Siempre optimista! —rió Maharal—. Te he hablado de los otros para demostrarte lo inútil que es escapar. Arreglé los fallos de seguridad que aprovechaste

en esas ocasiones.

—Tendré que idear algo original, entonces.

—También sé cómo piensas, Albert. Te he estudiado durante años. —¿Sí? ¿Entonces por qué estoy aquí, idYosil? Hay algo en mí que te cabrea un montón. Algo que necesitas, ¿es eso?

Me miró, atrapado, inmóvil en su pétreo laboratorio-catacumba, y juro que sus ojos de golem brillaron con una expresión a medio camino entre la avaricia y el temor.

—Me estoy acercando —dijo—. Me estoy acercando mucho.

—Pues será mejor que lo hagas —respondí—. Ni siquiera la tecnología restauradora puede mantenerte en marcha eternamente sin un cuerpo real. Yo tengo la clave, ¿verdad? Una especie de secreto que resolverá tu problema. Pero yo también me agotaré, en cuestión de días.

—Es una carrera contra el tiempo.

—Luego está Eneas Kaolin. El martes por la mañana tenía muchísimas ganas de *que* te llevaran al laboratorio para diseccionarte. ¿Por qué? ¿Sospecha que has robado equipo y montado tu propio laboratorio clandestino, usándolo para engañar a la muerte?

La tensa expresión de Maharal se volvió arrogante.

—Eres listo, como de costumbre, Albert —replicó—. Pero siempre falta algo en tu aguda capacidad de deducción. Nunca llegas a captar la verdad, ni siquiera aunque la tengas ante las narices.

¿Cómo le respondes a un cuerpo que te dice algo así? ¿Cuando otra persona dice saber lo que harás incluso mejor que tú mismo? Porque se acuerda de muchos episodios pasados como éste, *tensos* encuentros que tú no recuerdas.

Como no tenía respuesta, guardé silencio. La renovación me había concedido un poco de tiempo, así que lo aproveché.

El pulsó un interruptor y el receptáculo de contención rápidamente se vació de fluido de sostén, y luego se abrió. Mientras mi cuerpo temblaba todavía, recuperando los niveles plenos de catálisis, él me puso unas esposas de energía en las muñecas y tobillos. Por medio de un controlador, las utilizó para obligarme, como una marioneta, a acercarme a una máquina que parecía una unidad de imprintación amplificada. Tras un extremo del aparato vi un par de piernas, de color escarlata brillante. Un repuesto ídem. Bastante pequeño.

—¿Quieres que haga una copia? —pregunté—. Déjame que te advierta, idYosil...

—Sólo Yosil. Ya te he dicho que ahora Maharal soy yo.

—Sí, vale, idYosil. Está claro que quieres hacer trabajo de copia id-a-id. ¿Cómo si no puedes superar la trigésima renovación? Pero, sinceramente, ¿qué clase de solución es ésa? La copia de segunda fila siempre tiene una imprintación de alma defectuosa. Y la cosa va a peor cuando haces una copia de esa copia. Los errores se magnifican. A la tercera transferencia, tienes suerte si eres capaz de andar o hablar.

—Eso dicen.

—¿Eso dicen? Escucha, me paso la mitad de la vida pillando a violadores de copyrights que sidcucstran los golems de estrellas de cine y cortesanas y similares, para vender copias pirata. La falsificación forzada puede funcionar con los muñecos sexuales, si el cliente no exige mucho, pero no es ninguna solución para tu problema, Yosil.

—Ya lo veremos. Ahora, por favor, intenta relajarte y cooperar.

—¿Por qué debería hacerlo? Es difícil hacer una imprintación realmente buena con un sujeto que se resiste. Puedo hacer que las cosas se te pongan realmente feas.

—Cierto. Pero piénsalo. ¡Cuanto mejor sea la copia, más compartirá tus habilidades, tus impulsos y, sobre todo, la mala opinión que tienes de mí! —Maharal se echó a reír—. Una copia de calidad será tu aliada para intentar derrotarme.

Reflexioné al respecto.

—Esos otros Albeas que capturaste. —deben de haberlo intentado de ambas formas.

—Cierto. Sólo cuando la copia fue mala, lo intenté de nuevo. Y de nuevo escogiste cooperar. Entonces hicimos verdaderos progresos. —Tu idea del progreso no se parece a la mía.

—Tal vez. O tal vez no comprendes las ventajas a largo plazo de mi programa, aunque traté de explicártelo en otras ocasiones. En cualquier caso, tu problema ahora es práctico, Albert. Esposado, poco pues des hacer siendo uno solo. Dos podríais hacer más. La lógica es aplastante.

—Maldito seas.

Él se encogió de hombros.

Piénsalo un poco, Albert. Tengo un montón de repuestos ídem para experimentar.

El gris de Maharal se marchó, dejándome pensativo y frustrado porque, resultaba evidente, ya había tenido la misma conversación antes con otros yoes y sabía por experiencia con qué argumentos rebatirme.

¡Tío, ojalá hubiera sido más cuidadoso al localizar a mis ídems perdidos a lo largo de los años! Simplemente, daba por hecho que una alta tasa de pérdidas era inevitable en mi trabajo. Mientras los casos se resolvieran debidamente, algunas bajas merecían la pena. No es una actitud tan fría como la de Clara, que envía a sus yoes una y otra vez a los campos de batalla gladiatoriales por el bien de la ZEP y el país, con escasas probabilidades de que vuelvan ilesos. Incluso así, juré intentarlo con más ahínco en el futuro.

Si salía alguna vez de allí.

Si tenía otra oportunidad.

Bueno, muy bien.

Cedí a la lógica de Yosil. Concentrarme durante la imprintación aseguraría que mi idhermano saliera del horno despreciando como yo a todos los científicos locos.

Y resultó que no me equivoqué en eso.

¡Para lo que iba a servirme!

Bueno, en confianza, ésta no es la primera vez que recuerdo haber hecho una transferencia ídem-a-ídem.

Venga, todo el mundo lo intenta. La mayoría de la gente no queda satisfecha con el producto, que a menudo es una caricatura penosa. Puede ser doloroso verla, como tener delante a una versión de ti mismo borracha, drogada o desahuciada por los médicos. En la facultad, algunos solían hacer frankies para divertirse. Pero a mí nunca me tiraron ese tipo de cosas.

En parte porque mis ids de segundo orden nunca mostraban signos claros de degradación. No había temblores ni lagunas de memoria.

Sin gestos cómicos ni habla torpe. ¡Qué aburrido! Bien podía hacer todas mis copias directamente. Me sentía más cómodo así. De todas formas ¿por qué violar la garantía de HU? Pueden requisarte el horno.

Siempre supe que era un buen copiador.

Una pequeña parte de la gente tiene ese don. Incluso fui parte de un grupo de investigación cuando era más joven. ¿Y qué? No hay ninguna diferencia práctica. ¿Qué sentido tiene hacer una transferencia id-a-id, aunque la hagas bien?

Además, te sientes raro. No se parece en nada a cargar. Te tumbas en el lado original de la máquina en forma de barro, sobre todo cuando el cribador de alma empieza a sondearte con tentáculos que están más afinados para escanear neuronas.

El tetragamatrón tiene que trabajar más para captar la Onda Establecida, pulsar delicadamente todos los acordes de tu sinfonía interna, tomando y amplificando cada nota para iniciar una melodía idéntica tocada por otro instrumento cercano.

Curioso. Esta vez siento claramente algo parecido a un eco que surge del nuevo ídem, todavía un trozo de barro sin vida en su bandeja de cocción. La sensación de *déjà vu* que tan extraña era para nuestros abuelos (eso que ahora llamamos «una agitación en la Onda Establecida») me barrió entonces como un aliento helado. Un viento espectral. Una sensación de íntima familiaridad conmigo mismo que no me gustó en absoluto.

¿Era parte del experimento? ¿Parte de lo que Maharal estaba intentando conseguir?

—Hace dos siglos, William James acuñó el término «flujo de la consciencia» —comentó Maharal alegremente, mientras manejaba los diales—. James se refería a la forma en que cada uno de nosotros convierte nuestro sentido de la identidad en una ilusión. La ilusión de la continuidad... como percibir un solo río, que fluye desde una fuente hasta el mar.

»Ni siquiera la identtecnología cambió este delirio romántico. Sólo añadió múltiples ramificaciones y afluentes al río, fluyendo aún como una sola alma, una entidad que cada persona arrogantemente decide llamar “yo”.

»¡Pero un río no es nada en sí mismo! Es amorfo. Un espejismo. Una masa siempre cambiante de moléculas y momentos individuales. Incluso los místicos antiguos sabían que entrar dos veces en una corriente, exactamente desde el mismo punto, te sumergirá en “ríos” completamente diferentes. En líquidos diferentes que fueron orinados en la corriente por elefantes diferentes, en diferentes momentos y lugares corriente arriba.

—Haces de la filosofía algo refrescante y terrenal —murmuré, tendido allí indefenso a su monólogo.

—Gracias. De hecho, esa metáfora en concreto es tuya. Otro golem de Albert Morris la expresó, hace años. Lo cual viene a demostrar mi argumento, querido amigo. La Onda Establecida es mucho más que sólo la continuidad de la memoria. ¡Tiene que serlo! Debe de haber algún tipo de conexión con un nivel superior... o inferior.

Yo conocía su juego. Maharal estaba intentando distraerme, para que mi furia no interfiriera con el proceso de imprintación. Sin embargo en su voz había algo sincero. Le preocupaban las ahorradas que estaba murmurando.

De todas maneras, las raras sensaciones hicieron que yo quisiera distraerme de aquellos extrañamente poderosos ecos vibrantes. Aunque tenía la cabeza sujeta por las sondas, volví los ojos hacia Maharal.

—Estás hablando de Dios, ¿no?

—Bueno... sí. En cierto modo.

—¿No es un poco raro, profesor? Te has pasado la vida yendo contra la religión, contribuyendo a que cualquiera pueda duplicar el campo-alma, como una fotografía barata. Apenas hay nadie a quien odien más que a ti los viejos conservadores eclesiásticos.

—No estoy hablando de religión —respondió él, mordaz—. Todo lo que yo y otros hemos hecho, al introducir esta tecnología, es dar otro paso en una larga campaña y levantar un confuso telón de supersticiones contradictorias para dejar entrar más luz. Primero Galileo y Copérnico batallaron para liberar la astronomía de los sacerdotes que declararon que el cosmos entero estaba fuera de los límites de la comprensión humana. Luego Newton, Boltzmann y Einstein liberaron la física. Durante un tiempo, las religiones sostuvieron que la vida era demasiado misteriosa para que la comprendiera alguien más aparte del Creador mismo... hasta que analizamos el genoma y comenzamos a diseñar nuevas especies en el laboratorio. Hoy, la mayoría de los bebés reciben algún tipo de terapia genética de mejora, antes o después de la concepción, y nadie pone reparos.

—¿Por qué iban a hacerlo? —pregunté, momentáneamente sorprendido—. No importa. Déjame adivinar. Estás a punto de extender esta tendencia histórica a la conciencia...

—Y el alma humana, sí. Era el último baluarte de la religión del siglo xx. ¡Que la ciencia explique las leyes de la naturaleza, desde los quásares hasta los quarks! ¡De la

geología ala biología! ¿Y qué? ¡Esas leyes no eran sino recetas, un escenario de fondo, producidas hace mucho por un Creador que se preocupa más por los asuntos del espíritu! Es lo que dijeron.

»Pero entonces Jefty Annonas descubrió la esencia vibratoria del alma, la pesó, la midió...

—A algunos todavía no les gusta el término que escogió —apunté—. Dicen que hay un alma verdadera, más allá de la Onda Establecida. Intangible...

—E inefable, sí. Algo que los mortales nunca podrán detectar; que no puede ser reducido a leyes y fuerzas que interactúan. —Maharal soltó una carcajada—. Y así la retirada en lucha continúa. Cada vez que la ciencia avanza, se forma un nuevo bastión... una nueva línea que define un territorio que queda por conservar siempre santo, místico y vago. A salvo de manos profanas. Hasta el siguiente avance científico, claro está.

—Que tú pareces ansioso por proporcionar. Pero entonces, ¿por qué hablar de religión...?

—De religión no, querido amigo. Hablamos de comunicarnos con Dios.

—Uh, la diferencia...

—¡Debela estar bastante clara! Aunque siempre me cuesta trabajo explicártela.

—Bueno... lo siento.

—No, no importa. Estoy acostumbrado a tu obstinada lentitud. Los dones raros no siempre se corresponden con la inteligencia.

Sentí un retortijón en la Onda Establecida, que ahora vibraba a toda marcha entre el nuevo goleen y yo. Una cosa era segura. Iba a odiar a este tipo tanto como yo.

—Continúa —murmuré—. Entre mí y Dios.

Pero se detuvo allí.

Una campanita sonó y sentí que el cribador de almas soltaba su invasora tenaza. Los últimos tentáculos salieron de mi nariz. De inmediato me encontré de nuevo solo dentro de mi cabeza de barro, desplomándome pesadamente.

Las máquinas zumbaron cuando el nuevo golem entró en un horno para ser cocido rápidamente. Poco después vi que se levantaba y daba esos primeros pasos inseguros.

Rojo oscuro, como el suelo de Texarkana. Y pequeño, como un niño. Parecía débil, también. Para que Maharal lo controlara más fácilmente. A pesar de todo, el alto fantasma gris del profesor le puso cautelosamente unas esposas de energía en las muñecas, incluso antes de que el brillo de la cocción se apagara.

¡Tantas precauciones! Debí de haberle causado un montón de problemas en otras ocasiones. Eso me consoló un poquito.

—Volveremos pronto —me dijo idYosil—. Quiero someter a este nuevo ídem a diversas pruebas controladas, y luego veré cómo cargas los recuerdos.

—¡Oh, no veo el momento de hacerlo!

Normalmente, evito mirar a los ojos a las copias frescas que hago. Es incómodo, ¿y para qué sirve? Pero esta vez, después de todas aquellas extrañas sensaciones experimentadas durante la imprintación, me pareció necesario mirar a los ojos al pequeño. ¿No son la ventana al alma de un golem? Tal vez no, pero sentí algo intenso en el momento en que su oscura mirada se encontró con la mía. Una afinidad. No tengo que esperar a cargar para saber qué pensamientos pasaron por aquel cuerpo marrón.

«Busca tu oportunidad», le insté en silencio.

Mi otro yo respondió con un breve gesto. Luego, arrastrado por las esposas de Maharal, se volvió y siguió a nuestro amo a otra parte de aquel inicuo cubil.

Así que esperé, tendido donde me dejaron. Preguntándome y preocupándome por lo que me tenía reservado mi captor.

Treinta días está empezando a parecer mucho tiempo. Debo encontrar un modo de resolver esto mucho antes, resulte al final o no que Dios sea uno de los amiguetes personales de Yosil Maharal.

Y sin embargo, aunque se me presente la ocasión, debo tener cuidado con lo que hago. Por ejemplo, ¿y si deja un teléfono fácilmente a mi alcance? ¿Debería llamar a la policía? En algunas situaciones, es suficiente con que una víctima pida ayuda y espere a que los policías profesionales vengan al rescate. Simple.

Pero no en este caso.

Devanándome los sesos, no veo que Maharal haya cometido un solo delito. Al menos, no que yo sepa. Sólo una larga serie de robos de equipo, sidcuestros, violaciones de copyright y experimentos sin licencia... el tipo de cosas que se zanja hoy en día con litigios civiles y multas automáticas. A la policía no le importa mucho este tipo concreto de villano, no desde la Desregulación.

¡No tanto como a mí!

Por lo que a mí respecta, ninguna multa compensará nada de esto.

El mundo real tiene sus reglas, y yo tengo las mías.

De id a id, voy a hacer que ese loco y maligno montón de barro lo pague.

Barro apasionado
... donde Frankie visita de nuevo un lugar
en el que nunca ha estado...

¡Para mi completa sorpresa, Vic Eneas Kaolin quería contratarme como didtective!

—Bien. ¿Les gustaría tener una oportunidad de encontrar a los pervertidos que hicieron todo esto?

Lo dijo señalando un grupito de holoburbujas que llamaban nuestra atención. La mayoría mostraban el sabotaje a Hornos Universales, ahora ocupada por multicolores ídcros de reparación, como un hormiguero cuyas ocupadas hormigas se esforzaran por devolver la enorme fábrica a su sustancioso funcionamiento.

Otras burbujas mostraban las ascuas de una casita suburbana.

La oferta del multibillonario me dejó sin habla, aunque el pequeño golemcomadreja de Pallie se lo tomó con aplomo.

—Claro, podernos resolverle este caso. Pero tenemos que cobrar el cuádruple de la tarifa normal de Albert. Más gastos... incluida una casa nueva para sustituir la que acaban de volar.

«¿Qué tal conseguirle a Albert un nuevo cuerpo orgánico, ya puestos?», pensé cáustico. A veces Pal se esforzaba sorprendentemente por cosas sin importancia mientras ignoraba las esenciales. Como el hecho de que Albert Morris ya no existía. ¿Quién iba a ocuparse legalmente de aquel caso? Yo no tenía más capacidad legal que una tostadora parlante.

Kaolin ni se inmutó.

—Esos términos son aceptables, pero con la condición de que el pago dependa por completo de los resultados. Y de que el señor Morris resulte ser verdaderamente inocente, como la grabación-archivo sugiere.

—¡Sugiere! —exclamó Pal—. Ya ha oído la historia. ¡Engañaron a se pobre tipo! Lo torearon, prepararon, arrinconaron, se la dieron, lo estafaron, lo implicaron...

—Pal —traté de interrumpir.

—Lo acorralaron, se la jugaron. Un bobo. Un pelele, una tapadora, un panoli, un caraja, un peón...

—Es posible —le cortó Kaolin con un gesto de la mano—. O puede que el archivo estuviera preparado de antemano. Pregrabado para aportar una coartada plausible.

—Eso puede comprobarse —señalé yo—. Incluso enterrada en la garganta del gris, la grabadora habrá detectado el ruido ambiental de la ciudad. Gente hablando a su alrededor. El motor de un camión en una calle cercana. Sonidos apagados, pero

con análisis intensivos cuadrarán con hechos reales, grabados por las publicaras cercanas.

—Bien —reconoció Kaolin, asintiendo—. No pregrabado, entonces. Pero podría ser una mentira. El gris podría haber ejecutado todos los movimientos, narrando mientras lo hacía, mientras fingía no ser uno de los conspiradores. Fingir inocencia...

—Ingenuidad, credulidad, estupidez...

—¡Cállate, Pal! Yo no... —Sacudí la cabeza—. No creo que nada de todo esto sea ya asunto de nuestra incumbencia. ¿No debería entregar usted esta cinta a la policía?

idKaolin frunció sus caros y realistas labios.

—Mi abogado dice que estamos en una delgada frontera entre el derecho civil y el derecho penal.

La sorpresa me hizo reír con amargura.

—Un acto de sabotaje industrial...

—Sin una sola víctima humana.

—Sin una sola... ¿Cómo demonios llama a eso?

Señalé con un dedo las burbujas de noticias, que mostraban una toma aérea de mi pobre casa quemada. La casa de Albert, quiero decir. Lo que sea. Respondiendo a mi vehemente atención, la burbuja se hinchó de tamaño, apartando a las demás y ampliando su imagen. Nuestro punto de vista se centró en varios especialistas investigadores negros de la Unidad de Crímenes Violentos, que estudiaban el lugar. Profesionales de primera fila, buscando trozos de cuerpo. Y trozos del misil, sin duda.

—En este momento todavía no hay ninguna relación confirmada entre esa tragedia y lo que sucedió en HU.

Kaolin lo dijo con una cara tan seria que me quedé mirándolo varios segundos.

—Sólo podrá sostener esa afirmación unas horas como mucho, por buenos que sean sus abogados. Cuando los polis encuentren mi cadáver... quiero decir, el de Albert... y cuando tomen declaración a los testigos y cámaras de HU, su compañía de seguros no tendrá más remedio que cooperar con las autoridades. La policía se enterará de que encontraron algo pequeño e importante entre la espuma tras el ataque priónico. Si finge que no encontró nada, uno de sus empleados contratados...

—Me delatará, esperando cobrar el dinero de un sople. Por Payar, no soy ningún tonto. No intentaré mantener a la policía apartada de la grabación. No durante mucho tiempo, quiero decir. Pero un breve retraso podría resultar de ayuda.

—¿Cómo?

—¡Ya lo tengo! —Trinó el miniídem de Pal con evidente placer y una sonrisa de hurón de oreja a oreja—. Quiere que los saboteadores crean que han tenido éxito. Suponiendo que no supieran nada del pequeño grabador del idgris, puede que piensen que están a salvo. ¡Eso nos da tiempo para ir tras ellos!

—¿Tiempo? —exclamé—. ¿Qué tiempo? ¿Se han vuelto todos locos? ¡Me cocieron hace casi veinte horas! Mi reloj está a punto de agotarse. Apenas tengo

tiempo suficiente para cenar y ver una pelid. ¿Qué le hace pensar que puedo investigar un caso en condiciones como éstas, aunque quisiera?

En ese punto, Eneas Kaolin sonrió.

—Oh, tal vez pueda dar marcha atrás a ese reloj suyo.

Al cabo de menos de media hora salí del mayor de los aparatos que el magnate tenía en su laboratorio-sótano. Una siseante y humeante máquina que me martilleó, bombardeó, roció y me masajéó hasta que me dolió todo el cuerpo... como aquella vez que Clara me llevó a un curso calisténico del Ejército sobre carnerreal y adelgazamiento. Mi húmeda pseudopiel de barro chispeaba desconcertada con el *élan* recién inyectado. Si no explotaba o me fundía en los siguientes minutos, podría enfrentarme al mundo.

—Este aparatito suyo va a cambiar un montón de cosas —comentó Pal desde un asidero cercano, lamiéndose un miembro brillante.

—Tiene sus pegas —respondió idKaolin—, como el coste prohibitivo, lo que puede impedir su comercialización. Sólo había dos prototipos y... no todos los resultados han sido satisfactorios. —Y ahora me lo dice— gruñí. —No, por favor, no me haga caso.

Los mendigos no pueden elegir. Gracias por alargar esta supuesta vida. Al mirarme, vi que me habían dado gratis un cambio de color. El tercero en un día. Ahora tenía el color de un gris de alta calidad. Bueno, bueno. ¿Quién dice que no se puede progresar en la vida? Puede haber progreso, incluso para un frankie.

—¿Dónde piensan ir primero? —preguntó el multibillonario platino, ansioso de que nos pusiéramos en marcha. Aunque no soy Albert Monis, traté de imaginar qué haría mi hacedor, el *detective* privado profesional.

—A ver a la Reina frene —decidí—. Vamos, Pal. Vamos al Salón Arco Iris.

Kaolin nos dejó un recio cochecito de la flota de la compañía, sin duda con un transmisor para seguir nuestros movimientos y un detector de sonido también. idPal tuvo que acceder a no descargar en el Pal original, y a no contactar con su archi. De hecho, teníamos órdenes de no decirle a nadie más lo que habíamos descubierto en el sótano de la mansión.

Fueran o no estrictamente legales aquellas órdenes, yo estaba seguro de que Kaolin tenía algún modo de obligarnos a cumplirlas, o nunca nos habría dejado marchar. Tal vez era mi turno de llevar una bomba. ¿Algo pequeño, insertado mientras mi cuerpo se renovaba en aquella siseante máquina experimental de restauración? No tenía modo inmediato de averiguarlo... ni ningún motivo, mientras nuestros objetivos fueran los mismos.

Llegar a la verdad. Eso era lo que nos interesaba a todos, ¿no? A mí y a Kaolin. Pero ¿cómo podía saberlo?

Una y otra vez, la misma pregunta asaltaba mi mente. ¿Por qué yo?

¿Por qué contratar al burdo frankie verde de un detective privado cuya conducta

debía de resultar ya preocupante a los ojos de Kaolin? Aunque el gris de Albert no hubiera sido uno de los conspiradores, era su panoli inadvertido... como Pal tan pintorescamente lo había expresado.

Fuera lo que fuese, resultaba extraño que el potentado confiara en mí.

Pero claro, ¿en quién podía confiar? Kaolin no bromeaba al citar la Ley Secuaz. Cuando entró en vigor, no tardó en convertirse en la forma más rápida de jubilarse anticipadamente: delatando a tu jefe. Los premios por soplón se volvían más sustanciosos a medida que iba cayendo un pucherazo tras otro; la mitad de las multas resultantes iban a sumarse a nuevas recompensas, con lo cual más lugartenientes, sicarios y manos derechas se veían tentados a soltar la lengua. Para sorpresa de todos, un mundo lleno de cámaras resultó una buena protección contra la venganza de la mayoría de las mafias. Muchas bandas y carteles se destruyeron entre sí simplemente intentando asegurar el silencio de sus desertores.

La implacable lógica del Dilema del Prisionero disparó el colapso de una conspiración tras otra a medida que los informadores se convertían en héroes públicos y aumentaba la prisa por conseguir publicidad y riqueza. Durante un tiempo pareció que la perfidia daba la espalda a la proverbial pared. Todo plan criminal con más de tres miembros parecía condenado desde el principio.

Entonces llegó la idemtecnología.

Hoy en día, es posible una vez más tener una banda de cómplices implacables... ¡aunque todos ellos sean tú! Mejor aún si encuentras unos cuantos aliados dignos de confianza que compartan tareas imprintadoras, ya que pueden tener cualidades de las que tú careces. Pero sigue siendo aconsejable mantener bajo el número de miembros originales. Tres o cuatro. Cinco, como máximo. Alguno más y seguirás teniendo una excelente posibilidad de que algún ayudante de confianza te traicione. Una conciencia culpable puede lubricarse bien si las recompensas son grandes.

Kaolin tenía varios miles de empleados reales, que creaban cada día decenas de miles de eficaces y laboriosos ídems para él. ¿Pero podía pedirle a alguno de ellos que cruzara la fina frontera de la ley... como Pallie y yo estábamos a punto de hacer? Las opciones del Vic eran pocas. O lo hacía él mismo, enviando sus propias copias, o contrataba a alguien con la habilidad adecuada. Alguien que ya hubiera demostrado la voluntad de sortear la legalidad y que, sin embargo, tuviera la reputación de mantener su palabra. Alguien también muy motivado para llegar rápidamente al fondo de aquel asunto.

Tras haber escuchado la grabación-archivo de aquel desafortunado gris, Kaolin debía de suponer que yo encajaba en todos los aspectos. Desde luego, yo no iba a complicar las cosas mencionando que era un frankie. ¡Podía tirarme a la recicladora más cercana!

Mientras esperaba a que el conductor trajera nuestro coche, seguí asaltando a Kaolin a preguntas.

—Nos vendría bien si tuviera alguna idea de por qué alguien quiere cargarse su

fábrica.

—El porqué debería preocuparle menos que el quién —replicó él severamente.

Vamos, señor. Comprender los motivos es fundamental para pillar a los malos. ¿Se han cansado sus competidores de pagar royalties por sus patentes? ¿Envidian la eficacia de su producción? ¿Podrían estar intentando hundir HU?

Kaolin soltó una carcajada.

—Una firma pública está sometida a demasiados escrutinios. Y el terrorismo es arriesgado... no es el estilo de mis homólogos de Fabrique Chelm o Hayakawa Shobo. ¿Por qué usar bombas cuando pueden causarme más problemas con sus abogados?

—Bueno, ¿quién considera que puede estar lo bastante desesperado para emplear bombas?

—¿Quiere decir aparte de esos patéticos fanáticos que acosan mi puerta? —El ídem platino se encogió de hombros—. No me molesto en contar a mis enemigos, señor Morris. De hecho, me habría retirado ya a una de mis posesiones en el campo si no fuera por algunos urgentes intereses de investigación que me obligan a permanecer al alcance de mis ídems imprimados —suspiró—. Si quiere mi opinión, sólo puedo aventurarme a suponer que este burdo acto de sabotaje debe de ser obra de pervertidos.

—Uh... ¿pervertidos? —Parpadeé un par de veces, sorprendido—. Cuando utilizó usted esa palabra antes, no creí que lo hiciera literalmente.

—Oh, pero es así. No son sólo los chalados religiosos y los fetichistas de la tolerancia quienes me desprecian. Sin duda ya lo sabrá. Puede que yo haya ayudado a lanzar la era de la idemización, pero también llevo tiempo oponiéndome al mal uso que se le da a esta tecnología. Desde el principio, me escandalizó la forma que tienen algunos clientes de usarla.

—Bueno, a menudo los innovadores tienen una visión idealizada de lo que surgirá...

—¿Le parezco un santurrón idealista? —replicó Kaolin bruscamente—. Soy consciente de que todas las cosas nuevas se usan mal, sobre todo cuando las compartes con las masas. Mire cómo cada novedad, desde la imprenta a Internet, pasando por el cinc, se convirtió en un medio de difusión de la pornografía casi desde su presentación. O cuando chalados solitarios empezaron a utilizar ídems para el sexo y a difuminar cualquier frontera entre fantasía, infidelidad y autoabuso.

—Pero eso no le sorprendió, supongo.

—Básicamente, no. Cualquiera podía ver que esta tecnología haría que el sexo casual entre desconocidos volviera a ser seguro, después de varias generaciones de miedo. Es el balanceo natural del péndulo, basado en impulsos animales profundamente imbuidos. Demonios, la moda de usar muñecos animados empezó incluso antes de que Beeisov y Leow imprimaran la primera Onda Establecida. No me entusiasmó ver que surgían clubs de idemintercambio por todas partes, pero al

menos eso parecía humano.

»Pero luego llegó el movimiento de “modificación”. Oleada tras oleada de supuestas innovaciones, exageraciones, mutilaciones deliberadas...

—Ah, sí. Luchó usted por impedir que la gente modificara los repuestos que les vendía. Pero eso es agua pasada.

Kaolin lo admitió, encogiéndose de hombros.

—Con todo, estoy seguro de que los pervertidos recuerdan cómo los combatí. Y cada año contribuyo con apoyo financiero a la Ley de Crudeza.

—Querrá decir la Ley de Mojigatería —murmuró idPal desde la balaustrada del pórtico de servicio de la mansión—. ¿De verdad quiere exigir que todos los ídems salgan de la fábrica con la capacidad de tener emociones suprimidas?

—Sólo las emociones que promuevan una conducta violenta u hostil.

—¡Pero ésa es la mitad de la diversión de ser un golem! Puedes hacer cosas al límite. Desatar el demonio interno reprimido...

—La represión existe por buenas razones —respondió Kaolin acaloradamente. Pal, desde luego, sabía cómo pincharlo—. Razones sociales, psicológicas y evolutivas. Cada año, los antropólogos detectan tendencias preocupantes. La gente se vuelve inmune a grados cada vez más escandalosos de violencia...

—En ciertos momentos y espacios estrictamente definidos. Como soñar con hacer cosas que nunca harías en persona. No hay ninguna prueba concluyente de que eso se transfiera a la conducta real...

—Se vuelven inmunes a las mutilaciones de la forma humana... —Experimentan de primera mano qué se siente al ser más grande o más pequeño, lisiado, del sexo opuesto...

—Infligen sufrimiento...

—Lo experimentan...

—Lo desensibilizan...

—Adquieren otra empatía...

—¡Basta! —grité. Durante un momento había sido apasionante ver al goleen platino de un multibillonario enzarzarse en una pelea a gritos con una criatura en forma de hurón salida del idcmburgo. Pero la falta de cualquier cosa parecida al sentido de la conservación que tiene Pal consigue que las cosas pierdan la gracia en un periquete. Todavía existíamos gracias ala paciencia de aquel tipo—. ¿Entonces cree usted que este ataque puede haber sido en venganza por su incondicional apoyo a la Ley de Crudeza? —pregunté.

idKaolin se encogió de hombros.

—Se aprobó en Parsiana-Indus, el año pasado. Ya van veintiséis países, y las Argentinas votan el traes que viene. Para los degenerados es una tendencia preocupante, el camino a una *época* en que nuestros yoes adjuntos sean más tranquilos y mejores de lo que somos nosotros...

—Quiere decir asexuados y aburridos...

—... que contribuyan a elevar la humanidad en vez de a hundirla —terminó de decir Kaolin, dirigiendo a idPal una mirada que daba por zanjada la discusión. Y mi pequeño amigo captó la indirecta esta vez. O tal vez lo distrajo la llegada de nuestro coche, entregado por un amarillo de rostro inexpresivo cuya única tendencia de personalidad era una suave melodía que canturreaba mientras me abría la puerta del conductor y cuando se marchó corriendo a tomar un taxi que lo llevara de vuelta a la sede de HU.

Ajusté el asiento del conductor y Kaolin Platino me dio un portátil con un número seguro al que llamar, si ocurría algo especialmente urgente. De lo contrario, tenía instrucciones de enviar un informe dictado a su buzón de alta prioridad cada tres horas, para un resumen-transcripción automático.

Estaba a punto de cerrar la puerta cuando el pequeño idcomadreja de Pal saltó de mi hombro al de Kaolin. El golem plateado dio un respingo mientras idPal se acomodaba alrededor de su cuello.

—Una textura increíble —comentó el diminuto ídem—. Muy realista. Me estaba preguntando...

Pareció a punto de darle un beso a Kaolin. Luego, sin previo aviso, ¡se giró y hundió los dientes en aquel cuello titilante, justo por encima de la camisa!

De las heridas gemelas manó una pasta densa.

—¿Qué demonios? —Kaolin lanzó un puñetazo rabiando de dolor que ideal esquivó fácilmente saltando por la ventanilla abierta del coche para caer en mis brazos. Lamiendo la sangre brillante de sus mandíbulas, escupió con disgusto.

—¡Barro! Puaf. Vale, es falso, después de todo. Pero tenía que comprobarlo. Podría haber estado fingiendo serlo.

Era típico de Pal. Las figuras autoritarias despiertan lo peor de él. Me apresuré a calmar a nuestro cliente.

—Lo siento, señor. Uh... a Pal le gusta ser concienzudo. Y tiene usted que admitir que este cuerpo es asombrosamente realista. idKaolin se irritó aún más.

—¿Y si hubiera estado disfrazado? ¡Esa maldita cosa podría haberme lisiado! ¡Además, no es asunto suyo cómo decido presentarme! Tengo buena memoria para...

Se detuvo bruscamente, tomando aliento. Las laceraciones dejaron de manar al cabo de un par de segundos y se convirtieron en una dura costra de cerámica. Entre ídems, aquello era una minucia, después de todo.

—Oh, salgan de aquí. No me vuelvan a molestar a menos que descubran algo interesante.

—¡Gracias por tina visita encantadora! —respondió Pal alegremente—. Dele mis saludos a su arqueti...

Salí pitando de allí, interrumpiendo la frasecita de idPal. Al dejar atrás la puerta principal e internarnos en el tráfico, dirigí una aguda mirada de desaprobación a mi compañero.

—¿Qué? —El rostro de hurón me sonrió—. ¡Dime que no sentías curiosidad al

ver aun golem tan realista! ¡Se cuentan tantas historias! Y nadie ha visto a su archi desde hace años.

—La curiosidad es una cosa, Pal...

—¿Una cosa? Eh, a estas alturas es el único motivo que rengo para continuar, ¿sabes?

Lo sabía, ay. Aunque me habían concedido una ampliación (el doble de tiempo de vida que esperaba tener el día anterior, cuando salí del horno) un día sigue siendo sólo un día. Para un frankie o para un fantasma.

¿Qué podía conseguir en ese tiempo? Tal vez un poco de justicia. O un poco de venganza sobre los villanos que asesinaron al pobre Albert. Esos logros pueden ser satisfactorios. Pero no te los llevas más allá del tanque de reciclado.

La curiosidad, por otro lado, es atemporal. Ningún plazo de entrega la suprime. Hay cosas peores por las que puede vivir un hombre, haya nacido de mujer o de barro. Te sostiene, pase lo que pase, sin Importar cuánto te falle la suerte.

—Por cierto, Albead, ¿viste la cara del pellejudo cuando lo mordí?

—¡Demonios, sí, la vi! Pequeño... —Sacudí la cabeza. La imagen del vanidoso semblante de Kaolin todavía surcaba la capa espumosa de mi Onda Establecida. Aquella expresión de sorpresa y afrenta era... Ridícula.

No pude evitar echarme a reír. La risa se apoderó de los dos mientras me saltaba un semáforo en ámbar, incurriendo en otra infracción de cuatro puntos que sumar a la cuenta de gastos de HU. El júbilo se combinó con la burbujeante sensación de renovación que aún permeaba mi revitalizada carne de barro. ¡Me hizo sentirme más vivo que... bueno, que en horas!

—Muy bien, pues —dije por fin, tratando de concentrarme en la conducción. Estábamos en Ciudad-real y podría haber niños cerca. No era momento para desatender el volante.

—Vamos, Pal. Veamos qué está pasando en el garito de Irene.

Lo que estaba pasando era la muerte.

Una multitud se arremolinaba cerca de la entrada del Salón Arco Iris. Todo tipo de ídems de colores chillones (especializados y modificados en casa para el placer o el combate ritual) se agitaban y murmuraban confundidos. Cerraban la entrada a su garito favorito lazos de cinta que titilaba con ritmos que lastimaban los ojos, enviando mensajes disuasorios directamente a las fibras goleen que formaban sus cuerpos de barro.

Una roja de formas femeninas estaba apostada en la entrada. Llevaba gafas oscuras. Explicó pacientemente mientras idPal y yo nos acercábamos:

—Déjenme que se lo repita. Lo siento, pero no pueden entrar. El club tendrá pronto una nueva dirección. Hasta entonces, deben buscar otro lugar donde conseguir sus frenéticos placeres.

La examiné. Sus exageradas curvas parecían gritar camarera descocada, mientras las agujas retráctiles bajo sus uñas indicaban la capacidad de un portero para

mantener el orden, si los clientes se ponían farrucos. Tenía que ser una de las abejas de itere, el ser colonial cuya descripción oímos en el diario recitado del grisAlbert. Encajaba con la descripción, aunque parecía cansada y agotada, obviamente haciendo acopio de sus últimas reservas de energía.

Algunos clientes se marcharon, esperando encontrar otro garito abierto a esa hora. Uno que ofreciera la misma diversión. Vi tristeza en su prisa. Sobre todo los ídems con apéndices picudos para luchar o exagerados atributos sexuales. Esa clase normalmente la hacen los adictos; yonquis de la experiencia que necesitan dosis regulares de intensos recuerdos recientes, cuanto más extravagantes o violentos, mejor. Si estos ids no llevaban a casa su mercancía, sus originales no los aceptarían. Su posibilidad de continuar-a-través-de-la-descarga depende de encontrar excitación en otra parte, en cualquier parte.

A pesar de todo, seguían llegando clientes y se quedaban por allí, esperanzados, o intentaban discutir con la portera roja. ¿Se quedarían en la puerta hasta fundirse? Por el testimonio del desdichado gris de Albert, tuve la impresión de que Irene se tomaba sus cargas muy en serio.

—Vamos a intentarlo por atrás —sugirió idPal desde mi hombro—, según la grabación del gris, es ahí donde esta colmena tiene a su reina.

Su reina. He oído hablar de esas cosas, naturalmente. Con todo, da algo de miedo. Colmenas y reinas, tío. Algunos dicen que todos estamos destinados a eso, tarde o temprano, por la lógica inherente a la idemtecnología.

Tiempos interesantes, sí.

—Muy bien —le dije a mi pequeño camarada—. Vamos a dar la vuelta y a echar un vistazo.

Almas en celuloide

... de cómo realAlbert encuentra un oasis del corazón...

Ritu y yo estábamos secos y agotados después de toda una larga noche y una mañana cruzando el árido desierto.

Nuestros disfraces de grises habrían podido estar mucho peor que «secos». Pero, por fortuna, las mejores marcas de maquillaje no ahogan tus poros naturales. En vez de bloquear la transpiración en realidad la secan, maximizando los efectos refrescantes del viento que pasa. La suciedad y los cristales salinos se abren camino hacia afuera. De hecho, dicen que el material te mantiene más fresco y más limpio que la piel expuesta.

Eso está bien, mientras tengas agua de sobra que beber. Cosa que se convirtió en un problema dos veces durante nuestro largo viaje al sur desde el barranco donde se había estrellado nuestro Volvo. Cada vez que nuestra garrafa de agua empezaba a agotarse en medio de una gran extensión de nada, sin un alma a la vista, yo me preguntaba si el viaje había sido una buena idea después de todo.

Pero a pesar de la apariencia de solitaria desolación, el desierto de hoy no es el mismo al que se enfrentaron nuestros antepasados. Cada vez que nos quedábamos sin agua aparecía algo. Como cuando nos encontramos con una zona salpicada de chozas abandonadas de ocupas, demás de un siglo de antigüedad, encaramadas sobre burdas planchas de cemento con tejados de acero oxidado. Una tenía un antiguo alfombrado, tan cubierto de polvo que mantenía un bullente ecosistema a la sombra. El atascado sistema de tuberías poseía una cisterna donde conseguimos rellenar la garrafa con sucia agua de lluvia, poco apetecible pero que agradecemos de todas formas. En otra ocasión, Ritu encontró un charco formado gota a gota dentro de una mina agotada. No nos hizo gracia beber el líquido cargado de minerales, pero los modernos tratamientos purificadores eliminarían cualquier toxina, si conseguíamos llegar pronto a la civilización.

Así pues, aunque nuestro viaje fue una aventura (a menudo miserablemente incómoda), nunca se convirtió en una cuestión de vida o muerte.

En varias ocasiones divisamos el destello de una estación climatológica robotizada o las cápsulas de color pardo de una eco-webcam. Así que pedir ayuda era siempre una opción si nos encontrábamos con problemas serios. Teníamos buenos motivos para no llamar. Era una cuestión de elección. Eso hizo que el viaje fuera soportable.

De hecho, Ritu y yo encontramos suficiente energía de sobra para pasar el tiempo mientras continuábamos avanzando, y seguimos nuestra conversación sobre los dramas y parasensis recientes que habíamos visto. Como el clásico tópico que

aparece constantemente: un duplicado dice ser el «real» y acusa a algún impostor de haberse apoderado de su vida normal. Ambos habíamos visto *Roja como yo*, el docudrama de una mujer cuya piel la hacía parecer nomarrón (irreal para la mayoría de la gente), por lo que no podía ir a ninguna parte sin ser tratada como una golem. Todos aceptamos ser una «mera propiedad» buena parte del tiempo, porque todo se resuelve, ¿no? Pero esta heroína nunca tenía su oportunidad como ciudadana/ama. La historia me recordaba a Pal, atrapado en su silla de soporte vital, incapaz de experimentar plenamente el mundo a no ser a través de los ídems. Las ventajas modernas no son siempre justas.

Así me enteré de por qué Ritu había venido en persona a este viaje, en vez de enviar a una gris. Resulta que también es discapacitada. No puede hacer copias fiables. A menudo le salen mal.

Muy bien, millones de personas no pueden usar los hornos y sufren la desventaja de tener sólo una vida lineal. La gente insensible los llama «sin alma», pensando que eso les sucede a quienes carecen de una verdadera Onda Establecida que copiar. Ese déficit hereditario puede hacer difícil conseguir trabajo o encontrar pareja. De hecho, la versión despiadada de la pena capital impone al delincuente un nexoBevvisov que le impide imprimir, atrapándolo para siempre en los confines de un cuerpo único.

Muchas decenas de millares de personas sólo pueden animar caricaturas burdas y chapuceras que cortan el césped o pintan una cerca... pero nada más.

El problema de Ritu es diferente. Imprima ídems de gran sutileza e inteligencia, pero muchas son frankies que se desvían radicalmente.

—¡Cuando era adolescente, a menudo salían ya del horno resentidas, incluso odiándome! En vez de ayudarme a conseguir mis objetivos, algunas intentaban sabotearlos o me ponían en situaciones embarazosas.

»Sólo en los últimos años he alcanzado un cierto equilibrio. Ahora, tal vez la mitad de mis golems hacen lo que quiero. El resto se pierde. Casi siempre son inofensivas, sin embargo siempre les instalo potentes placas transmisoras para asegurarme de que se comportan.

La embarazosa confesión se produjo cuando ya llevábamos horas caminando, cuando la fatiga hacía mella en su reticente cascarón. Murmuré mi compasión, sin tener el valor de decirle que yo nunca he creado frankies. (Es decir, hasta que el verde de ayer envió aquel extraño mensaje. Y todavía no estoy seguro de creerlo).

En cuanto al problema de Ritu, mis lecturas profesionales sobre psicopatología dejaban espacio a una sola conclusión: la hija de Yosil Maharal tenía profundos problemas psicológicos que no se manifiestan cuando está confinada a salvo en su piel natural. Pero la idemización los desata y los amplía. «Un clásico caso de odio por uno mismo reprimido», pensé, y luego me reprendí por diagnosticar a otra persona con tan pocas pruebas.

Aquello explicaba por qué me había acompañado en persona el martes por la tarde. Era importante investigar en el viejo refugio del desierto de su padre. Para

asegurarse de que se hacía bien, debía venir de la manera anticuada.

Gran parte de nuestra conversación (incluida esta confesión) quedó grabada en el pequeño transcriptor que llevo implantado bajo la piel de mi oreja. Me sentí bastante mal por ello, pero no tenía forma de impedirlo. Tal vez borre esa parte más tarde, cuando tenga una oportunidad.

El Campo de Combate Internacional Jesse Helms.

Desde la distancia, parece la típica base militar en el desierto: un oasis verde salpicado de palmeras, pistas de tenis y piscinas de aspecto turístico. Los barracones para las tropas acuarteladas en tiempo de guerra son adecuadamente espartanos: bungalós residenciales estilo cabaña, a la sombra de los árboles, de colores pastel, y apiñados junto a estaciones cibersim, zonas de prácticas y jardines de contemplación zen. Todo lo necesario para que los soldados perfeccionen su espíritu marcial.

En absoluto contraste con esos estoicos campos de entrenamiento, hoteles chillones se alzan al cielo cerca de la puerta principal, para los periodistas y los aficionados ala lucha que acuden en persona a las batallas importantes. Barreras de letalambre mantienen alejados a los periodistas y las hobbicámaras flotantes, de modo que los guerreros de dentro puedan concentrarse sin ser interrumpidos. Preparando sus almas para la batalla.

Por debajo del oasis, bajo una colina natural rodeada de surcos de neumáticos, se encuentran las entrañas subterráneas de la base: un complejo de apoyo nunca visto por los millones de fans que sintonizan cada encuentro televisado. Debajo residen todos los fabricantes de armas especiales y las prensas de golems especializados que necesita un militar moderno. Otro montículo subterráneo, a varios kilómetros de distancia, ofrece a los invitados instalaciones para visitar a los ejércitos que vienen varias veces al año a resolver semanas de febril esfuerzo, más allá de una cordillera de colinas, en el campo de batalla propiamente dicho.

—Bueno, no parece que la guerra haya acabado —comentó Ritu mientras nos turnábamos para echar un vistazo a un ocular de mano, uno de los pocos artículos salvados de mi Volvo destruido. Incluso en lo alto de una colina, a cinco kilómetros de los límites de la base, se notaba: el enfrentamiento entre la ZEP e Indonesia todavía estaba en su apogeo. Los aparcamientos de los hoteles estaban llenos. Y el ciclo al sur brillaba con flotacams y releasats.

Oh, estaba sucediendo algo, bajo aquella distante horda de ojos *voyeur*, justo detrás de un acantilado de granito. Rumores esporádicos, como truenos enfurecidos, se repetían bajo aquella barrera de piedra. En algunas ocasiones, los potentes ecos hacían que el aire latiera alrededor de nosotros. Esas detonaciones iban acompañadas por destellos de luz tan brillante que breves sombras danzaban por el suelo empapado de sol.

Algo muy parecido al infierno se estaba desatando más allá del acantilado. Un

torbellino de muerte, más violento e implacable dalo que nuestros salvajes antepasados podrían haber imaginado... y habría que escarbar mucho para encontrar a alguien vivo en nuestro abigarrado mundo que se sintiera mal al respecto.

—Bien —preguntó mi compañera—. ¿Cómo entramos para ver a tu amiguita-soldado? ¿Nos dirigimos a la entrada principal y decimos que la llamen?

Negué con la cabeza. Ojalá hubiese sido tan fácil. Durante nuestra dura caminata por el desierto aquella idea fue pesándome cada vez más en la mente.

—No creo que sea buena idea llamar la atención.

—No jodas. La última vez que escuché algo así, eras sospechoso de un crimen importante.

—Y estaba muerto.

Oh, sí, y estabas muerto. Eso podría provocar un tumulto cuando presentes tu retina para un escapen de identificación. ¿Quieres que lo haga yo? Puedo alquilar una habitación. Quitémonos este maquillaje —indicó la pseudopiel gris que nos cubría a ambos, bastante ajada después de muchas horas de sol y recio viento—. Yo podría darme un baño caliente mientras tú llamas a tu amiga.

Sacudí la cabeza.

—Naturalmente, es cosa tuya, Ritu. Pero dudo que debas dejarte ver tampoco. Aunque la policía no te busca, no hay que olvidar a Eneas Kaolin.

Si fue Encas quien nos disparó en la autopista. Ver no es creer, Albert.

—Mm. ¿Apostarás tu vida a que no fue él? Está claro que Kaolin y tu padre estaban metidos en algo gordo. Algo preocupante. Todos los signos indican que tuvieron una especie de desacuerdo. Puede que condujera a la muerte de tu padre en la misma autopista donde nos emboscaron...

Ritu alzó una mano.

—Me has convencido. Necesitamos un portal seguro de Red para averiguar qué está pasando, antes de permitir que nadie sepa que sobrevivimos.

—Y Clara es la adecuada para resolver eso —alcé de nuevo el ocular—. Suponiendo que podamos cruzar los siguientes kilómetros y llamar su atención.

—¿Alguna idea sobre cómo hacerlo?

Señalé a la izquierda, lejos de la puerta principal de la base, hacia un desvencijado campamento paralelo ala verja de letalambre, a cierta distancia de los resplandecientes hoteles. Se veían figuras multicolores moviéndose entre una fantástica variedad de tiendas, casas móviles y casetas improvisadas que daban la impresión de ser una feria anárquica.

—Allí abajo. Ahí iremos a continuación.

Cachitos de cielo

... donde Verde descubre que hay cosas peores que la muerte...

El pequeño idhurón de Pal se encaramó a mi hombro mientras nos alejábamos de la entrada principal cerrada del Salón Arco Iris y dábamos la vuelta para buscar otro acceso. Una gran verja de seguridad bloqueaba el callejón de servicio, pero no *tuve* que encargarme de ella. La puerta estaba entornada. Debían de haberla dejado así al entrar una furgoneta grande.

Nos colamos, y después nos escondimos detrás del vehículo y lo examinamos.

OPCIONES FINALES, S.A.

Eso era lo que decía el hologo, con angélicos querubines llamando graciosamente.

Una gran antena de plato en el techo del vehículo parecía manufacturada, bastante recargada y mucho más grande de lo que hace falta para un enlace de datos por satélite. Mientras pasábamos por su lado, mi piel cosquilleó, un poco como la reciente sensación de burbujeo al ser renovado.

—Hay un montón de energía en esa furgoneta —comentó idPal, arqueando la espada y dejando que el pelaje se erizara.

—¿Has oído hablar de estos tipos? —pregunté, tiritando basta que pasarnos.

—Un poco. Aquí y allá —la voz de idPal era baja y tensa.

Gélido criovapor envolvía gruesos cables aislantes que serpenteaban entre la furgoneta y la puerta trasera del edificio, donde una música de órgano bastante vulgar llenaba el oscuro interior. Alerta, pasé por encima de los cables y entré en una sala cavernosa donde podían distinguirse varias docenas de formas encapuchadas, meciéndose con las armonías de aquella especie de cántico fúnebre.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Pal con retintín—. ¿Filmando un nuevo episodio de *El Teatro de Vincent Erice*?

Yo era agudamente consciente de lo que había sucedido en aquel lugar justo el día anterior, cuando aquellas criaturas consiguieron engañar a uno de los mejores grises de Albean y plantarle una bomba espantosa en las tripas. Si pudieron conseguir eso, sería mejor que un miserable frankie como yo tuviera cuidado. Bajo el profundo teñido de mi piel, seguía siendo un humilde verde.

Tras acostumbrarme a la penumbra, vi que todas las formas con túnica eran del mismo tono rojizo que la que nos prohibió entrar por la puerta principal del Salón Arco Iris. Todas menos una figura central que yacía tumbada bajo un dosel. Estaba tan pálida que al principio la tomé por una ídem de marfil.

Pero no, la forma tumbada era una persona real, con mechones de pelo gris asomando entre puñados de electrodos. Una tela roja de seda cubría gran parte de su gruesa forma flácida. La mayoría de la gente de hoy se esfuerza por mantener su cuerpo orgánico en buena forma (¡Bronceándose lo suficiente para que no los confundan con golems de placer!). Pero alguna gente da un solo uso al cuerpo con el que nació: como receptáculo de recuerdos, pasando de las impresiones del conjunto de ídems de un día a las siguientes. Evidentemente, Irene era la abanderada de esa tendencia. ¡No era extraño que dirigiera un emporio popular dedicado al exceso de moda!

Y sin embargo, por los sonidos fúnebres que reverberaban alrededor, supuse que la vida de Irene (por grande que pudiera haber sido) se estaba acercando a su fin. Su pecho subía y bajaba de manera irregular bajo la colcha. Unos tubos le suministraban medicinas líquidas mientras un monitor metabólico cercano marcaba un suave y errático ritmo.

No vi ningún horno. Ninguna fila de repuestos ídem a la espera. Bien, no estaba ocupada creando fantasmas, como hace alguna gente cuando sabe que se está muriendo: una última hornada de duplicados autónomos para que se encarguen de los detalles de último minuto... o para decir esas cosas que nunca te atreviste a murmurar cuando estabas vivo. La mayoría de estas Irenecopias parecían bastante mayores. Todas podían haber estado presentes cuando grisAlbert se sometió a sus reparaciones».

¿Dejó Irene de duplicarse a sí misma al mismo tiempo, o poco después? Una coincidencia muy extraña, si lo era.

Observando desde las sombras, vi a una Irene aun lado de la ceremonia fúnebre, conversando con un golem púrpura cuyos ojos enormes y pico estilizadamente curvado parecían los de un halcón.

—Horus —murmuró idPal.

—¿Hora?

—¡Horus! —señaló la brillante túnica del visitante, cubierta con inscripciones y figuras bordadas—. El dios egipcio de la muerte y la otra vida. Un poquito pretencioso, para mi gusto.

«Por supuesto —pensé—. Una de esas empresas que ofrecen ayuda especializada a los muertos o moribundos». Si hay un servicio hipotético que alguien pueda querer, encuentras a un millón de aburridos desocupados ansiosos por proporcionarlo.

Me acerqué más mientras cara de halcón explicaba los puntos de un vistoso folleto.

—Aquí tiene una de nuestras opciones más populares. ¡Plena suspensión criónica! ¡Tengo instalaciones para suministrar al cuerpo orgánico de su arquetipo la combinación adecuada de agentes estabilizadores científicamente equilibrados, y luego empezar a reducir la temperatura hasta que podamos llevarla a nuestra sede en Redlands, que tiene su propio suministro de energía geotérmica, blindada contra todo

lo que no sea el impacto directo de un cometa! Lo único que su rig tiene que hacer es imprimir un permiso.

—La suspensión criónica no nos interesa —replicó la golem roja, en representación de su colmena—. Se ha verificado repetidas veces que un cerebro humano congelado no puede mantener una Onda Establecida. Se desvanece, para nunca regresar.

—Pero hay recuerdos, almacenados en casi cuatro mil millones de sinapsis y conexiones intracelulares...

—Los recuerdos no son homogéneos... no son lo mismo que quien eres. De todas maneras, ala mayoría de esos recuerdos sólo puede accederse con una copia en funcionamiento de la Onda Establecida original.

—Bueno, se puede congelar a los ídems. Supongamos que se almacena también la cabeza original. Entonces, algún día, cuando la tecnología haya avanzado lo suficiente, alguna combinación de...

—Por favor —cortó la frene roja—. No nos interesa la ciencia ficción. Que otros paguen tarifas elevadas para servirles de conejillos de indias. Nosotras queremos un servicio sencillo, y por ese motivo llamamos a su compañía. Elegimos la antena.

—La antena —asintió el hombre halcón púrpura—. La ley me exige que diga que la técnica no está verificada, y no hay éxitos confirmados, a pesar de que muchos sostienen que las detecciones de resonancias...

—Tenemos motivos para creer que sus fracasos pasados fueron fruto de la falta de concentración, deseo, enfoque. Todo eso se subsanará si hacen su trabajo tal como anuncian.

Horus se envaró.

—La antena, entonces. Seguiré necesitando un permiso. Por favor, que su arquetipo ponga su vida-imprintación aquí.

Sacó un pesado rectángulo plano de los pliegues de su túnica y rasgó una fina cobertura de plástico que dejó escapar una densa nube humeante. La ídem roja sostuvo torpemente la tableta con ambas manos, por los bordes, cuidando de no tocar la húmeda superficie.

—Volveré en unos minutos. Hay preparativos que completar. —Horus se volvió hacia la furgoneta entre un aleteo de túnicas deslumbrantes.

idPal y yo vimos a la emisaria roja abrirse paso entre la multitud de sus hermanas, quienes le dejaron paso sin hacerle caso aparente. Subió a la plataforma y sostuvo la tableta sobre la pálida figura que yacía allí. La Irene original reaccionó levantando primero una mano y luego la otra. «Está consciente», advertí.

Amablemente, dos ídems se acercaron desde ambos lados para sostenerla.

Acercaron la tableta a la cara abotargada hasta que su cálido aliento condensó gotitas sobre la superficie. Irene inhaló profundamente, y luego la ídem roja apretó la tabla de barro, rápidamente y con suficiente fuerza para rodear la cabeza de realIrene. La sostuvo allí unos segundos, hasta que una máscara casi perfecta se formó, la boca

abierta en un reflejo de sorpresa.

No hizo falta respirar en el breve instante que el barro crudo tardó en transformarse ante nuestros ojos, ondulando rápidamente a través de varios colores del espectro, incluyendo algunos tonos que los antiguos ermitaños solían buscar en los lejanos rincones del mundo, durante la larga era oscura anterior a la almística. La zona de la boca, especialmente, parecía agitarse con una leve luz.

Luego retiraron la sólida máscara, dejando a realIrene aturdida pero ilesa.

—Siempre odio tener que hacer eso —murmuró Pal—. Malditos abogados.

—Las firmas se pueden falsificar, Pal. Igual que las huellas dactilares, las criptocifras y los escaneos retinales. Pero un sello-alma es único.

Irene ahora tenía un contrato firme con Opciones Finales, para pasar los últimos momentos de su vida orgánica comprando algo que consideraba más precioso. Bien, bien. Ahí tienes la Gran Desregulación. El Estado no puede hacer nada entre tu consejero espiritual y tú, sobre todo cuando se llega a esa elección decisiva: cómo hacer tu salida final.

Lástima que el pobre Albert nunca pudiera decir nada al respecto. En parte gracias a Irene, seguro.

idPal se agitó y se tensó en mi hombro. Me volví para ver a una figura que se nos acercaba por un lado. Era otra ídem, con aspecto un poco más agotado que las demás, pero todavía formidable.

—Señor Morris —inclinó ligeramente la cabeza—. ¿Es usted? ¿O es otro? ¿Debo presentarme?

—Nada de lo anterior —respondí, sin importarme si la críptica respuesta la confundía—. Sé quién es usted, Irene. Pero no soy el tipo que hicieron volar anoche.

Ella respondió encogiéndose de hombros, resignada.

—Cuando lo he visto, ahora mismo, no he podido dejar de esperar... —¿De esperar? ¿Esperar qué?

—Que las noticias estuvieran equivocadas. Esperaba que fuera usted el mismo ídem que salió de aquí ayer.

—¿Qué está intentando colarme? Sabe lo que le sucedió a ese gris. Usted lo asesinó. ¡Lo hizo volar dentro de Hornos Universales! Sólo su acto de heroísmo final impidió que su bomba destrozara el lugar.

—Nuestra bomba —la roja asintió, resignada—. Eso dirá la gente. Pero, sinceramente, creíamos que estábamos insertando un aparato espía, sintonizado para sentir y evaluar los campos-alma experimentales en la División de Investigación de HU...

—Oh, vaya trola —comentó Pal.

—¡No, de verdad! La noticia del sabotaje a HU fue una completa sorpresa. Demostró cómo nos han utilizado. Traicionado. —Bien. ¡Hábleme de su traición!

Ajena al sarcasmo, ella asintió.

—Oh, lo haré. De inmediato nos dimos cuenta de que un aliado nos había

preparado una trampa para aprovecharse de este vicioso ataque, como parte de una defensa de muchos niveles, para proteger al verdadero villano. Aunque las tácticas de ocultación de su gris hubieran sido perfectas, aunque enmascarara su pista, cortando todos los enlaces directos que llevaran a sus jefes, un crimen de tal magnitud no quedaría impune. Hornos Universales no reparará en gastos para encontrar a los responsables. Así que, cuando se hayan descubierto varias capas de señuelos, la culpa recaerá sobre nosotras.

¿Es usted el primer heraldo del castigo, ídem Morris?

—Oh. Puede que sea un heraldo, vale, pero no soy Morris —murmuré, tan bajo que ella no lo advirtió.

—Nos sorprende un poco verlo a usted —admitió la ídem roja—, en vez de a los de seguridad de HU o la policía. ¿Le seguirán pronto? No importa. Ya no estaremos aquí. Partiremos dentro de poco, mientras aún podemos escoger el modo de hacerlo.

Yo no me lo tragaba.

—Dice que es inocente de la bomba Atómica. ¿Qué hay del ataque a realAlbert, que lo mató en su casa?

—¿No está claro? —preguntó ella—. La mente maestra que hay detrás de todo esto, nuestro enemigo común, parece, tuvo que cubrir su propio rastro después de utilizamos. Eso significaba no dejar cabos sueltos. Lo mató a usted un poco más rápidamente de lo que Inc mató a mí, pero igual de implacablemente. Dentro de poco, usted y yo ya no existiremos.

»Es decir, en este plano de realidad —añadió.

Miré la plataforma, que había sido acercada a la furgoneta. Siseantes criocables estaban siendo conectados a un denso grupo de tentáculos, amontonados alrededor de la pálida cabeza de realIrene.

—Va a cometer una especie de suicidio. Eso le impedirá testificar como persona plena en los tribunales. ¿Está segura de que quiere hacerlo? ¿No beneficiará eso a su antiguo socio, el que la traicionó? ¿No debería ayudar a capturarlo?

—¿Por qué? La venganza no importa. Estábamos muriendo de todas formas... una cuestión de semanas, solamente. Participarnos en su plan en un gambito desesperado, esperando retrasar ese destino. Confiamos, jugamos y perdimos. Pero al menos podremos elegir la forma de nuestra muerte.

idPal hizo una mueca.

—La venganza puede que no le importe a usted, pero Albert era mi amigo. Quiero atrapar al hijo de puta que hizo esto.

—Y desde luego le deseamos suerte —suspiró la roja—. Pero este villano es un reputado maestro a la hora de evitar dar cuentas.

—¿Era ese Vic Collins que conoció el gris?

Ella asintió.

—Usted ya lo conoce por otro nombre.

Con una sensación de agobio, lo adiviné.

—Beta.

—Eso es. No le hizo gracia su incursión en el edificio Teller, por cierto. Eso le costó mucho. Pero el plan para usar a Albert Morris en este caso llevaba cociéndose algún tiempo.

—Y un plan más retorcido para utilizarla a usted.

—Cierto. Vimos la colaboración como un buen intento para hacer espionaje industrial. Una oportunidad de piratear algunos usos primeros de la más nueva idemtecnología, antes de que pasara por los molestos procesos de permisos y demás.

—Nueva idemtecnología. ¿Se refiere a idemización remota? Era la tapadera que le habían contado al gris.

—Por favor. Eso interesó a la maestra Wammaker, pero es un asunto de poca importancia, solo para despistarlo. Sospecho que ya sabe qué estábamos buscando.

—La golemrenovación —sugirió Pal—. Una forma de hacerlos durar. ¿Puedo aventurar por qué? La memoria de su archi está llena, o casi.

—¿Llena? —pregunté yo.

—Demasiadas cargas, Albert. Irene se ha estado duplicando tanto, aceptando vertidos enteros de memoria de cada ídem que ha hecho, que ha llegado a un límite sobre el que la mayoría de la gente sólo puede especular.

Se volvió hacia la roja.

—Dígame, ¿cuántos siglos ha vivido en tiempo subjetivo? ¿Mil años?

—¿Importa?

—Podría importarle a la ciencia —respondí yo—. Para ayudar a otros a aprender de sus errores.

Pero yo mismo notaba la futilidad de cualquier llamada al altruismo. Esa persona, no importaba lo vieja que fuera, iba a dejarse conmover por nada que no fuera su propio bienestar.

—Así que oyó rumores sobre el proceso de renovación y petiso que darles a sus ids un lapso de vida más largo de...

—Permitiría retrasar lo inevitable, ¿no? —interrumpió Pal—. Y la participación de Beta en la alianza debe de haber parecido lógica también. Vende copias baratas de ídems de placer baratos. La renovación le permitiría prolongar la vida de sus moldes robados. ¡Tal vez incluso pasar de ventas a lucrativos alquileres!

—Así nos lo expuso. Beta parecía un aliado natural para ayudar a robar esa tecnología. Yo... nosotras aún no podemos imaginar qué esperaba ganar destruyendo Hornos Universales.

—¡Bueno no lo consiguió! —replicó idPal—. Porque Albert fue más listo que él, al final.

Me entraron ganas de hacer una mueca. Dudé de que el gris pudiera ser «más listo» que nadie. Pero me callé.

Fuera cual sea el motivo de Beta, estoy seguro de que lo intentará otra vez.

Icen asintió.

—Probablemente. Pero ya no será asunto nuestro.

Detrás de su hombro, vi que los preparativos estaban casi terminados. Vapores helados fluían alrededor del dosel y enormes cribadores de alta sensibilidad se concentraron alrededor del cráneo de pelo gris de real Irene. Su respiración era entrecortada, pero sus ojos estaban abiertos y enfocados. Sonaban borbotos suaves y me pregunté si estaría intentando hablar... es decir, si conservaba aún esa capacidad. Durante muchísimo tiempo, había usado otros ojos y oídos, manos y bocas, para interactuar con el mundo.

Horus volvió, tras haberse cambiado de túnica: una azul estampada con mandalas circulares. Manipuló la masa de tentáculos cribadores mientras las ídems rojas de Irene se colocaban cerca, como pétalos de una flor. Todas ellas llevaban ahora gorritas de malla conductora estándar.

—Sí —comentó Pal—. ¡Van a cargar todas a la vez! Menudo dolor de cabeza.

—Ella debe de estar acostumbrada —respondí, volviéndome para confirmarlo con la roja con la que habíamos estado hablando. ¡Pero ya no estaba! Sin hacer ningún comentario ni despedirse, se había marchado para reunirse con las demás. Corrí tras ella y la agarré por un brazo—. Espere un segundo. Tengo más preguntas.

—Y yo tengo una cita —respondió ella, tensa Sea breve.

—¿Qué hay de Gineen Wammaker? ¿Estaba implicada en el plan? ¿O se trataba de alguien disfrazado de ella?

La roja sonrió.

—Oh, ¿no es maravillosa nuestra era moderna? Nunca lo supe con seguridad, señor Morris. No sin hacer un análisis estructural de alma. Desde luego parecía y actuaba como la maestra, ¿no? Pero ahora debo marcharme...

—¡Vamos, me lo debe! —exigí—. Al menos dígame cómo encontrar a Beta.

Ella se echó a reír.

—Tiene que estar bromeando. Adiós, señor Morris.

La roja se volvió para marcharse, pero se dio inedia vuelta cuando yo intenté agarrarla de nuevo por el brazo. Se me quedó mirando. Las agujas salieron de pronto de las yemas de los dedos color sangre, brillando líquidas... con algo mucho más fuerte que aceite aturdidor, sospeché. Tras ella, vi que la ceremonia se acercaba a su clímax. Horus murmuraba algún abracadabra sobre cómo cada alma debe tarde o temprano vaciarse en el verdadero Original, la fuente de todas las almas, allá arriba en el universo.

Tuve una inspiración.

—Mire, todavía está buscando algún tipo de inmortalidad, ¿no es eso, frene? El intento de robar la tecnología de renovación a HU fue un fracaso y la policía vendrá pronto. Así que está intentando otra cosa. Lanzar su Onda Establecida ahí fuera. ¡Pum! ¡Directo al éter, con toda la fuerza de una planta de microfusión! Aplicando la descarga neuroeléctrica de la muerte cerebral orgánica para multiplicar el golpe. Y usando a todas sus ídems al mismo tiempo, como cohetes sólidos, para ayudar a

lanzar el espíritu. ¿Me equivoco?

—Algo así —dijo ella, retrocediendo con cautela hacia el lugar donde la esperaba una gorrita de malla, colgando cerca del dosel—. Hay ritmos puros ahí fuera en el espacio, señor Morris. Los astrónomos detectan similitudes espectrales con la Onda Establecida del Alma, sólo que burda, sin formar. Como barro fresco de golem. Las primeras mentes en imponer con éxito sus ondas podrían...

—¡Podrían amplificarse de manera inimaginable, convirtiéndose en Dios! Sí, he oído hablar de esa idea —se maravilló Pal, saltando de mi hombro y corriendo hacia delante—. ¡Esto tengo que verlo!

Me apresuré, hablando rápidamente.

—Pero escuche, frene, ¿no prometían todas las antiguas religiones la otra vida como recompensa por la virtud? Usted cree que la tecnología puede sustituirlo. Bien. Pero ¿y si se equivoca? ¿Ha considerado alguna vez que los antiguos podrían tener razón al menos en parte? Que algún tipo de karma o pecado o culpa se aferra a uno, como arrastrado por un viento...

—Está intentando sembrar dudas en mí —susurro ella.

—¡Ya están plantadas, en la ídem que tengo delante! —dije yo—. Tal vez no debería añadir esos pensamientos a la pureza de la colmena. Podría quedarse atrás y ayudarme. Compensar parte del daño que ha hecho. Aliviar un poco la carga. Ayudar al resto de la colmena quedándose aquí y expiar...

La ídem roja aulló con una desesperación tan grande que me maravillé de las implicaciones.

Creía que una «abeja de colmena» tendría un ego personal bajo, como una hormiga. O una abeja obrera. ¡Pero Irene es exactamente lo opuesto! Cada parte de ella quiere continuar de manera desesperada. Un ego rugiente y frenético fue la fuente de la fuerza de frene, y de su caída.

Horus parecía molesto. Algunas de las otras rojas estaban abriendo los ojos.

—Vamos —insté a la que todavía quedaba, que temblaba mientras idPal mordisqueaba la gorra de malla y la hacía pedazos. Sus ojos oscuros parecían salvajes.

—Ayúdeme a encontrar a Beta —imploré—. Podría cambiar el equilibrio del karma...

Con un grito, ella se dio media vuelta (tuve que saltar atrás para evitar otro amago de las brillantes garras), y luego salió corriendo, esquivando los cables del callejón. Pronto oímos ruidos de golpes.

—¿Qué demonios? —gritó Honus—. Eh, ¿qué está haciendo? ¡Salga de mi furgoneta!

Corriendo tras ella, el púrpura dejó su maquinaria en marcha mientras un brusco gemido empezaba a alzarse, en un inminente crescendo. Me acerqué, tanto para ver lo que estaba pasando fuera como para echar un vistazo a realIrene... la mujer orgánica que estaba tendida sobre la plataforma, ansiosa por expirar de la manera adecuada,

para que su Onda Establecida pudiera volar, encadenada al ciclo.

¿Cómo lo expresó la ídem roja?

Hay ritmos puros allá en el espacio... similares a una Onda Establecida... como barro de goleo fresco... Las primeras mentes en imponer sus ondas...

«Oh, tío».

Subí a la plataforma. ¡Fuera, la desesperada ídem roja subía a la furgoneta, seguida de cerca por Horus, *cuya* túnica aleteaba alrededor de sus piernas desnudas de manera poco digna mientras trataba de agarrarla! Al mismo tiempo, intensas energías fluían entre el nido de chispeantes tentáculos que rodeaban la cabeza de realIrene.

—Señor Morris...

Fue poco más que un croar húmedo, apenas audible por encima del gemido nucleoeléctrico. Tratando de no tocar nada, me acerqué a la mujer moribunda. Su tez pálida estaba hinchada y marcada de pequeñas pústulas. Por una vez, me alegré de no poder oler.

—Albert...

No era una persona que me gustara. Sin embargo, su sufrimiento era genuino y se merecía piedad, supongo.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted? —inquirí, preguntándome cuándo estaba programada la maquinaria para soltar toda esta fuerza acumulada. Tal vez no fuera seguro estar allí.

—He oído... lo que... dijo...

—¿Qué, lo del karma y todo eso? ¿Mire, no soy ningún cura. Cómo puedo saber...?

—No... tiene razón... —boqueó en busca de *aire*—. Tras la barra... abra el tapón de ketone... atrape al hijo de... hijo de pu...

Sus párpados aletearon.

—Será mejor que salgamos de aquí, colega —me instó Pal. Ya estaba en la puerta con el sol a la espalda. Bajé corriendo de la plataforma para reunirme con él, mirando atrás a tiempo de ver una erupción de suaves luces que empezaban a destellar. El cuerpo de Irene se convulsionó. Lo mismo hicieron el puñado de golems rojas, en perfecta sincronía. No faltaba ya mucho.

Tras retirarnos al callejón, vimos la otra conmoción que tenía lugar en lo alto de la furgoneta. La última ídem de frene, la que estaba a punto de quedar huérfana, se agarraba ala gran antena y sollozaba de manera bastante realista mientras Horus la sujetaba por el tobillo. El, a su vez, se aferraba a la parrilla de carga, intentando arrastrarla.

—¡Suelta! —gritaba, enfurecido—. ¡La vas a estropear! ¿Tienes idea de cuánto he ahorrado para comprar una franquicia...?

idPal saltó a mi hombro mientras yo me apartaba, poniendo más distancia entre nosotros y... lo que estuviera a punto de suceder.

Unos truenos resonaron dentro de la habitación trasera del Salón Arco Iris, como un batir de tambores... o tal vez un millón de sapos gigantes con malas condiciones tiroidales. Muy bien, las comparaciones no son mi fuerte, pero cualquiera nacido en este siglo reconocería la cadencia grave de una Onda Establecida enormemente amplificada. Tal vez una caricatura ridícula, impresionante pero carente de sutileza. O bien una versión colosalmente aumentada de la real. ¿Quién podría decirlo?

Tal vez Irene... dentro de unos pocos segundos.

Su última golem chilló en el techo de la furgoneta, luchando contra la presa de Horus para poder meter la cabeza en la antena. —¡No me dejéis!— gimió—. ¡No me dejéis atrás!

—No creía que a las hormigas obreras les preocupara tanto sus yoes individuales —comentó Pal secamente.

—Yo me estaba preguntando lo mismo —repliqué—. Tal vez la metáfora de la colmena no es adecuada, al fin y al cabo. La personalidad humana mejor equipada para su forma de vida es todo ego. Ella nunca pudo renunciar ni siquiera a una pequeña parte de sí misma. Supongo que ser grande puede resultar tan adictivo como...

—¡Ahí viene! —interrumpió el ídem de Pat.

Nos apartamos callejón abajo hasta que sentí la verja contra mi espalda y luego vi cómo una luz brillante brotaba por las puertas traseras del Salón Arco Iris, de la cámara donde yacían Irene y sus copias.

La luz reverberó, proyectando sombras incluso sobre el asfalto iluminado por el día. Instintivamente, *alcé* una mano para protegerme.

La lucha en lo alto de la furgoneta terminó cuando Horus cayó al suelo con un grito. En ese mismo momento, algo corrió por los cables superconductores. La última ídem roja gritó, agarrándose a la antena desesperadamente, haciendo que la construcción chisporroteara cuando aquella brillante energía envolvía la furgoneta. Una aurora moteada de chispas las cubrió a ella y la antena, mientras su peso derribaba el delicado aparato, haciendo que gimiera...

Un rayo visible brotó hacia delante, atravesando el cuerpo de barro, que se estremeció, se endureció rápidamente y se desgajó para luego desplomarse sobre la delicada parabólica, derribarla, rompiendo el soporte de metal con chasquidos secos. Vi con Pal (y el pobre Horus, que aullaba) cómo la antena giraba... y luego se caía por un lado de la furgoneta.

Una cegadora oleada sin sonido se extendió hacia fuera, como una onda radiante de luz pura. Nos barrió a Pallie y a mí, provocando temblores por mi espalda. Me estallaron los oídos dolorosamente. Descargas estáticas siguieron a la onda, derribando las puertas traseras de la furgoneta y lanzando a la calle nubes de equipo.

La transmisión terminó, no dirigida al cosmos de arriba, sino al suelo de un callejón mugriento.

Horas se desplomó, gimiendo desesperado hasta que todo quedó en silencio.

—Sabes, Gumby —murmuró mi pequeño amigo en forma de hurón desde su asidero en mi hombro, cuando por fin pudimos sacudirnos de la deslumbrada sorpresa del espectáculo—. Sabes, esta ciudad está construida sobre ricas capas de arcilla pura. Es un motivo por el que Eneas Kaolin construyó aquí su primer laboratorio de animación, hace mucho tiempo. Así que no es tan descabellado imaginar...

—Cállate, Pal.

No quería compartir la perversa idea que pudiera acabar de ocurrírsele. De todas formas, el humo se despejaba y no vi rastros de fuego. Nadie nos impediría volver a entrar en el Salón Arco Iris.

—Vamos dije, frotándome la mandíbula, que me dolía por debajo de las orejas. —Vamos a ver el regalo de despedida que nos ha dejado frene.

—¿Mm? ¿De qué estás hablando?

No estaba seguro. ¿Había dicho «tapa de ketome»? ¿O «que tome»?

Traté de no pensar mal de Irene. A pesar de todo lo que había hecho, no parecía justo. Sobre todo cuando entramos y dejamos atrás los restos de una plataforma calcinada rodeada por montones de estatuas tendidas y humeantes.

Nunca había visto morir a nadie de manera tan concienzuda.

Un síndrome de China

... donde el Pequeño Rojo descubre más de lo que quería saber...

Yosil Maharal (o más bien su fantasma gris) parece bastante orgulloso de su colección privada, empezando por un conjunto único de tablillas de escritura cuneiforme y sellos cilíndricos de la antigua Mesopotamia, la tierra arcillosa donde comenzó la escritura hace más de cuatro mil años.

—Éste fue el primer tipo de magia que funcionó de una manera fiable y respetable —me dijo, sosteniendo un objeto de la forma y color de un rollo de cocina, cubierto de livianas incisiones solapadas en forma de cuña—. Por fin el hombre pudo conseguir una especie de inmortalidad sólo con aprender el nuevo truco de grabar sus palabras y pensamientos e historias y marcar impresiones en arcilla húmeda. La inmortalidad de hablar a través del tiempo y el espacio, incluso mucho después de que tu cuerpo original regresara al polvo.

Puede que yo no sea ningún genio, pero capté a qué se refería. Pues él era esa manifestación de continuidad más allá de la muerte. Un complejo amasijo de impresiones-alma hechas en barro, hablando después de que el Yosil Maharal original perdiera su vida orgánica cerca de un barranco solitario, bajo una autopista en el desierto. No era extraño que sintiera cierta afinidad con las pequeñas tablillas.

La colección privada de Maharal también incluye muestras de antigua alfarería, como varias grandes ánforas (contenedores de vino de un birreme romano que se hundió hace dos mil años), recientemente descubiertas por idexploradores en el fondo del Mediterráneo. Y cerca, en el mismo expositor, un conjunto de rara vajilla de porcelana azul, que una vez rodeó el cabo de Buena Esperanza en el vientre de un velero para adornar la mesa de algún rico mercader.

Aún más preciosas para mi anfitrión eran varias efigies humanas del tamaño de un puño, de una época muy anterior a Roma o Babilonia. Una época anterior a las ciudades o la escritura, cuando todos nuestros antepasados deambulaban, sin techo, en tribus de cazadores-recolectores. Una a una, el golem gris de Yosil mostró amorosamente una docena de estas figuritas de «Venus», moldeadas con el barro de algún río del Neolítico, todas ellas con voluminosos pechos y copiosas caderas que se prolongaban en generosos muslos y diminutos pies. Con evidente orgullo, me contó dónde fue encontrada cada estatua, y qué antigüedad tenía. Al carecer de rostro definido, la mayoría parecían enigmáticas. Anónimas. Misteriosas. Y prodigiosamente femeninas.

—A finales del siglo xx, un culto espiritista posauoderno se organizó en torno a estas efigies —me instruyó mientras tiraba de la cadena de mi cuello, llevándome de

un expositor al siguiente—. Inspirados por estas diminutas esculturas, unos cuantos místicos hiperfeministas crearon una fantasía ideológica deliciosamente satisfactoria: que una religión de la Madre Tierra precedió a todos los demás sistemas de creencias espirituales, por todo el planeta. ¡Este ubicuo *credo* neolítico tenía que haber adorado necesariamente a una diosa! Una de cuyas tendencias principales era la fecundidad y el cariño maternal y sereno. Esto es, hasta que la amable Gaia fue derribada por las violentas bandas de machos adoradores de Jehová-Zeus-Shiva, acicateados por una brusca oleada de viles tecnologías nuevas, la metalurgia, la agricultura y la escritura, que llegaron de manera repentina, simultánea y desestabilizadora, sacudiendo de inmediato la tranquilidad y derribando a la madre diosa pastoral.

»Dicen que todos los crímenes y catástrofes de la historia registrada provienen de aquel trágico cataclismo. —El fantasma de Maharal se echó a reír, acariciando afectuosamente una de las Venus—. Oh, la teoría de la diosa era fabulosa y creativa. Aunque hay otra explicación mucho más sencilla de por qué se encuentran estas pequeñas figuritas en tantos enclaves de la Edad de Piedra.

»Toda cultura humana ha dedicado considerables esfuerzos creativos a reproducir con proporciones exageradas la forma femenina fértil... como arte erótico. O pornografía, si quieres. Creo que podemos suponer sin riesgo que había machos frustrados en los tiempos de las cavernas, como los hay hoy. Deben de haber “adorado” a estas pequeñas figuras de Venus de maneras que nos resultarían familiares. Bastante menos elevadas que la veneración a Gaia, pero no menos humanas.

»Lo que sí ha cambiado, después de todo este tiempo, es que los ídolos sexuales de barro de hoy son mucho más realistas y satisfactorios.

»Pero todo consiste en frotarte dentro.

Encadenado, con un cuerpo en miniatura y obligado a escuchar esta cháchara, yo sólo podía reflexionar. ¿Estaba siendo intencionadamente ofensivo, para calibrar mi reacción? Quiero decir, ¿por qué iba a importarle al gran profesor lo que yo pensara? No soy más que un golem barato anaranjado y diminuto, imprimado a partir del gris que capturó el martes en la mansión Kaolin. ¿Qué clase de conversación intelectual puede esperar tener con seres como yo?

Bueno, no me considero mentalmente deficiente. Desde que salí del horno, lo he comprobado y no he encontrado ninguna laguna de memoria. No puedo resolver una ecuación diferencial mentalmente... pero el propio Albert sólo fue capaz de hacerlo durante unas ocho semanas, hace mucho tiempo, cuando necesitó el cálculo para aprobar un curso en la facultad. Hizo falta el trabajo duro y concentrado de tres ébanos para conseguir acceder a esa dolorosa belleza, y luego lo olvidó todo después de los exámenes para dejar espacio entre cien mil millones de neuronas a recuerdos

más relevantes.

¿Ven? Incluso puedo ser irónico.

Muy bien, al parecer soy mejor imprimiendo copia-a-copia de lo que creía, algo que Yosil Maharal debe de saber desde hace tiempo. Tal vez desde que tomé parte en aquel proyecto de investigación veraniega en el instituto. ¿Fueron de verdad tan especiales mis puntuaciones? ¿Ha estado secuestrando copias mías para estudiarlas desde entonces?

La idea me provoca escalofríos. Peor, hace que me sienta violado. Jo, qué capullo. Dice que tiene razones. Y sin embargo, ¿no las tienen todos los fanáticos?

—Éste es mi mayor tesoro —dijo Yosil, llevándome ante otro expositor—. Me lo dio el Hijo Honorario del Ciclo en persona, hace tres años, en gratitud por mi trabajo en Xi'an.

Ante mí, conservada en una vitrina de cristal sellada, se alzaba la estatua tamaño natural de un hombre con el porte de un soldado, mirando el frente, listo para la acción. Tan detallada era la escultura que se veían los remaches que sujetaban las tiras de la armadura de cuero. Bigote, perilla y pómulos pronunciados embellecían unos marcados rasgos asiáticos, retocados con brotes caprichosos. Toda la efigie estaba hecha de terracota marrón.

Naturalmente, yo conocía Xi'an, una de las joyas artísticas del mundo. Sería inconcebible que un particular poseyera una de estas estatuas... sino hubiera tantas. Miles de efigies, recuperadas de media docena de regimientos enterrados, descubiertas hace más de un siglo, cada una modelada a partir de un soldado concreto que sirvió a Ch'in, el primer emperador, que conquistó y unió todas las tierras del Oriente. El mismo Ch'in que construyó la Gran Muralla y dio su nombre a China.

—Conoces mi reciente trabajo allí —dijo idYosil. No era una pregunta, sino una declaración. Naturalmente. Había hablado con otros Alberts, había hecho con ellos el mismo recorrido turístico.

¿Con qué propósito?, me pregunté. ¿Por qué explicar todo aquello, sabiendo que los recuerdos se perderán y que tendrá que decírmelo de nuevo, la próxima vez que me sidsecuestre para que le sirva como sujeto a mi pesar?

A menos que sea parte de lo que está intentando probar...

—He leído un par de cosas sobre tu trabajo en Xi'an, en los periódicos —respondí, con cautela—. Dices que has encontrado rastros-alma en algunas de las estatuas de barro.

—Algo así —la fina sonrisa de idYosil mostró su evidente orgullo al recordar la sensación mundial que fue su descubrimiento—. Algunos dicen que la prueba no es clara, aunque creo que lo es suficientemente para llegar a la conclusión de que había alguna especie de proceso primitivo de imprimación en marcha. ¿Con qué medios? Aún no los hemos determinado. Una casualidad, tal vez, o el trabajo de algún antiguo

prodigio que contribuye a explicar los sorprendentes acontecimientos políticos de esa época, además del terror que sus contemporáneos sentían hacia Ch'in.

»¡Como resultado directo de mis hallazgos, el Hijo del Cielo actual accedió finalmente a abrir la colosal tumba de Ch'in el año que viene! Algunos profundos misterios puede que salgan a la luz, después de haber dormido durante milenios.

—Mm —respondí algo incauto—. Lástima que no estés allí para ser testigo de ello.

—Tal vez no. O tal vez sí. Hay un montón delicioso de contradicciones implícitas en esa expresión tuya, Albert.

—Ah. ¿Qué expresión?

—Has dicho «lástima», lo cual implica valores. Te dirigías a mí, como un ser pensante, la persona que te tiene cautiva en este momento, ¿verdad?

—Oh... cierto.

—Luego están las expresiones «estar allí» y «ser testigo». Oh, has dicho un puñado de cosas, desde luego.

—No veo...

—Vivimos un momento especial —expuso idMaharal—. Un momento en que la religión y la filosofía se han convertido en ciencias experimentales, sujetas a las manipulaciones de los ingenieros. Los milagros se han convertido en productos de marca, embotellados y vendidos con descuento. ¡Los descendientes directos de los hombres que tallaban puntas de lanza con pedernal junto al río no sólo están creando vida, sino redefiniendo el mismísimo significado de la palabra! Y sin embargo...

Hizo una pausa. Finalmente tuve que pincharlo.

—¿Y sin embargo?

El rostro gris de Maharal se retorció.

—¡Y sin embargo hay obstáculos! Para muchos de los problemas destacados de la almística parece no haber esperanza de solución, debido a la inefable complejidad de la Onda Establecida.

»Ningún ordenador puede modelarla, Albert. Sólo los cables superconductores más cortos y rápidos pueden transmitir su sutil majestad, apenas lo suficiente para imprimirla en un receptáculo cercano de barro especialmente preparado para ello. ¡Matemáticamente, es un horror! Con todas las probabilidades en juego, me asombra que el proceso funcione.

»De hecho, muchos de los pensadores más profundos de hoy en día sugieren que deberíamos dar las gracias y aceptarlo como un regalo, sin comprenderlo, como la inteligencia, ola música, o la risa. —Sacudió la cabeza en una estupenda reproducción de un gesto de desdén—. Pero, naturalmente, la gente de la calle no sabe nada de esto. Nacidos con el insaciable espíritu humano, nunca quedan satisfechos con una maravilla... ni con sus vidas enormemente ampliadas. ¡En absoluto! Lo dan por hecho y siguen exigiendo más.

»¡Hacer posible que imprimemos golems lejanos, para que podamos

teletransportarnos por todo el sistema solar! ¡Telepatía, para absorber los recuerdos de otros! No importa lo que digan las ecuaciones metamatemáticas. ¡Queremos más! ¡Queremos ser más!

»Y por supuesto, la gente tiene razón. En el fondo, percibe la verdad.

—¿A qué verdad te refieres, doctor? —pregunté.

—¡A que los seres humanos están a punto de convertirse en mucho más! Aunque no de ninguna de las formas que imaginan ahora.

Con esa crítica observación, Maharal guardó cuidadosamente sus últimos objetos de colección, las tablillas de escritura cuneiforme y los restos de cerámica. Las antiguas ánforas y la vajilla china. Las enigmáticas y eróticas estatuillas de Venus y figuritas de Dresde cubiertas de nieve. Los pergaminos en hebreo, sánscrito y los crípticos códigos de la alquimia medieval. Finalmente, dirigió un afectivo saludo al recio soldado de terracota, todavía en guardia con su aleteante y apenas detectable alma imbuida. Era evidente que Maharal se sentía cómodo con estos tesoros, como si demostraran que su trabajo era parte de una tradición honrada por el tiempo.

Después, tirando de la cadena de mi cuello, me obligó a seguirlo como un niño pequeño que sigue los pasos de un gigante despiadado, de vuelta al laboratorio lleno de máquinas que siseaban y zumbaban y chispeaban, haciendo que el aire tintineara de manera aterradora. Tuve la corazonada de que algunos de aquellos efectos podían ser para impresionar. A Yosil le gustaba el dramatismo. Al contrario que algunos «científicos locos», sabía lo que era y le gustaba su papel.

Un tabique transparente a prueba de sonidos dividía la habitación. Más allá, divisé la mesa donde «yo» había despertado hacía una hora o así, todavía caliente del horno. Y cerca, atado a otra plataforma, yacía una figura gris mucho más alta que este cuerpo mío. El yo que había sido durante varios días. El que proporcionaba un molde para esta consciencia narradora.

Pobre gris. Allí abandonado para reconcomerse y preocuparse y planear en vano. Al menos yo tenía la distracción de un oponente.

—¿Cómo conseguiste montar todo esto en secreto? —pregunté, haciendo un gesto alrededor. La enorme cantidad de material (por no mencionar los caros aparatos) habría sido difícil de transportar a ese cubil subterráneo (dondequiera que estuviera) incluso en los viejos días de conspiraciones de la CIA y malas pelids sobre autopsias a alienígenas. Encontrar uno en la actualidad construido por una sola persona que habría escapado de algún modo al omnividente Ojo de Explicación compartido por todo el público demostraba que estaba en manos de un auténtico genio. Como si no lo hubiera sabido ya.

¡Un genio que estaba en mi contra por algún motivo! No sólo era físicamente cruel con este cuerpo que llevaba, sino que seguía oscilando entre un silencio taciturno y estallidos de súbita charlatanería, como impulsado por alguna necesidad interna de impresionarme. Reconocí los claros signos de un complejo de inferioridad Smersh-Foxleitner... y me pregunté de qué podría servirme el diagnóstico.

Principalmente, seguía buscando posibles formas de escapar, sabiendo que cada uno de mis anteriores encarnaciones-prisioneras debía de haber hecho lo mismo. Pero todo lo que habían conseguido con sus esfuerzos había sido volver a Maharal hipercauteloso, de modo que ahora sólo imprimaba copias experimentales más demasiado débiles para poder quitarse unas esposas de papel.

Tras atarme a una silla bajo una máquina que parecía un microscopio gigantesco, apuntó la enorme lente a mi cabecita anaranjada.

—Tengo acceso a amplias fuentes, cerca de aquí —dijo Maharal, respondiendo a mi pregunta... aunque no sirvió de nada... jugueteó con unos diales y murmuró algo a un voztrólador computerizado, más concentrado en la tarea que tenía entre manos que en mi persona. Pero yo sabía algo más.

El hombre estaba preocupado por mi causa... un resquemor profundo. Cualquier cosa que yo dijera podía molestarlo.

—Muy bien, así que descartamos el teletransporte y la telepatía. Incluso así, has hecho unos logros impresionantes, doctor. Tu proceso para aumentar el lapso de pseudovida de un ídem, por ejemplo. ¡Guau! Imagina si todos los golems pudieran rellenarse de *élan* una semana o dos... Apuesto a que eso haría estragos en las existencias de Hornos Universales. ¿Por eso tuviste una bronca con Eneas Kaolin?

Mi comentario atrajo una brusca mirada. Los labios grises de Maharal se apretaron en una línea, silenciosos.

—Vamos, doc. Admítelo. Noté la tensión entre vosotros dos, bajo toda aquella aflicción fingida en la mansión Kaolin, cuando apareciste como fantasma para ver tu propio cadáver. El Vic parecía ansioso por ponerle las manos encima a ese cerebro artificial tuvo, y diseccionarlo en trocitos. ¿Por qué? ¿Para saber más de todo esto? —Indiqué el gran laboratorio con su misterioso equipo robado—. ¿O estaba intentando silenciarte?

La mirada de Maharal me dijo que había dado en el blanco. ¿Es eso? ¿Asesinó Eneas Kaolin a tu yo real?

La policía no había encontrado ninguna prueba de manipulación en el lugar del accidente donde había muerto real Yosil Maharal. Pero al buscar pistas, sólo habían tenido en cuenta la tecnología actual. Eneas Kaolin poseía la del futuro.

—Como de costumbre, piensas en pequeño, señor Morris. Como el pobre Esas.

—¿Sí? Entonces intenta explicarte, profesor. Empezando con por qué estoy aquí. Muy bien, hago buenas copias. ¿Cómo te ayuda eso a resolver esos grandes misterios de la alquímica?

Volvió los ojos hacia arriba y se encogió de hombros con una expresión de fatigado desdén que encajaba exactamente con la pauta Smersh-Foxleitner. Maharal no sólo envidia mi habilidad. ¡Me teme! Por eso debe exagerar la distancia intelectual entre nosotros y minimizar mi humanidad.

¿Advirtieron esto mis otros yoes? ¡Tuvieron que hacerlo!

—No lo entenderías —murmuró, regresando a sus preparativos. Oí el

chisporroteo del equipo de alta energía, calentándose conmigo como foco.

—Estoy seguro de que le dijiste eso mismo a los otros Albeas que capturaste. Pero dime, ¿trataste alguna vez, aunque fuera una sola, de explicarte? ¿De ofrecer quizá colaboración, en lugar de torturas experimentales? La ciencia no es un asunto individual, después de todo. Sean cuales sean tus motivos para trabajar en solitario...

—Son mis motivos. Y son más que suficientes para justificar estos medios. —Maharal se volvió a mirarme, cansado—. Ahora farfullarás argumentos morales sobre que está mal tratar a otra entidad pensante de esta manera. ¡Aunque tú no mostraste esa consideración con tus propios ídems! Ni siquiera te molestaste en investigar por qué desaparecieron tantos a lo largo de los años.

—Pero... Soy detective privado. Eso implica meter a mis yoes en situaciones peligrosas. Correr riesgos. He llegado a considerarlos...

—Yoes desechables. Su pérdida no se lamenta más de lo que lamentarían nuestros abuelos la pérdida de un día irritante. Bueno, ése es tu privilegio. Pero claro, no me llames monstruo si me aprovecho.

Eso me hizo pensar.

—¿Te he llamado monstruo?

Rostro de piedra.

—Varias veces.

Reflexioné un momento.

—Bueno, entonces, tengo que suponer que tu... procedimiento va a doler. Un montón.

—Me temo que sí. Lo siento. ¡Pero hay buenas noticias! Tengo motivos para creer que las cosas saldrán mucho mejor esta vez.

—¿Porque has mejorado el método?

—En parte. Y porque las circunstancias han cambiado. Espero que tu Onda Establecida sea más maleable..., más móvil... ahora que ya no está anclada a la realidad orgánica.

No me gustó el sonido de eso.

—¿Qué quieres decir con eso de que ya no está anclada?

Maharal frunció el ceño, pero noté que la expresión enmascaraba un cierto placer. Tal vez ni siquiera era consciente de lo mucho que disfrutaba dándome la noticia.

—Quiero decir que estás muerto, señor Morris. Tu cuerpo original fue vaporizado el martes pasado por la noche, cuando un misil destruyó tu casa.

—Un... ¿qué?

—Sí, mi pobre artefacto amigo. Igual que yo, ahora eres, como dicen, un fantasma.

Imitación de una vida falsa
... Gumby y Pal, husmeando...

El interior del Salón Arco Iris estaba completamente vacío.

Algunos holodestelladores habían quedado encendidos e iluminaban la pista de baile y el Pozo de Rencor con imágenes retorcidas, como paisajes multidimensionales de Dalí surcados por figuras eróticas que poseyeran demasiados miembros. Pero sin el intenso latido de fondo de la música ceramopunk, las formas fluctuantes eran bastante patéticas.

Aquel lugar exigía gente, un puñado apretujado de varios centenares de cuerpos de colores brillantes, colocados para revelar sus ondas establecidas, ultrasensibles, como las emociones cambiantes de los adolescentes.

—Me pregunto quién irá a quedarse con el Arco Iris —musitó idPal—. ¿Crees que Irene tenía herederos o que dejó un testamento? ¿Irá todo esto a subasta?

—¿Qué, pensando en convertirte en hostelero?

—Es tentador —saltó de mi hombro a la barra, una ancha superficie de madera de teca lacada—. Pero tal vez carezco de personalidad para ello.

—¿Te refieres a la paciencia, la concentración o el tacto? —comenté mientras curioseaba. El bar contaba con un deslumbrante conjunto de tubos, espitas, botellas y dispensadores de intoxicantes, eufóricos, estimulantes, niveladores, aceleradores, refrenadores, subidores, tajadores, horizoneros, miópicos, estigmáticos, celo trópicos, histericógenos... —Nimbé, Alberti Aunque la idea que Irene tenía del tacto era bastante especial. La misma de los chulos, los porteros y los polis. Que les den a todos.

—Nihilista —murmuré mientras escrutaba las etiquetas de un sorprendente conjunto de mezclas. Mi búsqueda no iba a ser fácil. Las variedades de abuso que puedes poner en un cuerpo de barro nunca dejan de asombrarme, y casi sin duda desconcertaron a los inventores de la idemtecnología, allá por el tiempo en que la gente empezó a jugar con modificaciones caseras. Puedes afinar un golem para que reaccione espectacularmente al alcohol o la acetona, a campos magnéticos o eléctricos, a estimulación sónica o por radar, a imágenes o aromáticos... por no mencionar a un millar de pseudoparásitos especialmente diseñados. En otras palabras, puedes golpear, tirar o molestar a la Onda Establecida de incontables maneras que serían letales para tu cuerpo mortal y transferir a casa vívidos recuerdos cuando el día haya terminado.

No es de extrañar que haya adictos a las experiencias. En comparación, los cócteles de opioalcaloides que la gente aburrida solía inyectarse en la época del abuelo eran como una dosis de vitaminas.

—¿Nihilista? ¿Te atreves a llamarme nihilista? ¿Quién está aquí, usando lapso vital para ayudarte, amigo?

¿Llamas ayudar a estar ahí agazapado, criticando? ¿Y si me ayudas un poco aquí abajo, detrás de la barra?

Él replicó con un bufido de desdén, pero saltó al suelo al otro lado, olisqueando mientras escrutaba etiquetas, gruñendo audiblemente y diciendo que se la debía por esto. Yo no me tragué su actuación, por supuesto. La adicción personal de mi amigo *era* hurgar en las rarezas del mundo. Tras los acontecimientos de la última hora, nunca lo había visto más feliz.

«Espero que pueda cargar todo esto», pensé, recordando al Pal real, prisionero en su silla sustentadora de vida. Se lo pasaría de miedo recordando al viejo Horus, caído de culo desde lo alto de la furgoneta de Opciones Finales. Pal también podría ayudar a distraer a Clara de su pena cuando le describiera cómo pasamos estas horas fantasmales...

No, me obligué a no pensar en ella. De todas formas, Clara recordaría a Albert con cariño. Eso supera cualquier tipo de inmortalidad de la que haya oído hablar. Mucha más inmortalidad de la que este frankie verde concreto iba a obtener.

De todas formas, ¿quién quiere vivir eternamente?

Yo no dejaba de maravillarme de la variedad de sustancias almacenadas detrás de la barra. «Irene debe de haber tenido una buena protección política para conseguir una variedad ambiental. Hay más bebidas tóxicas aquí que en el extinto estado de Delaware».

—¡Lo encontré! —anunció idPal, recalcando su triunfo con una voltereta. Corría su extremo de la barra, donde había una serie de grandes tiradores de madera, como los que se usaban para escanciar cerveza en una taberna de verdad. Uno tenía una indicación que decía: «Ketone Kocktail».

—Mm, podría ser. Si ella hubiera dicho que era un grifo...

—¿Estás seguro de que dijo «tapón»?

—Bastante seguro.

Jugueteé con la palanca, no muy ansioso por servir el contenido a presión. Mi barato cuerpo verde, incluso renovado con teñidos artificiales de naranja y gris, no podría soportar la mayoría de las exóticas mezclas ofrecidas aquí para la venta.

—El tapón... —empezó a decir idPal.

—Lo sé. Voy a comprobarlo.

La palanca tenía una gran chapa decorativa, como un tubo de latón que cubriera el extremo. *Retorcí* en un sentido, luego en el otro. Cedió un poco, pero nada más. Ni siquiera cuando apreté con fuerza.

Estaba a punto de dejarlo, cuando pensé: «Tal vez funciona en varias direcciones sucesivas, como un rompecabezas chino».

Traté combinaciones de giros, tirones y empujones, y empecé a hacer algunos progresos con el tapón, confirmando mis suposiciones. Gradualmente fue mostrando

un complicado tubo acanalado. Un artilugio de almacenamiento físico entonces, como los grabadores piezomecánicos que Albert siempre instalaba en sus grises. Más seguro que cualquier dispositivo electrónico.

Irene comprendía claramente que el mundo de los datos digitales es demasiado endeble para confiarle secretos de verdad. La seguridad a través de la codificación es un chiste malo. Si tienes que mantener algo alejado de ojos curiosos, ponlo por escrito. Y luego guarda la única copia en una caja.

«Espero que esto no requiera ningún tipo de comprobación de identidad, o implique desarmar un sistema de autodestrucción». Cuando frene me reveló este escondrijo con sus últimas palabras, supuse que era un acto de contrición en el lecho de muerte... o tal vez un pequeño seguro kármico. Pero había otra explicación posible. Una trampa. Un acto de venganza por interferir con su última ídem roja.

Si hubiese podido sudar, habría empezado a hacerlo en ese mismo momento.

—Será mejor que te apartes, Pal —le advertí.

—Ya lo he hecho, colega —le oí decir desde detrás del extremo más alejado de la barra, a más de una docena de metros de distancia—. Aparte de eso, estoy contigo.

Su retorcida expresión de apoyo casi me hizo reír. Casi.

No respiré mientras ejecutaba los últimos giros y movimientos, operando con células de almacenamiento hasta que...

El cilindro de latón se soltó por fin, revelando un interior hueco con algo dentro. Resoplando de alivio, lo coloqué sobre la barra.

Un fino tubo de plástico enrollado. Beta, decía una etiqueta de papel pegada a la película con un clip.

—¡Cojonudo! —gritó idPal, saltando de nuevo a la barra, usando sus ágiles manos-zarpas para tirar de otras chapas decorativas—. Apuesto a que hay todo tipo de cosas ocultas. ¡Tal vez Irene tenía otra ocupación! ¡Chantajear a políticos! ¡Su negocio era proporcionar perversiones y hay montones de depravaciones que te cuestan votos, si la gente las descubriera!

—Vale. Sigue soñando —como si a Pallie le importara la política—. Ten cuidado —le pedí. Ahora me tocó a mí el turno de apartarme prudentemente mientras él jugueteaba con un dispensador de venenos tras otro. Seguir haciéndole advertencias sería inútil, así que lo dejé allí, arriesgando felizmente su breve existencia por capricho.

—Estaré en el despacho de Lene —dije.

Habíamos pasado de largo por el camino un centro de datos de aspecto sofisticado que ofrecía imágenes de vigilancia de todos los rincones del establecimiento. (Me reí al ver a Pal esquivar por los pelos un chorro de líquido espumoso mientras seguía curioseando en busca de más escondites secretos). También había algunos de aquellos enganches que el desafortunado grisAlbert mencionaba en su diario-recital: unidades de conexión diseñadas para permitir que un ídem enlazara directamente (bueno, más o menos) con los ordenadores. Por lo que he oído, las ventajas son dudosas. Prefiero

llevar un chador.

Por fortuna, el despacho tenía también algunas consolas regulares para acceder a la Red. Irene había dejado varias encendidas, lo que indicaba su apresurada partida. Tal vez no tuviera que lidiar con claves y esas cosas. Hachear es un trabajo tedioso y anticuado.

De todas formas, mi primera parada fue un sencillo lector de tiras analógico. El tubito encajaba perfectamente. «¿Hay algunas pistas aquí que expliquen por qué alguien preparó ese vicioso ataque contra Hornos Universales? ¿O el delito, aún peor, de realmatar a Albert Morris?».

En cuanto activé el lector de tiras, la primera holofoto apareció en el aire ante mí. Así que éste era el aspecto que tenía «Vic Collins». El desgraciado gris del martes tenía razón sobre aquel tipo. Ropa a cuadros con una piel a cuadros... ¡puaf!

Sin embargo, tenía un sentido diabólico. Algunas personas ocultan su apariencia pareciendo poco llamativas. Olvidables. Pero obtienes el mismo resultado haciendo que sea demasiado doloroso y repulsivo mirarte. En cualquier caso, no era fácil saber de qué manera aquella foto contribuiría a resolver alguno de los grandes enigmas.

¿Tenía razón Irene y Vic Collins era una fachada de Beta, el famoso sidsecuestrador?

Recordé aquel último encuentro con uno de los amarillos de Beta, que se disolvía rápidamente cuando estaba atascado en un tubo de eliminación junto al edificio Teller y farfullaba crípticos comentarios sobre traición y alguien llamado «Emmett». Albert estaba ya cansado y distraído en ese momento. Y en guardia ante cualquiera de los notables juegucitos mentales de Beta.

Sentado en el despacho de Irene, vi pocas similitudes entre aquel idamarillo y el holorrosto que tenía delante, una cara cuadrada, bastante maliciosa y con una cegadora disposición de rayas entrecruzadas. Había varias docenas de imágenes en el archivo secreto de Irene, marcadas por fechas, cada vez que los conspiradores se encontraron con un tercer miembro, que parecía una marfil barata de Gineen Wammaker. Según una anotación, Collins usaba un disruptor-estático para bloquear los sofisticados sistemas de grabación fotoóptica. Aquellas instantáneas con anticuada emulsión química eran lo mejor que frene había podido sacar mientras no quitaba el ojo de encima a sus aliados.

«Pero no estuvo lo bastante atenta. ¿Llegó Irene a intentar seguir a Collins a través de la red de publicams?», me pregunté. El primer paso (seguir su pista hasta la agencia de alquiler de limusinas), resultaba evidente.

¡Oh, a Albert le habría encantado el desafío! Empezando con estas instantáneas de tiempo y lugar, se concentraría con toda la intensidad de un trance focal vingeano, siguiendo hacia atrás a los ídems a cuadros de Collins, ansioso por ver qué trucos usaban para cubrir su pista, saltando cualquier laguna.

Supongo que yo podría haber intentado hacerlo, sentado en el despacho desierto de Irene. Pero ¿quería? ¡El que haya heredado los recuerdos de Albert, y algunas de

sus habilidades, no significa que sea él! De todas formas, ese misil destruyó algo más que la casa de Al. Nell contenía todos esos programas especializados para ayudar a Morris a seguir a personas e ídems por el gran paisaje urbano.

Hay momentos en que desearía que los ciudadanos de la ZEP fueran menos tranquilos y amantes de la libertad. En todas partes, la gente soporta grados más elevados de regulación y supervisión. Todo gotera fabricado en Europa lleva un transmisor real, no una patética placa de identificación en forma de bultito en la frente. Registrado de fábrica a nombre de su propietario, localizable por satélite desde su activación hasta su disolución. Sigue habiendo formas de evitarlo, pero un detective sabe por dónde empezar.

Por otro lado, vivo aquí por un motivo. La tiranía puede que sólo se haya tomado unas vacaciones. Podría volver, primero en un rincón del mundo, luego en otro. Y la democracia no es ninguna garantía absoluta. Pero en la ZEP, la palabra «autoridad» siempre ha sido sospechosa. Tendrían que matar a todo el mundo primero, y luego empezar de cero.

Girando el cilindro, fui pasando de una holo a la siguiente mientras frene y sus colaboradores se reunían con el fin de discutir una estratagema para realizar espionaje industrial pseudolegal, o eso pensaba ella. Pero sus aliados tenían otros planes: manipular a frene por sus recursos y a Albert Morris por sus habilidades. Y preparar a los fanáticos, Gadarene v Lum, para que cargaran con la culpa.

Tras haber visto a esos dos, yo sabía que cualquier investigador de primera fila pronto se volvería receloso. No eran lo suficientemente competentes para sabotear Hornos Universales. Y aunque Gadarene pudiera tener un motivo para destruir HU, Lum quería «liberar esclavos», no destruirlos. Un poli listo los consideraría panolis, cabezas de turco.

Beta engañó a Irene para que recibiera los palos cuando fallara ese primer nivel.

«Ella se dio cuenta de todo esto cuando le llegó la noticia anoche. Una llamada a la puerta se produciría en cuestión de horas. Oh, podría haberse quedado a ayudar a los investigadores a seguir pelando más capas. Pero *Beta* la conocía demasiado bien. La venganza no importaría, sólo hacer los preparativos con Opciones Finales para tener una última posibilidad de “inmortalidad”.

»Así que soy quien queda para limpiar tras ella... y tras Albert, ya puestos. Y...

»Parece que voy a pasarme toda la vida limpiando retretes después de todo.

Lo cierto era que Irene había hecho un buen trabajo al conseguir primeros planos de Beta con su pequeña microcam... si realmente era él. Tal vez mi cerebro frankie veía las cosas de manera diferente, pero me interesaba más examinar la cara que intentar localizarla de una publicam a otra.

«Muy bien», pensé. La pregunta número uno: ¿Era “Vic Collins” realmente Beta, el infame sidcustrador y ladrón de copyrights? La ídem roja de Irene parecía segura. Tal vez tenían una larga y beneficiosa relación comercial. Y no me costaba imaginar a la pragmática Lineen Wammaker decidiendo dejar de luchar contra Beta y uniéndose

a él. ¿No estaban todos más o menos en el mismo negocio? Servicios de catering para perversos.

Creé un enlace del lector de tiras de frene a su ordenador, y obtuve una rápida respuesta cuando pedí algunos programas estándar de ampliación de imágenes, que usé para centrarme en los rasgos de Collins.

—Esto sí que es interesante —murmuré.

Al parecer, Collins usó una pauta completamente distinta de diseños a cuadros cada una de las cinco veces que envió a sus ids a reunirse con Irene. Pero en las tres últimas ocasiones, el motivo de su piel fue el mismo. «¿Qué elemento es significativo? —me pregunté—. ¿Las primeras variaciones? ¿O el hecho de que después dejara de preocuparse por cambiar de pautas?».

—Amplía —dije, dejando que el foco de mi mirada controlara adónde: la piel a cuadros de la mejilla izquierda de la imagen más reciente de «Vic Collins».

Eché de menos a Nell. Y en especial todas las maravillosas herramientas automatizadas que ella guardaba en su helado núcleo, a disposición de Alberti Pero con algunos sustitutos baratos, conseguidos a través de Internet, obtuve una aproximación muy buena del rostro de barro, que resultó estar finamente moldeado, con una soberbia textura curada al horno. Calidad muy alta. Beta podía permitirse cuerpos buenos.

«Demonios, eso lo sabía ya. Esto no era significativo o nuevo. ¿Y qué? No soy Albert Morris. ¿Qué me hace pensar que puedo jugar a los detectives privados?».

Antes de renunciar, decidí aplicar las mismas herramientas a las primeras imágenes que tomó Irene cuando Collins empezó a encontrarse con ella en diversas limusinas. ¿Era una corazonada?

Me quedé mirando, parpadeé, y tartamudeé:

—¿Qué dem...?

¡La textura era completamente diferente! Más burda, esta vez con múltiples bultitos diminutos, como piel de gallina, fila tras fila, al menos un millar por cada centímetro lineal. Emisores pixel, advertí. Como si tejieran un tejido que cambiara de color a una orden. Sólo que éstos estaban incorporados a la pseudopiel gris de aspecto normal. La pauta a cuadros la creaban tres elementos; algunos se volvían oscuros, otros claros, combinándose para formar una ilusión de tiras que se entrecruzaban.

«Bien. Aunque usara los archivos publicam para seguir a Collins en el tiempo, digamos hasta la agencia de alquiler de limusinas, lo perdería de todas formas. Llegaría un momento en que se desvanecería entre una multitud en un punto *ciego* cuidadosamente localizado. ¡Si siguiera hacia atrás a partir de ese punto, nunca vería llegar a una persona a cuadros porque cambió de coloración instantáneamente! Apuesto a que Collins incluso tenía prótesis inflables bajo la piel, para alterar su contorno facial con la misma rapidez. No le hacían falta los teñidos, masilla y cosméticos que Albert usaba».

Oh, el viejo Albert se enorgullecía de su habilidad para perderse de vista y dejar

limpia su pista. ¡Pero Collins (o Beta) le ganaba por un kilómetro! Me dieron ganas de reírme o de llorar por el pobre Al, que se consideraba el Sherlock del Moriarty que era Beta. Nunca estuvieron en la misma liga.

«Todo muy impresionante. Pero ¿por qué dejó Beta de utilizar su truco para cambiar rápidamente, pasando a ídems que eran más lujosos pero menos sibilinos? ¿Y por qué decidió contratar un Albar Morris gris para que se dedicara al viejo juego de los despistes durante el ataque a HU, en vez de hacerlo por sí mismo?». Comprobé una vez más todas las imágenes. Las tres últimas fotos de Collins eran diferentes, sí. Incluso se notaba en su expresión facial: una mueca que al principio parecía natural ahora me pareció fingida en las imágenes posteriores.

¡Si al menos las reuniones hubieran tenido lugar aquí, en el Arco Lis! Irene podría haber hecho escaneos de holorádar completos, grabado pautas de voz, ritmos de palabras, formas de moverse... todas las pequeñas costumbres que un hombre transmite cuando se copia en muñecos de barro. Pistas casi tan individualizadas como la Onda Establecida misma. ¿Advirtieron frene o Wammaker alguna diferencia? ¿No tenían ni idea de que algo había cambiado?

«Ese amarillo que se derretía en el tubo de reciclado, junto al edificio Tener... ¿no dijo que algún tipo de desastre le había caído encima a Beta, incluso antes de que Blane y yo asaltáramos el lugar?».

Miré al monitor que mostraba la planta principal del Salón Arco Iris. El minigolem de Pal se estaba divirtiendo, cantando al compás de una canción escandalosa que sonaba en el sistema de sonido de la pista de baile mientras seguía husmeando en todos los agujeros y escondites imaginables, coleccionando partes metálicas arrancadas de diversas porciones de la barra. Sólo unos cuantos chorros de líquido pernicioso parecían haber caído hasta ahora al suelo. Pero a ese paso destrozaría todo el lugar antes de que su reloj interno se agotara.

El pequeño hurón falso golpeó otro cilindro decorativo y se asomó a él mientras canturreaba un himno pegadizo que ya adoraban los nihilistas antes de que ninguno de nosotros hubiera nacido. Meciéndose sobre sus cuartos traseros, ladró al cielo: «¡La vida es una mierda y quiero que me devuelvan mi dinero!».

Eh, lo comprendía. De hecho, llevaba veinticuatro horas sintiéndome así. Pero incluso si hubieran podido devolverme lo invertido en esa supuesta vida, ¿a la cuenta de quién debería ponerlo?

Tras localizar un interruptor en la mesa, llamé a la sala.

—¡Pal! ¿Cómo te va ahí abajo?

La golpeteante música se redujo automáticamente mientras él se daba media vuelta, sonriendo.

—¡La mar de bien, Gumby, viejo amigo! He encontrado más escondrijos secretos.

—Alzó un tubo holopix como el que yo había encontrado—. ¡Tenía razón! Irene se había hecho con un par de funcionarios del consejo local para chantajearlos.

—¿Algo jugoso?

—No. Intereses locales, principalmente. Sigo esperando encontrar algo sobre el presidente, o tal vez el protector en jefe. Pero lo único que he encontrado en la última son fotos de niños. Fotos familiares, no pederastia. —Pallie se encogió de hombros—. ¿Y tú? ¿Algo útil?

«¿Útil?». Estaba a punto de responder cuando otra de esas extrañas corazonadas arrancaron una disonancia en mi Onda Establecida mutada. Hice señales al ordenador de Irene pestañeando unas cuantas órdenes rápidas, y recuperé dos imágenes de Collins-Beta (una del principio y otra posterior), y fui cambiando de una a otra.

—No estoy seguro, pero creo...

La imagen de la izquierda mostraba a Beta el camaleón, su golempiel gris cuajada de montones de diminutos emisores pixel sintonizados para combinarse en uno de esos motivos a cuadros que lastimaban la vista, pero capaces de cambiar instantáneamente a otra pauta completamente distinta. La otra cara, a la derecha, era similar en apariencia, pero, al ampliarla, se notaba que los cuadros estaban simplemente pintados encima del gris de base...

«Espera un momento», pensé, advirtiendo algunas marcas abrasivas en el golem más reciente de Collins, cerca de su mejilla izquierda. No era nada fuera de lo común; el barro se raya fácilmente y no puede repararse solo. A veces acabas el día lleno de agujeros y cráteres, como si fueras una luna. Pero aquellos pequeños roces brillaban. Una nueva ampliación reveló trozos de cobertura superficial gris que indicaba un tono distinto debajo, todavía de aspecto metálico, pero más brillante. No del todo plateado. Más bien un acabado mate de aspecto caro, como oro blanco.

O, tal vez, platino.

—¿Sí? —me gritó ideal—. ¿Qué piensas?

No quise decir más. ¿Quién sabía qué clase de aparatos de escucha había plantado dentro de mí Vic Eneas Kaolin, cuando, amablemente, renovó mi pseudovida? Demonios, aún no tenía claro el motivo subyacente por el que me había enviado «a descubrir la verdad».

Escogiendo las palabras cuidadosamente, dije:

—Tal vez es hora de que salgamos de aquí, Pal.

—¿Sí? ¿Y adónde vamos?

Lo pensé. Necesitábamos una ayuda especial. El tipo de ayuda que nunca supe que existía hasta el día anterior, cuando sólo tenía unas horas de edad.

Esencia imitada

... RealAlbert tiene la compasión de un simulacro simio...

Por fortuna, había mucho tráfico entrando y saliendo del campo de batalla, desde grandes transportes de suministros y autobuses de turistas de tres plantas a tranvías y sportciclos. Sin embargo, el tráfico aéreo está restringido, y el lugar está lo suficientemente lejos de la ciudad para que enviar un ídem hasta aquí tenga poco sentido. Apenas tendría tiempo para echar un vistazo antes de tener que regresar.

Los verdaderos aficionados, y los periodistas, prefieren venir en persona, lo cual explica el puñado de bonitos hoteles para genterreal, los centros de entretenimiento y los casinos que hay cerca de la entrada principal, con sus altas torres de observación asomadas al campo de batalla propiamente dicho. De noche, los músicos tocan improvisaciones para acompañar los efectos de destellos y explosiones que se alzan tras el promontorio.

Como decía, es una típica base militar.

¡Traigan a la familia!

Viajamos haciendo autoestop los últimos kilómetros, recogidos por una destartalada casa móvil con doce ruedas y un ruidoso motor de catálisis queapestaba a conversión ilegal de gasolina. El conductor, un tipo grandullón, marrón oscuro y con rizos grasientos, nos dio la bienvenida a bordo con un gruñido.

—No voy hasta los hoteles —dijo—. Me saldré de la carretera en el Campamento de Candidatos.

—También vamos para ese sitio, señor —le expliqué inclinando la cabeza, ya que él era real mientras que yo fingía no serlo. El conductor nos miró de arriba abajo.

—No tenéis aspecto de soldados-aspirantes. ¿Qué clase de modelo sois, estrategas?

Yo asentí y el grandullón soltó una carcajada.

—¡Vaya, unos futuros generales perdidos en el desierto! —Pero su tono burlón no era hostil.

Ahora me enfrentaba a otro problema. En cuanto entré en la gran furgoneta, una lucecita empezó a destellar en mi ojo izquierdo. Por primera vez en casi dos días, mi implante estaba captando una útil onda portadora y pedía permiso para responder. Tres golpecitos en el diente y podría investigar qué había pasado con mi casa arrasada y por qué los criminalistas aficionados me relacionaban con un intento de sabotaje en Hornos Universales. ¡Y sobre todo, en unos instantes, podría estar hablando con Clara!

Pero ese pequeño destello también significaba puro veneno. Mientras estuviera pasivo, mi implante no revelaría mi posición. Pero en el momento en que conectan,

otras personas sabrían que yo estaba todavía vivo... y dónde encontrarme.

Ritu y yo nos acomodamos en el asiento trasero mientras el conductor parloteaba sobre la guerra, que había pasado por varios sorprendentes quiebros, un encuentro memorable que atraía la atención de todo el mundo. No tardó en desviarse de la autopista principal y se internó en un camino de tierra que guiaba hacia el caótico campamento que yo había visto antes.

El Campamento de los Candidatos es exactamente lo que uno se espera en una época en que la guerra es deporte e incontables personas sueñan con destacar de entre la multitud. Entre columnas de polvo, rápidamente olisqueas los acres olores del barro cociéndose que emiten docenas de hornos portátiles, manejados por aficionados que ladran orgullosamente sobre sus modificaciones especiales. La gente se congrega cada vez que un horno se abre, para contemplar y criticar a cada nuevo monstruo, equipado de maneras que podrían hacer que te arrestaran o te multaran en la ciudad. Gárgolas, ogros y leviatanes; con pinchos, colmillos o garras; con ojos feroces o con mandíbulas que gotean cáusticos venenos, impulsados sin embargo por el ego y el alma de algún hobbista pardillo, nacido de mujer, que espera y posa al fondo, esperando ser «descubierto» por los profesionales que hay tras la verja: quizás incluso para ocupar un ansiado lugar de gloria en las honorables llanuras de la batalla.

Nuestro conductor se volvió más charlatán mientras aparcaba al final del campamento.

—No iba a venir esta vez, sobre todo después de que la ZEP empezara tan mal el lunes. Parecía que iba a ser rápido. ¡Adiós a los icebergs y hola de nuevo al racionamiento del agua! De hecho, hay que darles crédito a los indonesios por venir con esos cabroncetes de miniídems asesinos golem. Sí que causaron el caos entre nuestros soldados de primera línea. ¡Pero luego llegó el contraataque en Moesta Heights! ¿Han visto alguna vez algo parecido?

—¡Guau! —dije yo, sin comprometerme, ansioso por largarme en cuanto apagara el siseante motor.

—Sí, guau. Pues de pronto me di cuenta... ¡Tengo un mod de batalla perfecto para contrarrestar a esos miniindis! Así que se me ocurrió venir y hacer una demo. ¡Con suerte, estaré en la arena pronto, haciendo un trato con el Dodecaedro al anochecer!

—Bueno, pues le deseo suerte —murmuré mientras intentaba abrir la puerta.

El pareció decepcionado por mi falta de interés.

—Tuve la impresión de que eran ustedes ojeadores del Ejército, pero me equivoqué, ¿no?

—¿Ojeadores? —preguntó Ritu, sin disimular su sorpresa—. ¿Por qué iba el Ejército a enviar ojeadores fuera del campo de batalla?

—Venga, salgan de aquí —dijo el conductor, tirando de una palanca que abrió la puerta, lanzándonos al calor de la tarde.

—Gracias por traernos.

Salté al suelo y rápidamente me encaminé al sur, dejando atrás un puñado de Winnebagos donde las familias se reunían bajo un toldo de rayas, masticando carne a la parrilla junto a una gran holopantalla que mostraba los recientes resultados de los combates. Si yo fuera un verdadero fan, me habría parado a ver la puntuación y saber cómo estaban las apuestas. Pero sólo me preocupan las guerras durante las finales, cuando Clara se clasifica.

Creo que a ella le gusta eso de mí.

A un lado había remolques-vivienda con tenderetes que vendían de todo, desde alfombras lumnia tejidas a mano a maravillosas fórmulas de limpieza o pasteles aromáticos. Tras el habitual Altar de Elvis, puñados de aficionados a los camiones-monstruo sudaban bajo sus alnados vehículos, preparándose para un rally en una pista cercana. Había los grupos habituales de tíos raros de la vida real: *clippis* y *stickis* y *nudis* y gente caminando envuelta en Huidores opacos de anonimato, pero todo esto era secundario. Material colateral del verdadero sentido de aquel festival desmadrado.

Yo estaba buscando su centro.

Ritu me tomó del brazo, tratando de igualar mi rápido paso.

—¿Ojeadores? —preguntó por segunda vez.

—Ojeadores de talentos, señorita Maharal. El motivo de todo esto indiqué el caótico campamento con un gesto de un brazo. —Soñadores y pirados convergen aquí para mostrar sus ids de batalla caseros en un coliseo improvisado, esperando que los vean los profesionales. Silos tipos del Ejército ven algo que les gusta, puede que llamen al diseñador del otro lado de la verja. Y quizás hagan un trato.

—Ah. ¿Sucede muy a menudo?

—Oficialmente, no sucede nunca —repliqué mientras me daba la vuelta para situarme—. La idviolencia de aficionado se considera un vicio público indeseable, ¿recuerdas? Está gravada con pecaimpuestos y se desprecia, como la drogadicción. ¿Recuerdas cómo la atacaban en la escuela?

—Eso no parece que frene a nadie por aquí —murmuró ella.

—No me digas. Es un país libre. La gente *hace* lo que quiere. Con todo, los militares no pueden ser vistos animando oficialmente esta tendencia.

—Pero ¿extraoficialmente? —Ella alzó una ceja.

Estábamos pasando por una arcada donde ofrecían todo tipo de juegos y diversiones, la mayoría mecánicos y retro, diseñados para dar un sustito sin que peligrara la carnerreal. En la puerta de al lado, una larga tienda cubierta, con puestos para que los bioaficionados exhibieran sus formas de vida geniformadas en casa: el equivalente moderno a los premios para cerdos y toros de antaño, todo entre un clamor de gruñidos, risas y gritos. Mucho color y ambiente, incluido el familiar hedor.

—¿Extraoficialmente? —le respondí a Ritu—. Están atentos, por supuesto. La mitad de la creatividad en el mundo procede hoy en día de aficionados aburridos. Fuentes abiertas y barro fresco... es todo lo que la gente necesita. El Ejército sería

estúpido si lo ignorara.

—Me estaba preguntando cómo planeabas llegar desde aquí a la base propiamente dicha —Ritu indicó más allá de los puestos y los vendedores gritones y las atracciones de feria, a la verja de letalambre—. Ahora lo entiendo. ¡Estás buscando a uno de esos ojeadores!

Estábamos lo bastante cerca de la letalambrada para sentir sus corrientes distorsionadoras de alma correr por nuestras espaldas. La pieza central de aquella feria anárquica tenía que estar cerca. El motivo de su existencia.

Justo entonces atisbé mi objetivo, más allá de una tienda grande y mugrienta de donde surgían ruidos viscosos como de entrechocar de focas macho. Una larga fila de archis esperaba pacientemente su turno para entrar. Pero fuera lo que fuese que estaba ocurriendo dentro, violento o masivamente erótico, no me importó, y Ritu dominó su curiosidad por seguirme. Me apresuré, dejando atrás el pabellón de lona con su conmoción de fuertes gruñidos.

Al otro lado de la sucia tienda se alzaba una estructura de tabloneros horizontales y cables inclinados, sujetos por una única torre de tenseseguridad. Varios cientos de mirones abarrotaban la grada, haciendo vibrar su armazón de telaraña cada vez que se levantaban para aplaudir o volvían a sentarse con un decepcionado gemido colectivo. Sus grandes traseros, envueltos en telas suaves, indicaban que todos eran genterreal, con brazos y cuellos bronceados al sol del desierto.

Entre sus aplausos y gemidos había otros sonidos: aullidos y amargos rugidos resonaban desde el corazón del ruedo. Insultos de desafío, proferidos por bocas diseñadas para morder en vez de para hablar. Impactos frenéticos y desgarros húmedos.

«Algunos piensan que nos estamos volviendo decadentes. Que todos los matones urbanos, los drogados enganchados a las cargas y las pseudoguerras significan que nos estamos volviendo como la Roma imperial, con sus circos sangrientos. Inmorales, desequilibrados y condenados a caer.

»Pero al contrario de lo que sucedía en Roma, esto no nos viene impuesto desde arriba. Un Gobierno débil predica incluso moderación. No, proviene de abajo, otra muestra más del entusiasmo humano libre de antiguas ataduras.

»Entonces, ¿somos decadentes? ¿O estamos pasando por una fase? «¿Es bárbaro cuando las “víctimas” acuden voluntariamente y no se causa ningún daño duradero?».

Sinceramente, no tenía respuesta. ¿Quién podía saberlo?

La entrada principal al coso tenía un símbolo de sólo-archis y un guardián al acecho: el mono mascota de alguien, encaramado a un taburete, armado con un bote de espray de disolvente notóxico para la carnerreal. Ritu y yo podríamos haber entrado sin sufrir ningún daño, excepto posiblemente en nuestro maquillaje. Pero yo quería seguir fingiendo. Así que pasamos de largo, buscando un lugar entre los mirones nociudadanos que se apretujaban bajo la grada, asomados a través de un cambiante laberinto de pies de archis. Muchos de los ídems eran combatientes de

chillones talones, con espolones y armadura, esperando su turno para salir a las arenas.

Apeataba allí abajo. Entre vaharadas de gruñidos, jadeos y pedos coloreados de sus metabolismos excitados, los contendientes intercambiaban golpes sin saña mientras hacían apuestas y daban su opinión sobre cada ronda de grotescas masacres. Pero no todo el mundo. Un tipo leía en una placarred barata, usando un par de grandes gafas que tenía encajadas en su morro de dinosaurio. Cuando el fragor de una trompeta lo llamó a la arena, el falso dinosaurio *tiró* su placa de lectura al suelo pero tomó suavemente las gafas con dos pinzas y las colocó en los tabloncillos de la grada, entre los pies de un archi que las recogió y se las guardó en un bolsillo sin decir palabra.

Bueno, a algunos les gusta aprovechar el tiempo al máximo, no importa qué cuerpo lleven.

Clara me había hablado de aquel lugar, aunque yo nunca lo había visitado en ninguno de mis anteriores viajes desde la ciudad para ver a su pelotón en acción. Ella no tenía en buena estima las «innovaciones» que los inteligentes diseñadores aficionados creaban para alardear junto a la letalambrada.

—La mayoría son demasiado chillones, basados en monstruos legendarios o pesadillas personales —decía ella. Puede que estén bien para una pelid de miedo, pero no sirven de nada en combate. Una risita terrorífica no ayudará mucho cuando el enemigo tiene un arma de rayos de partículas apuntándote entre los cuernos.

Ésa es mi chica. Siempre preparada para iluminarte con su tierna sabiduría. Descubrí que la expectación me tenía sin aliento, ahora que por fin me acercaba a ella. Aparte de echar de menos a Clara, también sabía que ella podría ayudarme con sus reflexiones sobre mi situación con Kaolin, Maharal y Hornos Universales. De todas formas, quería alcanzarla antes de que le llegara la noticia de que había sido asesinado en mi casa por un misil terrorista. «Tal vez está demasiado distraída para ver las noticias», esperé. Lo último que quería era que ella se preocupara o estuviera apenada mientras todavía tenía un duro trabajo que hacer por su equipo y su país.

—¡Oh, cielos! —comentó Ritu Maharal mientras echaba un vistazo a la arena, donde tenía lugar una auténtica escabechina entre gritos—. No sabía que todo esto fuese tan... —Guardó silencio, sin aliento, incapaz de encontrar palabras.

Yo también eché un vistazo. Pero no a la pelea sino a las inmediaciones, buscando a una entidad concreta. El objeto de mi búsqueda no tendría colmillos. Tampoco sería un archi. Los profesionales tienen mejores cosas que hacer con el tiempo que asistir a esta exhibición de aficionados en persona.

—¿No sabías que todo esto fuese qué? —pregunté, ausente, por seguir con la conversación.

Había unos grandes ídems estilo pala transportadora al otro lado del ring, diseñados para retirar a los perdedores antes de que sus cuerpos humeantes se volvieran pasta viscosa. Pero no. Eso era un montón de pseudocarne en donde

invertir. Yo buscaba algo más compacto, económico.

—¡Plan excitante! Siempre he mantenido una especie de distanciamiento superior respecto a este tipo de cosas. Pero sabes, si imprimara uno de esos ídems de combate, apuesto a que estaría interesada en lo mismo durante un día... ambos yoes, quiero decir.

—Mm, magnífico... a menos que tu *alter ego* monstruoso se diera la vuelta y te partiera en dos de un bocado —comenté. Ritu se puso pálida pero yo seguí buscando. El que buscaba necesitaría un buen puesto de observación, aunque no sería demasiado evidente para los aficionados que inundaban el lugar. «¿Y si no han enviado a nadie?» me inquieté. «A lo mejor los profesionales sólo usan cámaras escondidas para echar una ojeada...»

Entonces encontré al tipo. Estaba seguro. Una figura pequeña que recorría los bordes del coso, hurgando en cada guerrero caído, leyendo su placa con un estrecho palo-sonda. Parecía un chimpancé o un gibón. Se ven tipos pequeños como ése por toda la ciudad, tan comunes que casi se confunden con el paisaje.

«Naturalmente —pensé—, el recaudador de impuestos».

—Vamos —le dije a Ritu, tirando de ella cuando intentó quedarse a ver el final de una pelea. Juro que estuve a punto de dejarla allí, tan ansioso estaba por continuar mi camino. Por fortuna, un contendiente descargó un golpe fatal sobre el otro justo entonces, enviando su enorme cuerpo al suelo con un estrépito que hizo que todo el anfiteatro vibrara y la multitud aplaudiera frenéticamente.

—¡Vamos! —grité.

Esta vez, vino.

El mono gruñó y escupió cuando lo llamé desde detrás del coso. Estaba sentado sobre sus cuartos traseros en lo alto de una columna de madera, observando aburrido el siguiente encuentro.

—Márchate —murmuró, con una voz apenas más clara que la de un chimpancé real.

Naturalmente, yo no era el primero que descubriría su disfraz. Debía de ser una molestia cuando los aficionados se acercaban y trataban de influir con peticiones directas.

—Tengo que hablar con un miembro del 442 —dije.

—Claro. Tú y todos los demás fans, después del ataque a Moesta gidge. Pero lo siento, nada de autógrafos hasta después de la guerra, amigo.

—No soy ningún fan. Este mensaje es personal y urgente. ¡Ella querrá oírlo, créeme!

El chimpancé volvió a escupir, saliva marrón con un toque de brillo arsénico.

—¿Y por qué debería creerte?

La frustración hervía en mi interior, pero mantuve el control.

—Porque si la sargento Clara Gonzales descubre que impediste que me pusiera en

contacto con ella, te agarrará por el archi y te dará un recuerdo del que nunca podrás librarte.

El simio parpadeó un par de veces.

—Parece que conoces a Clara. ¿Quién eres?

Era un momento peligroso. ¿Pero qué elección tenía?

Se lo dije... y aquellos ojos oscuros me miraron.

—Así que eres el fantasma del pobre Albea el didetective, que viene hasta aquí para decirle adiós. ¡Lástima lo que te pasó, tío! Que te chamusquen con un misil hoodoo siempre duele. No puedo ni imaginar cómo tuvo que ser sentirlo en persona.

—Uh, cierto. Esperaba encontrar a Clara antes de que se enterara.

El pseudochimpancé chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Ojalá lo hubieras hecho, colega. Porque has malgastado el tiempo que te queda viniendo aquí. ¡En el momento en que Clara oyó la noticia, se largó!

Ahora me tocó a mí el turno de mirarlo sorprendido.

—¿Ella se ha... ausentado sin permiso? ¿En mitad de una guerra?

—No sólo eso, sino que tomó un cóptero del Gobierno y *se fue* directa a la ciudad. ¡El comandante de nuestro equipo está que hecha chispas, imagínate!

—No puedo creerlo —me fallaron las piernas, y el corazón me latía con fuerza.

—Sí, es irónico. Ella lo deja todo para correr ala ciudad, sólo para perderse a tu fantasma que viene aquí a consolarla.

El ojeados-observador saltó de su asidero para aterrizar junto amí y tenderme una mano.

—Soy Gordon Chen, cabo de la Compañía de Apoyo 117. Nos vimos una vez, creo, cuando viniste a las eliminatorias del año pasado.

Una imagen vino a mi mente, la de un tipo semiorienta bastante alto, muy apuesto y de sonrisa amable... el humano con menos aspecto de simio que he visto jamás. Sin embargo usaba aquel cuerpo con comodidad.

—Sí —respondí, ausente—. En una fiesta tras el encuentro de semifinales contra Uzbek. Hablamos de jardinería.

—Ajá. Así que eres tú de verdad —sus ídemdientes parecieron formidables cuando sonrió—. ¡Gautama! A menudo me he preguntado cómo debe sentirse uno siendo un fantasma. ¿Es extraño? —Sacudió la cabeza—. Olvida la pregunta. ¿Hay algo que pueda hacer por ti, Albert? Pídelo.

Sí que había algo. Pero podía esperar unos segundos para pedirlo. O unos minutos. Todavía tenía que asimilar todo aquello. Mi decepción por no haber encontrado a Clara, sumada ala sorpresa de que ella pudiera ser tan impulsiva. Pero, sobre todo, un hecho ineludible.

Siempre supe que ella se preocupaba por mí. Éramos grandes amigos, buenos en la cama. Nos hacíamos reír mutuamente.

¡Pero hacer una locura como ésa! Dejarlo todo para rebuscar entre las cenizas de mi casa, esperando y rezando para que yo no estuviera allí cuando voló... ¡Vaya, sí

que debía amarme de verdad!

En el curso de los dos últimos días yo había descubierto que era a la vez sospechoso de un crimen y blanco de unos asesinos. Me habían emboscado, me habían dado por muerto y, luego, había soportado un duro viaje por el desierto y me había enfrentado a los contratiempos más decepcionantes. Sin embargo, a pesar de todo, de repente me sentía bastante... bueno... feliz.

«Si sobrevivo a los esfuerzos de mis enemigos y no acabo siendo un cadáver o en la cárcel, voy a tener que hablar con ella. Replantear nuestra reluctancia a...».

Justo entonces, el continuo ruido de fondo del combate dio paso a un fuerte chirrido, seguido de un golpe aplastante. La multitud de archis extasiados se levantó de inmediato, rugiendo y haciendo que la grada se sacudiera cuando un objeto redondo y con puntas surgía del coso trazando un alto arco, dejando tras de sí una estela de sangre.

—¡Metralla! —gritó el cabo Chen, saltando hacia atrás con simiesca agilidad. Ritu y yo corrimos tras él, esquivando a duras penas una cabeza con colmillos que cayó a pocos metros de distancia y se detuvo cerca de mis pies.

La rápida disolución-golem ya estaba en marcha mientras de ambas orejas manaba humo y líquido que manchaba la arena húmeda. El dueño de aquella cabeza sería mejor que la recogiera pronto, si quería una carga completa. Todas aquellas espinas y cuernos y agujones podrían ser parte del diseño de combate casero de un hobbista, pero desde luego yo no me iba a agachar a tocar aquella cosa enorme y de dientes retorcidos.

Y sin embargo, incluso después de todo aquello por lo que había pasado, la cabeza aún se aferraba a la conciencia. Los ojos de cocodrilo parpadearon unos segundos, enfocándose brevemente con una expresión más decepcionada que trágica. La mandíbula se movió, tratando de hablar. Contra mi propio instinto, me agaché.

—Guau... —susurró la cabeza, mientras todavía brillaba luz en aquellos feroces ojos—. ¡Qué... passada...!

El soldado chimpancé bufó, un sonido teñido de respeto a regañadientes.

Tras dar un paso atrás, me volví hacia el camarada de Clara y pregunté:

—¿Decías en serio eso de que estabas dispuesto a hacer algo por nosotros?

—Claro, ¿por qué no? —El idsimio se encogió de hombros—. Los amigos de Clara son mis amigos.

Locura Golem

... donde el Pequeño Rojo se prepara para dejar su huella...

Me quedé mirando al fantasma gris de Yosil Maharal, mientras noticia calaba en mí gradualmente.

—¿Un... ataque con un misil?

—Eso es. De tu casa, y de tu archi, apenas queda un cráter humeante. Así que tu única esperanza ahora es la misma que la mía. Terminar con éxito mi experimento.

Reaccioné con miedo y espanto, naturalmente. Este cuerpo rojo barato que llevaba, aunque pequeño, estaba equipado para una gama completa de emociones. Y sin embargo, he mirado ala muerte a la cara muchas veces, y hasta ahora siempre había conseguido posponer aquel encuentro final donde perdería. Entonces, ¿por qué no tener esperanza? Maharal podía estar tirándose un farol. Poniendo a prueba mis reacciones.

No demostraría ninguna reacción. Le daría la vuelta al asunto para ponerlo a prueba a él.

—Continuidad, profesor. De eso se trata. Incluso con la nueva tecnología para rellenar células de *élan*, tu cuerpo de barro no puede ser rellenado más que unas cuantas veces. Tienes que emular mi habilidad para copiar para poder hacer impresiones-alma de un ídem al siguiente, indefinidamente. Sin un cerebro orgánico al que regresar, es tu única opción.

El asintió.

—Continúa.

—Pero algo se te escapa. Sea lo que sea lo que yo haga, cómo demonios consigo hacer copias tan buenas... es una habilidad que no resulta fácil de reproducir.

—Eso es, Monis. Creo que en parte tiene que ver con tu actitud indiferente hacia los ídems que desaparecieron a lo largo de los años. Una actitud que demuestras incluso ahora. ¿Ves lo relajado que estás, tras oír que tu cuerpo real ha sido destruido? Cualquier otro estaría frenético.

Yo me sentía cualquier cosa menos relajado. ¡De hecho, estaba jodido! Pero había otras prioridades más importantes que ponerme hecho una fiera y gritarle a aquel tipo. Todos mis otros yoes prisioneros habrían diagnosticado ya a estas alturas el síndrome Smersh-Foxleitner. Habrían decidido fingir una actitud pasiva. Hacerse los duros.

Sonsacar a Maharal.

«¿Debo continuar con esa política? ¿O intentar una nueva táctica para sorprenderlo?».

En ese momento, esposado, no veía ningún modo de sacar ventaja de la sorpresa.

Mejor guardármela para más tarde.

—Verás —continuó Maharal, volviendo al asunto—, los humanos estarnos todavía profundamente enraizados en el conjunto de respuestas animales... el desesperado impulso por continuar la existencia orgánica. El instinto heredado de supervivencia jugó un papel importante *en* nuestra evolución, pero también puede ser un ancla que sujeta la Onda Establecida. Es un motivo por el que poca gente hace impresiones ídem realmente de primera fila, sin lagunas afectivas o de memoria. Se retienen, sin dejar que sus yoes enteros pasen por completo al barro.

—Mm. Bonita metáfora —repuse—. Pero hay millones de excepciones. De hecho, hay montones de tipos mucho más descuidados con sus golems que yo... o de lo que yo era. Los adictos a las drogas de la experiencia. Los orgaguerreros. Los porteros que hacen unidades comerciales desechables a puñados. Y los polids azules que saltan alegremente ante un tren en marcha por salvar a un gatito. Luego están los nihilistas...

Esa palabra hizo que Yosil diera un respingo y su expresión fuera de dolor un breve instante. Un dolor profundamente personal. Algo chasqueó mientras unía algunas pistas deslavazadas de algo que parecía haber sucedido ayer mismo.

—Su hija —adiviné, dejándome llevar por una corazonada. El asintió, una sacudida inestable.

—Podríamos decir que Ritu es una nihilista, en cierto modo. Sus ídems son... impredecibles. Desleales. Tanto les da. A otro nivel yo... no creo que a ella también.

Se distinguía fácilmente la culpa en sus rasgos grises de primera.

Una pista que seguir con esperanza. Una nueva pista, ya que ninguno de mis otros yoes-cautivos habría conocido a Ritu. ¿Debía usar aquella tenue conexión personal? Si conseguía obligar a Yosil a considerarme más una persona...

Pero Maharal se limitó a negar con la cabeza. Su expresión se endureció.

—Digamos que ninguna tendencia sencilla ni única explica tu habilidad, Morris. De hecho, considero que es una rara combinación, tal vez imposible de duplicar en otra persona que continúe inmersa en su propia y complicada vida. El punto de vista de uno, tan limitado y sin embargo adictivo, ha sido reconocido desde hace tiempo como una cadena imposible de cortar. Un anda que mantiene atrapada el alma.

—No entiendo...

—Claro que no lo entiendes. ¡Silo hicieras, tu mente temblaría por la majestuosa belleza y el terror de todo ello!

Yo...

—Oh, no es culpa tuya. —Tras haberse desbordado, sus emociones remitieron con la misma rapidez—. Cada uno de nosotros está convencido de que su propio punto de vista subjetivo es más importante que el de nadie. De hecho, pensamos que es incluso más válido que la matriz objetiva que subyace en la llamada realidad. Después de todo, la visión subjetiva es un gran teatro. Cada uno de nosotros es el héroe de un drama en marcha. Por eso las ideologías y la intolerancia sobreviven

contra toda lógica.

»Oh, la obstinación subjetiva tenía ventajas, Morris, cuando estábamos ocupados evolucionando para convertirnos en los grandes egoístas de la naturaleza. Eso condujo al dominio humano del planeta... y a que nuestra especie estuviera a punto de aniquilarse varias veces.

Recordé de repente la primera vez que vi a aquel tipo, el fantasma gris de Maharal, el martes en HU, poco después de que encontraran muerto a su original en un coche destrozado. Esa mañana, idYosil habló de su archi en términos sorprendentes, describiendo a realYosil como un paranoico rematado que entraba y salía de oscuras fantasías. Más tarde, describió pesadillas sobre tecnología enloquecida... El mismo miedo que Fermi y Oppenheimer experimentaron cuando vieron el primer hongo nuclear.

En ese momento lo natural me había parecido no hacerle caso. Intrigante, pero también melodramático. Ahora dudé. ¿Podrían padre e hija tener versiones distintas de la misma tendencia subyacente? ¿Una propensión a hacer copias defectuosas? ¡Qué irónico, entonces, que uno de los fundadores de la idtecnología moderna fuera incapaz de crear golems de los que pudiera depender!

Empecé a especular sobre exactamente cuándo hizo Yosil Maharal su gran salto conceptual. ¿La semana anterior? ¿El lunes? ¿Horas antes de su muerte, cuando se consideró a salvo y solo? Una creciente sospecha me hizo sentirme incómodo, y un escalofrío me recorrió la espalda.

Mientras tanto, el golem gris seguía hablando:

—No, mí puede negarse el valor de la autoimportancia egoísta, en los tiempos en que los individuos humanos competían entre sí y con la naturaleza para sobrevivir. Pero ahora es una bendición relativa, que produce oleadas de alienación social. Más fundamentalmente, limita la gama de funciones de ondas de plausibilidad que estarnos dispuestos a percibir, o a colapsar en eventos verificados que otros puedan compartir y verificar...

Maharal hizo una pausa.

—Pero esto está muy por encima de tu cabeza.

—Supongo que tienes razón, doc —reflexioné un momento—. Sin embargo, creo que leí un artículo de divulgación hace tiempo... Estás hablando del Efecto Observador, ¿verdad?

—¡Sí! —Dio un paso adelante; el entusiasmo se impuso brevemente a su necesidad de desprecio—. Hace años, Bevisov y yo discutimos acerca de si la recién descubierta Onda Establecida era una manifestación de la mecánica cuántica, o un fenómeno completamente independiente que seguía casualmente una dinámica de transformación similar. Como a la mayoría de los científicos de su generación, a Bevrsov no le gustaba utilizar la palabra «alma» en relación con nada que pudiera ser medido o se manifestara palpablemente en el mundo físico. Más bien creía en una variante de la vieja interpretación cuántica de Copenhague: que todo acontecimiento

del universo surge de un vasto mar de probabilidades que interactúan. Hechos potenciales sin comprobar que sólo son tangibles en presencia de un observador.

—En otras palabras, ese «punto de vista subjetivo» del que estaba hablando.

—Eso es. Alguien tiene que advertir conscientemente el efecto de un experimento o evento para que las funciones de las ondas se colapsen y se vuelvan reales.

—Ah. —Me estaba costando trabajo entenderlo, pero intenté que no se notara—. Quiere decir que es como el gato dentro de la caja, que está a la vez vivo y muerto al mismo tiempo, hasta que se abra la caja.

—¡Muy bien!, Albert Sí. Tanto en la vida como en la muerte del gato de Schrödinger, cada decisión tornada en el universo sigue siendo indeterminada hasta que es verificada a través de la observación por un ser pensante. Aunque ese ser se encuentre a muchos años luz de distancia, mirando al cielo y advirtiendo casualmente la existencia de una nueva estrella. Al hacerlo, puede decirse que ha ayudado a crearla estrella, en colaboración con todos los otros observadores que la advirtieron. ¡Lo subjetivo y lo objetivo tienen una relación compleja, eso es! Más de lo que nadie imagina.

—Ya veo, doc. Es decir; eso creo. Y sin embargo... esto tiene que ver con la Onda Establecida... ¿cómo?

Maharal estaba demasiado excitado para desesperarse.

—Hace mucho tiempo, un famoso físico, Roben Penrose, propuso que la conciencia surge de fenómenos cuánticos indeterminados que se producen en diminutos orgánulos que residen en el interior de las células cerebrales humanas. Algunos creen que es uno de los motivos por los que nadie ha conseguido jamás el viejo sueño de crear verdadera inteligencia artificial en un ordenador. La lógica determinista de los más sofisticados sistemas digitales sigue siendo fundamentalmente limitada, incapaz de simular, mucho menos de duplicar, los bucles de retroalimentación profundamente enraizados y los modos tonales estocásticos de ese sistema hipercomplejo que llamamos campo-alma...

Ay. Esto sí que me sobrepasaba. Pero quería que Maharal siguiera hablando. En parte porque podía revelar algo útil. Y retrasar las cosas. Fuera lo que fuese lo que planeaba hacerme a continuación, con todas sus máquinas de científico loco, yo sabía ya que iba a doler.

Mucho. Lo suficiente para que yo perdiera los nervios.

Y odio que eso suceda.

—Por tanto, cada vez que se copia una Onda Establecida, permanece un profundo nivel de conexión continua, («un enredo», por usar un anticuado término de la física cuántica) entre la copia y su molde original. Entre un ídem y su original orgánico. No a un nivel perceptible a simple vista. No se intercambia información real mientras el golem va por ahí. Sin embargo, sigue existiendo un acoplamiento, aferrado a la Onda Establecida duplicada.

—¿A eso te refieres cuando hablas de un ancla? —le insistí, captando por fin una

relación.

—Sí. Esos órganos de los que hablaba Penrose existen en las células cerebrales. Sólo que en vez de estados cuánticos, se enredan con modos almísticos de un espectro similar pero completamente independiente. Mientras idemizamos, amplificamos estos estados, presionando la forma de onda combinada en una matriz cercana. Pero incluso cuando esa nueva matriz, un golem fresco, se levanta y camina, su condición como observador sigue relacionada con la del original.

—¿Aunque el golem nunca vuelva para descargar?

—Una *carga* implica una recuperación de recuerdos, Morris. Ahora estoy hablando de algo mucho más profundo que la memoria. Estoy hablando del sentido en el que cada persona es un observador soberano que altera el universo, que crea el universo, con el mero acto de observar.

Ahora estaba otra vez perdido.

—Quieres decir que cada uno de nosotros...

—Algunos de nosotros más que otros, al parecer —replicó Mallará, y noté que su furia había vuelto. Un odio envidioso que yo ahora sólo había empezado a sondear—. Tu personalidad parece más dispuesta, a nivel profundo, a aceptar la naturaleza tentativa del mundo... a delegar en subyoes con su propio e independiente estacas de observador...

—Y por tanto con ondas establecidas completas —terminé por él, esforzándome por mantener la conversación.

—Eso es. En el fondo, tiene poco que ver con el egoísmo, el nihilismo, el despegue... o la inteligencia, obviamente. Quizá simplemente tienes una voluntad mayor de confiar en ti mismo que la mayoría de la gente.

Se encogió de hombros.

—Incluso así, tus talentos estaban limitados. Severamente constreñidos. Su única manifestación evidente era la facilidad para hacer buenas copias, aunque deberías ser capaz de mucho más. Cuando se trataba de moverte más allá, aun territorio nuevo, te mostrabas tan anclado como el resto de nosotros.

»Entonces, hace menos de una semana, me encontré con lo que tiene que ser la respuesta. Una forma notablemente simple de conseguir el fin que busco, aunque por medio de la fuerza bruta. Irónicamente, es el mismo acontecimiento transformador que nuestros antepasados asociaban con la liberación del alma.

Hizo una pausa.

Y yo una deducción. No fue difícil.

—Estás hablando de la muerte.

La sonrisa de Maharal se ensanchó: ansiosa, condescendiente y algo más que un poco odiosa.

—¡Muy bien, Albert! De hecho, los antiguos tenían razón en su creencia dual de que un alma puede librarse del cuerpo natural después de la muerte. Sólo que hay mucho más en ello de lo que podían imaginar...

En ese momento, mientras Maharal seguía hablando, lo que tenía que hacer me pareció claro como el agua. Debería controlarme. Manifestar sólo reticencia y autocontrol. Seguir sonsacándolo. Había más cosas, cosas por descubrir. Y sin embargo...

No pude evitarlo. La furia estalló, apoderándose de mi pequeño cuerpo con una fuerza sorprendente, debatiéndose contra las esposas.

—¡Tú disparaste ese misil! ¡Me asesinaste, hijo de puta, para demostrar tus malditas teorías! Monstruo sádico y enfermo. Cuando me libere...

Yosil se echó a reír.

—Ah. Así pues, a pesar de un momento o dos de lucidez, la sesión de insultos empieza a su hora. Eres una persona tediosamente predecible, Morris. Una predictibilidad de la que planeo hacer buen uso.

Y con eso, idMaharal volvió a sus preparativos, murmurando órdenes al voztrolador y pulsando interruptores, mientras yo me reconcomía, dividido entre la satisfacción primaria de odiarlo y el hecho de advertir que esa reacción era exactamente lo que él quería.

Naturalmente, por debajo de todo acechaba la curiosidad, la duda de adónde planeaba enviarme a continuación.

Servicio de guardia
... donde Frankie va más allá del Arco Iris y destapa...

Abandonamos el coche de Hornos Universales que nos había dado Vic Eneas Kaolin con la sospecha de que estaba intervenido.

¿Qué otras medidas había tomado el magnate? No dejaba de pensar en eso mientras llamaba aun tirotaxi abierto ante el Salón Arco Iris. Tras subir al asiento de pasajeros, le pedí al conductor que nos llevara a la calle Cuarta.

—¡Y pisa a fondo! —lo instó mi pequeño compañero hurón, jadeando de ansiedad.

En una bolsita, idPal llevaba algunos de los tesoros que había recuperado mientras husmeaba tras la barra, donde la difunta Reina Irene había almacenado algunos de sus secretos.

Creo que ya estaba planeando cómo revender ese material a sus «legítimos propietarios» por una «tarifa de hallazgo», sin tener que llamarlo chantaje.

Nuestro taxista se encogió de hombros, se quitó de la frente las gafas de sol y se las colocó sobre los ojos. Al hacerlo dejó al descubierto unos pequeños cuernos de demonio, probablemente una brújula/localizador implantada, lo suficientemente barata incluso para los ídems desechables.

—Agárrense, caballeros —exclamó. Agarrando con ambos brazos el yugo del *rickshaw*, se lanzó a la acera con poderosas patadas de sus piernas de grandes muslos, como los de una cabra musculosa. Sólo después de acelerar a más de treinta kilómetros por hora tocó un interruptor que ponía en marcha el pequeño motor de crucero eléctrico y alzó sus brillantes cascos de cerámica del suelo.

—¿Tienen un destino específico en mente? —me preguntó mi conductor, parecido a Pan, por encima del hombro—. ¿O un eminente gris como usted sólo va de visita? ¿Buscando recuerdos? ¿Tal vez le interesa un recorrido rápido por nuestra bella ciudad?

Tardé un instante en recordar que me habían reteñido en casa de Kaolin, y que ahora tenía un tono de gris «emisario» de clase alta. Al parecer el conductor pensaba que yo era de fuera y que viajaba con una idmascota.

—Conozco todos los lugares históricos y secretos. Mercados repletos de artículos de contrabando que nunca verán en el *Este*. Callejones donde la ley nunca se aventura y no se permite ninguna cámara. Sólo pague un pequeño impuesto por vicio y firme una renuncia de derechos. ¡Una vez esté dentro, el paraíso anarquista!

—Siga hasta la Cuarta —repliqué—. Ya le avisaré cuando estemos cerca.

Yo tenía un destino específico en mente, pero no quería decirlo en voz alta. No mientras probablemente estuviéramos aún sometidos a vigilancia, desde fuera y desde

dentro.

El aceptó mi respuesta con un gruñido y ajustó su visor, virando perezosamente con un dedo sobre el timón. Mientras tanto, yo saqué el flipfondo que me habían dado poco después de restaurar este cuerpo a su vigor juvenil.

—¿A quién vas a llamar? preguntó idPal.

—¿A quién crees? A nuestro jefe, por supuesto.

Sólo había un número en el automarcador.

—Pero yo pensaba... Entonces, ¿por qué hemos abandonado el coche si...?

Los ojillos oscuros chispearon. Noté la recelosa mente de Pal en funcionamiento.

—Vale, entonces. Dale a líneas recuerdos de mi parte.

Como verde barato (teñido de naranja y luego de gris), no podía poner los ojos en blanco de manera expresiva. Así que lo ignoré. El teléfono hizo anticuados ruiditos mientras buscaba a un Kaolin autorizado para que respondiese. Uno de sus brillantes golems lo haría..., o tal vez posiblemente el verdadero ermitaño-multibillonario, escondido tras capas de cristal a prueba de gérmenes en la torre de su mansión. En caso contrario, un avatar informático tomaría el mensaje o se encargaría de tomar decisiones rutinarias, quizás usando *una* buena versión de la propia voz de Kaolin.

Así que esperé. Tienes que esperar cuando eres de barro. A pesar del calendario efímero, la impaciencia es para aquellos que tienen una vida real que perder.

Mientras tanto, el idemburgo fue quedando atrás, con toda su extravagante fusión de fealdad y colores chillones. Algunos de los edificios más antiguos, pobremente conservados y no inspeccionados ya, llevaban logos de condena que prohibían la entrada a las personas reales. Sin embargo, alrededor de nosotros deambulaban muchedumbres ajenas a las destartaladas intermediaciones, gente construida para un día de duro trabajo, aunque mucho más llamativa que sus aburridos hacedores. Los ocupados trabajadores-hormigas que mantienen la civilización en marcha, de todos los tonos y combinaciones de rayas, entrando y saliendo de fábricas y talleres, llevando pesadas cargas, apresurándose camino de reuniones confidenciales o transmitiendo órdenes ayudados de largas piernas.

El tráfico se atascó un rato, obligándonos a sortear el solar de una obra, marcado por un ancho holocartel:

PROYECTO TUBO-PNEUMÁTICO ROXTRANSIT CIUDADANO:
SUS IMPUESTOS FUNCIONANDO

Un resplandeciente anuncio animado mostraba los firmes progresos hacia el día en que la gente de barro y otros cargamentos serían enviados a cualquier parte de la ciudad a través de una extensa red de tubos de vacío, transportados a cualquier dirección como tantos paquetes de Internet autoguiados, automáticamente y casi sin coste. Los conductores de buses y brontonetas se quejaban de que los tramos del proyecto que ya estaban en uso se estaban cargando sus rutas más lucrativas. Los

actos de sabotaje retrasaban de vez en cuando los trabajos; recordaban a la gente los antiguos días luditas en que los sindicatos luchaban en la calle contra la idemtecnología. Una explosión reciente había incluso provocado el desplome de un edificio que aplastó a más de cuatrocientos golems y lanzó fragmentos de cristal lo suficientemente lejos como para cortar a una persona real a tres manzanas de distancia: necesitó media docena de puntos. Fue un gran escándalo.

Sin embargo, a pesar de la inquietud social, Hornos Universales y los otros idemfabricantes presionaban insistentemente para que se instalaran tubos en todas las ciudades. ¿No era mucho mejor que los clientes recibieran millones de repuestos frescos rápidamente para que aprovecharan al máximo cada día imprimado? Cuanto menos tiempo pase un goleta de viaje, o almacenado en un frigorífico, más considerarán los clientes que están invirtiendo bien su dinero. Y más repuestos pedirán.

Bajo el alegre cartel trabajaban modelos epsilon baratos que cargaban cestas llenas de tierra a sus espaldas moteadas de verde mientras otros bajaban al pozo con segmentos de tubería de cerámica fabricada para soportar grandes presiones subterráneas. Los epsilon ni siquiera tienen una personalidad imprimada plena, ni alma ni reflejo salmón, sólo un sencillo impulso de seguir y seguir y seguir trabajando, hasta que se sientan atraídos por la llamada de un tanque de reciclado.

La escena me pareció, desde un punto de vista, una pesadilla de ciencia ficción peor que la de Metrópolis de Fritz Lang: esclavos y proles trabajando para amos lejanos antes de lanzarse a una muerte temprana, preordenada, sin lamentos. ¡Desde otro punto de vista era maravilloso! Un mundo de ciudadanos libres que extendían porciones diminutas de sí mismos (trocitos cómodamente desechables) para realizar por turnos todas las tareas necesarias, de modo que todo el mundo pudiera pasar su vida orgánica jugando o estudiando.

¿Cuál de las visiones era cierta?

¿Ambas a la vez?

¿Debía importarme?

Mis propios pensamientos me sorprendieron.

«¿Es esto lo que le pasa al cerebro de un ídem citando dura más de un segundo día? —me pregunté—. ¿La recarga de élan hace que te vuelvas soñador y filosófico? ¿Se debe a los acontecimientos de los que fui testigo en casa de Irene?

»¿O es porque soy un frankie?

»¡Vamos, Kaolin! ¡Contesta al maldito teléfono!».

De hecho, su retraso me daba ciertas esperanzas. Tal vez Eneas no se preocupaba tanto por nosotros. Kaolin podía estar demasiado ocupado para molestarse en comprobar cómo nos iba.

Ah, pero «ocupado» no significa lo que solía significar antes. Un hombre rico puede seguir imprimando suficientes ídems para conseguir realizar cualquier trabajo.

Así que tenía que haber otro motivo.

Estábamos a una manzana más allá de la excavación del tubo neumático cuando el taxista giró de pronto con un alarido. Me agarré al asiento, preparándome para la colisión, pero el tráfico no se había detenido. No, el conductor se quejaba de acontecimientos lejanos que no tenían nada que ver con su trabajo.

—¡Idiotas! —gritó—. ¿No os disteis cuenta de que os estarían esperando al otro lado de esa montaña? Los indis deben de micros a tiro desde cinco ángulos distintos. Capullos. La ZEP debería renunciar a este encuentro y negociar. Enviar a nuestro equipo entero al campode batalla con sus pieles de rig desnudas. ¡Será mejor que empecemos de cero con talentos nuevos!

Un leve destello brillaba en el borde de sus gafas. Así que, además de gafas de sol, eran también vids. La mayoría lo son.

Sin embargo, yo no pagaba para acabar teniendo un accidente por culpa de un coche distraído con los deportes. Un giro innecesario más y podría interponer contra él una demanda civil...

¿A nombre de quién? ¿Dónde iría a parar el dinero? El pobre Albea tenía una hermana en Georgia, pero era dueña de cinco patentes y no necesitaba el dinero. Luego lo recordé: lo que quedara de las posesiones de Al iría a parar a Clara. Lo que los polis no se llevaran. O Kaolin. Todo dependía de si se encontraba a otro a quien echar la culpa del ataque contra Hornos Universales.

Tenía mis sospechas al respecto, pero antes necesitaba más pruebas.

—¡Eh, fanboy! —le gritó idPal al conductor, que seguía maldiciendo mientras esquivábamos a algunos idpeatones, y conseguíamos por los pelos no ser aplastados por un enorme transporte de ocho piernas—. ¡Olvida el marcador y mira la carretera!

El conductor le murmuró algo ami amigo por encima del hombro. Pal rugió como respuesta, arqueando la larga espalda y sacando las garras, como si se preparara para saltar. Yo estaba a punto de cerrar el teléfono e intervenir cuando una voz zumbó bruscamente en mi oído.

—Así que es usted. Me preguntaba cuándo llamaría —dijo en un murmullo la voz del magnate. No supe qué Kaolin era, aunque presumiblemente se trataba del platino que nos había encargado nuestra misión—. ¿Qué han descubierto en el establecimiento de Irene?

Ninguna disculpa por mantenerme esperando. Bueno, así son los multibillonarios.

—Irene está verdadera-muerta —respondí—. Usó uno de esos servicios de antenas-alma y se llevó a todas sus ídems a la Nirvanosfera, o a los Cinturones Valhalla, o a donde sea.

—Lo sé. La policía acaba de llegar allí y tengo la escena delante. Increíble. ¡Qué psicótica! ¿Comprende a qué me refiero, Monis? El mundo se está llenando de perversos y la idemización no hace más que empeorar las cosas. A veces desearía no haber... —Se detuvo, luego continuó—: Bueno, no importa. ¿Cree que Irme escogió este momento para acabar con todo porque su conspiración fracasó? ¿Porque

no consiguieron destruir mi fábrica?

Kaolin hizo un trabajo impresionante fingiendo confusión e inocencia. Decidí seguirle el juego.

—Irene era otra panoli, señor. Creía sinceramente haber contratado al gris de Albert como espía industrial pseudolegal.

—¿Se refiere a todas esas tonterías sobre buscar el secreto de la teletransportación?

Miré atrás, hacia el proyecto de construcción del neumo túnel, una inversión enorme que perdería mucho de su sentido si la idemización remota alguna vez se hacía realidad.

—La historia era lo suficientemente plausible para engañar a un gris de Albert Morris. ¿Por qué no a ella también? De todas formas, esta mañana Irene se dio cuenta de que le iban a echar las culpas del ataque priónico. Así que eligió marcharse a su manera.

—Otra pandilla, entonces. Como usted y Lum y Gadarene —Kaolin bufó—. ¿Encontró alguna pista sobre quién está detrás de todo esto?

—Bueno, sus dos socios eran un ídem a cuadros que se hacía llamar Vic Collins y otro que decía ser una copia de la maestra, Gineen Wammalsr.

—¿Nada más? Ya sabíamos todo eso por la grabación de la cinta del gris.

No quise decir más. Sin embargo Kaolin era todavía mi cliente... al menos hasta que verificara algunas cosas. No podía mentirle ni legal ni éticamente.

—Vic Collins era una fachada, naturalmente. Irene opinaba que podía tratarse en realidad de Beta.

—¿Se refiere al golemcuestrador y falsificador? ¿Tiene alguna prueba? —La voz de Kaolin se animó un poco—. Esto podría ser lo que necesitaba para ejercer un poco de presión y obligar a los polis a tomarse a ese hijo depura como una auténtica amenaza pública, no como otra molestia idcomercial. ¡Puede que consigamos echarlo del negocio de una vez!

Mi respuesta fue cuidadosa.

—Pensé lo mismo. Llevo tres años persiguiendo a Beta. Reinos tenido algún encuentro desafortunado.

Sí, lo recuerdo. Su escapada por los pelos del lunes, seguida de la redada del martes en la operación del edificio Taller. Hay mucha mala voluntad entre ustedes dos.

—Sí, de hecho... —Teníamos nuestro lugar de destino justo delante. Tenía que conseguir que Kaolin se sintiera lo suficientemente cómodo para no seguir mis movimientos con demasiada atención durante los próximos minutos. El tiempo sería esencial—. Por eso me dirijo al edificio Taller en este preciso momento.

No era exactamente una mentira. Coincidió con nuestra trayectoria actual por el idemburgo, si es que nos estaba localizando.

—Buscando más pistas, ¿no? ¡Magnífico! —dijo Kaolin. Oí voces apagadas al

fondo, que reclamaban la atención del platino—. Llame de nuevo cuando haya descubierto algo más —me dijo, y cortó la comunicación sin despedidas ni formalidades.

Justo a tiempo, advertí con alivio.

—¡Pare aquí! —le dije al taxista, que todavía repartía su atención entre la calle, las noticias de la guerra y las discusiones con Pal.

«¿Cómo conservan estos tipos su licencia?», me pregunté, lanzándole una moneda y bajándome. Por fortuna, idPal continuó encaramado ami hombro en vez de enzarzarse en una pelea, aunque cerca estuvo de hacerlo.

TEMPLO DE LOS EFÍMEROS, anunciaba el cartel destellante. Subí corriendo los escalones de granito, dejé atrás a todos los desdichados ídems que había por allí, heridos, dañados o abandonados, carentes de alguna esperanza de ser bienvenidos de vuelta a casa para cargar. La mayoría parecían agotados, a punto de la disolución. ¡Sin embargo yo era con diferencia el más viejo! La única persona presente que tenía algún recuerdo directo del sermón del martes. Pero no había ido allí a asistir a ningún servicio.

Sólo una corta cola de copias macilentas esperaba en el servicio de reparaciones de emergencia, encabezada por un púrpura largirucho con el brazo izquierdo arrancado. Por fortuna, la misma voluntaria de pelo oscuro estaba de servicio, ofreciendo consuelo a los desesperados y olvidados. Fuera cual fuese la razón psicológica que la impulsaba a dedicar precioso tiempo a ayudar a aquellos que tenían poca vida que salvar; me alegré por ello.

—¡Vaya! —idPal dejó escapar un tembloroso grito al ver a la enfermera voluntaria—. Es Alexia.

—¿Qué? ¿La conoces?

El minidem de Pal respondió en susurros:

—Oh... salimos algún tiempo. ¿Crees que me reconocerá?

No pude dejar de comparar dos imágenes mentales. Una del Pal real (guapo, velludo, ancho de hombros, aunque le faltara la mitad inferior y estuviera confinado de por vida a una silla), una imagen que tenía poco en común con la ágil y sonriente criatura que llevaba al hombro, excepto en lo que atañía a las cosas que realmente importaban, como la memoria, la personalidad y el alma.

—Tal vez no —respondí, dejando atrás a todos los ídems que esperaban y colocándome ala cabeza de la fila—. Si mantienes la boca cerrada.

Varios golems heridos gruñeron cuando me acerqué al puesto de tratamiento de Alexie, con su mesita improvisada rodeada de barriles baratos de pasta para golems y otros materiales de auxilio. Me miró, y por primera vez advertí que era bonita, de una manera oscuramente severa, de aspecto dedicado. Empezó a insistir en que esperara mi turno, pero se detuvo cuando me levanté la camisa y me volví para mostrar la larga cicatriz de cemento endurecido que corría por mi espalda.

—¿Recuerda su trabajo, doc? Hizo un trabajo magnífico con ese desagradable

comedor que me estaba devorando por dentro. Recuerdo que uno de sus colegas dijo que no duraría el día entero. Debería cobrar esa apuesta.

Ella parpadeó.

—Te recuerdo. Pero... pero eso fue el mar...

Alexie se detuvo, los ojos muy abiertos. Como no era tonta, se calló al advertir las implicaciones.

Lista, sí. Pero, entonces, ¿por qué había salido con Pal?

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado? —pregunté, soltando mi cornisa.

Ella asintió y nos indicó que la siguiéramos escaleras arriba.

idPal se mantuvo extrañamente callado mientras Alexie me escaneaba. Descubrió rápidamente los rastreadores que Kaolin había instalado cuando tan amablemente amplió nuestras pseudovidas.

También encontró las bombas.

«Tal vez justo a tiempo —pensé—. Nuestro jefe espera que informemos desde el edificio Teller. Puede que se moleste al averiguar que nos hemos escapado de la correa».

—¿Qué cerdo te ha hecho esto? —maldijo Alexie, dejando caer cuidadosamente las bombas en un contenedor de aspecto ajado.

Hay circunstancias especiales en las que se puede requerir legalmente que los golems lleven sistemas de autodestrucción, con disparadores operados por radiocontrol. Pero es muy raro en la ZEP. Naturalmente, el grupo de Alexie se opone a la práctica por principio. Me abstuve de decirle que nuestras bombas habían sido instaladas por el gran amo de esclavos en persona, Vic Kaolin. Si se hubiera enterado, podría haber conectado online de inmediato para decírselo a todo el mundo de su comunidad de activistas.

No podía permitirme eso. Todavía no.

idPal necesitó también unas cuantas reparaciones. Mientras Alexie trabajaba en él, yo miré, más allá del balcón, la vidriera de la iglesia principal. Los viejos símbolos cristianos habían sido sustituidos por un rosetón circular, como una flor cuyos pétalos se extendieran hacia afuera antes de doblarse bruscamente al final, en ángulo recto, y volverse puntiagudos. Al principio, pensé que cada figura podía ser un pez con la cola levantada. Luego caí en la cuenta de que eran ballenas de cabeza cuadrada (ballenas espermaceti, al parecer), representadas uniendo sus enormes cabezas en una especie de comunión de mentes cetáceas.

¿Qué simbolizaba eso? Las ballenas (de larga vida, aunque perpetuamente en peligro) eran justo lo contrario de los ídems, que se desvanecían rápidamente pero brotaban diariamente en número superior, siempre llenos de ingenuidad y deseo humanos.

Me recordó un poco el mandala que llevaba aquel técnico-sacerdote de Opciones Finales, S.A., el que presidía el intento de trascendencia de la Reina Irene. Aunque

divergían mucho en las formas, ambos grupos se enfrentaban al mismo problema: cómo reconciliar la improntación de almas con la fe religiosa. Pero ¿quién soy yo para juzgar?

Vale, me gustan estos Efímeros. Tal vez les debo un par de favores.

Pero tenía que mostrarme cauto.

Alexie terminó y aseguró que estábamos limpios. De repente, me sentí libre por primera vez desde de bueno, desde que me reuní con Pal y Lum y Gadarene a la sombra de aquel antiguo parque de recreo y me vi envuelto en este sucio asunto.

—¡Ahora puedo llamar a casa! —Exclamó idPal, olvidando su voto de silencio—. ¡Espera a que me cuente lo que he visto! ¡Será una pasada de carga!

Alexie ladeó la cabeza, entornando los ojos, quizá reconociendo algo en la forma de hablar de Pat. No le di tiempo para seguir pensando. —Mi so... mi pequeño amigo y yo necesitamos un acceso seguro a la Red— dije—. ¿Tienes un par de chadores que podamos usar? Después de una pausa insegura, ella asintió, y señaló un perchero.

Dos atuendos negros e informes colgaban junto a una mesa.

—Los han limpiado hace poco. No hay micros.

—Eso valdrá, gracias —me acerqué al perchero.

—Por si acaso —añadió—, estoy suscrita a Servicios de Guardia, así que no intentéis hacer ningún truco ni nada ilegal mientras usáis nuestros accesos. Llevaos esa mierda a otra parte.

—Sí, señora.

Alexie frunció el ceño.

—¿Puedo confiar en que no tocaréis nada más mientras vuelvo a ayudar a más pacientes?

idPal asintió vigorosamente.

—La compensaremos por su amabilidad algún día —aseguré—. Huna. Tal vez puedas explicarle en alguna ocasión por qué sigues caminando mucho después de haber tenido que convertirte en líquido. —Algún día lo haré.

Ella se marchó tras mirarnos vacilante una vez más. Mientras sus pisadas desaparecían escaleras abajo, le dirigí a Pallie una mirada intrigada.

—¡Muy bien! —Respondió él, encogiéndose de hombros—. Tal vez es mejor de lo que merezco. ¿Podemos continuar ya? Kaolin no se dejará engañar mucho tiempo.

Mi pequeño amigo saltó a la mesa y lo ayudé a ponerse el chador para que la capucha activa lo cubriera, ajustándose a la extraña forma de su cuerpo. Me pasé el otro atuendo por la cabeza y dejé que su negra tela cayera sobre mis brazos, hasta debajo de mi cintura. Desde fuera, parecía una criatura de aquellos días oscuros, hace medio siglo, en que un tercio de los países de la Tierra obligaban a las mujeres a cubrirse el rostro y la forma bajo tiendas informes de muselina y gasa. Un movimiento represor que se vio desbaratado cuando el viejo y aislante chador se transformó en algo completamente liberador.

Desde dentro...

Me encontré de pronto en otro universo. El maravilloso cosmos de la RV, donde datos e ilusiones se mezclan en una profusión de color y profundidad sintética. Los sensores del atuendo captan la posición de mis brazos, las yemas de mis dedos y cada vaharada de aliento, reaccionando a los gruñidos de mi laringe simulada. Unos cuantos comandos murmurados y, en cuestión de segundos, tuve tres globomundos activos.

El primero se centró en una ruina humeante donde había estado mi casa... la casa de Albert. Colaboradores libres llegaron de la red adyacente pidiendo permiso para buscarme datos del trágico acontecimiento. Un par de los agentes tenían buena reputación, así que fijé unos cuantos parámetros y los solté. En la primera capa de curiosidad, no costaría un céntimo y no habría ninguna posibilidad de que me localizaran. No había nada que me distinguiera de los otros millones de curiosos de la red. Eran unos hechos importantes, así que mis solicitudes no llamarían la atención hasta que pinchara cerca del hueso.

Mi segunda burbuja sorteó los noticiarios sobre el intento de sabotaje en Hornos Universales. Yo quería el informe policial oficial, sobre todo para ver si Albert era todavía sospechoso. Cualquier acontecimiento como aquél fomentaba todo tipo de teorías de conspiraciones e informes en minoría que planteaban los clubes de soplones, los hobbinas de las explicaciones, los paranoicos solitarios, los agentes autónomos de lo plausible o los avatares vagabundos sí pero. ¡Y si ninguno de ellos estaba en el buen camino, podría proponer uno propio! La rumorología anónima es una especie de engaño venerable que tiene su propia tradición.

«RealAlbert sería mucho mejor en esto. Y uno de sus ébanos aún mejor todavía.

»¿Yo? No soy más que un verde y un frankie. Pero soy todo lo que queda».

Mientras aquellas dos burbujas continuaban trabajando en los bordes, borboteando con espuma correlativa, hice una tercera, más peligrosa que las demás.

El depósito por-si-acaso, donde Albert guardaba las copias de seguridad de sus archivos por si le sucedía algo a nuestro ordenador doméstico.

Suponiendo que Nell hubiese detectado la llegada del misil... incluso segundos antes de que estallara, siguiendo la programación, habría volcado todos los datos posibles en el depósito remoto. Ese archivo debería permitirme ver qué estaba haciendo mi hacedor, posiblemente incluso lo que estaba pensando, en el mismo minuto en que murió.

El premio gordo. Pero acceder a él sería peligroso. «Quien envió ese misil debía de estar vigilando la casa, para asegurarse de que Albert estaba allí cuando la alcanzó.

»¿Pero hasta qué punto fue concienzudo el escrutinio? ¿Se limitaron a merodear por la casa con minicámaras, siguiendo la pista de las idas y venidas de Al? ¿Y si consiguieron penetrar sus escudos de intimidad, digamos que con una microespía flotante dentro de la casa? Sucede de vez en cuando. La tecnología sigue cambiando y las cámaras son cada vez más pequeñas. Sólo los tontos piensan que sus secretos estarán a salvo eternamente.

»Alguien allí fuera puede que lo sepa todo, incluyendo la localización del depósito. Software al acecho podría estar esperando a que alguien intentara acceder a él. Un chador prestado no me enmascarará durante mucho tiempo.

¿Pero qué opción tenía? Mi única alternativa era ir a casa de Pal y emborracharnos juntos hasta que aquella pseudovida artificialmente prolongada expirara por fin.

¡Bueno, basta! Tecleé con dedos temblorosos y murmuré algunas frases bajo la protección del dador, esperando que Albert no hubiera cambiado las claves después de saber que había creado su primer frankie conmigo.

Casi de inmediato me encontré mirando a un facsímil bastante bueno de Nell.

Los expertos dicen que no existe una auténtica inteligencia artificial, y que nunca existirá. Supongo que deben de saberlo bien. Es otro de esos «sueños fallidos» de la ciencia ficción del siglo xx que nunca se hizo realidad, como los extraterrestres de los platillos volantes. Con todo, la simulación se ha convertido en todo un arte, y no hace falta mucho para que un programa animado engañe a la mayoría de la gente con una cabeza parlante bien hecha... al menos un par de veces.

El rostro de Nell estaba modelado siguiendo una profesora de prácticas que tuve brevemente, en la facultad. Sexy sin ser abrumadora. Una personificación de la eficacia sin imaginación. Además de exigir y verificar la clave del siguiente nivel, el avatar escaneó mi cara y envió una sonda de corto alcance a la cápsula de identificación enterrada en mi frente.

Normalmente, con eso habría bastado. Pero no esta vez.

—Disonancia. Pareces ser el verde del martes, pero vas teñido de gris y ya deberías haber expirado. Acceso denegado hasta que se encuentre una explicación plausible.

Asentí.

—Muy bien. Aquí tienes tu explicación. En resumen, los tipos de investigación de Hornos Universales han encontrado un modo de aumentar el lapso de vida ídem. Eso explica por qué estoy hablando contigo. El logro parece haber provocado algún tipo de conflicto entre Vio Eneas Kaolin y el doctor Yosil Maharal. Es posible que esto condujera al asesinato de Maharal. Y al asesinato de Albert Morris.

El rostro animado se contorsionó: una caricatura de la duda. Tuve que recordarme que ésta no era la Nell que recordaba. Sólo un fantasma, una réplica que había sido almacenada en un rincón de la enorme esfera de datos, operando en un espacio de memoria alquilado.

—Tu explicación de la discrepancia de tu lapso de vida es considerada plausible, dada la información recopilada por el ébano del martes antes de la explosión. Sin embargo, debe resolverse una nueva disonancia antes de que pueda darte acceso.

—¿Qué nueva disonancia?

El fantasma de Nell hizo una buena imitación de un ceño fruncido, una molestia familiar programada que nunca me había gustado. Generalmente aparecía en

momentos en que yo me comportaba de manera particularmente obtusa.

—No hay ninguna prueba convincente de que Albert Morris fuera asesinado.

Si yo fuera real, habría tosido y me habría atragantado.

—¿Ninguna prueba convin...? ¿Qué clase de arma humeante necesitas? ¿No es asesinato cuando alguien te hace volar con un maldito misil?

Tuve que recordarme que no era una persona real ni de barro con la que pudiera discutir, ni siquiera una IA de alto nivel. Para ser un fantasma de software, la Nell-sombra lo hacía bien. Pero debía de estar dañada, o pillada en un bucle semántico.

—El ataque con el misil es irrelevante con la disonancia que nos ocupa: el asesinato putativo de Albert Morris —replicó la cala.

Me quedé mirando, repitiendo una sola palabra.

—¿Irrelevante?

El bucle semántico debía de ser severo. Maldición. Tal vez no obtuviera acceso después de todo.

—¿Cómo... cómo puede ser irrelevante el arma del crimen?

—El ciudadano orgánico Albert Morris lleva desaparecido más de un día. No ha aparecido ningún rastro suyo en la Red, ni en la red de cámaras callejeras, ni...

—Bueno, por supuesto que no.

—Pero la desaparición era de esperar. Es más, no tiene ninguna relación directa con la destrucción de su hogar.

Sorprendido, me limité a asimilar aquello. ¿Era de esperar? ¿Ninguna relación con la destrucción?

Como empujado, me volví a mirar la burbovisión que se asomaba a la casa de la avenida Sycamore. Varios ojos-voyeur y noticams flotantes proporcionaban una imagen de gran nitidez que se amplió cuando la miré para ofrecerme una panorámica Genital de leños calcinados y paredes derruidas. Los restos de la chimenea sobresalían como un dedo desafiante. El porche trasero, con la balustrada de hierro forjado retorcida como un sacacorchos por el calor reciente, conducía a los cultivos de rosas que habían sido reducidos a muñones calcinados.

La cinta-teante policial mantenía a los mirones a raya, tanto genterreal como ídems que podrían intentar llevarse recuerdos. Divisé varios equipos de especialistas ébano dentro del cordón, agachados con escáneres y recogedores de muestras, buscando pruebas. Se podía ver a otras figuras caminando entre los escombros.

Mientras yo estaba ocupado hablando con el fantasma-depósito, los agentes correlatores que había congregado se ocupaban de recopilar información sobre el ataque con el misil, llenando los bordes de las burbujas con sumarios y gráficas. Pedí un informe del arma que había hecho todo aquello. El tipo de modelo exacto era desconocido, pero muy sofisticado: lanzaba gran cantidad de metralla en un pequeño paquete. Eso explicaba por qué pudo ser introducido en el idemburgo y preparado sin que lo detectaran. Más impresionante era la forma en que se lanzó entre salvajes giros y una densa nube de brozas oscurecedoras, enmascarando su punto de origen

mientras cinco casas semiabandonadas ardían tras su estela borrando cualquier pista sobre quién había planeado el maldito atentado. Peor, la escasez de publicams en la zona hacía más difícil para los polis realizar una investigación yendo hacia atrás en el tiempo. Puede que nunca identificaran al responsable.

Me pregunté, asombrado: «¿Quién podría tener acceso a un arma semejante? ¿Y por qué utilizarla contra un vulgar detective privado local?».

La primera parte de mi pregunta tenía ya respuesta. Oh, la policía mantenía la boca cerrada, pero el silencio profesional nada podía contra los miles de analistas aficionados y expertos retirados que tenían tiempo de sobra. Después de examinar concienzudamente toda la información disponible, llegaron a un consenso.

Tenía que haber sido material militar. Y no de la clase normal empleada por nuestros equipos nacionales en las batallas rituales, ante públicos de masa en el Campo Internacional de Combate. Naturalmente, las naciones mantienen oculto su mejor material, por si acaso. Este misil tenía que ser uno de esos artículos desagradables guardado en los estantes con la esperanza de no tener que utilizarlo nunca.

Esto explicaba por qué tantos ébanos estudiaban el lugar. Probablemente les preocupaba mucho más el arma que el pobre Albert.

Había otras anomalías. Las opiniones brotaban y chisporroteaban en los bordes de la burbuja.

Parece que ese fulano, Morris, estaba implicado en el intento de sabotaje en Hornos Universales del martes por la noche. Obviamente se han vengado de él...

»¿En sólo un par de horas? ¡Absurdo! Harían falta días o semanas para preparar un misil con cuidado suficiente para ocultar su emplazamiento y evitar que lo localicen...

»¡Seguro! ¡Está claro que a Morris le han tendido una trampa! Ese misil pretendía calcinarlo para que no pudiera declarar...

»Podría ser. Sin embargo, algo huele mal en todo esto. ¿Por qué no han encontrado ningún cuerpo?...

»¿Qué cuerpo? Se evaporó...

»Fue reducido a cenizas...

»¿Ah, sí? Entonces, ¿dónde están los residuos orgánicos?

»Habría un montón de rastros de ADN, idénticos al perfil de Morris...

»¡Eso es, rastros! Demonios, si volaras mi casa mientras estoy fuera, encontrarías montones de trocitos... células epiteliales, caspa, pelos. La almohada de tu cama... una décima parte de su peso se debe a cosas que se te han caído de la cabeza después de un millar de noches...

»¡Uf, qué asco!

»Así que no sirve decir que han encontrado el ADN del tipo en la misma casa donde vivía. ¡Para confirmar la muerte, muéstrame tejidos diferenciados! Aunque lo hicieran fosfatina, encontrarías trozos de hueso, sangre, células intestinales...».

Eso me estremeció. En parte porque tendría que haberlo pensado ya. Incluso siendo un verdefrankie, al fin y al cabo, todavía tenía los recuerdos de Albert. Su entrenamiento.

¿Qué significaba eso?

Probablemente habría llegado a la conclusión obvia al cabo de otro par de segundos, pero me distrajo de repente la visión de una figura que se movía entre las ruinas humeantes, hurgando en las ascuas con un palo. Algo de la esbelta figura me atrajo, y el globo respondió acercándose.

Vestida con un mono corriente, con el pelo recogido bajo una gorra, al principio me pareció una ídem de alta calidad, sobre todo con la cara manchada de gris por culpa de la ceniza. Pero cuando un ébano se apartó de su camino con una reverencia, advertí que debía de ser real. Y sus movimientos eran los de una atleta.

Una pequeña placa identificadora apareció junto a ella cuando la cámara la enfocó más.

HEREDERA DESIGNADA POR LA VÍCTIMA

Mis emociones fueron más fuertes de lo esperado, dado lo barato que era el cuerpo que llevaba.

—Clara —murmuré mientras contemplaba su rostro de expresión sombría, mezcla de pena y furia y absoluto asombro.

—Clave final aceptada —dijo una voz: el fantasma de Nell, respondiendo a la palabra que yo había pronunciado—. Acceso a depósito permitido.

Miré a mi derecha. La imagen computerizada de Nell había desaparecido, sustituida por una lista que corría hacia abajo mostrando un catálogo de contenidos. La voz simulada de Nell continuó.

—El primer punto, por orden de importancia, es que hiciste una petición en tu actual forma de golem el martes, a las trece cuarenta y cinco. Pediste la pista del camarero que fue despedido de su trabajo en el restaurante Tour Vanadium. A pesar de estar confinada en esta forma primitiva, conseguí completar el seguimiento. El nombre y el resumen biográfico del camarero se indican debajo. Ha cursado una protesta con la Asociación de Subcontratistas de Trabajo, negando cualquier responsabilidad en el incidente que motivó su despido...

«¿Camarero? —me pregunté—. ¿Restaurante?». Oh. Me había olvidado de eso. Un asunto trivial ahora.

—Había otros asuntos por resolver, justo antes de la explosión —continuó el fantasma de Nell—. Llamadas sin contestar y mensajes de Malachai Montmorillin, el inspector Blane, Gincen Wammaker, Thomas Facks...

Era una lista larga e irónica. Si Albert hubiera atendido aquella llamada de Pal en que trataba de avisarlo de un plan relacionado con el segundo gris del martes, un plan para involucrarlo en el ataque a Hornos Universales, puede que yo no hubiera estado allí ahora. Podría haberme pasado el resto de mi corto lapso de vida como un frankie

liberado, despegado de las preocupaciones de Albert, haciendo juegos malabares para los niños en las esquinas o tratando de encontrar a aquel torpe camarero. Hasta que me hiciera pedazos.

—También puedo reproducir una grabación de la última llamada de tu original a Ritu Maharal, preparando un viaje conjunto para investigar la cabaña de su padre en el desierto.

¿Qué era eso? ¿Un viaje, juntos?

Temblé de repente. Un viaje con Ritu Maharal... ¿al desierto? Bruscamente vi un destello, un esbozo de lo que podría haber sucedido. ¿Cómo Albert podría haber partido en persona, disfrazado de ídem!

Si lo hizo, ¿fue porque sospechaba que la casa estaba siendo vigilada por asesinos? Si fue así, el truco funcionó. Sin duda engañó a todo el mundo para que creyeran que su yo real estaba todavía allí. Yo tenía que asimilar aquella desconcertante idea. Podía haber un fallo... ¡pero Albert podría no estar muerto, después de todo!

Buenas noticias, ¿no? Me liberaría de una pesada carga, de la obligación única de descubrir la verdad. Por lo que sabía, en aquel mismo momento Alberty una docena de sus leales copias estaban ya en la pista de los villanos, cercándolos con la feroz determinación de vengar su jardín incinerado. Y sin embargo... la idea también trajo consigo una sensación de pérdida. Durante algún tiempo, me había sentido realmente importante. Como si esta pequeña brizna de existencia contara de algún modo en la gran escala de las cosas. La justicia parecía depender de mí. O de lo que yo eligiera hacer.

¿Ahora?

Bueno, mi deber está claro. Informar, por supuesto. Revelar cuanto he aprendido y ofrecer mis servicios a mis superiores.

Pero no es ni de lejos tan romántico como seguir luchando, solo.

Decidí qué hacer mientras Clara hurgaba entre las ruinas, aparentemente mucho más interesada en descubrir el destino de Albert que en participar en su guerra. Si Al estaba vivo, ni siquiera se había molestado en contactar con ella. ¡Ni siquiera para hacerle saber que estaba bien!

Tal vez prefería la compañía de la bella heredera, Ritu Maharal.

Hijo de puta.

A veces sólo ves claramente cuando estás fuera. O mejor aún, convirtiéndote en alguien nuevo.

Muy bien, eso me trae al presente. Mi historia ha terminado. Entregaré una copia para el depósito... por si hay algún Albert por ahí a quien le importe escuchar. Y enviaré un informe abreviado a la señorita Ritu Maharal. Ella fue la última Mienta de Albert, justo antes del ataque con el misil, así que supongo que se merece que le diga que pienso que Eneas Kaolin se ha vuelto un loco asesino.

Pero en realidad lo estoy haciendo por Clara. Ella es el motivo por el que me

quedé bajo este chador diez minutos más, rápido-recitando una narración en primera persona de todo lo que he visto y hecho durante el último par de días, hasta este momento. Lo hago a pesar de las amenazas del pequeño idhurón de Pal, que me avisa que cada segundo añadido nos expone más al peligro. Bien por parte de Kaolin o de algún enemigo desconocido, quizás incluso peor.

Da igual. Mi informe probablemente no importará. He descubierto sólo unas cuantas piezas del rompecabezas, después de todo. Estoy muy lejos. de resolver el caso, con toda seguridad.

Tal vez sólo dupliqué un trabajo que ya había sido hecho por otras versiones «mías...» mucho mejores.

Demonios, ni siquiera sé adónde iré a continuación... aunque tengo unas cuantas ideas.

Con todo, puedo decirte una cosa, Clara:

«Mientras este trocito de alma continúe, te recordaré. Hasta que el tanque de reciclado me reclame finalmente, tengo algo, y alguien, por quien vivir».

Impresiones duraderas
... RealAlbert ve un desfile en vida contemplativa...

¡Caray!

Este lugar es sorprendente.

Debo pasar a tiemporeal, para describir lo que estoy viendo.

Incluso así, ¿puedo hacerle justicia? Sobre todo teniendo que gruñir aun diminuto grabador-implante que le quité a un golem muerto. Un implante que tal vez no funcione correctamente.

Y sin embargo, ¿qué puedo hacer excepto intentarlo? No mucha gente es testigo de este espectáculo. No sin que le borren después los recuerdos del cerebro.

Un ejército entero está firmes ante mí, clasificado según el rango y la especialidad por escuadrones, pelotones, compañías y regimientos. Proyectando largas sombras a la tenue luz, fila tras fila de figuras fornidas se extienden en la distancia. Ni vivos ni sin vida, silenciosos en el helado aire seco de una profunda caverna subterránea que debe extenderse durante kilómetros, cada soldado está cubierto por una fina capa de gelvolorio para mantener la frescura, esperando una orden que puede no llegar nunca: una orden para encender las luces y conectar los hornos cercanos, despertando de su sueño a una legión de monstruos de barro.

El cabo Caen dice que tienen un lema en su escuadrón: «Abrir, hornear, servir... y proteger».

Ese toque irónico, una nota de humor autodespectivo, me tranquiliza. Un poco. Supongo.

Oh, no es una sorpresa demasiado grande. Siempre ha habido rumores de un arsenal secreto (o más de uno) donde se conserva el poder militar real de la nación, dormido pero siempre dispuesto. Sin duda los generales y planificadores del Dodecaedro saben que veinte pequeños batallones de reserva, como el de Clara, no serán suficientes si la guerra real regresa alguna vez. Todo el mundo da por sentado que esas unidades de gladiadores-actores constituyen la punta del iceberg.

Sí, pero verlo ahora, con mis propios ojos...

—Vamos —dice idChen, indicándonos que sigamos su forma simiesca—. Por aquí está el datapuerto seguro que prometí.

Ritu se ha estado frotando la cara con una toallita para quitarse los restos de maquillaje gris desde que entramos en el túnel que corre bajo las profundidades del enorme complejo militar. Sólo que ahora la toallita cuelga de una mano flácida mientras contempla las interminables filas de soldados-golem, firmes en sus finas crisálidas de conservación.

—Sorprendente. Comprendo por qué construyeron esta instalación aquí, bajo la

base, para que los guerreros que se entrenan puedan imprimir rápidamente copias para este arsenal. Pero sigo sin entender... —Indica las rígidas brigadas que se alzan ante nosotros—. ¿Por qué necesitan tantos?

Encogiéndose de hombros, Chen se resigna a ser nuestro guía turístico.

—Porque el otro bando puede haber hecho incluso más. —Da un paso zambo hacia nosotros—. Piénselo, señorita. Es barato abrir agujeros. Igual que crear un ejército de ídems preimprintados. No hay que gastar nada en comida ni entrenamiento. No hay seguros ni pensiones y muy poco mantenimiento. Tenemos la confirmación de que lo han hecho en más de una docena de países, algunos de ellos poco amistosos. Los indis tienen su ejército en una gran caverna bajo Lava. Los han del sur, los guats, y los gujarats, todos tienen niegahordas ocultas bajo tierra. Después de todo, ¿quién resiste la tentación? Imagine disponer de una fuerza militar más grande que la de los prusianos en el Maree... una fuerza que puede ser movilizada y transportada a cualquier lugar del inundo en cuestión de horas. Con cada soldado completamente preparado, dotado con las habilidades y la experiencia de un veterano endurecido en la batalla.

—Da miedo —respondí.

Chen asiente.

—Eso nos obliga a tener lo mismo: un cuerpo de defensores, dispuesto para alzarse en pocas horas. En cierto modo, es simplemente cuestión de superar al enemigo.

—Quiero decir que la situación en conjunto da miedo. Esta especie de loca carrera armamentística...

—Tranquila. Considérelo didsuasión: nos aseguramos de que el otro tipo sepa que no saldrá ileso si alguna vez intenta lanzarnos el primer golpe. La misma lógica les funcionó a nuestros antepasados, allá en la era de las nucleares, o ahora no estaríamos aquí hablando.

—Bueno, pues yo opino que apesta —comenta Ritu.

—Amén, señorita. Pero hasta que los políticos consigan por fin negociar un tratado, uno con auténtica capacidad para inspeccionar sobre el terreno, ¿qué otra cosa podemos hacer?

Es mi turno de hacer una pregunta.

—¿Qué hay del secreto? ¿Cómo puede mantenerse esto en esta época? La Ley Secuaz...

—Está diseñada para atraer a los soplones. Cierto. Sin embargo nadie de dentro ha hablado abiertamente de este ejército enterrado. Y el motivo es sencillo, Albert. La Ley Secuaz está diseñada contra la actividad criminal. ¿Pero no crees que los jefazos del Dodecaedro estudiaron con cuidado la legalidad? Nunca negaron tener una reserva de fuerzas de defensa. No hay nada oculto ni ilícito, ninguna persona real ha sido herida de ninguna forma, así que no hay recompensa al soplón. ¿De qué le serviría a nadie denunciar este lugar, entonces? Lo único que conseguiría por las

molestias es una denuncia contra las ganancias de toda su vida, para ayudar a pagar el coste de trasladar nuestro ejército de golems a otra parte.

Chen nos mira con suspicacia a Ritu y a mí.

—Y eso os incluye a vosotros dos, por cierto, por si os da por volveros rectos. No nos importan los rumores privados. Id y charlad de generalidades y exagerad con vuestros amigos, si queréis. Pero no pongáis ninguna pix ni detalles de localización en la Red, o acabaríais profundamente endeudados, haciendo pagos mensuales al Dodec. De por vida.

En el mismo momento en que dijo eso, yo estaba usando el implante de mi ojo izquierdo para grabar la escena. «Para uso privado», me dije.

Tal vez debería borrarla.

—Ahora —insiste Chen—. Vamos a llevaros a ese portal seguro que prometí.

Todavía un poco aturdidos por la velada amenaza del cabo, Ritu y yo lo seguimos en silencio dejando atrás nuevas filas de modernos jenízaros, silenciosos como estatuas, la mayoría teñidos con un estampado azul de camuflaje. De cerca se ve realmente lo grandes que son estos golems de combate. Miden más del doble del tamaño normal, con gran parte de la diferencia dedicada a células de energía extra, para dotarlos de fuerza, resistencia y sensores ampliados.

Aunque la mayoría de las figuras son de miembros gruesos y hombros anchos, sigo buscando la cara de Clara. Sin duda que a ella le habrán pedido que esté entre los moldes, para infundir su habilidad y su espíritu combativo en cientos, quizás incluso miles de duplicados. Me molesta un poco que ella nunca me dijera nada... ¡al menos que no me comentara la escala de todo esto!

Ritu continúa presionando a Chen mientras caminamos.

—Me parece que hay otro peligro aparte de los enemigos extranjeros. ¿No es esta legión una especie de tentación para los que tienen la sartén por el mango? ¿Y si los dodecs, o el presidente, o incluso el protector en jefe, deciden alguna vez que la democracia es demasiado molesta? Imagine a un millón de golems de combate plenamente equipados esparciéndose por el terreno como hormigas furiosas, capturando todas las ciudades en un golpe...

—¿No hubo una pelid con ese mismo argumento, hace unos años? Recuerdo que tenía muy buenos efectos y un montón de acción. Hordas de monstruos de cerámica tiesos y gritando con voz ronca, cargándose todo lo que se interponía en su camino... excepto al héroe, por supuesto. ¡De algún modo, nunca le daban! —Riéndose, Chen abarca con un gesto de su largo brazo a las compañías que nos rodean—. Pero, sinceramente, es muy descabellado. Porque cada uno de estos chicos de masa fue imprimado por un ciudadano reservista licenciado, estrictamente según las regulaciones. Tienen nuestros recuerdos y nuestros valores. Y es difícil orquestar un golpe cuando todos tus sicarios están hechos con tipos como yo, y Clara, que casualmente pensamos que la democracia está bien.

»También están codificados para autodestruirse, y las cifras están distribuidas...

—Chen calla, sacude la cabeza—. No, olvide las medidas de seguridad. Si no confía en los procedimientos... 7 la profesionalidad, confíe en la lógica.

—¿Qué lógica, cabo?

Chen palmea el flanco envuelto en plástico de un soldado-golem cercano, quizás uno que contiene un duplicado de su propia alma.

—La lógica de la expiración, señorita. Incluso aumentados con combustible extra, un id de batalla como éste no puede durar más de cinco días. Una semana, como máximo. La desafío a que encuentre un medio de conservar esas ciudades cautivas, después de eso. Ningún grupito de conspiradores podría imprimir suficientes reemplazos.

Y ningún grupo grande podría mantener un plan semejante en secreto hoy en día.

»No, el propósito de este ejército es contener la primera oleada de un ataque sorpresa enemigo. Después, será la gente la que tenga que defenderse y defender la civilización. Sólo la gente podrá proporcionar suficientes almas y valor para un conflicto abierto. —Chen se encoge de hombros—. Pero eso ya era cierto en los tiempos del abuelo, y en los de su abuelo antes que él.

Ritu no tiene ninguna respuesta para esto y yo consigo permanecer callado. Así que Chen se vuelve de nuevo para conducirnos rápidamente ante más regimientos, cada uno perfectamente situado tras el otro, hasta que perdemos la cuenta de sus filas, asombrados por el enorme recinto de guardianes mudos.

Ritu está especialmente incómoda aquí. Nerviosa y distante, al contrario que al cruzar el desierto juntos. Es posible que en parte tenga que ver con su propio problema para fabricar ídems, y no poder predecir nunca lo que sucederá cuando imprima. A veces todo sale normal: la Ritu-golem emerge lo suficientemente parecida a ella para compartir las mismas ambiciones y realizar las tareas asignadas, y luego regresar al final del día para la carga de rutina. Otras copias se desvanecen misteriosamente, sólo para enviar crípticos mensajes cínicos.

¿Puedes imaginar cómo es recibir las burlas de alguien que conoce todas las cosas íntimas que has hecho o has pensado?

—Entonces, ¿por qué imprimas? —pregunté durante nuestra larga caminata por el desierto.

¿No lo ves? ¡Trabajo en Hornos Universales! Crecí en el negocio de la barroanimación. Es lo que sé. Y para hacer negocios hoy en día tienes que copiar. Así que horneo un par de golems cada mañana y espero lo mejor.

»Con todo, cada vez que se trata de una cita urgente, o hay que hacer algo bien, intento hacerlo en persona.

Como este viaje para investigar la cabaña de su padre y el sitio donde murió. Cuando invité a Ritu, ella decidió invertir un día de vida real. Sólo que se han convertido en varios, desde que ese maldito «Kaolin» nos emboscó en la autopista.

Está atrapada lejos de la ciudad, sin contactos y acercándose lentamente a nuestro objetivo. Debe de ser frustrante para ella...

Y también lo es para mí. Llegar hasta aquí y descubrir que Clara se ha ausentado sin permiso para ir a hurgar en las ruinas de mi casa mientras yo estoy atrapado en el desierto. Maldición, espero que lleguemos pronto al portal seguro de Chen. Tengo que encontrar un modo de ponerme en contacto...

¡Por fin!

Las columnas de soldados de barro se acaban de una vez. Dejamos atrás a los silenciosos guardianes, sólo para pasar bajo sombras más grandes: fila tras fila de altos autohornos, ahora apagados, pero preparados para conectarse rápidamente y cocer guerreros frescos en gigantescas hornadas, estimulando sus células de almacenamiento de élan para darles una vigorosa actividad y enviar divisiones enteras al autosacrificio y la gloria.

Los logotipos de las grandes compañías se alzan sobre nosotros, estampados orgullosamente en estos colosos mecánicos. Ningún símbolo es más prominente que la H y la U inscritas en círculos. Sin embargo Ritu no parece orgullosa, sólo nerviosa, y se frota los hombros y los brazos, y su mirada salta a derecha e izquierda. Tiene la mandíbula apretada y tensa, como si caminar fuera un ejercicio de pura fuerza de voluntad.

Ahora Chen nos guía a través de una verja deslizante hasta otra enorme cámara donde innumerables armaduras cuelgan de ganchos del techo. Un bosque de conjuntos de casco-y-caparazón de duralita, dispuestos para deslizarse sobre los cuerpos todavía calientes del horno. Tenemos que avanzar con cuidado por una estrecha avenida entre hileras, rozando con los hombros uniformes y calzas de metal, agitando juegos de monos refractarios en espectral movimiento.

No puedo evitar sentirme minúsculo, como si fuéramos niños, mientras caminamos de puntillas por un vestuario para gigantes. Esta cámara es aún más intimidatoria que la asamblea de soldados-golea. Tal vez porque aquí no hay ningún alma. Ese idejército era humano, después de todo. Bueno, más o menos humano. Pero esta armería tiene la fría falta de personalidad del silicio. Vacíos, los trajes me recuerdan inquietantemente a robots: letalmente inexplicables y carentes de conciencia.

Por fortuna, seguimos avanzando. Minutos más tarde estamos al otro lado, ¡y me alegro de salir de ahí!

En cuanto salimos del «vestuario», Chen me llama para que me reúna con él en la barandilla de un balcón.

—¡Albert, tienes que ver esto! Te parecerá interesante, si Clara ha tenido alguna influencia sobre ti.

Al reunirme con él en la barandilla, veo que la terraza da a una tercera galería inmensa, situada un poco por debajo de ésta, que condene el mayor conjunto de armas que he visto jamás: de todo, desde armas pequeñas, pasando por lanzallamas, hasta helico/raptos, ordenado y apilado en estantes, como un gran emporio de

destrucción. Una biblioteca central de la guerra.

Chen sacude la cabeza, apenado.

—Insisten en guardar el mejor material aquí, en reserva. Por si acaso, dicen. Pero me gustaría poder usar este material arriba, durante alguno de los encuentros regulares. Como contra esos indis con los que estamos luchando esta semana. Duros hijos de puta. Sería magnífico si...

El idcabo se detiene bruscamente, ladeando su cabeza simiesca.

—¿No has oído algo?

Durante un segundo, estoy seguro de que me está tomando el pelo. Este extraño lugar parece perfecto para dar un susto. Pero luego... Sí, un leve rumor. Ahora lo oigo.

Al mirar hacia abajo, veo por fin unas figuras que se mueven entre las distantes filas de estantes. Algunos son negro azabache y otros del color del acero, y llevan instrumentos y carpetas, y se asoman a los aparatos de muerte almacenados.

Chen susurra una maldición.

—¡Rayos! ¡Deben de estar haciendo una auditoría! Pero ¿por qué ahora?

—Creo que lo imagino.

Me mira con ojos oscuros bajo su salida frente de simio. Comprende de golpe.

—¡El misil hoodoo! El que frió a tu archi y tu casa. Creí que era otro trabajito casero, como los que hacen los matones urbanos y los criminales en sus sótanos. Pero los jefazos deben de sospechar que lo robaron de aquí. ¡Maldición, tendría que haberlo pensado!

¿Qué puedo decir? La posibilidad se me ocurrió hace tiempo. Pero no quiero asustar a Chen cuando está siendo útil.

—¿Por qué querría nadie del Ejército verme muerto? Lo admito.

Clara ha amenazado con romperme la espalda unas cuantas veces... El chiste no tiene gracia. El idsimio de Chen se inquieta.

—Tenemos que salir de aquí. ¡Ahora mismo!

—Pero prometiste llevarnos...

—¡Eso era cuando creía que el lugar estaba vacío! Y antes de que se me ocurriera que pudiera estar implicado armamento militar. ¡Y desde luego no voy a meteros de cabeza en medio de un equipo de estirados servidores de la ley!

Chen me agarra por el brazo.

—Cojamos ala señorita Maharal y...

La frase queda ahogada cuando los dos nos volvemos y miramos. Ritu estaba justo detrás de nosotros.

Ahora ya no está. El único vestigio es una conmoción a lo largo de una fila de monos de combate colgados, una onda que se pierde en un mar ondulante de torsos que se encogen y cascos que asienten y se inclinan amablemente tras su estela.

Captando lo real
... donde sacuden un poco al Pequeño Rojo...

Puede ser difícil penetrar en la mente de un genio.

Normalmente eso no es causa de preocupación, ya que, como es sabido, la auténtica brillantez es directamente proporcional a la decencia, casi siempre: un hecho en el que los demás confiamos más de lo que creemos.

El mundo real no cuenta con tantos artistas locos, generales psicóticos, escritores dispépticos, hombres de Estado maníacos, magnates insaciables o científicos locos como salen en los dramas.

A pesar de todo, las excepciones dan al genio su imagen ambivalente: vivaz, dramático, algo loco, y más que un poco peligroso. Eso contribuye a fomentar la idea romántica, popular entre los tipos límite, de que debes ser escandaloso para estar dotado, insufrible para ser recordado, arrogante para ser tomado en serio.

Yosil Maharal debe de haber visto demasiadas películas malas en su infancia, pues se tragó el tópico enterito. Solo en su fortaleza secreta, sin nadie ante quien responder (ni siquiera suyo real), puede encarnar el papel del científico loco hasta el límite. Peor, cree que en mí está la clave de un rompecabezas: su única oportunidad de conseguir la vida eterna.

Atrapado en su laboratorio, esposado e indefenso, empiezo a sentir un tirón bien conocido: el reflejo salmón. Una llamada familiar que la mayoría de los golems de alto nivel sienten al final de un largo día. La urgencia por correr a casa a descargar, sólo que ahora amplificada muchas veces por estas extrañas máquinas.

Siempre he podido evitarlo, cuando es necesario. Pero esta vez el reflejo es intenso. Una necesidad agónica, mientras me debato contra las ligaduras que me retienen, ajeno a cualquier daño que pueda causar a mis miembros. Un millón de años de instinto me dicen que proteja el cuerpo que llevo. Pero la llamada es más fuerte. Dice que este cuerpo no importa más que un conjunto barato de ropa de papel. Lo que cuentan son los recuerdos...

No. Los recuerdos no. Algo más. Es...

No tengo una terminología científica. Todo lo que conozco ahora es el ansia. Por volver. Por regresar a mi cerebro real.

Un cerebro que ya no existe, según idYosil, quien me informó hace un rato de que el cuerpo real de Albert Morris (el cuerpo que mi madre trajo al mundo hace más de doce mil días) fue reducido a cenizas el martes pasado junto con mi casa y mi jardín. Junto con mis notas del colegio y el uniforme de lobato scout. Junto con mis trofeos de atletismo y la tesis doctoral que siempre quise terminar algún día... y los recuerdos de más de un centenar de casos que resolví, ayudando a descubrir villanos,

enviando a los peores a terapia o a la cárcel.

Junto con la cicatriz de bala en mi hombro izquierdo, que Clara solía acariciar cuando hacíamos el amor, a veces añadiendo marcas de dientes que se desvanecían gradualmente de mi resistente carnerreal. Carne que ya no existe. Eso me han dicho.

No tengo forma de saber si Maharal está diciendo la verdad sobre esta calamidad. Pero ¿por qué mentir aun prisionero indefenso?

Maldición. Trabajé duro en ese jardín. Los melocotones dulces habrían madurado la semana que viene. Bueno, estoy llegando a algún sitio con esta política: me distraigo con inútil cháchara interna. Es una forma de luchar. ¿Pero cuánto tiempo podré mantenerlo antes de que el reflejo amplificado por volver a casa me haga pedazos?

Peor, el golem-Maharal está hablando también. Parlotea mientras trabaja en su consola. Tal vez lo hace por nervios. O como parte de un plan diabólico para alterar los míos.

—... así que todo empezó décadas antes de que Jefty Annonas descubriera la Onda Establecida. Dos tipos llamados Newberg y d'Aquih localizaron variaciones en la función neural humana, usando primitivas máquinas de imágenes de principios de siglo. Estaban especialmente interesados en las diferencias que aparecían en la zona de orientación, en la parte trasera del cerebro, durante la meditación y la oración.

»Descubrieron que los adeptos espirituales (desde monjes budistas a evangélicos extasiados) todos aprendían al parecer a reducirla actividad en esta zona neural especial, cuya función es enlazar datos sensoriales creando la sensación de dónde acaba el yo y dónde empieza el resto del mundo.

»Lo que esos buscadores religiosos podían hacer era eliminar la percepción de un límite o separación entre el yo y el mundo. Un efecto (un presentimiento de unión cósmica o unidad con el universo) acompañado por la liberación de endorfinas y otros elementos químicos placenteros que reforzaba el deseo de regresar al mismo estado una y otra vez.

»En otras palabras: ¡la oración y la meditación creaban una adicción psicoquímica a la santidad y la unidad con Dios!

»Mientras tanto, otros investigadores buscaban el emplazamiento de la conciencia o el locus imaginario donde suponemos que existen nuestros yoes esenciales. Los occidentales tienden a creer que está localizada detrás de los ojos, que mira a través de ellos, como un diminuto homúnculo que vive dentro de la cabeza. Pero algunas tribus nooccidentales tenían una creencia distinta: que sus verdaderos yoes habitaban en el pecho, cerca del corazón latente. Los experimentadores descubrieron que podían persuadir a los individuos para que cambiaran esta sensación de dónde reside el yo o el alma. Se te podía entrenar para que lo imaginaras fuera de tu cuerpo. ¡Situado en algún objeto cercano... incluso un muñeco hecho de barro! —En medio de esta cháchara, el profesor, de vez en cuando, me dedica una sonrisa—. ¡Piensa en la excitación, Albert! Al principio, estas pistas no se relacionaron. Pero algunos

valientes visionarios no tardaron en advertir lo que pasaba: eran piezas de un gran rompecabezas al principio y, luego, una puerta a un reino tan grande y complejo como el universo de la física... e igual de lleno de posibilidades.

Indefenso, veo cómo aumenta otro grado en un dial. La máquina que se alza sobre mí emite un gruñido preliminar y luego envía otra descarga a mi cabecita anaranjada. Consigo reprimir un gemido, pues no quiero darle ninguna satisfacción. Para distraerme, sigo murmurando este informe... aunque no tengo grabadora y las palabras son inútiles y se desvanecen en la entropía mientras las pienso.

Eso es otro asunto. No dejo de decirme que debo ceñirme a mi comportamiento habitual. Un venerable consejo para el prisionero indefenso que hace mucho tiempo me dio un superviviente de un tormento mucho peor que el que Maharal podría jamás infligir. Un consejo que ahora me ayuda cuando...

¡Otra descarga atraviesa mi cráneo! Mi espalda se arquea con espasmos. Sacudiéndome, me siento asaltado por la necesidad de regresar.

Pero ¿regresar adónde? ¿Cómo? ¿Y por qué me está haciendo esto a mí?

De repente advierto algo a través del cristal que divide el laboratorio de Yosil. Al otro lado veo a grisAlbert. El ídem que fue capturado en la Mansión Kaolin el lunes. El que fue traído aquí, recargado y luego utilizado como molde para hacerme a mí.

¡Cada vez que este cuerpo mío se sacude, el gris hace lo mismo! ¿Nos está haciendo Maharal lo mismo a ambos, simultáneamente?

No veo ninguna gran máquina como ésta apuntando al gris.

Eso significa que algo más está pasando. ¡De algún modo ese ídem está sintiendo lo que yo siento! Debemos ser... ¡agh!

Ésa ha sido fuerte. He mordido tan fuerte que podría haberme roto un diente, si fuera real.

Tengo que hablar. Antes de la próxima descarga.

—¿Qué pasa, Albert? ¿Estás intentando decir algo?

El ídem de Yosil se acerca con su falsa simpatía.

—Vamos, Albert. ¡Puedes hacerlo!

—Remo... ¡Re-mota! E-estás in-intentando hacer-r-r-r-...

—¿Imprimación remota? ¿A distancia? —Mi captor se echa a reír—. Siempre deduces lo mismo. No, viejo amigo. No es nada tan mundano como ese viejo sueño. Lo que estoy intentando conseguir es mucho más ambicioso. Fasesincronizar los estados alma pseudocuánticos de dos ondas establecidas relacionadas pero espacialmente separadas. Explotar la profunda maraña de tu Locus Unificado de Observador Compartido. ¿Significa eso algo para ti?

Tiemblo. Las mandíbulas chasquean.

—Ob-ob-servador comp...

—Ya hemos hablado de eso. El hecho de que cada persona contribuye a crear el universo actuando como observador, colapsando las amplitudes probabilísticas y... oh, no importa. Digamos que todas las copias de una Onda Establecida siguen

relacionadas con la versión original. Incluso la tuya, Albert, aunque les das a tus golems una notable manga ancha.

»¡Quiero usar la conexión! Irónicamente, eso requiere cortar el enlace original, de la única forma en que puede cortarse...: eliminando el molde prototipo.

—Ma-mataste...

—¿Al Albert Morris original, usando un misil robado? Por supuesto. ¿No habíamos zanjado eso ya?

—A ti. ¡Te mataste tú mismo!

Esta vez, el golem gris que tengo delante da un respingo.

—Sí, bueno... eso también. Y no fue fácil, créeme. Pero tenía motivos.

—¿M-motivos...?

—Y tuve que actuar rápido, además. Antes de que me diera cuenta de lo que planeaba. Incluso así, casi me escapé en esa autopista.

Cada vez es más difícil hablar... incluso gruñir palabras sueltas... sobre todo después de cada espasmo. El implacable golpear de la máquina que tira de los acordes de mi Onda Establecida con un brusco tañido... me hace querer escapar... volver para descargar... a un cerebro hogar que ya no existe.

¡Oh! Esa ha sido fuerte. ¿Cuánto más podré soportar?

¡Muy bien, piensa! Supón que el yo real no existe. ¿Qué hay del gris de la habitación de al lado? ¿Puedo descargar esta alma en él? Sin aparatos de carga que nos conecten, bien podría estar en la luna. A menos...

A menos que Marahal espere que pase otra cosa. Algo... ¡uh!... poco convencional.

¿Puede... puede ser que espere que yo envíe algo... una esencia mía... a través de la habitación y a través de esa pared de cristal hasta mi gris, sin ningún grueso criocable o sin los aparatos normales de carga que nos conectan?

Antes de que pueda empezar a preguntarlo, siento otra descarga acumulando fuerza, una grande, dispuesta para golpear.

Maldición, ésta va a doler...

Barnizado y confundido
... donde el gris del martes siente la necesidad...

Maldición. ¿Qué ha sido eso?

¿He imaginado que una oleada de algo me atravesaba, como un viento caliente?

Podría estar inventándomelo. Atado a una mesa, incapaz de moverme, sentenciado al peor destino imaginable.

Pensar.

Desde que Maharal me hizo imprimir esa pequeña copia anaranjada y me dejó aquí abandonado, he estado intentando idear un plan de huida astuto. Algo que todos esos Albeas cautivos nunca intentarían antes. O, si eso falla, un modo de enviar un mensaje a mi yorreal. Una advertencia sobre el espectáculo de tecnohorror de Yosil.

Sí, lo sé. Vaya cosa. Pero planear, no importa lo inútil que sea, ayuda a pasar el tiempo.

Sólo que ahora estoy sintiendo arrebatos de extraña ansiedad. Pseudoimágenes aleteantes, demasiado breves para recordarlas, como fragmentos de un sueño. Cuando las persigo usando asociaciones libres, todo lo que llega a mi mente es una enorme fila de figuras silenciosas... como las estatuas de la isla de Pascua. O piezas en un gran tablero de ajedrez.

Cada pocos minutos tengo otro episodio de salvaje y claustrofóbica necesidad de dejar esta prisión. De volver a casa. De huir de este cuerpo sofocante que llevo y volver al que cuenta. Un cuerpo hecho de carne casi inmortal.

Y ahora, algo como un feo rumor susurra: «Ya no hay ningún yo al que volver».

Canción triste de la calle ídem
... el verde se va de marcha...

¡El idemburgo!

¡Rayos!

Tras salir del Templo de los Efímeros, idPal y yo nos apresuramos por la Cuarta Avenida dejando atrás dinobuses que gritaban y bufaban, transportando sin pausa obreros baratos. Camionetas y brontonetas se gruñían unas a otras, pugnando por entregar sus repartos, mientras que chicos de los recados corrían con sus largiruchas piernas, pasando por encima de las cabezas agachadas de los fornidos epsilons, que marchaban a los pozos subterráneos sin un solo pensamiento o una sola preocupación. Obsesivos iddiablos corrían retirando escombros o basura, para mantener la calle immaculada. Y avanzando imperiosamente entre todos aquellos desechables estaban los señoriales grises, marfiles y ébanos que llevaban el cargamento más precioso de todos: recuerdos que los seres humanos reales podrían querer cargar al final del día.

El idemburgo es parte de la vida moderna, ¿entonces por qué me resultaba tan poco familiar esta vez? ¿Por todo lo que había aprendido como frankie, a la madura edad de casi dos días?

Evitando el edificio Taller, donde el martes la redada causó al pobre Albert problemas superiores a él, tomé por un «atajo» recomendado por el pequeño amigo en forma de comadreja que viajaba encaramado en mi hombro. Pronto dejarnos el distrito comercial, con sus rebosantes fábricas y oficinas, y nos dirigimos al sur por la zona de las callejas: un mundo de estructuras en deterioro, caprichos inquietos y perspectivas a corto plazo.

Los ídems que se encuentran en esa zona fueron enviados a misiones que tienen poco que ver con los negocios o la industria.

Un cartel destellante gritaba: ¡E-VISCERAL! Los reclamos esperaban fuera, teñidos de colores chillones, llamando a los transeúntes para que entraran a disfrutar del «viaje de sus vidas». A través de las paredes arrasadas vi que un edificio de veinte plantas había sido convertido en una gigantesca atracción de feria: una montaña rusa que giraba salvajemente sin correas ni arneses de seguridad, y con la característica añadida de que muchos clientes tenían armas e intercambiaban disparos con los que viajaban en otros carros. ¡Qué divertido!

A continuación llegó una fila de barroalcahuetas e idburdeles (con exagerados golems de toda clase sonriendo tras ventanas con chillonas cortinas) para aquellos que no pueden permitirse que sus fantasías sean fabricadas a la carta y enviadas a sus casas.

Luego llegamos a los mismos carriles de batalla cubiertos de hollín que visité de adolescente, aún marcado con advertencias de riesgo de cintaateante y kioscos baratos que alquilaban armas para aquellos que habían olvidado traer las suyas propias. Se anunciaba una colección de cabezas gratis, como si alguno de aquellos negocios se atreviera a cobrar por el servicio tradicional. «¡Déjenos prepararle su guerra de bandas!», gritaba otro. «¡Descuentos en fiestas de cumpleaños!».

Ya sabes. La basura de siempre. Embarazosos recordatorios de juventud.

Me distraía por otro motivo. Mi piel había empezado a desgajarse. La cobertura gris que había parecido tan pija y de alta calidad en la mansión Kaolin, cuando recibí mi tratamiento de renovación para otro día de vida, no era al parecer más que un rociado barato. Una vez que empezó a pelarse, todo empezó a caerse a tiras, descubriendo la capa anaranjada de debajo. Cuando froté el picajoso material recuperé el tono original de mi cuerpo: verde utilitario. Bueno para cortar el césped y limpiar el cuarto de baño, no para jugar a los detectives.

—Gira aquí a la izquierda, luego a la derecha en el siguiente cruce —dijo ideal. Sus garras se me clavaron—. Pero cuidado con los Capuletos.

—¿Cuidado con qué?

Supe a qué se refería pocos minutos después, al doblar una esquina, y me detuve sorprendido a contemplar una calle que había sido intensamente transformada desde la última vez que me aventuré en esta zona del idemburgo: todo un bloque, meticulosamente reconstruido como un fragmento perdido de la Italia renacentista, desde los adoquines a una llamativa fuente de Brunelleschi en la gran piazza, frente a una iglesia románica. A cada extremo se alzaba una fortaleza-mansión ornamentada de balcones festoneados con los aleteantes estandartes de casas nobles en competencia. Bravucones multicolores se asomaban a las terrazas para gritar a los que pasaban por abajo, o patrullaban con caireles en los muslos, con calzas y abultadas entrepiernas. Hembras pechugonas deambulaban entre las tiendas de seda, exhibiéndose ante los vendedores que ojeaban mercancías sabrosamente arcaicas.

Una recreación tan lujosa era demasiado para el idemburgo, donde todo podía quedar arrasado por el fuego de bazooka de una golemguerra cercana fuera de control. Pero pronto advertí que el riesgo era la justificación de su existencia. El motivo de su población indígena. Unos gritos estallaron cerca de la fuente. Un tipo a rayas rojas y amarillas empujó a otro con la piel y la ropa a lunares... cada uno los colores de una casa feudal. Brillantes espadines silbaron bruscamente, resonando como campanas, mientras una multitud se reunía para animar y apostar en argot falso-shakespeariano.

«Ah —pensé, comprendiendo—. Uno de ellos debe de ser Romeo. Me pregunto si todos los miembros del club representan el papel por turnos, o si es una cuestión de grado. Tal vez rifan el honor a diario, para financiar este lugar».

Desempleados y aburridos de los cautelosos juegos del extrarradio, aquellos aficionados tenían que levantarse temprano para enviar aquí sus ídems al filo del

amanecer, y luego pasar inquietos el resto del día en casa, esperando ansiosamente otra descarga de drama, vivo o muerto. Nadalegalmente experimentable en carnerreal podría equipararse a la vívida y alterna vida que llevaban aquí.

¡Y yo que creía que frene era rara!

«Tranquilo, Albert —me reprendió una parte de mí—. Tú tienes un trabajo y montones más. El Inundo real tiene significado para ti. Otros no tienen tanta suerte».

«¿Ah, sí? —respondió otra voz interior—. Cierra el pico, capullo. Yo no soy Albert».

Varios bravucones a lunares se apartaron del duelo para observarnos a Pal y a mí, mientras pasábamos bajo un cercano porche con columnata. Se nos quedaron mirando con mala cara, las manos en los pomos de las espadas.

«Deben de ser Capuletos», me dije, y esboqué una rápida e inofensiva reverencia para apresurarme luego, la mirada gacha.

Gracias, Pal. Menudo atajo.

Vaya moda. Pronto descubrí que todo aquel sector del idemburgo había sido entregado a las simulaciones, extensiones enteras de edificios abandonados que recobraban la vida como modelos de imitación. La manzana siguiente tenía por temática el salvaje Oeste, con pistoleros teñidos de todos los tonos del desierto Pintado. Otra calle continúa un escenario de metal y cristal estilo ciencia ficción que no tuve tiempo de estudiar con más detalle mientras pasábamos de largo. El punto común era el peligro, por supuesto. Oh, cierto, la realidad virtual digital ofrece una gama aún mayor de sitios raros, vívidamente mostrados en la intimidad de tu propio chador. Pero ni siquiera los apliques sensores pueden hacer que la RV parezca real. No como esto. No es extraño que el ciberreino sea cosa de los ciberchalados.

La siguiente zona era la más grande de todas, y la más aterradora.

Abarcaba seis manzanas enteras, con gigantescas holopantallas a cada extremo, y producía la ilusión de un interminable paisaje urbano. Un cruel paisaje urbano de casas desvencijadas y gélida familiaridad. Un mundo que mis padres solían describirme. La Transición de la Perdición. Esa época de miedo y guerra y racionamiento casi había terminado cuando yo nací, cuando el idemboom empezó a liberar su cornucopia, junto con el salario púrpura. Pero las cicatrices mentales de la Perdición todavía afligen a la generación de mis padres, incluso ahora.

«¿Por qué?», me pregunté, mientras contemplaba la inmensa imitación. ¿Por qué iba nadie a tomarse tantas molestias e incurrir en tamos gastos tratando de recrear un infierno del que escapamos a duras penas? Incluso el aire parecía neblinoso, cubierto de algo acre que picaba en los ojos. «Smog», creo que se llamaba. Para que hablen de verosimilitud.

—Casi hemos llegado —me urgió Pallie—. Ese edificio de ladrillo a la izquierda. Luego sube las escaleras.

Seguí sus indicaciones, y subí de dos en dos los escalones frontales de un arrasado edificio de apartamentos. El realista vestíbulo tenía goteras que recogían en

un cubo y un papel pintado anticuado despegado de la pared. Estoy seguro de que habría olido a orines si hubiera estado equipado con todos los sentidos.

No vi a nadie mientras subía tres tramos de escaleras. Pero oí ruidos tras las puertas cerradas; sonidos furiosos, ansiosos, apasionados o violentos, incluso el llanto de los niños. «La mayoría probablemente han sido generados por ordenador, para darle realismo —pensé—. Para hacer que el lugar parezca repleto de clientes». Con todo, ¿por qué querría nadie experimentar esa clase de vida, ni siquiera por capricho?

Mi compañero indicó un sucio pasillo.

—Alquilé uno de estos apartamentos hace unos meses, para que me sirviera de piso franco para reuniones especiales. Es mejor que mantengamos nuestra reunión aquí, en vez de en mi casa. Además, está más cerca.

Me indicó una puerta con el número 2-B medio descascarillado. Llamé con los nudillos.

—¡Pasa! —gritó una voz familiar.

El pomo giró bajo mi mano. Piezas de metal caras, oxidadas a placer para emitir un chirrido característico. Lo mismo hicieron los goznes, mientras entraba en una habitación decorada al viejo estilo del solterón.

Algunas personas se levantaron cuando entré, excepto, naturalmente, la que yo había venido a ver. La silla de mantenimiento vital de Pal zumbó mientras avanzaba y alzaba las dos ruedas, una moderna tecnoanomalía entre toda esa falsa pobreza.

—¡Gumby! Te había dado por perdido... hasta que recibí ese informe tuyo hace una hora. ¡Qué aventura! ¡Abrirte paso hasta Hornos Universales! ¡Un ataque priónico! ¿De verdad viste aun Monis gris meterse en el culo de una pala? —Se echó a reír—. Luego un encuentro con Eneas Kaolin. ¡Y no puedo cargar todas esas cosas tan divertidas en el garito de Irene!

Las manos nudosas de Pal buscaron al idhurón, pero idPal, súbitamente, se acobardó y rodeó mi cuello hasta posarse en el otro hombro.

—Eso puede esperar —replicó la pequeña versión de mi amigo—. Primero, ¿por qué está aquí Gadarene, y quiénes son estos otros tipos?

Yo también había reconocido al fundamentalista que tanto odiaba a los golems. Su presencia en el idemburgo era como si el Papa fuera al infierno. El pobre tipo debía de estar desesperado y se notaba en su cara real.

Había un verde frente a Gadarene, y supuse que sólo podía ser Lum, el fanático de la emancipación. Aquel rostro barato de barro sólo guardaba un leve parecido con su original, pero asintió con amable familiaridad.

—¡Así que consiguió salir de HU, idMorris! Me mostré escéptico cuando el señor Montmorillin nos instó a que nos reuniéramos aquí. Naturalmente, me encantaría saber cómo consiguió aumentar su lapso de vida. ¡Eso podría ser un auténtico revulsivo para los oprimidos!

—Yo también me alegro de verle —respondí—. Y las explicaciones vendrán a su debido tiempo. Pero primero, ¿quién es él?

Señalé al tercer invitado de Pal. Un golem teñido de tonos malva, con una franja más oscura que le corría en espiral desde lo alto de la cabeza hasta abajo. El rostro elegido por el ídem era desconocido, pero la sonrisa me provocó una súbita sensación de preocupante familiaridad.

—Así que volvemos a vernos, Morris —dijo la copia en espiral, con un ritmo al hablar que despertó en mí viejos recuerdos—. Si nuestros caminos siguen cruzándose, empezaré a pensar que me estás siguiendo.

—Sí, cierto. Y saludos también para ti, Beta.

Por mucho que odiara a ese tipo, necesitaba hacerle algunas preguntas.

—Creo que es hora de que hablemos de Eneas Kaolin.

Traidción

... RealAlbert se lastima un dedo...

Finalmente renuncié a subvocalizar en tiempo real. Era demasiado agotador utilizar esa pequeña grabadora de energía mandibular. ¡Mi cuerpo real no está hecho para eso! De todas formas, las cosas se complicaron cuando Ritu nos abandonó en aquella enorme base subterránea y desapareció entre un gran ejército de silenciosos muñecos defensores.

Al principio, el cabo Chen y yo nos quedamos mirando asombrados. ¿Adónde se había ido? ¿Por qué demonios nos dejaba, y en aquella caverna fantasmagórica, nada menos?

Chen estaba hecho polvo. Quería sacarme de allí, ahora que había visto a los auditores husmeando, quizás investigando quién había robado el misil que me había «matado». Por otro lado, el idcabo no podía abandonar sin más a Ritu Maharal, dejando que una civil (una civil real) vagara por la base secreta sin escolta.

—¿Tienes algún aparato que pueda rastrear el calor corporal residual? —pregunté en un susurro, indicando los trajes de batalla que colgaban en ordenadas filas que se extendían eternamente—. ¿O algo que detecte productos residuales metabólicos?

—Mi simiesco compañero vaciló.

—Si lo admito, podrías tener algo que denunciar.

—¿Yo? Oh, sí.

El ejército golem se supone que debe protegernos de otros ejércitos golem. Podría ser más difícil justificar material que localiza a gente real. Sólo la policía puede tener cosas así, bajo llave.

Me encogí de hombros.

—Supongo que entonces dejaremos que Rita deambule por ahí. Si se pierde, podrá usar alguna de esas grandes máquinas para despertar a algún soldado y preguntarla dirección. ¿Mencioné que trabaja en Hornos Universales? Chen gruñó.

—¡Maldición! Está bien. Sígueme.

Se dio media vuelta y echó a correr con sus patas zambas hacia un extremo del enorme vestuario.

La mayoría de los trajes compuestos de mono y casco estaban cortados para cuerpos enormes como los que habíamos visto en el Salón de los Guardianes. ¿Cómo esperaba ese cabo Chen encajar en uno? Pronto tuve la respuesta. Las últimas docenas de filas contenían diversos atuendos de todas las tallas, con una sorprendente variedad de miembros y apéndices. Al parecer, había ídems de combate especializados que nunca veíamos en la tele, ni siquiera en las guerras de primera división.

—Los trajes con franjas verdes y ámbar son modelos de explorador —explicó—. Tienen camuflaje adaptativo y todos los sensores... incluido algunos que podrían servir a nuestras necesidades para rastrear... Hum, para encontrar y ayudar a la señorita Maharal.

Chen estaba muy nervioso por todo aquello. Sus ojos iban de un lado a otro y adiviné qué estaba pensando. Habría sido más sencillo si Ritu hubiera conservado su disfraz, como yo. Pero el maquillaje le producía picor en la piel y por eso se lo quitó.

—¿Podría una persona real usar uno de éstos? —pregunté, acariciando la manga de un uniforme blindado que colgaba cerca.

—Podría... oh, ya entiendo. Si Ritu se metiera en un traje y lo sellara adecuadamente, no dejaría ningún rastro de residuos orgánicos tras de sí. Sí. Lo primero que tendría que comprobar es si vino por aquí.

Chen eligió un uniforme de explorador, mucho más pequeño que la media, para que encajara en su simiesco idcuerpo, y empezó a manipular las cremalleras. Yo me coloqué detrás, extendí las manos, como para ayudarlo...

Y lo agarré por los hombros con el brazo izquierdo, lo sujeté con fuerza por la cabeza con el derecho y se la torcí con fuerza.

Yo tenía un par de cosas a mi favor: músculos fuertes realhumanos y el elemento sorpresa. Pero ¿cuántas fracciones de segundo pasarían antes de que su entrenamiento militar anulara mi ventaja?

—¿Qué...?

Dejó caer el uniforme y me agarró los brazos, gritando, tratando de rebullirse, buscando una presa.

Chen podía ser un profesional, pero yo sabía un par de cosas sobre traición y asesinato. Y su cuerpo de recolector de impuestos no era demasiado bueno. El cuello chasqueó, justo a tiempo, mientras él tiraba con fuerza de mi pulgar, causando una incendiaria erupción de dolor. —¡Ay!— grité, soltándolo y sacudiendo el dedo lastimado.

El golem resbaló de mis brazos y cayó al suelo. Tendido y paralizado, aún pudo verme maldecir y bailar y chuparme el pulgar. Vi que sus ojos se llenaban de comprensión.

Chen sabe que soy real. Y queme ha lastimado.

Incluso mientras la luz de la conciencia empezaba a apagarse, la boca del ídem se movió, formando una sola palabra, sin aire para darle voz. —Disculpa— silabeó.

Entonces la Onda Establecida se volvió plana. Pude verla... casi la sentí escapar.

Mi siguiente movimiento era de esperar. Seguía necesitando aquel portal seguro que Chen había prometido y al que acababa de mostrarme cómo llegar a salvo: llevando uno de estos uniformes de explorador. Sus sensores me ayudarían a detectar y evitar a aquellos auditores del Dodecaedro que habíamos visto. Y tal vez a captar la pista de Ritu, si tenía suerte.

Sinceramente, su desaparición no era mi mayor preocupación. En cuanto estuve

adecuadamente sellado y seguro de que tenía aire, me incliné para recoger la figura de barro que tenía a mis pies. Pobre idChen. Me gustaría decir que mi intención era ponerlo en un frigorífico, y salvar los recuerdos del día. Pero sólo necesitaba un lugar donde esconder el barro deteriorado, preferiblemente un contenedor de reciclado anónimo.

De todas formas, el cabo Chen real no se beneficiaría cargando lo que había sucedido allí ese día. El mejor favor que podía hacerle era borrar su implicación.

Muy bien, tal vez eso era racionalizarlo por mi parte. Lo había matado por un motivo más que nada. En cuanto se hubiera puesto el uniforme de explorador, habría empezado a buscar a un humano real... y habría encontrado a uno justo a su lado. Algo muy poco conveniente para mí. No podía permitirlo.

Creo que él lo comprendió, al final.

No había ningún contenedor de reciclado cerca, así que le quité la placa de identificación y arrojé el resto a un vertedero.

Si llego a salir de este lío, compensaré a Chen.

Algún día insistiré en invitarlo a cenar. Aunque él no tendrá ni idea de por qué.

Sólo tardé unos minutos en pillarle el tranquillo al equipo y ajustar los parámetros de camuflaje a los niveles de luz del fondo. Como un calamar o un pulpo, la piel sensible a la luz ondeó para encajar con lo que había detrás de mí. Una muestra difusa, sin duda. No auténtica invisibilidad, sino una versión mucho mejor de la que puedes comprar hoy día en el Hobby Store. Bastante bueno, para engañar a la mayoría de los sistemas de reconocimiento de pautas de movimiento, digitales, orgánicos o de barro.

Sí. Incluso después de la Gran Desregulación, los del Gobierno todavía se las apañan para gastar nuestros impuestos desarrollando cositas chulas.

Con los sensores de mi uniforme de explorador en alerta máxima, me dirigí al lugar donde Chen había localizado a aquellos auditores. Tal vez intentara escuchar un rato para averiguar por qué sospechaban que se había usado material militar robado en mi asesinato. Aún más importante, ese portal de acceso seguro a la Red debía de estar en alguna parte tras la sala de armas.

También esperaba una máquina de aperitivos. ¡Sin duda que la gente real venía aquí abajo algunas veces! Ser orgánico está bien, pero tiene sus desventajas. A estas alturas, tenía tanta hambre que ni siquiera la autohipnosis podía distraerme de los retortijones.

Agradecí que el uniforme de explorador tuviera absorbedores de sonido. ¡Los gruñidos de mi estómago parecían capaces de despertar al ejército dormido de la sala de al lado!

Menos mal que existe la tecnología.

Yo, Anforo
 ... rojo, gris y otro se encuentran a través
 del espacio y el tiempo...

Como un contenedor, o varios, desbordándose, me lleno. ¿Mi único deseo?
 ¡Vaciar todos estos receptáculos que soy!

La prisa por reunir... por recombinar... por juntar, me abruma. ¿Pero cómo yo?
 ¿Qué yo?

¿Por qué, cuándo y dónde yo?

Todas las famosas preguntas de los periodistas, que se dan la vuelta para morder
 al reportero.

Yo. Dobles yoes. Idénticos, pero diferentes. Pues un yo sabe cosas que el otro
 ignora.

Uno ha visto vasijas de barro rescatadas de naufragios de hace dos mil años.
 Figuras maternas o prostitutas que fueron modeladas con barro de un río hace veinte
 milenios. Símbolos como cuñas, marcados a mano, allá cuando las primeras manos
 aprendieron a garabatear pensamientos...

Uno ha visto todas esas cosas. El otro yo se agita, preguntándose de dónde vienen
 todas esas imágenes. No recuerdos, sino fresca, inmanente experiencia en lo crudo y
 lo real.

Sé lo que está haciendo Maharal. ¿Cómo podría no saberlo?

Sin embargo el objetivo de toda su tortura sigue siendo un misterio. ¿Se ha vuelto
 loco? ¿Se enfrentan todos los ídems al mismo destino cuando se convierten en
 fantasmas, lanzados a la deriva sin el ancla de un hogar-alma?

¿O está explorando un nuevo modo para que vibre la Onda Establecida?
 Múltiplemente.

Me siento cada vez menos un actor individual. Más bien como un reparto entero.
 Un coliseo.

Soy un foro.

¡Ah! Esto no se parece a la sensación familiar de carga que todos conocemos:
 absorber pasivamente los recuerdos mientras una réplica del alma-onda fluye de
 vuelta para combinarse con la original. En cambio, dos ondas parecen correr en
 paralelo, gris y roja pero iguales en estatus, ambas interfiriendo y reforzándose,
 combinándose hacia la coherencia mutua...

Y zumbando al fondo, como un mal guía turístico o un conferenciante odiado, la voz de idYosil me dice, una y otra vez, que los observadores crean el universo. Oh, pincha y se burla con cada pulsación del reflejo salmón, urgiéndome a «ir a casa», a una autobase que ya no existe...

—Respóndeme a un acertijo, Morris —pregunta mi torturador—. ¿Cómo puedes estar en dos lugares a la vez, cuando no estás en ninguna parte?

TERCERA PARTE

Con el primer barro de la tierra amasaron al último
[hombre.

De la última cosecha sembraron la semilla.
Y lo que escribió la primera mañana de la creación
lo leerá el último amanecer del juicio.

EDWARD FITZGERALD
Rubáiyat de OMAR Khayyám.

Un grupo de muchachos
... donde Verde hace una escapadita...

El golem con la espiral oscura cantó algunos recuerdos personales para demostrar que era Beta... cosas que sólo él y Albert Morris deberían saber de encuentros pasados entre dos adversarios. Acciones, engaños, insultos y detalles secretos de momentos en que escapé por poca de sus garras... o él de las mías.

—Parece que han estado ustedes enzarzados en un juego de barro continuo —observó Lum.

—Un juego infantil —comentó Gadarene, el conservador.

—Tal vez —respondió el ídem de Beta—. Pero un juego con mucho dinero de por inedia. Uno de mis motivos para ampliar el negocio fue reunir dinero suficiente para pagar las multas acumuladas. Por si Albert finalmente me capturaba.

—No le eches la culpa a Albert por tu carrera como ladrón y sidcuestrador —gruñí yo—. Además, apostaría todo lo que poseo a que ahora tienes problemas más grandes. Mucho peores que querellas civiles por violación de copyright. Te has forjado nuevos enemigos, ¿verdad? Más peligrosos que ningún detective privado local.

Beta me dio la razón asintiendo con la cabeza.

—Durante meses, he sentido un aliento caliente en mi nuca. Una a una, mis operaciones han sido meticulosamente localizadas por alguien que irrumpía de repente, usando bombas priónicas para matar mis copias (y los moldes que había robado), o se hacía dueño de la operación durante unos días, antes de quemarlo todo para eliminar las pruebas.

—Mm. Eso explica algo que sucedió en el edificio Teller —comenté—. El lunes, capturaste temporalmente a mi explorador verde. Al menos creía que eras tú. Pero mis captures parecían más sañudos, incluso frenéticos. De hecho intentaron torturarme...

—Entonces no era yo —aseguró Beta sombríamente.

—Mm, bueno, escapé, por los pelos. Y el martes por la mañana regresé con el inspector Blane y algunos reforzadores de la AST para hacer una redada en el lugar. Eso salió bien. Lo malo vino más tarde, en la parte trasera del edificio. Me encontré con un amarillo deteriorado que decía ser tú, y murmuraba algo sobre cómo un competidor se estaba quedando con su negocio. ¿Tienes idea de quién ha estado haciendo todo esto?

—Al principio sospeché de ti, Morris. Luego me di cuenta de que tenía que ser alguien realmente competente —Beta me miró, pero yo no mordí el anzuelo y mantuve mi cara de póquer. El sardónico ídem continuó—: Alguien capaz de

localizar mis centros de copias clandestinas, uno a uno, a pesar de todas las precauciones. Como medida desesperada, usé mis mejores métodos evasivos para introducir medidas de emergencia en los hornos portátiles secretos, programados para descongelarse después de cierto retraso.

—¿Es usted una de esas copias preimprimadas? —preguntó Lum—. ¿Qué tiempo tienen sus recuerdos? ¿Cuándo fue fabricado? El ídem de Beta sonrió.

—¡Hace más de dos semanas! Podría haber continuado dormido en ese hueco diminuto para siempre, si la noticia de Albert no hubiera llegado, disparando la reanimación. En ese punto, contacté con el señor Montmorillin aquí presente, quien amablemente me invitó a esta reunión —el golem de la espiral señaló a Pal.

Yo me enderecé.

—Has dicho «la noticia» de Albert...

La otra personarreal presente, James Gadarene, dio una paradita en el suelo.

—¡Buf! Primero establezcamos algo, esta persona Beta, una notable figura del submundo, estaba realmente confabulada en un plan con la «Reina» Irene y Gineen Wammaker...

—Todavía no hemos determinado si la maestra...

Gadarene me fulminó con la mirada. Recordando mi lugar, gruñí una disculpa y me callé.

—Bien —continuó—. Se espera que creamos que Beta e Irene y Wammaker realmente estaban planeando invadir HU en un esfuerzo a medias inocente por descubrir tecnologías ocultas. Aunque eso sea cierto, dudo que tuvieran en mente el beneficio público. ¡Más bien un negocio de extorsión! Un plan para chantajear a Eneas Kaolin para que comprara su silencio.

Beta lo admitió, encogiéndose de hombros.

—El dinero está bien. También queríamos la nueva técnica de extensión de ídems. Irene se estaba quedando sin memoria orgánica y necesitaba refrenar sus cargas. Wammaker y yo vimos beneficios comerciales para extender la duración de nuestras copias... las suyas legales y las mías pirateadas —Beta se echó a reír—. Nuestra alianza era de conveniencia temporal.

—Olvidemos eso —Gadarene se inclinó hacia delante—. Para llevar a cabo su misión de espionaje, planeó contratar a su némesis particular, el detective Albert Morris. ¿No fue un poco arriesgado? Beta asintió.

—Por eso fingí ser ese personaje, Vic Collins. Además, ¿por qué no contratar a Albert? El trabajo encajaba con sus habilidades.

—Sólo que algún enemigo lo cazó primero. Lo sustituyó, y luego cambió el objetivo de la misión. ¿Es eso lo que se supone que tenemos que creer?

Una versión aguda de la voz de Pal llamó desde una mesa cercana. El pequeño golem-hurón, idPal, manipulaba un holovisor.

—Tengo ese rollo que encontramos en el garito de Irene. ¿Preparado para mostrarles lo que has descubierto, Gumby?

Asentí. Las imágenes surgieron del visor, mostrando una serie de reuniones clandestinas en limusinas entre Irene y sus cómplices. Les conté a los demás mi análisis sobre las pautas de teñido que llevaba «Vic Collins».

Beta sonrió por el cumplido cuando dije:

—Fue un buen truco eso de usar diminutos emisores de píxeles para cambiar en un instante los motivos de tu piel. Explica cómo escapaste de mí tantas veces. Al parecer, tu enemigo desconocía la técnica. O no le importó. Porque cuando entró en escena, sólo copió tu último teñido y entró en acción. Irene no se dio cuenta nunca.

»Fue pan comido, entonces, para tu enemigo alterar tu plan. Sustituir el equipo de espionaje que los tres intentabais plantar en el gris de Albert, insertar en su lugar una bomba, convertir el espionaje industrial en sabotaje. ¿No es así?

El golem de Beta se encogió de hombros.

—Mis recuerdos tienen dos semanas de edad, así que no puedo hablar de acontecimientos recientes... excepto para decir que concuerdan con lo que me temía. Mi némesis debe de haber completado su toma de toda mi operación —dio una palmada, furioso—. ¡Si al menos tuviera una pista de quién es!

¿Estaría mal confesar que me sentí recompensado viendo sufrir a Beta, de la misma manera que Albert había sufrido, durante años, preguntándose y preocupándose por la identidad de su archienemigo?

—Bueno, no puedo decir que sea competente, Beta. Pero si es una pista lo que quieres...

A. una señal, idPal pasó ala última imagen, que mostraba a un «Vic Collins» posterior, con su piel inamovible estilo tartán. Sólo cuando la imagen se acercó más, mucho más, vimos el micropelado donde la superficie del disfraz revelaba una coloración diferente debajo. Un destello metálico sólo que mucho más brillante que el acero. El golem verde de Lum se acercó, frotándose la barbilla como si tuviera una barba que rascar.

—Vaya, eso parece...

Su opuesto ideológico, Gadarene, terminó por él.

—Parece oro blanco o platino. Eh, no estará intentando decirnos que Eneas Kaolin... —El hombre se quedó boquiabierto—. Pero ¿por qué querría un magnate mancharse las manos mezclándose con escoria como ésta?

Gadarene señaló despectivamente a Beta, quien se irguió en su asiento, ofendido.

—Más concretamente —añadió Pal, rascando su muy real barba de dos días—. ¿Qué ganaría saboteando su propia fábrica?

—¿Un timo a la compañía de seguros? —supuso Luna—. ¿Una forma de eliminar existencias obsoletas?

—No —dijo Gadarene, apretando los dientes—. Fue un plan para eliminar a todos sus enemigos a la vez.

Yo asentí.

—Consideren las múltiples culpas que tenemos aquí. Primero, al completar sus

alocados túneles hasta el complejo HU, los grupos de ambos —indicué a Laura y Gadarene— se metieron en una trampa. Los chivos expiatorios perfectos. Sobre todo después de que alguien enviara a esos ídems, disfrazados para parecerse al supuesto terrorista, a reunirse con ustedes la noche anterior. Aunque consiguieran evitar la cárcel o las multas, han sufrido una humillación importante. Desacreditados, parecen idiotas.

—Huh, gracias —gruñó Lum. Gadarene permaneció en silencio.

—Luego Kaolin tuvo que deshacerse de Albert también —dijo Pal—. ¿Por eso te hicieron volar, viejo amigo? ¿Para impedir que negaras tu implicación? ¡Qué basto! Para empezar, la policía se toma el asesinato mucho más en serio que acabar con un puñado de ídems.

Yo estuve de acuerdo.

—Esa parte sigue sin tener mucho sentido. ¿Qué le hizo el pobre Albert? Pero lo siguiente encaja con todo lo que hemos oído esta tarde. La Reina frene advirtió, en cuanto se enteró del sabotaje, que todo había salido tremendamente mal. Preparó una salida en sus propios términos, dejando a sus socios, Vic Collins y Gineen Wammaker, como cabezas de turco.

—E Irene dejó pruebas que indicaban que Collins era Beta —añadió idPal.

—Sí. Y ahí es donde tendría que haberse terminado la pista. Con un infame sidcuestrador y un reputado «pervertido» implicados en último término, pillados en una alianza tenebrosa que salió horriblemente mal. Un bonito paquete, que implica o deja en evidencia a gente que Kaolin odiaba... o simplemente consideraba irritante.

El golem espiral de Beta asintió.

—Y el plan podría haber funcionado, si no hubiera sido por esas imágenes que tomó Irene, y un astuto trabajo de didetective por tu parte. Sorprendentemente listo, Morris.

Yo sólo pude sacudir la cabeza.

—Encantador, hasta el final.

Pal rodó hacia delante, inspeccionando la holoimagen.

—No hay muchas más pruebas para continuar. Sobre todo cuando estás acusando a un multibillonario.

—No necesitamos pruebas convincentes —le replicó idPal a su original—. Sólo una causa probable para abrir una investigación en toda regla. Con esto, podemos solicitar por ley la red de cámaras internas de HU. Ofrecer un Premio Secuaz. Poner a la policía en marcha. Exigir ver a Kaolin en persona...

Fue entonces cuando sucedió.

Algo pasó a través de mí (pareció un cálido soplo de viento), que me impulsó a volverme y escuchar.

Lo hice, e inmediatamente capté un sonido extraño... un suave roce en la puerta.

Entonces la puerta explotó.

Como la vi venir, logré esquivar a duras penas una gran astilla de madera que

atravesaba el espacio dirigiéndose al lugar donde estaba mi cabeza. Luego el primer invasor armado cargó a través del humo, disparando.

Pasando a velocidad de emergencia, me arrojé contra el espantado James Gadarene, quien soltó un grito mientras lo cubría con mi cuerpo, derribándolo al suelo. Puede haber accidentes durante una melé, y quien estaba detrás de aquello tal vez no esperara encontrar a ninguna persona real en el idemburgo, donde la norma es a menudo «dispara a todo lo que se mueva». Gadarene pataleó con fuerza debido al pánico, como si yo fuera el atacante. Así que tardé al menos cuatro segundos en enterrar al idiota bajo un sofá. Para entonces, la batalla estaba al rojo vivo.

Los invasores llevaban franjas cruzadas: colores de bandas. Guerreros de Cera, si no recordaba mal. Y podrían haber sido unos cuantos chavales, que se pasaban para divertirse un rato, a no ser por la coincidencia.

Al levantarme, vi que varios asaltantes ya habían caído en la puerta, detenidos por los sorprendentemente rápidos reflejos de Pal... y la efectiva dispersadora que ahora empuñaba y que lanzaba amplios chorros de balas de alta velocidad contra la destrozada entrada.

No estaba solo.

El pequeño duplicado-hurón de Pal se alzaba en su hombro derecho, disparando una minipistola, sus diferencias interpersonales aparentemente olvidadas. Y Beta estaba ocupado también. El ídem del dibujo en espiral había sacado una fina cerbaarma con munición de cuarenta rondas. Con cada soplido, lanzaba un dardo inteligente autoguiado contra los ojos de cerámica de un enemigo, cargado con pequeñas cargas de enzimas paralizantes.

Los cuerpos se amontonaban cerca de la puerta destrozada, pero seguían llegando más asaltantes que trepaban o saltaban sobre sus camaradas caídos, disparando mientras atacaban. Las lámparas y los adornos se rompían por todas partes.

—¡Gumby, tómala!

Pal me lanzó la dispersadora, y empuñó otra que asomó de un hueco de la silla móvil mientras yo me unía a la lucha. Disparamos juntos, justo a tiempo de detener otra oleada.

Un nuevo temblor me hizo volverme, y vi movimiento ante la puerta del apartamento.

Más invasores se apostaban en la endeble escalera de incendios, preparados para entrar.

—¡Lum! —le grité al verde barato enviado a la reunión por el fetichista de la emancipación—. ¡Proteja la ventana!

Lum extendió las manos.

—¡Voy desarmado!

—¡Vamos! —chillé, corriendo hacia la puerta principal y disparando otra ronda mientras pasaba junto a varios cuerpos humeantes. Tras arrancar un arma de una mano que todavía se retorcía, la lancé por los aires hacia el manci verde, esperando

que Lum la atrapara al vuelo y supiera qué hacer—. ¡Beta, ayuda a Lum! —grité, lanzándome de nuevo hacia delante.

Apretujándome contra la pared, justo al lado del marco destrozado de la puerta, me vi de pronto en posición de disparar al pasillo en una dirección y llevarme por delante a una fila entera de asaltantes que esperaban su turno para entrar. La dispersadora los barrió como si fueran muñecos de barro que se desploman ante una manguera. Naturalmente eso permitió que la otra mitad de los atacantes supiera exactamente dónde estaba yo.

Un golpe me dijo que alguien había hecho chocar un objeto contra el otro lado de la pared en la que me apoyaba. Me aparté rápidamente, dos segundos antes de que una explosión rociara el interior de escombros, creando una nueva abertura de cuatro metros de ancho.

La ventana voló en el mismo instante.

Llovió cristal por todas partes. Oí disparos en esa zona y esperé que Lum se vendiera caro.

Mi nueva posición me permitió emboscar a la mitad de la nueva oleada que entraba desde el pasillo. Un buen promedio, si les importaban las pérdidas. Pero no les importaban, y seguían su carga ajenos a las bajas. Ideal vació su miniarma y, sin tiempo para hacerse con otra, saltó a la garganta de un enemigo que reaccionó con sorpresa y chocó de espaldas contra varios tipos. El ataque kamikaze los mantuvo ocupados unos segundos preciosos mientras yo me cargaba a los de detrás. Pero el gesto terminó como era de esperar, con el pobre idPal hecho pedazos.

Eso me fastidió, pero no tanto como a Pal.

—¡Maldición, quería esos recuerdos! —gritó, arrojando su dispersadora y sacando otra arma de algún hueco de su silla. Una mirada me hizo temblar. Era un evaporador.

Incluso los endurecidos miembros de la banda reaccionaron con temor y buscaron protección. Uno lo hizo demasiado tarde y un bloque de cristal inestable entró en la recámara para enviar una andanada coherente de microondas sintonizadas que lo atravesó... junto con la pared que tenía detrás.

Otros dos llegaron como refuerzos, miraron a Pal, se volvieron para huir... sólo para unirse a una segunda sección de la pared evaporándose en el olvido.

—¡Detrás de ti! grité, levantándome para disparar mi arma contra la ventana, donde el indefenso verde de Lum era vencido por los invasores. No había ni rastro de Beta. Eso no era ninguna sorpresa.

Haciendo girar su silla, Pal volvió a cargar y luego disparó otra andanada de microondas desintegradoras a los recién llegados que desintegró a uno de ellos y a la mitad de otro... junto con el marco de la ventana y parte de la escalera de incendios del otro lado.

Para mi alivio, nadie le disparó, aunque estaba al descubierto.

Saben que es real y no quieren que intervengan los polis. Lo máximo que podrían

hacerle a Pal es quitarle su arma y echarle un saco por encima. Y tal vez meterle un olvidador por la nariz, para borrar esta última hora.

Naturalmente, eso implicaba que todos se volvieran contra mí. Me llovieron balas de todas partes, cada vez más cerca, hasta que Pal terminó de meter otro cristal en la recámara y agitó el tubo de rayos, preparándose para disparar de nuevo. Los atacantes se dispersaron, buscando protección, lo que me dio un respiro.

Los ojos de Pal se encontraron con los míos, librándome de mi deber de golem de proteger a cualquier personarreal. Aquellos hampones estaban jugando según las reglas.

—Estoy a salvo —gruñó, sacando el rollo de película de la cercana hololectora y arrojándomelo—. ¡Vete!

Tras asentir rápidamente a mi amigo, rodé a un lado, me incorporé y luego crucé corriendo la habitación, escudándome tras la encimera de la cocina justo a tiempo, mientras las balas destrozaban los paneles de madera falsa, rebotando entre ollas y sartenes. Gracias al cielo que el lugar venía ya amueblado.

—¡Vamos, hijos de puta! —gritó Pal mientras cargaba una vez más el arma semiilegal—. Patéticos, basura. ¡Disparadme!

Había un sollozo en su voz, un dolor que ni siquiera su mejor amigo oía a menudo. Y, sí, una parte de mí lo compadeció y deseó que Pal finalmente obtuviera el tipo de muerte que quería. Entre disparos, no entre gemidos.

Se estaban acercando. Sin duda tenía que estar quedándose sin munición para su arma. La mía tenía ya pocas halas. Oía los asaltantes acercarse por tres lados. La cosa pintaba mal.

Entonces la pared detrás de mí se evaporó en una nube repentina de calientes gases en expansión.

—¡Gumby, corre! —gritó Pal.

Yo ya había atravesado la pared, dejando atrás a los sorprendidos inquilinos del apartamento de al lado, una familia simulacro que me miraba con los ojos muy abiertos, escondida tras el sofá mientras en una tele barata de un rincón tronaba la música de *El Show de Cassus y Henry*.

Por fortuna, todos eran ídems, representando la vida en una época más aventurera. Así que pasé de largo libre de culpa. Cualquier multa que provocan esta irrupción sería sencilla. Sólo por daños. No punitiva. Y además, ¿a quién iban a cobrarla?

Con las manos en la masa
... donde realAlbert encuentra una conexión...

Hay algo extrañamente dulce y anticuado en el mundo electrónico de la «inteligencia artificial» y las imágenes generadas por ordenador.

Vale, mi generación tiende a menospreciar a los antiguos hackers y cibergenios, muchos de los cuales todavía se aferran a su vana fe en la trascendencia digital, un sueño equívoco de máquinas superinteligentes, personalidades descargadas y mundos virtuales más reales que la realidad. Se ha convertido en un chiste.

Peor; se ha convertido en otro hobby.

Sí, confieso que me encantan estas cosas. Recorrer la Vieja Red en busca de información oculta. Pasar de una cámara a la siguiente. Emplazar pequeños microavatares que vayan zambulléndose en bases de datos tan cargadas de sedimentos de más de un siglo de capas de gigabytes que tus emisarios de software vienen equipados con picos y palas. Casi siempre tienes que especificar exactamente lo que estás buscando para que extraigan algo útil.

A pesar de todo, con paciencia y persistencia se encuentran joyas. Como el hecho de que Yosil Maharal trabajara como asesor muy bien pagado del Dodecaedro.

Encaja: Maharal era un experto en almística de fama mundial, conocido por su original pensamiento. Naturalmente, los dodecs (y quizás incluso el equipo del presidente en la Casa de Cristal) habrían consultado con Maharal, para sondear la siguiente etapa. Para ver qué está por venir. Dilucidar qué nuevas tecnologías pueden estar ya en manos de enemigos potenciales. Maharal también era un consejero importante y un diseñador de primera cuando plantaron este gigantesco ejército de golems de batalla de reserva en las profundidades del Campo Jesse Helms.

Descubrí todo esto mientras usaba el datapuerto seguro al que nos nevaba el ídem de Chen, antes de que Ritu desapareciera. Antes de que yo tuviera que hacer desaparecer al pequeño recolector de impuestos simiesco. Las cosas estaban feas ahora, sin compañía, aunque la soledad me permitía concentrarme sin interrupciones.

Parece que le dieron a Maharal carta blanca, advertí, agitando los dedos y las manos bajo el ultraseguro chador gubernamental. Varios globovisores crecieron y se encogieron, respondiendo al movimiento de mis ojos. Uno mostró un mapa de superficie de la región que recogía la base del Ejército con sus instalaciones de entrenamiento, relajación, curtido e imprintación, además de los cercanos hoteles de cuatro estrellas que sirven a los ansiosos fans. Un poco al suroeste, más allá de una montaña, se encuentra el campo de batalla en sí mismo, donde los equipos nacionales combaten por la gloria y por zanjar disputas sin derramamiento de sangre. En una región con tantos cráteres como la Luna, se ha sacrificado un trozo del desierto por el

deporte y por librar de la guerra al resto del planeta.

Eso es lo que sabía el público.

Sólo que ahora yo podía seguir el laberinto de túneles y cavernas situados bajo la base, encaminándome en dirección contraria. Una fortaleza secreta creada para un vasto ejército de guerreros listos-para-servir. Algunas secciones estaban claramente indicadas. Otras zonas eran meramente vagos contornos en el mapa, oscurecidos para indicar capas más secretas, y exigían claves de acceso y verificadores de identidad de los que yo carecía. No es que me importara. Las cuestiones de seguridad nacional no me interesaban. Lo que llamó mi atención fue el hecho de que aquella red de cuevas creadas por el hombre se extendiera hacia el este, más allá de la zona militar formal, por debajo de tierras privadas y del Estado.

En dirección a meseta Urraca, vi el destino al que Rita y yo nos dirigíamos cuando salimos el martes por la noche.

¿Coincidencia? Yo ya había empezado a sospechar que Yosil Maharal escogió el lugar de su cabaña de vacaciones con gran cuidado, hace muchos años.

Retortijones corporales me obligaron a quitarme el chador y pasar a las anticuadas vistapantallas, para poder beber y comer mientras trabajaba. Por fortuna, esa parte de la caverna era también un Enclave Nacional de Liderazgo, un hábitat preparado para altos cargos del Gobierno, por si se producía alguna emergencia. A primera vista, las latas y paquetes parecían intactos, pero faltaban unos cuantos al fondo, como si alguien hubiera estado saqueando la despensa y colocando con cuidado los artículos intactos delante para ocultar el pillaje. Me serví mi primera comida plenamente satisfactoria en dos días (mis impuestos bien invertidos, supuse) más una doble jarra de burbujeante Sueño Líquido. Eso ayudó un montón. Con todo, deseé ser negro en vez de marrón orgánico. Me concentro mucho mejor cuando soy ébano.

—Superpón el emplazamiento de la cabaña que posee Yosil Maharal —ordené.

El lugar destelló inmediatamente en pantalla: una mota ámbar al final de una carretera serpenteante. Si le pedía que se acercara más, el ordenador mostraría recientes tomas aéreas de la casa y el camino, o incluso catalogaría la vegetación cercana por especies y perfiles de reflectividad clorofílica. La cabaña se encontraba situada unos pocos kilómetros al este, más allá de los límites de la base golem subterránea, separada de mi actual situación por una altiplanicie oblonga. Ya no creí más en las coincidencias.

—¿Qué te parece, Al? —murmuré para mí—. ¿Venía Maharal dando un paseo desde esa meseta, para llamar a la puerta principal? No, ése no era el estilo del profesor. ¡Iba y venía sin dejar rastro, así era el doctor Yosil! Incluso una puerta trasera habría permitido detectarlo y observarlo cada vez que bajaba aquí a saquear el depósito del Gobierno o hacerse con otros artículos para sus planes... sean cuales sean. Demonios, cualquier fan de la guerra con un zángano voyeur podría haberlo localizado, de salir a la superficie.

No, continué en silencio. Si el profesor Maharal hubiera estado entrando en la base, lo habría hecho siempre por medios ocultos.

Golpeando repetidas veces con el dedo en el mapa-globo, ordené:

—Avatar, encuentra datos microsísmicos de la subregión indicada. Usa una correlación tomográfica Sculman-Watanahe para localizar pasadizos subterráneos no localizados que conecten este emplazamiento con éste.

El programa de inteligencia militar que yo había hackeado era bastante bueno. Sin embargo, respondió, sin capacidad o sin ganas de obedecer:

—La zona en cuestión fue sometida por última vez a un estudio sísmico detallado hace ocho años. En esa época, no existía ningún pasadizo subterráneo en la zona indicada. Desde entonces, la sismometría sistemática en la región especificada se ha limitado a observar los intentos de penetración en la zona por parte de intrusos no autorizados. No se ha detectado ningún túnel de acceso.

Bien. No había ningún pasadizo oculto a través de la meseta cuando se estableció la base secreta, ni rastros de extraños que intentaran entrar desde entonces. ¿Estaba sacudiendo el árbol equivocado?

—Espera un minuto. ¿Qué hay de actividad de excavación desde dentro de la base hacia fuera?

Tuve que reformular la pregunta varias veces, obligando al avatar a reexaminar el archivo del sistema de seguridad en busca de temblores y vibraciones sónicas en las capas de roca adyacentes.

—¿Qué hay de las zonas en el perímetro de la base con niveles de actividad sísmica superiores a lo normal?

—No ha habido ningún nivel de actividad inexplicada superior al quince por ciento de lo normal.

Mierda. Se acabó esa idea. Lástima. Parecía buena.

Estaba a punto de renunciar... y entonces decidí insistir un poco más.

—Muéstrame la actividad de lugares de nivel superior con explicaciones aceptadas.

El mapa de las instalaciones subterráneas y sus inmediaciones floreció ahora con bandas superpuestas de color, mostrando picos de ruido sónico y sísmico durante los últimos años.

—Ahí —señalé. Una zona en el perímetro se amplió, rodeada de ondulaciones rojas y anaranjadas. Había una notificación adjunta, sellada y estampada con la fecha, explicando que se había ordenado un programa de taladración, para probar la calidad de las aguas subterráneas.

¡Pero una comprobación en la oficina de protección medioambiental de la base no aportó ningún dato de esas muestras! Aún más, la zona en cuestión estaba en el punto exacto más cercano a meseta Urraca.

Bingo.

—Bien, Ritu. Tu padre hackeó el sistema de seguridad militar y falsificó los

permisos de variación sísmica. La tapadera necesaria para abrirse camino hasta el corazón de este sitio. ¡Impresionante!

»Naturalmente, todavía tuvo que cavar hacia afuera desde el interior, en vez de acercarse desde el exterior. ¿Qué hizo Maharal, meter de tapadillo un equipo zapador?

No, había una explicación mejor. Una forma más fácil de hacer el trabajo.

Pensé en comprobar el inventario principal de la base, para ver si alguien había estado saqueando los almacenes de golems, llevándose algunos de los repuestos de soldados para usarlos en trabajos de minería. Pero esos auditores que Chen había localizado en la armería... estarían accediendo también al sistema de inventario ahora mismo podrían darse cuenta de que yo estaba fisgoneando al mismo tiempo, con portal seguro o sin él.

Era mejor ir en persona, entonces. Para ver adónde me llevaba aquel camino.

Iba a desconectar; pero vacilé. Mis ojos corrieron entre los hermosos globovisores que flotaban sobre la mesa, cada uno de ellos respondiendo a mi atención hinchándose y haciéndose más grandes, ansiosa, voluptuosamente. Enlazado de nuevo al ancho mundo, sentí que me atraía, me llamaba, me tentaba con oportunidades...

Contactar con Clara y hacerle saber que estaba vivo.

Acceder al depósito de emergencia de Nell.

Comunicar con el inspector Blanc y averiguar qué había de nuevo en el caso de Beta.

Comprobar los informes policiales y de las compañías de seguros sobre el intento de sabotaje en Hornos Universales, y averiguar si yo seguía siendo el «principal sospechoso».

Ponerme en contacto con Pal y hacer que enviara un ejército entero de sus maravillosos ídems de asalto-y-huida, para ayudarme cuando me internara (vulnerablemente real) en territorio peligroso.

Pretendía hacer todo esto y más cuando le pedí al pequeño idsimio de Chen que me buscara un puerto de acceso seguro. Pero ahora me contuve.

Contactar con Clara podría servir solamente para implicarla en mis acciones, arruinando quizá su carrera.

¿El depósito de Nell? ¿Qué podría contener que no supiera ya? Todos mis ídems habían desaparecido hacía días. El último (un sarcástico ébano) fue convertido en fragmentos supersónicos de cerámica el martes a eso de medianoche. Como nadie más sabía cómo acceder al depósito, comprobarlo sería una pérdida de tiempo. Peor aún, podría alertar a mis enemigos.

En cuanto al ataque a HU, la culpa parecía estar desviándose ya. Noticiarios abiertos mostraban ahora una redada (dirigida por Mane de la AST, nada menos) que

echaba abajo las puertas de un bar cerrado recientemente en el idemburgo, el Salón Arco Iris. Una fea historia de conspiraciones, doble juego y suicidio ritual se desgranaba rápidamente. Una imagen perturbadora mostraba a una mujer carbonizada, rodeada por sus propias ídems calcinadas, como en la pira de algún potentado vikingo partiendo al Valhalla con una escolta de esclavos sacrificados.

Otra imagen mostró a la maestra del Estudio Neo, Gincen Wammaker, que espantaba las cámaras voyeur que zumbaban alrededor de su elegante cabeza mientras negaba haber tenido ninguna relación con la conspiración, y gritaba: «¡Me han implicado!».

Eso me hizo reír... Hasta que recordé lo que significaba. Yo no era el único pardillo, ni el único hombre de paja. Por toda la ciudad se iban desacreditando desde los chalados religiosos, pasando por el movimiento de emancipación ídem hasta los suministradores de perversiones como la maestra. Sin embargo nadie mencionaba los tres nombres que más me preocupaban. Beta. Kaolin. Maharal.

Grabado a fuego en la memoria, todavía podía ver aquel golem platino que apareció de pronto en la carretera desierta para eliminarme. ¿Por algo que yo sabía? O quizá por algo que estaba a punto de averiguar, probablemente relacionado con el exsocio y examigo de Kaolin, con quien ahora estaba en guerra. De algún modo, me había visto pillado en una lucha desesperada entre genios locos. ¡Y ni siquiera importaba que Yosil Maharal estuviera muerto! Hoy en día la simple muerte no constituye ninguna garantía. De hecho, podía sentir el alcance de Maharal, extendiéndose más allá de la tumba, manteniendo la guerra en alza. Empujando al magnate a tomar medidas desesperadas.

Más concretamente, Maharal había ayudado a diseñar esta misma instalación en la que yo estaba sentado. Dada su aptitud para las artimañas, el padre de Rito podía haber preparado un montón de trampas para los incautos. Sobre todo si te detenías demasiado tiempo en un sitio. Era mejor ser un blanco móvil. Por mucho que quisiera quedarme y estudiar las noticias, sondeando la Red en busca de detalles, en realidad ya era hora de que me pusiera en marcha.

Plegué el chador gubernamental bajo mi cinturón y me dirigí hacia el este siguiendo un pasillo que había visto en el mapa, un pasillo que supuestamente debería terminar a unos ciento cincuenta metros de allí, en un gran almacén, después del cual sólo habría sólida roca.

Sólo que no era únicamente un almacén.

Cierto, contenía estantes que se sucedían interminablemente cargados de componentes mecánicos y herramientas, y congeladores con cientos de repuestos ídem, todavía pastosos y sin imprimir, listos para ser utilizados por el presi y los dodecs si alguna vez venían a esconderse aquí.

A simple vista, todo parecía normal.

Pero mi vista no era simple en ese instante. El uniforme de explorador que llevaba tenía unos bonitos escáneres infrarrojos, detectores de pautas y Dopplers que

mostraban remolinos y agitaciones en la forma que el aire ocupaba la sala. Yo no era ningún experto en el uso de ese material, pero tampoco estaba completamente en blanco. Aprendía sobre la marcha. De todas formas, era obvio a qué pared había que acercarse.

Las aromas sísmicas emanaban de algún lugar cercano.

No esperaba encontrar ningún signo evidente de un túnel, pero el lugar estaba immaculado. Filas de altos armarios cerrados cubrían la pared en cuestión, sin ningún signo de que hubiera nada detrás, aparte de piedra pelada.

«¿Qué armario debería probar? —me pregunté—. Aunque elija correctamente, ¿cómo lo atravieso? ¿Y qué defensas puede haber al otro lado?».

Los indicadores de los instrumentos no mostraron mucha diferencia de un armario a otro. No había rastros de frío aire subterráneo filtrándose desde el otro lado. Ninguna firma calorífica delatora.

Maharal se habría asegurado de que las patrullas de seguridad no vieran nada que despertara sospechas. Incluso en su arrogancia, ¿imaginaba el profesor que podría engañar a la ZEP y a todos los Estados Unidos de América? El encubrimiento era el único aliado de Yosil. No era extraño que se esforzara tanto desarrollando esa habilidad.

Acaricé la pequeña arma que llevaba el uniforme, un láser ajustable para ser utilizado como herramienta por un obrero o como arma por un francotirador. Cortar los cerrojos no sería ningún problema, ni los fondos de cada armario hasta encontrar un pasadizo oculto... o descubrir el fallo en mi razonamiento. ¿Y los sensores o las bombas trampa? ¿Encontraría el modo de atravesar la entrada sin alertar a quienquiera que acechara al otro lado de meseta Urraca?

«¡Sigues pensando y actuando como si Maharal continuara vivo!». Si había un túnel estaría polvoriento y en desuso, sobre todo desde que el profesor se estrellara y se muriera el lunes. Sus golems residuales se habrían deteriorado, dejando un santuario silencioso sin nadie para defender sus secretos.

«Parece lógico. ¿Estás lo bastante seguro para arriesgar tu vida?». Aunque Maharal estuviera muerto, Kaolin había demostrado estar en activo, ser hostil y estar dispuesto a hacer casi cualquier cosa. ¿Y si el multimillonario ya estaba allí, esperando al otro lado?

Se me ocurrió otra idea mientras reflexionaba sobre mi próximo movimiento, un consejo que me ofreció Clara una vez: «En caso de duda, trata de no pensar como el héroe atontado de alguna pelid idiota».

Correr hacia el peligro era uno de esos tópicos cinematográficos sobreexplotados, religiosamente suscrito por ocho generaciones de productores y directores con encefalograma plano. Otro era: «El héroe siempre debe entender que las autoridades son malvadas, o inútiles o que no entienden nada. El hecho de que a tu protagonista nunca se le ocurra pedir ayuda contribuye a sostener el argumento».

Yo había estado actuando según ese credo desde hacía dos días. Y, bueno,

¡después de todo, los polis me perseguían! Oficialmente como «testigo material», pero estaba claro que habían preparado que me echaran la culpa del intento de sabotaje en Hornos Universales. Por no mencionar el hecho de que alguien había intentado hacerme volar por los aires.

¡Dos veces!

A pesar de todo, las cosas estaban cambiando. La policía y el Ejército estaban indudablemente inquietos por el ataque con el misil. Sin duda algunos de ellos eran lo suficientemente honrados y competentes para darse cuenta de que había más de lo que parecía en aquel asunto, a pesar de las apariencias. ¿Y si les mostraba cómo Maharal había hackeado el sistema, allí, en la base, abusado de su confianza y creado una entrada trasera para su uso personal? Eso contribuiría a limpiar mi nombre. ¡Incluso podían darme una recompensa por chivato!

¿Y si me diera por telefonar a mi abogada? Que ella convocara una reunión. El comandante de la base, un comisionado de la Unidad de Protección Humana y un Testigo Justo licenciado para que nada quedara oculto... Sería un profundo alivio contarle todo. Toda la historia, tal como yo la conocía. Sólo soltarlo. Y que los batallones de profesionales se encargaran de todo a partir de entonces.

Y sin embargo, la idea me daba retortijones. ¡No estaría bien!

Yo todavía funcionaba gracias a una mezcla de hormonas de furia y de combate: nada más podría haberme mantenido estos últimos días. La indignación es una droga que arde con fuerza durante mucho tiempo. Y que sólo se puede experimentar adecuadamente en tu cuerpo real.

Yo contra Beta. Yo contra Kaolin. Yo contra Maharal. Tipos malos, todos ellos, cada uno a su modo brillantemente maligno. ¿No me convertía su odio en el héroe? ¿En su igual?

Esa observación sardónica me hizo dar un paso atrás.

Me ayudó a decidirlo que tenía que hacer.

«Un héroe es alguien que hace el trabajo, Albert —me había dicho Clara una vez—. Con valentía cuando es necesario. El valor es un último recurso admirable, cuando la inteligencia falla».

«Vale, vale», pensé, sintiendo que la humildad me llenaba de una sensación de alivio.

Un hombre debe conocer sus limitaciones y yo había rebasado las mías.

«¡Demonios, ni siquiera soy rival para Beta! Kaolin y Mallará están claramente en otra liga.

»Muy bien. Es hora de ser un buen ciudadano. Hagámoslo». Preparándome ya para el largo interrogatorio que me esperaba, extendí la mano hacia mi chador-teléfono prestado. Empecé a volverme... pero retrocedí sorprendido.

¡Una alta figura avanzó hacia mí surgiendo de las sombras!

La enorme forma humanoide salió del otro lado de un autohorno cercano

avanzando hacia mí con ambos brazos extendidos.

El visor del uniforme de explorador destelló con diagramas de amenaza, cubriendo la silueta del golem con auras ardientes y símbolos entremezclados que tal vez habrían significado algo para un soldado entrenado. Pero la llamativa corriente de datos sólo me llenó de confusión. Me aparté el visor de la cara...

E inmediatamente fui golpeado por oleadas de olor. Barro recién horneado, bastante agrio. El fuerte olor podría haberme advertido si no hubiera estado confiando en el equipo militar, en vez de en mis sentidos.

—¡Alto! —advertí, soltando el chador, que se enredó en la funda de mi arma. Tras soltar por fin el láser, traté frenéticamente de encontrar el seguro. Mi pulgar herido, resbaladizo de sudor, me patinaba y los guantes no mejoraban la situación.

—¡No te acerques más! ¡Dispararé!

El golem siguió avanzando, emitiendo un gruñido bajo. Tenía algún defecto... quizás una imprimación defectuosa o una cocción demasiado rápida. ¡Fuera cual fuese la causa, no frenaba su avance ni se detenía para hablar racionalmente!

Tenía que tomar una decisión.

«Intenta esquivarlo. O dispara. No puedes hacer ambas cosas».

El seguro chasqueó. La pistola súbitamente latió llena de tranquilizadora energía. Decidí.

Un rayo caliente brotó hacia el golem, le cortó un brazo, le hirió el torso.

Reacciono con un rugido y atacó. La pesada figura chocó contra mí mientras yo alzaba un brazo. Mala elección.

¡Oh, no, señor manos!
... una mezcla de rojo y gris...

—¿Sabías, Albert, que las primeras formas de vida puede que estuvieran hechas de barro?

El maldito fantasma de Yosil no deja de hablar. Sigue farfullando mientras el tormento infligido por su aparato estirador de alma empeora por momentos.

Ansío desesperadamente ahogar a su espectro gris. Exorcizar su antinatural acoso. Enviarlo a reunirse con el hacedor al que traicionó y destruyó, hace días.

Naturalmente, eso es lo que quiere: ¡mi furia! Para darme algo en lo que concentrarme. El dolor será un centro en torno al que giraré, mientras todo lo demás se derrumba.

—La idea se le ocurrió a un escocés, Albert, hace casi un siglo, y realmente fue algo muy inteligente.

»En aquella época, los biólogos habían acordado que un rico caldo de componentes orgánicos debía de haberse formado en la Tierra, casi en cuanto el planeta se enfrió lo suficiente para que hubiera océanos líquidos. Pero ¿qué pasó luego? ¿Cómo se organizaron todos aquellos inquietos aminoácidos en células ordenadas y autorreplicantes? ¡Las células que contienen el ADN y el sistema para la reproducción no aparecieron sin más! ¡Algo las empujó para que empezaran!

»Ese algo pueden haber sido enormes lechos de barro semiporoso que cubrían los fondos marinos, ofreciendo una enorme gama de superficies pautadas para proteger los crecientes racimos moleculares.

Proporcionando moldes para los primeros organismos. Enviando a unos cuantos al camino de la grandeza.

El fantasma gris de Maharal se pavonea, golpeándose el pecho.

—¡Sólo que ahora el camino ha trazado un círculo completo, pues regresamos a nuestra forma original! ¡Ya no somos orgánicos, sino criaturas esculpidas con la propia carne mineral de la Madre Tierra! ¿No te parece interesante?

Lo que me interesa es salir de aquí, sobre todo cada vez que la maquinaria envía otra oleada de compulsión por mi espalda, lanzándome contra las ataduras, haciendo que desee rodear con estas manos el cuello de idYosil. ¡Retorceré tanto sus huesos no-muertos que ninguno de sus átomos volverá a encontrarse de nuevo!

De algún lugar cercano... más cerca que cercano... llega una vibrante respuesta.

«Amén, hermano».

La voz no es imaginaria. Sé que es del pequeño golea anaranjado, el que Maharal imprimió a partir de mí hace unas horas. Ahora sus pensamientos acuden en tropel, hinchándose y desvaneciéndose, mezclándose con los míos. Debe de ser parte del

complicado experimento de idYosil, que parece muy complacido. Ahora que se ha establecido un vínculo, la siguiente fase es un test de memoria. ¿Hasta qué punto puedo recordar cosas que «yo» nunca he aprendido?

Con un gesto, envía un centenar de burbujas de imágenes que flotan ante mis ojos, mostrando desde paisajes lunares al último partido de robohockey. Mi mirada no puede dejar de fluctuar entre las imágenes, concentrándose involuntariamente en unas cuantas que me resultan familiares. Algunas burbujas destellan mientras reconozco sus contenidos...

Una vasija griega que contuvo vino de la era de Pericles... Una rolliza figura de Venus del Paleolítico...

Una estatua de terracota de tamaño natural de un antiguo soldado chino, obsequio del Hijo del Cielo a Yosil por su trabajo en las excavaciones en Xi'an...

No sólo reconozco las imágenes, recuerdo que me mostraron los originales en el museo privado de Maharal. ¡De algún modo, el Pequeño Rojo me está suministrando recuerdos sin utilizar un cribador cerebral ni gruesos criocables! Cargamos de uno al otro, a pesar de estar separados por veinte metros y una gruesa pared de cristal.

Así que no trata sólo de querer hacer copias id-a-id. Ni es otro proceso industrial para Hornos Universales. Manual está intentando conseguir otro logro. ¡Algo más grande!

El fantasma gris parlotea entusiasmado por los resultados del test de memoria. Durante un rato le complace más que darme un sermón sobre la barroevolución. Cierro los ojos y trato de anular el sonido de su voz penetrante. ¡Domino la irritación y la furia! Obviamente él quiere que me distraiga el odio, un estado emocional fácil de modelar y controlar. Tan puro que puede romper la contención de un solo receptáculo. Un solo cuerpo.

Debo resistir. Sólo que es muy difícil no odiar. Cada pocos minutos, su repulsiva máquina roza mi equipamiento pseudoneuronal, punzando agónicamente mi cuerpo sintético, provocando el reflejo salmón, esa ansia por ir a casa. Por regresan Con mi original. Un original que él destruyó con un misil el martes a medianoche.

Es lo que le dije al Pequeño Rojo. Que me asesinó. Para hacer funcionar este experimento, eliminó el «ancla» con mi yo orgánico esperando forzar a dos copias más una hacia la otra.

Lo entiendo. Su objetivo es hacer que una Onda Establecida reverbere en el espacio libre. Es un logro, sí. Como hacer que un electrón ocupe toda una habitación con un único, prodigioso estado cuántico. Pero ¿por qué? ¿Qué sentido tiene?

No persigue un Premio Nobel. No cuando tuvo que suicidarse y matar para llegar a este punto. ¿Está tan loco que espera poder mantener el secreto indefinidamente? Hoy en día los secretos son como los copos de nieve: escasos y difíciles de conservar.

Tiene que haber algo más en juego. Algo que planea llevar a término.

Siento el acuerdo del Pequeño Rojo... mi otra mitad. Cada vez que la gran máquina late, nos sentimos más cerca. Más como una sola persona, reunida. Y sin

embargo...

Sin embargo hay algo más. Algo fuera de nosotros. Algo a la vez familiar y extraño al mismo tiempo. Sigo captando lo que parecen ser ecos... como reflejos brillantes, dispersos en charcos distantes. ¿Son parte del plan de idYosil?

Tal vez no.

Eso me hace sentir un poco de esperanza.

—Muy bien, Albert —arrulla el loco gris, escrutando varios indicadores—. ¡Tus perfiles de estado observador son excelentes, viejo amigo!

Se inclina sobre mí, tratando de mirarme a los ojos.

—He realizado este experimento incontables veces, Albea, tratando de crear un almarresonancia autocontenida entre dos Menas casi idénticos. Pero mis propias copias nunca funcionaron... el campo del ego es defectuoso, ¿sabes? Demasiada autodesconfianza. Una tendencia heredada, me temo. Una tendencia a menudo asociada con el genio. —Si tú lo dices— replico. Pero Yosil me ignora y continúa.

—No, mis propios golem-yoes nunca sirvieron. Lo primero que necesité fue a alguien que copiara limpiamente. Por eso empecé a secuestrar a tus ídems, hace años. Pero no fue fácil, sobre todo al principio. Estuve a punto de meter la pata varias veces y tuve que destruir a tus grises, para que no escaparan. Me obligaste a aprender una nueva gama de habilidades, Albert. Pero con el tiempo pudimos empezar a trabajar en serio.

»E hicimos bastantes progresos, ¿verdad?

Me da una palmadita en la mejilla y debo redoblar mis esfuerzos para contener la furia.

—Naturalmente, no lo recuerdas, Albert —continúa—. Pero en mis manos exploraste nuevo territorio espiritual. Parecíamos destinados a hacer historia juntos, nosotros dos.

»¡Entonces tropezamos con una barrera! El Efecto Observador del que te hablé, ¿recuerdas? Tu original seguía influenciando desde lejos el alma-campo, anclándote a este plano de realidad, interfiriendo cada vez que trataba de elevar la resonancia de estados parejos a un nuevo nivel. Con el tiempo, me di cuenta de qué era lo que hacía falta para resolver el problema.

»¡Tenía que eliminar al Albert Morris orgánico! —idYosil sacude tristemente la cabeza—. Pero descubrí que no podía hacerlo. No mientras mi propio cerebro orgánico estuviera lastrado con tantas cargas: consciencia, empatía, principios éticos... junto con la preocupación continua de ser capturado. Fue enormemente frustrante. ¡Me odié ami mismo por ello! ¡Ahí estaba yo, con tina posible solución y las herramientas para hacer el trabajo a mano, pero sin voluntad!

—Mi... más profunda compasión por tu problema.

—Gracias. No fue lo peor. Pronto, mi socio y amigo, Eneas Kaolin, empezó a presionar exigiendo resultados, profiriendo amenazas. Avivando mi tendencia natural a la paranoia y el pesimismo. ¡Y que nadie te diga que reconocer y aceptar esos

sentimientos hace que desaparezcan! Ilógicos o no, siguen reconcomiéndote.

»Empecé a tener sueños, Morris. Sueños sobre una posible solución a mi dilema. Sueños de muerte y resurrección. ¡A la vez me asustaban y me entusiasmaban! Me pregunté... qué estaba intentando decirme mi subconsciente.

»Entonces, el domingo pasado, me di cuenta de pronto de lo que significaban los sueños. Se me ocurrió mientras imprimaba una nueva copia... esta copia, Albert — idYosil vuelve a golpearse el pecho—. En un instante lo vi todo, en toda su gloria, y supe lo que había que hacer.

Con los dientes apretados, consigo gruñir una respuesta.

—RealYosil también lo vio. Apuesto a que al mismo tiempo. El gris se ríe.

—Oh, es verdad, Albert. Y debe de haberse sentido aterrado, porque mantuvo la distancia después de eso, evitando a esta copia. Incluso cuando trabajábamos juntos aquí, en el laboratorio. Pronto, puso una excusa para ir a la cabaña. Pero yo sabía qué tenía en mente. ¿Como podía no saberlo?

»Intuí que mi hacedor se preparaba para huir.

Un tono de asombro recorre la Onda Establecida; vibrando dolorosamente entre el Pequeño Rojo y yo. Aunque yo/nosotros sospechábamos algo así... oírlo decir abiertamente es de lo más raro.

¡Pobre, condenado realYosil! Una cosa es verla muerte venir a manos de tu creación. Eso forma parte de la tradición épica humana, después de todo. Edipo y su padre. El barón Frankenstein y su monstruo. William Henry Gates y Windows'09.

Pero darte cuenta de que tu asesino será tu propio yo... Un ser que comparte cada recuerdo, comprende cada motivo y está de acuerdo contigo en casi todo. Cada subvibración de la Onda Establecida... ¡idéntica!

Y sin embargo, algo fue desatado en el barro que nunca pudo emerger del todo en la carne. Algo implacable, aun nivel que yo no podía imaginar.

—Estás... estás verdaderamente loco... —jadeó—. Necesitas... ayuda.

Por respuesta, el fantasma gris simplemente asiente, casi amistosamente.

—Ajá. Me parece bien. Al menos según los haremos de la sociedad.

Sólo los resultados justificarán las medidas extremas que he tornado.

»Voy a decirte una cosa, Albert. Si mi experimento fracasa, me entregaré para someterme a terapia compulsiva. ¿Te parece justo? —Se echa a reír—. Pero por ahora, trabajemos sobre la suposición de que se lo que estoy haciendo, ¿eh?

Antes de que yo pueda contestar, un latido especialmente fuerte de la maquinaria estiraalmas me provoca un espasmo y mi espalda se arquea de dolor.

Mientras lo soporto todo, una parte de mí permanece tranquila, observando. Puedo ver a idYosil trabajando ahora para preparar la siguiente fase de su gran experimento. Primero quitando el tabique de cristal que dividía el laboratorio y sustituyéndolo por una especie de plataforma colgante, suspendida por cables del techo. Con cuidado centra la plataforma, a mitad de camino entre mi *alter ego*, el Pequeño Rojo, y yo. La plataforma se mece de un lado a otro como un péndulo,

dividiendo la sala.

Al cabo de unos segundos, los titilantes efectos secundarios de la última sacudida empiezan a desvanecerse, suficiente para que pueda expresar la pregunta que me acucia.

—¿Qu... qué... es lo que estás intentando conseguir?

Sólo cuando está plenamente satisfecho con la colocación de la plataforma oscilante el golem renegado se vuelve a mirarme, ahora con expresión pensativa, casi sincera. Contenida, incluso.

—¿Qué estoy intentando conseguir, Albert? Vaya, mi propósito es evidente. Culminar el trabajo de mi vida.

»Pretendo inventar la máquina copiadora perfecta.

Didteriorados
... donde Verde huye y descubre...

El atardecer caía sobre la ciudad cuando salí al tejado del edificio, perseguido por una muchedumbre de pandilleros a rayas color caramelo, aullando y dispuestos a convertirme en fragmentos de cerámica. Me volví en la puerta de salida y disparé uno de mis últimos cargadores, vaciándolo en la escalera y llevándome por delante al perseguidor más cercano junto con varios escalones de madera, tres palmos de barandilla y un enorme trozo de antigua mampostería. Los demás retrocedieron a toda prisa.

Conteniendo la respiración, vi que era una posición defensiva bastante buena, por el momento.

Sin embargo, parecía que ellos tenían un montón de refuerzos, y de formas de derrotarme, con el tiempo.

Y ésa era una de las cosas de las que carecía, el tiempo, aparte de no tener aliados ni munición. Por no mencionar mi suministro de élan vital que se agotaba rápidamente y que se habría consumido en unas pocas horas, como mucho.

«Me estoy haciendo demasiado viejo para este tipo de cosas», reflexioné, sintiéndome rancio como una hogaza de pan que lleva varios días fuera del horno. Aquellos pandilleros-multicolores seguían allí abajo.

Podía oírlos moverse. Y sus susurros, debatiendo urgentemente cómo alcanzarme. «¿Por qué a mí?».

Todo aquello estaba muy por encima del típico ataque de una banda. Tampoco conseguía imaginar ningún motivo para que se tomaran tantas molestias tratando de aniquilar al barato verde utilitario de un detective privado muerto.

«A menos que Kaolin esté cabreado conmigo por faltar a nuestra cita».

Recordé que parecía bastante extraño. Los atacantes aparecieron justo después de que idPal, pobrecillo, mencionara lo de demandar a Eneas por falta de transparencia, para obligar al reclusivo multibillonario a abrir sus libros y los archivos de sus cámaras, quizás incluso exigirle que se mostrara en persona. ¿Podría ser eso lo que impulsaba al eremita a tomar medidas desesperadas?

«Tal vez Kaolin no envió a esos matones por mí, sino a recuperar a fotos».

En el bolsillo llevaba las fotos que sacó Reina Irme durante sus reuniones con «Vic Collins», el conspirador que ella creía que era Beta pero que más tarde reveló atisbos de piel platino bajo todo aquel astuto maquillaje. Instintivamente, yo había agarrado el carrito cuando Pal me lo lanzó. Guardar las pruebas, un buen reflejo para un detective. ¡Pero tal vez los pandilleros no me estarían persiguiendo si hubiera dejado atrás las fotos!

¡idPal tendría que haber sido quien agarrara la película antes de echar a correr! Nunca habrían capturado al pequeño idhurón. Sólo que la retiradano formaba parte de la naturaleza básica de mi amigo. Y ahora Pal nunca obtendría esos recuerdos.

Lástima. Puede que hubiéramos sido un par de desechables, pero tuvimos algunos buenos momentos, idPal y yo.

Frustrado, le di una patada a la puerta. «¡Tiene que haber una salida de este tejado!».

Todavía atento, me aparté un poco del borde, volviéndome para contemplar el crepúsculo en el idemburgo... quizá mi última visión del mundo. Al oeste y al norte, la genterreal estaría sentada en sus balcones y terrazas en aquel momento; bebiendo refrescos y viendo ponerse el sol mientras esperaban a sus otras mitades, los yoes que habían enviado a trabajar esa mañana con la promesa de una continuidad descargada como recompensa por un duro día de trabajo.

Eso está bien. Es justo. Pero ¿a qué casa podía ir yo?

Los gruñidos en la escalera se convirtieron en una fuerte discusión. Bien. Tal vez su estructura de mando había sido rota por la matanza que Pal y yo habíamos provocado, allá en el apartamento. O podía ser una añagaza, mientras preparaban una maniobra para sorprenderme por el flanco.

Corriendo el riesgo, me acerqué a un parapeto y me asomé a la oxidada escalera de incendios. No había nadie allí. Al menos todavía.

En el extremo opuesto del tejado había un desvencijado cobertizo hecho sobre todo con malla de alambre. Dentro, unas pequeñas formas grises se agitaban y arrullaban. Un palomar. Se podían distinguir dos figuras humanoides detrás: un adulto y un niño, trabajando juntos en la reparación de parte de la jaula. Ambos llevaban ropa deshilachada, adecuada para el ambiente del suburbio, pero su color de piel era de un ordinariamente realista tono pardo, casi marrón. Probablemente un efecto de la luz. A pesar de todo, inicié una rápida retirada por si acaso.

Al regresar a la escalera, llegué a tiempo de pillar a dos de los gladiadores a franjas rojas y rosadas tratando de sobrepasar los escalones destrozados por medio de cuerdas sujetas con garfios al techo. Abrieron fuego cuando aparecí, pero los cables oscilantes les hicieron fallar.

Así que los reduje a fragmentos que cayeron, dando tumbos, seis pisos hasta el vestíbulo de abajo.

«Sólo queda una bala», pensé, comprobando la dispersadora. También se me ocurrió que este artístico barrio artificial no era tan preciso como creían sus diseñadores. Incluso en el peor de los viejos días, había polis que podían asomar la nariz, tarde o temprano, si los disparos duraban demasiado tiempo. Pero aquí y ahora no vendría nadie.

«Bueno, tuviste tu oportunidad, Gumby. Podrías haber llamado al inspector Blane para que enviara a un puñado de agentes de la AST a recogerte. Pero te pareces demasiado a Pal. Él no puede resistirse a una pelea, mientras que tú tienes que

intentar ser más listo que las fuerzas de la oscuridad. Tú solito, si es posible.

»Aunque no tengas ni una pista».

¡Era cierto! Más de lo que había advertido. Mi estado de ánimo en ese momento lo revelaba. A pesar de todo, me sentía extrañamente... feliz.

Oh, no hay nada que coloque más que conseguir la atención de enemigos poderosos. No hay nada que te garantice mejor que vas a sentirte importante en el mundo, y por eso las teorías conspiradoras son tan populares entre la gente frustrada. En este caso, no era una ilusión. El poderoso Eneas Kaolin estaba al parecer dispuesto a invertir muchísimo sólo por cargarse mi verde cueto de porcelana.

¡Bien, pues que vinieran! Nada supera el drama de una última resistencia.

»Tal vez... —pensé, aunque me amargó admitirlo—. Tal vez soy Albea Morris, después de todo».

De hecho, había una cosa que estaba estropeando la sombría intensidad del momento. No el hecho de que todo pudiera terminar pronto, en una llamarada de batalla. Podía aceptar eso.

No, era otro de esos breves y extraños dolores de cabeza que habían empezado a asaltarme en las últimas horas... Habían comenzado siendo casi demasiado suaves para advertirlos, pero últimamente ha vuelto con mayor intensidad. Llegaban como un viento caliente y duraban solamente un minuto o así, llenándome de una inexplicable sensación de claustrofobia e indefensión, y luego se desvanecían, sin dejar ningún rastro. Tal vez era un efecto secundario de la extensión de la idvida. Yo no tenía ni idea de qué cabía esperar cuando el rejuvenecimiento se agotara finalmente. Sólo sabía que el día extra había sido bastante más interesante que disolverse en un charco.

Gracias, Eneas.

Un leve ruido llamó mi atención hacia el este, y me apresuré a mirar por encima del parapeto. Allí, en la escalera de incendios, vi a una docena de pandilleros intentando subir en silencio. Sólo que el oxidado armazón de metal no paraba de crujir y chasquear, estropeando su sigilo. Parecía tan endeble que, con suerte, se vendría abajo enviándolos al callejón.

«¿Debería intentar ayudar a la suerte?», me pregunté. Un disparo certero de la dispersadora podría soltar varios tornillos de la pared, causando una reacción en cadena, tal vez incluso volcando toda la escalera.

O tal vez no. Decidí guardar mi última bala, al menos un minuto o dos.

Una rápida ojeada al extremo sur mostró a otro puñado de idbulls subiendo. Éstos iban equipados con clavos en los dedos de las manos y los pies, y subían por la tremenda, mano sobre mano, clavando las agujas en la pared. Más que nunca, me sentí halagado por su atención.

Y ansioso por devolver el favor.

Un muro bajo rodeaba el tejado, con aspecto bastante decrepito y destartalado. Así que empujé... y tuve la satisfacción de notar cómo toda la masa cedía. Más de un

metro de ladrillos se desplomó. Siguió un grito. Eché a correr, pataleando y empujando, enviando más secciones de la pared contra los escaladores, y luego me volví y corrí hacia el hueco de la escalera.

Media docena de figuras buscaron protegerse mientras yo empuñaba la dispersadora. Eso me concedió un minuto de ventaja, calculé. Tras darme la vuelta, corrí a comprobar de nuevo la escalera de incendios, al este.

Ese grupo estaba ahora mucho más cerca. Tan cerca que ya no tuve ninguna opción. Mientras las balas salpicaban el borde de la pared, amartillé y elegí un blanco, disparando mi última bala donde haría más daño.

Dos guerreros-golem gritaron y el oxidado andamiaje gruñó cuando un tornillo saltó libre... y luego otro.

Pero la escalera de incendios no se desplomó. Los antiguos construían bien, maldición.

No quedaba tiempo. ¿Qué debería hacer ahora? ¿Tratar de esconder la película de Irene? Ellos registrarían cada centímetro cuadrado en cuanto me hubieran aplastado...

De repente pensé en el palomar. Tal vez podía atar el carrete a la pata de un pájaro y echarlo a volar, para que volviera cuando los matones se marcharan...

Las balas salpicaron bruscamente el tejado. Vi manos y brazos que asomaban por encima del parapeto. Agazapándome tras la escalera, esquivé esa amenaza sólo para ver más manos al otro lado.

«Sólo me queda una cosa que hacer, entonces. ¡Correr hacia el borde mientras aún puedo! Algún transeúnte puede verme estrellarme. Con un poco de suerte, recogerá el carrete de película, y tal vez mi cabeza, esperando una recompensa por hallarme. El código de mi placa los llevará a Alberca. O a Clara...».

Era una esperanza débil, pero fue todo lo que se me ocurrió mientras las voces sonaban ya a menos de un metro de distancia. Ahora llegaban balas de todas direcciones, cercando mi estrecho refugio, salpicándome de agudas astillas.

Encogí las piernas, preparándome para saltar al precipicio... Entonces me detuve, cuando capté un nuevo sonido que se alzó de la nada al estrépito en segundos.

Un gemido de motores.

El id de batalla que me estaba disparando se volvió, miró, y luego perdió el equilibrio con un grito.

Una nueva formase alzó para ocupar su lugar. Compacta, esbelta, poderosa... un cupé azul y blanco con motores de impulsión en tres esquinas y un logotipo en letras chillonas que anunciaba HARLEY en el morro.

La esbelta aeromoto giró mientras su cabina se abría, revelando una figura que saludó despreocupadamente, su motivo en espiral beis parecido al de una hélice girando.

«Beta —pensé—. ¡Así que por eso desapareciste durante la pelea!». Sonriendo, mi némesis me ofreció un pequeño espacio tras el asiento del piloto.

—¿Bien, Monis? ¿Vienes?

Lo crean o no, vacilé una décima de segundo, preguntándome si la acera sería mejor.

Entonces, esquivando balas, corrí hasta el santuario que me ofrecía mi enemigo jurado.

Secuestrado por didconocidos
... donde realAlbert se deja llevar...

Imaginen a la inimitable Fay Wray, agitándose vanamente en la presa inflexible de Ring Kong. Así es como debí de parecer yo mientras el gigantesco golem me sacaba de la zona de almacenaje subterránea bajo el único brazo que le quedaba. Dejé de rebullirme inútilmente y traté de recuperar la calma, de apaciguar mi corazón desbocado y enfriar las hormonas que surcaban mis venas. No fue fácil.

Un cavernícola, en peligro, nunca se preguntaba: ¿Soy lo suficientemente real para importar? Pero yo a menudo lo hago. Si la respuesta es, en realidad no, puedo saludar a la muerte con un aplomo que sólo los héroes conocían. ¡Pero si la respuesta es sí, el miedo se multiplica! En ese momento sentía el sabor de la bilis que brotaba de mi estómago. Tras haber visto arder mi casa y mi jardín, no quería que Clara llorara por mí dos veces.

—¿Adónde... me llevas? —pregunté, recuperando la respiración. El monstruo apenas respondió con un gruñido. Todo un charlatán. También apestaba, debido a algún tipo de fallo antes o durante la imprimación.

Tras apartarse de la pared, con su fila de armarios cerrados, me llevó por el enorme almacén dejando atrás estanterías llenas de equipo y herramientas... todas esas cosas que podrías necesitar, digamos, si unas pocas docenas de VIPs importantes quisieran refugiarse aquí para siempre sise producía alguna calamidad nucleo-bio-ciber-cerámica en la superficie. Casi habíamos llegado a la puerta cuando un tamborileo llegó desde el pasillo de fuera. Mi captor se detuvo en seco.

Prestó atención. Presté atención.

Parecían pasos de marcha.

Algo más que gruñidos obtusos se sacudieron en la cabeza del monstruo. Tomando una decisión, se hizo a un lado, refugiándose en las sombras antes de que llegara una procesión de soldados de barro.

Entraron en columna, uno tras otro, llevando colores de camuflaje del Ejército y todavía brillantes por el autohorno. Golems, grandes, vestidos y equipados para la batalla. ¿Había activado alguien las unidades de reserva? ¿Para buscarme a mí tal vez? Me sentí tentado de gritar y agitar los brazos, por si incluían a Clara.

Sólo que no la vi entre ellos.

Uno aprende a buscar señales: cierto gesto o el porte o tal vez el movimiento de las caderas. He podido detectar a Clara, en la fluctuante pantalla de una deporcam del campo de batalla, entre un escuadrón de cuadrúpedos cubiertos de lodo con placas reflectoras de armadura de estegasauroide. Los disfraces no importan. Es algo en la forma en que se mueve, supongo.

No, ella no iba en este grupo. De hecho, todos se movían igual, bamboleándose de una manera tan marcial como la suya, sólo que más arrogante. Y tal vez un poco sañuda. Tenía una sensación de familiaridad, aunque no podía catalogarla.

No grité. Los treinta golems de combate pasaron de largo, internándose en la sala de almacenaje, hacia el lugar donde yo me encontraba antes de que el monstruo me secuestrara. Y por primera vez me pregunté, ¿estaba intentando ayudarme?

¡Pronto oí sonidos de metal al rasgarse! Mi captor salió de entre las sombras ¡y desde lejos pudimos ver la demolición de varios armarios de la pared! Los ídems de batalla los atacaban, arrancando las puertas y volcando los contenidos, buscando... buscando...

Hasta que uno de ellos emitió un grito. La parte trasera de un armario se abrió con un fuerte siseo, revelando el vacío donde legalmente se suponía que había una pared de piedra.

¡Lo sabía!».

Por supuesto, mi satisfacción fue agridulce. Esto demostraba que yo era todavía un detective privado bastante bueno. ¡También demostraba que era un idiota por no haber llamado a las autoridades antes! Ahora...

¿Ahora?

Dudé mientras el gran golem me cargaba bajo su brazo bueno y se encaminaba en dirección contraria, al pasillo.

¡ThHhHhHhHbH-mmrrnmmph!

¡Detrás de nosotros, oí fuego de láser y masar de fase! Zumbidos graves y amenazadores seguidos por los rápidos chasquidos de la roca al romperse... y el golpeteo del barro húmedo y cálido golpeando alguna pared. Los ids de batalla debían de haberse encontrado algo dentro del túnel. Defensas. Fuertes.

«Y tú ibas a entrar sin más. Idiota», me reprendí.

¡Si al menos pudiera hacer esa llamada! Pero el chador había desaparecido. De todas formas, el gran monstruo me llevaba en dirección opuesta, por un largo pasillo, hacia el fresco olor de almas recién cocidas.

Entramos en una cámara que contenía congeladores y hornos de lujo, de los que usan las elites, equipados con cribadores de Onda Establecida de la más alta calidad. Más material para la flor y nata del Gobierno si alguna vez tenía que ocultarse aquí mientras los demás las pasaban cantas, ahí arriba. Varios congeladores estaban abiertos, con sus contenidos recientemente saqueados. Un horno de alta velocidad siseaba, la maquinaria enfriándose después de haber terminado de procesar una gran hornada, posiblemente el grupo de guerreros que acababa de ver. Los que se abrían paso por el túnel hacia meseta Urraca.

Pero ¿dónde estaba la fuente arquetipo, el archi? ¿El que hizo la imprintación? Evidentemente, aquello no era la policía militar trabajando. Traté de buscar la

máquina copiadora. Doblamos una esquina.

Desde mi posición, atrapado bajo aquel brazo gigantesco, vi algo moverse. Una figura yacía tendida en la placa original de la copiadora, mientras una segunda se inclinaba, sosteniendo algún ominoso instrumento.

¡El gran golem que me transportaba soltó un grito y atacó!

La figura que estaba de pie se volvió, buscando un arma... pero los tres chocarnos antes de que lograra agarrar la pistola, y caímos amontonados.

«Mi» golem necesitaba el brazo para luchar con el idsoldado de gruesos miembros, así que me liberó y me aparté lo más rápido que pude, y luego me puse en pie mientras me frotaba la magullada caja torácica. ¡La batalla empezó mientras dos golems monstruosos se golpeaban, avanzando y retrocediendo entre horribles rugidos!

«Primero las personas reales», pensé, recordando las lecciones del colegio. Corrí hasta la figura que yacía tendida en la placa... ¡y me quedé boquiabierto al ver a Ritu Maharal! Yacía allí, consciente (tienes que estarlo, para poder hacer copias decentes) pero sus ojos no me vieron al principio mientras tiraba de las crueles correas que la sujetaban.

—Al... —Se atragantó— ¡Al-bert...!

—¿Qué hijo de puta te ha hecho esto? —maldije, odiando a quienquiera que fuese. La copia involuntaria (el robo de almas) es una forma de violación especialmente desagradable. En cuanto solté las correas, la levanté de la mesa y la llevé a un rincón, lo más lejos posible de los titanes en lucha. Ella se abrazó a mí con fuerza, enterrando la cabeza en mi hombro, sollozando mientras su cálida piel se estremecía.

—Estoy aquí. Todo saldrá bien —prometí, aunque no estaba seguro de poder cumplir la promesa. Busqué posibles salidas de la sala mientras «mi» monstruo manco batallaba contra el otro gran golea. El que había estado apretando las ligaduras de Ritu, preparándose para...

Miré al suelo donde yacía el equipo que había caído de los dedos de aquel ídem. No era un aparato de tortura, sino un medspray, lleno de un líquido púrpura. Me pregunté... ¿podrían ser engañosas las apariencias? ¿Y si era sólo un médico, que intentaba ayudar a Ritu?

El láser caído revoloteaba por el suelo, lanzado de un lugar a otro mientras los gigantes rugían, golpeaban y se atacaban entre sí. ¿Debía yo intentar agarrar el arma? No era fácil, entre aquellos enormes miembros. Y supongamos que consiguiéramos recuperar el arma. ¿Debería dispararle al primer ídem, o al segundo?

Mientras Ritu temblaba en mis brazos, la cuestión quedó zanjada con un doble chasquido de final. Ambos golems en liza de repente se estremecieron y se quedaron quietos.

—Vaya, que me...

Tardé un instante en soltarme de la pobre y temblorosa Ritu y apartarla. Di unos

pasos hacia los dos cuerpos, que ya empezaban a derretirse en el suelo. Me acerqué con cautela, aunque ella trató de frenarme, hasta que los vi claramente en el suelo, más allá de las mesas de imprimación.

Mi captor, el rox manco, yacía encima del otro, aparentemente sin vida.

El de abajo, el que intentaba inyectarle a Rin medicina o veneno, yacía con el cuello torcido en un ángulo extraño. Pero una chispa permanecía. Los ojos brillaban, mirando directamente a los míos, llamándome.

Contra mis mejores instintos, y los frenéticos tirones de Ritu, me acerqué.

Uno de los ojos me hizo un guiño.

—Hola... Morris —dijo entrecortadamente—. Tienes... tienes que dejar... de seguirme... de esta forma.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Beta? ¡Por los clavos de Cristo! ¿Qué estás haciendo tú aquí? Una risa. Desdeñosa y superior. La conocía bien.

—Oh, Morris... puedes ser... tan obtuso —la efigie de mi enemigo tosió, escupiendo saliva, la mirada desencajada y mortal—. ¿Por que no le preguntas a ella qué estoy haciendo aquí?

Los ojos chispeantes se dirigieron hacia Ritu.

Miré a la hija de Ritu Maharal, quien gimió en respuesta.

—¿Yo? ¿Por qué debería saber nada sobre este monstruo? idBeta volvió a toser. Esta vez las palabras se mezclaron con un ronquido de muerte.

—Por qué, en efecto... Betty...

Entonces toda la luz desapareció de sus ojos.

Supongo que, hace tiempo, uno sentía cierta gratificación al ver a tu enemigo morir delante de ti. Una sensación de culminación, al menos. Pero Beta y yo nos habíamos hecho esto mutuamente, murmurar nuestras últimas palabras crípticas el uno en brazos del otro, tantas veces, que ahora sólo podía considerarlo con total frustración.

—¡Maldición!

Le di una patada al golem manco. El golem mudo que al parecer había pretendido rescatarnos a Ritu y a mí, todo el tiempo.

—¿Por qué has tenido que matarlo? ¡Tenía preguntas que hacerle! Me volví hacia Ritu, que todavía temblaba por la reacción y claramente no estaba en condiciones de ser interrogada.

Justo entonces un autohorno cercano se activó, siseando y rugiendo. Nadie le había pedido que lo hiciera, por lo que yo sabía. No me gustó el sonido.

El ídem y el péndulo
... donde el gris se combina con el rojo...

Ecos... los extraños de fuera... siguen haciéndose más fuertes, se repiten cada pocos minutos. Cada vez que la gran máquina dispara otro modo de «resonancia», yo/nosotros captamos atisbos de algo que parece a la vez distinto y familiar. A la vez curiosamente tranquilizador y extrañamente terrorífico.

Oh, tío... nosotros/yo acababa de empezar a acostumbrarme a estar combinado. Un estado confuso... una mente compartiendo dos cuerpos, el gris y el pequeño rojo, oscilando de ten lado a otro, continuamente imprimiéndose entre sí. Dos cerebros emulados, enlazados no sólo por un alma-molde común, sino por la misma Onda Establecida que recorre el espacio vacío entre nosotros.

Un espacio donde el fantasma gris de Yosil Maharal se está preparando para asentarse, en una plataforma oscilante que se mueve adelante y atrás, pasando entre Gris y Pequeño Rojo a intervalos regulares.

Existe algo familiar en el ritmo del péndulo... enlazado a la pauta de nuestros rítmicos estallidos-alma. No es ninguna coincidencia, apuesto.

«No apuestes», noto que coincide el Pequeño Rojo, desde fuera de mi cráneo gris, sintiendo que no hay ninguna diferencia con las muchas voces internas que una persona conjura a lo largo de un día. Extraño.

—Dijiste que estabas haciendo la copiadora perfecta —pincho a idMaharal, tratando de hacerlo hablar. Incluso sus pesados discursos son mejores que el temor de la espera. O tal vez sólo estoy buscando ganar tiempo.

Él levanta la cabeza de sus preparativos y me mira. Está ocupado pero nunca lo suficiente como para no pontificar.

«Lo llamo un xandzier» —dice, con evidente orgullo—. ¿Un... qué?

—A-N-D-Z-I-E-R —deletrea—. Quiere decir Amplicador Nivel Dios por Zeitgeist de Identificación y Ego-refracción. ¿Te gusta el nombre?

—¿Gustarme? Me...

Cuando empiezo a responder, siento golpear la última onda amplificada, que dispara otro espasmo y me hace debatirme contra las ataduras que me retienen. Es doloroso, y está cargado de esos extraños ecos, pero por fortuna es rápido. De hecho, me estoy empezando a acostumbrar.

He empezado a advertir algo en ellos aparte de sólo agonía. Algo extrañamente parecido ala música.

Cuando la onda mengua, puedo continuar respondiendo a la pregunta de Maharal. Me... parece espantoso. ¿Qué... te ha hecho escoger un nombre tan horrible?

El golem que asesinó a su propio hacedor (y al mío) reacciona a mi pulla riéndose con fuerza.

—Bueno, admito que fue un poco caprichoso por mi parte. Verás, quería que en el acróstico hubiera cierto paralelismo con... —Con láser. No soy estúpido, Maharal.

El da un respingo, con evidente sorpresa.

¿Y qué más has advertido, Morris?

Nosotros dos... los dos ídems de Morris... el gris y el rojo... somos como los espejos a ambos extremos de un láser, ¿no es eso? Y lo importante... lo que se supone que tiene que amplificar... pasa por el centro.

—¡Muy bien! Así que fuiste al colegio.

—Cosa de niños —gruño—. Y no me trates con condescendencia.

Si voy a proporcionar el instrumento para convertirte en dios, muéstrame un poco de respeto.

Los ojos de idYosil se ensanchan un instante, luego asiente.

—Nunca lo había mirado de esa forma. Así sea, entonces. Déjame explicártelo sin ser condescendiente.

»Todo gira en torno ala Onda Establecida que Jefty Anonnas encontró titilando en esa región del espacio fase entre la neurona y la molécula, entre el cuerpo y la mente. La llamada esencia del alma que Bevisov aprendió a trasladar al barro, demostrando que los antiguos sumerios tenían conocimiento de una verdad perdida. La esencia motivacional que Bevisov y yo imprimamos luego en los maravillosos autómatas de barroanimación de Eneas Kaolin, con resultados que asombraron y transformaron el mundo.

—¿Y? ¿Qué tiene todo esto que ver con...?

—A eso voy. Sostenida por campos y átomos, como todo lo demás, la Onda Establecida es sin embargo mucho más que la suma de nuestras partes, nuestros recuerdos y reflejos, nuestros instintos e impulsos, igual que las ondas del mar sólo muestran las porciones superficiales de un tira y afloja enormemente complejo que tiene lugar debajo.

Estoy sintiendo acercarse otro pulso. Al ver la plataforma suspendida, me he dado cuenta de que oscila adelante y atrás exactamente veintitrés veces entre cada doloroso latido de la máquina.

—Todo eso suena muy bonito —le digo a idYosil—. ¿Pero qué hay de este experimento? Tienes mi Onda Establecida oscilando de un lado a otro, con dos yoes míos actuando como espejos. Porque soy tan buen copiadador que...

¡El siguiente pulso golpea, fuerte! Gruño y me debato. A veces el efecto es peor, como arrancar armonías de una cuerda de tripa cuando está todavía dentro de la tripa. Luego, bruscamente, otro de esos ecos me recorre...

Y brevemente me encuentro contemplando un paisaje, iluminado por la luna, de oscuras llanuras y barrancos, cubierto de brillos y sombras opalinos, que se extiende ante mí como visto por una criatura del aire.

Entonces pasa.

Trato de aferrarme a mi cadena de pensamientos, usando la conservación como ancla... ya que mi ancla real, el Albert Morris orgánico, está muerto, según me han dicho.

—Así que usas mi Onda Establecida... porque soy muy buen copiadore. Y tú eres malísimo. ¿Tengo razón, Yosil?

—Imprudente, pero correcto. Verás, es fundamentalmente una cuestión de contabilidad...

—¿De qué?

—De contabilidad, como hacen los físicos y los almistas. Añadir, ordenar o contar porciones de partículas idénticas. ¡O de cualquier otra cosa, por cierto! Saca un puñado de canicas de una bolsa... ¿importa cuál es cuál, si todas son iguales? ¿De cuántas formas diferentes puedes clasificarlas, si todas son iguales? ¡Resulta que las estadísticas son totalmente diferentes si cada canica tiene algo único! Una muesca un arañacito, una etiqueta...

—¿De qué demonios estás hablando...?

—La diferencia es especialmente importante a nivel cuántico. Las partículas pueden ser contadas de dos formas: como fermiones y como bosones. Los protones y electrones se clasifican como fermiones, que son obligados a estar separados por un principio de exclusión más fundamental que la entropía.

»Aunque parezcan idénticos y procedan de la misma fuente, tienen que ser contados individualmente y ocupar estados que estén cuanto separados por una cierta cantidad mínima.

»Pero a los bosones les encanta mezclarse, solaparse, fundirse, combinarse, marchar al paso... por ejemplo, en las ondas de luz amplificadas y coherentes generadas por un láser. Los fotones son bocones, ¡y son cualquier cosa menos aislados! Felizmente idénticos, se unen, se superponen...

—Ve al grano, ¿quieres? —grito—, o esto va a durar toda la noche. El fantasma de Yosil me mira con el ceño fruncido.

—¿Al grano? Aunque una copia-golem pueda ser muy parecida a su original, algo siempre impide que el alma-duplicada sea idéntica... contando con las estadísticas de Bose. Eso significa que no puede ser multiplicada-coherente, como la luz láser. ¡Es decir, no podía serlo, hasta que encontré un modo! Empezando con un copiadore excelente y un ego de la ductilidad adecuada...

—Entonces es como un láser y estás utilizando a dos yoes para que sirvan de espejo. ¿Cuál es tu papel en todo esto?

El sonrío.

—Tú proporcionarás la ondaforma transportadora pura, Morris, ya que eres tan bueno en ello. Pero la sustancia del alma que vamos a amplificar será mía.

Al oír esto y mirar su expresión facial... oh, tiene el Smersh-Foxleitner, desde luego. En fase cuatro, como mínimo. Amoral, paranoico y con un profundo

autodesprecio. Los casos más agudos pueden ser diecisiete cosas diferentes antes de desayunar... ¡y a veces tejen brillantemente esas nociones incompatibles al mediodía!

—¿Qué hay de esa parte de nivel-dios de tu máquina de estúpido nombre? —pregunto, aunque no espero respuesta—. ¿No es eso poco científico? ¿Incluso místico?

—No seas burdo, Albert. Es una metáfora, naturalmente. En este momento no tenemos palabras para describir lo que estoy a punto de conseguir. Trasciende el lenguaje de hoy, igual que un monólogo de Hamlet no puede compararse aun chimpancé.

—Sí, sí. Ha habido rumores Neo Era sobre esa «trascendencia» desde que puedo recordar. Máquinas de proyección del alma y planes descabellados para cargar a gente directamente al cielo. Kaolin y tú sufristeis esas tonterías durante décadas. ¿Y ahora me estás diciendo que hay, en ellas un fondo de verdad?

—Sí, aunque usando ciencia verdadera en vez de meros deseos.

Cuando tu Onda Establecida se convierta en un concentrado Bose...

idYosil hace una pausa, ladeando la cabeza, como si sintiera curiosidad por un sonido. Luego, sacudiendo la cabeza, se dispone a continuar describiendo con entusiasmo su ambición de convertirse en algo nuevo, algo mucho más grande o mejor que los meros mortales. Abre la boca...

Mientras un ruido penetra la cámara subterránea, ahora claramente audible. Un rumor distante, más allá de la pared de piedra.

Un panel de instrumentos se enciende con luces de advertencia, algunas rojas, otras ámbar.

—Intrusos —anuncia una cibervoz—. Intrusos en el túnel...

Un globo de imagen aparece en el aire, haciéndose más grande mientras ambos le prestamos atención. Dentro, vemos figuras oscuras que recorren un sucio pasillo de piedra sin revestir. Súbitos destellos surgen de un saliente, cortando a una de las figuras por la mitad, pero el resto de la fuerza armada responde con sorprendente rapidez, alzando sus armas, disparando y abatiendo a los robocentinelas ocultos. Pronto el camino queda despejado y ellos reemprenden su firme marcha.

—Tiempo de llegada estimada a este lugar: cuarenta y ocho minutos...

El fantasma gris de Maharal sacude la cabeza.

—Esperaba contar con más tiempo, pero puede hacerse.

Se apresura, abandonando nuestra conversación, regresando a sus preparativos. Preparativos que me van a utilizar...

«¡Que nos van a utilizar!», insiste el Pequeño Rojo.

Que nos van a utilizar para elevar su alma, amplificándola a algún grandioso nivel de poder. Típico del puñetero Smersh-Foxleitner. La enfermedad del científico loco.

¿Podría funcionar de verdad?, me pregunto. ¿Podría el fantasma de un profesor muerto transformarse más allá de ninguna necesidad de cerebro orgánico, o de contacto físico con el mando? ¿Elevándose tal vez a una vida tan alta que un simple

planeta se vuelva trivial y aburrido? Puedo imaginar a una entidad macroMaharal marchándose, buscando aventuras a escala cósmica entre las estrellas. Lo cual me parecería estupendo, supongo, siempre que se marchara y dejara este mundo en paz.

Pero tengo la inquietante sensación de que idYosil tiene en mente una especie de deificación mucho más local. Más provinciana y profundamente controladora.

A mucha de la gente que conozco no le gustará eso en lo que se quiere convertir.

Oh, y el proceso probablemente agorará los «espejos» de su... andzier. Sea cual sea el resultado, no creo que a yo/nosotros (gris/rojo) nos guste mucho servir como vehículo para que Yosil alcance su nirvana personal.

—¿Sabes...? —empiezo a decir, esperando distraerlo.
Sólo que entonces golpea otra sacudida.

Rox en el desierto
... donde Verde se deja llevar por la didsesperación...

El niño del martes está lleno de gracia...

El niño del miércoles está lleno de asombro...

El niño del jueves tiene que ir muy lejos, y...

«¿Y?» me pregunté. Después de mi azarosa y generosamente extendida estancia en la Tierra (más de dos días enteros), «¿a continuación, qué?».

No mucho, al ritmo que mi cuerpo empezaba a deteriorarse. Podía sentir los familiares síntomas de la senectud golem apoderándose de mí, y atisbas del reflejo salmón, esa urgencia por regresar a casa para hacer una descarga de memoria. Para escapar del olvido regresando al único cerebro real orgánico donde yo podría seguir viviendo.

¡Un cerebro que todavía podía existir! Justo cuando me había acostumbrado a la idea de que lo habían volado en pedacitos, me pregunté: «Supongamos que Albert Morris vive, y de algún modo pudiera alcanzarlo antes de disolverme. ¿Me aceptaría?».

Suponiendo que aún viviera.

¡Eso parecía una posibilidad cada vez mayor mientras Beta pilotaba su ágil Harley a través de la noche! Según los informes de la Red que vi mientras viajaba tras el asiento de Beta.

—Eso lo zanja todo —anunciaba la deducción de un aficionado—. ¡Nunca encontraron suficientes residuos protoplásmicos en esa casa quemada que sumen un cuerpo entero!

«Y vean cómo se está comportando la policía. ¡Los auditores de balística todavía están trabajando, pero la División de Protección Humana se ha marchado! Eso significa que aquí no ha muerto nadie».

Debería haberme alegrado. Sin embargo, si Albert existía, probablemente ordenaría a un ejército entero de ítems suyos, usando grises y ébanos de alta calidad que localizaran al villano que destruyó mi., nuestro... su jardín. Vaya, en ese caso, ¿agradecería el regreso de un verde prófugo, que se negó a corear el césped?

Buena pregunta... ¡que no serviría para nada si no podía encontrarlo! ¿Dónde se encontraba Albert cuando cayó el misil? ¿Y dónde estaba ahora?

Beta me ofreció una teoría, volviendo la cabeza para hacerse oír por encima de los motores.

—Mira qué han descubierto algunos didtectives hobbistas en los datos de las

cámaras callejeras del martes.

Su cabeza indicó un globo de imágenes que mostraba la casa de la avenida Sycamore, antes de que fuera destruida. Apoyando la barbilla en el asiento de piloto de Beta, vi la puerta del garaje abrirse ala pálida luz del crepúsculo. El Volvo salió.

—¡Se marchó! ¿Entonces por qué piensa todo el mundo que estaba allí todavía cuando...? Oh, ya comprendo.

Cuando el coche giró en Sycamore, una cámara obtuvo una bella imagen del conductor. Era un Alberio Morris gris. Calvo y brillante, el golem perfecto. Por deducción, realAl debía de estar todavía en casa. Beta sabía que no.

—Las apariencias no significan nada. Tu archi es casi tan bueno con los disfraces como yo —una gran alabanza viniendo de un maestro del engaño—. Pero entonces, ¿dónde...? Pagué a una voyeur freelance mucho más cara. Siguió el coche de videocámara en videocámara por la autopista Skyway, hasta una carretera sin cámara. —idBeta indicó el parabrisas y un fino carril desértico que teníamos ahora debajo. La luz lunar pintaba tonos pálidos y solitarios, un mundo diferente a la ciudad repleta de ídems, o de barrios donde genterreal cómodamente desempleada se distraía con un millón de hobbies. Debajo reinaba la naturaleza... sujeta al consejo y consentimiento del Departamento de Medio Ambiente.

—¿Qué podría pretender Albert, al venir aquí? —me pregunté en voz alta. Nuestros recuerdos eran iguales hasta el martes a mediodía. Algo debía de haber pasado desde entonces.

—¿No tienes ni idea?

—Bueno... después de que me fabricaran, Ritu Maharal llamó con la noticia de que su padre había muerto en un accidente de coche. Mi siguiente movimiento habría sido estudiar el lugar del siniestro.

—Vamos a ver.

Beta manejó los cables de un controlador. Las imágenes fluctuaron, centrándose en una desolación rocosa, bajo un viaducto en la autopista. La policía y otros vehículos de rescate rodeaban unos restos de metal retorcido.

—Tienes razón —anunció Beta—. No está lejos de aquí, y sin embargo... qué extraño. Albert pasó de largo; estamos a cincuenta kilómetros al sur.

—¿Qué puede haber al sur, excepto...?

Bruscamente, lo supe. El campo de batalla. Iba a ver a Clara.

—¿Has dicho algo? —preguntó Beta.

—Nada.

La vida amorosa de Albert no era de la incumbencia de este tipo.

Además, yo había visto a Clara ese mismo día, recorriendo las ruinas. Así que no debían de haberse encontrado, después de todo. Algo olía mal, desde luego. Después de volar en silencio un rato, le pedí a Beta un chador. El sacó un modelo compacto de la guantera y me lo pasó. Rebulléndome en el estrecho espacio, deslicé los pliegues hololuminiscentes sobre mi cabeza y pasé un rato rápido recitando un informe,

resumiendo lo que había sucedido desde la última vez, sin preocuparme de si Beta lo escuchaba o no. Él ya sabía todo lo que había pasado después de que idPal y yo saliéramos del Templo de los Efímeros.

—¿A quién le vas a enviar el informe? —me preguntó como si nada cuando me quité el chador. Una tecla brillaba cerca, lista para cualquier dirección en la Red. El buzón del jefe de policía. La página de los delatores del Times. O la cola de correo fan/basura de uno de esos astronautas golem que estaban en Titán ahora mismo, explorando por turnos de un día o dos, y disolviéndose luego para ahorrar comida y combustible hasta que el siguiente reemplazo saliera del almacén.

Me hice a mí mismo esa pregunta. Si envió un mensaje codificado al depósito de Albert, no hay ninguna garantía de que Beta no le coloque un parásito-seguidor.

¿A Clara, entonces? ¿A Pal?

Suponiendo que los pandilleros no hubieran lastimado a mi amigo en medio de todo aquel jaleo, se hallaría en un estado terrible: o bien cabreado por la pérdida de los recuerdos de idPal o sumido en estupor si le habían forzado a tomar un olvidador. Fuera lo que fuese, Pal no sabía ser discreto.

Entonces pensé en alguien adecuado... con la virtud añadida de que molestaría a Beta.

—Al inspector Blane, de la Asociación de Subcontratas de Trabajo —le dije a la unidad transmisora, atento a la reacción de mi acompañante. Beta simplemente sonrió y se entretuvo con los controles mientras mi informe salía.

—Incluye una copia de la película —sugirió—. Esas fotos que tomó Irene.

—Te implican...

—En un espionaje industrial Clase D. Un asunto civil menor. ¡Pero el intento de sabotaje a HU fue algo serio! Podría haber corrido peligro genterreal. Esas fotos demuestran que Kaolin...

—No sabemos si fue él. ¿Por qué sabotear su propia fábrica?

—¿Por el seguro? ¿Una excusa para librarse de equipo de sobra? Se esforzó en implicar a todos sus enemigos: Gadarene, Wammalcer, Lum y yo.

Yo había estado pensando en Kaolin. ¿Qué había en la División de Investigación que pudiera querer destruir? ¿Un programa que no pudiera clausurar justificadamente... a menos que fuera destruido por un acto que escapara a su control?

¿O un programa que no quería compartir?

Yo conocía de primera mano un logro (el rejuvenecimiento golem) que me dio este día extra, lleno de acontecimientos. Supongamos que me mostrara leal a Aneas por eso, entregándole a él la película. ¿Sería mi recompensa otra extensión? Supongo que dice mucho de mí que nunca me sintiera tentado. La costumbre de toda una vida... considerarte sacrificable cuando eres de barro.

Con todo, ¿por qué contenerla nueva tecnología revitalizadora? ¿Para que la gente siguiera comprando montones de repuestos de ídems?

No necesariamente. Los hornos y los congeladores y las imprimadoras eran el gran negocio, y las ventas habían bajado. También se hablaba de «conservación»: podíamos agotarlos mejores lechos de barro en una generación o dos. ¿Qué podía ser más beneficioso para HU que actuar responsablemente, y ganar miles de millones, fabricando y vendiendo revitalizadores? Además, supongamos que se cargara a todos los ídems de la División de Investigación. La noticia del descubrimiento se filtraría de todas formas, en cuestión de meses.

Pero Kaolin debía de tener un motivo. Un motivo que yo todavía no había deducido.

—La película podría exculpamos, a mí... y a ti —insistió Beta—. Tengo un escáner aquí. Insértala y envíala —indicó una ranura en el panel de control.

—No —dije yo, cauteloso—. Todavía no.

—Pero en cuestión de segundos Blane podría tener una copia y...

—Más tarde.

Sentí otro de esos extraños dolores de cabeza acercándose, breve pero intensamente desorientador, acompañado por incómodas sensaciones de claustrofobia, como si yo no estuviera allí, sino en algún lugar estrecho, asfixiante. Probablemente un efecto secundario de mi existencia prolongada.

—¿Nos falta mucho?

—La última pista del Volvo fue por allí —Beta señaló una curva en la carretera desértica—. No hay más avistamientos. Nunca volvió a aparecer en la siguiente cámara que cubre la autopista. He estado trazando círculos, buscando señales, pero Albert desconectó el transmisor de su coche, chico malo. Y no llevaba ninguna placa en la frente si era real. Estoy perdido.

—A menos...

—¿Sí?

—A menos que se marchara con un repuesto en el maletero.

—¿Un repuesto? —Beta reflexionó—. Aunque no estuviera cocido todavía, la placa respondería si emitiéramos un código lo bastante cerca. Magnífico. Déjame que haga una lectura de tu placa para hacer una comparación...

Beta sacó un escáner portátil. El motivo: si Albert se llevó un repuesto, podría ser de la misma hornada de fábrica que yo. Códigos similares, a menos que lo manipulara. Y a menudo era demasiado perezoso para hacerlo.

—Buena idea —pero aparté el escáner—. Nada de jueguecitos. Ya leíste mi código. Lo sentí cuando subí a bordo.

Beta ofreció su sonrisa de costumbre.

—Muy bien. Un poco de paranoia te viene bien, Morris.

«Yo no soy Morris», pensé. Pero la protesta, que parecía orgullosa el martes, se me antojaba hueca ahora.

—Vamos a ver si podemos encontrar ese ídem de repuesto —murmuró el piloto,

volviendo a sus instrumentos. La aeromoto saltó poderosamente bajo su mando.

Tiene que compensar ser un pirata de los copyrights. Incluso después de que el enemigo de Beta se cargara su imperio falsificador, todavía tiene suficientes trucos guardados para hacer una copia de emergencia que cabalgue con estilo.

—Lo tengo —dijo Beta minutos después—. La resonancia es...

¡Maldición! El coche se dirigió al este, a las tierras malas. ¿Por qué iba Albert a circular a campo traviesa en un Volvo?

Me encogí de hombros, incapaz de imaginar nada mientras la señal se hacía más fuerte. Una localización a largo alcance como ésa sería imposible en la ciudad, con tantas placas identificadoras. Allí la teníamos delante sin duda alguna.

—Con cuidado, es zona peligrosa —le advertí. Los barrancos más bajos carecían incluso de luz lunar. Beta dejó que los instrumentos tomaran el mando haciendo lo que los ordenadores y el software hacen mejor, ejecutar procedimientos sencillos con total precisión. Un minuto más tarde, entre un rugido, un golpe estremecedor y luego un suspiro, aterrizamos en un estrecho cañón. Los faros de la Harley iluminaron los restos de un vehículo volcado. ¡No estaba tan destrozado como el de Maharal!, pero sí igual de atrapado.

¿Cómo había sucedido esto? ¿Podría Albert estar muerto, después de todo?

Tuve que esperar a que Beta abriera la burbuja y saliera primero, manejando su escáner, y luego lo seguí para verificar que no había ningún cuerpo real. Así que Albert se marchó o se lo llevaron. Bien. No me apetecía enterrar a mi hacedor.

—Todos los componentes electrónicos del coche están estropeados. Un arma de pulsión podría hacer esto —comentó Beta—. Imagino que hace casi dos días.

—Y nadie ha localizado el coche en todo ese tiempo —alcé la cabeza para ver lo estrecho que era el barranco.

—Aquí está el id de repuesto.

El maletero del coche destrozado gimió al abrirse para revelar un pequeño horno portátil y una crisálida de CeramWrap abierta. El cuerpogolem no había sido activado. En vez de disolverse, se había secado como una figurita de barro, agrietándose con el calor del desierto. Una vida latente, un Albert potencial, que nunca tuvo oportunidad de caminar o comentar sarcásticamente las ironías de la existencia.

A la luz de la aeromoto, vi un profundo tajo en la base de la garganta del ídem. El pequeño grabador-recitador. Se lo pongo a todos los grises para que narren sus investigaciones en tiemporeal. Alguien lo arrancó. Sólo Albert podía saber que estaba allí.

Beta, usando una linterna para examinar cada centímetro del compartimento de pasajero, maldijo pintorescamente.

—¿Dónde puede haberse ido ella? ¿Los recogió alguien? ¿Intentaba alcanzar...?

—¿Ella? ¿Había una pasajera?

El desdén tiñó la voz de Beta, sustituyendo su reciente cordialidad.

—Siempre dos pasos por detrás, Morris. ¿Creías que me iba a tomar todas estas molestias sólo para encontrar a tu rig perdido?

Pensé rápidamente.

—La hija de Maharal. Ella contrató a Albert para que investigara el accidente de su padre... Albert debía de venir con ella para echarle un vistazo al sitio del siniestro. O bien...

—Continúa.

—O bien iban al lugar del que huía Maharal cuando murió. Un lugar que Ritu conocía.

Beta asintió.

—Lo que no puedo comprender es por qué Morris fue en persona. Y disfrazado. ¿Sabía que tenían controlada su casa?

Yo tenía una leve idea, por la manera en que Albert se sentía cuando me fabricó. Solitario, cansado y pensando en Clara, cuyo batallón hacía la guerra no muy lejos de allí.

—¿Qué sabes tú de los asesinos? —pregunté, cambiando de tema.

—¿Yo? Pues nada.

«¡Sabes algo! —Me dieron ganas de decir—. No toda la historia, tal vez. Pero tienes sospechas».

Era hora de andar con cuidado.

El martes, después de ayudar a Blane en la redada de tu operación en el edificio Teller, me encontré con un amarillo en uno de los tubos de eliminación. Hablaba convincentemente igual que tú, y me dijo que un nuevo enemigo se estaba haciendo con todo. Luego me pidió que fuera a Betzalel... y que protegiera a alguien llamado Emmett... o tal vez el emes. ¿Puedes explicarme lo que querías decir?

—El amarillo estaba desesperado, Morris, si te pidió a ti un favor.

Ah, el familiar Beta y sus insultos. Pero yo estaba intentando ganar tiempo, comprobando mis intermediaciones por si las cosas de pronto se ponían feas.

—Yo estaba demasiado agotado para darle demasiada importancia. Con todo, las palabras me parecieron familiares. Luego recordé. Se refieren a la leyenda del Golem original, en el siglo XVI, cuando se dice que el rabino Lowe de Praga creó una poderosa criatura de barro para proteger de la persecución a los judíos de esa ciudad.

»El emes era una palabra sagrada, bien escrita en la frente de la criatura o colocada en su boca. En hebreo, significa “verdad”, pero puede representar la fuente o el manantial... todas las cosas que brotan de una raíz.

—Yo también fui al colegio, ¿sabes? —Beta reprimió un bostezo—. Y Betzalel fue otro de esos rabinos creadores de golems. ¿Y qué?

—Dime por qué estás siguiendo la pista de la hija de Yosil Maharal tan ávidamente.

Él parpadeó.

—Tengo mis motivos.

—Sin duda. Primero pensé que querías usarla como molde para tu comercio de ídems pirata. Pero ella no es ninguna vampiresa fedomasoquista, como Wammaker, con una clientela fija. Ritu es bonita, pero los atributos físicos son triviales en golemtecnología. Es la personalidad, la Onda Establecida única, lo que hace que un molde sea especial comparado con otro. —Sacudí la cabeza—. No, estás siguiendo a Ritu para encontrar la fuente. Su padre. Para descubrir qué secreto asustó a Yosil Maharal y lo hizo estudiar las artes del engaño. Un secreto tan aterrador que huyó a través del desierto el lunes por la noche, escapando de algo que lo persiguió y finalmente lo mató. —Como Beta guardaba silencio, insistí—. ¿En qué juego estás involucrado? ¿Cómo encajas entre Maharal y Eneas Kaolin?

El goleen de Beta echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—Estás hablando por hablar. En realidad no tienes ni idea.

—¿No? ¡Entonces explícate otra vez, gran Moriarty! ¿Qué daño puede hacer decírmelo?

Él se me quedó mirando un instante.

—Hagamos un trato. Tú transmites esas fotos. Y luego yo te cuento una historia.

—¿Las fotos de Irene? ¿Las del Salón Arco Iris?

—Sabes a qué fotos me refiero. Envíaselas al inspector Blane. Él sabe cómo las conseguiste, por el informe que acabas de enviar. Transmite y verifica. Luego hablaremos.

Ahora me tocó a mí el turno de hacer una pausa. «Me rescató de ese tejado para que lo ayudara a localizar a realAlbert... y a Ritu Maliaral... y el escondite secreto de su padre.

»Ahora ya no tengo ninguna otra utilidad para él, excepto enviar las fotos».

—Quieres que sea yo quien las transmita... por mor de la credibilidad.

—Tienes credibilidad, Morris... más de lo que crees. A pesar de todos los esfuerzos por implicarte, nadie en las altas esferas te consideró un saboteador. Las fotos que encontraste en el Arco Iris zanjarán el tema, ayudarán a exculparte...

¡Y a ti!

¿Y? Implican a Kaolin. Pero si yo las envío, bueno, ¿quién creará a un infame sidcuestrador? Dirán que las falsifiqué. —Eso explicaba por qué Beta no me había quitado la película sin más. Pero su paciencia se agotaba—. Te conozco, Morris. Crees que esto te da ventaja. Pero no abuses. Tengo preocupaciones más importantes.

La resignación se apoderó de mí.

—Bueno, así que a cambio de conceder un poco de credibilidad a la teoría de que Kaolin sabotó su propia fábrica, me darás unos cuantos atisbos de información inútil que se desvanecerá cuando este cuerpo se disuelva dentro de poco. No es gran cosa.

—Es lo único que se te ofrece. Al menos tu famosa curiosidad quedará saciada.

¡Qué inconveniente es tener un enemigo que te conoce tan bien!

Nunca me perdió de vista, ni del alcance de sus brazos más jóvenes y más fuertes.

—No envíes ningún mensaje —me advirtió Beta, de pie junto a la cabina abierta

de la Harley, descubriendo la ranura del lector-escáner para que yo insertara el carrete de película—. Sólo transmite, verifica y desconecta.

Pulsó el buzón de Blanc en la sede de la AST. Una pantalla cercana pidió: «Valide identidad emisor». Entonces destelló un número: «6». Demasiado rápidamente para pensar, tecléé por impulso una respuesta: «4».

La unidad respondió con un 8... y yo marqué un 3.

Se repitió una y otra vez, en fuego rápido, dos docenas de veces más, y me pareció completamente aleatorio. No lo era, por supuesto, sino una especie de código que resulta difícil descifrar o falsificar, basada en una copia parcial de la Onda Establecida personal de Albert que Blane guarda en un ceramium endurecido, una especie de clave de codificación que puede ser utilizada muchas veces. Cualquier pauta concreta de toma y daca de números clave sería diferente, única, aunque mostraría una alta correlación con la personalidad del emisor...

¡Suponiendo que no importara que yo fuera un frankie! Ni mi tenso estado emocional, asustado y receloso como nadie. Me sorprendió que la pantalla destellara ACEPTADO sin tardar más tiempo que de costumbre. El ídem en espiral de Beta gruñó su aprobación.

—Bien, ahora apártate de la cabina.

Lo hice, viendo cómo una fina arma (uno de sus dedos, que se había quitado e invertido para convertirlo en un estrecho cañón), me indicaba que me retirase.

—Me encantaría quedarme a charlar, como prometí —dijo el golem de nueve dedos—. Pero ya he desperdiciado demasiado tiempo contigo.

—¿Tienes en mente algún destino concreto?

Sin dejar de apuntarme con la miniarma, subió ala aeromoto.

—Encontré dos conjuntos de huellas, en dirección al sur. Tengo una idea bastante aproximada de hacia dónde iban. Tú sólo me retrasarías.

—Entonces, ¿no vas a explicarme lo de Maharal y Kaolin?

—Si te dijera más tendría que dispararte, por si alguien viniera y te rescatara. Tal como están las cosas, andas tan despistado como de costumbre. Te dejaré para que te disuelvas en paz.

—Muy amable por tu parte. Te debo una.

La sonrisa de Beta indicó que sabía en qué sentido lo decía.

—Si te sirve de algo, no soy yo quien intentó matar a tu rig, Morris. Dudo que fuera Kaolin. De hecho, espero que tuyo real sobreviva a lo que va a suceder.

Lo que va a suceder. Lo dijo deliberadamente, para frustrarme. Pero guardé silencio, sin darle ninguna satisfacción. Sólo actuando podría conseguir algo ahora.

—Adiós, Morris —dijo idBeta, cerrando la burbuja de cristal y poniendo el motor en marcha.

Retrocedí, pensando frenéticamente.

«¿Cuáles son mis opciones?».

Aún tenía la opción cautelosa: esperar un poco, quemar el combustible del Volvía

y esperar llamar la atención de alguien antes de derretirme.

Pero no. Habría perdido su pista. Mi razón para vivir.

La aeromoto lanzó remolinos de polvo por los estrechos desfiladeros del cañón, idBeta me dedicó un saludo burlón y luego volvió su cabeza de sacacorchos para dedicarse ala tarea de despegar.

Fue mi señal. En esa décima de segundo, mientras la Harley giraba y empezaba a ascender apoyándose en tres columnas de impulso supercaliente, corrí hacia delante y salté.

Dolió, por supuesto. Sabía que iba a doler.

Todos lanzados
... donde realAlbert vuelve ala tierra...

No tuve más remedio que seguir. De vuelta a la sala de almacenaje. De vuelta ala oscura abertura donde había visto aun pequeño ejército de soldados de barro internarse en un túnel de muerte.

Ritu estaba todavía temblando en mis brazos, recuperando la compostura tras la violación que mi enemigo le había infligido al obligarla a imprimir contra su voluntad.

Quería preguntarle a Ritu al respecto. Averiguar cómo y por qué Beta (si realmente había sido una copia del infame sidcuestrador) la atrapó en el profundo santuario subterráneo de una base militar supuestamente segura.

Antes de que pudiera empezar, una serie de ruidos reverberaron a nuestro alrededor, salidos de fila tras fila de hornos de cocción rápida, anunciando la salida de más ídems de batallas, rojos y brillantes por la chispeante catálisis enzimática: modelos especiales que habían sido almacenados aquí a expensas del contribuyente, en blanco pero dispuestos a ser imprimados con las almas de guerreros en la reserva como Clara, sólo que ahora habían sido secuestrados por un infame criminal por motivos que no podía imaginar.

Si hubieran sido uno o dos, podría haber controlado rápidamente la situación. Incluso un golem de guerra está indefenso en los primeros momentos después de salir del horno de activación. Pero una mirada al pasillo de altas máquinas me bastó para ver que había demasiados, docenas, y que empezaban ya a alzarse sobre piernas temblorosas, piernas como troncos de árboles, y a estirar unos brazos capaces de aplastar un coche pequeño. En unos instantes sus ojos se concentrarían en Ritu y en mí. Ojos cargados con un propósito del que yo no quería formar parte.

Y seguía sonando aquella especie de campana, de los altos hornos situados aún más lejos, resonando con sus anuncios de nacimientos hasta que se mezclaron con una llamada del destino. «No preguntes por quién doblan los hornos», comentó una vocecita burlona en mi interior.

Hora de largarse.

—Vamos —urgí a Ritu, y ella asintió, tan ansiosa como yo por salir de aquel sitio.

Juntos huimos en la única dirección posible, de vuelta al almacén donde aquel enorme y misterioso golem mudo me había agarrado hacía menos de media hora para salvarme la vida... aunque yo no conocía sus motivos en ese momento. Mientras partíamos, miré el cadáver de mi benefactor, que se disolvía ya, y me pregunté quién

era y cómo sabía que yo necesitaba ayuda en ese momento concreto.

Corrimos dejando atrás oscuras figuras de aspecto terrible, moldeadas y aumentadas para la guerra. Formas de terracota que se volvieron a mirarnos, extendiendo torpemente los brazos, pero lentos por la irregular activación péptida. Gracias al cielo. Al huir de sus filas, conduje a Ritu de vuelta al pasillo de estantes, buscando un arma lo bastante grande para compensar su diferencia numérica. Me habría contentado con una simple llamada telefónica ala seguridad de la base.

Pero no había nada útil a la vista, sólo toneladas de comida liofilizada para gourmets, almacenada en previsión de un apocalipsis, para alimentar a la elite gubernamental, cuyo trabajo pagado con nuestros impuestos es impedir todas las variedades de apocalipsis.

No parecía haber tampoco ningún escondite. No mientras un pelotón de guerreros artificiales empezaba a entrar en la sala detrás de nosotros, gruñendo y rezongando. Imprintación rápida, diagnostiqué. Beta no necesita calidad, sino velocidad y superioridad numérica.

Una acuciante sensación de duda me asaltaba, gritándome que nada de todo aquello tenía sentido. El golem que me rescató. La súbita aparición de Beta. Las dos oleadas de ídems guerreros creados por algún motivo inexplicado. La captura y la imprimación forzada de Ritu. ¡Todo tenía que significar algo!

Pero no había tiempo para reflexionar, sólo para tomar una serie de rápidas decisiones. Como adónde huir. Inexorablemente, no nos quedaba más que una opción.

Ritu vaciló ante la entrada del túnel.

—¿Adónde conduce? —preguntó.

—Creo que se extiende bajo meseta Urraca, hasta la cabaña de tu padre.

Sus ojos se ensancharon y su expresión demostró que se negaba a avanzar. Miré por encima de su hombro y pude ver que aquellos temibles pseudosoldados se acercaban, aún a cincuenta metros de distancia, pero avanzando.

—Ritu... —A pesar de la ansiedad, me abstuve de tirarle del brazo.

Ella ya había sido sometida aquel día a más presión de la que nadie debería soportar.

Por fin sus ojos se despejaron y se enfocaron en los míos. Apretando sombría la mandíbula, asintió.

—Muy bien, Albert. Estoy lista.

Ritu tomó la mano que le ofrecía. Juntos nos internamos en el frío y pétreo vientre del túnel.

Instinto vásico

... donde gris y rojo aumentan en barro de multitudes...

Como una jarra espaciosa, siempre expandiéndose, esta alma contiene muchas.

Parece no tener fondo, capaz de absorber una reunión, una plenitud, un foro de ondas establecidas, unidas en un coro vibrante de frecuencias superpuestas, combinadas hacia una culminación de poder definitivo.

No somos sólo nosotros dos, el Albert Morris gris que fue secuestrado en la mansión Kaolin y el pequeño rojo, copia de una copia, que visitó el museo privado de Maharal para una prueba de memoria. Gris y rojo están enlazados, sirviendo como espejos en la máquina «andzier» maravillosamente aterradora de un científico loco. Y ahora hay más, mucho más.

Sin estar confinados ya en un único cráneo (ni siquiera en un par de ellos), nosotros/yo nos expandimos en el espacio vacío intermedio, llenando su estéril hueco de una melodía tremendamente complicada, una siempre creciente canción de yo.

Una canción que se dirige a su culminación.

Oh, está teniendo lugar algún tipo de amplificación, como predijo el fantasma demente de Yosil. Una multiplicación de ritmos-alma a una escala que nunca imaginé, aunque cultos y místicas han comentado esa posibilidad posiblemente desde que comenzó la Era Golem. Podría ser un sublime estado nirvana egomaniaco... El yo, aumentado de manera exponencial por incontables duplicados virtuales que se reflejan y resuenan en perfecta armonía, se prepara para pasar, en masa, a un espléndido nivel nuevo de unión espiritual.

Siempre descarté esa idea considerándola una tontería metafísica, otra versión más de la anticuada fantasía romántico-trascendentalista, como los círculos de piedra, las alucinaciones de los ovnis y los espejismos de «singularidad» lo fueron para otras generaciones que seguían anhelando un medio para elevarse por encima de este pobre agujero.

Una puerta a algún reino más allá.

Sólo que ahora parece que uno de los fundadores de esta era, el legendario profesor Maharal, encontró un modo... aunque algo en su método lo volvió loco de miedo.

¿Por eso necesita idYosil usar el alma de Albert Morris como materia prima? ¿Porque nada de la golemtecnología me asusta? La autoduplicación siempre le pareció natural a Albert, como elegir ropa cómoda del armario. Demonios, ya ni siquiera me importa mucho todo el dolor infligido por esta maquinaria brutal, esta inteligente modificación del tetragamatrón estándar. Una maquinaria creativa que pronto lanzará un millón de copias superpuestas de mi Onda Establecida para que se

reúnan en perfecto unísono, como hacen los rayos de luz en un láser, reuniéndose como bosones colusorios en vez de como antagónicos fermiones independientes...

Signifique eso lo que signifique. Ya noto el proceso. De hecho, siento una fuerte tentación de dejar de pensar y dejarme ir, navegar en la simpleza, en la gloriosa yoidad de todo ello. Memoria y razón parecen impedimentos que empañan la pureza de la Onda Establecida que se multiplica una y otra vez, llenando un receptáculo que se expande sin cesar.

Yo, ánforo...

Por fortuna, hay momentos en que las fieras energías impulsadas por la máquina no me/nos golpean y estiran según lo planeado, cuando el pensamiento persuasivo es posible... incluso ampliado con un peculiar tipo de enfoque. Por ejemplo, ahora mismo puedo percibir a idYosil trabajando cerca, siento su presencia de maneras que van más allá de la mera visión o el sonido. La intensidad de su deseo. Su creciente excitación y confianza mientras el objetivo de toda una vida se acerca.

Por encima de todo, siento la ardiente concentración de idYosil, aumentada por el genio que tan a menudo acompaña al síndrome de Smersh-Foxleitner... una concentración tan fija que puede ignorar la lluvia de polvo que cae del techo de la cueva cada vez que las paredes de piedra se estremecen por alguna lejana y vibrante explosión, mientras los golems de guerra se acercan cada vez más a este cubil oculto.

Siguen estando demasiado lejos para que yo descifre gran cosa de sus almarmonías. ¿Podrían incluso ser yo? Es tentador imaginar a realAlbert, acompañado por un ejército de sí mismos, y tal vez un puñado de los maravillosos/desagradables ídems especializados de Pal, abriéndose paso por ese túnel, viniendo al rescate.

Pero no. Lo olvidé, Estoy muerto. idYosil dice que me mató El Albert Morris real y orgánico tuvo que morir, para que no «anclara» mi estado observador almacuántico al mundo material... lo que quiera que eso signifique.

Todavía trabajando y preparando, el fantasma de Maharal afina un largo péndulo que oscila lentamente adelante y atrás entre mis cráneos-espejo rojo y gris, alzando oleadas de alma con cada pasada. Oleadas que vibran con el sonido más bajo que jamás se ha oído, como la voz que Moisés escuchó en el Sinaí...

Carezco del vocabulario técnico adecuado, pero es fácil imaginar qué sucederá cuando idYosil suba a esa plataforma oscilante. Esas oleadas se harán cargo. Planea usar mi presencia purificada-ampliada como onda portadora, para impulsar más alto su propia esencia. Yo voy a ser consumido, igual que un cohete sacrificable se lanza, se agota y se descarta para lanzar una cara sonda al negro abismo del espacio. Sólo que el cargamento que me han asignado llevar será la pauta-alma de Maharal, y la lanzaré a algo parecido a la divinidad.

Todo tiene sentido, de un modo perverso, excepto por una cosa que no comprendo.

¿No se supone que yo debería estar perdiendo ya mi sentido de la identidad?

idYosil predijo que mi ego quedaría abrumado por el puro éxtasis de la amplificación, eliminando todos los límites y deseos personales de Albert Morris, dejando sólo el talento de Albert para la duplicación, destilado, expandido, exponenciado. El más puro de todos los cohetes impulsores.

¿Está sucediendo eso? ¿Disminución de ego? No... no lo parece. Sí, siento que la máquina andzier intenta conseguir eso. Pero no pierdo asidero. ¡Los recuerdos de Albert siguen intactos!

Es más, ¿qué son todos esos ecos que yo/nosotros seguimos detectando? ¿Ecos musicalmente resonantes que parecen venir del exterior? Yosil nunca mencionó nada de eso... y no pienso comentarlo.

Para empezar, me ha considerado un cero a la izquierda, una bestia de carga, con talento para copiar pero indigno de respeto.

Pero hay otro motivo.

Yo... nosotros... estamos... estoy empezando a disfrutar de esto.

Enemigos dorados

... donde el frankie del martes siente el calor de la noche...

Dicen que cuando la golemtecnología llegó a Japón levantó mucho menos revuelo que en Occidente, casi como si la esperaran. Los japoneses no tuvieron ningún problema con la idea de duplicar almas, igual que los americanos abrazaron Internet, viéndolo como una expresión fundamental de su deseo nacional de hablar. Según la leyenda, lo único que tenías que hacer era darle ojos a algo: un barco, una casa, un robot, o incluso el regordete AnpanMan que vendía pasta en los anuncios de la tele.

Cuando se trató de darle alma a un objeto, los ojos importaron más que nada.

Pensé en eso mientras me aferraba a la parte inferior de la aeromoto de Beta, cubriéndome la cara del viento terrible que alternaba entre fuego y hielo. «Protégete los ojos —me dije, agarrándome desesperadamente a un par de endebles asideros mientras mis manos apretaban con fuerza contra los patines de aterrizaje—. Protégete los ojos y el cerebro. Y nunca lamentarás haber elegido esta forma de morir».

Cuando volábamos en línea recta mi principal problema era el viento helado, que absorbía calor de todas las células catalizadores expuestas. Pero eso era una bicoca comparado con la agonía que sentía cada vez que la Harley daba un salto o viraba sin advertencia, una u otra de las bocas impulsoras giraba, rociándome con chorros de llamas. Todo lo que podía hacer entonces era girar la cabeza al otro lado del estrecho fuselaje y tratar de apartarme, recordándome una y otra vez que yo mismo me había puesto en esta situación... porque me pareció buena idea en su momento.

La alternativa, quedarme junto al Volvo destrozado y hacer algún tipo de señal, y luego esperar a que llegara ayuda, habría tenido sentido si yo fuera real, sin una fecha de expiración que podía tener lugar en cualquier momento dentro de la siguiente hora o así. Pero mi lógica tenía que ser lógica de ídem. Cuando Beta despegó, sentí que un imperativo era más urgente que lo poco que me quedaba de vida.

«No pierdas la pista».

Ahora advertía que Beta era la clave para comprender todo lo que había sucedido durante esa extraña semana, empezando por el momento en que me colé en el sótano del edificio Teller para descubrir sus instalaciones de copias piratas, con su molde robado de Wammaket Esa operación ya había sido abortada por algún enemigo, presumiblemente Eneas Kaolin. O eso decía Beta; Eneas contaba una historia diferente, y se retrataba así mismo como víctima de conspiraciones perversas. Luego estaban los oscuros y paranoicos comentarios que había hecho Yosil Maharal el martes por la mañana, después de que ya hubiera muerto.

¿Quién decía la verdad? Lo único que yo sabía con seguridad era que tres hombres brillantes y sin escrúpulos (todos ellos mucho más listos que el pobre Albert

Morris) estaban enzarzados en una especie de lucha secreta, desesperada y a tres bandas. Y la parte secreta era lo que más me impresionaba.

Hoy en día hace falta poder, dinero y verdadera astucia para mantener algo fuera del ojo público, un ojo observador que se supone que ha desterrado todos esos horribles y sombríos tópicos del siglo xx, como los magnates conspiradores, los científicos locos y los maestros criminales de elite. Sin embargo ahí estaban esos tres arquetipos batallando entre sí mientras se esforzaban por mantener sus conflictos ocultos a los medios, el Gobierno y la opinión pública. ¡No era extraño que el pobre Albert estuviera fuera de su liga!

No era extraño que yo no tuviera más remedio que seguirla pista, no importaba a qué precio. Mientras la aeromoto de Beta atravesaba la noche, a cuarenta metros por encima del suelo del desierto, yo supe que un precio iba a ser este cuerpo mío, que seguía cociéndose cada vez que aquellos chorros de fuego giraban para ajustar el rumbo. Sobre todo la porción mía que más sobresalía, mi indefenso culo de barro. Podía sentirlos constituyentes coloidales/pseudoorgánicos reaccionar al calor con burbujeos y chasquidos, a veces tan fuertes que se podían oír por encima del tumulto del viento, y que gradualmente transformaban la soberbia vidabarro en la dura consistencia de un plato de porcelana.

¡Déjame añadir, como el barato verde utilitario con una Onda Establecida sin pulir que soy, que también dolía como el infierno! Cosa de las ventajas de la verosimilitud almística. Intenté distraerme imaginando nuestro destino... presumiblemente el lugar al que realAlbert y giro Maharal se dirigían cuando el Volvo fue emboscado. ¿Algún críptico escondite en el desierto, donde el padre de ella se refugió durante las semanas que estuvo desaparecido de Hornos Universales? Parecía que Beta sabía adónde ir... cosa que me intrigaba aún más.

«Está intentando seguir a Ritu. ¿Pero por qué, si no es para que le revele el escondite de Yosil? ¿Qué otro uso podría tener Beta para ella?».

Traté de concentrarme, pero es difícil hacerlo cuando tu culo sigue chamuscándose cada dos minutos por culpa de un calor atroz. Recordé una y otra vez la imagen del pobrecillo idPal, mi compañero idhurón, destruido antes de que el triste Pal pudiera recolectar los recuerdos de nuestro largo día juntos. Ésa era mi única oportunidad de ser recordado, pensé sombríamente. A este paso, todo lo que quedará de mí será un montón de porcelana fragmentada cuando Beta aterrice.

Para entretenerme, traté de recordar una imagen del rostro de Clara... pero eso sólo aumentó el dolor. «Su guerra debe de estar acercándose al clímax ya», pensé, imaginando lo cerca que estábamos del campo de combate Jesse Helas. Beta cambiaría de rumbo antes, por supuesto. De todas formas, me pregunté por la coincidencia... y esperé que Clara no se metiera en demasiados problemas por haberse ausentado sin permiso cuando la casa de Albert fue destruida. Nos habíamos asignado mutuamente beneficios de superviviente, así que tal vez el Ejército comprendería.

«Si Albert está vivo de verdad, puede que haya una oportunidad de que vuelvan a reunirse...».

«Algo más sucedía mientras la Harley atravesaba una noche donde incluso las estrellas parecían desencajadas. Mi onda-alma seguía haciendo cosas inquietantes, sacudiéndose salvajemente... de arriba abajo, de dentro afuera... y en esas extrañas direcciones que nadie ha nombrado jamás adecuadamente: dimensiones autocontenidas de espíritu que Leow y otros sólo empezaron a advertir hace una generación, al explorar la última tema incógnita o frontera final. Al principio, las turbulencias eran casi demasiado breves para advertirlas. Pero esos tumultos periódicos se fueron haciendo progresivamente más fuertes a medida que el horrible vuelo continuaba. Picos de egoísta autoimportancia alternaron con valles de completa abnegación cuando me sentí menos que polvo. Más tarde, el efecto fue de un breve pero intensamente concentrado asombro. Cuando pasó, me pregunté: ¿Y a continuación qué? ¿Desapego tipo zen? ¿Sensaciones de unidad con el universo? ¿O escucharé la vibrante voz de Dios?».

Cada cultura ha tenido lo que William James llamó «variedades de experiencia religiosa». Florecen cada vez que la Onda Establecida de una persona toca ciertos acordes en el nexo parietal, la zona de Broca, o la unión espiritual-parafra-sística del lóbulo temporal derecho. Naturalmente, se pueden experimentar sensaciones similares en barro (un alma es un alma) pero las sensaciones casi nunca son tan fuertes como en carnerreal.

¿O a menos que te renueven y te den un día más de vida? ¿Podría ser por esto por lo que Eneas Kaolin sabotó su propia División de Investigación? ¿Porque el nuevo truco de extender la vida de los ídems tenía efectos secundarios? ¿Podría convertir a la gentegolem hasta acabar por prender un revival sagrado entre miles de millones de hombres artificiales? ¿Y si los ídems dejaban de volver a casa para descargar cada noche, abandonando a sus archis para que buscaran su propio camino separado a la redención?

¡Qué idea tan extraña! Quizá la habían provocado mis visitas a los amables pero chalados Efímeros. ¡O bien la ardiente agonía de que te medio asen vivo! Tal vez. Con todo, no podía desprenderme de la creciente sensación de que algo o alguien me acompañaba durante aquel atormentado viaje a través de un cielo fracturado, siguiendo el paso cerca o dentro, entre el fiero infierno de la parte inferior de mi cuerpo y mi cara helada por el viento. De vez en cuando, un eco oído a medias parecía urgirme a que aguantara allí...

El ardiente ventarrón remitió un poco, dejándome ver un áspero territorio de altiplanicies y profundos barrancos recortados por la luz de la luna. La Harley empezó a perder altitud, sus débiles faros prestaron al paisaje roto una especie de belleza irregular. Los huecos se alzaron como bocas, ansiosas por devorarme entero.

Los jets de maniobras rugieron, poniéndose en vertical, rodeándome de una jaula de llamas latientes. Tuve que soltarme de una mano para cubrirme los ojos. Eso me

dejó sólo con dos pies y una mano para agarrarme a los patines, entregando todo mi peso a aquellos dedos que se cocían gradualmente, endurecidos y crujientes.

En cuanto al ruido, pronto se hizo tolerable... supongo que porque no tenía nada con lo que oír ya. «Aguanta», dijo una voz interna, probablemente alguna parte tenaz de Albert Morris que nunca había aprendido a renunciar. Eso tengo que reconocérselo al viejo Albert. Tenaz hijo de puta.

«Aguanta un poco mientras...».

Las reverberaciones me sacudieron como a un muñeco de porcelana. ¡Algo remoto chasqueó! Mi tozuda presa falló por fin y caí... (¿Horade volver ya a la Tierra?).

Sólo que la caída fue mucho más breve de lo que esperaba. Como medio metro o así. Apenas sentí una sacudida mientras mi chamuscado trasero golpeaba el rocoso suelo del desierto.

Los motores se detuvieron. El calor y el alboroto se aplacaron. Tenuemente, supe... «Hemos aterrizado».

Con todo, tuve que intentarlo varias veces antes de que pudiera ordenarle a un brazo que se moviera, descubriendo mis últimos órganos sensores no dañados, y al principio no vi más que nubes de polvo agitado y luego los tenues contornos de un patín de aterrizaje. Me costó mucho trabajo volver la cabeza y mirar hacia el otro lado. Parecía que tenía el cuello cubierto de una dura corteza, algo que se resistía al movimiento y crujía y cedía a regañadientes, tras un duro esfuerzo.

«Ah, ahí está...».

Vi un par de piernas que se volvían para alejarse de la aeromoto. El motivo de espiral que cubría todo el cuerpo del ídem era inconfundible. Al subir por un camino de tierra, bordeado de piedra clara, Beta caminaba con paso confiado.

«Yo una vez me moví así. Ayer, cuando era joven».

Ahora, asado, chamuscado y a punto para la expiración, me sentí afortunado por poder contar con un brazo y medio del otro, agradecido de que la aeromoto tuviera espacio de sobra para posarse.

Apartado del caliente fuselaje, me esforcé por sentarme y calibrar los datos. Es decir, traté de sentarme. Unos pocos pseudomúsculos respondieron allí abajo, pero no consiguieron hacer que nada se doblara adecuadamente. Con mi mano buena palpé mi endurecida espalda y mi trasero. Crují.

«Bien, bien». Siempre me había parecido un gesto quijotesco saltar a través de los jets chisporroteantes y agarrarme a la aeromoto en marcha. ¡Y sin embargo aquí estaba! No exactamente coleando, pero sí en movimiento. Todavía en el partido. Más o menos.

Beta se había perdido de vista, desaparecido entre los diversos tonos de negrura. Pero ahora al menos distinguía tenuemente su objetivo: un contorno bajo, cuadrado, en el flanco de una impresionante meseta del desierto. A la luz de las estrellas, parecía poco más que una modesta estructura de una sola planta. I l vez una cabaña

de vacaciones, o un barracón abandonado hacía mucho tiempo.

Mientras descansaba junto a a Harley que se enfriaba lentamente sentí que me abrumaba otra de esas oleadas de otredad periódica. Sólo que ahora, en vez de instarme a perseverar, u ofrecerme atisbos de infinito, la extraña omnipresencia parecía más curiosa, intrigada, como si preguntara, sin palabras, qué pintaba yo allí.

«Ni idea —pensé, respondiendo ala vaga sensación—. Cuando lo descubra, tú serás el primero en saberlo».

Vidllanos en la casa
... RealAlbert queda atrapado entre dos fuegos...

Ritu y yo nos encontramos en una situación bastante azarosa, atrapados entre dos escuadrones de golems de batalla que marchaban en la misma dirección.

El primer contingente armado, justo delante, se abría paso contra una dura resistencia, mientras que una segunda oleada de refuerzos de idguerreros se acercaba por detrás, dispuesta para el relevo cuando la primera hornada fuera eliminada. Ritu y yo teníamos que seguir avanzando con cuidado para permanecer entre los dos grupos, a través de aquel horrible y apestoso túnel. Sólo unos cuantos tenues globoluces, colocados en las lisas paredes de piedra, impedían que tropezáramos en la oscuridad.

—Bueno, hay una cosa que podemos considerar positiva —dije, tratando de animar a mi compañera—. Al menos nuestro destino está claro.

A Ritu no pareció hacerle gracia la broma, ni alegrarle que por fin nos acercáramos al objetivo que nos habíamos propuesto visitar el martes por la noche: la casa en las montañas donde había pasado semanas de niña, de vacaciones con su padre. El viaje había durado mucho más de lo previsto, por una ruta mucho más difícil y traumática de lo que ninguno de los dos esperaba.

Yo seguía buscando un hueco o un nicho, cualquier refugio que impidiera que nos siguieran empujando hacia los duros ecos de la lucha, las detonaciones y los sonidos metálicos causados por el rebote de las municiones, mientras el primer escuadrón de golems de batalla avanzaba. Pero aunque el túnel de acceso secreto de Yosil Maharal se retorció para aprovechar las capas más suaves de roca, nunca ofreció un escondite seguro.

A falta de eso, ¡lo que no habría dado yo por un simple teléfono! Seguía intentando usar mi implante, y llamaba a la seguridad de la base. Pero no había ningún enlace público a la vista y el pequeño transmisor de mi cráneo no podía hacerse oír a través de la roca. Probablemente estábamos ya fuera de los límites del enclave militar, recorriendo las profundidades bajo meseta Urraca.

«Te está bien empleado —pensé—. Podrías haber pedido ayuda hace siglos. Pero no, tuviste que jugar al detective solitario. Tipo listo».

Ritu no era de mucha ayuda a la llora de ofrecer alternativas. De todas maneras, traté de mantener la conversación, hablándole en voz baja mientras avanzábamos.

—Lo que me sorprende es cómo logró Beta penetrar la Zona de Defensa sin que alguien como Chen lo escoltara al interior. ¿Y cómo sabía que estábamos aquí?

Ritu parecía intranquila, a mitad de camino entre la falta de atención y las lágrimas después del implacable tratamiento al que había sido sometida recientemente. Vacilé antes de preguntar:

—¿Tienes alguna idea de para qué te quería Beta?

Vi el conflicto en sus ojos: el deseo de confiar en mí, luchando contra un terror habitual a algo que nunca debía ser comentado en voz alta. Cuando finalmente hablé, las palabras sonaron entrecortadas y teñidas de amargura.

—¿Para qué me quiere Beta? ¿Esa es tu pregunta, Albert? ¿Para qué quiere en última instancia cualquier animal masculino a una hembra? Su pregunta me hizo parpadear. La respuesta podría haber parecido obvia hacía un siglo, pero el sexo ya no es la fuerza transfiguradora que era en tiempos del abuelo. ¿Cómo podría serlo? Esa necesidad ya no es más difícil de satisfacer hoy que cualquier otra ansia heredada de la Edad de Piedra, como la necesidad de sal o de comida rica en grasa. Así que, si no de sexo, ¿de qué más podía estar hablando?

—Ritu, no tenemos tiempo para acertijos.

Incluso en la oscuridad, vi síntomas de una fachada cuidadosamente construida desmoronándose. Las comisuras de su boca se movieron, a medio camino entre el temblor y una sonrisa sardónica. Rin quería explicarse, pero tenía que hacerlo en sus propios términos, preservando una pizca de orgullo. Una medida de distancia y... sí, esa antigua superioridad.

—Albert, ¿sabes qué sucede dentro de una crisálida?

—Una cris... ¿quieres decir un capullo? Como cuando una oruga...

—Se convierte en una mariposa. La gente cree que es una simple transformación: las patas de la oruga se convierten en las patas de la mariposa, por ejemplo. Parece lógico, ¿no? ¿Y que la cabeza y el cerebro de la oruga sirvan a la mariposa de la misma forma? Continuidad de memoria y ser. La metamorfosis se considera un cambio cosmético de herramientas externas y cobertura, mientras que la entidad de dentro...

—Ritu, ¿qué tiene todo esto que ver con Beta?

Sinceramente, no veía ninguna relación. El infame sidcustrador hizo su fortuna ofreciendo copias baratas de personalidades ansiadas (y registradas) como Gineen Wammaker. Ritu Maharal tenía sus propios atractivos, tan únicos como los de la maestra. Pero ¿quién pagaría por copias pirata de una administradora de Hornos Universales? ¿Qué beneficios podía ver Beta en ello?

Ritu ignoró mi interrupción.

—¡La gente cree que la oruga cambia y se convierte en mariposa, pero no es así! ¡Después de tejer una crisálida a su alrededor, la oruga se disuelve! Toda la criatura se derrite en una sopa nutritiva, sirviendo sólo para dar de comer a un embrión diminuto que se alimenta y crece para convertirse en otra cosa. ¡Algo completamente diferente!

Miré hacia atrás, nervioso, midiendo la distancia que nos separaba de los pasos de marcha.

—Ritu, no entiendo lo que...

—Oruga y mariposa comparten un linaje de cromosomas, Albert. Pero sus-

genomas son separados, coexisten en paralelo. Se necesitan mutuamente de la misma forma que un hombre necesita a una mujer... para reproducirse. Aparte de eso...

Ritu dejó de andar porque yo me había parado, súbitamente, incapaz de moverme mientras miraba sin parpadear. Su revelación estalló en mi cerebro por fin, como una bomba.

No me interpretes mal. Normalmente me tomo con calma las ideas nuevas. De hecho, siempre he intentado ser escéptico, sobre todo cuando voy por allí en carnerreal. Soy un archipragmático, podríamos decir. Pero en ese momento sus palabras y lo que implicaban me dolieron tanto que quise apartarlas desesperadamente, y toda comprensión con ellas.

—Ritu, no puedes estar diciendo...

—Que son criaturas emparejadas. Oruga y mariposa se necesitan mutuamente, sin embargo no tienen en común ningún deseo ni valor.

Ni amor.

Escuché el segundo contingente de guerreros-golem llegar por detrás, aún más intimidatorios ahora que comprendía algo de su naturaleza interna. Sin embargo, no podía moverme sin hacer una pregunta más. Miré a Ritu a los ojos. En la oscuridad, todo era gris.

—¿Cuál eres tú? —pregunté.

Ella se echó a reír, un sonido amargo que rebotó bruscamente en las paredes del túnel.

—¡Oh, yo soy la mariposa, Albert! ¿No lo notas? Yo soy la que vuela a la luz, reproduciéndose en alegre y bendita ignorancia.

»Es decir, solía serlo. Hasta el mes pasado, cuando empecé a comprender lo que pasaba.

Sentí la boca seca mientras la seguía.

¿Y Beta?

La tensión se notó en su risa breve, como un ladrido. Ritu volvió la cabeza hacia el sonido de los pasos.

—¿Él? Oh, Beta trabaja duro, eso se lo reconozco. Es el que tiene ansias. Ambiciones. Apetitos voraces.

»Y una cosa más —añadió—. El recuerda.

A través de un simulacro, sombríamente
... o un andzier en la oscuridad...

Debería sentirme honrado. Esto es realmente material propio de genios.

Está claro en la Onda Establecida amplificada de la que ahora formo parte, llenando un espacio mucho más grande que las oleadas limitadas por el cuerpo que se contienen dentro de un golem típico. Pulsa y late con energía que nunca antes imaginé.

Yosil Maharal debe de haber sabido que estaba a punto de conseguir un logro histórico, a la vez hermoso y terrible. Y ese terror le pasó factura: la cobardía solipsista del síndrome Smersh-Foxleitner. La verdad desnuda se enfrentó a la asombrosa revelación de una oportunidad sin igual para cambiar el mundo, y ese conflicto acabó por hundirlo en la locura.

Una locura que su fantasma manifiesta a borbotones, farfullando mientras sube a la máquina estiradora de almas, preparándome a mi/nosotros para mi/nuestro papel asignado como onda portadora, un vehículo afinado para transportar el alma-Yosil a la grandiosidad olímpica...

Mientras ecos de fuego lejano llegan desde algún pasadizo subterráneo, acercándose más a cada minuto que pasa.

—Sabes, Morris, es horrible el modo en que la gente no da ninguna importancia a los milagros. La gente del siglo xx se adaptó a una vida más acelerada gracias a los aviones y los coches. Nuestros abuelos podían conseguir cualquier libro por Internet. Nosotros nos acostumbramos a vivir en paralelo, a la conveniencia de estar en varios lugares a la vez. Durante dos generaciones apenas hemos arañado la golemtecnología, haciendo mejoras menores, sin impulsarnos más allá de la visión limitada por lo físico de los muñecos de barro de Eneas Kaolin.

»¡Qué banalidad! La gente recibió un regalo espléndido y luego careció de voluntad o de visión para explotarlo plenamente.

Ah, sí, el desprecio por las masas, uno de los más encantadores síntomas del Smersh-Foxleitner. Pero es mejor no contestar. Él cree que ya estoy sumergido en la gigantesca y amplificadora onda del rayo andzier, el campo espiritual aumentado que diseñó para utilizar el perfecto talento duplicador de Albert Morris, mientras borraba la conciencia del ego que hacía a Albert tan especial para sí mismo.

Algo ha salido mal en su plan. Debe de ser así, puesto que sigo aquí. Reducido, comprimido, rebanado y luego espejo multiplicado diez mil veces... De hecho,

¡parece que hay más yoes que nunca! Acariciado e impulsado por corrientes eléctricas. Vibrando en una docena de dimensiones y sensible a incontables cosas que nunca había advertido, como una miríada de copos de mica cristalina flotando como brillantes diatomeas dentro de un océano de piedra.

Es un océano de magma que fluyó hace eones. Las montañas son olas. Siento que ésta aún se mueve, más despacio ahora, después de haberse enfriado y congelado. Pero en todas partes, todavía en movimiento.

Incluso puedo empezar a estirar mis percepciones más allá de esta montaña, extendiéndola hacia chispas poliespectrales que parecen titilar en la distancia, más allá de un claro reconocimiento, como tentáculos de delicado humo... o como luciérnagas que tiemblan con mi contacto...

Las metáforas me fallan. ¿Estoy sintiendo a otra gente? ¿Otras almas más allá de este laboratorio subterráneo?

Es una sensación austera y aterradora. Un recordatorio de algo que todos reprimimos casi siempre, porque duele demasiado.

La soledad absoluta de la individualidad.

La extrañeza esencial de los otros.

Y del universo mismo.

—El verdadero impulsor es el placer —continúa idYosil mientras manipula los instrumentos hacia la sincronización perfecta—. Fíjate en la industria del entretenimiento en los días de un solo cuerpo. La gente quería ver lo que quería, cuando quería. Exigió la existencia de la cinta de vídeo analógica, tres décadas antes de que la tecnología digital estuviera preparada para hacer bien el trabajo. Una solución improvisada y ridícula, cabezas magnéticas y burdas piezas giratorias, y sin embargo los aparatos de vídeo se vendieron por millones pata que la gente pudiera copiar y reproducir lo que se le antojaba.

»¿No se parece a la idemización de nuestro tiempo, Morris? Una industria torpe y retorcida que vende cientos de millones de rebuscados aparatos análogos de barro por todo el mundo, cada día. ¡La complejidad! ¡Los recursos y el flujo de dinero! Sin embargo la gente paga, alegremente, porque le permite estar donde quiere siempre que lo desea. Una industria fabulosa y extravagante, y mi buen amigo Eneas Kaolin piensa que continuará eternamente.

»Pero acabará pronto, ¿verdad, Morris? Porque los logros cruciales están preparados por fin. Igual que lo digital acabó por superar la grabación analógica. Como los aviones superaron el caballo. Después de lo que hemos hecho esta noche, las cosas nunca serán iguales.

El péndulo oscila, atravesando rítmicamente mi/nuestra Onda Establecida

amplificada, arrancando complejas armonías con cada movimiento. Pronto, idYosil subirá a bordo y su espectral personalidad empezará a tomar todo el poder acumulado, a domarlo, a prepararlo para cabalgar el rayo andzier hacia la divinidad.

Si eso fuera todo lo que está en juego, casi me alegraría de ayudar. Soy sacrificable: un golem lo sabe. Y por mucho que me disguste el fantasma de Maharal por su frío desdén, el asombro científico de este experimento podría hacer que mi sacrificio casi fuera razonable. En cierto modo sé que tiene razón. La humanidad ha estado perdiendo el tiempo, inmersa en una orgía de egoísmo, malgastando muchos recursos en tontas satisfacciones personales que nada valen.

Hay algo mucho más grande esperándonos. Lo sé, lo siento ahora con creciente certeza mientras la amplificación andzier aumenta. Maharal, no importa lo retorcida que sea su enfermedad, tuvo la visión de saberlo. Y la brillantez de buscar una puerta oculta.

Sí, cometió algún error. Mi ego no ha desaparecido como planeaba. En vez de dejar sólo un molde copiador perfecto detrás, un sano substrato raíz para que se agarre su alma enferma, mi sentido del yo parece crecer y expandirse a cada minuto que pasa, de maneras que ya no parecen dolorosas sino más parecidas a una voluptuosa bendición.

Y por primera vez se me ocurre... puede que esto no sea malo. De hecho...

De hecho, estoy empezando a preguntarme. ¿Quién está en mejor posición para explotar este magnífico andzier, cuando finalmente consiga el poder pleno? ¿Su inventor? ¿El que comprende la teoría?

¿O el que habita dentro de la siempre creciente Onda Establecida? ¿El que la hace posible en virtud de su talento duplicador bruto? ¿El que, pudiéramos decir, nació para ello?

Eh, la comprensión teórica está sobrevalorada. De todas formas, mientras nosotros/yo nos amplificamos, crecemos y nos extendemos, empiezo a sentir el conocimiento de Maharal, como la brisa de un tarjetero, todas las tarjetas a mano, lo bastante cerca para acceder...

¿Quién dice que él debería ser el jinete y yo la montura?

¿Por qué no al revés?

Caído del cielo
... donde Verde se estrella...

Es difícil moverse cuando la mitad de ti se ha caído en pedazos o está rota.

Aplastado y quemado, encogido y disminuido, sólo tenía funcionamiento parcial en una pierna para incorporarme agarrándome al fuselaje de la aeromoto. Me apoyé ala cabina y traté de manejar los botones que podía alcanzar. Estaba buscando la radio para transmitir una llamada de alerta general, pero tras unos pitiditos y destellos positivos, ¡disparé el piloto automático!

—Procedimiento de huida de emergencia activado —anunció una voz, lo suficientemente fuerte para que pudiera oírla a través de mis oídos quemados y arrasados. Mi torso se estremeció cuando el motor entró de nuevo en ignición—. Cerrando cabina. Prepárese para elevarse.

Yo estaba aún aturdido y magullado por el viaje de pesadilla que me había traído hasta allí, así que tardé un par de segundos en advertirlo... o en darme cuenta de que la burbuja de cristal caía. Conseguí apartar la cabeza a tiempo, pero no el brazo izquierdo, que quedó atrapado en ese momento de indecisión.

¡Maldición! Estaba acostumbrado al dolor a esas alturas, pero la sensación de aplastamiento fue horrible, pues el dosel transparente trató de cerrarse. Por algún motivo no advirtió que mi brazo estaba en medio. ¿Un fallo? ¿O programó Beta la unidad para no preocuparse por triviales miembros de barro cuando una escapada estaba en juego? Todo lo que pude hacer, mientras los chorros de ascenso lanzaban tierra al aire, fue enviar órdenes para que mi mano izquierda atrapada siguiera pulsando botones, con la esperanza de desconectar el aparato.

¡En cambio, mis esfuerzos pusieron histérica a la Harley! Se agitó y encabritó, y con cada sacudida rasgaba dolorosamente mi brazo mientras la burbuja de cristal trataba de cerrarse. ¿Por qué no podía la máquina idiota detectar que no había nadie a bordo? Tal vez también servía a Beta como correo sin piloto, para transportar objetos pequeños, como cabezas cortadas.

La poca sensación que tenía en mi pierna izquierda advirtió la temblorosa partida del suelo. ¡Estaba volando otra vez!

Más botones e interruptores cayeron ante mi mano atrapada, que siguió agitándose mucho después de lo que habría hecho un brazo orgánico con los nervios y la circulación cortada. Todo lo que la versión de barro necesitaba era alguna conexión residual para que yo ordenara una demostración de todo su elan restante. El miembro se agitaba salvajemente, buscando cosas de las que tirar y que retorcer, hasta que la firme presión de la guillotina de la burbuja finalmente lo cortara.

El peso de mi cuerpo hizo el resto. Miré hacia abajo...

... a unos quince o veinte metros, casi justo encima del tejado de la cabaña de Maharal.

Retorciéndome frenéticamente durante la caída, conseguí golpear las tejas de uralita primero con mi inútil pierna derecha.

¿Has tenido alguna vez la sensación de ver la vida a través del extremo equivocado de un telescopio? Desde el momento del impacto todo pareció suceder en una Intima de sentidos aturdidos: el ruido y la fuerza trepidante eran cosas lejanas, que le sucedían a otro. Incluso el tiempo pareció suavizarse mientras otra de aquellas extrañas oleadas de otredad me abrumó. Habría jurado que la materia de aquel tejado comido por las termitas se disolvió mientras yo lo atravesaba, flotando hacia el suelo entre nubes algodonosas de astillas, polvo, insectos y otros escombros.

Al aterrizar de espaldas, sentí un horrible golpe. Pero otros sentidos estuvieron en desacuerdo. Al tocarlo, fue como rozarla tensión superficial de una burbuja de jabón que apenas se estremecía. Una ilusión, naturalmente, pues noté que se habían desprendido más trozos de mí.

En el suelo por fin, vi un círculo irregular de cielo, rodeado de vigas aún mohosas. Pronto el polvillo se aclaró lo suficiente para que pudiera ver la pobre aeromoto de Beta casi directamente encima, más brillante pero más frenética que las estrellas. Entre llamaradas extravagantes, la máquina dañada luchaba por enderezarse, y luego giró trabajosamente para marcharse. Hacia el oeste, advertí al captar un atisbo de Sagitario, y por la orientación de las paredes de la cabaña. Una buena elección, si intentas conseguir ayuda... o ser destruida.

Hablando de destrucción, vi pocas opciones aparte del final de aquella rama concreta del árbol múltiple de la vida de Albert Morris. El cansancio ni siquiera empezaba a describir cómo me sentía. Lo poco de mí que podía sentir ya.

Ya no había ninguna «urgencia salmón». Sólo el canto de sirena de la consumición... la llamada del contenedor de reciclado, instándome a que me reuniera en el gran círculo de barro, en la confiada esperanza de que mi sustancia física encontrara un uso mejor, en un ídem más afortunado.

«Pero no uno que haya visto o hecho más con su vida», pensé, consolándome. Habían sido interesantes aquellos últimos días. Tenía unas cuantas cosas que lamentar.

«Excepto que Clara nunca oirá toda la historia».

Sí. Era una lástima, reconocí.

«Y ahora los malos ganarán».

¡Oh, tío! ¿Por qué esa acuciante voz interior tuvo que decir eso?

¿Qué regañina es ésa para sacudir mi complejo de culpa? ¡Si pudiera, la rompería! «Cállate y déjame morir», contesté.

«¿Vas a morirte ahí y dejar que se salgan con la suya?».

¡Mierda! No tenía por qué aguantar eso de algún obsesivo rincón del alma de un

golem barato que se convirtió por error en frankie... se convirtió en fantasma... y en cualquier momento iba a graduarse y convertirse en un cadáver derretido.

«¿Quién es un cadáver? Lo dirás por ti».

Ingenio sorprendente, esa triple ironía. Lo decía por mí, sí. Y aunque intenté con fuerza ignorar la vocecita, sucedió algo sorprendente. Mi mano y mi brazo derechos se movieron, alzándose lentamente hasta que cinco dedos temblorosos aparecieron ala vista de mi ojo bueno. Entonces mi pierna izquierda se sacudió. Sin una orden consciente, pero reaccionando a costumbres imprimadas hace un millón de años, mis miembros empezaron a cooperar unos con otros, intentando manejar mi peso, y luego empujándome para que me volviera.

Oh, bien. Podría servir de ayuda.

Como he dicho, Albert fue siempre cabezota, obstinado, persistente... y supongo que esa maravillosa tendencia se filtró el martes por la mañana cuando me hizo, cuando pasó su alma a este muñeco inerte y deseó que se moviera... con la misma esperanza apasionada que los antiguos escribas sumerios que sostenían hace muchísimo tiempo que cada impresión en barro manifestaba algo sagrado y mágico. Un breve pero potente empujón contra la oscuridad circundante.

Así que repté, usando un brazo y una pierna medio inutilizada para arrastrar lo que quedaba de mí más allá de los muebles rotos y las ajadas alfombras con motivos del Oeste, a través de una puerta abierta con un pestillo destrozado y luego por encima de las frescas pisadas que conducían aun largo y polvoriento pasillo... un pasillo que parecía internarse en la montaña. Siguiendo a Beta.

¿Qué otra cosa podía hacer, ya que parecía claro que era demasiado testarudo para morir?

Prototipos
... donde realAI va descubriendo capas...

Había habido pistas. Demasiado sutiles para un tipo como yo, pero alguien más listo podría haberlas captado hacía siglos.

Beta... el nombre significaba «número dos», o segunda versión. El segundo nombre de Ritu era Lizabetha. Y en mitología, Maharal (el nombre que su padre eligió adoptar antes de que ella naciera) era un título que se le daba al último de los grandes hacedores medievales de golems... mientras que otra reverente denominación para alguien con esa habilidad era Betalel o Betzalel.

Y así continuaban, una tras otra, esa clase de pistas infantiloides que te hacen gemir, tanto por tu propia estupidez como por la inmadurez propia de tebeo de todo ello.

¿Otro motivo por el que nunca lo advertí? Tal vez porque soy de corazón anticuado. La diferencia de sexo entre la encantadora y reservada Ritu y el prodigiosamente estentóreo Beta no tendría que haber engañado a un tipo mundano como yo, que ha visto multitud de ostentosos cambios de sexo en rox en su tiempo. El hecho de que me engañara demuestra el viejo conservador que soy en realidad, maldición. Dar las cosas por hechas y sin garantía son la muerte de cualquier detective privado.

Todavía me costaba asimilar todo aquello, mientras trataba desesperadamente de recordar qué había aprendido a lo largo de los años sobre el desorden de personalidad múltiple, o DPM.

No es exclusivo de algunos. La mayoría de la gente experimenta la fluida superposición de subyoes amorfos de vez en cuando; debate o compite internamente cuando hay que tomar decisiones embarazosas e imagina diálogos internos hasta que resuelve el conflicto. Ello no engendra una fractura duradera ni perturba la ilusión de una identidad unificada. En el extremo opuesto están los que tienen cismas mentales rígidos, inflexibles e incluso llenos de autorrechazo; poseen personalidades permanentes con valores, voz y nombre propios, que pugnan por hacerse con el control.

Rara vez se veían ejemplos claros en los días previos a los hornos aparte de unos cuantos casos famosos de estudio y algunas exageraciones cinematográficas, porque un cuerpo y un cerebro no ofrecen suficiente espacio. Confinado aun solo cráneo, un carácter-fachada dominante normalmente ejercía un mando férreo. Si otros acechaban (producidos por traumas, quizás, o debidos a daños neurales), se limitaban a librar guerras de guerrillas por rencor o a sabotearla vida desde abajo.

La idemización cambió todo eso.

Aunque el DPM sigue siendo raro, he visto que la imprimación libera lo inesperado de vez en cuando. Alguna peculiaridad que yacía dormida o reprimida en el original se reproduce en un duplicado, libre para manifestarse en forma de ídem.

¡Pero nunca nada tan extremo como esta oscilación Ritu/Beta! Una oscilación en que la persona original (una profesional aparentemente competente) era de algún modo inconsciente de la existencia de su *alter ego*, aunque éste secuestraba a casi todos los ídems que hacía.

Como mero criminalista, no soy ningún experto en la diagnosis psíquica. Me aventuré a deducir una posible relación con la enfermedad de Yang-Pitintel. Posiblemente una variante del Smersh-Eoxleitner, o una rara y peligrosa variedad del síndrome de la ortogonalidad moral. ¡Daba miedo! Sobre todo porque algunos de esos desórdenes están significativamente relacionados con la peor clase de genio: el persuasivo que se autoengaña y encuentra justificaciones morales para cualquier crimen.

La historia demuestra que algunas de esas psicopatologías han sido hereditarias, y han pasado de una generación a la siguiente. Eso explicaría por qué me han superado desde el principio.

Todo esto corrió por mi mente unos pocos segundos después de que Ritu me revelara indirectamente la verdad mediante su metáfora de las crisálidas. Hubiese querido detenerme y mirar; parpadear aturdido, tartamudear preguntas incoherentes... En otras palabras, reaccionar como reacciona desde siempre la gente a la sorpresa extrema. Pero no había tiempo para eso, sólo para continuar nuestra apresurada marcha. ¿Qué elección teníamos, con un pelotón de Betas delante de nosotros, abriéndose paso a tiros por el túnel, y un contingente de refuerzos metiendo presión desde atrás?

Finalmente comprendí por qué los dos grupos de Betazánganos nos habían dejado en paz hasta el momento, permitiendo que la distancia entre nosotros continuara intacta. Tenían a Ritu (su archi y reproductora) a salvo donde querían, a mano por si había que hacer más ídems. No tenían motivos para seguir acosándola. De hecho, se dedicarían por entero a proteger su integridad física.

Traté frenéticamente de encontrarle sentido a todo aquello.

¡Ritu siempre tuvo el poder para destruir a Beta, permaneciendo alejada de las máquinas copiadoras! Si la mariposa se niega a poner más huevos, pronto no hay más orugas.

Para protegerse contra eso, el paranoico Beta habría almacenado copias congeladas por toda la ciudad. Me encontré con una de ellas tras el edificio Teller, después de la redada del martes, cuando habló de alguien que había «tomado mis operaciones». ¿Nos había seguido alguna de esas copias de seguridad para obligar a Ritu a usar una imprimadora?

¿Por qué, en todo el tiempo que había pasado desde nuestra partida, el martes por la noche, no me había advertido Ritu de nada de eso?

Muy bien, en un momento ella había mencionado que sus ídems no eran «dignos de confianza», y que la mayoría se perdían, sin explicación. Incluso la fracción que ejecutaba lealmente sus tareas sólo traía a casa recuerdos parciales, porque (lo sabía ahora) las experiencias perdidas eran capturadas y almacenadas por la personalidad proto-Beta, que las ocultaba en el cerebro de ella. Desde el punto de vista de Ritu, idemizar debía de haber sido un proceso horriblemente ineficaz e insatisfactorio, incluso antes de que descubriera la verdad acerca de Beta.

En ese caso, me pregunté, ¿por qué hacerlo?

Justificaciones. La gente es hábil a la hora de encontrar motivos para seguir haciendo estupideces. Tal vez le preocupaba la moderna intolerancia hacia aquellos que no pueden idemizar, la desagradable suposición de que esa gente es estéril, que carece de alma que copiar.

O podría haber seguido imprimando porque un directivo de Hornos Universales tiene que enviar duplicados, aunque hagan falta cuatro intentos para hacer uno que vaya adonde se le dice. Desde luego, ella podía permitirse el coste.

Tal vez necesitaba fingir desesperadamente que era igual que todo el mundo.

Deduje un motivo más. Una compulsión subyacente. Presión interna que sólo podía ser satisfecha tendiéndose entre las sondas de alma, sintiéndolas palpar y acariciar, pasando sensualmente su Onda Establecida al barro húmedo. Algo parecido a una adicción, junto con la ciega negativa de la adicción que siempre ha asolado a los adictos de todo tipo.

No era extraño que hubiera tardado años en admitir su problema en voz alta.

Yo me había estado preguntando cómo había conseguido Beta localizarnos en el desierto y luego seguirnos tras todas las pantallas de seguridad hasta aquel reducto de seguridad enterrado. La respuesta me golpeó. ¡No hizo nada de eso! Beta simplemente yacía dormido dentro de Ritu, acumulando presión en ella hasta que la tensión se hacía insoportable. Llegado ese punto ella había escapado del cabo Citen y de mí y corrido hacia uno de los gigantescos autohornos militares que habíamos visto. Odiándose así misma, como cualquier adicto que cede a su fea costumbre, se tendió, buscando alivio entre los flotantes tentáculos del tetragamatrón, rindiéndose a su insistente mitad, la más fuerte: un maestro ladrón de personalidad desesperada, el arrogante despreocupado que se atrevía con todo y desafiaba toda autoridad del ordenado mundo exterior.

¡No era extraño que yo nunca hubiera podido asociar a Beta con una persona real! Oh, las interminables horas que había pasado en forma de ébano, anotando y codificando laboriosamente fragmentos del habla de Beta y otras tendencias de personalidad, recorriendo la Red en busca de alguien que usara pautas similares de formulación de frases, de sintaxis, de tono... El arduo trabajo con el que un detective perseverante localiza incluso al más escurridizo archicriminal, con tiempo suficiente.

Sólo que todo aquel trabajo había sido un desperdicio en este caso. Porque el villano tenía un escondite perfecto, y Ritu hablaba de una forma que no tenía nada

que ver con la de Beta.

Por fin, aquí estaba mi némesis, mi Moriarty, caminando junto a mí por el corredor oscuro, temblando a la vez con miedo y vergüenza en los ojos. ¿Cuánto tiempo duró esta alternancia secreta de personalidades hasta que Ritu sospechó por fin, y luego fue plenamente consciente de su otra mitad delictiva?

¿Por eso había decidido contratarme? ¿Para tener cerca al experto adversario de Beta? Encontrar a su padre desaparecido probablemente tuvo poco que ver, al principio. Hasta que encontraron muerto a Yosil Maharal en la carretera.

Y sin embargo, tenía que haber más conexiones que ésa.

Sacudí la cabeza: me resultaba difícil concentrarme debido a la pura emoción. ¡Porque a estas alturas yo estaba hirviendo de rabia!

Ritu sabía lo que pasaba (el potencial de extremo peligro) cuando salimos juntos el martes por la noche. ¿Entonces por qué no me advirtió? Todas esas horas y días en el desierto, y luego bajo tierra, y ni una sola vez mencionó la presión que debía de haber estado acumulándose en su interior. La nidada de huevos de demonio que llevaba, dispuestos a romper el cascarón en cuanto hubiera una oportunidad.

«Maldita sea su egoísta...».

Algo en mi actitud debió de cruzar el corto espacio que nos separaba. O tal vez la terrible realidad de nuestra situación desgarró las últimas ilusiones de Ritu. Fuera cual fuese el motivo, después de caminar en silencio unos minutos, mi acompañante habló por fin.

—Yo... lo siento mucho, Albea —susurró.

Al mirarle la cara pude ver cuánto valor le había hecho falta para expresar aquella sencilla disculpa. Sin embargo, yo no estaba de humor para dejarla en paz tan fácilmente. Porque los dos sabíamos lo que haría Beta (lo que tenía que hacer) para sobrevivir.

Si Ritu escapaba, podría finalmente reconocer la gravedad de su estado y pedir ayuda en un hospital mientras el suministro de ids congelados en secreto por Beta expiraba lentamente, mientras sus recuerdos se iban haciendo más inútiles y obsoletos.

Sometida a terapia experta, su personalidad secundaria sería sacada a la luz, desafiada, obligada a justificarse o a enfrentarse aun tratamiento drástico.

Incluso si la negativa volvía a hacer acto de presencia y Ritu evitaba recibir ayuda, yo sin duda informaría de la situación a su jefe y su médico personal. De todas formas, con o sin terapia, Beta sería eliminado como mente criminal. Porque la fama sometería a Ritu Lisabetha Maharal al escrutinio continuado del Ojo Mundial... de las cadenas libres de aficionados que nunca perderían a sus ídems de vista. No en los años sucesivos. Las figuras del submundo odian ese tipo de iluminación. La encuentran molesta, como descubrimos en los años que siguieron al Gran Golpe.

Para evitar eso, Beta no podía permitir que ninguno de los dos escapara. Tenía que encontrar un medio de mantener prisionera a Ritu, de esclavizarla para su extrañ

ciclo de reproducción... una especie de autoviolación que me habría dado escalofríos de no estar más preocupado por mí mismo.

Porque mi viejo enemigo Beta no tenía ningún motivo para mantenerme a mí con vida.

Tratando de encajar las piezas, pensé: Beta debe de ser quien trató de matarme con ese misil. ¿Se dio cuenta de que yo estaba en la pista de...?

¡Pero eso no tenía sentido! ¿No había una copia de Eneas Kaolin husmeando cerca de la casa de Maharal, el martes por la noche? Estaba acechando, buscando algo mientras evitaba ansiosamente ser pillado por el gris de Ritu.

Y fue Kaolin quien nos disparó a Ritu y a mí, mientras recorríamos el desierto.

Debe de haber descubierto la relación entre Ritu y Beta, tal vez incluso antes que ella misma.

¿Era el que se estaba «apoderando» de las operaciones de Beta?

Recordé mi primer encuentro con Ritu y su jefe en aquella fabulosa limusina Yago. Los dos parecían unidos y sinceros al querer mi ayuda para encontrar al desaparecido profesor Maharal. En el fondo, cada uno debía de estar pensando en utilizar mi experiencia para controlar la personalidad Beta... y tal vez explotarla...

Pero todo eso cambió el martes por la tarde. Algo asustó a Eneas.

¿Fue el ataque priónico a Hornos Universales? O tal vez otra cosa, relacionada con el padre de Ritu.

Eso podría explicar por qué envió a uno de sus platinos a atacarnos en la carretera. Ritu y yo íbamos disfrazados ambos de grises. Kaolin podría haber pensado que yo estaba aliándome con Beta, y que los dos íbamos a encontrarnos con...

Mi mente se agitaba, agarrando hilos procedentes de todas direcciones. Pero antes de que aquellos pensamientos dispersos pudieran fundirse en una nueva imagen, advertí bruscamente algo mucho más acuciante. Algo que me ofreció un rayo de esperanza y que cambiaba nuestra suerte.

A la izquierda apareció un nuevo pasillo. Una posible salida.

Aquel túnel, más pequeño, se desviaba bruscamente, pegado al que habíamos estado siguiendo hasta el momento. Mi impresión fue que llevaba a otra parte de la cercana base militar que acabábamos de dejar atrás. El profesor Maharal debía de haber tenido más de un objetivo cuando se coló allí en busca de tesoros escondidos, sirviéndose de las maravillas tecnológicas y secretas de la nación.

Ese nuevo agujero era aún más fétido y estrecho que el primero.

Pero constituía una pequeña oportunidad y lo seguí sin vacilación, agarrando a Ritu por el brazo y tirando de ella.

Ritu no se quejó, envuelta de nuevo en su manta de pasiva resignación. No es extraño que se dejara manipular por un producto de su imaginación, pensé... aunque admito que fue una observación fuera de lugar. Qué extraño que su parte más fuerte y

agresiva esté reprimida, sólo para ser liberada a través de la idemización. Debe de haber tenido una infancia extraña.

Avanzar era difícil. El túnel era mucho más irregular y tan bajo que teníamos que encogernos gran parte del tiempo. Se habían esforzado menos en alisar el suelo, como si el constructor no hubiera previsto necesitar mucho este pasadizo. Las globoluces eran más escasas y la mayoría parecían haber sido alcanzadas por los disparos en la lucha reciente. Por todas partes yacían fragmentos de guardianes robóticos, mezclados con charcos de golems recientemente disueltos. Los subrogados de barro y silicio habían librado una breve y amarga batalla en aquel estrecho paso.

¿Había habido supervivientes? Más importante, ¿estaban aún programados para evitar dañar a seres hechos de carne? ¿O esas cuestiones legales ya no importaban?

Perdí el sentido del tiempo y el espacio (mi implante no funcionaba allí abajo, naturalmente). Con todo, una sensación de esperanza fue creciendo mientras Ritu y yo corríamos. Debíamos de estar acercándonos de nuevo a la base, a la parte que Yosil había pasado tantos años golem intentando alcanzar. Una vez dentro, no perdería tiempo y haría esa llamada telefónica...

De repente, tropecé con algo resbaladizo en las sombras. Un cuerpo gimió e intentó agarrarme con sus enormes brazos, pero conseguí apartarme. Y el golem de batalla tendido no podía perseguirme porque le habían volado tres cuartas partes del cuerpo.

Esa era la buena noticia.

La mala noticia: ahora Ritu y yo estábamos en extremos opuestos del guerrero-muñeco lisiado, que volvió lo que le quedaba de la humeante cabeza para mirarnos antes de preguntar:

—¿Haciendo un último intento, Morrissss?

La voz rasposa y gimoteante era bastante inteligible para ser de alguien a quien le quedaba media cara. La mayoría de los ídems se desintegrarían después de sufrir unas heridas semejantes, con su Onda Establecida deshaciéndose como algodón de caramelo en una tormenta. Pero los modelos gladiatoriales son fuertes.

—No querrás ir por ahí —la cabeza señaló en la dirección a la que yo me encaminaba.

—¿Por qué no? —pregunté—. ¿Eran demasiado fuertes las defensas, Beta? ¿No pudiste abrirte paso?

La figura fracturada se encogió de hombros.

—No, lo conseguimos. Pero Yosil ya lo había capturado. Lo tiene en su laboratorio. Me estremezco al pensar lo que piensa hacer con...

—¡Eh! ¿De qué estás hablando? ¡Maharal está muerto! Una risa seca.

—¿Eso crees?

Escupí para deshacerme de un sabor espantoso.

—El forense de la policía fue concienzudo. Yosil Maharal murió en accidente de coche. Y a estas alturas cualquier fantasma ya...

—Cualquier fantasma estaría todavía dando guerra, Morris. Pero Alfa nunca te contó eso, ¿verdad?

Alfa. El apodo de Beta para Ritu, naturalmente. A la tenue luz, la cara de ella tenía un aspecto demacrado, asqueado por la figura caída, por sus heridas y su actitud impertinente, pero sobre todo por el Efecto Espejo: el disgusto de ver un reflejo de ti mismo que desprecias. Ella lo encajaba mal.

—¿De qué está hablando? —exigí saber. Pero Ritu se limitó a retroceder dos pasos y negar con la cabeza.

El golem destrozado se echó a reír.

—¡Vamos, díselo! Háblale a Morris del Proyecto Zoroastro y su ataque múltiple al status quo. Como el nuevo método para recargar ídems, para que duren semanas o incluso meses... —Pero eso haría...

—O la investigación para hacer mejores imprintaciones de un ídem a otro. Esa es la parte en la que estoy interesado profesionalmente, desde luego, para hacer que la piratería compense de verdad. Necesitaba detalles que Ritu nunca aprendió en su trabajo diario, allá en la cúpula de dirección de HU, y por algún motivo oculto ella se negaba a bajar a Investigación y Desarrollo, no importa lo duro que yo pinchara.

Así que elaboré a cambio un bonito plan de espionaje... que te utilizaba a ti, Morris.

»Sólo que debió de volverse en mi contra, supongo. Parece que al final molesté a alguien poderoso. Alguien con los recursos para localizarme y...

—Poderoso. ¿Te refieres a Kaolin? Se encogió de hombros.

¿Quién si no? Ya estaba molesto cuando Yosil desapareció, llevándose todos sus archivos y prototipos. Tal vez Eneas decidió que era hora de limpiar la casa, de purgar el Proyecto Zoroastro... y deshacerse de todos sus enemigos a la vez.

»Pero tus suposiciones son tan buenas como las mías. ¡Ésta es la primera en semanas! En lo que se refiere a acontecimientos recientes, lo único que sé es lo que Ritu ha visto y oído. Si tuviera tiempo, emplazaría sentidotes. Verificar lo que creo que asustó a Eneas. Tal vez planear alguna venganza.

»Pero ahora...

Los temblores sacudieron al golem restante. La piel de barro que una vez pareció casi tan magnífica como la de verdad ahora se resquebrajó, imitando rápidamente el ocaso de la edad. Con esfuerzo, idBeta gruñó unas cuantas palabras más.

—Ahora... hay un... asunto... mucho más delicado... que solventar. Sacudí la cabeza.

—Quieres decir que el fantasma de Yosil está intentando hacer algo...

—¡Que hay que detener! —El soldado de barro usó su brazo bueno para intentar coger a Ritu—. Vamos... Dile a Morris... de qué se trata. Cuéntale lo que... papá intenta hacer.

»¡Díselo!

Una expresión salvaje inundó los ojos de Rito. Dio dos pasos más hacia el camino por donde habíamos venido, de vuelta a meseta Urraca y el santuario oculto de Yosil Maharal. Sólo pude distinguir el blanco de sus ojos cuando la llamé.

—¡Espera! Beta está intentando asustarnos... para que vuelvas con los demás. ¡Pero éste es inofensivo, mira! —Golpeé con el pie y el brazo salió volando, rompiéndose al chocar contra el suelo—. Ven por aquí —urgí, extendiendo la mano para ayudarla a pasar por encima del agonizante muñeco bélico—. Podemos escapar...

—¡Escapar! —El putrefacto ídem de Beta había quedado reducido a la mitad de una cara corroída y parte de un torso, aunque tenía suficiente fuerza de voluntad para emitir una risa gutural—. ¡Ve al final de... esste túnel... Morrissss... y verásss tu esscapada!

La risotada final del golem fue la gota que colmó el vaso para Ritu. Con un gemido de temor y autorrechazo, se dio media vuelta y corrió se por donde habíamos venido, hacia el túnel principal. Ninguno de mis gritos sirvió de nada.

No se puede razonar con el pánico ciego. No es que se lo reproche. Pronto, como era predecible, oí el grito de desesperación de Ritu cuando se topó de frente con nuestros perseguidores. Más Betas, no más agradables que la versión que tenía a mis pies. Sólo que éstos estarían intactos.

Ahora no podía ayudarla. Mi única posibilidad era darme media vuelta y huir mientras el Beta más cercano se licuaba por fin. Su risotada final me persiguió, empujándome a correr como había hecho con Ritu, después de que sus últimos ecos audibles se desvanecieran.

Observé que allí debía de haber tenido lugar una auténtica batalla. Las máquinas preparadas por Yosil Maharal lucharon denodadamente contra los automátas de barro que contenían un aspecto de la personalidad multifacetada de su hija. ¡El tesoro que perseguían debía de ser importante! Apresurándome, oí un lejano rumor de pasos persiguiéndome, acercándose desde atrás.

Por fin, el burdo túnel terminó bruscamente. Una pared metálica se extendía a izquierda y derecha ante mí, un blindaje que obviamente pretendía mantener a raya a los intrusos. La barrera debería haber funcionado. Podría haberlo hecho, si los guardianes de la base hubieran estado atentos ala presencia de topos acercándose. Eso pretendían hacer, lo sabía. Instalaron todos los instrumentos y programas de vigilancia necesarios. Sólo que alguien mucho más listo consiguió infiltrarse en el sistema de defensa, engañando a los guardianes mecánicos de aquel reducto secreto para que ignoraran los claros sonidos de excavación.

Una ancha placa de acero de alta tecnología había quedado al descubierto, luego una sección entrecortada había sido apartada, evitando con cuidado los detectores de continuidad. Más pruebas de un trabajo hecho desde dentro, planeado por alguien que estaba en el ajo. Naturalmente todo eso era provisional. No tardarían mucho en localizar al culpable, una vez que los servicios de seguridad de la base fueran

alertados. El ladrón tenía poco tiempo para ejecutar su plan, fuera cual fuese.

Al acercarme a la fisura en la pared (de un centímetro de grosor, advertí), el implante de mi ojo izquierdo escaneó por si se producía alguna emboscada por parte de algún botbasilisco sobrante, aunque todo lo que vi fueron fragmentos. También me ocupé de hacer esa llamada telefónica a la seguridad de la base, pero no había ningún enlace ala vista todavía. Tendría que entrar y esperar...

Entonces vi el emblema:

MATERIAL TÓXICO
PELIGRO EXTREMO PARA LA VIDA ORGÁNICA

Se suponía que la sala blindada sólo tenía una entrada. La vi frente a mí: una pesada compuerta con enormes cierres. Casi igual de impresionantes eran una docena de enormes refrigeradores, cada uno con triple cerrojo y cubierto con sellos que delataran cualquier intento de forzarlos.

Pero alguien los había forzado, sobrepasando con cuidado las alarmas de dos unidades de almacenamiento, y luego abriendo nuevas aberturas para evitar los cierres. De los huecos brotaba condensación en forma de escarcha, mientras las bombas se esforzaban por mantener el frío. Pero ese frío no era nada comparado con el escalofrío que me recorrió el corazón cuando vi los restos del robo esparcidos por el suelo: bandejas de metal abandonadas y tapas de plástico arrancadas que mostraban más de aquellos aterradores símbolos de peligro tóxico. Sin ninguna voluntad consciente por mi parte, el implante enfocó hasta que pude leer algunas etiquetas rotas, con nombres como Saringenia Aérea y Tumofornia Phiddipidesia: Cepa Avanzada.

Clara me habló una vez de la saringenia, una plaga orgánica verdaderamente desagradable que fue probada durante la Guerra de las Burbujas. En cuanto a la phiddipepsia, una versión suave de la que hubo una fuga hace diez años, causó el Saqueo Ecotóxico de los Acuíferos del Suroeste. Me estremecí al imaginar lo que podría hacer una cepa «avanzada».

Según un solemne tratado, se suponía que las cepas habían sido destruidas hacía mucho tiempo.

Naturalmente, los cínicos de la Red siempre cuentan historias espantosas sobre oscuras conspiraciones. Bóvedas como ésta tenían que existir, decían. No forma parte de la naturaleza humana rechazar ningún arma.

Me quedé allí, a medias en la abertura de la pared de metal, contemplando un paraíso para delatores, reflexionando sobre la cantidad del botín si informaba de aquello en las redes abiertas... y preguntándome cómo conseguían los dodecs mantenerlo en secreto hoy en día. Es decir, habría reflexionado acerca de esas cosas, estoy seguro, de no haber estado paralizado de terror. Sobre todo cuando advertí un reguero de brillantes añicos en el suelo... trocitos de cristal de frascos que habían caído durante el apresurado robo.

Ya era demasiado tarde para empezar a contener la respiración.

No sé cuánto tiempo estuve allí, mirando aturdido la brillante escarcha de la muerte. Lo que finalmente me sacó de mi atolondramiento fue un sonidos pisadas rítmicas que anunciaban la llegada de una amenaza más familiar y tangible. Una amenaza que la mente podía comprender.

—Bueno, Morris. Estás aquí —la voz de Beta me sacó de las garras del miedo—. Ahora ves qué está en juego. ¿Por qué no eres un buen chico y te apartas de ahí, eh?

De las sombras surgieron media docena de fornidos ídems bélicos que Beta había robado de la armería de reserva. Avanzaban encogidos por el estrecho túnel.

Mientras se acercaban, sentí que algo precioso empezaba a desvanecerse: mi poder para actuar. Para influir en los acontecimientos. No sé ustedes, pero para mí ese poder significa mucho más que una vida insignificante, incluso una vida real. En este caso, muchísimo más.

Crucé de un salto el espacio que me separaba de la sala de almacenamiento y empecé a correr hacia la puerta situada en el otro extremo.

—¡No! —gritó el Beta más cercano—. ¡Déjame encargarme de esto! No sabes lo que estás haciendo. El calor de tu cuerpo podría disparar...

Me esforcé por hacer girar la gran rueda que controlaba ocho grandes varas de hierro que sellaban la compuerta. No harían falta códigos ni cerrojos para girarla desde dentro, ¿no? Noté que empezaba a moverse...

Pero los golems de batalla son rápidos. Me alcanzaron antes de que la rueda giran treinta grados. Unas manos implacables intentaron hacerme soltar mi presa, lastimando aún más mi pulgar magullado, y luego un Beta de tamaño gigante me atrapó bajo un brazo... una sensación que estaba empezando a odiar, de verdad. Rebulléndome y pataleando, me agité frenético mientras me apartaba de la gran compuerta, hasta que dejarnos atrás la fría superficie de un refrigerador de almacenaje. Cuando mi mano rozó filamentos de lazo luminiscente, los agarré espasmódicamente, tirando y arrancando elementos de sujeción.

¡Eso dio resultado! Bruscamente, las luces ambientales cambiaron de blanco silencioso a rojo de alerta. Unas agudas sirenas empezaron a sonar.

—Se acabó —murmuró un Beta.

—Nos lo llevaremos de todas formas —contestó mi porteador, agachándose para volver a entrar en el túnel mientras me cargaba como si fuera un trozo de carne. Pronto estuvimos corriendo, impulsados por músculos de cerámica aumentados que notaba incómodamente calientes junto a mi piel, sobre todo después de haber dejado aquella sala refrigerada. Todo lo que pude hacer fue ver cómo las paredes de piedra pasaban en un destello, a centímetros de mi cara, y me sentí cada vez más desorientado, como si tuviera fiebre.

¿Estaba ya infectado con alguna plaga de acción rápida? Lo más probable era que fuese mareo intensificado por la desesperación y por una imaginación hiperactiva. Pero ¿quién podía asegurarlo?

Al volver al túnel principal, nos encontramos en medio de un enjambre de otros golems de batalla. El Beta que me transportaba giró a la izquierda, corriendo hacia la fortaleza oculta de Yosil Maharal... al menos eso supuse. También divisé a Ritu entre ellos, ahora más custodiada que antes, con los ojos vidriosos y aislada entre las criaturas que había imprimado: muñecos gigantes y aterradores impulsados por una parte de ella que odiaba.

El eco de los disparos sonaba más cerca que antes, pero parecía estar remitiendo. Al parecer habían llegado refuerzos para acabar con la última línea de defensa de Yosil.

Sin embargo, mucho antes de que alcanzáramos el frente, un segundo murmullo entrecortado llegó desde atrás: gritos distantes y contenidos seguidos por bruscas detonaciones. Vi que los Betas cercanos consultaban entre sí en voz baja y preocupada. Algunos se volvieron para enfrentarse a esta nueva amenaza, apostándose para disparar, mientras que el resto nos empujaban a Ritu y a mí hacia delante.

Al parecer nuestra pequeña fuerza de asalto estaba rodeada. Enemigos por detrás y por delante.

«Magnífico —pensé, sucumbiendo a la fiebre, o a la desesperación—. Será mejor no dejar que las redes de viajeros se enteren de la existencia de este maravilloso lugar. O todos los masoturistas del mundo querrán venir».

Almapaisaje

... donde gris y rojo se combinan para explorar un arco iris...

¿Quién dice que Yosil debe ser el jinete?

Su fantasma loco sigue divagando con bravatas pomposas para convencerse así mismo de que todavía está al mando, pero yo he dejado de escuchar. El pobre idYosil no tiene todavía ni idea de que algo ha salido terriblemente mal en su plan.

El andzier me amplificó a partir del triste didtective que fue capturado en la mansión Kaolin. Incontables duplicados-bosones se combinan como gotas en una poderosa ola. Eso es todo lo que se suponía que iba a ser, una simple onda portadora con toda la «yoidad» eliminada.

¡Pero estoy aquí! Asomándome a nuevas dimensiones. Aprendiendo rápido.

Por ejemplo, he estado estudiando esos «ecos» que advertí antes. Son otra gente. Los veo moviéndose nerviosamente a una distancia indefinida. Aquí arde uno en un tono amargo que me recuerda la furia. Allá titila una llama temblorosa con el color ácido del pesar. Pero la tendencia común parece ser el doloroso aislamiento: cada uno es una avanzadilla solitaria, apartada, incomunicada, una chispa solitaria ardiendo en una llanura árida.

Incluso cuando contemplo una multitud de millones (¿una metrópoli cercana?) el principal rasgo de este reino es una dispersión melancólica. Los paisajes urbanos siempre me parecían abarrotados: todos aquellos cuerpos de carne y barro, con ropa y herramientas y fuertes voces. Pero aquí, al verlos reducidos a sus núcleos, te das cuenta de que unos cuantos millones de almas apenas cuentan nada, como hojas de hierba ampliamente repartidas que se llaman desesperadamente a sí mismas un prado.

No, son aún menos. Considéralos diminutas algas salpicando una orilla yerma, tocando sólo levemente el borde de un enorme continente vacío. Es una visión amarga de la condición humana. Sin embargo, el austero panorama me parece excitante. ¡Porque puedo tocarlos!

Un rinconcito de mí todavía se siente obligado a recitar y describir, aunque ahora sé que las metáforas de vista y sonido no son válidas. Yosil tenía razón: nuevas percepciones exigen nuevos vocabularios. El espacio y la proximidad tienen cualidades diferentes en este plano alternativo, donde la localización se basa en la afinidad. El amor o el odio o la obsesión pueden acercar dos aleteos de alma durante un tiempo. Junta, una pareja puede a veces prender un nuevo destello que arde bruscamente esperanzado. Matrimonio, supongo, para dar al fenómeno un nombre

cómodamente familiar, e hijos.

No todas esas colaboraciones son duraderas o felices. A pesar de todo, los amables aromas de la alegría emanan de algunas.

Eso da un nuevo significado a la frase «almas gemelas». ¿Cuántos adolescentes deseosos han ansiado encontrar ese otro especial con todos los complementos adecuados para mezclarse en una unión perfecta? La romántica idea siempre pareció tonta porque no tenía en cuenta el trabajo y el compromiso que requiere el amor genuino. Pero mientras escruto este extraño paisaje, diviso pautas y texturas de carácter que parecen complementarse y que prometerían mezclas armónicas si se encontraran.

Qué oportunidad comercial, si algún empresario emprendedor usara alguna vez esta técnica para ofrecer un nuevo y mejorado servicio de citas... Pero Yosil Maharal tenía algo más profundo en mente cuando diseñó esta ventana a una capa más profunda de la realidad. Mira lo que pasa cuando un aleteo empieza a vacilar y luego a desvanecerse. En el llamado mundo real, tenemos una palabra para ello: Muerte.

Unas cuantas de esas ascuas temblorosas brillan con valor inconfundible, mientras que otras rezuman lo que sólo puedo llamar desesperación. Y, en el último momento, algunos hacen un fugaz, extático esfuerzo por ir a otra parte.

¡Ahí hay uno! Una mota moribunda se lanza a través de la solemne extensión como una semilla de diente de león que chispea breve, auspiciosamente...

Antes de caer al marchito llano, vaciándose, dejando detrás una huella polvorienta. Muchas marcas de quemaduras salpican el paisaje en todas direcciones. Más de las que podría contar jamás. La mayoría parecen viejas.

Sucede de nuevo, y otra vez. Los moribundos repiten este vano esfuerzo, uno tras otro. ¿Por qué se molestan, si nunca sirve para nada? ¿Sienten que es un objetivo por el que merece la pena esforzarse, no importa lo negras que sean las expectativas?

Hay algo... lo noto con mis nuevos sentidos. Debe de ser el mismo poder que preconizan algunas religiones: un potencial para una fase más allá del óvulo y el niño, más allá de la larva y el joven. Más allá del hombre o la mujer adultos. Esperanza de continuidad, proliferación, quizás una propagación interminable por un vasto dominio nuevo. ¡La potencialidad me resulta evidente ahora!

Entonces, ¿qué los retiene? ¿Falta de fe? ¿El juicio divino?

No. Esas antiguas excusas no son suficientes. Nunca lo fueron. Pues, ¿dónde está la lógica en basar la salvación en el caprichoso deseo de un creador o en su búsqueda de alabanzas? ¿O en oraciones-encantamientos que varían de una cultura a otra? Eso no es consistente ni científico. No es como funciona el resto de la naturaleza.

Piensa, Albert. Recuerda todas las tragedias que lastraron la vida humana, desde nuestros oscuros comienzos. La enfermedad te arrebató a tus seres queridos. El hambre diezmó tu tribu. Asolado por la ignorancia y la falta de habla, no podías compartir siquiera lo poco que conseguiste aprender. O mira la frustrante torpeza de tus manos y la lentitud de tus pies. ¡O la maldición de tener que estar en un solo lugar

cada vez, cuando había que hacer innumerables cosas! Ninguno de esos problemas fueron resueltos con las recetas de los charranes y sacerdotes. Ni por los místicos fatuos ni los monjes condescendientes.

Tecnología. ¡Eso es lo que mejoró las cosas! A trompicones (y a menudo horriblemente mal utilizada por el camino), ahí es donde encontramos respuestas consistentes, seguras, no caprichosas. Respuestas que se aplicaban por igual al señor y al vasallo. Respuestas que mejoraron la vida en todas partes y nunca desaparecieron.

Entonces, ¿por qué no utilizar la tecnología para resolver este antiguo acertijo, la inmortalidad del alma?

Lo admito, estoy empezando a comprender qué impulsó a Yosil Maharal. Que el cielo me ayude, puedo conseguir su sueño.

A cada momento que pasa, aprendo más.

Hechos explícitos y teorizaciones abstractas van filtrándose, surgidas de idYosil mientras trabaja cerca, sin sospechar, esforzándose por terminar antes de que irrumpen los atacantes. Su conocimiento (el trabajo de toda una vida) me llega deslavazado y sin comprensión. Puedo abarcar la belleza del andzier, por ejemplo, a un nivel estético, antes de que las ecuaciones subyacentes tengan ningún sentido. El ritmo irregular de comprensión es un motivo por el que me he abstenido de actuar. Hasta ahora.

Al examinar todos esos frágiles destellos de ahí fuera, creo que sé qué los mantiene separados: ¡el puro temor de perder la individualidad! De ser esparcidos. De perderse. La gente se acerca y luego se evita entre sí en una loca danza, temiendo a la vez demasiado aislamiento y demasiada intimidad.

Recuerdo ese baile, demasiado bien. Pero el temor ha desaparecido ahora, consumido por mi ordalía en la máquina de tormentos de Maharal. Al convertirme en muchos, ya no temo la perspectiva de compartir una Onda Establecida.

¿Soy como un bodhisattva, entonces, regresando del Nirvana con ayuda compasiva para los no iluminados? ¿Es compasión lo que siento, tan ansioso por intervenir?

Anhelo extenderme, abrazar todos esos débiles aleteos, despertarlos y animarlos y liberarlos. Avivar sus débiles fuegos y obligarlos a reconocer el vacío que los rodea.

No es la humilde versión de la compasión que nos han enseñado a admirar. ¡Al contrario, que un buda, reboso de ambición por mí mismo y toda mi ignorante especie!

Un sincero rincón de mí llama a esto «arrogancia».

¿Y qué?

¿No me cualifica sinceramente eso para el trabajo? Con toda seguridad, yo seré un dios mejor que idYosil.

Algas en una orilla yerma. Cada vez me parece más adecuada esa metáfora. Pues somos muy parecidos a las primeras criaturas que salieron torpemente del mar para

colonizar la tierra desnuda, bajo un sol ardiente.

El almapaisaje casi vacío llama, como una nueva frontera. Una frontera llena de mucho más potencial que el estéril espacio exterior con sus simples planetas y gabelas. ¡La ciencia y la religión sólo entrevieron el inmenso potencial que hay aquí! Si podemos hacer que se cumpla.

¡Yo puedo hacerlo! Lo sospecho con creciente excitación. Pero hay unas cuantas cosas que decidir primero...

Espera. ¡Ahora lo veo! Una verdad que el profesor Maharal advirtió hace semanas Su fantasma intentó explicármelo, con analogías de mecánica cuántica. No las comprendí, pero ahora resulta tan claro...

El cuerpo es un ancla.

Ese parangón de la evolución orgánica, el maravilloso logro de la mente humana y el cerebro que hizo posibles la conciencia de uno mismo, la abstracción y la Onda Establecida... el cuerpo viene bien equipado para todas esas maravillas, pero también lastrado con instintos y necesidades animales, como la individualidad, ansiando el aislamiento de yo y tú como un pez necesita la caricia del agua que lo rodea.

¡Para terminar de llegar a tierra, dejando para siempre el mar, debemos abandonar el caparazón de la carne!

Esta comprensión debió de aterrorizar al profesor Maharal, disparando una división entre su rig y su rox, entre hombre y golem, copia y arquetipo, ídem y amo. RealYosil vio que el autoasesinato se acercaba como una consecuencia natural de su propia investigación. Puede que incluso estuviera de acuerdo, en teoría. Pero el cuerpo se defendería, inundando su cerebro real de hormonas de pánico, haciéndolo huir por el desierto en una ciega y fútil escapada.

Natural mente realAlbert tenía que seguirlo entonces en la muerte. Tanto el jinete como los espejos deben carecer de ancla. Otro pequeño precio de la divinidad. Ahora lo comprendo.

Sólo que de repente advierto algo más.

No será suficiente cortar sólo dos enlaces corporales.

Habrá que soltar más almas para alimentar el ansioso proceso del andzier.

Más asesinatos... a gran escala.

Las imágenes se vierten sobre mí... cosas que idYosil había empujado a un rincón de su mente. Veo un símbolo (un trébol de guadañas rojo sangre), acompañado de unas palabras: contagio aéreo. Luego otra rápida impresión de misiles... cohetes esbeltos y eficientes, robados y montados, preparados para disparar sobre blancos urbanos. En un momento que se acerca.

¡Necesito saber más!

Lo que idYosil ha planeado puede que sea justificable. La evolución no se produce sin dolor ni pérdidas. Un montón de peces murieron para que tinos pocos se

pusieran en pie. El precio puede que merezca la pena...

¡Pero sólo si pueden obtenerse los beneficios!

Yosil ya ha sido demasiado descuidado. El experimento se desvió de su curso establecido, o sino, ¿por qué sentiría yo esta creciente oleada de poder y ambición mientras el número de mis duplicados perfectos sigue multiplicándose, congregándose como magma bajo un volcán? Yo soy el que se está preparando para cabalgar la Gran Ola. Algo que idYosil no previó nunca.

Si cometió un error, puede que haya cometido otros. Será mejor que lo compruebe, y rápido.

No se le debería permitir que masacrara a tantos inocentes.

Al menos, no basta que yo esté seguro de que hay una alta probabilidad de éxito.

Como un ladrillo
... donde Gumby se vuelve útil por partes...

Reptando penosamente tras una pista de pisadas en el polvo, impulsado en medio de una ardiente agonía por poco más que testarudez, arrastrando el peso muerto de este cuerpo moribundo con sólo un brazo bueno y una pierna que funcionaba a medias... no pude dejar de preguntarme por qué yo ídem me merecía esto.

Mi objetivo era perseguir a Beta, capturar al hijo de puta antes de que este cuerpo mío se disolviera, frustrar su maligno plan... fuera cual fuese. ¿Y si eso resultaba demasiado pedir? Bueno, entonces tal vez podría molestarlo un poco. Mordiéndolo en los tobillos, si no otra cosa.

Muy bien, no era un gran plan. Pero mi otra motivación, la curiosidad, que me había mantenido en marcha durante dos días completos, no me servía ya. Ya no me importaba la pugna secreta entre tres genios (Beta, Kaolin y Maharal), sólo que los tres debían de pensar que se habían librado por fin de esta verde copia barata, ¡y-maldita sea si no iba a demostrarles lo contrario!

Así es como me sentía mientras salía arrastrándome del saloncito de la vieja cabaña y me internaba en la montaña, siguiendo las huellas de Beta por el suelo irregular de una cueva... una gruta natural de arcilla que debía de haber atraído a Maharal para construir aquí, en primer lugar erigiendo esta cabaña sobre la entrada y, luego, usando la caverna para instalar un refugio científico clandestino.

Las burbuluces proyectaban largas sombras sobre las estalactitas y otras formas goteantes que titilaban a lo largo de sus húmedos flancos. Perlas de agua brillaban mientras caían. Si mis oídos funcionaran, sin duda habría oído un golpeteo rítmicamente agradable mientras las gotas golpeaban charcos ocultos. Pero un sonido me llegaba: una vibración grave que sentía en el vientre mientras me arrastraba por el suelo de piedra se intensificaba cuando perseguía a Beta pendiente abajo... algo que me resultaba más fácil que escalar, supongo.

Pronto pasé junto a una pared que había sido cortada y alisada por manos humanas. Mi ojo bueno atisbó figuras, grabadas en la cara rocosa a golpes, una cada vez. Petroglifos, marcados por algún pueblo nativo del pasado que consideró esta cueva un lugar sagrado de poder, donde se podía implorar a las fuerzas de la naturaleza y se invocaban milagros. Formas humanoides con brazos y piernas como palos blandían sus lanzas contra bestias burdamente dibujadas: sueños más sencillos, pero no menos ambiciosos ni menos sinceros que los actuales.

Dejadme vivir y prevalecer», suplicaba la magia en la pared.

«Amén», coincidí yo.

A lo largo de un centenar de metros no hubo ninguna otra distracción.

Arrastrarme con un brazo y una pierna mala se volvió tan normal que me costó trabajo recordar otro modo distinto de existencia. Entonces, parpadeando confundido, me encontré ante una decisión: una desviación en el camino.

A la izquierda, una habitación pequeña contenía maquinaria zumbante. Mecanismos familiares: un congelador, una imprimadora, un horno. Automáticos y listos para usar.

Por delante, una rampa bien iluminada descendía hasta el vientre de la montaña. Las vibraciones procedían de allí. Era también la dirección que seguían las huellas de Beta. El foco de grandes acontecimientos. Probablemente el laboratorio secreto del doctor, en toda su gloria.

No me molesté en examinar el tercer camino, que llevaba a la derecha. Y hacia arriba, uf. Ya tenía bastantes problemas decidiendo entre sólo dos opciones. ¿Debía seguir a Beta, o intentar algo realmente osado?

El autohorno llamaba, sus luces brillando con el mismo color que yo tuve la primera vez que Albert me fabricó hace ya tanto tiempo. Sin duda estaba mucho más cerca que intentar capturar a Beta arrastrándome tras él. ¡Qué atractiva la idea de cambiar un cuerpo destrozado y moribundo por otro fresco!

Ay, no había ninguna garantía de que pudiera subir a la plataforma imprimadora con sólo un brazo y una pierna mala, y mucho menos manejar correctamente los controles poniendo en movimiento la golemereación.

Desventaja número dos: todo el mundo sabe que no hay garantía cuando una copia intenta hacer copias. Cierto, Albert era (o es) un copiator excelente. ¿Pero intentar un ídem-a-ídem usándome a mí como molde? Siendo en el mejor de los casos un frankie barato, ahora una ruina completa, ¿cómo podía hacer nada más que una cosa torpe y sin mente? Además, el esfuerzo de llegar a la plataforma del perceptrón sin duda acabaría con este cuerpo.

Por un lado, justo delante había un suave camino que bajaba hasta el centro de todos los secretos...

Ése no es el camino.

Di un respingo. Era la maldita voz exterior otra vez. La maldita regañina.

Puede que no quieras ir a la derecha.

Hacia arriba.

Podría ser importante.

Una furia obstinada se apoderó de mí. ¡No necesitaba que una pendencia me amargara los últimos momentos de mi penosa existencia!

Oh, pero tal vez sí.

Y para mi sorpresa, advertí que algo en esa declaración sonaba a verdad.

No pude (y todavía no puedo) explicar qué me hizo decidir aceptar ese consejo contra toda lógica, abandonando dos opciones conocidas para invertir todo lo que me quedaba en una temible escalada final. Quizá se reducía a... ¿por qué no?

Apartándome del tentador autohorno, y de las odiadas huellas de Beta, empecé a

subir arrastrándome aquellas burdas escaleras.

Una discusión familiar

... donde realAlbert llega a apreciar su sencilla educación...

Ritu y yo estábamos atrapados en aquel horrible túnel bajo meseta Urraca, con una banda de enemigos avanzando hacia nosotros desde atrás mientras otros bloqueaban el avance por delante. Sólo pudimos agazaparnos en el estrecho pasadizo mientras los ecos de los disparos resonaban en ambas direcciones.

Beta parecía estar quedándose sin guerreros. Sólo asignó a un zángano dañado para vigilarnos. Con todo, parecía bastante capaz de controlar a dos orgánicos asustados.

—Tendría que haber hecho más de mí cuando tuve la oportunidad —gruñó el gigantesco golem.

Ritu dio un respingo. Ya estaba agotada de imprimir a tantos ídems con la personalidad alternativa que llevaba dentro de su cabeza, obligada a hacerlo por una compulsión más fuerte que la adicción. La idea de copiar más sólo aumentaba su autorrechazo. Me preocupó que Rita de pronto diera un salto y tratara de poner fin a su miseria corriendo hacia la zona de combate, arrojando su cuerpo ala melé antes de que los guerreros de ambos bandos pudieran detener el fuego.

Como carecía de cualquier otro modo de ser útil (y necesitaba urgentemente que me distrajeran de mis propias preocupaciones), intenté hacerle unas preguntas.

—¿Cuándo descubriste lo de Beta?

Al principio ella pareció no escucharme: se mordió los labios, moviendo nerviosamente los ojos de un lado a otro. Repetí la pregunta. Por fin, Ritu contestó sin mirarme directamente.

—Incluso de niña sabía que me pasaba algo raro. Algún conflicto interno me hacía hacer o decir cosas que no pretendía o que lamentaba más tarde, saboteando relaciones y... —Ritu sacudió la cabeza—. Supongo que un montón de adolescentes podrían describir el mismo problema. Pero empeoró muchísimo cuando empecé a imprimir. Los ídems se perdían, o regresaban sólo para descargar recuerdos fragmentados. ¿Puedes imaginar lo frustrante e injusto que resultaba? Yo nací en este negocio. ¡Sé más de idemización que la mayoría de los empleados de desarrollo de HU! Seguía diciéndome que debía de ser un fallo en la maquinaria. Y que se resolvería con el modelo del año próximo. —Se volvió a mirarme—. Eso debe de ser el proceso de negociación, supongo.

«No jodas».

Era como decir que el océano estaba húmedo.

—¿Buscaste ayuda?

Ella bajó los ojos, asustada.

—¿Crees que necesito ayuda?

Me costó mucho trabajo reprimir una risa horrorizada. La fuerza de la represión en su interior debía de ser increíble para preguntar una cosa así mientras estábamos retenidos en aquel horrible lugar.

—¿Cuándo empecé a comprender? —continuó Ritu al cabo de unos segundos—. Hace semanas, oía mi padre discutir acaloradamente con Eneas sobre si debían anunciar o no algunos logros, como el de extender el lapso de vida de los ídems. Eneas decía que el método no estaba listo y se quejaba de cuánto en la investigación de Yosil apuntaba a aspectos místicos como la imprintación nohomóloga...

Hice un esfuerzo por atender mientras Ritu desgranaba por fin su historia. Me interesaba, de verdad. Pero el túnel era tan sofocante y caluroso... No pude dejar de preguntarme si mis sudores eran el síntoma de alguna vil plaga contraída durante mi breve visita a la sala dedicada a la guerra biológica. ¿Estaban rasgando ya mi carne patógenos superrápidos?

¡No quería pensar en ello! Como Ritu, busqué distraerme de la indefensión con el diálogo.

—Hum... ¿Podrían esas discusiones con Eneas explicar por qué se ocultó tu padre?

—Supongo que sí... Pero ellos siempre habían peleado como hermanos, desde que Eneas adquirió el proceso Bevisov-Maharal para animar sus muñecos de cine-efexesp. Los dos solían recuperar la calma y resolvían las cosas.

—Pero no esta vez. Kaolin...

—¡Acusó a Yosil de robar archivos y equipo! Me di cuenta de que Eneas estaba furioso. Sin embargo mantuvo su ira controlada, como si mi padre tuviera algún poder sobre él. Algo que impedía interferir incluso al presidente de Hornos Universales, no importa lo enfadado que estuviera.

—¿Chantaje? —sugerí—. El ídem de Kaolin estaba husmeando en la casa de tu padre cuando me reuní contigo allí el martes por la noche. Tal vez buscaba pruebas que destruir, después de haber matado a Yosil...

—No —Ritu negó con la cabeza—. Antes de que se marchara por última vez, oía mi padre decirle a Eneas: «Soy tu única esperanza, así que no te interpongas en mi camino si no tienes agallas para ayudar». Eso asusta un poco, lo admito, pero no suena a chantaje. De todas formas, sigo sin poder creer que líneas asesinara a nadie.

—Bueno, un ídem que se parecía a Kaolin nos disparó esa misma noche, en el desierto.

Como siguiendo una indicación, varios estampidos resonaron en el lugar donde la retaguardia de Beta combatía a sus enemigos sin nombre. El pánico volvió a encenderse en los ojos de Ritu... hasta que expulsó el temor una vez más. A su modo, estaba mostrando auténtico coraje.

—Yo... he pensado en eso. Eneas no estaba sólo preocupado por mi padre, ¿sabes? También tenía una obsesión creciente con... Beta —Ritu escupió la palabra

con disgusto—. Eneas se gastó una fortuna en seguros y en seguridad, intentando cortar el acceso de Beta a las tecnologías y el material de HU. Supongo que en algún momento debió de descubrir la verdad sobre mi otra mitad. —Indicó con la cabeza el guardia-golem cercano—. A Eneas debió de amargarle que Beta supiera todo lo que yo sé sobre la compañía. Ni siquiera podía demandar-me o vengarse sin hacerme daño a mí... a la Ritu Maharal que siempre trató como a una hija. Ni podía hablar conmigo sobre el problema. Eso sólo habría alertado a Beta, así que no podía hacer nada.

—Aún peor —añadí yo—, a Kaolin le preocuparía la posibilidad de que Beta y Yosil Maharal hubieran forjado una alianza. Rito sacudió la cabeza.

—Esa sola idea volvería loco a Eneas.

—Entonces su golem nos disparó en la carretera porque pensaba que tú eras Beta —concluí—. Ibas disfrazada de ídem. ¡Y yo pensando todo este tiempo que iba por mí! Pero entonces, ¿quién disparó un misil contra mi casa y...?

Una rápida bala llegó zumbando, interrumpiéndonos cuando rebotó en el techo. Ritu dio un respingo. Por cuarta o quinta vez, trató de apretujarse contra mí. En medio de aquel caos, lo más natural habría sido que nos abrazáramos. Pero yo retrocedí, manteniendo la distancia, ya que podía estar transportando algún tipo de virus.

La alternativa era seguir hablando. Ladeé la cabeza para mirarla fijamente a los ojos.

—¿Qué hay de tu padre? —pregunté—. ¿Qué estaba haciendo aquí que asustara tanto a Kaolin? ¿Por qué robar galenas y armas al Ejército? ¡Y agentes biológicos, por el amor de Dios!

»Rito, ¿qué sigue pasando aquí, días después de su muerte?

Mi vehemencia la hizo retroceder. Rito se llevó ambas manos a la cabeza. Su voz se quebró.

—¡No sé nada de eso!

Alguien más se unió en ese punto a la conversación.

—Déjala en paz, Morris. Estás acosando al yo equivocado.

Era el golem de batalla herido que nos vigilaba, tan firme hasta ahora que nos habíamos estado escudando tras él como si fuera una piedra. La cara de mentón cuadrado se volvió, observándome sin apenas expresión. Con todo, sentí el desdén familiar de mi viejo enemigo. Ni siquiera saber, por fin, que era producto de una sobrecompensación neurótica me sirvió de mucho. Seguía odiando a aquel tipo.

Beta habló con voz grave y rechinante, pero con el mismo tono despectivo.

—Como sospechas, teníamos un acuerdo, Yosil y yo. Me suministró una cantidad ilimitada de repuestos golem especializados, salidos directamente de Investigación, con todo tipo de grandes prestaciones como piel pixelada que puede cambiar de pautas de color a voluntad.

—Estás bromeando.

—No. Yosil ayudó a enviarlos directamente al frigorífico de suministros de Ritu mientras yo trabajaba desde dentro, para asegurarme de que ella nunca examinara sus repuestos con atención. Juntos, hicimos que pareciera que varios ídems suyos estuvieran haciendo exactamente lo que ella quería que hicieran, minimizando sus preocupaciones y celos. Fue de gran ayuda en mis operaciones y funcionó bien... hasta hace poco tiempo.

—¿Y qué conseguía Maharal a cambio?

—¡Le enseñé el bello arte de la evasión! Cómo esquivar y evitar y marear al Ojo Mundial. Mis contactos en el submundo fueron de gran ayuda. Se convirtió en una especie de pasatiempo padre-e-hijo. —El ídem le guiñó un ojo a Ritu, que se estremeció y se dio la vuelta, así que Beta volvió la sonrisa de inteligencia hacia mí —. Sospecho que papá siempre quiso un niño —dijo.

La crueldad entre hermanos puede ser repugnante. Igual que el odio autodestructivo. Aquello se encontraba a medio camino entre ambas cosas.

—Tengo que admitir —continuó Beta—, que ella me presentó batalla estas últimas semanas. Desde que me descubrió, dejó de imprimir y mató a todos los Betas que se acercaban a ella para descargar. ¡Empecé a quedarme sin versiones de descarga diarias!

—Ese ídem en descomposición que encontré en un vertedero tras la casa...

—Bang. —Beta usó un dedo para remedar el disparo de una pistola—. Ritu lo eliminó. Luego se hizo con el equipo de maquillaje de papá y se disfrazó para parecer gris, esperando que la farsa le permitiera venir al sur contigo y... —Beta negó con la cabeza—. Bueno, tengo que admitir que su fuerza de voluntad me sorprendió. Sólo pude interferir un poquito, desde dentro. ¡Bien por ti, Alfa!

—Qué enternecedor —respondí por Ritu, que parecía demasiado enfurecida para hablar—. Así que papá te quería más. ¿Por eso estás intentando entrar en su santuario ahora mismo? —Antes de que Beta pudiera contestar, algo encajó en mis pensamientos—. El laboratorio no está dormido, protegido por centinelas robot. Hay alguien dentro, ahora mismo, planeando usar las armas biológicas robadas para ejecutar algún retorcido plan. ¿Es el asesino de Yosil? ¿Ettentas entrar para vengar a tu padre?

Beta hizo una pausa, luego asintió.

—En cierto modo, Morris. Pero ya que las verdades ocultas están saliendo a la luz, bien podrías saber —hizo un gesto hacia Ritu— que tenemos muchas más cosas en común con nuestro padre de lo que podrías imaginar.

Ritu parpadeó, mirando directamente al golem por primera vez.

—Quieres decir...

—Quiero decir que un genio como el suyo nunca podría ser contenido en una sola personalidad, o confinado a un único cerebro humano. En Yosil, las divisiones eran menos explícitas. Sin embargo... Dejé escapar un gruñido de comprensión, al recordar algunos argumentos de pelids malas que Ritu y yo habíamos comentado

durante nuestro viaje por el desierto. ¿Cuántas trataban de la misma vieja pesadilla, en términos contemporáneos: el temor a ser conquistado por tu propia creación, tu propia mitad oscura? En Ritu, la tecnología sacó a la luz una pesadilla interior, ampliando una tendencia de personalidad molesta hasta convertirla en un archicriminal reconocido.

¿Hasta dónde podría llegar el mismo síndrome, si lo liberaba un virtuoso?

—Entonces Maharal...

Antes de que yo pudiera terminar, un agudo silbido resonó por el pasillo. Beta gruñó, satisfecho.

—¡Ya era hora!

El gran ídem de guerra se levantó torpemente, sin apoyarse en el lado izquierdo, gravemente herido, y nos indicó a Ritu y a mí que lo siguiéramos.

—El camino está despejado.

Cuando Ritu se estremeció, el golem intentó tranquilizarla.

—Imagina que es una reunión familiar. Vamos a ver en qué se ha convertido papá.

En lo alto de la línea
... un chico de masa verde intenta ascender.

No había burbuluces en la burda escalera y no tenía ningún medio para medir el tiempo que pasé arrastrándome peldaño a peldaño, impulsado por un único brazo bueno y una pierna semifuncional, dejando trocitos de mí mismo por el camino. La ascensión pareció imposible de medir excepto por los rítmicos latidos cada vez que mi forma apaleada se aupaba. Conté ciento cuarenta de esos pulsos. Ciento cuarenta oportunidades de relajarme en la oscuridad para siempre, hasta que la completa negrura que me rodeaba empezó a remitir.

Una luz atenuada se deslizó por las escaleras, tentativamente líquida, lo cual me alegró un poquito. Es difícil sentirse completamente falto de esperanza durante ese momento en que captas por primera vez el amanecer.

Era el amanecer, lo verifiqué pronto, que se filtraba por un hueco en la pared de una modesta sala, casi llena por completo por una máquina enorme. Al arrastrarme hasta allí, vi una boca de carga que se dirigía a la estrecha ventana. Un marco irregular contenía más de una docena de cilindros finos con aletas dorsales y pectorales, como para deslizarse con agilidad a través de agua o aire.

Mi ojo bueno divisó los ominosos símbolos en forma de cuchillo que marcaban las estilizadas partes delanteras. Con todo, tardé en comprender.

«Misiles —pensé, combatiendo la fatiga de la expiración—. Almacenados en un sistema de lanzamiento automático».

Y... Advertí que una fila de indicadores electrónicos se iluminaba. La maquinaria acababa de activarse.

Bosones en el circuito
... o la importancia de ser Emet...

A medida que me hago más grande, a medida que el conocimiento fluye en mi interior, más aprecio la grandiosa visión que atrajo a mi torturador a este lugar y hora. Sin embargo, cuanto más se acercó a la grandeza en los meses recientes, más intimidó al pobre Yosil Marahal. No es extraño, pues se encontraba solo en lo alto de una cima que había sido construida a lo largo de milenios por las mentes más grandes de la humanidad, cada una combatiendo la oscuridad a su modo, contra todo pronóstico.

La lucha fue lenta al principio, con más intentos fallidos que progresos. Después de todo, ¿qué podían conseguir los hombres y mujeres primitivos, qué secretos podían descifrar sin el fuego o la electricidad, careciendo de bioquímica o alquímica? Sentían que debía de haber algo más en la vida que dientes y garras, las primeras etapas concentradas en su único don precioso: la capacidad para las palabras. Palabras de persuasión, ilusión, de poder mágico. Palabras que predicaban amor y mejora moral. Palabras de suplicante oración. Llámalo magia o llámalo fe. Bien dotados de esperanza (o de buenos deseos), pero poco más, imaginaban que las palabras por sí solas serían suficientes, si se murmuraban con la sinceridad necesaria, en encantamientos adecuados, acompañando hechos y pensamientos puros.

Los sucesores posteriores, revelado el esplendor de la matemática, supusieron que ésa era la clave. De las armonías pitagóricas y los enigmas numerológicos como la Cábala a las elegantes teorías de las supercadenas, la matemática pareció ser el lenguaje de Dios, el código que utilizó para escribir el plan de la creación. Como la mecánica cuántica, el elegante barajar de fermiones despegados y bosones gregarios, todas las elegantes ecuaciones componían un edificio creciente. Eran cimientos, maravillosamente ciertos. Pero no lo suficiente. Pues las estrellas que anhelábamos tocar permanecían demasiado lejanas. Las matemáticas y la física sólo podían medir el enorme golfo, no cruzarlo.

Lo mismo ocurría con el prodigioso reino digital. Los ordenadores mostraron una breve imagen, indicando que los modelos de software podían ser mejores que la realidad. Los entusiastas prometieron mentes nuevas y mejoradas, percepción telepática, incluso poder trascendente. Pero la cibermateria no llegó a abrir grandes portales. Se convirtió en otro útil juego de herramientas, oro ladrillo en el muro.

En la época del abuelo, la biología era la reina de las ciencias. ¡Descifra el genoma, el proteoma y su sutil relación con el fenotipo! ¡Resuelve el acertijo de la naturaleza y consigue el control de la naturaleza! Fueron logros tan vitales como dominar el fuego y acabar con la costumbre de la guerra.

Sin embargo, ¿hubo respuesta a las preguntas realmente profundas?

La religión las prometía, siempre en términos vagos, mientras se retiraba de una línea en la arena a la siguiente. No mires más allá de este límite, le dijeron a Galileo, luego a Hutton, Darwin, Von Neumann y Crick, retirándose siempre con gran dignidad ante al último avance científico, y luego marcando el siguiente perímetro en el borde sombrío del conocimiento.

«De aquí en adelante es el dominio de Dios, donde sólo nos llevará la fe. Aunque puedas haber penetrado los secretos de la materia y el tiempo, creado vida en un tubo de ensayo, incluso cubierto la Tierra de duplicados múltiples, el hombre nunca se infiltrará en el reino del alma inmortal».

Sólo que ahora estamos cruzando esa línea, Yosil y yo, armados no con virtud, sino con habilidad, usando toda la sabiduría recopilada por el Homo technologicus durante diez mil años de dolorosa lucha contra la ignorante oscuridad.

Queda por resolver un asunto antes de que la aventura pueda empezar.

¿Cuál de nosotros pilotará... y cuál navegará?

Oh, hay otro tema.

¿Puede comenzar adecuadamente una empresa tan osada, si empieza con un crimen terrible?

idYosil aparta el péndulo, preparándose para subir a bordo y arrojar su último idemcuerpo al andzier, justo entre los espejos. Se acabaron los nerviosos tartamudeos sobre filosofía y metafísica; puedo sentir el grave tamborileo de miedo en su Onda Establecida, tan estremecedor que roba al pobre gris el poder del habla. Un temor como el que realYosil debe de haber sentido el lunes, cuando vio que las cosas se le escapaban de las manos, sin ningún modo de evitar pagar el precio definitivo de la soberbia.

Un temor intensificado por los acuciantes acontecimientos, mientras los últimos defensores mecánicos caen ante el ejército del túnel...

Y los instrumentos muestran por fin a idYosil que algo ha salido mal en su precioso plan. Las lecturas del andzier no son lo que imaginaba que serían en este punto. ¡Puede que finalmente sospeche que todavía estoy aquí, no borrado sino cabalgando el tsunami! Haciéndome más poderoso a cada segundo que pasa.

El péndulo tiene previsto atravesar el andzier, por su mismo corazón. De repente me doy cuenta: esto va a doler. De hecho, podría ser peor que nada de lo que soporté como orgánico, o idemizando una copia cada vez.

Ahora veo cómo se supone que va a funcionar: cómo el fuego interior de idYosil puede disparar las energías ampliadas del andzier, enviando su propia improntación a cada paso, como si deslizara un sello cilíndrico rodando y rodando sobre suave arcilla. A pesar de todo lo que ha salido mal en su plan, a pesar de mi presencia continuada, podría funcionar. ¡Puede que consiga tomar el mando y eliminarme!

O bien, puede que nos cancelemos el uno al otro, dejando detrás un salvaje rayo de esencia espiritual que se alimenta a sí mismo y que podría surgir de aquí sin guía,

como una tormenta que todo lo consume. Un psiclón...

No creía que nada pudiera asustarme ya. Estaba equivocado.

Ahora mismo todo lo que quiero es regresar. Volver a la tranquila belleza del almapaisaje. Contemplar de nuevo esos territorios vírgenes, más vastos que ningún continente inexplorado, más prometedores que una galaxia, aunque apenas colonizados todavía por unos meros miles de millones de minúsculas motas de algas por toda la orilla, motas que apenas sospechan su propio destino latente.

Sobre todo un puñado de algas (unos pocos millones) que no sospechan que han sido marcadas para un destino especial, para hacer el sacrificio definitivo. Como los esclavos que acompañaban a los monarcas babilónicos a la tumba, su papel secundario es morir, ofrecer su energías-alma, contribuir a la potencia del rayo andzier, impulsando la Onda Establecida a nuevos niveles.

Los antiguos habrían llamado a esto «necromancia», atraer fuerzas místicas del misterioso poder de la misma muerte. No importa el nombre, seguirá siendo un crimen horrible...

Y yo casi lo he aceptado. Todas esas débiles ascuas que vi antes, almas humanas moribundas esforzándose en sus últimos momentos por liberarse, y luego cayendo, incapaces de dejar impresiones en el suelo yermo... harán que sus esperanzas frustradas merezcan la pena, ¿verdad?

Después de contemplar el Continente de la Voluntad Inmortal, atraído por esta inmensidad de posibilidades, ¿cómo puedo preocuparme en serio por unas cuantas algas condenadas en la orilla?

Excepto...

Excepto que uno de esos diminutos destellos ha empezado a molestarme, como una piedra en el zapato. Como un guijarro en mi silla. El almapaisaje no mide la distancia en metros, sino por afinidad, y esta chispa estaba demasiado cerca para advertirla, apegada a mí como una sombra. Sólo que ahora me vuelvo para examinar la irritación y descubro que...

¡Soy yo!

O más bien, es el Albert Morris que vive y respira... la fuente de la Onda Establecida que yo he amplificado profundamente. Puedo sentirle acercarse en el espacio físico, lleno de todos esos temores, impulsos y compasiones orgánicas. Nervioso y sin embargo tenaz como siempre, tan cerca que casi podríamos tocarnos.

¿Cómo pudo suceder?

¡idYosil dijo que había matado a Morris con un misil robado! La muerte del cuerpo debería liberar el ancla, liberando el alma. Vi las noticias de la muerte, la casa y el jardín ardiendo... y sin embargo sobrevivió.

¡Por eso mi personalidad no sucumbió ni fue borrada! La onda siguió reimprimándose de algún modo, de la fuente original, hasta hacerse autocontenida.

Es magnífico. Me alegro de estar aquí. ¿Pero ahora qué? ¿Interferirá la presencia de Albert? ¿Clavará su ancla biótica el andzier a la «realidad» cuando llegue el

momento crucial de la liberación?

El fantasma de Yosil ha terminado de atarse. Con los soldidos enemigos echando abajo la última puerta, no puede seguir perdiendo tiempo. Preparándose para dejar volar el péndulo, hace acopio de valor para una orden vocal.

—¡Inicia la fase final! —le grita al ordenador de control—. ¡Lanza los cohetes!

Bien. Preparado para la batalla, puedo sentirme tranquilo. Lo que está a punto de sucederle a la ciudad no es culpa mía. El asesinato en masa de tantos no será obra mía. Su karma no puede afectarme.

Soy tan víctima como cualquiera, ¿no?

Haré que su sacrificio merezca la pena.

Luz de barro
... donde Verde ve la luz...

Una sola estrella pálida brillaba a través de la ventana, parpadeando como las luces del panel de la oscura máquina que casi llenaba la habitación en lo alto de las escaleras. Sentí ominosas vibraciones sacudir el suelo mientras el mecanismo despertaba. Los estilizados objetos entraron en prieta formación en la máquina sumimistradora, cada uno con símbolos escarlata en forma de guadaña. Yo no estaba tan perdido ya como para no reconocer un sistema de lanzamiento automático. Maldición. ¡Qué desastre!

Sí, qué desastre.

Tal vez deberías pararlo.

En vez de reproches, lo que necesitaba ahora eran ideas. ¿Cómo se suponía que iba a detenerlo?

Los botones brillaban, por encima de la altura del hombro de un hombre normal. Uno de ellos podría interrumpir el lanzamiento desde su controlador remoto. Pero ¿cómo llegar hasta allí? El flanco del arma, liso y militar, no ofrecía asideros adecuados para un manco tendido en el suelo. Era aún más difícil que tratar de auparse a aquel autohorno de abajo.

—Yo... no puedo... —Un ronco susurro surgió de mi garganta—. Está demasiado lejos.

Entonces Improvisa.

Miré alrededor, pero no vi ninguna silla ni ningún saliente al que agarrarme. Ninguna herramienta útil, ni siquiera piedras que tirar. La ropa barata que Eneas Kaolin me dio, hacía ya media vida, había desaparecido casi por completo, hecha jirones inútiles.

ÓRDENES LOCALIZADORAS ACEPTADAS, dijeron unas ominosas palabras. CALCULANDO TRAYECTORIAS. Siguió una serie de números.

Incluso en mi lamentable estado pude reconocer los datos del alcance y la dirección.

«¡Algún maníaco va a dispararle a la ciudad!».

Deduje que se trataba de Beta. Sin duda asesinó al profesor Maharal para apoderarse de estas instalaciones. ¿Por qué? Desesperado porque todos sus planes de sidcuestro se desplomaban, supuse. Mi viejo enemigo debía de esperar causar tal caos que las autoridades tendrían tareas más urgentes que perseguir a un ladrón de copias.

Frustrado y tendido en el suelo, supe que mi teoría no tenía sentido, y no me importó. Lo que importaba era detenerlo. Daría cualquier cosa. Mi penosa vida, desde

luego. Ya había dado mi brazo izquierdo ala causa. Qué más podría...

Un grito escapó de mi boca deteriorada. Algunas cosas sólo son obvias después de pensarlas.

Sí, tenía una herramienta que podría funcionar, si me apresuraba.

No iba a ser fácil... pero ¿qué lo es?

Gripe divina

... donde realAlbert se enfrenta a noticias desagradables...

El ejército de golems de guerra robados y hechos a sí mismos finalmente se abrió paso. Mientras Ritu y yo dejábamos atrás los últimos defensores robóticos vencidos, una docena de cascados veteranos de Beta corrió hacia el otro lado para ayudar a la retaguardia. ¿Cuánto tiempo podrían resistir a las fuerzas que nos atacaban desde la base?

No mucho. Tuve la sensación de que las cosas iban a precipitarse.

«Más vale. Puede que no me quede mucho tiempo».

Salía humo de los bordes de una puerta blindada con un gran agujero de quemadura en el centro. Todavía brotaban oleadas de calor del metal recién fundido cuando pasamos a lo que debía de ser el cubil enterrado de Yosil Maharal. Ritu y yo nos encontramos ante un parapeto que dominaba una escena completamente extraña: una gruta llena a rebosar de equipo, gran parte improvisado a partir de material con el logotipo familiar de HU. Sin duda aquél era el material electrocerámico que Kaolin había acusado a Maharal de robar del trabajo. «¿Qué demonios estaba intentando conseguir aquí? —me pregunté—. Sin duda realizar algún tipo de investigación que Eneas le prohibió que prosiguiera en el Departamento de Desarrollo de la compañía».

Recordé las palabras, la maldición de «Nrankenstein», seguidas de una imagen entrecortada de una nube en forma de hongo.

Enormes cables como antenas fluían de todos los ángulos hacia un par de figuras humanoides, situadas en extremos opuestos de la sala, la una frente a la otra, con los brazos abiertos. Uno de esos ídems era rojo oscuro, el otro del tono gris especializado que yo uso a veces. Complicados aparatos de carga cubrían sus cuerpos de barro, aunque no pude imaginar para qué podían servir tantos enlaces.

Entre la pareja de ídems, una especie de gigantesco mecanismo de relojería marcaba el tiempo al compás de un enorme péndulo. ¡Y vaya sino había otro golem allí, moviéndose adelante y atrás como un niño en un columpio!

Ése gritaba como un poseso.

Ésas fueron algunas de las cosas que mis ojos vieron. Más interesantes eran las cosas que se suponía que no debían ver.

Primero, ¿me estaba muriendo ya de alguna fiebre terrible? Me sentí mejor al llegar a la luz más brillante y el aire más fresco del laboratorio después de aquel maldito túnel. Sólo que ahora las náuseas revolviéron mis vísceras, como esas sensaciones de mareo que los astronautas solían describir, allá en la época en que la genterreal arriesgaba la vida en el espacio. Las entrañas encogidas, casi tan duras como mis dientes, que apenas dejaron escapar un gemido.

«Ya está —pensé—. Un supervirus de acción rápida. Muerte en cuestión de minutos.

»Lástima. Estaba a punto de averiguar qué estaba pasando aquí».

¿Tendría que haberme quedado en casa y volado por los aires? Al menos habría sido rápido. Nunca conseguí el que era mi objetivo cuando partí el martes por la noche.

«Clara, lo siento. De verdad que intenté...».

Aparecieron más síntomas, nublando los sentidos. ¡Podría jurar que el espacio entre los golems cautivos, que parecía claro como el aire momentos antes, ahora ondulaba y se agitaba como un fluido denso! Las ondulaciones tenían el aspecto de un sueño imposible de calibrar, como la interpretación de un escultor de humo de cambios de humor maníacos.

Tuve una breve impresión de que batallones de entidades idénticamente espectrales ocupaban la zona confinada, en multitudes ilimitadas, y de algún modo no abigarradas, con espacio para más en sus bien ordenadas filas. Excepto cuando pasaba el péndulo. Entonces surgían bruscas ondas, transformando muchas de las figuras en marcha, dándoles un rostro.

Flotando ante mí, vi el rostro de Yosil Maharal.

—Albert, ¿estás bien? —murmuró Ritu, pero yo aparté su mano. Que se lo tomara como rabia por meterme en aquel lío. No quería contagiarla.

No quería infectar a nadie. Así pues, a pesar de las convulsiones estomacales, las apariciones y la desorientación, me obligué a dejar de mirar lo que sucedía en el centro del laboratorio y a volverme hacia la maquinaria de apoyo que flanqueaba las paredes de la gruta, buscando alguna pista sobre aquellos agentes patógenos. Eran todo lo que importaba.

Allí.

Con los ojos llorosos, localicé un ordenador. Uno de esos caros modelos IA-XIX. Enormemente listo para ser de silicio. Una de las principales herramientas de Maharal, sin duda, tal vez incluso un controlador maestro. Y el tipo de aparato que un tipo como yo podía romper en pedazos sin conocer datos concretos de cómo ni por qué.

«¿Puedo llegar hasta allí y hacerlo rápido?».

Al menos era un objetivo.

Un Beta cercano (quizás el mismo id de guerra que nos habló en el túnel) se agarró a la barandilla del balcón y gritó con una voz cuyo tono súbitamente quejumbroso me sorprendió. Nunca había oído a Beta hablar así.

—¡Yosil! ¡Padre, alto... teníamos un trato!

Ideas mezcladas
... moliendo rayos andzier...

Maldita sea esta compulsión por recitar, insertada en uno de los golemcuerpos que sirven como espejos para abarcar la creciente onda-forma.

Un nuevo tipo de Onda Establecida surge entre los polos andzier. Pronto escapará a su confinamiento, atravesando estos muñecos de porcelana con suficiente poder para vivir durante semanas sobre una ciudad moribunda, alimentándose de la muerte de millones de llamas-espíritu a punto para su extinción... comida suficiente para completar la transición de creado a Creador.

Mientras esa cuenta atrás continúa, una lucha desesperada tiene lugar. ¿Qué marca llevará el dios hecho del andzier? ¿De quién será la personalidad núcleo? Ahora mismo la ondaforma oscila entre dos estados posibles... dos definiciones discordantes de yo soy.

Yosil está conmigo ahora, nuestras fronteras se solapan en giros infelices, como fluidos imposibles de mezclar. ¡Los dos aullamos en contra de esta fusión antinatural! Es como tratar de cargar al ídem de otro, una calamidad que nadie intenta dos veces. ¿Cómo se puede compartir sin estar de acuerdo en dimensiones como izquierda y derecha? ¿Arriba-abajo? ¿Dentro-fuera? Todo es subjetivo en el plano almístico. Mis versiones se desvían en ángulos que no tienen nada en común con los suyos.

La comunión vendrá cuando yo por fin me alce sobre este paisaje como una deidad transformadora. ¡Estableceré medidas justas que sean sencillas, universales, y luego invitaré a todos a unirse a mí en un vasto cosmos nuevo! Usando materia prima más básica que el vacío, juntos crearemos estrellas, planetas, nuevas Tierras enteras. Pero primero, adquirir el control.

Yo estaba aquí antes, creciendo inconmensurablemente durante las últimas horas. Pero mi adversario sabe más teoría. También tiene la ventaja de la posición. Con cada rítmico pase, el péndulo corta como una hoja, dirigiéndose hacia el suave centro del andzier, el punto más energético e impresionable.

Peor, me distrae la presencia de realAlbert, tan cercano que su imagen entra en mí a través de un conjunto de ojos. El ídem rojo puede verlo, apoyado en una barandilla mientras baja del parapeto. «Real-Albert» tiene un aspecto penoso. Está sudoroso y pálido. Tembloroso.

Hecho un asco.

¡A cada paso que se acerca, el andzier tiembla!

Él es mi arquetipo... la razón por la que sobreviví a ser borrado para alcanzar este punto.

Ahora se está interponiendo.

El pobre Albert tendrá que desaparecer.

Extremidades

... donde Verde salta a la patacoja...

¿Alguna vez has intentado arrancarte una pierna? Hace falta motivación.

Ayuda que te estés cayendo a pedazos.

Incluso así, tirando con fuerza con mi mano y mi brazo buenos, hice pocos progresos mientras el lanzador de misiles iniciaba su cuenta de comprobación final.

Déjame hacerte una sugerencia.

Allí estaba otra vez, la voz que me había guiado hasta ahora. No tardé en sentir una caricia en mi piel endurecida, y dentro.

Ese apéndice ya no forma parte de ti.

Imagina eso.

Apártate de él.

Dispara estas enzimas sobre la marcha.

Así...

Mi conocimiento de química era como poco rudimentario. Sin embargo las instrucciones tenían de algún modo sentido, como recordar una habilidad perdida. «Naturalmente, así es como hay que hacerlo —pensé, ignorando momentáneamente que las instrucciones procedían de un amigo imaginario—. Sencillo. Debo recordar esto».

Todo el dolor y la fatiga huyeron de la pierna. Entre aquel creciente aturdimiento, toda la energía sobrante se agotó, no fundiéndose sino endureciéndose como si fuera un horno rápido.

Mi siguiente tirón fue recompensado por un crujido quebradizo. Tiré de nuevo y el miembro se desgajó por debajo de la cadera, dejando un reguero goteante de alma-tejido hecho jirones que chispeaba y resplandecía.

En mi mano tenía ahora una réplica casi perfecta de una pierna humana en terracota cocida, doblada por la rodilla. La sopesé. Era bonita, pero difícilmente aerodinámica.

OBJETIVO LOCALIZADO, anunció la pantalla del lanzador-controlador. El misil número uno se deslizó hacia su lugar con su sombría cabeza de combate escarlata.

ARMADO. PREPARADO PARA DISPARAR.

El zumbido de la máquina aumentó en intensidad. Supe que sólo tenía una oportunidad.

El barro es la clave...
... una reunión en veinte segundos...

Al bajar del parapeto, sentí las piernas como si fueran burdos palos en los extremos de nudos pulposos. Oleadas de náusea me abrumaron mientras me agarraba sudoroso al pasamanos. Sin aliento, habría vomitado si mi estómago hubiera recibido algo más que unas cuantas barras de proteínas durante los últimos días. El hambre y el cansancio eran factores que influían en mi estado, por supuesto, pero un deterioro tan tremendo tenía que obedecer a otra cosa: sin duda a una fulminante plaga bélica que algunos arrogantes dodecs almacenaron al fondo de un agujero blindado. Una herramienta de genocidio, prohibida por solemnes tratados. ¿Pero quién elimina jamás un arma?

¿Era mi agonía un avance de las cosas por venir, para millones? No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo en el centro del laboratorio con todas aquellas antenas y tubos zumbantes y péndulos oscilando entre ídems crucificados, como una pintura de pesadilla de El Bosco. «Pero sé que hay gérmenes implicados, así que tiene que ser maligno».

Eso simplificaba las cosas. «Tengo que impedirlo». Pero ¿cómo?

Mi viejo amigo Pal tenía una filosofía: «Cuando careces de comprensión, o de sutileza, puedes conseguir que tu argumento prevalezca con un martillo».

Un credo simplista y a menudo alocado, pero que ahora mismo resultaba bastante atractivo. «Si estropeo lo suficiente las cosas, Clara y sus amigos tal vez tengan tiempo de encontrar este lugar. Vendrán a hacer el resto... a descubrirlo todo. Así que, sea lo que demonios sea que esté ocurriendo, encuentra una manera de interferir».

Incluso una determinación vana es suficiente para aferrarse a ella.

Mientras la náusea empeoraba a cada escalón que bajaba, vi el ordenador IA-XIX ... y una silla plegable de metal cercana. Justo lo que necesitaba, a falta de martillo. Suponiendo que todavía pudiera levantarla cuando llegara allí.

Cosa que parecía dudosa a medida que mis síntomas empeoraban. A medio camino me sentí asaltado por desagradables criaturas invisibles con agujones y garras que me dejaban la carne temblando después de cada corte fantasmal. «Imaginaciones —diagnostiqué—. Tu cerebro está inventando historias para explicar las señales desagradables de un cuerpo moribundo. Sigue moviéndote».

Bien. Pero dos escalones más tarde los incordios imaginarios recibieron los refuerzos de inquietantes estallidos de vivos recuerdos, ondas sensoriales que me hicieron tambalear en las escaleras.

El inconfundible aroma floral del parque de la avenida Chávez. Lanzas y escudos desplegados sobre el ataúd abierto de un muerto.

*Ritu llorando, consolada por una figura con piel como lata luminosa.
Caminando ante un trío de niños que se atormentaban mutuamente en un patio...
... y luego volverme para ver una pistola en la mano del fantasma sonriente...*

Esos recuerdos diversos no surgieron de la experiencia personal, ni de ningún ídem que yo recordara haber cargado. Tenían que ser ilusiones. Sin embargo la sensación de *déjà vu* era dolorosamente intensa, como la primera vez que pasé mi Onda Establecida a barro, o fui testigo de una escena desde varios puntos de vista, o me miré directamente a mis propios ojos sin una cámara o un espejo.

*Despertar atrapado en un contenedor lleno de líquido.
Ver tablillas cuneiformes y figuras de Venus... y sentir un dolor como nunca imaginé, generado por máquinas, amplificando mi subtono de alma, mientras presionaba por borrar todo lo demás de mí...*

Tambaleándome bajo esta andanada de frenéticas imágenes, también oía gente gritando. Beta y Ritu con toda seguridad, y tal vez otros, todos ellos parecían muy lentos mientras que el tiempo se arrastraba más a cada segundo que pasaba. Pocas de sus frenéticas palabras eran claras. De todas formas, sus pasiones parecían insustanciales mientras yo me detenía en el último escalón, con un pie vacilando sobre el suelo del laboratorio.

De algún modo sabía que dar un paso más empeoraría aún más las cosas. Al mirar ala izquierda, vi que casi estaba en línea con los golems gris y rojo, con los brazos abiertos el uno frente al otro mientras el péndulo oscilaba lentamente entre ambos. El ídem más cercano, gris oscuro, volvió su cabeza hacia mí, y casi pareció familiar a mis ojos cansados.

Entonces, inesperadas, sin que las pidiera nadie, unas palabras temblorosas entraron en mi cabeza.

«RealAlbert tiene un aspecto penoso. Está sudoroso y pálido. Tembloroso. Hecho un asco».

¿Qué era eso? ¿Otro síntoma?

Nada de distracciones. Tenía que ir al encuentro de una silla plegable, a unos metros de distancia.

Dar otro paso me hizo recorrer los últimos centímetros... hasta el suelo.

Completando el alineamiento.

¡Y de repente el cielo pareció caérseme encima! La voz intrusa se volvió de un bajo profundo, llenándome la cabeza de comentarios urgente-compulsivos en tiempo presente:

«¿Se está muriendo realAlbert? ¿Perecerá Pronto? ¿Y Si Mi “Ancla” Orgánica De Repente Se Deja Ir Durante Esos Momentos Finales Antes De Que El Andzier Remonte?».

«Calculando...

»Parece Que La Sacudida De La Muerte Podría Dar A Mi Onda-forma Una Ventaja Contra Yosil. ¡Podría Incluso Echar De Aquí A Su Molesto Espectro!».

Demonios. Un dolor punzante atravesó mis lóbulos parietales. Me tambaleé bajo los extraños pensamientos que me asaltaban. Parecía una idcarga, sólo que más intensa y extraña.

«El Ataque De Mi Enemigo Se Vuelve Más Desesperado A Cada Oscilación Del Péndulo. No Hay Acuerdo. ¡Si Él No Puede Tener El premio No Lo Tendrá Nadie!

»Yosil Y Yo Podemos Aniquilarnos Mutuamente, Vomitando El Andzier Sin Guía, Asolando Un Plano De Realidad Que Las Defensas De La Sociedad Ni Siquiera Están Preparadas Para Detectar. Toda Esa Gente Condenada En La Ciudad, A Punto De Sufrir Una Muerte Terrible... No Puedo Dejar Que Sean Sacrificados En Vano».

Asolado por el enorme tamaño de aquella entidad, por sus vibrantes pensamientos, me pregunté cómo podía tener eso nada que ver conmigo. Y luego cómo podía no tener que ver. No lees las mentes de otras personas. Sólo de diferentes versiones de ti mismo.

«¡RealAlbert Empieza A Comprender! Lo Ayudaré, Antes De Que El Péndulo Vuelva A Pasar.

»Se Está Muriendo Sea Como Sea. Cuando Vea Lo Que Está En Juego, Hará Lo Adecuado.

»¡Qué Aprópiala Que Mi Creador Se Una A Mí En El Mismo Momento En Que Hará Más Bien!».

Esa atronadora narración, como la espuma en una ola, era sólo la capa superficial de una carga monstruosa. Grité, llevándome las manos a la cabeza mientras los acontecimientos de varios días fluían a mi cerebro a través de un enlace desprotegido, sin mitigar. Surgiendo del estentóreo clamor había datos esenciales...

Qué fue de mi gris que desapareció en la mansión Kaolin el martes. Ampliado y

multiplicado por millones, ahora era parte de una gran máquina cuyo aterrador propósito empezaba ahora a comprender...

Y quién quemó mi casa y mi jardín, un ídem renegado que asesinó a su propio rig. El mismo que ahora cabalga ese péndulo, gritando. En una fracción de segundo, comprendí por qué... y qué significaba ser un «ancla».

Y qué se nos estaba ofreciendo.

Y su coste.

Nuestras Pautas Se Funden. A Pesar De Un Cerebro Anonadado, RealAl Comparte Mi Nueva Visión. Con Creciente Asombro, Per Gibe El Almapaisaje En Su Salvaje Belleza, Apenas Tocado Por Algunas Motas De Algas En La Orilla.

»Mira Más Profundamente, Albert. Mira Cómo El Almapaisaje Emergió De Las Potencialidades Ilimitadamente Inherentes Del Mar De Dirac. Dormido Durante Un Billón De Años, Espera Una Entidad Que Pueda Observar. Alguien Capaz De Colapsar Todas Las Probabilidades Cuánticas Con Una Gracia Nunca Imaginada Por Los Teó».

¡Basta!

»¡Toda Esa Tecnocháchara Procede De idYosil! Mientras Su Espectro Atraviesa La Onda Establecida, Sigue Intentando Imponer Su Punto De Vista De Lo Divino.

»¿Cuántos Ciclos Más Antes De Que Nuestro Conflicto Lo Rompa Todo?».

«La Decisión Depende De RealAlbert.

»¡Decide! Le Digo Al Hombrecito Orgánico Que Una Vez Fui.

¡Decide Ahora!».

Nuestros pensamientos no estaban en sincronía. El tiempo transcurría de manera distinta para esa versión alterada y amplificada de «mí», su voz surgía y luego enmudecía en oleadas. Necesité varios intensos segundos de instrucción antes de que mi mente orgánica, más lenta, comprendiera los contornos: el elegante descubrimiento hecho por el genial padre de Ritu. Y su plan para llenar el arco de vida de una especie.

¿Cuántas veces he despreciado a esos místicos chalados que se toman literalmente la palabra «almística»? Más allá de nuestro banal poder para vivir vidas paralelas, ellos veían la esperanza implícita (o el tácito temor) de que la humanidad había cruzado una línea, embarcándose en un nuevo destino. ¡Y aquí estaba yo, y se me ofrecía un papel clave en la cosa más grande desde el Big Bang!

Para obtenerlo, todo lo que tenía que hacer era morir.

«¿No Está Sucediendo Ya? Sólo Adelántalo Unos Minutos», sentí que me urgían.

«Usa Cualquier Herramienta. Un Palo Servirá». Tambaleándome, divisé un lápiz afilado en una consola cercana. Antes de desearlo (y tal vez no lo deseé), el fino utensilio estuvo en mi mano, la punta se acercó a mi ojo.

Un empujón y una nueva era nacería.

—Oh, Dios —gemí.

Y mi propia voz contestó, surgiendo de mi boca con una respuesta. —«Sí. Estoy Aquí. Y Te Aseguro Que Esto Me Servirá».

Toma la conciencia...
... cinco aciagos segundos...

Tendido en el frío suelo de piedra mientras un helado amanecer asomaba a través de una ventana abierta, sopesé mi única arma... la pierna doblada y cocida que arranqué de mi propio cuerpo.

Sólo tendría una oportunidad de lanzarla bien.

El lanzamisiles chasqueó mientras una pantalla anunciaba: PREPARADO.

La entrometida voz que me había guiado hasta aquí había desaparecido. Casi eché de menos tener público para mi esfuerzo.

«Allá va», pensé. Mi único miembro en funcionamiento (un brazo y su mano) latió con todo su poder mientras lanzaba...

... Del rey
... y otros veinte...

La punta del lápiz se acercó a mi ojo. Gruñendo una imprecación, sentí el rápido estímulo del cercano dios-máquina. Un buen empujón y una nueva era nacería, cumpliendo una miriada de sueños infelices.

De todas formas, me he matado muchas veces, desde que cumplí dieciséis años, ¿no?

Pero se trataba de ídems.

Mi orgacuerpo protestó contra el plan. ¡Luchó por sobrevivir!

La misma pelea con el instinto apartó a realMaharal de su propio proyecto hacía una semana, haciéndolo huir sin descanso a través de la noche y el desierto.

—«Pero Tú Estás Hecho De Materia Más Dura —respondió mi propia boca—. Únete A Mí. Será Igual Que Cargar». Un día es suficiente para un ídem, cuando sabe que se reunirá con un yo más grande. ¿No era esto lo mismo? Los santos se dirigían a las llamas con menos seguridad de la que a mí se me ofrecía.

«Muy bien», pensé, mientras la decisión fluía por mi brazo. La punta del lápiz tembló...

De repente una llamarada de luces de advertencia ámbar estalló cerca, atrayendo mi mirada por instinto.

¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN!

LANZADOR DE MISILES BLOQUEADO

SECUENCIA DL DISPARO INTERRUMPIDA

Los hodiagnósticos se centraron en un objeto de extraño aspecto que obstruía una rampa. La noticia de aquel sabotaje provocó una aguda resonancia entre el gris, el rojo y todas sus copias virtuales.

«¿Por Qué No Están Volando Los Cohetes?

»Ah, Ahí Está La Causa... ¡Otro Yo!

»¡El Verde Del Martes, Hecho Para Limpiar Retretes Y Cortar El Césped...! ¡Ese Atontado Ni Siquiera Debería Existir Ya!».

¿Un verde? ¿El que se declaró «frankie» y se marchó a buscar su autoculminación?, me pregunté. ¿Cómo podía estar allí? La pantalla del IA-XIX mostró nuevas letras:

REPARACIONES INICIADAS

—«Ignora La Distracción —murmuró mi propia voz. El Lanzador Se Reparará Solo. Vuelve Al Asunto Que Nos Ocupa».

El asunto que ocupaba mi mano: conseguir la inmortalidad como lo hicieron Escher y Einstein, con un lápiz. La adrenalina se disparó y mi corazón redobló. El reptil, el primate, el cavernícola y el hombre urbano trataron todos de amotinarse. Pero ahora la resolución espiritual parecía mucho más fuerte que el instinto.

«Será como cargar», pensé, haciendo acopio de valor.

Sólo que otra distracción apartó de nuevo el arma improvisada. Esta vez fue el dolor. Brillante, deslumbrante, luminoso dolor.

«Yosil Ha Comprendido Mi Plan... ¡Que La Sacudida de La Muerte de RealAlbert Puede Expulsarlo!».

«Yosil Reacciona, Canalizando Una Andanada De Refinada Agonía Para Sacar A Albert Del Alineamiento.

»El Pobre Albert Gime Ante Las Súbitas Imágenes De Fuego Y Azufre. Dolores Infernales Sacuden Las Porciones Animales Que Siempre Vienen Imbuidas En La Carnerreal, Incitándolas A Fluir O Luchan».

«Ahora El Golem DeYosil Grita Desde Su Oscilante Asidero, Llamando A Su Hija Para Que Baje... ¡Para Que Empuje A Albert A Un Lado Y Ocupe Su Lugar En El Rayo!

»Con Esto Se Cumplirá Su Acuerdo, Jura. Pero Ella Tiene Que Darse Prisa.

»En Los Segundos Que Quedan, Debo Volver A Atraer A Albert.

Mostrarle Que El Dolor Es Una Ilusión».

—«El Dolor Es Una Ilusión —me tranquilizó mi propia voz. La voz que pronunciaba las palabras desde fuera de mi cerebro—. El Dolor Es Un Espejismo Comparado Con La Hiperrealidad Del Gran Almapaisaje.

»Míralo Ahora, Albert.

»¡Contempla!».

De inmediato, el panorama de aquel enorme reino nuevo se extendió ante mí, más amplio y más hermoso que ningún horizonte de la Tierra, llamándome desde un abismo infernal, sustituyéndolo con atractivas muestras tomadas de todos los «cielos» jamás imaginados.

¡Los placeres de un paraíso sensual!

La felicidad de la aceptación y el amor sin reservas.

Y la serenidad sin nombre que procede de la liberación de la Gran Rueda. Todos esos cielos y más, ofrecidos sin trucos ni engaños, pronto serían míos.

«Nuestros», pensé, imaginando un mundo mejor para todos. Para toda la gente. Toda la vida.

¡Funcionó! Las visiones tranquilizaron mis partes «animales», calmando la resistencia, allanando el camino.

Y sin embargo...

Mientras extendía la mano, también sentí la fluctuante presencia cercana del ídem verde, ahora apenas un leño móvil tendido en el suelo de una fría cámara en algún lugar de aquel mismo laberinto, escaleras arriba, contemplando indefenso cómo el lanzador de misiles desplegaba unidades robóticas de reparación para desatascar un penoso miembro de cerámica. El valiente sacrificio del golem sólo había conseguido un poco de tiempo para la ciudad. Minutos, en el mejor de los casos.

Naturalmente, él no sabía nada de las otras ramificaciones, más amplias, ni del bien mayor que saldría de todo esto, de la invitadora inmensidad que nos esperaba en el enorme almapaisaje.

Y sin embargo...

Y sin embargo...

Había algo en el verde allí tendido, tan patético tras haber hecho aquel grandioso y vano intento.

Los sentimientos surgieron libremente dentro de mí. Primero una suave caricia, luego un cosquilleo en el fondo de mi garganta. Un cosquilleo que salió como una risita sorprendida.

Luego una risa ante aquella indefensa parodia de mí, manca y deteriorada, revolcándose en el suelo, destrozada y sin amigos, sin ni siquiera otra pierna que arrojar, pero todavía intentando intervenir.

La imagen era dolorosa, enternecedora... ¡y graciosa!

Lágrimas y risas fluyeron como magma desatado, no de la mente, sino de las tripas. Me reí de la patética cosa, de su valor y su desgracia y su cómica obstinación. Es más, en ese momento supe con claridad meridiana que no estoy hecho para ser un dios.

Todas aquellas perspectivas celestiales que me habían mostrado eran posibilidades reales, a punto para la unificación. Sólo que ahora advertí qué era lo que faltaba. ¡En ninguna de ellas había lugar para el humor!

¿Cómo podía haberlo? Todo mundo «perfecto» eliminaría la tragedia, ¿no? Eso significaba renunciar a la respuesta humana a la tragedia, la desafiante levedad que puede hacer que incluso un gesto inútil merezca la pena, incluso (sobre todo) una injusticia insoportable.

Oh, tío. Yo tenía más en común con aquel verde hecho pedazos que con cualquier pomposo e hinchado gris endiosado.

Esta reflexión pareció apartar grandes condensaciones de niebla. Sintiéndome de repente entero otra vez, arrojé el estúpido lápiz al otro lado de la sala con una carcajada despectiva.

Luego empecé a buscar aquella silla plegable.

«Increíble. ¡Ha Rechazado La Oferta!

»Peor, RealAlbert Pretende Inmiscuirse.

»Puedo Detenerlo. Extenderme Y Aplastar Su Latente Corazón. Hacer Estallar Una Arteria. Interrumpir Los Canales De Sodio En Unos Cuantos Millones De Neuronas Bien Escogidas.

»Le Estaré Haciendo Un Favor.

»Para Ganar El Premio, Parece Que No Sólo Debo Derrotar A Yosil. También Debo Imitado.

»Debo Aplastar A Mis Otros Yoes».

Con un poco más de ánimo, me aparté del gran aparato amplificador de almas y vi lo que estaba buscando, un artefacto mucho más sencillo, justo delante de mí. Al agarrar y alzar la silla con ambas manos, supuse que Pal daría el visto bueno a mi martillo. Tenía un peso agradable. Me sentí más fuerte y lleno de determinación cuando la descargué, primero contra la holopantalla del ordenador. REPARACIONES COMPLETADAS AL 60%, destelló mientras la frágil pantalla se hacía pedazos, llenando el aire de chispeantes meshtrodos. ¿Satisfecho? Claro, pero eso no era más que una holounidad. El verdadero corazón superconductor del IA-XIX se encontraba debajo, en una envoltura fenólica.

La silla se alzó de nuevo mientras alguien gritaba. ¿Fue Ritu o Beta, que se acercaban mientras los estirados segundos pasaban lentamente? ¿Importaba?

Al siguiente golpe me sentí asaltado por desagradables sensaciones.

Palpitaciones en el pecho. Latidos en el brazo. ¡Podría haberlo considerado doloroso, pero me habían enseñado que el dolor no existe!

La caja de la CPU se resquebrajó al primer golpe. Podrían hacer falta varios, más una oración para que el profesor Marahal no se hubiera entretenido en hacer una copia de seguridad remota. Alcé la silla una vez más, mientras mis labios se movían, murmurando de nuevo a cuenta de la megaentidad del rayo andzier.

—«Albert... Yosil Y Yo Estamos De Acuerdo En Esto... Hay Que Detenerte».

Quise gritar, «y un cuerno», pero un fuerte puño se cerró alrededor de mi corazón, haciéndome retroceder.

Sin embargo, las palabras siguieron surgiendo por mi boca.

—«Lo Siento... Debe Hacerse... Y Se Hará».

Fue entonces cuando otra voz intervino, reverberante y extraña, como salida de ninguna parte.

Oh, no, no se hará.

Tan súbitamente como vino, la presión en mi pecho desapareció, dejándome tambaleante, casi a punto de perder el sentido. La conciencia osciló. Pero no podía rendirme ahora. No después de haber visto el ejemplo de aquel pobre verde.

«Puedo hacer todo lo que quiera».

Apretando los dientes y gruñendo con fuerza, descargué una vez más la silla con todas mis fuerzas.

Listos para sacudirnos...

... Gumby está casi equipado para jugar en la primera base...

«¿Funcionó?», me pregunté después de arrojar mi antigua pierna a la rampa de lanzamiento. Luego, durante un minuto, me sentí exultante mientras la máquina se detenía, gruñendo y quejándose.

SECUENCIA DE LANZAMIENTO INTERRUMPIDA, anunció la pequeña pantalla.

Sólo que mi triunfo fue breve. Pues a ese mensaje le siguió un segundo que me gustó bastante menos.

REPARACIONES INICIADAS, dijo la pantalla mientras media docena de zanganillos de mantenimiento surgían de la máquina. Correteando como hormigas obreras hacia la fuente del problema, empezaron a tirar y empujar mi perdido miembro de cerámica. Dos de ellos encendieron pequeños soldadores.

Mientras tanto, el primer misil zumbaba en su lugar al pie de la rampa. De no haberlo sabido con certeza, habría jurado que parecía impaciente.

Aunque moverse era más difícil que nunca, intenté usar mi único brazo para acercarme más. Tal vez podría distraer a los zánganos gritando o imitando una voz de mando...

Pero sólo conseguí emitir un ronco croar. Bueno, después de todo, estaba hecho polvo.

Incapaz de hacer otra cosa sino esperar, reflexioné sobre aquel ataque de guerra biológica: «¿Por qué querría Beta hacer una cosa así? Sí, un acto letal de terrorismo distraería a las autoridades durante un tiempo de la búsqueda de un famoso sidcustrador y ladrón de copias. Podría incluso olvidarse aquel ataque priónico en Hornos Universales...».

¡Pero seguía sin tener sentido! Sólo un hampón estúpido apuesta todo a que los polis continuarán ignorándolo eternamente. Hay demasiadas formas de dejar pistas inadvertidas en la era moderna, no importa lo cuidadoso que seas. Además, aquello no parecía típico de Beta. «Tal vez no lo sea», pensé. Un detective debería siempre estar preparado para revisar o descartar su teoría de trabajo.

¿Bien? Si el piloto de aquella Harley no era Beta, ¿quién si no? Alguien ansioso por seguir a Ritu Maharal y descubrir el paradero de la cabaña de su padre.

Alguien a quien le resultó sospechosamente fácil localizar el Volvo, allá en el desierto.

Alguien que tenía que haber estudiado a fondo a Beta para imitar cada gesto de mi archienemigo, y que sabía bien todo lo que había sucedido en el garito de Irene.

Alguien que se enteró rápidamente de la reunión que idPal y yo preparamos en el

idemburgo con Pal y Lum y Gadarene... alguien que apareció sorprendentemente bien preparado.

Sólo parecía haber una explicación razonable para cómo «Beta» y yo escapamos del ataque de los pandilleros en el piso franco de Pal. Se esperaba que escapáramos. Todo estaba preparado de antemano, de allí la manera conveniente en que Beta reapareció, con una moto aérea, en un santiamén. Eso ya lo tenía claro, sólo que ahora...

Parpadeé (aunque un párpado ya se estaba cayendo), sintiéndome cerca, muy cerca de la respuesta.

De hecho...

Me desinflé. ¿Importaba ahora? Cuando esos misiles se dispararan, a la gente de la ciudad (quizá de todo el mundo) le importaría aún menos los detalles. Sólo la cruda supervivencia.

Y ya no tardaría mucho.

REPARACIONES COMPLETADAS AL 80%, decía la pantalla.

Ah, bien.

Allí tendido, supe que ya había dejado muy atrás mi cita, que ya no tenía que seguir luchando contra la insistente llamada del contenedor. La disolución sería un alivio.

Hora de convertirse en una mancha sucia en el suelo.

Me preparé para dejarme llevar...

Entonces me contuve cuando unas palabras en ámbar, en lo alto, se volvieron de un rojo ardiente.

Fallo de HARDWARE en la fuente de mando.

El monitor del lanzamisiles parecía lamentarlo, mientras continuaba informando.

INCAPAZ de confirmar restablecimiento de códigos certificados de lanzamiento.

RECORDATORIO: los protocolos exigen repetida.

VERIFICACIÓN de alto nivel para la localización del objetivo.

FUERA de una zona de batalla pública.

¿REINTENTO o busco servidor alternativo?

Puñetera máquina. Sin embargo aprobé de todo corazón que el mecanismo empezara a desconectarse. Los cohetes de punta escarlata reactivaron sus cierres de seguridad, volviendo a su cabina de almacenamiento, y me pregunté: «¿Significa esto que se ha acabado?».

No del todo. Los zánganos de reparación estaban todavía trabajando, sacando mi antigua pierna y retirando los trocitos. Aún más, el enlace remoto podía ser restaurado y disparar todos los códigos y continuar con la cuenta atrás en cualquier

momento.

No habría modo de que yo lo detuviera la próxima vez.

Oh, sí que lo habrá.

«¿Eh? —Creía que mi reproche imaginario había desaparecido—. ¿Has vuelto, entonces?».

¿Entonces? ¿Ahora?

Presente y pasado no cuentan.

Lo que cuenta es que vuelvas a moverte.

¿Queme moviera? ¿Adónde? Y lo más importante... ¿cómo?

Sin embargo, no tenía sentido protestar. De todas formas, ya sabía la respuesta. Pero no me gustaba.

De vuelta.

Bajar de nuevo aquellos horribles escalones de piedra. Sólo que ahora sin piernas, arrastrándome con un brazo cansado, con un poco de ayuda de la gravedad.

De vuelta al único lugar donde todavía podía servir de algo. Como si tuviera una mínima oportunidad de conseguirlo.

Bueno, al menos habría algo de iluminación esta vez, la que entraba por la ventana abierta de esta estrecha habitación. La luz de otro día que nunca esperé ver.

Eso es.

Mira hacia el lado brillante.

Ahora te sugiero que te muevas.

Si al menos pudiera haber estrangulado a mi regañón particular... Pero para eso me hacían falta dos manos... más un cuello físico donde envolverlas.

Así que hice lo único que podía hacer. Me moví.

E pluribus pluribus
... ahora, todos juntos...

Habían pasado menos de cuatro minutos desde que Ritu y Beta y realAlbert entraron en el laboratorio subterráneo para contemplar aquel circo almístico, completo con un número en el trapecio, un frenético empresario-mago y un par de payasos chillones clavados como blanco en cada extremo. ¿Y en medio? Una creciente distorsión de tangibilidad hacía que el espacio pareciera ondular y fluir, como una especie de energía enjaulada, caminando de un lado a otro y preparándose para liberarse. Durante esos pocos minutos, se produjo una batalla para decidir qué personalidad imprintería la nueva ondadiós.

¿Quién conseguiría el poder definitivo sobre el enorme, salvaje almapaisaje? ¿El genio que descubrió el camino? ¿O uno cuyo elemental talento parecía hecho para la labor?

Los combatientes nunca consideraron una tercera posibilidad: que la nueva frontera no fuera tan yerma como creían.

Alguien podría estar ya allí.

Como la mayoría de los chirridos audibles con significado que usan los hombres orgánicos, «ya» está cargado de implicaciones. Tomemos por ejemplo los tiempos verbales presentes y pasados: trucos narrativos que ayudan a perpetuar el mito del tiempo lineal.

No para ti, sin embargo. Tú que fuiste/fui/soy/son/será Albea. Tu historia es compleja, retorcida, y fractalmente alojada. Hace falta un estilo flexible, confiado, predictivo.

Así que déjame decirte lo que preveo.

Antes de nada, renunciarás al miedo.

Así. ¿No ha sido sencillo?

El miedo es maravillosamente útil para los seres biológicos. No lo echarás de menos.

A continuación, te darás cuenta de que tu vida, tal como fue, ha llegado a su fin.

Sin duda no esperas sobrevivir ileso a todas estas experiencias, ¿no?

Ninguna mente anclada puede contemplar el almapaisaje y permanecer intacta.

Olvida esos síntomas que una vez pensaste que eran causados por la plaga, por algún virus de guerra. Pronto te darás cuenta de que no hay nada físicamente malo en el animal que te contuvo tan fielmente, durante tanto tiempo. Las sensaciones que confundiste con la enfermedad serán reconocidas como los estertores naturales de la

separación.

El cuerpo vivirá. Sus instintos imbuidos ni siquiera se quejarán mucho cuando sigas tu camino.

¡Bueno, tenemos cosas que hacer! Como aprender sobre la naturaleza del tiempo.

Advertirás que parece congelado a nuestro alrededor. Incluso el llamativo péndulo de Yosil está detenido, suspendido a media oscilación, mientras la boca del ídem loco da forma a un grito de furia. Esto es el ortomomento. El ahora de la realidad palpable. La estrecha rendija móvil donde los seres orgánicos pueden moverse y actuar y percibir.

Los grandes pensadores siempre supieron que el tiempo debe ser una dimensión, con potencial inherente para viajar, como cualquier otro. *Pero los organismos vivos no pueden explicar una paradoja, Albert.* Las incongruencias de causa-y-efecto resultan ser tóxicas. ¿Cómo podría el genio creativo de la evolución operar su lento milagro —convertir gradualmente productos químicos puros en seres portadores de alma— sin enormes cantidades de prueba y error? El mundo «real» necesita consistencia e incontables fallos en el orden para que la selección natural haga su trabajo, sacando complejidad del caos.

Es la respuesta al Acertijo del Dolor.

¡Así que no debemos estirar mucho el tejido del tiempo, Albea! Sólo un tironcito, aquí y allá, mientras nos movemos en espiral adelante y-atrás, contribuyendo a crearnos a nosotros mismos.

¿Confundido? No lo estarás cuando demos nuestro primer pasito atrás... casi una semana..., hasta el lunes pasado por la noche.

No, no intentes navegar en términos normales. Sigue mejor las afinidades.

¡Allí! Sigue esa huella de complacencia, mezclada con cuatro partes de testarudez, más un poco de exceso de autoconfianza y una pizca de jugador romántico. Síguela y encontrarás al ídem verde que eras esa noche, herido y temerario mientras cruzaba la plaza Odeón, acosado por matones aburridos y perseguido por los furiosos amarillos de Beta, que te arrojaban piedras.

No trates de recordar. ¡Anticípate! Es mucho más fácil en este plano.

Pronto comprenderás la necesidad. «El verde debe sobrevivir», pero por su cuenta.

Servirá la más leve interferencia, suficiente para colapsar un poco las probabilidades. Algo sin importancia, fácilmente descartable.

Sí, adelante. Experimenta. Pronto, en un momento crucial, decidirás extenderte y empujar la mente de ese camarero de allí, el que sirve la cena en el restaurante del muelle, cuya repetida torpeza ofrecerá una distracción en un momento crucial...

¡Pero con cuidado! Pues incluso un empujoncito extiende ondulaciones, como verás. Algo en la forma en qué esos platos salen volando...

Más tarde molestará a uno de tus celosos yoes. Se preocupará por eso, como un

diente enfermo. Como dije, los animales listos se ponen nerviosos con las paradojas.

Yosil Marahal, con toda su brillantez y sus defectos, imaginaba que la materia prima para el almapaisaje sería barro simple que él moldearía, para darle la forma que quisiera. *Pero verás, es mucho más sutil de lo que el pobre Yosil imaginó jamás.*

Nuestra siguiente parada te parecerá aún más extraña, saltarnos adelante un día hasta un tramo de una carretera en el desierto, lejos de la ciudad, mientras alguien prepara un arma bulbosa para emboscar a los ocupantes de un coche que se acerca. Sí, el ídem plateado lleva una alma-imprintación de Eneas Kaolin. Advierte también el mordiente hedor del miedo.

Todo no está saliendo a su gusto.

¡No sondees demasiado profundamente! No te preocupes por misterios mundanos como quién o por qué o qué o dónde. Olvida motivos y crímenes. Deja el trabajo de detective del mundoreal para que lo resuelva tu sucesor.

Eso ya no es cosa tuya.

Esto es lo que predigo que elegirás hacer. Observarás cómo se desarrolla la emboscada.

Advierte y aprecia la gracia de mamífero salvaje del Albert Morras real mientras gira el automóvil, intentando evitar la colisión... y luego pisa el acelerador al ver que el platino apunta... ¡y dispara! Ah, todo sucedió hace días en tiempo lineal, y sin embargo la urgencia parece tan fresca...

¿Puedes anticipar acordarte de qué hacer a continuación?

Pronto descubrirás que no hay nadie consciente allí abajo, bajo las estrellas del desierto. Albert y Ritu, aturdidos dentro de la cabina del Volvo, no advertirán que te haces cargo de un pequeño fragmento de idKaolin, que cuelga de la ventanilla del coche. Usarás el resto, te meterás dentro, asirás el volante del vehículo...

Y, sí, lo guías hasta un estrecho barranco, oculto de todos los ojos civilizados que pudieran sentir piedad o preocupación, procurando un rescate demasiado pronto.

Estás a punto de distraerte.

Aún te llega alguna información a través de los ojos y el cerebro orgánico de realAlbert, devolviendo tu preocupación al orto-momento congelado del viernes por la mañana en el laboratorio subterráneo. Te preguntarás, por ejemplo, qué está pasando con el gran invento de idYosil Maharal. ¿Qué personalidad está tomando el control? ¿Se disparará el rayo andzier como estaba previsto, extendiéndose sobre los planos real y espiritual?

Te preguntarás por los misiles. ¿Consiguió realAlbert detenerlos con su sabotaje final? ¿Se salvará la gente de la ciudad? ¿O entrarán en funcionamiento los sistemas de seguridad, haciendo volar después de todo las balas de muerte?

Hay satisfacción en el feroz rostro de realAlbert después de haber golpeado con la silla de metal una última vez, reduciendo el controlador del ordenador a restos chispeantes. Sin embargo, por el rabillo del ojo, ve a la esbelta Ritu y a un Beta mucho más grande que corre hacia él. Por una vez, los dos parecen unidos en un propósito. ¿No es sorprendente cómo los hermanos pueden superar la rivalidad cuando se enfrentan a amenazas y oportunidades que afectan a toda la familia?

El tiempo avanza unos cuantos grados antes de volver a detenerse. Esos rápidos segundos acercan más a la pareja. Unos cuantos saltos de esos más y estarán encima del pobre Albert.

Sólo que ahora, al otro lado de la habitación, el ojo de Al detecta otra figura que entra. Este golem lleva un teñido con motivos en espiral, como un sacacorchos chillón que corre desde su coronilla hacia abajo. ¡Su expresión, al observarla enorme cámara llena de caro equipo, es de rabia creciente!

Al principio imaginarás que es otra versión más de Beta. Entonces te darás cuenta de que *las apariencias engañan*.

¿Por qué?

¿Por qué está pasando todo esto? ¿Cuál es el contexto de toda esta interposición?

Ésa será tu pregunta pronto. Y yo responderé, hasta donde sea posible, después de unos encargos más.

Primero acercaremos un poco más las coordenadas en el espacio-tiempo. Pongamos que hace medio día...

¡Ahí!

Albert Morris está solo en la gran armería de defensa subterránea, repasando los archivos informáticos de la base militar, siguiendo los robos secretos y las traiciones de Yosil Maharal. No lejos están las columnas de soldados de ojos en blanco (sellados para preservar su frescor) dispuestos a ser cocidos en un instante, cuando su país los necesite. O cuando alguien lo bastante listo venga a llevárselos.

¿Nos servimos? Sólo necesitarás uno.

Primero, busca a Ritu. Una anterior versión de esa alma herida y confusa. La detectarás pronto, llena de autorrechazo mientras se rinde aun ansia interna que está más allá de su control, mientras coloca su cabeza afeitada entre los polos de un tetragamatrón de alta capacidad y los autohornos se calientan, preparando varias docenas de golems gigantescos contruidos para la guerra.

Vamos, mientras ella sigue combatiendo la compulsión, mostrando todavía cierta resistencia a esa presión interna. ¡Beta nunca tuvo que superar una oposición tan activa hasta ahora! Eso significa que la imprintación que hará sobre la primera copia será débil. Tú te introducirás entre las grietas y te harás cargo de ésa, desplazando a Beta. Sí, el ídem puede resultar dañado. Pero será lo bastante bueno, a tus órdenes, recién salido del horno.

¿Listo? ¿Lo has hecho? Entonces trae a tu guerrero y vamos a buscar a Albert.
¿Qué es eso? ¿Vamos a rescatarlo?

No, no espero que Albert considere que esto es un rescate. No cuando todavía se siente acorralado en ese horrible túnel. Y además, los bucles temporales pueden ser sorprendentes. Incluso después de un número infinito de recursiones, nunca son exactamente iguales. Tal vez éste nos sorprenda. No importa.

Estoy seguro de que cuando llegue el momento crítico sabrás qué hacer.

... Y rodar
... Gumby oye una algarabía...

Como viaje, éste fue aun peor que aquel horrible paseo del lunes por la noche por el fondo del río. No fui arrastrándome por las escaleras, sino más bien cayendo por el camino.

¿Qué otra cosa podía hacer, con sólo un brazo, la cabeza magullada y un torso que seguía soltando trocitos cada vez que me daba un golpe o aterrizaba con fuerza en un escalón? No tenía sentido del olfato, por supuesto (ni siquiera recordaba apenas el concepto). Pero era fácil verlos aceitosos vapores que manaban de mí. Un motivo para darse prisa era adelantarse a esos vapores, que tienden a acelerar el deterioro final. Por eso la disolución sucede de sopetón, rápida y piadosamente.

No tuve esa suerte. Soy demasiado obstinado para rendirme, supongo. ¡Qué extraño que una mutación frankie me hiciera más parecido a Albert de lo que incluso él mismo era!

Finalmente, y para mi sorpresa, me quedé sin escaleras y llegué al mismo rellano donde elegí el menos transitado de los tres caminos. ¿Eso fue hacía media hora? No lamentaba la decisión de subir aquellos oscuros peldaños. Detener el lanzamiento de los misiles, incluso temporalmente, era el logro más grande de mi pobre vida. Sólo que ahora me encontraba ante otro trío de opciones.

¿Volver a la entrada de la cueva y la cabaña, donde tal vez pudiera encontrar un teléfono en funcionamiento entre los escombros?

¿Continuar hacia el santuario interior de Maharal? Ahí se dirigió el piloto de la Harley, aunque ahora dudaba que fuese Beta, después de todo. Sin duda por ese camino estaban sucediendo grandes cosas.

Pero esas dos alternativas quedaban descartadas. Nunca conseguiría avanzar más que unos pocos metros. Mi única opción estaba al fondo del pasillo, en un hueco que contenía todas aquellas máquinas copadoras caseras, calientes y preparadas con su despensa llena de repuestos frescos. Lo que iba a intentar hacer era poco corriente. Incluso podían multarte si te pillaban, aunque todo el mundo lo intenta una o dos veces.

«En mi estado probablemente crearía un monstruo gimoteante». Con todo, el pobrecillo no tendrá que recordar mucho. Salir del horno, correr escaleras arriba, y cargarse el lanzador para que no se pueda reparar. «¡Fácil!».

Todo lo cual no valía nada hasta que no llegara a la almohadilla donde los originales tienen que apoyar la cabeza. Al levantar la cabeza, me pregunté: «¿Cómo demonios voy a hacer eso?».

Mi reloj enzimático seguía corriendo, los códigos de los misiles podían ser

restaurados de un momento a otro... y ahora yo tenía otro motivo para apresurarme. A través de mi destrozado abdomen capté vibraciones, rítmicas y cada vez más fuertes.

«Motores y ruedas», pensé, reconociendo algunas.

Otros golpeteos me recordaron el sonido de pasos a la carrera.

Dondequiera que estés
... o aprender lo que ya se sabe...

A continuación descubrirás que el almapaisaje es mucho más grande de lo que imaginabas.

Y, sí, está habitado.

¿Esperabas arrogantemente que el universo entero estuviera esperando la llegada del hombre?

Bueno, en cierto sentido, es cierto.

Nuestro universo no es más que tino entre trillones creados por una única y fértil singularidad, cuyos hijos agujeros negros engendraron incontables universos-bebé más, cada uno de ellos explotando e inflando y creando billones de galaxias, que a su vez crearon sus propios agujeros negros y más universos engendrados por la singularidad, y así sucesivamente... Entre todos esos experimentos, sin duda nació inteligencia, a pesar de que es algo mucho menos común de lo que imaginabas.

Todavía más escasas son las criaturas hechas de carne terrenal que contemplan las estrellas y las ansían a través de enormes extensiones de espacio vacío.

Las más excepcionales de todas son aquellas que encuentran otro camino, sorteando el frío vacío, descubriendo atajos a campos mucho más ricos. Excepcionales casi hasta el punto de ser únicos. De ahí el vasto vacío de lo que Maharal llamó dramáticamente el «plano espiritual». Un continuum más profundo, hecho de material más básico que la materia y la energía. Una frontera que pretendemos recorrer como un dios, usando toda esa materia prima para crear el paraíso a su imagen.

Oh, sois rarezas, los humanos de alma caliente. Tan defectuosos. Maravillosamente brillantes. Es un privilegio contemplaros mientras empezáis a despertar. Mientras empezáis a escoger.

¿Has empezado a sospechar quién y qué soy?

Esta voz que confundiste con un guía... pronto advertirás que «yo» nunca doy órdenes. La mayor parte de las veces sólo preveo, comento y predigo.

No, no soy tu Virgilio. No soy ningún mentor ni ninguna fuente de sabiduría. Soy tu eco, tú-que-fuiste-Albert-y-más. Una forma de recordar cosas que no has aprendido todavía. Una de las muchas conveniencias a las que pronto te acostumbrarás, aquí donde la paradoja es un hecho normal de la vida.

De vuelta al ortomomento... todavía avanzando a trompicones y deteniéndonos de golpe. Los acontecimientos pronto llegarán a una meta. Sólo tres movimientos

más del péndulo de Yosil mientras el andzier almacena energía, preparándose para avanzar si una huella humana le da personalidad o no. Si una ciudad llena de almas moribundas espera o no para alimentarla, en una orgía de necrofagia.

¿Qué, todavía te preocupas por eso? Muy bien pues, déjame predecir que volverás de nuevo a empujar los acontecimientos un poquito más. Adelante.

Encontrarás al Albert verde que se llama a sí mismo «frankie»... lo que queda de él... menos de una hora antes del ortomomento. Sí, ahí mismo. Momentos después de que su brazo fuera cortado por la burbuja de la moto al cerrarse, enviándolo a través del tejado de la cabaña de Yosil a un salón lleno de basura.

Puede que le venga bien un poco de ánimo. ¿Qué estrategia usarás?

¿Lo reprenderás por estar ahí tumbado en el polvo, viendo cómo la Harley se marcha, derrotado y listo para expirar?

¡Bueno, entonces intenta imitar mi voz profética, y luego escucha cómo reacciona el verde!

Sólo que Clara nunca oirá toda la historia... y ahora los malos ganarán.

«Oh, tío. ¿Por qué esa acuciante voz interior ha tenido que decir eso? ¿Para sacudir mi complejo de culpa? ¡Si pudiera, la eliminaría! Cállate y déjame morir».

¿Vas a morirte ahí y dejar que se salgan con la suya?

«Mierda. No tenía por qué aguantar aquello de algún obsesivo rincón del afina de un golem barato que se convirtió por error en frankie... se convirtió en fantasma... y en cualquier momento iba a graduarse y convenirse en un cadáver derretido».

¿Quién es un cadáver? Lo dirás por ti.

«Ingenio sorprendente, esa triple ironía. Lo decía por mí, sí. Y aunque intenté con fuerza ignorar la vocecita, sucedió algo sorprendente. Mi mano y mi brazo derecho se movieron, alzándose lentamente hasta que cinco dedos temblorosos aparecieron a la vista de mi ojo bueno. Entonces mi pierna izquierda se sacudió. Sin una orden consciente, pero reaccionando a costumbres imprimadas hace un millón de años, mis miembros empezaron a cooperar unos con otros, intentando manejar mi peso y luego empujándome para que me volviera.

»Oh, bien. Podría servir de ayuda».

¡El destrozado verde se mueve! Y sólo para asegurarte, lo reprenderás de nuevo durante ese largo camino hasta la gruta, y luego cuando suba esas oscuras escaleras, y así sucesivamente.

Pero no exageres la importancia de tu acción... ni de la reunificación disparada por tu presencia como observador. Estas cosas cuentan mucho menos que la acción física en el mundo «real» de causa y efecto. ¡El verde podría haberlo hecho enteramente sin tu/mi/nuestra intromisión!

No importa. Harás esto y eso lo molestará. Puede que ayude a salvar aun millón de vidas y desvíe la Onda Establecida hacia un destino distinto. Así que adelante.

Ahora tal vez retrocedas también unas cuantas horas, hasta un momento en el apartamento de Pal, susurrándole al verde que vuelva la cabeza y escuche en un instante crucial. Tal vez... oh, por supuesto que lo harás.

Siempre te inmiscuyes al principio. Es parte del aprendizaje. Del ser.

De vuelta al ortomomento... otra oscilación del péndulo ha pasado, como el tictac de un reloj titánico. Sorprendentes resonancias perturban la Onda Establecida amplificada, preocupando a los dos combatientes en tablas. Las amplitudes de probabilidad se colapsan por todas partes como piezas de dominó cuánticas.

Su batalla ha terminado. Ahora está fuera de su control.

Para Yosil, la noticia es calamitosa. ¡Puede que los misiles bioquímicos no se lancen después de todo! No habrá ninguna lluvia viral que siegue a millones y alimente al rayo andzier cuando llegue. Gravitando sobre la ciudad, sólo cosechará a unos cuantos. ¡Los pocos miles que normalmente mueren cada día descubrirán un más allá completamente distinto a todo lo que les enseñaron en la iglesia! Pero Yosil no cree que tan magros refuerzos le den al andzier el impulso que necesita para convertirse en un coloso espiritual, capaz de doblegar el almapaisaje a su poderosa voluntad.

La otra personalidad (una vez anclada en Albert Morris) había sucumbido al sueño de Yosil, adaptándolo como propio. ¿Puede aceptar ahora que se ha acabado y conformarse con un objetivo más modesto?

Otros se suman a esta refriega.

Mientras el andzier se encamina a la ignición, el cuerpo orgánico de realAlbert se tambalea a lo largo del eje del rayo, como un ancla arrastrada por una tormenta creciente...

Mientras Ritu y Beta llegan con los brazos extendidos, unidos por fin en un propósito, dispuestos a empujarle a un lado, o peor.

Sé que sientes curiosidad por sondear la compleja, atormentada alma de Ritu. Por supuesto, usa los nuevos poderes de percepción. Pronto verás el crimen que puso en movimiento su trágica historia...

El motivo por el que su síndrome se parece y exagera el mismo que sufre Yosil.

No sólo los genes, sino también un trauma que ambos sufrieron hace mucho tiempo, cuando un padre embobado trató de usar la inteligente tecnología nueva para animar y potenciar el cerebro en desarrollo de su hija pequeña, imprimiendo talentos de un alma enamorada a otra.

Como poner música para un feto en el vientre (así es como lo imaginó el pobre

Yosil), un regalo inofensivo de una generación a la siguiente, antes de que nadie supiera nada de la unicidad subjetiva y la ortogonalidad del alma. Antes de que el temible daño fuera ampliamente conocido. Antes de que esas cosas fueran prohibidas.

La tragedia puede tener su propia belleza triste, evocando lágrimas o risa. Esta ondeó con un horror hermosamente transfigurador digno de Sófocles, a través de años cargados con silencioso remordimiento obsesión y dolor.

Sí, los compadecerás. Desde esta nueva perspectiva, te apiadarás, lo vivirás y compartirás su agonía.

Más tarde.

Otros se suman a esta refriega.

Un golem de pautas en espiral atraviesa la puerta de enfrente, gritando acerca de la traición en términos que sólo un multimillonario podría usar. Y hay que reconocérselo a Eneas Kaolin (tú lo harás, predigo). Hacía falta un talento del que nadie lo imaginaba capaz para penetrar en las muchas capas de disfraces y defensas erigidas por una familia de brillantes paranoicos. Yosil y Ritu y Beta lo subestimaron. Igual que Albert Morris.

Con un poco más de tiempo... o sise hubiera fiado de Morris lo suficiente para confiar en él y aliarse con él desde el principio... Kaolin podría haber creado una diferencia. ¿Pero ahora? Incluso mientras alza el arma, gritando amenazas y exigiendo renuncias, Eneas sabe claramente que es demasiado tarde.

Lo mismo sucede con los guerreros que ahora llegan de la base militar, atravesando ese oscuro túnel que corre bajo meseta Urraca. Armados, blindados y representando la ira de los explotados contribuyentes, es la caballería por fin... pulverizando la retaguardia de Beta para llegar al alto parapeto y contemplar todo esto. Entre sus armas hay cámaras que envían imágenes al mundo entero.

La luz purifica. Se suponía que el Ojo Mundial impediría todas las conspiraciones desagradables y los laboratorios de los científicos locos.

Casi lo hizo.

Tal vez lo haga la próxima vez.

Si hay una próxima vez.

¿Ha advertido ya alguien la alineación?

Como una mezcla supercalentada y superpresurizada de aire y explosivo, la Onda Establecida amplificada ha crecido más allá de ninguna contención o control. Tampoco se puede retrasar más el avance del ortomomento. El tiempo de intervenir está a punto de terminar...

... mientras Kaolin carga hacia el espejo rojo.

Mientras Ritu y Beta se abalanzan hacia el gris.

Mientras los soldados se arrojan valerosamente por el balcón con cuerdas hechas de barro viviente.

Mientras realAlbert alza los ojos... el único que parece, de pronto, saber qué está pasando.

Mala suerte

... donde Gumby intenta hacer lo que le sale naturalmente...

Un examinador le dijo una vez a Albert que había «nacido para esta era», con la combinación adecuada de ego, concentración y desapego emocional para hacer duplicados perfectos. Bueno, excepto en mi caso, su primer y único frankie. Con todo, estaba dispuesto a apostar por ese talento...

Suponiendo que consiguiera llegar a la placa escaneadora de una simple copiadora.

Esta vez había una silla cerca. De mi pobre brazo brotaba humo mientras me arrastraba hacia allí, poquito a poco. Apoyándome en una pata de la silla con la barbilla, tiré de ella, colocándola junto a la gran máquina duplicadora blanca. Sólo un kilo de mi masa corporal se derritió por el camino.

«No basta», advertí en seguida. Al buscar algo más, divisé una papelera de metal a tres metros de distancia. Con un gruñido que escapó por varias grietas de mi boca, me dispuse a hacerme con ella... un viaje que pareció como cruzar el polo norte mientras me bombardeaban con asteroides.

La mitad de los dientes de cerámica que me quedaban se cayeron mientras agarraba con ellos la cesta de metal en el camino de vuelta.

Luego, la primera vez que intenté colocarla encima de la silla, fallé y tuve que repetir todo el maldito proceso.

«Será mejor que con esto sea suficiente», pensé, cuando la cesta quedó finalmente en su sitio, boca abajo sobre el asiento acolchado. En cualquier momento alguien podría restaurar el contacto con aquel lanzamisiles de arriba y continuar la cuenta atrás. Y esas vibraciones de pies a la carrera se acercaban por segundos. ¡Fuera lo que fuese que estaba pasando, yo quería tener poder para actuar! Incluso siendo la réplica tambaleante de un frankie.

«Bueno, allá va».

Desde el suelo extendí la mano, agarré el borde de la silla y tiré con fuerza. Mi cabezay mi torso pesaban ahora mucho menos (y más livianos a cada segundo), pero la tensión seguía siendo enorme. Nuevas fisuras y agujeros asomaron por todo mi brazo, cada una expulsando un horrible vapor... hasta que por fin mi barbilla se apoyó en el borde, aliviando parte de la presión. Eso me facilitó un poco las cosas, aunque no dejaron de ser dolorosas. Ordenando a mi codo que se alzara y girara, conseguí auparme y encaramar mi cuerpo reducido en el borde del asiento.

«Se acabó lo sencillo».

A medio camino de la plataforma copiadora, vi un brillante botón rojo de INICIO a mi alcance, inútil hasta que mi cabeza alcanzara los tentáculos del perceptrón. A

pesar de todo, tardé un momento en pulsar el botón para que la máquina empezara a preparar un repuesto. Si conseguía hacerlo, dispondría de unos pocos segundos. La maquinaria zumbaba y zumbaba.

«Ahora las cosas se ponen difíciles...».

Por fortuna, la silla tenía brazos... el doble que yo, por cierto. Eso me ayudó a encaramarme a la cesta, agitando y equilibrando mi cuerpo contra la malla metálica mientras mi único miembro en decadencia empujaba. Luego tuve que estirarme más, hasta la copiadora, buscando asideros... y mientras me esforzaba de nuevo, un par de dedos se rompieron, licuándose horriblemente mientras caían ante mi ojo bueno para chapotear en el suelo.

Esta vez, las fisuras a lo largo de mi brazo parecían abismos, fluido sudoroso del color del magma. Era una carrera para ver si la disolución ganaría, ola dura cocción producida por el calor, como le sucedió a esa pierna que arrojé contra el lanzador de misiles. ¿Y si me autococía en aquel sitio? ¡Qué escultura sería! Llámala Un estudio sobre la obstinación, la mano extendida y haciendo una mueca mientras se esfuerza por aupar un cuerpo inútil...

«Eso es —advertí, agradeciendo cualquier inspiración—, ¡suelta el peso muerto!».

Sin apenas pensarlo, apliqué las lecciones aprendidas arriba, tirando de mi yo hacia dentro y lejos de las partes remotas. Toda la parte inferior de mi torso me resultaba inútil ahora... así que ¡fuera! Haz acopio de las enzimas restantes. Envíalas arriba para el esfuerzo final del brazo.

Sentí que lo que quedaba de mi abdomen se desmoronaba. Aliviado de repente de esa carga, mi brazo dio un fuerte tirón... y se rompió por el hombro.

Creo que nunca podría describir cómo me sentía siendo una cabeza cascada y la parte superior de un pecho volando lo bastante alto para contemplar mi objetivo, la superficie blanca donde se suponía que un humano original yacía cómodamente, ordenando tan tranquilo a la obediente maquinaria que hiciera dobles baratos... una perfecta clase servil que no puede rebelarse y siempre sabe qué hacer. ¡Qué sencillo parecía!

Durante mi vuelo, me pregunté: «Suponiendo que aterrice bien, ¿podré usar mi barbilla y mi hombro para moverme? ¿Para guiar mi cabeza entre los tentáculos?».

¿Dispararía eso automáticamente la imprintación, ahora que había pulsado el botón de arranque? Si no, ¿cómo iba a volver a pulsarlo?

Problemas, problemas. ¿Y sabes qué? Habría encontrado soluciones. Lo sé. Si esa maldita trayectoria me hubiera llevado adonde yo quería.

Pero como Moisés, sólo pude ver de lejos la Tierra Prometida. Al caer, mi cabeza falló la plataforma, rebotó en el borde de la copiadora y luego en la papelería, que cayó de la silla antes de aterrizar en el suelo.

Como si eso no bastara, lo que sucedió a continuación fue el remate.

Rodé por el asiento, me tambaleé un instante y luego caí para aterrizar (adecuadamente, tras una semana infernal) dentro de un contenedor para basura.

El alma, mi destino.

¿Estará bien, ahora que el rayo andzier se ha disparado?

Qué visión.

La titánica Onda Establecida atravesó ambos espejos de barro, lanzando al péndulo (con idYosil a bordo) contra el techo de piedra. Sin embargo todos los demás que estaban alrededor apenas resultaron chamuscados. Pues la poderosa onda distorsionadora inmediatamente giró sobre un eje que está en ángulo recto de todas las direcciones conocidas, desvaneciéndose en una distancia que ningún ojo viviente podría seguir.

Excepto realAlbert, claro está, quien volvió la cabeza como para seguir su curso, con una sonrisa tan enigmática, tan sabia, que Ritu y su hermano gemelo se detuvieron en seco. En un instante corrían hacia él con las manos alzadas para golpear. Al siguiente, dejaron caer los brazos y retrocedieron, mirándolo.

Sí, el «anda» está aún sujeta, por un fino hilo.

¿Continuamos?

Desde el principio, cuando el brillante y atormentado Yosil Maharal todavía pensaba que podía diseñarlo y controlarlo todo, el primer objetivo del rayo fue la ciudad más cercana. ¿Dónde si no podían encontrarse juntos tantos aleteos-espíritu, arracimados como un diminuto campo de maíz creciendo junto a una pradera salvaje? Debió de parecerle un buen sitio donde encontrar alimento para la siguiente fase.

Si hubiera doblgado su monomanía lo suficiente para implicar a iguales y colaboradores, incluso una civilización entera, Yosil podría haber descubierto y corregido todos los fallos de su espléndido plan.

Fallos técnicos y conceptuales. Fallos morales. Pero «científico loco» se define casi por solipsismo: una necesidad neurótica de evitar las críticas y hacerlo todo solo.

Sin Maharal, habría hecho falta otra generación para que la humanidad hiciera este intento. Por causa de él, la humanidad podría haber sido destruida.

Tal como están las cosas, no hay ninguna plaga asolando la metrópoli cuando el andzier llega desde lo alto. Ningún canalizador de rápida pestilencia proporcionando suficiente muerte de la que nutrirse a placer. Sólo unos cuantos miles de almas por día, libres de sus ataduras orgánicas por accidente o causas naturales, alzándose suavemente hacia la flotante ondaforma, encontrando espacio bienvenido para sus modos vibratorios. Después de cierta sorpresa inicial, añaden amplitud y sutileza a la superposición de estados...

Pero no es ninguna fiesta.

Esta Onda Establecida no se convertirá en un «dios» sólo con el simple poder.

El sencillo plan de Yosil ha fracasado.

Es hora de intentar otra cosa.

Volviéndose de nuevo, la macroonda busca un olor que pocos habían advertido antes. Vuela dos mil kilómetros hacia el mar, donde las azules corrientes pelágicas se mueven sobre profundas simas... y busca cefalópodos, algunos casi tan grandes como un supercontenedor, con ojos como platos y cerebros que apestan a inteligencia. Alienígenas, aquí mismo, en la Tierra.

¿Es esto?

Sumergiéndonos donde nunca llega la luz del sol, nos unimos al mundo del calamar gigante, saboreando cómo es moverte impulsado por un chorro de agua excretado por el esfínter, tocando y experimentando un mundo líquido con largos succionadores que se agitan más allá de los límites de la visión. Nos alimentamos. Perseguirnos, nos apareamos, engendramos. Competimos y planeamos siguiendo una lógica completamente nuestra, expresando conceptos en cálidos destellos de intrincado color a lo largo de nuestros flancos.

Y, muy de vez en cuando, también temblamos y adorarnos cuando la Muerte viene hasta nosotros desde el Infierno, el caliente mundo de arriba. Pues en ese estrecho instante, mientras huimos a la desesperada, agarramos y atesoramos algo que destella como esperanza...

Entonces el demonio cae sobre nosotros, enorme, negro, devorador. Su aguda voz golpea con fuerza, paralizando, convirtiendo tripas en gelatina. Luego vienen las mandíbulas, pequeñas pero poderosas. Dientes blancos reflejan las pigmentaciones de nuestra piel bioluminiscente mientras se clavan en nosotros, arrastrándonos hacia arriba...

Así que no fue el calamar gigante quien atrajo el rayo andzier basta aquí. Son tan exóticos..., quizás encuentren un almapaisaje propio.

Fueron sus cazadores quienes atrajeron la macroonda.

Ballenas espermaceti, regresando de las aplastantes profundidades, su hambre saciada con frescos cefalópodos, ahora se reúnen en las agradables olas para respirar y chapotear. Aunque ocupadas con preocupaciones naturales (la búsqueda de comida y el éxito reproductivo), de vez en cuando hasta una docena de criaturas se congregan, sus enormes frentes tocándose.

Dentro, mucho más grande que cualquier otro órgano, una montaña de sustancia cerosa, maleable como el barro húmedo, perfecta para refractar y reformar el sonido, permite a estos cazadores de las profundidades lanzar rayos precisos que alcanzan (y aturden) a su presa en la completa oscuridad. El sonido esculpido es para ellos como la recoloración dinámica de la piel para un calamar, o las cadenas sintácticas de palabras para un ser humano. Todo son formas de chismorrear, cooperar, engañar,

meditar o (cuando todo lo demás falla) buscar un significado urgente en la oración.

Las ballenas se congregan, las colas apuntando hacia fuera como los pétalos de una flor, o un mandala, o un rosetón. Unidas las frentes, intercambian complejas formas/imágenes/ideogramas sónicos con propiedades surgidas hace mucho tiempo del ruido de fondo de la mera supervivencia. Los significados se unen en la cera, delicados como telarañas, únicos como copos de nieve, variados como un ecosistema.

Hacían esto mucho antes de que Bevisov aprendiera a imprimir almas en barro.

¡Allá vamos de nuevo!

Al usar tanta energía, ¿no debería el andzier tener hambre? Había belleza entre los calamares y las ballenas... pero no mucho alimento. Entonces, ¿por qué no parece decepcionada la macroonda mientras gira alrededor de un eje inventado sobre la marcha, retorciendo el mismo contenido del que surge el vacío puro, y luego toma velocidad en un curso que inventa según se tercia?

Parece que hemos descubierto el espacio exterior.

En aleteante secuencia pasamos ante grandes racimos de estrellas. Racimos gigantescos de brillantes puntos de luz pasan a saltos que devoran el vacío como sino estuviera allí. La medida misma se vuelve un componente de la ola, su aliada en este viaje, más que un obstáculo.

Buscando... examinando de vez en cuando, nos detenemos brevemente para escrutar...

Una gigante roja, turgente e hinchada mientras se expande lentamente, devorando a sus hijos. Luego...

Una vieja enana blanca, nacida de la primera generación de la galaxia. Al haber perdido gran parte de su sustancia, soporta irónicamente largas épocas a dieta, brillando débilmente para nadie...

No como una glotona supergigante azul, cuyos simples millones de años pasan con ardiente velocidad. Demasiado grande para tener ningún otro objetivo, debe elegir la gloria o la vida...

Es decir, hasta que es sacudida por una fuerza sorprendente que parte al coloso en dos. ¡Una singularidad! No un agujero negro, ésta es larga y nudosa, una excepcional reliquia de la creación, un fallo facetado en el espacio-tiempo, letal, bellísima sólo para aquellos que conocen su lenguaje de matemática pura...

Tras haber provocado ya un tumulto al atravesar una inmensa nube molecular, vórtices giratorios que autogravitán, convirtiéndose en márgenes ionizados que giran y se mezclan con sistemas recién nacidos...

Y luego una vez más corremos, dejando atrás brazos en espiral que brillan como polvo de diamante, hasta que...

Nos encontramos de vuelta hacia un modesto sol amarillo... una estrella de agradable edad mediana... un horno firme, sin pretensiones, con un séquito de

motasplanetarias...

Una de las cuales parece más afortunada que el resto... cálida-nocaliente, grande-no-ominosa, húmeda-no-mojada y amasada por los suficientes objetos caídos para hacer que las cosas sean interesantes.

Nos abalanzamos hacia este mundo, precioso en su equilibrio de océano y cielo, mar y orilla, montaña y llanura, lago y colina, estanque y torna, árbol y matorral, presa y cazador, hongo y rotífero, parásito y prión, barro y cristal, molécula y átomo, electrón y...

¡Zambulléndonos cada vez más pequeños, gritamos que espere!

¡Vuelve atrás!

¿Qué fue ese atisbo pasajero de torres brillantes y múltiples construidas por manos fascinantes? ¿Una breve impresión de barcos atracados y tiendas y casas encaramadas a los árboles donde figuras en sombras hablaban un lenguaje lánguido, como una canción?

Vuelve. Sería fácil averiguarlo. Regresa a un tamaño y una escala a medio camino entre el cosmos y el quark.

Otra civilización. ¡Otra raza de seres pensantes y sentientes! ¿No era eso lo que estabas buscando?

Al parecer no.

Encestado

... o cómo convertirse en un chico de verdad...

Poco quedaba del brillante yo que salió de un horno el martes por la mañana, resignado a limpiar la casa y hacer las tareas de Albert Morris. Un cuerpo que acabaría viviendo..., veamos, casi tres días extra, gracias a Eneas Kaolin, y a un montón de testarudez. ¡Un yo que acabaría haciendo mucho más que limpiar retretes! Que recopiló un montón de interesantes recuerdos y pensamientos... Lástima que no haya ninguna oportunidad de depositarlos. De compartirlos.

Las cosas que he visto.

Y alucinado, recordando todos los divertidos ecos y las voces curiosas/mandonas que me inventé por el camino. Oh, realAl iba a perderse un montón de cosas. Suponiendo que escapara a la destrucción de su casa, Albert probablemente se pasó la semana entera ante una pantalla de ordenador, o agitando los brazos bajo un chador, coordinando investigadores ébanos y grises y negociando con los agentes de seguros. Trabajando duro, el pobrecito.

«Y sin embargo, no puede ser un capullo total. No si Clara lo ama».

Sonreiría si pudiera. Qué bonito si mi última imagen mental pudiera ser de ella... una mujer que nunca vi en persona y a la que sin embargo adoré.

Pude verla ahora, una hazaña final de agradable imaginación mientras los restos de mi torso se disolvían dejando sólo una cabeza patética rodando en el fondo de una papelera. Sí, fue ella quien vino a mí, envuelta en ese halo romántico estilo Hollywood que suaviza cualquier imagen, incluso con un casco de duralcación cubierta de antenas picudas.

A través de aquella luz difusa, Clara pareció mirarme; su dulce voz resonó como un ángel.

—Bien, que me corten en trocitos y me sirvan como tempura —dijo mi ilusorio serafín, apartando un par de hologafas que brillaban como telarañas iluminadas por el sol—. ¡Chen! ¿Te parece que este id es un Albert?

—Mm. Tal vez —dijo otra figura, acercándose para echar un vistazo. Mientras mi Clara imaginaria parecía toda suave y femenina (aunque envuelta en armadura pesada), el recién llegado tenía colmillos y escamas.

¡Un demonio!

En su mano, una fina vara picoteó mi frente.

—¡Joder, tienes razón! La placa dice... espera, no puede ser. Una tercera voz, mucho más aguda, exclamó:

—¡Oh, sí que puede!

Al lado del hombro de Clara apareció un rostro delgado, como un zorro ansioso,

inclinándose para echar un vistazo. Me sonrió con filas gemelas de dientes brillantes en forma de «V».

—Tiene que ser el que mandó la señal —dijo la figura en forma de hurón que yo había soñado, bastante parecida a mi viejo compañero idPal—. Tal vez sea el viejo Gumby, después de todo. Habría sacudido la cabeza de haber podido, o habría cerrado los ojos si hubiera tenido párpados.

Todo aquello era demasiado, incluso para un sueño.

Tiempo de fundirse, antes de que empeorara.

Sólo que tuve que despertar un poco cuando Clara me llamó.

—¿Albert? ¿Eres tú?

Ilusión o no, no podía negarle nada. Aunque carecía de cuerpo (o de cualquier otro medio de emitir sonidos), de algún modo acumulé fuerzas para formular cuatro palabras.

—Sólo... un... fax... señora...

Muy bien. Se inc podría haber ocurrido algo mejor. Pero todo se estaba difuminando. Y además, me sentía bastante feliz. Antes de la negrura total, mi última imagen sería su sonrisa, tan tranquilizadora que había que creer en ella.

—No te preocupes, cariño —dijo Clara, metiendo la mano en la papelera—. Te tengo. Todo saldrá bien.

CUARTA PARTE

Pero este hombre que deseas crear para ti es poco duradero y apasionado.

El Libro de Job.

Galimatías

... o en memoria todavía verde...

Con la verja de entrada completamente abierta, la finca no parecía segura, una ilusión que el propietario podía permitirse. Al acercarse a una gran mansión de piedra, nuestra limusina dejó atrás a los cuidadores trabajando. Eran ostentosamente reales.

—Esto me resulta familiar —dijo Pal desde su silla sustentadora—. Recuerdo haber pensado que tendríamos suerte de salir de este lugar con vida.

De algún modo había conseguido absorber algunos fragmentos de memoria del mini-golem aplastado, mi compañero de aquellos frenéticos martes y miércoles. Me alegraba saber que parte del astuto idPal sobrevivió.

Los sensores conectaban una estrecha parte del cuerpo transparente de la limusina cada vez que el ojo de uno de los pasajeros la enfocaba, creando la ilusión de que no había techo ni paredes, aunque los curiosos de fuera sólo veían unos cuantos círculos oscuros que se movían como locos de un lado para otro. A pesar de todo, para inhalar los aromas de los jardines de Lucas Kaolin, tuve que bajar una de las ventanillas.

El olor sigue sorprendiéndome, como si fueran recuerdos de otra vida.

Alguien más inspiró profundamente cuando yo lo hice. Albert, a mi izquierda, esbozó una de sus distantes sonrisas, disfrutando de los síntomas del otoño en la brisa. A excepción de un pequeño vendaje bajo una oreja, y otro alrededor del pulgar; no tenía demasiado mal aspecto. Incluso podía vestirse y afeitarse solo, aunque había que animarlo un poquito. Pero su atención estaba en otra parte.

«¿Eres un neshamah? —me pregunté—. ¿Un cuerpo sin alma?».

Si era así, qué irónica inversión de papeles. Pues yo, un goleen, me sentía bien equipado en ese aspecto.

«¿No hay nadie en casa, ahí dentro, Albert? ¿O sólo recibimos una señal de “comunicando”?».

Debí de haberme quedado ensimismado otra vez. Un suave apretón desde el otro lado me sacudió mientras la mano fina y fuerte de Clara tomaba la mía.

—¿Crees que llegaremos a ver la colección de armaduras medievales de Kaolin? —preguntó—. Me encantaría dar unos cuantos golpes con ese gran mandoble.

Y esto lo decía una hermosa joven que llevaba un sombrerito para el sol y un ligero vestido veraniego. A Clara a veces le gustaba no hacer ostentación de su lado «formidable». Eso aumentaba su tremendo atractivo.

—Puede que no esté de humor para hacernos de guía —predije, pero ella se limitó a sonreír.

Más cerca de la casa, Clara señaló una zona de aparcamientos apartada donde

había otras dos limusinas más, iguales que la nuestra. Habíamos cronometrado nuestra llegada siguiendo de cerca a ese par.

idguardias a rayas rojas observaban una pala sacar una gran caja de embalaje de un camión situado junto a la entrada principal de la mansión. Se volvieron atentos cuando aparcamos... hasta que alguna señal oculta los hizo retroceder.

—Siempre he querido tener un trabajo como ése —murmuró Pal mientras la pala alzaba su cargamento con un gruñido y avanzaba sobre sus fornidas patas, subiendo los escalones blancos que conducían a la casa.

—Anda ya —repliqué, bajando su silla de apoyo vital al suelo. El trabajo duro no era el estilo de Pal.

Clara examinó los indicadores médicos de la silla, y luego le alisó el cuello de la camisa a realAlbert.

—¿Estaréis bien los dos aquí fuera?

Pal tomó por el brazo a Albert, y obtuvo otra sonrisa enigmática.

—¿Nosotros? Sólo pasaremos por los jardines, ayudándonos en los baches y buscándonos problemas.

Clara seguía preocupada, pero yo le apreté la mano. ¿Qué lugar podía ser más seguro? Y su presencia no pasaría inadvertida a Kaolin.

—Adelante —Pal indicó la mansión—. Si el señor multimillonario os causa algún problema, gritad. Iremos al rescate, ¿verdad, viejo amigo?

En vez de responder, Albert se volvió, como si siguiera algo apenas visible contra el cielo azul. Señaló con su pulgar vendado, como una especie de autoestopista metafísico.

Polvo —dijo complacido—. Dejaron huellas en él. Profundas.

Todo el mundo lo hizo.

Todos esperamos unos segundos, pero no añadió nada.

—Bu-e-e-no —comentó Pal—. Espero que eso sean buenas noticias. Polvo. Mm.

Ausente y tranquilo, Albert extendió una mano para empujar la silla de Pal por el camino de grava. Clara y yo nos quedamos mirando hasta que doblaron una esquina hacia el arrullo de unas palomas. En el tejado, varias plantas más arriba, una cúpula reflectante albergaba, según se decía, al famoso ermitaño en persona: realEneas Kaolin.

Tras mirarnos mutuamente para darnos ánimos, Clara y yo empezamos a subir los anchos escalones de granito.

«Después de avanzar un rato, Pal da la señal. ¡Por fin!

»Abro el compartimento inferior de su silla sobre los guijarros calentados por el sol. Espero a que las ruedas pasen y... ¡ahora!

»Arrastrándome sobre el vientre, esquivando los pies humanos de Albert, me lanzo a ocultarme junto a un seto de gardenias. ¡Puaf, qué olor! Gran parte de mi cabecita fue modelada a partir de un bicho que caza siguiendo el rastro del olor. Tendría que haber dejado más espacio para el cerebro.

»Oh, bien. Sólo hay que hacer lo que quiere mi hacedor. Y satisfacer el ansia imbuida de curiosidad... antes que de comida o de sexo. ¡Vamos!

»Pero atento a los sensores. Mis astutos ojos sintonizan los rayos IR. También las cucarachas, zancadillas y otras trampas normales.

»Un adorno hueco en la mampostería corre hasta arriba. Métete dentro. Despliego garras rematadas con aumentos de diamante. Fuertes zarpas clavan esas brillantes puntas de diamante en la piedra.

»Es chulísimo lo que se puede hacer con el barro, hoy en día».

Un rox platino esperaba en el vestíbulo, observando a los sirvientes dirigir la rezongante pala hacia un gran estudio... el mismo lugar donde estaba el ataúd abierto de Yosil Maharal hace un par de semanas. Pero Kaolin no podía suponer que yo lo sabía. Esos recuerdos fueron destruidos. Supuestamente.

La caja de embalaje era su preocupación inmediata, aunque nos indicó que lo siguiéramos. Clara apuntó alegremente con su implante a las viejas lanzas, escudos, mazas y otras cosas puntiagudas en exposición. Sólo cuando la pala soltó con cuidado su carga junto a una pared se volvió nuestro anfitrión y extendió la mano.

—Mayor Gonzales e ídem Morris. Llegan temprano. Varias horas.

—¿Sí? Es culpa mía, entonces —dijo Clara—. Sigo todavía el horario de la Costa Este.

Una excusa pobre. A pesar de todo, la conveniencia de un invitado real vence el malestar de cualquier ídem, incluso el ídem de un trillonario.

—En absoluto. ¡Sí que están ustedes ocupados últimamente! Gracias por aceptar mi invitación. Aunque imagino que tienen sus propios motivos para venir.

—Hay asuntos que discutir —reconocí.

—Sin duda. Pero primero, ¿cómo están funcionando los cuerpos?

Contemplé el que llevaba hoy. Su tono entre beis y gris, sumado al pelo y la textura realista de la piel rayaban la ilegalidad. Pero nadie se había quejado con todo el jaleo por mi «heroísmo». Me importaban más otras prestaciones, como que podía oler y ver y tocar a Clara con completa viveza.

—Un trabajo impresionante. Debe de ser caro.

—Mucho —él asintió—. Pero eso no importa si...

El golem platino dio un respingo cuando un lado de la caja de embalaje cayó con un fuerte golpe. Los criados se dedicaron a trabajar en los otros paneles.

—Naturalmente —continuó idKaolin—, se le suministrarán esos repuestos de hipercalidad, gratis, hasta que se solucione el problema de su original. ¿Ha habido alguna señal...?

—Cantidad de señales. Pero ninguna de bienvenida.

Después de dos semanas de experto estudio, era evidente que la mente/alma de realAlbert Morris se había «marchado» de algún modo que nadie comprendía. Yosil Maharal podría haberlo explicado. Pero también él se había marchado, de un modo aún más definitivo.

—Bueno, puede contar con Hornos Universales. Bien hasta que sea posible volver a cargar en su original, o...

—O hasta que agote mi límite de transferencias de ídem-a-ídem. Él asintió.

—Contribuiremos con los repuestos de hipercalidad y el proceso experimental de prolongación-golem. En parte porque estamos en deuda...

—Desde luego que sí —murmuró Clara.

El brillante golem dio un respingo.

—Aunque a cambio, mis técnicos, naturalmente, desean monitorizar su remarcable resistencia. ¡Nadie ha demostrado nunca tal fidelidad imprimando de un muñeco animado a otro!

Advertí que la mano derecha de Kaolin temblaba levemente. En cualquier caso, estaba controlando su ansiedad.

—Mm, sí. Monitorizar. Eso puede presentar un problema si...

Se detuvo cuando los sirvientes de Kaolin finalmente abrieron la caja, liberando un pesado expositor de cristal. Contenía la figura parda de un hombre pequeño y bien formado: un soldado de rasgos asiáticos, moldeado a mano y horneado hacía más de dos mil años. Su confiada semisonrisa parecía casi viva.

—Sólo diez de las terracotas de Xi'an han salido de China —suspiró felizmente idKaolin—. Conservaré ésta para honrar a mi difunto amigo Yosil. Hasta que su heredera regrese para reclamarla.

Estaba claro que el magnate no esperaba que eso fuera a suceder pronto, aunque vi un retrato de Ritu Maharal destacando sobre el gran piano. ¿Había sido colocado allí deliberadamente como gesto?

Mis recuerdos de aquella habitación procedía de una grabación de voz que Clara encontró bajo meseta Urraca, dentro del Albert gris destrozado que fue secuestrado en aquella misma mansión, sometido a crueles tormentos y luego convertido en «espejos de aquel extraño experimento. Por fortuna, el carrete del diario del gris sobrevivió a la explosión: una compulsiva narración en voz baja de las actividades criminales de un fantasma loco. Otro carrete de grabación, sacado del cuello de realAlbert, ofreció una transcripción esporádica y de baja calidad de unas cuantas piezas más del rompecabezas: una emboscada en la carretera, viajes por el desierto y traiciones subterráneas, que arrojaron un poco de luz sobre el modo en que la hija de Yosil estuvo implicada en el asunto.

¡Cuánto más conveniente habría sido si las tres versiones de nosotros hubieran podido recombinar recuerdos al final! Tal como estaban las cosas, Clara y yo tuvimos que recurrir al clásico trabajo detectivesco.

—¿Han hecho algún avance para tratar a Ritu?

—Sólo la están diagnosticando todavía. Han entablado contacto con la personalidad Beta. Los doctores están sondeando por si hay más hermanos durmientes en su interior —Kaolin dejó escapar un suspiro melancólico—. Nada de esto habría sucedido antes de la era de la golemtecnología. Desde luego, no el trágico

desatino que Yosil descargó sobre Ritu cuando era niña. Y aunque tuviera un síndrome de personalidad dividida, nunca se habría manifestado tan poderosamente en el mundo exterior. ¿Quién podía prever que un personaje como Beta emergiera y...?

—Oh, ahórrenos el numerito —lo interrumpió Clara.

Nos volvimos. Ella estaba examinando al guerrero de Xi'an, de soldado a soldado. Pero su atención no se había desviado en ningún momento de nuestra conversación.

—Sabía usted de la existencia de Beta desde hace años —añadió—. Le pareció conveniente mantener una relación con alguien tan increíblemente dotado para el engaño. ¡Alguien capaz de engañar de modo continuado al Ojo Mundial! Una de las últimas figuras brillantes del submundo, y estaba usted en posición de chantajearlo para que le hiciera todo tipo de favores, porque Beta era vulnerable en su fuente. Vamos, admítalo.

Los puños de platino se cerraron, pero la furia era inútil. Como tutora asignada de realAlbert y mi dueña nominal, Clara tenía derecho legal. Yo era su consejero, no al revés.

—Yo... no admito nada de eso.

—Entonces investiguemos. Grabaciones de hace años, empleados entrevistados según la Ley Sicario. Demonios, no me costará mucho trabajo interesar al aparato de seguridad nacional, ahora que...

—Por supuesto hablamos hipotéticamente —interrumpió Kaolin—. Hablando por hablar, supongamos que sí, que haya tenido tratos anteriores con la figura conocida como Beta. Rebuscaría usted eternamente sin encontrar ni un solo acto criminal por mi parte. Ciertamente, puede que haya cometido unas cuantas infracciones civiles... bueno, tal vez muchas. Gineen Wammaker y algunos otros pervertidos podrían demandarme por daños de copyright.

»¿Y qué? ¿Pondría en peligro nuestra beneficiosa relación a causa de ella?

Eso era una amenaza implícita. Los cuerpos de hipercalidad que yo recibía gratis, más los aparatos para imprimir en alta calidad y revigorizar, eran cuestiones cruciales para un alma perdida. Mi único talento copiador seguía necesitando un montón de ayuda, hasta que realAlbert finalmente decidiera dejarme regresar al único cerebro orgánico de la Tierra que podía acomodarme.

¿Funcionaría incluso entonces? Yo no podía dejar de considerarme Frankie (o Gumby), una marioneta verde rebelde que se escapó un día, declarando su independencia mientras soñaba con convenirse en un chico de verdad. Tal vez mi Onda Establecida y el alma extrañamente mutada de Albert estaban demasiado distanciadas para volver a reunirse de nuevo.

Puede que yo fuera un fantasma.

Bueno, si era así, era un fantasma con sensores plenos, amado por una mujer excitante, con un trabajo importante que hacer. Uno puede imaginar otras vidas

peores.

—Hablemos de ese triángulo que formaba usted con los Maharal —insistió Clara a nuestro anfitrión—. Usted y Yosil y Beta y... supongo que era un cuadrado si incluimos a la propia Rito... cada uno usando a los demás, planeando y explotando los talentos y recursos del otro, haciendo tratos y rompiéndolos...

—No —interrumpí.

Cuando ella me dirigió una mirada intrigada, añadí:

—Luego, por favor, Clara.

idKaolin pareció aliviado.

—Sí. Luego. Además, qué desatento por mi parte. Por favor, vengan por aquí. He pedido que nos sirvan refrescos.

»Desde luego aquí vive un hijo de puta paranoico integral. Menos mal que yo también lo soy.

»El camino de subida elegido está lleno de puñetitas: detectores y nanoalambres, toximitas y miniabrojos. ¡Qué exageración tan ridícula!

»Podría cambiar de ruta. Intentar escalar por la pared despejada, donde todas esas cosas desagradables estarán desgastadas por el sol y el smog y la lluvia. Además, ¿quién espera que un ladrón suba por una pared pelada a plena luz del día?

»No puedo responder a eso. El cerebro es demasiado pequeño para albergar recuerdos. Pero parece que creo que es posible.

»La piel pixelada de mi espalda remeda los reflejos de cada trocito de pared junto al que paso. Esa idea me la dio Beta. Compré los detalles técnicos a un técnico de HU a cambio de un premio Sicario. ¡Barato! Otros artilugios son militares: Clara tiene buenas relaciones. Pero los más astutos proceden de hobbistas que no están nada contentos con la larga tradición de HU de compartir sus códigos fuente.

»Como el ojo especial en mitad de mi zarpa derecha. Lo aprieto contra una ventana opaca al pasar. ¡Interfiere el monitor de atención de la habitación, y... voilá! ¡Un estrecho circulito se vuelve visible durante todo un milisegundo!

»Lo suficiente para comprobar que no hay nadie en esa habitación. Ah, bien. La siguiente parece más probable por motivos arquitectónicos que ahora mismo no puedo recordar.

»Sólo un poco más lejos...».

Mientras seguíamos a nuestro anfitrión, Clara se volvió a mirar al soldado de terracota, parte de una legión modelada (algunos dicen imprimada) a partir de guerreros reales que sirvieron al legendario primer emperador chino, con el deber jurado de volver ferozmente a la vida cuando se los llamara. Clara representaba un papel similar en docenas de réplicas. Sólo que ahora tenía otro trabajo ayudando a

investigar cómo fueron tan vial las cosas en el Dodecaedro, donde los pasillos resonaban ahora con el tronar de las cabezas cortadas.

En una terraza encontrarnos comida y bebida: porciones generosas para Clara y aperitivos que atraían a un golem de clase alta como yo, con papilas gustativas pero ningún estómago. Clara se echó a reír, y señaló a dos figuras que había en el prado salpicado de árboles, una en silla de ruedas. La otra rompió el paso para deslizarse, como un niño pequeño.

idKaolin recogió una carpeta que le tendió un ayudante ébano.

Más litigios —explicó—. ¡Ahora Farshid Lum y esos pirados de la liberación ítem! Como si yo hubiera excavado su estúpido túnel hasta la sede de HU.

—Quizá quieran saber quién dispuso que les echaran la culpa sise hubiera producido un sabotaje industrial. Yo también siento curiosidad. Eneas se encogió de hombros.

—Beta, por supuesto. No había nadie mejor para eso. Lo planeó con esa desviada Irene, engañó a Albert para...

Para que hiciera un poco de espionaje tecnológico cuasi legal, dijeron ellos. La bomba priónica no estaba en los planes, no hasta que alguien más se apoderó de ellos.

idKaolin gruñó y se sentó para tomar un vaso de Golem-Cola.

Sí, estoy familiarizado con la teoría popular. Beta y yo éramos aliados, pero tuvimos una discusión. Me vengué desatando una guerra, usando furtivamente a la Agencia de Detectives Albert Morris, entre muchas otras armas. A pesar de su inteligencia, Beta tenía un talón de Aquiles: su secreto punto de origen. No tardé en eliminar sus copias y apoderarme de sus operaciones. ¿No es eso?

—Según algunas teorías populares.

—¡Pero la cosa mejora! A continuación, manipulé a frene y a Wammaker y a Lum y a todos los demás... ¡para que sabotearan mi propia fábrica! —Las palabras eran una confesión encantadora, estropeada por el sarcasmo de Kaolin—. ¿No ven lo absurdo que es? ¿Qué motivo podría tener yo?

Asentí, completamente de acuerdo con él.

—Sí. El motivo es la clave.

idKaolin me miró, y luego continuó.

—Cierto, no me quedé sentado cuando Yosil y Beta se volvieron contra mí, robando tanto a HU como al Gobierno —le asintió a Clara—. Gané unas cuantas partidas. ¡Sin embargo, soy la víctima!

—Es difícil decirlo. Todas las maniobras...

—Disfraces y dobles juegos —añadió Clara—, incluso los beligerantes necesitaron un diagrama multidimensional.

—¿Y qué? ¡Los Maharal eran genios! Padre e hija, en todas sus manifestaciones. ¡Y estaban locos! ¿Qué podía hacer yo sino actuar en defensa propia?

Respondí en silencio: «Podías haberlo denunciado públicamente.

Recurriendo a los sistemas de limpieza de una sociedad abierta. Es decir, si no

tuvieras una locura propia que ocultar».

Clara intervino.

—Entonces, admite que libró una guerra clandestina contra sus antiguos aliados.

—¡Sería un idiota si lo negara después del arresto de mi ídem en el laboratorio de Yosil, disfrazado de Beta! —Kaolin sonrió entonces—. Lo estaba haciendo bastante bien. Seguro que le engañé, tanto en el idemburgo como en la moto, ¿verdad, Albert?

«No me llames Albert», estuvo a punto de decir. Pero ¿qué sentido tenía?

Luego la expresión del magnate se ensombreció.

—No esperaba que me siguiera, que se agarrara a la Harley cuando despegó y... y es buena cosa. Impidió una catástrofe... toda la ciudad está en deuda con usted.

»Y en cuanto a esos malditos misiles bioquímicos, juro que no tenía ni idea de que Yosil planeara llevar las cosas tan lejos.

»La tercera ventana del segundo piso... la posición adecuada para una sala de espera.

»Comprueba con cuidado los detectores de movimiento y las coberturas sensibles al a presión. Vale, ahora aprieta la zarpa con su gellente inteligente en un rincón y...

»¡Ja! Teníamos razón.

»Dentro: un cómodo salón. Sillones tapizados. Bebida en cantidad. El lugar ideal para que Kaolin entretenga ala gente en un momento embarazoso. ¡Como cuando Clara y Gumby aparecieron, horas antes de lo esperado, interrumpiendo una reunión secreta! «Una convención de truhanes».

Eso fue crucial, tanto en lo que se refiere al público como a la lev. ¿Podría Kaolin ser acusado de crímenes contra personas reales?

Todas las pruebas irrefutables apuntaban a que Yosil Maharal, impulsado por visiones de trascendencia, intentó hacer volar a Albert Morris en su casa, y luego robó armas bioquímicas para lanzarlas contra millones de personas. Quedaban por resolver múltiples detalles, que cayeron sobre la cabeza del grupito de dodecs que decidió ocultar esas bioarmas en vez de destruirlas según estipulaba el tratado.

Pero ¿de qué se podía acusar a Eneas? ¿De disparar a realRitu y real-Albert en una carretera del desierto? La acción era criminal: poner en peligro a ciudadanos orgánicos. Pero cualquiera podría alegar que RE tu y Al se estaban buscando problemas al viajar disfrazados de grises.

Además, sobrevivieron a ese ataque. Como máximo, Kaolin pagaría una multa triple.

Igualmente, si se demostraba que participó en el imperio sidcustrador de Beta... los abogados y contables estarían muy ocupados durante años, pero para eso estaban.

Oh, la tajada podría aumentar, empezando por un coche nuevo para Albert. Las reparaciones del edificio Teller y el apartamento de Pal en el idemburgo. Un suministro gratis de marfiles de alta sensibilidad para la maestra del Estudio Neo. Campamentos para Lum y Gadarene.

¿Y qué? Kaolin podía salirse de rositas de todo eso con calderilla.

Sabía que yo le consideraba responsable. «Demuéstralo —estaría pensando—. Expón un motivo que alguien pueda creer».

¿Y la tira de película que idPal y yo encontramos en el Salón Arco Iris? ¿Por qué Kaolin, disfrazado de espiral-Beta, quiso que yo la transmitiera? ¿Para socavar mi reputación de investigador honrado?

¿O para enturbiar las aguas? Clara trató de explicármelo una vez, pero la retorcida lógica escapó a mi blando cerebro.

Es lo que me merezco por mezclarme en una guerra entre prodigios. Obtuve todas mis «victorias» por pura obstinación. Por eso y...

Al otro lado del prado, vi a realAlbert recoger algo del camino para enseñárselo a Pal.

Un guijarro tal vez, u otro milagro...

Por eso y por un poco de ayuda que nunca comprenderé.

No, la clave de todo aquello no se encontraría entre los retorcidos giros y quiebros. En una época en que todo el mundo tiene medios, oportunidad y coartadas demasiado fáciles, sólo una cosa sigue siendo elemental.

El motivo.

«Qué extraño es ver a través de un ojo inteligente en mi zarpa. No más extraño que tener zarpas, supongo. O un cerebro demasiado pequeño para hablar.

»Tras echar otra ojeada a través de esta ventana “opaca”, me siento como un depredador sigiloso y sonriente. Dentro, sentados o caminando nerviosamente de un lado a otro de la habitación, veo a un grupo de conspiradores.

»Son fáciles de reconocer. La reina de la perversión, Gineen Wammaker. Y James Gadarene, que predica que la gente debería volver a vivir una vida única. Esos dos son fáciles porque son reales. Y Farshid Lum, el “manci” fanático que dice que las criaturas efímeras como yo deberíamos poder votar. Su duplicado lleva una copia sincera de su propia cara.

»Otros tres vinieron hoy como ídems vulgares, pero ya conocemos sus nombres: agitadores y manipuladores que quieren ayudar a controlar los inminentes cambios en la idemtecnología.

»¿A cuál de ellos merece la pena que observe antes de continuar mi camino?

»¡Fácil! La maestra cruza sus largas piernas, luciéndose seductoramente ante el puritano, que se aparta horrorizado. ¡Pero segundos después no puede evitar volver a mirar!

»Rojo de vergüenza, ha caído bajo su hechizo, pobrecillo santurrón.

»Oh, por algo ella es la maestra. En cada provocativa observación y cada sabroso gesto, reina del lado ardiente de la ciudad, dando a entender con sutileza emociones sadomasoquistas implícitas que sus fans atesoran.

»¿Y yo, babeando en la ventana? ¡También lo estoy saboreando!».

—Esos misiles cargados de virus lo cambiaron todo —dijo Kaolin.

—No joda —replicó Clara—. Seis dodecs en activo y retirados en prisión. Todo el sistema de defensa...

—No, aquí —el ídem platino indicó la casa, haciendo énfasis hacia arriba.

—Oh, se refiere a escaleras arriba. Su real...

—Mi estilo de vida ha sido ridiculizado por los bobos criticones durante más de una década. Pero desde esa situación con los cohetes, miles han seguido mi consejo. Estoy pensando en iniciar un nuevo negocio.

—¿Ayudar a la gente a aislarse del inundo? —preguntó Clara.

—Podría expresarse así. No se ofenda, mayor, pero su misión de restaurarla confianza pública está condenada. Nuestra huida por los pelos del loco plan de Yosil para liberar almas reveló una verdad esencial.

—¿Qué verdad?

—La jactanciosa tecnología de la humanidad ahora nos amenaza con la aniquilación.

—Siempre ha sido así. ¿Y qué?

—Nos han despertado de nuestra complacencia. ¡La carne orgánica es vulnerable, como debería saber usted mejor que nadie! —Kaolin me señaló con un dedo. Un orgánico se habría acalorado; su ídem brilló con intensidad, revelando una fina pauta de mocitas que reconocí rápidamente.

»Se ha recargado. A menudo.

El brillo destacó también una cicatriz, allí donde el hombro de idKaolin se unía a su cuello. Masa reparadora, teñida para igualar su piel.

«Vaya», pensé, recordando cuándo se hizo esa herida: hacía dos semanas. Hacía más de una docena de vidas.

«¡No puedo dejar de observar a Wammaker con este ojo diminuto de mi zarpa!

»Extraño. Albert siempre encontró repulsivo su encanto vudú. Pero mis gustos parecen distintos en... ¡este cuerpo que proporcionó Pal! Entre todos los insertos de alta tecnología, debe de haber deslizado algo retorcido, por broma. Un montón de gracias, Pal». Bueno, conozco un remedio. ¡Piensa que tiene algo en común con Gadarene!

»Vale, estoy curado. Nota mental para mí: No dejes que nadie te convenza para que uses el cuerpo de una comadreja, nunca más».

Nuestro anfitrión recuperó la compostura y suspiró.

—A veces desearía que Yosil y Bevisov nunca hubieran aparecido en mi estudio, ofreciendo dar alma a mis muñecos animados. —Está bromeando— Clara miró todo lo que nos rodeaba, sufragado por la industria que se inició aquel día.

—¿De veras? Desde que ayudé a lanzar una Era Golem, he visto cómo las cosas nuevas se estropean cuando se comparten con las masas. De la imprenta a la cibernética a la bioingeniería, cada nuevo medio se convierte en un vehículo para la pornografía y la falta de sensibilidad hacia la forma humana.

«¿No dijo lo mismo, la última vez que estuve aquí?». Otro de los característicos

lapsus de memoria de Kaolin.

—Cada una de esas revoluciones tecnológicas también desató críticas y una creatividad sin parangón —respondió Clara.

—Además de clamor social, alienación...

—Y empatía. Nuevas formas de conocer razas, géneros, especies distintas...

—Adictos a la idexperiencia y roxcolgados...

—Inventores de nuevos deportes, nuevas formas de arte y exploración —Clara se echó a reír—. Cada paso en el progreso humano nos presenta un desafío, Vic. Algunos se hunden en los excesos. Otros rechazan temerosos el cambio. Y un sorprendente número combina lo nuevo con lo antiguo y el sentido común, yendo más allá de todas las expectativas.

—¿Progreso? ¿Así les como llamaría a lo que sucedió en el laboratorio secreto de Yosil?

—Ha dicho usted la palabra clave —intervine yo—. «Secreto». Maharal trató de saltarse la manera en que la ciencia usa la crítica para evitar el error, con resultados casi catastróficos. Pero los problemas concretos con los que estaba trabajando... idemización a larga distancia, imprintación nohomóloga...

—¡Mitos! Mi amigo estaba obsesionado, roído por la culpa, demente por intentar procesos experimentales consigo mismo. —Algunas de las grandes mentes de la almística piensan que estaba...

—¡Delirios!

—Bueno, algo destruyó esos «espejos» ídem y dejó a realAlbert en este estado. Beta y Ritu creyeron en su padre, lo suficiente para unir fuerzas al final...

—Muy bien —idKaolin alzó una mano—. ¡Supongamos que es cierto! Yosil descubrió un enorme plano de hiperrealidad que corre paralelo a todo lo que conocemos. Un almapaisaje. Eso significa que tenemos problemas aún peores que todas las bombas y los virus y las ecocalamidades de hace una generación. Porque ahora nuestro destino no estará en manos de las elites ni de las ignorantes masas.

»Será decidido por un Dios furioso.

»Como son reales, Wammakery Gadarene llegaron aquí en una limusina negra, creyendo que nadie veía su interior. Otro conspirador vino disfrazado de guardia de seguridad a rayas rojas. Dos fueron enviados en cápsulas y descongelados. ¡Todo para una reunión de riesgo y urgente con un objetivo: ponerse de acuerdo en sus historias!

»Sólo que entonces aparecieron Clara y Gumby/Albert, interrumpiendo y llevándose a su anfitrión. Eso los puso nerviosos. Los torpes aliados se agitan, evitándose unos a otros.

»¿Qué mezcla de soborno, chantaje, idealismo e intereses propios los une? Incluso un breve intento por teorizar lastima el cerebro dentro de este pequeño cráneo.

»Basta. ¡Márchate!

»Tras colocar un diminuto transmisor en la ventana, sigo subiendo por la pared empapada de sol. Resbala un poco. Clavo las garras de diamante. Me detengo mientras mi piel pixelada se parece a la piedra. Compruebo el camino por si hay trampas y sensores.

»Luego asciendo un poco más».

Al otro lado del prado divisé a Pal y realAlbert desplegando una corneta roja y dorada, riéndose mientras el viento hinchaba sus alas de gaviota. Saltó al cielo, un símbolo de completa inocencia. Inocente, en efecto, pues no llevaba ningún arma ni instrumento. Nada que pudiera inquietar a un hombre de seguridad atento. Sólo una corneta. Bonita.

Incluso llamó la atención de idKaolin, quien sonrió levemente y luego sacudió la cabeza con expresión de pesar.

—Yo debería ser quien estuviera haciendo volar cometas. De hecho, planeo retirarme pronto.

—Me sorprende usted, señor —dijo Clara.

—¿Por qué? ¿No me merezco un descanso? Además, hace tiempo que me siento incómodo con este mundo que ayudé a crear, donde la gente habla alegremente de «copiar almas». Sólo que ahora es mucho peor que una simple jerga ofensiva. Antes, sólo unos cuantos locos hablaban de la amplificación del alma. Ahora, inspirados por Yosil, los entusiastas y los místicos y los tecnohobbistas han empezado todos a experimentar por su cuenta, a millares, millones, parloteando sobre cómo utilizarla ciencia para convertirse en dioses.

—Los mormones siempre han creído que la gente tiene el potencial para... — musitó Clara. Pero se detuvo cuando yo negué con la cabeza. Nuestro pequeño golemespía debería estar situándose ya en posición. Habíamos pasado demasiado tiempo charlando de tonterías.

—Vic Kaolin, por favor. Sabemos que sus planes para retirarse no tienen nada que ver con el respeto por la religión. ¿Puedo sugerir otro motivo?

El golem platino parpadeó.

—Adelante.

—Es la historia más antigua del mundo. La misma obsesión impulsó al amo de ese antiguo ejército de terracota que admira. La compartió usted con Yosil Maharal, difiriendo sólo en detalles.

»Usted no quiere morir, Vic Kaolin.

»Quiere vivir eternamente.

»Desde el laboratorio-hospital en el sótano hasta el santuario del último piso, que ningún ser viviente ha visto en años, la mansión es un laberinto. Si el dinero y el poder pudieran defender secretos contra una edad moderna, éste es el lugar.

»Llego hasta un ático de pizarra donde debo desviarme un poco y cambiar el tono de mi piel. Al detenerme junto a una ventana, veo filas de unidades de refrigeración construidas para albergar repuestos de ídems. La mayoría están vacías, sus luces

apagadas. Sólo una docena parecen activas, con contenidos preparados para ser horneados y liberados.

»¡Uf! —Pienso, volviéndome para continuar mi escalada—. ¡Maldita distracción, perder el tiempo mirando a la maestra! Se me está haciendo tarde».

—¿Y quién quiere morir? —preguntó la copia platino de Eneas Kaolin—. Todos luchamos para vivir, a toda costa.

—A toda costa no.

—Vale. ¿Pero cuál es su argumento? ¿Queme recluí como un ermitaño orgánico, interactuando con el mundo a través de ídems y telepresencia? ¿Está comparando un estilo de vida fastidioso, que no hace daño a nadie, con la disposición de Yosil a sacrificar a millones por algún tipo de trascendencia mística?

Negué con la cabeza.

—No compare. Usted es más pragmático y sutil. Aunque sus planes han sufrido recientes contratiempos, no están acabados. Si sus antiguos aliados resultaban erráticos, los sustituía por otros, menos brillantes pero más fáciles de controlar.

Su expresión era neutra como la de un robot.

—Continúe.

—Pongamos a ese Albert gris que llevó la bomba a Hornos Universales. Creía que estaba buscando tecnologías ocultas. ¡Y allí estaban! Toda una serie de logros del Proyecto Zoroastro. Primero, la recargagolem...

—Que tenía preocupantes efectos secundarios, así que me abstuve de anunciarla. No hay nada siniestro en ello. De hecho...

De hecho, usted mismo usa el proceso.

¿Es obvio? Bueno, tal vez sólo estoy intentando conseguir el máximo de mis caros muñecos brillantes —idKaolin se rió secamente—. ¿No son la mayoría de los ricos un poco avaros?

—Lleva usted semanas reutilizando éste.

—¿Se nota? —Kaolin fingió mirarse en un espejo cercano—. Muy bien, mi objetivo es poner a prueba el proceso —alzó una mano temblorosa—. Sin duda habrá advertido los temblores.

Lo que yo había advertido (cada vez con más respeto) eran las múltiples capas de su historia. Descubre un nivel, y él rápidamente pasaba a otro.

—¿Y los lapsus de memoria?

—Otro desagradable efecto secundario que debería tener en cuenta, Morris. Considérelo un último sacrificio por mis clientes.

—Admirable. Y la experimentación podría sostenerse, si la posibilidad de recarga fuera la única tecnología nueva. Pero está la impresión ídem-a-ídem.

Usted es el pionero en ese campo, Albert.

—¿Lo soy? Sus técnicos esperan aprender de mi peculiar Onda Establecida. Pero la maquinaria para la transferencia de alta fidelidad parece muy avanzada. Farshid Lum piensa que estamos entrando en una era donde ídems de larga duración pasarán

sus recuerdos a repuestos frescos sin necesitar un rig, creando su propio sentido de la personalidad...

—¡Y millones, tal vez una mayoría, se resistirá a ese extraño futuro! —idKaolin sacudió tristemente la cabeza—. Veremos un regreso a los tumultos sociales de hace una generación.

—Sin duda. Luego, para empeorarlas cosas, está la idemización remota. Especialistas como Gineen Wammaker ven una oportunidad dorada para ampliar mercados. Los principales expertos en cualquier campo podrán dominar sus profesiones en todo el mundo, no sólo exila ciudad donde viven. ¿Nos relegará eso a los demás al salario púrpura?

Clara estaba sentada en el borde de su silla, claramente deseosa de intervenir en la discusión, pero se reprimió. Buena chica.

idKaolin se encogió de hombros.

—Muy bien, Morris. Lo admito. Vi esas tendencias, hace más de un año, y no me gustó adónde nos llevaban. Así que me dispuse a regañadientes a ponerlas en el mercado.

—Frustrando al innovador principal...

—Y empujándolo tal vez hacia objetivos místicos. Maldición. Nunca tendría que haber lanzado el Proyecto Zoroastro.

Su suspiro fue tan doloroso y reflexivo... Odié estropear una pose tan elaborada.

—Expresa usted ambivalencia, Vic Kaolin. Sin embargo los trabajadores de Investigación y Desarrollo de Hornos Universales tuvieron pleno apoyo, casi hasta el mismo momento en que las tecnologías estuvieron preparadas. Fue entonces cuando se echó usted atrás. Y, casualmente, alguien contrató a un Albert gris que no sospechaba nada para que investigara los rumores de datos suprimidos...

—Veo adónde quiere ir a parar —respondió él, frunciendo el ceño—. Beta, Wammaker e frene tenían todos ellos motivos para querer las nuevas técnicas. Igual que los fanáticos de la Emancipación de Lum. Ninguno de ellos tenía más motivos que yo para destruir la División de Investigación.

—Menos que usted, señor.

El gesto de preocupación aumentó.

—Está dando a entender que actué según mis temores hacia la nueva era que se avecina. ¿Que preparé la bomba en un acto de conciencia, para proteger a la sociedad de tecnologías desestabilizadoras y probablemente inmorales? —idKaolin hizo una pausa, bajando la cabeza—. ¿Tiene idea de cuánto sacrificaría? ¿Amistades, riqueza, posición, poder...?

Clara asintió.

—Sí. Aunque incluso sus enemigos le reconocerían el valor de sus fuertes convicciones...

—Si algo de todo eso fuera verdad.

»Ahora viene lo difícil. Un nido de ratas de fibras en el tejado, rodeando la cúpula

refleitora.

»Debo extender mis zarpas, mucho más que ninguna bestia natural, usándolas como zancos para pasar cuidadosamente por encima de los filamentos de detección. Mi vientre los roza, suavemente, como una brisa.

»La misma brisa que impulsa la corneta de Albert, un hermoso cebo para los ojos, muy por encima del prado...

»¡Presta atención ahora! Con el cuerpo tan arqueado, la piel pixelada de mi espalda no puede con el truco de la invisibilidad. No en todas direcciones a la vez.

»Se me está haciendo tarde. Pero la prisa está descartada. No debo sobrecalentarme.

»Pal no podría hacer esto. No es cuestión de cerebro (no hay mucho en este cráneo) ni de valor (Pal tiene más que nadie), ni siquiera de alma. Paciencia es lo que recibo de Albert.

»Firme ahora... ¡y después rápido, hacia la cúpula plateada!».

Al otro lado de un prado rodeado de lomas, Pal y realAlbert maniobraban su corneta roja y dorada, haciendo revolotear el exquisito juguete contra las nubes blancas. Una bonita distracción.

¿Mi preocupación real? ¿El pequeño golemespía que enviamos a escalar por la pared de la mansión llegaba tarde con su informe! Todo aquello podría acabar siendo un gran farol.

—¿Por qué es usted tan pocos? —le pregunté a nuestro anfitrión—. Solía haber docenas de platinos por aquí. Pero ahora los empleados de HU lo ven principalmente por telepresencia. ¿Qué sucedió con la dirección personal?

El temblor de idKaolin llegó hasta su voz, que tartamudeó furiosa.

—¡Basta! Los he estado so-soportando a ustedes d-dos... pero esta descarada acusación ha llegado demasiado...

Se detuvo cuando unos rayos de luz brotaron de una mesa cercana. Los rayos giraron hasta convertirse en la figura de un elegante hombre de pelo gris de unos setenta años, robusto, con una túnica blanca y suelta. La cara, de un marrón sonrosado, encajaba con la del platino, pero los detalles de arrugas y marcas estaban más finamente grabados. Perfectamente imperfecto, hasta los poros.

—Les debo una disculpa, mayor Gonzales e ídem Morris, por asignar a este golem como su anfitrión. Es tan viejo y ha sido recargado tantas veces, que el pobre no piensa con claridad.

El brillante ídem empezó a protestar... y luego cerró la boca y se quedó inmóvil. Para todos los propósitos, ya no estaba allí.

—Naturalmente, veo adónde quiere ir a parar con esta serie de preguntas, didetective. Ha demostrado que tenía en realidad un motivo para sabotear HU: mis preocupaciones éticas y sociales sobre la nueva golemtecnología. Preocupaciones surgidas de acontecimientos recientes.

»No es que esté admitiendo nada. Pero, establecido un posible motivo, los

accionistas actuarán para proteger sus intereses. Mi retiro no será voluntario. Pueden ver por qué podría haber actuado clandestinamente...

—¡Colocando a otros para que cargaran con las culpas! —lo acusó Clara.

—De nuevo sin confesar nada, dígame quién resultó perjudicado.

¿El archicriminal Beta? Es un producto de la imaginación de una joven enferma. En cuanto a esa extraña persona, la Reina frene, es una lástima lo que le sucedió. Pero ella escogió su propio camino. Un camino sin salida.

Acercándome a la holoimagen, me pregunté si era artificial o no.

Entre todas las promesas de la llamada Era Digital, una de las más conseguidas fue la simulación de la vida en 3-D. Los ordenadores de alto nivel pueden engañarte en una conversación, sobre todo si un golem suministra apoyo en las preguntas difíciles.

Teníamos un plan para comprobar eso.

Alcé un dedo, y empecé a enumerar.

—Primero dedicó usted enormes recursos al Proyecto Zoroastro, instando a continuar a Yosil y a su equipo. Pero cuando se construyeron los prototipos, prohibió la producción en masa.

Ya he dicho que cambié de opinión.

—¡Después de trasladar los prototipos aquí, a su casa! ¡Luego intentó destruir la división de Investigación y Desarrollo...

—Nunca he admitido...

—... implicando a Wammaker, Gadarene y Lum, para extender la culpa entre todos los que están a favor o se oponen a los nuevos métodos! La expresión de Kaolin era fría.

Un plan astuto. Si hubiera salido bien.

—¡Y casi lo consiguió! De no ser por los Maharal. Ellos le sorprendieron, Vic. Cuando intentó apartar a Yosil, él robó camiones llenos de equipo y desapareció. Eso sólo pudo suceder con la ayuda de Beta, así que se dispuso usted a destruir a su aliado... ¡sólo para descubrir que estaba relacionado con Ritu, la ayudante que conocía su negocio de arriba abajo!

»Los Maharal hicieron que se dejara llevar por el pánico. Con la prisa, cometió errores.

—Como subestimarle, señor Morris.

Ignoré ese comentario.

—Peor aún, los acontecimientos de meseta Urraca atrajeron una atención indeseada. El Ojo Mundial está alerta ahora. Sus científicos están cantando como pajaritos. Así que ya no hay ninguna esperanza de suprimir las nuevas golemtecnologías. Pero usted tiene todavía otra opción. ¿Es posible distraer a todo el inundo, lo suficiente para seguir saliéndose con la suya?

—¿Cómo podría conseguir eso?

—¡Provocando una guerra social! Dándoles a los emancipadores de Lum

suficientes trucos nuevos para exigir la ciudadanía para los golems. Ayudando a la maestra a transmitir súbubos-marfil estilo «pégame» a todas las ciudades. Neoluditas como Gadarene denunciarán todo esto desde los púlpitos, ganándose a montones de nuevos seguidores enfurecidos. ¡Mientras todos sigan cumpliendo con el papel asignado, todo el mundo se beneficia!

—Hace que parezca muy cínico.

—¡De ahí el nuevo papel que ha escogido! —Clara se levantó—. Sus días al timón de Hornos Universales han terminado, pero todavía hay tiempo para manejar su política. Hable todo lo que quiera de pornografía y Dios y morales en decadencia. ¡Convenza a la mitad del público de que sus objetivos eran puros, y le protegerá de la otra mitad! Sus nuevos negocios florecerán, y nadie recordará todos los juguetes que tenía almacenados en el sótano.

La holofigura sacudió la cabeza.

—Nunca tendría que haber recargado a ese verde. Pero andaba escaso de cuerpos y necesitaba enviar a alguien al garito de freno. —Tras una pausa, Kaolin sonrió—. Todo lo que dicen es muy inteligente. Pero implica que yo tenía una razón, un objetivo, que merecía la pena tanto esfuerzo, tanto coste y tanto riesgo. ¿Por qué armar tanto jaleo, sólo para monopolizar tantas nuevas características de la golemtecnología?

Su sonrisa interrogadora parecía confiada. Sin pruebas, todo lo que yo podía hacer era tirarme un farol. ¿Dónde estaba nuestro pequeño golemespía?

—Tenía usted motivos de sobra —dije lentamente—. Porque todas esas nuevas características, sumadas, componen una nueva forma de inmortalidad. Algo que usted quiere, Vic Kaolin. Porque lo cierto es que, de hecho...

En ese mismo momento, mi implante se iluminó.

¡Por fin!

Las letras empezaron a formarse en el plano focal de mi ojo izquierdo, creando un mensaje del diminuto idhurón que habíamos enviado a escalar las paredes de la mansión. La información que necesitaba para completar mi frase.

—Porque, Vic Kaolin, en realidad está usted...

VIVO.

«Maldición. Le debo cincuenta a Pal.

»Bueno, se lo debe Gumby, por una apuesta que hicimos sobre si el jefe de HU estaba todavía vivo.

»¡Parecía obvio! ¿Qué otro motivo podía tener Kaolin para todos los planes, trucos y traiciones? ¡Tenía que estar muerto! Todo apuntaba a ello. La reclusión. Que lo vieran solamente en forma de ídem o de holo. Y esos platinos brillantes cada día más escasos...

»Los problemas de memoria tenían sentido si sus copias estaban almacenadas desde hacía meses o años. Cada una debía estudiar informes cuando fuera descongelada. Luego cada goleen tenía que tratar de mantener la ilusión el mayor

tiempo posible. Mantener a raya al forense y al testamentario. Impedir que la gente grite: “¡Fantasma!”.

»¿Por qué si no pagaría una fortuna por desarrollar la idrecarga y la imprimación id-a-id, y luego mantenerlo todo lejos del mercado? Todo encajaba.

»Y sin embargo aquí está, dentro de la cúpula, localizado por el ojo inteligente de mi zarpa... una figura severa con la piel pálida y manchada que responde a todas las pruebas espectrales que mi implante puede aplicar, vestido con una bata blanca mientras contempla una holoimagen donde aparecen Clara y Gumby... quienes parecen desconcertados mientras transmito la noticia.

»ESTÁ VIVO, dice mi mensaje dentro de sus brillantes implantes».

«Del otro lado del prado llega flotando una risa, que tintinea como campanas, burlándose de lo seguros que estábamos. Todo el Inundo menos Pal, que hizo la apuesta, marcando el precio y diciendo:

»—No. Un trillonario puede permitirse ser más listo que eso. Tiene que haber algo más que la muerte».

—¿Porque en realidad estoy vivo? —La holoimagen de Kaolin alzó una ceja—. ¿Le he oído bien, didetective? ¿Mi motivo para esta gran farsa es que estoy todavía vivo?

Interiormente tengo ganas de burlarme de mí mismo. Pero un farol es un farol, después de todo. Hay que seguir hasta el final.

—Eso es, Vic Kaolin. Porque... ¡porque el escenario del muerto es demasiado obvio! Alguien podría descubrirlo y cursar una denuncia, exigiendo verlo en persona.

—Se ha intentado.

—Sí, pero la gente insistirá, y acabará por encontrar motivos para invadir su pantalla de intimidad y exigir que dé pruebas de vida —sacudí la cabeza—. No, la inmortalidad de la que estamos hablando no es la suya. Al menos no por ahora. Más bien, es...

Hice una pausa, consiguiendo unos pocos segundos tosiendo contra mi puño. El hombre del bolo ladeó la cabeza, instándome a continuar.

—¿Sí? Es...

—¡Es una cuestión de negocios! —estalló Clara—. Porque... es usted un hombre de negocios. Y un elitista confeso. Ha visto a sus amigos multimillonarios, muchos en sus últimos años ya, cada vez más desesperados en busca de más tiempo. ¿Por qué no proporcionárselo y ganarse unos pavos? ¡Con la renovación y la impresión id-a-id, sus colegas podrán librarse de sus moribundos ídems orgánicos y continuar viviendo a través de una cadena de ídems!

Clara sonrió, apenas capaz de contenerse.

—Pero eso es sólo parte del plan. Tiene que hacerse en secreto porque...

—¡Porque la ley dice que sólo los orgánicos son personas! —exclamé—. Para

que funcione, sus clientes tienen que convertirse en ermitaños, como usted, sin permitir que nadie esté lo bastante cerca para comprobar su carne. Y podría parecer horriblemente sospechoso si más de unos pocos se volvieran reclusos al mismo tiempo. Eso limita su mercado, excepto...

Clara intervino.

—Excepto por el reciente frenesí por esos misiles bioquímicos que Maharal estuvo a punto de lanzar. De repente, la vida parece volver a ser peligrosa. Cualquier día de estos, sin previo aviso, el aire podría llenarse de virus desagradables. Justificación más que suficiente para que docenas de viejos excéntricos y adinerados ordenen que construyan brillantes cúpulas reflectantes en lo alto de sus mansiones, y juren que sólo volverán a salir en forma de barro... echando la culpa al peligroso inundo cuando, de hecho, se están preparando para la versión pragmática de la vida después de la muerte. Y entonces usted podrá aprovecharlo también.

El rostro en la holopantalla miró a Clara, luego a mí.

—Es la teoría más sorprendente que he oído jamás... ¿Qué prueba tienen...?

Me eché a reír.

—Bueno, ninguna. Pero el plan depende de dos elementos inconstantes: el dinero y el secreto. ¿Qué hay de los herederos y lo que pierden si el abuelo no se muere nunca? Algunos pagarán alegremente por una investigación real y...

Clara se quedó boquiabierta, mirando la nada.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Su expresión se endureció. Se volvió y miró a Eneas Kaolin.

—Será mejor que no descubramos que esos misiles fueron idea suya... señor. Muy astutamente preparados, para causar esta situación.

Su tono heló mi columna vertebral sintética. Y sacudió a nuestro anfitrión, quien se puso pálido mientras alzaba ambas manos.

—¡Los... los misiles me sorprendieron tanto como a cualquiera, lo juro! Yo... yo sólo me estoy aprovechando... del ambiente de miedo... para hacer un poco de negocio.

»Una vez más, ¿dónde está el daño?

Un gran nudo pareció soltarse donde deberían estar mis intestinos, si los tuviera. ¡Nuestra nueva especulación, improvisada por impulso a partir de la historia hecha añicos de la que tan seguros estábamos, era acertada! Al final, no era la lógica lo que pilló a Kaolin (podría haber contestado a nuestro farol), sino el poder de la personalidad de Clara.

—Ya veremos —le dijo ella al nervioso ermitaño, aprovechando el impulso—. Le prometo que tendrá todas las oportunidades para demostrar su inocencia.

Cabalgando la rueda
... o aprendiendo a conducir...

La corneta, agitándose y deslizándose contra el ciclo, es hermosa. ¿Verdad? Como tantas cosas en el mundo. Es uno de los motivos por los que no te puedes dejar ir.

Yosil tenía razón en lo del efecto «ancla». Nunca harás todas las cosas ambiciosas que él planeaba, no conseguirás sus objetivos. Esos enormes territorios nuevos que conquistar, que moldear sólo con la voluntad... los dejarás para otra generación, quizá más sabia.

Sin embargo, comprendes algo que él no hizo.

La naturaleza es necesaria.

Sin un nivel de realidad esforzado y libre de paradojas, sujeto por implacables leyes físicas, nunca podría emerger una rica complejidad. Sólo la feroz selección, a una escala enorme, podría producir seres humanos, tan competentes con las uñas y los dientes, y sin embargo capaces de soñar con elevarse, con cualidades como el arte, el amor y el alma.

¡Pero la evolución se aferra! Tu cuerpo anhela la caricia del viento, el picoteo de la lluvia, el atractivo olor y sabor de la comida, el arrebató de la adrenalina para luchar y huir.

El goce de un amante feliz.

La música de la risa.

Tú que creas el mundo al observarlo, haciendo que las amplitudes probabilísticas de las estrellas se colapsen y que galaxias enteras se unifiquen sólo con miradas... ¡tú continúas apegado a la causa-y-efecto porque ofrece esperanza! Esperanza de que la evolución jugará limpio (aunque no lo ha hecho todavía). Esperanza de que puedas vencer, no importa lo improbable que parezca. (¡Porque descienes de generaciones de ganadores!).

Esperanza de seguir vivo, aunque la muerte siempre espera.

Lo sabes mejor que otros. Pues has visto el yermo almapaisaje, donde sólo unos pocos miles de millones de colonos-algas se debaten en la orilla, resistiéndose hasta el último momento. Luego, saltando durante un instante de gloria como el salmón que lucha corriente arriba, intentan conseguir algún objetivo inexplicable: algunas religiones lo apuntan, como grabados en la pared de una cueva iluminada en su día por el destello de las antorchas, casi cobrando vida.

Sí, cada destello que se lanzó ha fallado, hasta ahora. Pero al caer, dejaron

impresiones. Allí, en el polvo.

Y las impresiones duran.

Bien, ¿qué harás? ¿Soltarte e intentar ascender? Sin la energía almacenada que Yosil trató de reunir, tus posibilidades serán escasas. Sus cálculos eran buenos, aunque su alma fuera retorcida.

¿Quedarte aquí, entonces? ¿La mitad en un mundo y la otra en otra parte? ¿Compartiendo una cama con Clara y la versión mucho-más-humana de tu otro yo... el Albert variante que cambia de cuerpos, viviendo el día a día?

Podría funcionar. Pero ¿es justo?

¿O intentarás otra cosa? Algo creativo. Algo nunca visto... al menos en este cosmos.

Las probabilidades parecen escasas. Pero claro, todo es intentarlo, ¿no?

Para las criaturas surgidas de la carne o el barro, es todo lo que ha habido siempre.

Impresionismo
... o aprendiendo el más delicado arte...

Tras salir del balcón de la mansión de piedra de Eneas Kaolin, Clara y yo bajamos las escaleras, atravesamos un jardín de rosas y dejarnos atrás un elaborado palomar, hasta llegar al prado donde Pal y realAlbert hacían volar su corneta.

Como era de esperar, habían atraído la atención, no del personal de seguridad, sino de la gente que vivía en un enclave de casitas tras la colina, construidas para los criados y sus familias. Un puñado de niños observaban o corrían gritando excitados.

Incluso hoy, hay algo inexplicable en una cometa bien manejada.

Pal se lo estaba pasando de miedo, controlándola desde su medsilla. Aunque los golems le dan acceso al mundo, nunca vi que ninguno de ellos le proporcionara tanta alegría.

Al hacer que las alas giraran una pizca, la hacía revolotear, subir y luego zambullirse en ataques de pega que arrancaban gritos de placer a los niños y sus padres.

A todos excepto a un par de adultos, que parecían menos felices. Reprendían a tres niños, intentando hacerlos volver hacia el pequeño vecindario falso. Advertí rencor en ellos. Pero por ahora, los niños no lo percibían, y corrían y gritaban como los demás.

Volviéndome hacia el idKaolin platino, que todavía nos acompañaba después de que su original desconectara, pregunté:

—¿Son éstos los herederos?

Con rostro sombrío, el ídem asintió.

—Sobrinos. Hijos de una hermanastra que murió hace tres años. Esta verdad había sido parte del precio que Clara y yo exigimos. —¿Lo saben? idKaolin negó con la cabeza.

Su madre me dejó... dejó a Eneas... con plena autoridad legal. No pueden ustedes interferir.

Clara suspiró.

Bueno, por ahora recuerde que lo sabemos. Estaremos observando.

—Oh, de eso estoy seguro.

La voz del golem carecía de cualquier atisbo de resentimiento o resignación. Me habría sentido mejor si los hubiera tenido.

Tardamos un rato en recoger a Pal y realAlbert y el pequeño huronespía, dejando la corneta en manos de algunos niños.

Pensé en nuestra «victoria» durante el viaje de regreso en la limusina. A pesar de haber acorralado al gran Kaolin y extraído la verdad, no me sentía especialmente jubiloso. Tal vez hace mucho tiempo, antes de la Gran Desregulación, podríamos haberlo acusado de todo tipo de ofensas criminales, desde fraude a chantaje o extorsión. Pero ahora todo eso eran delitos civiles y la mayoría de sus víctimas estaban felizmente compradas.

Lo máximo que podíamos hacer era hacerle pagar un poco más. Y poner obstáculos a las partes peores de su plan.

Para empezar, el equipo disperso del Proyecto Zoroastro sería reunido, junto con críticos externos, bajo los auspicios de una fundación neutral. El objetivo: liberar esas nuevas tecnologías en la secuencia menos inquietante, no en la más disruptiva. Aunque de hecho, gran parte de la guerra social de Kaolin parecía inevitable. Nos esperaban tiempos interesantes.

Otra fundación, financiada por una generosa Beca Kaolin, examinaría los intereses más «místicos» de Yosil Maharal. No tímidamente, sino con la debida atención a los sentimientos de los millones de personas que todavía creían que no deben cruzarse algunas fronteras. Como si hubiera algún modo, a la larga, de evitar que la gente las cruce.

La pobre Ritu recibiría su tratamiento, y sería rica cuando saliera. Los médicos incluso hablaban de enseñarla a colaborar con una personalidad Beta «rehabilitada». Podría emerger una persona excepcionalmente interesante... y el mundo estaría preparado y mantendría los ojos abiertos. En cuanto a los nuevos clientes de Kaolin, se le invitaba a intentar vender paquetes de viajes al mañana a aquellos que lo tuvieran todo menos tiempo. Pero como las nuevas técnicas de idemización no serían ya secretas, todo el mundo tendría una idea clara de lo que estaba pasando. Por tanto, que sus herederos y abogados y representantes y jurados *ad hoc* se encargaran de todo. Tal vez las elites prestarían su influencia a los emancipadores para conseguir que declararan legal la idinmortalidad. Tal vez no.

Mientras todo suceda al descubierto, no es asunto de un didetective, ¿verdad?

Pal nos pidió que lo dejáramos en el Templo de los Efímeros. Tenía una cita con la médico voluntaria (Alexie) queme reparó dos veces cuando yo era verde. Un antiguo amor que, Pallie admitía libremente, «no se merecía».

Tal vez. ¿Pero quién podía rechazar la compañía de Pal durante mucho tiempo? La mitad de él estaba más viva que la mayoría de los hombres que he conocido. Desde luego, es más divertida.

El pequeño idhurón estaba de acuerdo. Después de informar de lo que había visto escalando las paredes de la mansión Kaolin, la pequeña versión de mí mismo supuso que bien podía averiguar qué excitación ofrecía el mundo durante la segunda mitad de su vida, las doce horas siguientes. Así que saltó al hombro de Pal y juntos subieron

la rampa, produciéndome una familiar sensación de deja va.

Al volver al coche, Clara y yo tuvimos una sorpresa: realAlbert estaba sentado dentro, sonriendo mientras esperaba. ¡Y podíamos verlo claramente! A pesar de que estábamos fuera, en la acera.

De hecho, todos los paneles y ventanas de la limusina eran completamente transparentes, no sólo un estrecho puntito tembloroso por cada ocupante.

—Santo cielo —murmuró Clara—. Eso significa que está mirando a todas partes, en todas direcciones al mismo...

—Sí, lo sé.

Cuando lo comprendes, no es ninguna sorpresa.

Tomándola de la mano, miré hacia Pal y el pequeño Albert, que entraban juntos en el templo del rosetón, entre los roxes heridos, rotos y lisiados que se reunían allí a diario para encontrar consuelo y esperanza, un lugar que daba la bienvenida a todas las almas.

—¿Adónde ahora? —preguntó el conductor automático de la limusina.

Miré a mi dueña, la mujer que amaba.

Ella, a su vez, miró a realAlbert. Su atención podía estar en todas partes a la vez (omniconsciencia), pero su sonrisa parecía estar a nuestro lado.

—A casa —dijo con voz clara y fuerte—. Es hora de que todo el mundo vuelva a casa.

Por ahora, eso significaba la vivienda flotante de Clara, justo a un kilómetro río abajo desde la plaza Odeón... aunque parecía que habían pasado años desde que recorrí esa distancia bajo el agua, pensando que estaría en el cielo si tan sólo pudiera desenmascarar al infame sidcustrador, Beta.

Oh, bueno. El cielo es un estado mental. Ahora lo sé.

Un favor que Yosil Maharal nos ha hecho a todos fue obligarnos a Clara y a mí a vivir juntos por fin. Ciertamente, echaba de menos mi casa y mi jardín, pero a los dos nos sorprendía la disposición mutua de comprometernos en todos los detalles que implican compartir un techo. Incluso uno tan bajito. Incluso cuando hay dos yoes.

Era una relación extraña, incluso para los baremos modernos. Quiero decir, con repuestos de hipercalidad y equipo de primera, yo podría durar algún tiempo. Igual que realAlbert. Dos mitades de un marido completo para Clara. Capaces de engendrar hijos. Capaces de ayudar a educarlos. Pero en unidades separadas.

—Parece útil —dijo ella, viendo la parte positiva de las cosas. Pero noté preocupación en ella. Tenía carreras que conjugar, sus nuevos deberes con el Dodecaedro, varios tipos de relojes biológicos y cerámicos, y dos mitades de un hombre que aman... sin espacio a bordo de la casa flotante para todos los grises y

ébanos y demás que íbamos a necesitar.

Era hora de buscar una casa. Al menos ahora podíamos permitirnos una.

RealAlbert estaba en el pequeño camarote de proa, manipulando el equipo imprimador. Reprimí el impulso de ir a detenerlo. Aunque infantil en su estado de perpetua distracción, no era ningún simple. De hecho, era todo lo contrario.

—La cena se está cocinando —anunció el ordenador de la casa a Clara—. También he priorizado cuatrocientos setenta y dos mensajes para ti y quinientos veinte para el señor Morris. Y la Universidad llamó para informar de que has suspendido en todos los cursos del semestre pasado.

Clara maldijo pintorescamente. La vida de una estudiante y guerrera a tiempo parcial era una cosa más que tendría que cambiar. Bienvenida a la vida de una profesional a tiempo completo, querida. *C'est la vie*.

Entonces un zumbido llamó nuestra atención hacia la proa: el equipo calentándose. Clara me miró como diciendo: «Asegúrate de que no se hace daño».

Llegué a tiempo de escuchar a realAlbert murmurar felizmente para sí. Algo sobre que «todos somos bosones en este polvo» o algo por el estilo. Al llegar al camarote, vi cómo se tendía en la plataforma con su cabeza (nuestra cabeza) entre los tentáculos del tetragamatrón, que se agitaban suavemente a cada lado. Advertí que el interruptor de transferencia indicaba CARGAR.

Después de quedarme mirando unos segundos, pregunté:

—¿Estás seguro?

La última vez que intentamos esto, hubo una señal de comunicando. El cerebro orgánico estaba lleno, o totalmente ocupado, con algo inmensamente grande. No había más espacio dentro. No había espacio para mí.

Por primera vez desde meseta Urraca (o desde que nuestros rumbos-alma se separaron el martes anterior) sentí completa atención por parte de aquellos ojos orgánicos y duraderos, contruidos para durar treinta mil días, o más.

—«Es toda tuya, Pinocho» —oí decir a mi propia voz, y había en ella algo más: un tono de despedida.

Comprendí que ahora habría espacio. Una pizarra en blanco. Un hogar que reimprimir con todo lo que yo era y en lo que me había convertido. Todo lo necesario para que aquel muñeco perdido se convirtiera en un chico de verdad.

Y vaya si se sorprendería Clara.

Tras tumbarme en la otra mesa, la que tiene una cubeta de reciclado debajo, tardé un instante en desearme a mí mismo buen viaje. Luego bajé la cabeza para empezar la vida una vez más.

Consuelo del alma
... o hacer lo que siempre hace la gente...

¿Se siente frustrado con el típico «servicio de citas»?
¡Encuentre su AlmaGemela!

Utilizando los últimos descubrimientos, podemos llevarle a la famosa «orilla espiritual» de la que tanto ha oído hablar este año.

¡Observe las maravillas del Almapaisaje Maharal!
¡Contemple a sus amigos y vecinos reducidos
a su presencia interna!

Luego use nuestra tecnología patentada AlmaGemela para encontrar
a ese alguien compatible especial
cuya Onda Establecida es más armónica con su
propia melodía íntima.

¡La persona que está hecha para usted!

Los misterios irresolubles de ayer
resueltos hoy a precios módicos.

Apresúrese.

Agradecimientos

GENTE DE BARRO es una de las obras más difíciles a las que me he enfrentado, porque expresa distintos puntos de vista y de tiempo mediante recursos poco utilizados como la segunda persona o el futuro. Pero eso forma parte de la tradición de un género que se caracteriza por lo inusitado y que gusta de enfrentarse a los tópicos.

Me gustaría dar las gracias a aquellos que me prestaron su ayuda, sobre todo con lecturas críticas de los primeros borradores y con reflexiones acerca de las implicaciones históricas, literarias y filosóficas de los golems.

Mi especial agradecimiento a Cheryl Brigham, Beth Meacham, Stefan Jones, Vernor Vinge, Tappan King, Will McCarthy, Ralph Vicinanza, John Douglas, Lou Aronica, Mason Rourman, Steve Sloan, Mark Grygier, Steve Jackson, Joe Miller, Vince Gerardis, Bevery Price, Stephen Potts, Hodge Cabtree, Robin Hanson, Steven Koerber, Alberto Monteiro, Steinn Sigurdsonn, William Calvin, Trevor Sands, James Moore, Nick Arnett, Ruben Krasnopolsky, Robert Qualkinbush, Jim Kruggel, Tamara Boyd, Manoj Kasichainula, Pat Mannion, Amy Sterling Casil, Daniel Jensen, Rachel Heslin, Alex Spehr, Lisa Gay, Bret Marquis, Brian Sidlauskas, Stella Bloom, Rae Paarlberg, Joshua Knorr, el doctor Globiana, Daniel Rego y Matt Crawford, así como a los clubs de ciencia ficción de CalTech y de la Universidad de Chicago.



David Brin, nacido en 1950, es uno de los nombres más destacados de la ciencia ficción moderna. Posee una sólida formación científica: una licenciatura en física y un doctorado en astrofísica. Ha trabajado como investigador y docente en la Universidad de California en San Diego y ha sido consultor de la NASA. Brin domina también el arte narrativo como pocos. A finales de los años ochenta fue elegido por los lectores de la influyente revista *LOCUS* como el autor de ciencia ficción favorito de los años ochenta, incluso por encima del popular Orson Scott Card. En Estados Unidos, Brin, junto con otros autores como Benford y Bear, representa hoy el punto más álgido de la madurez narrativa y estilística de una ciencia ficción sólidamente inspirada en la ciencia.

Su obra más conocida y famosa es la Serie de la Elevación de los Pupilos que le ha reportado repetidos premios Hugo, Nebula y Locus. En la primera trilogía de la serie, tras *MAREA ESTELAR* (1983) y *LA REBELIÓN DE LOS PUPILOS* (1987), ambas publicadas en Acervo, apareció por fin en España el primer título de dicha serie: *NAVEGANTE SOLAR* (1980, en *NOVA* éxito, número 2). Recientemente Brin ha abordado una nueva entrega ambientada en el mismo universo de ficción. La nueva trilogía se inicia con *ARRECIFE BRILLANTE* (1995, *NOVA* número 103), continúa con *LA COSTA DEL INFINITO* (1996, *NOVA* número 126), y finaliza con *LOS LÍMITES DEL CIELO* (1998, *NOVA* número 131). Recientemente se ha publicado una guía ilustrada a ese universo:

CONTACTING ALIENS: AN ILLUSTRATED GUIDE TO DAVID BRIN'S

UPLIFT UNIVERSE (2003), escrita por David Brin e ilustrada por Kevin Lenagh.

En las obras citadas domina la habilidad narrativa y la especulación de ámbito galáctico con nuevas razas y especies, pero la sólida formación científica de Brin se aprecia incluso en obras presuntamente «menores» como EL EFECTO PRACTICA (1984, NOVA número 91), en la que un profesor universitario es transportado a un mundo alternativo donde el segundo principio de la termodinámica está invertido y los objetos mejoran con su uso en lugar de deteriorarse. Una idea brillante servida con una técnica narrativa que recuerda explícita y voluntariamente la ciencia ficción de los años cuarenta y cincuenta a la que Brin rinde homenaje con esta novela.

EL CARTERO (1985, NOVA número 105 con el título «Mensajero del futuro») es una emotiva y brillante aventura post-holocausto nuclear que constituye una de las mejores novelas aparecidas en la ciencia ficción de la década de los ochenta. Ha sido llevada al cine en un ambicioso proyecto liderado por Kevin Costner, quien la convirtió en una especie de western nacionalista del futuro.

Junto con su amigo Benford, Brin publicó también EL CORAZÓN DEL COMETA (1985) al amparo de la moda surgida a raíz del más reciente paso del famoso cometa Halley cerca de la Tierra.

En los últimos años, Brin ha abordado novelas francamente ambiciosas que parecen destinadas a dejar huella en la historia de la ciencia ficción. TIERRA (1990, NOVA éxito, número 6) es una larga novela sobre el futuro cercano en nuestro planeta, y TIEMPOS DE GLORIA (1993, NOVA éxito, número 9) incluye una inteligente y cuidada especulación en torno a una forma distinta de organizar la relación entre los sexos. En este último caso, la originalidad estriba en que Brin ha osado aportar la especulación de un varón a una temática reservada tradicionalmente a autoras femeninas como Le Guin, Russ, Tepper o Atwood, por citar sólo algunos casos ejemplares.

Brin ha obtenido también varios premios con sus relatos cortos, como el Hugo por «The Crystal Sphcres» (1984) y por «Thor mees Captain America» (1987). Sus primeros relatos están recogidos en la antología THE RIVER OF TIME (1986), OTHERNESS (1994) y, la más reciente, TOMORROW HAPPENS (2003), que incluye también algunos ensayos.

Recientemente, junto con Gregory Benford y Greg Bear, David Brin ha aceptado el difícil encargo de continuar la famosa saga de la Fundación de Asimov para componer una nueva trilogía llamada tal vez a hacer historia en el género. Los títulos que la forman son EL TEMOR DE LA FUNDACIÓN de Gregory Benford (1997, NOVA número 113), FUNDACIÓN Y CAOS de Greg Bear (1998, NOVA número 124), y EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN de David Brin (1999, NOVA número 136).

Ha entrado en el campo del ensayo con THE. TRANSPARENT SOCIETY: WILL TECHNOLOGY FORCE US TO CHOOSE BETWEEN PRIVACY AND FREEDOM (1998) sobre la defensa de la intimidad y de la libertad en Internet.

Su última novela de ciencia ficción es GENTE DE BARRO (2002, NOVA número 166), un interesante thriller sobre una sociedad de un futuro cercano donde es posible hacer copias percederas de un individuo para que se ocupen de las tareas menos interesantes o más peligrosas.